HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

Bizancio

FRANZ GEORG MAIER



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 13

Bizancio

VOLUMEN COMPILADO POR

Franz Georg Maier

Nace en el año 1926 en Stuttgart. En 1951 recibe el título de doctor por la Universidad de Tübingen. Tras un período de estudio en Italia y en Grecia (como miembro, entre otras cosas, de la expedición Kouklia a Chipre), se dedica a la docencia como profesor ordinario de historia antigua en la Universidad de Frankfurt. A partir de 1966, es profesor ordinario de historia en la Universidad de Costanza y dirige la misión arqueológica alemana a Chipre. F. G. Maier ha centrado su atención preferentemente sobre la historia de la Antigüedad y del Próximo Oriente. Recordemos entre sus escritos: *Augustin und das antike Rom* (1955), *Griechische Mauerbauinschriften,* 2 vols. (1959-1961), *Cypern. Insel am Kreuzweg der Geschichte* (1964), *Archäologie und Geschichte. Ausgrabungen in Alt-Paphos* (1973). *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII.* (Historia Universal Siglo XXI, vol. 9.)

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 13

BIZANCIO

Compilado por
Franz Georg Maier





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTA, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1974

sexta edición en español, 1983

ISBN 968-23-0009-6 (obra completa)
ISBN 968-23-0496-2 (volumen 13)

primera edición en alemán, 1973

título original: byzanz

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

Indice

COLABORADORES DE ESTE VOLUMEN

Hermann Beckedorf (Universidad de Zurich)
Capítulo 6

Hans-Joachim Härtel (Universidad de Munich)
Capítulo 3

Winfried Hecht (Rottweil)
Capítulos 4 y 5

Judith Herrin (Londres)
Capítulo 2

Franz Georg Maier (Universidad de Zurich)
Prólogo, Introducción y Capítulo 1

Donald M. Nicol (Universidad de Londres)
Capítulo 7

TRADUCTORES

María Nolla: Introducción. Capítulos 1 y 3

María del Carmen Palacios: Capítulos 4, 5 y 6

Javier Faci: Capítulos 2 y 7

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva

Prólogo

> «If the Past were ever past,
> there would be no use in
> [recalling it].»
> *Freya Stark*

La historia de Bizancio no necesita actualmente de ninguna justificación. No puede ser, por supuesto, la narración fantástica de intrigas cortesanas, asesinatos y lujo oriental, como escenario para una historia trivial y efectista sobre un fondo de imponentes cuadros de batallas. Lo que nos interesa aquí es el papel histórico de Bizancio y sus amplios efectos, los problemas fundamentales y las estructuras generales de la sociedad bizantina.

La autoafirmación casi milenaria como sistema de dominio y centro de poder constituye por sí sola un hecho histórico extraordinario. Entre los grandes estados de la historia universal, el Imperio chino es el único que con sus casi dos mil años de ininterrumpida continuidad ofrece una vida más larga. La supervivencia del Imperio bizantino frente a las continuas amenazas se debió menos al favor casual de las circunstancias externas que a un orden estatal y social altamente organizado. El estado bizantino pertenece a los grandes sistemas absolutistas-burocráticos de la historia [1]. Pero la función histórica de Bizancio no se agota en esa autoafirmación como sistema político. En el Imperio bizantino se desarrolló una cultura creadora, intelectualmente refinada, que demostró disponer de una asombrosa capacidad de regeneración frente a todas las crisis. Hasta bien entrada la Alta Edad Media, Constantinopla conservó su rango de centro espiritual y artístico de Europa y del Próximo Oriente. Gracias a ello pudieron tener efecto sobre la Edad Media occidental, el Próximo Oriente y, sobre todo, sobre los Balcanes, productos históricos de extraordinaria diversidad e intensidad y cuyas huellas llegan hasta el presente.

Si se describe la historia bizantina como «defensa de una forma de vida» [2]: ¿en qué consistió entonces esta forma de vida? ¿Qué elementos y fuerzas formaron y alteraron la sociedad bizantina a lo largo de los siglos? La historia es una constante interrogación de este tipo. Se interesa particularmente por los supuestos, las formas y las causas del cambio social y espiritual,

la interconexión de las fuerzas políticas, socio-económicas y culturales en los impulsos y mecanismos que, ante condiciones externas e internas diferentes, ponen en movimiento transformaciones formales en un sistema social establecido. Una generalización que borre la identidad es intelectualmente tan falsa como la apresurada actualización de problemas históricos que nos promete una norma de conducta para el presente. Contra esta deformación frecuente de la historia resulta inútil conjurar el mito histórico de la individualidad o afirmar, con Ranke, que basta decir «cómo ha sido en realidad». La problemática histórica objetiva requiere una cooperación con las ciencias sociales sistemáticas que fecunde y controle las categorías específicamente históricas; no puede renunciar al análisis estructural ni a la comparación tipológica.

La historia de la sociedad bizantina ofrece un instructivo campo de observación en este aspecto. En sus factores permanentes y en sus estructuras determinantes se mezclan elementos típicos, accesibles a un análisis comparativo, y rasgos individuales acuñados por las condiciones singulares del destino bizantino. Hay un problema especial en una sociedad tradicional de tanta consistencia: el de la capacidad de adaptación a condiciones de vida diferentes, a la posibilidad de reforma y de cambio. Con él se enlaza necesariamente la cuestión de las causas de la resistencia de Bizancio. Históricamente es más interesante que la cuestión tan repetida sobre las causas de su caída.

La historiografía sigue siendo el intento de describir la evolución de una sociedad determinada en el tiempo. En principio se va imponiendo poco a poco, también en la sociología y la politología, la opinión de que los análisis estructurales resultan poco productivos si no se tienen en cuenta el factor temporal y el aspecto genético. En el caso concreto de Bizancio se demuestra, una y otra vez, que el estudio analítico-sistemático de los fenómenos históricos es también, en el fondo, tipológicamente inútil. Cabe que el importante papel de determinadas estructuras generales, observado a la ligera, ofrezca una imagen estática del sistema político y social de Bizancio. Pero, en rigor, se caracteriza tanto por el cambio como por la persistencia. Elementos, formas y funciones de esta sociedad están sujetos a transformaciones múltiples, en parte profundas, si bien el ritmo de este cambio varía en las distintas fases de la historia bizantina. De ahí que sean improcedentes en muchos casos las manifestaciones generales de análisis estructural sobre Bizancio, a no ser que se aplique esa forma de generalización que no realza debidamente los hallazgos mediante la comparación, sino que los oculta al fin tras un grado de abstracción demasiado elevado.

Describir el origen y la evolución de una unidad histórica concreta no puede suponer, empero, el repliegue a la exposición de los distintos momentos; el horizonte no debe desfigurarse con la mera historia de los acontecimientos. Cierto que la exposición histórica es diacrónica y sintética por principio. Pero esto no excluye cortes transversales sincrónicos en la forma y en el contenido que desempeñan funciones analíticas. La historia de los acontecimientos y el corte transversal se complementan dentro de una exposición histórica objetiva. Sólo en su unión será posible comprender las estructuras al mismo tiempo que los decursos, y preguntarse por los factores, llegar realmente a una «historia vital del Estado bizantino». Por eso parecía apropiado esbozar en la introducción al menos algunas de las cuestiones y puntos de vista transcendentes, imprescindibles hoy para la apreciación de la función histórica de Bizancio.

El editor de esta serie dijo, hace poco, que el proceso histórico y el espacio cultural mediterráneos debieran considerarse como unidad entre los siglos IV y VIII [3]. Efectivamente, sólo en esta perspectiva general sincrónica resulta claro un rasgo fundamental del desarrollo histórico de estos siglos: la desmembración del viejo mundo del *Imperium romanum* en tres «mundos» nuevos que, pese a todo parentesco aún visible y basado en tradiciones comunes, constituyen dominios y culturas claramente divididos, con centros de gravitación económicos y políticos. Uno de estos tres dominios nuevos es Bizancio, y su centro, Constantinopla. Mas las relaciones recíprocas con el ambiente histórico no son ya igualmente fundamentales para la historia ulterior del Estado y de la cultura bizantinos y de su esfera de influencia, a pesar de una continua ósmosis política, económica y cultural. Por eso no sólo es posible un cambio de perspectiva ente el mismo objeto, sino que, en cierto modo, lo exige la cosa misma. El intento de abarcar el carácter y la función históricos y de comprender al mismo tiempo elementos tipológicamente importantes, hace necesario presentar la historia de Bizancio como una historia propia.

Introducción: Bizancio como problema histórico

«Desmoronamiento y ocaso del Imperio romano» (E. Gibbon) o «Grandeza y decadencia de Bizancio» (Ch. Diehl): la formulación del tema histórico ya indica cómo se ha transformado el juicio con respecto a los éxitos y a los fracasos, al papel histórico y a los logros de Bizancio. Los mitos históricos son pertinaces. La idea de Gibbon, que concebía la historia bizantina como el largo proceso de decadencia de un gran pasado clásico —«la memorable consecuencia de unas revoluciones que a lo largo de casi trece siglos minaron y, finalmente, destrozaron la sólida construcción de la grandeza humana»— [1] entronca perfectamente con el proceso de reducción de la perspectiva histórica que operaba en el siglo XIX. Desde la estrechez de miras, en cuanto a la política nacional, propia de la Edad Media europea, el Imperio bizantino parecía algo carente de importancia; y desde la estrechez conceptual clasicista, algo doblemente despreciable por «oriental» y «decadente». En el año 1869, William Lecky formulaba una interpretación de moda: «La opinión general que la historia tiene sobre el Imperio bizantino es la de que éste representa, sin excepción alguna, la forma cultural más baja y abyecta que haya podido darse hasta el momento... Ninguna civilización duradera careció hasta tal punto de toda forma o elemento configurador de grandeza... La historia de dicho Imperio es una relación monótona de intrigas de sacerdotes, eunucos y mujeres, de envenenamientos, conspiraciones, ingratitudes y continuos fraticidios» [2]. Incluso Arnold Toynbee fue víctima tardía de esta concepción según la cual la sociedad bizantina resultó absolutamente estéril y carente de originalidad o fuerza creadora, aunque sin embargo se resistió a morir durante mil años, contradicción que exaspera a cualquier clasicista.

Cien años después de Lecky, nuevas categorías del entendimiento histórico, así como una detallada e intensiva investigación que poco a poco incorporó a su trabajo también a «Bizancio antes de Bizancio» (bases grecohelenistas y romanotardías de la cultura bizantina) y a «Bizancio después de Bizancio» (historia de los pueblos de los Balcanes y de Rusia), han modificado eficazmente la imagen que se tenía de la sociedad bizantina y del papel histórico por ésta jugado. Bizancio es considerado ahora como fenómeno histórico independiente, cuyos aspectos, cada vez más diferenciados, dificultan normalmente la explicación del sig-

nificado del término de «lo bizantino», sin caer en fórmulas vacías o definiciones exclusivamente negativas [3].

A pesar de todo, no hemos llegado a profundizar totalmente en la historia bizantina. El grado de distanciamiento es, sin embargo, menor del que nos separa de la historia árabe-islámica o china. Las tradiciones comunes en el occidente europeo y en el oriente bizantino inducen a veces a pasar por alto determinadas diferencias sutiles, si bien por ello no menos fundamentales. Quien haya contemplado y estudiado alguna vez la historia bizantina con calma, ha tenido que percibir, necesariamente, una curiosa sensación de encontrarse ante algo desconocido y extraño. Y esto no se debe exclusivamente al proceso de distanciamiento entre ambas áreas culturales, iniciado ya antes de las Cruzadas, y cuyo responsable no fue sólo el antagonismo confesional, sino también un orgullo cultural bizantino claramente antioccidental. Resulta igualmente decisivo el hecho de que Bizancio no se adapte al concepto de la historia como progreso. Hemos renunciado al concepto de progreso formulado por Gibbon, evidentemente afectado e ingenuamente racionalista. Pero nuestra concepción lineal y progresiva de la historia (aunque concebido desde un principio de manera diversa) —Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna— demuestra suficientemente hasta qué punto nuestras categorías del entendimiento histórico están impregnadas de un desarrollo concebido como progreso. La decadencia es tan sólo el reverso de la categoría de progreso, y, en última instancia, ninguna de estas dos categorías se ajustan a la historia de Bizancio.

I. *Area y dominio*

El área puede influir tan decisivamente en la historia como el medio ambiente en el individuo. Si en esto existen regularidades periódicas, es algo que queda por establecer; pero es indudable que en el caso concreto de Bizancio influyeron en su historia ciertos factores geográficos.

Las fronteras del Estado bizantino correspondieron, en un principio, a las del Imperio romano oriental creado por Teodosio en el año 395 al hacer su división del Imperio. Esta división no pudo deberse a un simple capricho administrativo. El oriente griego y el occidente latino se diferenciaban con toda claridad desde hacía mucho tiempo, tanto en la estructura y profundidad de su cultura como en su situación económica y demográfica. Mayores reservas humanas y una fuerza productiva superior confirieron a la parte oriental del Imperio una fuerza y capacidad

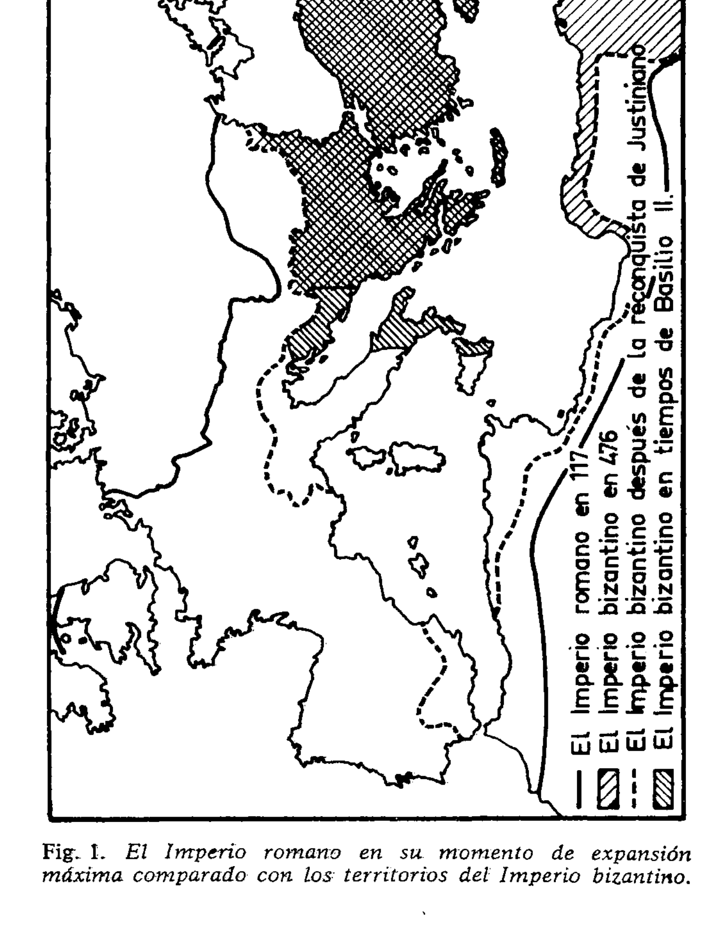
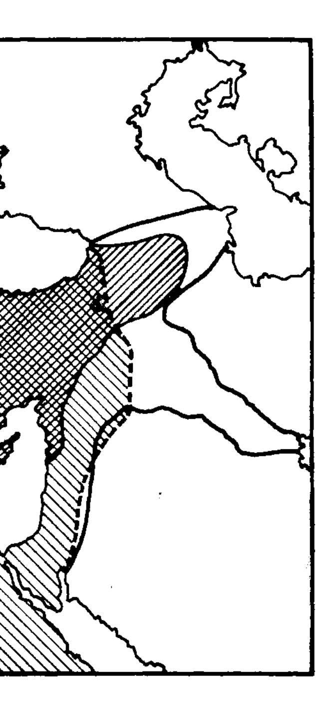


Fig. 1. *El Imperio romano en su momento de expansión máxima comparado con los territorios del Imperio bizantino.*



regeneradora más elevada, situación que resultó fundamental en el desarrollo de la historia bizantina.

La primitiva área de dominio bizantino estuvo sujeta a continuas transformaciones y finalmente a un drástico proceso de contracción. En la época justinianea abarcaba desde España hasta el desierto sirio, desde el Danubio y el Mar Negro hasta la costa del norte de Africa. La catástrofe de la política exterior del siglo VII provocó la pérdida de las provincias africanas y asiáticas, a excepción de Asia Menor y casi toda la región de los Balcanes. A una nueva expansión provocada por la reconquista de los emperadores macedónicos, sucedió el período de decadencia de la dinastía Paleólogo, cuando el territorio bizantino tan sólo abarcaba los alrededores de la capital y algunas zonas de poca extensión en el Peloponeso. Tuvieron gran importancia en este desarrollo Asia Menor, Grecia y las regiones limítrofes de los Balcanes meridionales, donde Macedonia y Tracia, principalmente, desempeñaron un papel relevante como graneros y reserva humana.

Por el contrario, la zona de influencia de la cultura bizantina siempre abarcó los límites trazados en el año 395, llegando incluso a traspasarlos. Así la línea divisoria, en un principio ideada tan sólo como frontera administrativa, se convirtió en un factor que ha estado influyendo hasta la actualidad en la historia de los Balcanes: al ser adjudicadas las diócesis de Macedonia (la actual Grecia) y de Dacia (Servia meridional) al Imperio oriental, gran parte de los Balcanes eslavos quedaron sometidos a la influencia cultural bizantina, y no a la europea occidental.

Debido a la falta de datos estadísticos, resulta difícil esbozar la estructura demográfica del área de dominio bizantino. Para determinar el número de habitantes, sus oscilaciones y su distinta densidad regional únicamente contamos con referencias generales. En el siglo IV la población total del Imperio apenas llegaba a una cuarta parte del número de habitantes de este mismo territorio en la época moderna. Sin duda alguna las provincias orientales, principalmente Asia Menor, Siria y Egipto con sus numerosas ciudades, estaban más densamente pobladas [4]. No puede precisarse con cifras en qué medida provocaron un descenso de la población las periódicas epidemias, el hambre y las catástrofes políticas exteriores en el Imperio bizantino. Tampoco puede determinarse con exactitud la composición étnica de la población imperial. En el Imperio romano ésta no era ya homogénea y estuvo sujeta a una serie de procesos de desplazamiento difícilmente reconocibles. Todo lo cual aún resulta más válido en lo que se refiere al Estado bizantino, que desconoció el concepto

de nacionalidad y que se vio forzado a asimilar continuamente (por ejemplo, en el asentamiento eslavo) nuevos factores étnicos.

Por el contrario, era evidente una clara diferencia económica. Desde hacía tiempo el centro de gravedad de la productividad industrial, el capital y la potencia tributaria se hallaba en las provincias orientales, con su mayor densidad demográfica y una estructura más desarrollada. Estas provincias poseían, y no en última instancia, gracias a las estrechas relaciones existentes con los países limítrofes de Oriente, los centros más importantes de la industria y el comercio. La banca y los servicios de crédito se hallaban aquí más desarrollados que en las provincias occidentales, que más bien hacían las veces de mercados y actuaban como suministradores de materias primas. La crisis producida por la invasión de los bárbaros aumentó aún más la superioridad económica y consolidó la estabilidad de la parte oriental del Imperio. La descomposición de la administración tardorromana hizo estragos en Occidente. El comercio, la industria y la política financiera se vieron seriamente disminuidas. Sin embargo, en Asia Menor, Siria y Egipto la situación económica de la agricultura, así como la de los grandes centros urbanos, apenas si se vio influida por tal acontecimiento.

El Estado bizantino heredó, a la par que el mundo político de Roma, los graves problemas de Imperio concernientes a política exterior. Ciertas regiones limítrofes de vital importancia para Bizancio estaban situadas en dos áreas tradicionalmente críticas: el curso bajo del Danubio y Siria-Armenia. La guerra bifrontal se convirtió en una constante de la historia bizantina, tras varios siglos de continua presión políticomilitar en estas zonas. En un principio se logró desviar en la frontera del Danubio el empuje de la migración germana hacia el oeste. Pero en el siglo VI el asentamiento eslavo en los Balcanes resultó ser un foco de peligros de mayor envergadura, además de continuo. El mundo romano poseía desde hacía mucho tiempo una tupida red de relaciones económicas y culturales con el este. Pero al mismo tiempo se hallaba confrontado con el reino persa de los Sasánidas, un estado altamente civilizado y severamente organizado, cuya pretensión de dominar el control político del área siria y de Asia Menor tenía que provocar, necesariamente, un conflicto permanente. Con la destrucción del reino sasánida por el Califato en el siglo VII, cambió tan sólo el rival y no la constelación política. Los coraceros persas fueron reemplazados por los ejércitos árabes y, más tarde, por los turcos.

Dos factores geográficos amenazaban principalmente la estabilidad y la resistencia del Imperio bizantino ante estas constantes estratégicas y de política exterior: la situación limítrofe de

las zonas más ricas y fecundas (Africa del Norte, Egipto y Siria) y la falta de barreras naturales que hubiesen facilitado una defensa eficaz de los frentes del Imperio tanto en el Danubio como en el desierto sirio y africano. Estos dos aspectos resultaron definitivos en la rápida pérdida de las provincias orientales y de Africa en el siglo VII, así como también en el menoscabo de la situación económica, originalmente próspera, del Imperio. Por el contrario, demostraron ser factores positivos las favorables condiciones geográficas existentes para la creación de una soberanía marítima en el Mediterráneo y, fundamentalmente, la sólida situación defensiva de Asia Menor, que junto con Tracia constituía la reserva humana más importante. La altiplanicie de Asia Menor estaba protegida hacia el sudeste por la barrera constituida por los Montes Tauro, así como por escarpados acantilados en la amenazada costa meridional. Realmente, desde el punto de vista militar, el problema geográfico se centraba en Armenia, pues, al contrario que en el frente sudeste, ofrecía pasos a través de valles de fácil tránsito.

Un factor geopolítico fundamental en la historia bizantina lo constituyó la situación de su capital: durante más de mil años Constantinopla fue, gracias a las extraordinarias ventajas de su situación, el centro vital y el último reducto de resistencia del Imperio. El filósofo oficial árabe Ibn Jaldún había visto cómo se confirmaba —con el papel que representaba la capital bizantina— su teoría sobre la función de los centros dinásticos [5]. Su posición dominante, intermedia entre Asia y Europa, hizo que Constantinopla se convirtiera, desde el punto de vista geográfico, en el centro del Imperio, al mismo tiempo que, en caso de necesidad, también hacía posible el bloqueo de los territorios orientales de los Balcanes. Situada en la línea estratégica de las principales comunicaciones entre los frentes persa y germano, la ciudad controlaba también la importante ruta comercial entre las cuencas del Danubio y el Eufrates. Disfrutaba también de una posición igualmente favorable desde el punto de vista marítimo; al estar situada entre el Mar Negro y el Egeo, comunicaba directamente con Siria, Egipto, Africa del Norte e Italia. Sus instalaciones defensivas, continuamente modernizadas, la convirtieron en el mayor centro comercial del Mediterráneo y en la fortaleza más resistente, de modo que, en el curso de su historia, únicamente pudo ser conquistada en dos ocasiones: en 1204 y en 1453.

A lo largo de los siglos se confirmó cuán acertada fue la idea de Constantino, basada en consideraciones de orden político, económico y estratégico, de fundar una nueva capital imperial en el lugar de la antigua Bizancio en el Bósforo. Acentuó el

desplazamiento del peso político dentro del Imperio, condicionado no sólo por la superioridad económica de la parte oriental de éste, sino también por su situación militar. Pero no debe restársele importancia a las motivaciones religiosas y político-religiosas: la nueva capital debía estar libre del lastre que significaban las tradiciones paganas y los anticuados esquemas políticos. La segunda Roma, en donde ya no estaba permitido el culto público pagano, era una Roma cristiana.

II. *El papel histórico de Bizancio*

El Imperio tardorromano del siglo IV y V abarcaba todo el mundo cultural mediterráneo, incluidos los territorios marginales colonizados por Roma, desde Escocia hasta el Sahara, desde la costa atlántica marroquí hasta el curso superior del Eufrates. Con la crisis provocada por la invasión de los bárbaros, la parte occidental del Imperio se dividió en un grupo de estados feudales germanos. Por el contrario, en las provincias orientales sobrevivieron, en un sistema de gobierno besado en los principios absolutistas y centralistas, el orden estatal, las normas jurídicas y las ideas políticas del Imperio romano: así se operó la unión de un cristianismo de carácter griego y de una cultura helenística fuertemente influida por Oriente. De la síntesis de estas tradiciones nació un producto histórico de asombrosa vitalidad y gran fuerza regeneradora.

El Imperio bizantino —como herencia de Roma— disfrutaba, en su calidad de potencia económica, política y cultural, de una posición preponderante, incluso única, en un principio. En una época de descentralización y de horizontes locales era aquí donde residía la verdadera fuerza histórica del área; la «nueva Roma» era su centro espiritual decisivo. Con el auge del Islam, Bizancio dejó de ser la única potencia en el Mediterráneo, papel que había desempeñado durante 200 años. Pero, hasta finalizar la Baja Edad Media, el Imperio bizantino siguió siendo el Estado con la administración más eficaz, el ejército más contundente y la mayor capacidad financiera del mundo europeo mediterráneo. Hasta el fortalecimiento de las repúblicas marítimas de Génova y Venecia constituyó la figura principal del comercio oriental y mediterráneo. Constantinopla era indiscutiblemente la capital de la cultura europea. Incluso cuando se extendió, con las Cruzadas, al campo político la oposición existente entre el occidente latino y el oriente griego, y el conflicto con los estados occidentales contribuyó definitivamente a su caída, el Imperio bizantino siguió ejerciendo su triple misión histórica durante otros 250 años

más: defensa contra el Islam, transmisión de la cultura griega y mediación espiritual entre Occidente y Oriente.

De las consecuencias del vacío que a raíz de la caída de Constantinopla se originó en los países balcánicos puede deducirse la importancia de su capacidad de resistencia —de ocho siglos de duración— en los campos de batalla de Siria, Armenia, Sicilia y Asia Menor. Mas esta función pasiva, de choque, desarrollada por un estado oriental cristiano, bajo cuya protección podían desarrollarse el mundo político y la cultura de los pueblos germano-romanos de la Europa central, se ha destacado con frecuencia de forma unilateral. El papel histórico de Bizancio no se limitó a la autoafirmación militar y de la política exterior como «Baluarte contra el Islam» (Jacob Burckhardt). Su papel clave en la crónica universal de la controversia milenaria entre Este y Oeste, Oriente y Occidente, se fundamentó en una autoafirmación espiritual ante la extinción de la cultura antigua en Occidente y la irrupción del Islam en Oriente. Bizancio no sólo actuó como simple salvaguardia de la tradición clásica en tiempos de crisis, como administrador de una zona protegida en la que podían sobrevivir la literatura, las ciencias y el arte greco-helenistas. En un proceso creativo de asimilación surgió, de la unión de la herencia griega con las tradiciones cristianas y con los elementos orientales, la cultura más brillante y efectiva de la alta Edad Media.

La capacidad de Bizancio para ejercer su poderoso influjo en la formación de culturas limítrofes se debe a esta superioridad en riqueza espiritual y en creación artística, y no sólo a su posición política o a los indudables atractivos de su civilización material. La fuerza y el alcance de la influencia bizantina difieren mucho. El Islam, la Europa de la Edad Media y los pueblos eslavos de los Balcanes pertenecen a su radio de acción. Incluso después de la caída de Bizancio perdura esta influencia en la ortodoxia griega y en la historia de los pueblos eslavos y rusos.

En la Iglesia griega puede descubrirse aún hoy, y directamente, la tradición bizantina: su dogma, la estructura de su religiosidad y su arte son pura herencia de Bizancio. Pero tampoco puede concebirse la historia de los árabes y de los turcos (y con ello, en cierta medida, la del Próximo Oriente moderno) sin las influencias ejercidas por Bizancio sobre el estado y la cultura del Islam —hecho que ya en el siglo XIV había podido comprobar un testigo tan poco sospechoso como Ibn Jaldún.

Las consecuencias históricas sobre la política, la organización estatal y la cultura del mundo político medieval de la Europa Occidental fueron múltiples. El Imperio bizantino no sólo influyó como potencia política en los conflictos de los reinos occiden-

tales. Se dejó sentir tanto en su ceremonial, en su estilo e ideas políticas como en su cultura material merced a la afluencia de mercancías y artículos de lujo bizantinos. Sin embargo, donde Bizancio influyó de forma más duradera fue en el arte y en el mundo espiritual de la alta y baja Edad Media. Esto puede percibirse en el arte carolingio y otónida tanto como en el desarrollo de la música sacra y de las órdenes monásticas. Otros centros secundarios de semejante irradiación fueron zonas temporalmente dominadas por Bizancio, como Venecia y el sur de Italia. Aquí la influencia cultural sobrevivió mucho tiempo a la soberanía política. Evidentemente, el papel jugado en el origen del Renacimiento por los eruditos bizantinos que llegaron a Italia, al huir de los turcos, ha sido sobrevalorado. El Renacimiento italiano fue, ante todo, un fenómeno latinorromano, y su arte, orientado hacia las obras griegas clásicas, puede incluso ser considerado abiertamente antibizantino. Con todo, la influencia bizantina traspasó la estructuración del mundo medieval, adentrándose en la formación de la Europa Moderna; ciertos elementos esenciales de su cultura provienen de tradiciones grecorromanas, conservadas y transmitidas por Bizancio.

Más extensa y, en comparación con Occidente, infinitamente más profunda y sólida fue la irradiación de la presencia bizantina en los pueblos eslavos y rusos. En el momento del asentamiento eslavo, los Balcanes eran una tierra de nadie, espiritualmente desolada, y, los recién llegados, apenas poseían la tradición de una cultura superior. Tanto más eficaz resultó así a lo largo de los siglos la influencia de la metrópoli de Bizancio, acusada también en la experiencia personal de distintos eslavos; Constantinopla se convirtió para ellos en sinónimo de cultura. La soberanía política directa, las misiones y la extraordinaria capacidad de «bizantinizar» élites extranjeras, pusieron en movimiento un proceso de penetración que se reflejó de forma igualmente duradera en la vida política, religiosa y cultural. Los servios, croatas, búlgaros, húngaros y rusos no sólo se vieron influidos por la cultura bizantina en la forma específica de su fe cristiana y en su liturgia en lengua vernácula, sino de una forma mucho más amplia en su mundo cultural y artístico, como atestiguan, por ejemplo, la pintura y la arquitectura sacras. Lo que Roma significó para los pueblos germanos de occidente, lo representó Bizancio para el mundo eslavo: fue su fuente de religión y de cultura.

Con ello el Imperio bizantino se erigió en el directo responsable de la división espiritual entre la Europa central y oriental. Tanto para los eslavos bajo dominio turco como para los griegos, la fe ortodoxa y la cultura de cuño bizantino se convirtieron

en un medio de autodeterminación nacional. Ello, sin embargo, creó un factor histórico políticamente vigente en la actualidad. El mundo de la cristiandad eslavo-ortodoxa, al ser heredero de Bizancio, posee, a pesar de las numerosas diferencias ideológicas y políticas, concomitancias fundamentales en el pensamiento y en la concepción del mundo. Aquí nació una forma propia de la cultura europea que no participó del Renacimiento, de la Ilustración ni de la Revolución industrial, y que repentinamente tuvo que salvar, a finales del siglo XIX, este vacío histórico. En cierta medida será más accesible la historia de Rusia si se parte del conocimiento de dichos condicionamientos. La ortodoxia y las tradiciones bizantinas favorecieron la unión de los pueblos rusos y el auge de Moscú; con la pretensión de ser la «tercera Roma» fundamentó su papel de guía en el oriente eslavo. Acaso sea la conciencia apostólica rusa el reflejo histórico de Bizancio más claramente perceptible.

III. *La capacidad de supervivencia: Estructuras políticas y sociales*

Los motivos de la caída de Bizancio han sido profusamente discutidos. Pero aún nos parece más importante la cuestión de las condiciones y fuerzas existentes que, ante las continuas amenazas internas y externas, hicieron posible su eficacia, continuidad y supervivencia. En los grandes temas y estructuras generales de la historia bizantina pueden percibirse, junto a elementos de debilidad y decadencia, también las fuerzas que posibilitaron su resistencia, estabilización y cambio. Entre estos elementos de vitalidad desempeñó un papel decisivo, ante la magnitud y complejidad étnica y religiosa del Estado bizantino, la estructura de su sistema político. La autodeterminación política es parte de la vida de cualquier estado. Pero pocas veces ha desempeñado un papel tan preponderante, a veces incluso trágico, como en la historia de Bizancio. Fases de prepotencia y expansión alternaron con épocas de política defensiva y pérdidas territoriales. En el fondo, el Imperio nunca se vio libre de las luchas defensivas libradas en el este y en los Balcanes. La conservación de la unidad política, así como de su supremacía como gran potencia entre los estados de Oriente y del Occidente romanogermano aunó por ello a las fuerzas tanto militares como financieras de la sociedad bizantina. La guerra y la religión influyeron de forma múltiple en su desarrollo interno.

Las exigencias imperiales de Bizancio estaban por encima de las posibilidades y fuerzas reales del Estado, actuando por ello

a la larga como un factor de su decadencia. Mas éstas provenían de una ideología profundamente enraizada, en la que se fundían elementos heterogéneos con una teología política compacta. Bizancio se sentía protector de una tradición política para la que, a imitación de la idea oriental del imperio universal, la soberanía era en el fondo única e indivisible. Nunca se abandonó la teoría, por muy irreal y escurridiza que se hiciera en épocas posteriores, de que el poder en este mundo sólo era legítimo si éste era delegado por el único emperador de Constantinopla. Naturalmente la pretensión bizantina de dominio estaba más profundamente fundamentada que en la antigua tradición política romana. La unión de la idea imperial con la idea de la *politeia* cristiana hizo que en la conciencia de sus soberanos y ciudadanos el Imperio se convirtiera en un orden basado no sólo en categorías y factores políticos.

El Imperio y la soberanía del emperador estaban considerados como finalidad de un plan divino en este mundo. En el Imperio cristiano, como parte necesaria de la historia escatológica, el Imperio romano y el pueblo de Dios se habían convertido en una *sola* comunidad. El convencimiento de que el Imperio tenía su origen en la voluntad divina, tuvo forzosamente amplias consecuencias en la interpretación de su misión histórica. El Estado no pretendía afirmar tan sólo su soberanía; su tarea era, al mismo tiempo, proteger y propagar la verdadera fe. Puesto que el Imperio ponía en práctica objetivos divinos para la humanidad, éste se hallaba bajo la protección de los ángeles y de los santos. Los ejércitos imperiales luchaban bajo el monograma de Cristo y los iconos de María: cabía esperar la ayuda sobrenatural si de lo que se trataba era de la defensa del Imperio como sociedad cristiana.

Esta teología política también tuvo consecuencias fundamentales en la organización del Estado y de la sociedad bizantina. Al soberano como instrumento de Dios le estaba encomendada la conservación del orden social justo. La teoría política helenística concebía ya la soberanía absoluta del monarca como *imitatio Dei,* y al Estado justamente organizado como reflejo del cosmos. Esta fundamentación filosófica del absolutismo, junto con la interpretación del soberano como mandatario del poder supremo, fue adoptada por el cristianismo y adicionalmente fundamentada en la concepción del Antiguo Testamento sobre la elección divina del rey. Puesto que el Imperio cumplía un cometido divino, el poder imperial quedaba basado en la gracia y la voluntad de Dios. El soberano ortodoxo era representante de Dios en la tierra y Ungido del Señor, y sus súbditos eran todos «idealiter» otros Cristos. De este modo, el absolutismo imperial del sistema

político heredado no sólo quedaba fundamentado desde un punto de vista político, institucional y de derecho público, sino también desde el aspecto ideológicorreligioso. La estructura política se entendía como reflejo del Reino celestial: del mismo modo que existía un solo Dios, únicamente podía existir un solo emperador, una sola autoridad central decisiva. «Todo depende de la sabiduría del emperador; con la ayuda de Dios se protegen y conservan todas las cosas gracias a los desvelos imperiales» [6]. En sus manos quedaba concentrada toda la autoridad: únicamente él era origen de poder, y fuente de derecho, y regía con poder ilimitado.

Los sermones y los escritos de la Iglesia así como las monedas y el ceremonial cortesano pregonaban el origen divino de la autoridad imperial. Las insignias y el ceremonial, originalmente bajo una fuerte influencia persa, no poseían una simple función representativa, sino que tenían un profundo simbolismo para los súbditos. La diadema de perlas, el manto de púrpura bordado en oro y piedras preciosas, el cetro y la postración de los súbditos, el incienso, el descanso festivo guardado, en cuanto a las actividades administrativas, por la propia guardia palaciega, todo ello proclamaba la majestad del soberano, tan sumamente alejada de la vida cotidiana. «Gracias al glorioso sistema de nuestro ceremonial cortesano se representa el poder imperial en todo su esplendor y belleza; y éste llena de admiración tanto a los pueblos extranjeros como a nuestros propios súbditos» [7]. El ceremonial cortesano no se diferenciaba de los oficios en la Iglesia: era la liturgia imperial.

Semejante conciencia política tuvo que provocar un pensamiento político decididamente tradicionalista. Es cierto que a menudo se discutían apasionadamente el abuso del poder, los errores en política interior y las decisiones concernientes a la política exterior; pero el absolutismo cristiano deseado por Dios siguió siendo básicamente una evidencia indiscutible de la vida tanto para el soberano como para sus súbditos. Cualquier otra forma de orden político (como el que formuló Eusebio con respecto a la democracia) se consideraba caótica y escandalosa. Por ello, independientemente de algunas teorías más bien abstrusas sobre el Estado, en la época tardía, en el Imperio bizantino no existió ninguna teoría política concebida como discusión de un posible sistema alternativo. Resultaba tan absurdo como superfluo.

Partiendo del poder imperial, entendido como teocracia, se perseveró en un determinado sistema político y social. Las estructuras políticas de la sociedad bizantina temprana procedían, al igual que sus formas sociales y bases económicas, del Imperio

romano-cristiano. Tomando como base una situación histórica concreta y la teología política, el Estado tardorromano de Diocleciano y Constantino fue concebido como el cumplimiento de un plan escatológico, y esta solución, claramente condicionada a unos problemas políticos y sociales, se convirtió en norma intemporal, en forma de gobierno metafísicamente legalizada. Esto tuvo una importancia incalculable en el carácter de la vida bizantina y en el destino de su sociedad, puesto que a lo largo de los siglos apenas se modificaron ciertos factores fundamentales, tanto económicos como sociales. Si bien es cierto que se efectuaron determinados cambios en el Estado y en la sociedad, ciertas estructuras y conflictos fundamentales perduraron a lo largo de toda la historia de Bizancio. Junto con el concepto imperial romano también se mantuvo hasta los momentos finales y de forma casi ininterrumpida un sistema de gobierno basado en el absolutismo centralista y burocrático. Igualmente persistente fue el abismo abierto entre las necesidades y la producción, la tendencia hacia una reglamentación económico-social y el papel fundamental del latifundio.

El absolutismo autocrático resultó ser, durante casi mil años, el rasgo fundamental y el elemento estabilizador decisivo del sistema político de Bizancio. El concepto del poder ejercido en virtud de la justicia divina confirió a la autoridad imperial una legitimidad trascendente, que libraba al Estado de la arbitrariedad del ejército. No obstante, este instrumento de poder, con frecuencia poco leal, siguió siendo un apoyo decisivo para los emperadores, máxime cuando sólo en los momentos finales se reconoció el principio dinástico. Es cierto que existió cierta seguridad en la sucesión, motivada ésta por el derecho de adopción y cooperación del emperador reinante. Mas, en principio, la monarquía bizantina fue una monarquía electiva, en la que cualquier persona podía llegar a ocupar el trono independientemente de su origen y formación. En la entronización de un nuevo emperador procedían de acuerdo el ejército, el senado y el pueblo de Constantinopla; de hecho, la elección decisiva se hacía la mayoría de las veces por el ejército, y con menos frecuencia por funcionarios civiles influyentes. Fue un Estado militar el que entronizó a algunos de los mejores emperadores, desde Heraclio hasta Nicéforo Focas.

Por otra parte, la teoría bizantina sobre el poder no respondía a la de una simple monarquía electiva terrenal: el emperador era elegido al mismo tiempo por Dios. La proclamación requería la confirmación canónica a través de una serie de ritos en la coronación, que a partir de León I (474) realizó el patriarca de Constantinopla. Esta confirmación religiosa del vicario de Dios

tenía tanta importancia que, en algunos casos, se compraba a cambio de promesas político-religiosas. Además, la concepción original de la elección de emperador permitía que en este sistema, rigurosamente absolutista, quedaran legitimadas la revuelta y la destitución del soberano, al proclamar conjuntamente el ejército, el senado y el pueblo a un nuevo emperador para reemplazar al antiguo soberano «incompetente».

En teoría no existía ninguna fuerza que pudiera oponerse al ejercicio inmoderado del poder por parte del emperador. El control sobre un aparato administrativo amplio y rigurosamente centralizado, unido al poder sobre el ejército, garantizaba por regla general la imposición de la voluntad imperial. No obstante, en la realidad política la autocracia tropezaba con límites evidentes; el elevado número de golpes de estado prueba que la posición de la corona bizantina era inestable. El intento de crear un sistema político centralizado encontró, como en otras situaciones históricas similares, la oposición de determinados grupos políticos y sociales. El rival más poderoso del poder imperial era la numerosa aristocracia latifundista; la seguridad del poder imperial descansaba en la conservación de un delicado equilibrio entre esta clase social y el aparato administrativo. Como elementos que limitaban el poder imperial también actuaban el ejército y la Iglesia, con su capacidad de influencia sobre las masas. No debe subestimarse la influencia que la Iglesia ejercía sobre el emperador, a pesar de su actitud, por regla general obediente; en definitiva, la «posesión» del patriarca podía resultar decisiva para el destino de un soberano. Pero quizás aún más que por estos elementos políticos reales, la autocracia imperial se veía limitada por la ley. El soberano era indudablemente fuente de toda justicia, pero los emperadores siempre reconocieron la soberanía superior de la ley e insistieron en la obligación de respetar los párrafos fundamentales del derecho romano. En última instancia, los bizantinos no consideraban su sistema de gobierno como una tiranía despótica solamente por esto.

Y ninguno de estos aspectos influyó en absoluto en el hecho de que el estado bizantino tratara de dominar todas las parcelas de la vida valiéndose de un ordenamiento jurídico único y general y de una administración imperial que llegaba hasta los pueblos más recónditos. El aparato estatal, complejo y sumamente organizado, cumplía y coordinaba múltiples funciones: política exterior y diplomacia, mando y aprovisionamiento de las fuerzas armadas, regulación de la moneda, recaudación de impuestos y contribuciones, así como el control de la vida social y económica en general. La administración bizantina fue en muchos aspectos una institución muy notable: extremadamente cos-

tosa, proverbialmente corrupta, reaccionaria en su espíritu y métodos, como toda burocracia, y, sin embargo, la organización administrativa más eficaz durante una serie de siglos en el mundo europeo y en el del próximo Oriente. Su existencia fue un elemento fundamental en la estabilidad y duración del Imperio; bajo emperadores incapaces, en medio de crisis políticas internas y revoluciones palaciegas, siguió trabajando sin dejarse influir, conservando la continuidad nacional. La supervivencia de títulos tradicionales produce la injusta impresión de que nos encontramos ante un sistema estático. Por el contrario, la administración imperial bizantina demostró ser a lo largo de su historia una institución relativamente flexible y dúctil. Así, por ejemplo, ante las nuevas condiciones reinantes en el siglo VII, se prescindió del principio tardorromano de la separación entre poder civil y militar. No obstante, durante muchísimo tiempo, y a pesar de los cambios y reformas realizados, mantuvieron su vigencia una serie de elementos básicos de la estructura de poder creada por Diocleciano y Constantino: centralismo, burocratización y mecanismos generales de control en el sistema administrativo; supervisión de la autoridad central mediante una administración regional bien organizada; escalonamiento jerárquico y una diferenciada distribución de tareas en las funciones administrativas; papel especial de la corte con sus influyentes altos dignatarios palaciegos: elementos que tuvieron en cuenta tanto las circunstancias de un Estado de semejante tamaño y complejidad como los recelos del absolutismo con relación a su propio aparato.

Otros dos factores —eficaces a lo largo de siglos— que desempeñaron un papel decisivo en la supervivencia bizantina fueron la diplomacia y las fuerzas armadas. La política exterior bizantina —una mezcla deliberada de poder, transigencia y dinero— siguió desarrollando las acreditadas tradiciones romanas (*cf. infra* pág. 61) que más tarde heredó el imperio turco. Estas contribuyeron decisivamente a la ampliación del área de influencia bizantina y al mantenimiento de su prestigio internacional. La flota bizantina disfrutó durante un tiempo de una posición dominante en el Mediterráneo. En sus frentes, en continuo peligro de guerra, este ejército profesional, relativamente pequeño pero móvil y sumamente entrenado, demostró ser, durante un período de tiempo bastante prolongado, el instrumento bélico más moderno de Europa y del próximo Oriente.

Tanto la administración como la diplomacia y las fuerzas armadas requerían una economía desarrollada y una administración hacendística eficaz. Por ello el afán de registrar detalladamente en documentos todas las manifestaciones de la vida, principalmente su capacidad económica y tributaria, siguió siendo una

característica del Estado bizantino hasta su última época. Semejante política no era tanto el resultado propio de toda burocracia como la reacción inevitable —y al final inútil— ante dos constantes de la historia bizantina. Tanto la situación política interior como la exterior, que durante siglos no habían sufrido cambio básico alguno, exigían el mantenimiento de un aparato de poder amplio, al tiempo que la constante defensa de sus fronteras; de ello nació una continua y elevada demanda financiera. Pero en el fondo, y a pesar de ser considerado durante mucho tiempo como una potencia económica casi inagotable, el sistema económico bizantino era relativamente débil. Ello estaba condicionado también por el carácter básicamente agrario de su economía y por la limitada capacidad de producción agrícola. El desajuste, siempre perceptible, entre demanda y producción tuvo consecuencias trascendentales. Obligó al gobierno a practicar una política económica y financiera excesivamente opresiva. La administración imperial era a la vez un complicado sistema de recaudación de impuestos con amplias funciones de control; el mantenimiento de la capacidad y reservas económicas constituía una de las tareas fundamentales de la burocracia, que de hecho a veces consiguió activar la economía y estabilizar la moneda. Pero debido al continuo incremento de gastos de la burocracia y del ejército, el dirigismo se convirtió en un principio dominante que restringía las iniciativas económicas e internas valiéndose de una serie de normas restrictivas y de la explotación fiscal. Puesto que este dirigismo no percibía ni combatía los verdaderos defectos estructurales, la situación económica nunca cambió cualitativamente.

Es cierto que el Imperio bizantino disponía de una estructura económica más equilibrada y compleja que Occidente; como también que la importancia económica de las ciudades, con sus formas de producción basadas en la industria y el comercio, no era en modo alguno insignificante, si bien difería según las distintas regiones. Sin embargo, incluso en las provincias más fuertemente urbanizadas, en las cifras totales contributivas las ciudades solamente participaban con un 5 %. El capital existente se hallaba principalmente en el campo; la mayor parte de la población (hasta un 90 %) vivía en y del campo. A pesar de ello, los abastecimientos escaseaban, ya que se necesitaban aproximadamente diecinueve personas trabajando en el campo para conseguir que una persona pudiera vivir en la ciudad con el excedente necesario. Pero no fue este dirigismo estatal lo que más contribuyó a que no se diera un aumento perceptible en la producción. Es cierto que la política económica bizantina contribuyó notablemente al entumecimiento de la iniciativa pri-

vada y al estancamiento del mercado de capitales. No obstante, consiguió ciertos éxitos en el fomento de la industria y el comercio, en su protección y desarrollo del pequeño campesinado, y en su lucha contra la despoblación; uno de los grandes méritos del Estado bizantino fue la obtención de una moneda de oro internacionalmente aceptada. En el sistema de gremios, que siguió siendo determinante para la actividad industrial de todo el Imperio bizantino, puede observarse que la unión del monopolio económico y la intervención estatal no tuvo, desde luego, aspectos exclusivamente negativos. Ni el fiscalismo ni el dirigismo impidieron la existencia de fases de una prosperidad económica limitada; esto se observa en la historia de la mitad oriental del Imperio en el siglo v, así como en la del imperio justinianeo.

Lo que impidió realmente un incremento prolongado de la producción, un aumento de los resortes económicos, y con ello la creación de una base económica menos precaria para el Estado y la sociedad, fueron las deficiencias estructurales; la ausencia de mercados que expandieran sus productos industriales, la relación desfavorable entre productor y consumidor, un sistema de transportes poco desarrollado y costoso, y sobre todo —si se compara con la evolución que lentamente se imponía en Occidente— el retraso tecnológico de la agricultura. Tanto los métodos de cultivo como la técnica agraria se habían quedado estacionados en su forma tradicional, lo cual impedía el cambio de formas de explotación extensivas por otras intensivas. El escaso interés por el desarrollo de nuevas fuentes mecánicas de energía, que aumentaran la producción disminuyendo el esfuerzo, no se debía al menor número de esclavos. Evidentemente estuvo motivado por una falta de capital de inversión (que dependía de la tradicional reinversión de las ganancias industriales en la propiedad rural), y aún más por una barrera social, psicológica e intelectual que ya describió Plinio el Viejo: el convencional desprecio de las capas cultas por las actividades «triviales» no ayudaba a aprovechar técnicamente los conocimientos científicos y técnicos ya existentes.

Por ello nunca se salvaron definitivamente, sino sólo de forma temporal, las endémicas dificultades financieras del Imperio bizantino, con su repercusión directa en la política exterior. Lo cual no invalida el hecho de que Bizancio, con su sistema económico relativamente complejo, su capacidad productiva y sus considerables ingresos, estuviera durante muchos siglos claramente por encima de otros estados. Sólo a partir de finales del siglo XI se establecieron —a causa de la preponderancia del latifundio, el retroceso del pequeño campesinado libre y la pérdida del control sobre el comercio exterior y la economía urbana

de las repúblicas marítimas italianas— ciertos cambios económicos que minaron la fuerza económica y, con ello, la capacidad financiera del Estado, que había sido un pilar del poder y de la capacidad de resistencia de Bizancio.

La política económica provocó la aparición de graves conflictos sociales y políticos, en parte involuntarios y de consecuencias inapreciables. La capacidad de perseverancia de las estructuras sociales en Bizancio no se debió en última instancia a las continuas intromisiones reguladoras del Estado. Es cierto que se abandonó la severa vinculación del individuo a su clase y oficio que pretendía el Estado romano tardío (*cf. Historia Universal Siglo XXI,* vol. 9, pp. 88 ss.). Pero una serie de medidas político-administrativas y las condiciones económicas esenciales, invariables en el enfrentamiento de las fuerzas sociales, reforzaron el conflicto existente entre la demanda de poder de la administración central, representada por el emperador y la nobleza burócrata urbana, y la numerosa aristocracia rural que se oponía a los métodos centralistas y absolutistas. Este enfrentamiento entre el monarca, cuyo objetivo era el mantenimiento de un orden político centralista que asegurara su intervención en todos los procesos decisivos y recursos estatales, y una clase dirigente tradicional, cuya fuerza heredada, así como sus intereses económicos, se veían restringidos por semejante política, se convirtió en un problema fundamental de la historia bizantina. Fue un problema estructural comparable, desde el punto de vista tipológico, con las condiciones de otros grandes imperios. En este conflicto resulta también característico el hecho de que la política de la administración central buscase el apoyo de ciertos grupos sociales interesados en el debilitamiento de la élite aristocrática.

Las formas características de este conflicto interno, social y político, de Bizancio, proceden de su estructura económica, relativamente compleja a pesar de su carácter básicamente agrario. Durante mucho tiempo en Occidente la vida social y cultural se limitó cada vez más al ámbito del latifundio y de los monasterios, mientras que una pequeña capa de aristocracia rural se contraponía a la masa de la población que trabajaba en calidad de campesinos semilibres. En Bizancio, sin embargo, la base del desarrollo siguió siendo una relación diferenciada que tendía hacia un sistema social equilibrado entre ciudad y campo, entre latifundio y campesinado libre. El auge de la propiedad rural como apoyo económico de la clase dirigente había sido el fenómeno social dominante de la época romana tardía, uno de los efectos secundarios de la economía coercitiva dirigista-fiscalista. (*cf. Historia Universal Siglo XXI,* vol. 9, pp. 82 ss.). En

la sociedad bizantina el latifundio siguió desempeñando el mismo papel significativo. Pero también la ciudad, en tanto que centro de vida económica y cultural, se convirtió en un factor esencial. Como único Estado medieval el Imperio bizantino poseía grandes ciudades cuyo relieve no sólo resultaba evidente desde un punto de vista cultural; gracias a ellas disponía también de una clase social urbana alta, si bien pequeña, como contrapeso de la nobleza rural. De ahí nació el funcionario erudito que revistió suma importancia para el sistema social bizantino, en el que ocupó cargos supremos de la administración imperial que le ofrecían una posibilidad de ascenso social. Por otra parte, en Bizancio, a pesar de las masivas tendencias absorcionistas de los grandes latifundios, el pequeño campesinado libre no fue desplazado de sus comunidades rurales, que funcionaban como distritos tributarios propios, si bien es cierto que sufrió transformaciones considerables tanto en número como en importancia. Esto contribuyó a una distribución más proporcionada de la propiedad y de los ingresos del campo, y seguramente contrarrestó a veces el descenso demográfico. La existencia de este estamento social tuvo gran importancia, tanto para la estabilidad económica como para la capacidad de resistencia política del Estado.

El enfrentamiento entre latifundio y campesinado libre no era un simple problema económico y social, sino un problema interno y político-financiero de primer orden. La nobleza latifundista no sólo era una fuerza económica. Con sus intereses particulares descentralizados ponía en peligro la ejecución de las decisiones políticas del poder central y la disponibilidad que de las provincias y de sus ingresos podía tener este poder, máxime cuando las capitales de provincia dependían en gran medida de los magnates locales. La pequeña propiedad campesina no era sólo una traba en el futuro incremento de los grandes latifundios. Sobre ella fundamentalmente descansaba la capacidad financiera y defensiva del Imperio. El campesinado libre debió su larga supervivencia exclusivamente al interés del Estado, basado en las razones antes enumeradas, a pesar de su precaria situación y al continuo peligro a que se veía expuesta su independencia por el endeudamiento producido por malas cosechas o cargas fiscales. Por eso el intento de asegurar, e incluso de aumentar, frente al incremento del latifundio, esta capa social como fuente de impuestos y reserva humana para sus ejércitos, se convirtió durante siglos en tarea fundamental de la política imperial. Naturalmente, una serie de consideraciones inevitables hacia la aristocracia militar de las provincias y la presión de unas crisis financieras periódicas, hizo que la protec-

ción al campesinado libre estuviera acompañada de unos gravámenes fiscales realmente insostenibles.

El equilibrio entre el poder estatal y los magnates locales osciló de acuerdo con los imperativos de la situación política y militar. Por último, el vencedor de este conflicto permanente, inextricablemente entretejido, fue el latifundio. Es cierto que las reformas imperiales del siglo VII, que propugnaron el renacimiento del campesinado libre y guerrero, le relegaron momentáneamente de su posición dominante. Pero ya a finales del siglo IX la balanza se inclinó de nuevo, a pesar de todas las medidas adoptadas por los emperadores de la dinastía macedónica, en favor de la nobleza rural. Con ello no sólo quedaba confirmado desde finales del siglo XI el destino del campesinado libre, sino que además, en el conflicto con la nobleza burocrática civil de la capital, se evidenciaba a la vez el enorme peligro representado por la nobleza militar latifundista de las provincias: su posición dominante ponía en peligro la fuerza administrativa y fiscal del poder central en las provincias y también, con la modificación de la organización militar por el sistema de la *pronoia,* el control de las fuerzas armadas y con ello de la política exterior. El triunfo del latifundio y el ocaso —como consecuencia— del campesinado libre, fue un factor decisivo en la disolución del Imperio bizantino.

IV. *Iglesia y Cultura como fuerzas modeladoras de la sociedad*

Al igual que el absolutismo imperial con su aparato burocrático, también el poder social y la autoridad espiritual de la Iglesia siguieron siendo hasta el final del Imperio elementos fundamentales de la sociedad bizantina: la religión ortodoxa se convirtió en un elemento unificador dentro de la diversidad de pueblos en el Imperio. La decisión de Constantino de reconocer al cristianismo como religión legítima en el Imperio romano tuvo extraordinaria trascendencia en el mundo histórico de los siglos venideros. La Iglesia se convirtió en portador de poder social junto con el emperador, el ejército y la administración; al mismo tiempo se transformaron de forma duradera tanto sus estructuras institucionales como sus funciones sociales (*cf. Historia Universal Siglo XXI,* vol. 9, pp. 44-65). El auge del cristianismo se manifestó como un factor decisivo en la transformación de la sociedad tardorromana. En Bizancio subsistieron aquellas formas de vida individuales y sociales que resultaron de la fusión del sistema político absolutista y la revolución espiritual de la nueva fe.

El Estado, como *politeia* cristiana, como fundamento de toda política y orden social en la voluntad y decisión de Dios: esto fue lo que significó la profunda y evidente influencia del cristianismo en la vida pública e individual. La fe era, tanto para el individuo como para la comunidad, el camino indiscutible para solucionar los problemas de la existencia; la liturgia y la devoción de los santos pertenecían a la vida privada y a las funciones estatales. La asistencia social nacía de la obligación de ayudar a los hermanos en Jesucristo necesitados. Tanto en la educación como en la cultura las tradiciones profanas y la transmisión cristiana estaban inseparablemente fundidas; el arte bizantino era, en un sentido muy riguroso y amplio, un arte religioso.

La fe transformó la concepción del mundo en todas las clases sociales, y sus problemas teológicos penetraron muy profundamente en las masas. Toda la población participó apasionadamente en las grandes luchas dogmáticas. Las sesiones y acuerdos de los Concilios se discutían y criticaban con una intensidad hoy apenas comprensible. No se trataba aquí de fórmulas teológicas abstractas, de un asunto exclusivo del clero y de los eruditos, sino de una cuestión vital para cada individuo: se trataba de la certeza de la redención por la adhesión a la fe correcta. Esta se consideraba mucho más importante que la solución de los problemas sociales y políticos. «Si el griego clásico era, según la definición de Aristóteles, un ente político, el griego bizantino era, sin lugar a dudas, un ente cristiano»[8].

Resulta ejemplar la estrecha correlación del mundo religioso y social en el monacato bizantino. El hecho de que recurriera a ideales rigoristas y ascéticos del cristianismo primitivo ponía de manifiesto una y otra vez la protesta contra la vinculación a este mundo por parte de la Iglesia. Esta negación de la sociedad, esta búsqueda de una contemplación solitaria como culto divino perfecto, se ha conservado precisamente en la Iglesia griega, incluso en la variante (forma especial) de los anacoretas. El elevado prestigio espiritual de que gozaban las instituciones monásticas indujo a lo largo de la historia bizantina, incluso a los más altos dignatarios, a alejarse voluntariamente de este mundo y buscar refugio en el monasterio. Pero los monjes no eran simplemente la personificación de la protesta cristiana y la conciencia de la Iglesia. Al mismo tiempo desempeñaban un importante papel social y político. Los numerosos monasterios de las grandes ciudades resultaban indispensables para el funcionamiento de la Iglesia, por una parte por la asistencia que prestaban a los pobres y, por otra, como instrumento de poder y propaganda político-eclesiástica de obispos y patriarcas. Esta

doble función se manifestó especialmente en los siglos VI y VII, sobre todo durante las luchas iconoclastas. Pero también en siglos posteriores se vio Constantinopla conmovida más de una vez por los disturbios monacales.

La influencia espiritual de la Iglesia sobre la población imperial, al igual que su posición económica y social, fueron de una enorme importancia. En pocas sociedades históricas se trasluce como en ésta la fe en todos los aspectos de la vida, en pocas resulta tan estrecha la fusión de lo material y lo espiritual, tan extremas las diferencias. Por ello, la acción recíproca del Estado y la Iglesia, de la sociedad y la religión, creó, más que en ningún otro lugar, una serie de problemas graves y nunca totalmente resueltos. Las grandes, aunque también arriesgadas, posibilidades de llegar a una unión entre Estado e Iglesia ya apuntaban proféticamente a comienzos del siglo IV en la «teología política» de Eusebio de Cesárea. La necesaria unión, por él propagada, entre Imperio y Evangelio podía traer, tanto para el Imperio como para la Iglesia, consecuencias fructíferas o peligrosas. No obstante esta teología imperial, en la que la escatología religiosa se interpretaba como ideología política, se convirtió para gran parte de la Iglesia en guía de una postura ante el Estado, principalmente en el Oriente griego. Esto no excluía otras respuestas nacidas de la relación dialéctica de una parte de la cristiandad con el mundo: la orientación agustiniana hacia una leal desconfianza frente al orden político, concebido como orden erróneo del hombre pecador, o una enemistad apocalíptica contra el Estado.

Y, sin embargo, existe entre ellos una sorprendente coincidencia. Casi todas las tendencias del cristianismo tardorromano y bizantino han soportado y aceptado básicamente el orden político y social existente. Pero, a su vez, la doctrina cristiana contenía ciertos elementos que apuntaban hacia la transformación del mundo y podían actuar de forma revolucionaria. Sin embargo, el Evangelio ofrecía igualmente numerosos argumentos que podían servir de apoyo al orden establecido. A partir de Constantino, la Iglesia apoyó, tanto por motivos políticos como pragmáticos, la persistencia de dicho orden. Una y otra vez interpretó la autoridad imperial y estatal como poder otorgado por Dios y acentuó la obligación de los súbditos de permanecer leales. Tanto la crítica como la acción quedaban limitadas a deshacer los equívocos o a perfeccionar distintos elementos; no se aspiraba a conseguir una reforma radical del Estado y la sociedad. De una escatología primitivamente revolucionaria por antihistórica se había pasado a un conservadurismo político-social, que ejercía una función estabilizadora. En todo aquello influyó el

hecho de que en la teología imperial no se hubiera suprimido totalmente, a pesar de su inclinación hacia el éxito terreno, la esperanza escatológica del cristianismo primitivo. También persistía la conciencia del carácter provisional de todo orden terreno. En la esperanza de una nueva era ya anunciada por Cristo, el mundo terrenal, concebido como la vieja era, se convertía en un mero intermedio en el que no cabía esperar una transformación, que, por otra parte, tampoco parecía necesaria. (*cf. Historia Universal Siglo XXI,* vol. 9, pp. 65-72).

La especial problemática planteada en Bizancio entre religión y sociedad radicaba en que este mundo histórico no conoció ni ideal ni realmente la separación, tan familiar para nosotros, entre el campo espiritual y el terrenal. «Iglesia y Estado no constituyen dos "fuerzas" yuxtapuestas e independientes, ni tampoco mantienen naturalmente una relación de subordinación y superioridad, sino que forman una unidad mística, dos aspectos de la misma vida de cristianos redimidos... Tanto en el emperador como en el patriarca existe un mismo espíritu, "hen pneuma"; únicamente se diferencian los carismas.»[9] Conceptos tales como «política eclesiástica nacional» o «fusión de motivos teológicos y políticos» son, en el fondo, expresiones auxiliares, aunque indispensables, que resultan inadecuadas en la estructura espiritual de la concepción bizantina sobre el Estado y el mundo.

Las luchas religiosas y la actividad política parecían inseparables: la propagación del Evangelio y la conversión de los infieles, así como la defensa de la fe y la conservación de una confesión única eran tareas encomendadas tanto al Estado como a la Iglesia. Por ello en Bizancio más que en ningún otro lugar coincidían las misiones religiosas y la diplomacia, la propaganda religiosa y la anexión económica de nuevos países. Por el contrario, los movimientos eclesiásticos internos y el desarrollo político-económico se inmiscuían a menudo de forma difícilmente calculable. Cuando se derrumbaban las lealtades políticas y eclesiásticas no sólo peligraba la unidad de la Iglesia, sino también la unidad de la estructura imperial. Con el cisma nació la amenaza de una guerra civil o al menos de un peligroso separatismo político. Esto obligó a intervenir al Estado. La intromisión del poder secular en polémicas dogmáticas se convirtió en razón de Estado. Con ello, la estrecha ensambladura entre las tareas estatales y eclesiásticas, concebida como un compromiso, ocultaba para ambas partes tanto los lastres y los peligros como los impulsos y las ganancias. La religión podía convertirse con la misma facilidad en instrumento de la política como el Estado en siervo de la Iglesia.

La problemática de una teología política, para la que el cisma religioso ponía en peligro no sólo la unidad política, sino también la seguridad de la gracia de Dios sobre el Imperio, se distinguía con especial claridad en la postura del emperador con respecto a la Iglesia. Ya en los estados del antiguo Oriente constituía una de las principales tareas del soberano el asegurar el favor de los dioses. Esta tradición pasó a formar parte de la teoría del Estado helenística, reflejándose en la posición que ocupaba el emperador pagano como *Pontifex Maximus.* Por ello era lógico atribuir al emperador cristiano el papel de *propagator et defensor fidei,* al ser el instrumento elegido por Dios y su vicario en la tierra. Constantino fue tan sólo el primero de una larga lista de soberanos que, profundamente convencidos de la tarea que les encomendaba Dios de proteger la verdadera fe y la unidad de la Iglesia, se inmiscuyeron en los problemas eclesiásticos con métodos a menudo violentos. Constantino creó un instrumento eclesiástico-político de la mayor importancia. Los obispos y los patriarcas, si bien poseían autoridad doctrinal, carecían sin embargo de poder; aún tenía validez la igualdad jerárquica de todos los obispos como guardianes de la transmisión de la fe. Las reuniones de obispos o sínodos deliberaban sobre problemas dogmáticos y teológicos. Con el Concilio de Nicea (325) convocado por Constantino nació una institución general para todo el Imperio: el sínodo general o Concilio ecuménico: reunión de todos los obispos cristianos para deliberar y decidir sobre problemas litúrgicos, dogmáticos y jerárquicos.

Si bien el emperador, gracias a sus poderes seculares, creaba y ocupaba sedes episcopales, decretaba disposiciones sobre la disciplina eclesiástica y la liturgia, e imponía, tanto a los concilios como a la Iglesia, su voluntad en problemas religiosos, el concepto tan propagado de cesaropapismo, al igual que la reducción de las polémicas religiosas que sacudían al Imperio a simples conflictos políticos, son el resultado de una perspectiva antihistórica. De acuerdo con la doctrina teológica que logró imponerse, el emperador no era la cabeza de la Iglesia provista de una autoridad ilimitada; carecía de dignidad sacerdotal y de autoridad doctrinal. Justiniano (en contra de ciertas tendencias de la Iglesia existentes en el siglo v de convertir al emperador también en sacerdote) formula en su *novella VI* una clara diferenciación entre sacerdocio e Imperio: «Los mayores dones que la bondad de Dios otorgó a los hombres son el sacerdocio y la dignidad imperial. El primero está al servicio de los asuntos divinos; la segunda gobierna sobre los hombres y se ocupa de ellos. Dimanados de un origen común, ambos ordenan a su manera la vida humana». Esto ya responde a la teoría establecida

oficialmente en el siglo IX: el cargo terrenal y espiritual concebidos como dos campos independientes de la autoridad, con ciertas interferencias pero aun así, armónicamente unidos, pues dicha autoridad es fundamentalmente común y única y procede de la voluntad divina. Patriarca y emperador representan dos aspectos de un mismo cometido, en un único mundo.

Es evidente que a menudo se ha interpretado de forma unilateral el principio de la colaboración equitativa entre Iglesia y Estado, patriarca y emperador. El establecer los límites o la imposición de la voluntad imperial en los asuntos eclesiásticos no era una cuestión teórica, sino que dependía de las relaciones prácticas de fuerza. Pocos soberanos bizantinos alcanzaron un dominio indiscutido sobre la Iglesia similar al de Justiniano, quien destituía a patriarcas y tomaba resoluciones dogmáticas valiéndose de decretos. La postura de la Iglesia frente al cesaropapismo imperial osciló a lo largo del tiempo entre la sumisión, la adaptación y el conflicto. Sínodos y concilios sentían una y otra vez la inclinación de acceder a los deseos del emperador claramente formulados o incluso de reconocer la superior autoridad espiritual de éste. Pero ya el cisma monofisita y la lucha inconoclasta revelaron hasta qué punto podía resistirse la Iglesia tenazmente cuando se trataba de asuntos fundamentales referentes al dogma, al culto o a sus privilegios. En estos casos el patriarca, apoyado por la jerarquía de arzobispos, obispos y clero, se revelaba a menudo como figura de igual poder.

Resulta problemático saber con certeza si debido al apego de la cultura bizantina a las formas inalterables de la Iglesia Nacional se fue perdiendo progresivamente la capacidad de crear nuevas formas sociales e imágenes culturales. Lo que resulta indudable es que la firme identidad entre Imperio e Iglesia, fe ortodoxa y vida, reforzó la resistencia del estado. En un estado con semejante pluralidad de pueblos, la confesión de una fe común unió —al menos durante mucho tiempo— a fuerzas sociales y étnicas heterogéneas e incluso antagónicas. A falta de una tradición cultural y nacional común, la religión cristiana se convirtió en el medio de integración. De forma similar al Imperio chino con respecto a los mongoles, Bizancio poseía frente a las poderosas minorías extranjeras una extraordinaria capacidad de asimilación; esto se puso de manifiesto con los eslavos que penetraron en el Imperio aproximadamente en los siglos VI y VII. El hecho de que los bizantinos se autodenominaran y consideraran «romanos», en oposición a los paganos, los «helenos», demuestra esta equiparación de confesiones religiosa y nacional: «Romano es aquel ciudadano del único Imperio romano legítimo de Constantinopla que posee la única fe co-

rrecta de este Imperio, la ortodoxia, y, con ello, está incluido en la única entidad cultural deseada por Dios en este mundo: la entidad cultural principalmente cristiana y griega del Imperio oriental» [10].

La cultura bizantina fue, en muchos aspectos, tradicional: el problema de la tradición y de la asimilación desempeñó aquí un papel tan importante como en el ámbito político-social. Pero no fue nunca, como los propios bizantinos pretendieron una y otra vez, una simple continuación de la pintura, la literatura y el arte clásico griegos. Indudablemente, en los «Renacimientos» de la cultura bizantina se manifiesta la influencia, aún viva, de los modelos griegos, así como su reverso: preciosismo, formalismo exagerado e imitación convencional. Pero aunque el modelo literario fue clásico, el espíritu de la cultura bizantina no lo es. Su origen está en el helenismo, en una tradición griega sumamente deformada por las tradiciones locales y nacionales de los territorios orientales conquistados por Alejandro Magno. Ciertos elementos de la concepción del mundo y de la energía espiritual específica del helenismo se reflejan en el individualismo, en la curiosidad y en la universalidad de los bizantinos; éstos también recurrieron a resultados y formas de la ciencia, el arte y la arquitectura helenísticos.

En su camino hacia Bizancio la cultura helenística sufrió naturalmente un cambio decisivo. El encuentro con el cristianismo, iniciado en el momento en que Clemente y Orígenes formulaban verdades cristianas expuestas con conceptos de la filosofía contemporánea neoplatónica, introdujo un nuevo elemento creador en la tradición. Con el clima intelectual también cambió la atmósfera emocional; el miedo del individuo aislado, rodeado de demonios, fue desterrado por la fe.

En esta síntesis de cristianismo y formación helenística, la tradición espiritual de los griegos siguió constituyendo la base de la cultura bizantina, tradición no interpretada, sino directamente transmitida. Esto tuvo gran importancia. La antigua herencia se concebía no como un producto extraño que provoca la polémica, sino como parte de un pasado propio. Junto con un conservadurismo inherente a la idiosincrasia bizantina, dicha herencia constituye el rasgo profundamente persistente que caracteriza a la cultura bizantina en cualquier conmoción interna. La voluntad de mantenerse en una forma fija, estable en su opinión, se materializa en sus obras. Lo que nosotros denominamos renacimiento no significó la apropiación de nuevos elementos, sino únicamente el recurso a la verdadera tradición.

Resulta característico de la cultura bizantina su doble lenguaje. Las artes plásticas conocían una expresión unitaria de las formas;

pero, por lo demás, frente a las amplias masas de la población con su literatura vulgar escrita en lenguaje popular, existía una clase superior, caracterizada por una afectada formación clasicista. Las formas y los contenidos de la educación, inalterados a lo largo de los siglos, confirieron a la élite dirigente de Bizancio su asombrosa y permanente uniformidad tanto en el lenguaje, como en el comportamiento y el estilo de vida. Esto revistió gran importancia para la coherencia de esta clase y para su capacidad de integración; no en vano uno de los métodos de la política bizantina consistió en educar en Constantinopla a los miembros de las clases dirigentes extranjeras, dentro del ambiente político y cultural del poder central.

Esta tradición educativa configuró a su vez al tipo humano representado por el funcionario-erudito. En él se hace especialmente evidente el hecho de que el alto nivel de la cultura intelectual de Bizancio —donde, en oposición a Occidente, la educación no sólo estaba al alcance de las clases superiores, sino también de las capas intermedias— constituía un elemento decisivo de su vitalidad. El éxito alcanzado por la política bizantina dentro y fuera del Imperio se basó en gran parte en la rutina y en los métodos ya conocidos, pero también en el consciente desarrollo ulterior de las experiencias vividas. En los métodos empleados en la política interior y en la diplomacia, y quizás aún más claramente en la evolución de una metódica ciencia militar bizantina, puede observarse una dosis de reflexión y teoría basada en una cuidadosa formación intelectual, como instrumento político.

Al plantearnos el problema del carácter de la cultura bizantina, se nos plantea simultáneamente el problema de la localización histórica de dicha sociedad. Si desde el punto de vista de la política exterior resultó tener una importancia fundamental en su destino su posición intermedia entre Oriente y Occidente, en el ámbito cultural y social se desencadenó el antagonismo existente entre ambos mundos. Las formas y la fuerza de las influencia orientales no justifican sin embargo la teoría según la cual Bizancio había sufrido una «orientación» como Estado y como cultura. Resulta significativo que precisamente los elementos de la tradición oriental que no habían sido integrados en la síntesis cultural de helenismo y tradición tardorromana se convirtieran en elemento conflictivo. Frente a éstos, sin embargo, en el cisma monofisita y en el conflicto de las imágenes, se impuso la tradición helenística. Por ello, considerar a Bizancio como una Grecia resucitada resulta igualmente erróneo. Cualquier intento de concebir los aspectos fundamentales de la sociedad y la cultura bizantinas fracasará si se pretende determinar

parcialmente un elemento dominante. La síntesis, a pesar de sus diferentes raíces, sigue siendo un elemento decisivo en la evolución de Bizancio.

V. *Tradición y cambio*

Tanto el papel histórico desempeñado por Bizancio como los factores generales de la vida social, política y espiritual configuraron un estilo de vida muy peculiar, una postura frente al mundo que repercutió necesariamente en los procesos sociales. A pesar de los cambios acontencidos, ciertos rasgos fundamentales se repitieron con tal periodicidad, que en principio parece una tarea imposible de describir el carácter bizantino. La vida social y colectiva de la capital, Constantinopla, refleja en muchos aspectos dicho carácter; pero también refleja uno de sus aspectos el terrateniente Cecaumeno, una especie de lord Chesterfield bizantino escéptico, desilusionado y desconfiado, con sentido común y sentido del ahorro. El temperamento bizantino es una *coincidentia opossitorum:* curiosidad intelectual, placer por la discusión vivaz y el argumento sutil, superstición masiva y exaltación mística; refinamiento, elegancia, placer en el lujo, enorme impresionabilidad, junto a mezquindad, corruptibilidad, cínica hipocresía, crueldad implacable y odio apasionado. Naturalmente la perseverancia, la energía, el valor, la sensibilidad y la compasión constituían características por lo menos igualmente determinantes de su carácter: sin dichas cualidades resulta difícil pensar en la supervivencia de Bizancio. Pero son sin embargo ciertos rasgos negativos los que precisamente ayudan a comprender la realidad de la vida bizantina, con sus inumerables temores y peligros. Ante la actitud de ciertos individuos considerados, recaudadores de impuestos, funcionarios caprichosos, y la continua amenaza de una invasión de los pueblos bárbaros, la desconfianza y el disimulo se convirtieron en mecanismos habituales de defensa. El hombre, ante la opresión del mundo circundante, depositó su confianza en lo trascendente; la religiosidad y la esperanza en una ayuda sobrenatural constituyeron rasgos inamisibles del carácter bizantino.

La fe es responsable de la originalidad y particularidad de la concepción del mundo y la actitud ante la vida de Bizancio; éstas deben considerarse únicamente desde el punto de vista teológico. No resultan determinantes las formas de devoción ni los dogmas, sino la forma especial de espiritualidad que caracterizó la vida bizantina fuera del ámbito puramente teológico. Dicha espiritualidad nacía de la convicción de que la vida en

general procedía del único espíritu creador divino y de que ésta se redimía por la obra del único hijo de Dios. Esta espiritualidad ha sido descrita como «dualismo» o «unidad de antagonismos»: también la noción de la dialéctica puede inducir a error. Contrastes que a nosotros pueden parecernos antagónicos y, por consiguiente, motivo de contradicción o de «toma de postura», en la fe se ven compensados de forma harto singular: como parte de algo incomprensible aunque universal, basado en la existencia de Dios.

La existencia inalterable y universal de Dios constituye el significado y el contenido de toda trascendencia. El camino para llegar a la trascendencia no es la deducción racional, el análisis dialéctico de la fe a través de una teología científica, sino la sumersión directa en la fe a través de una vida ascética y contemplativa. Meditación y no acción; quietud y no movimiento. Esta postura básica se manifiesta en el carácter invariable de la liturgia, en la arquitectura de las iglesias y en los iconos, que por la severidad hierática y fuerza expresiva de la imagen deja al espectador sumido en una actitud silenciosa. El monje y el hombre piadoso consiguen en el silencio aquella paz serena del alma contemplativa que en la poesía de los himnos bizantinos se alababa como comunión mística. Es en esta comunión donde se realiza el ideal bizantino. Gracias a ella se consigue tan sólo un indicio, una comparación, una imagen: Dios concebido como paz inmóvil, y no obstante eternamente creadora. La idea de esta inmovilidad incorpórea del Dios trino y uno, alcanzada por el monje asceta en la inefabilidad de la contemplación y que el Padre de la Iglesia Gregorio de Nisa intentó comunicar valiéndose de fórmulas platonizantes, también estaba al alcance del creyente normal, de forma más accesible y gráfica: a través de la liturgia que le acompañaba a lo largo de toda su vida, y de su fe inquebrantable en la ayuda que prestaban los numerosos santos, en la posibilidad diaria de un milagro. Todo esto le confería seguridad, esperanza y fuerza, calmaba aquella necesidad tan característica de los bizantinos de experimentar aquello que experimentaron personalmente los santos.

Semejante actitud, que no prescindía de los momentos estáticos, nos plantea el problema de las posibilidades reales de un cambio, y la justificación que de éste puede darse en la concepción bizantina del mundo. El gran error occidental consistió en creer ver, como Toynbee, «petrificación» donde sin embargo existía vida, si bien se trataba evidentemente de una vida diferente a la del movimiento con el que nos gusta confundirla. Estabilidad o debilidad, entumecimiento o capacidad de cambio

de un sistema político-social dependen de la mezcla y del equilibrio existente entre los elementos tradicionales y no tradicionales; este gran problema histórico de tradición y renovación, de continuidad y creatividad, se hace especialmente evidente en la historia bizantina.

Indudablemente, la fuerza de lo ya existente y de las tendencias conservadoras era en Bizancio extraordinariamente grande. Es indiscutible el rasgo estático, el profundo conservadurismo de esta sociedad, con su tendencia a la creación de formas fijas, permanentemente válidas. Las instituciones políticas y las estructuras sociales estaban tan sumamente influidas por el Imperio tardorromano que apenas podía pensarse en nuevas formas, a lo sumo en una reforma. El peso de las tradiciones griegas provocó en la cultura bizantina un clasicismo activo que a menudo reprimía ímpetus creadores; ejemplo de esta tendencia fue el consciente arcaismo de la literatura, cuyo objetivo principal seguía siendo la imitación estilística de los grandes modelos griegos de la antigüedad. Por el contrario, los presupuestos teológicos tuvieron un efecto paralizador en las ciencias naturales bizantinas, puesto que las apreciaciones y los resultados transmitidos por la investigación griega se consideraron insignificantes: «Para nosotros es suficiente saber que todas las cosas llevan el espíritu de Dios y están dispuestas por una voluntad en la que no podemos profundizar» [11]. Lo que confería semejante importancia a las tradiciones y a las disposiciones establecidas era una conciencia fundamentalmente conservadora. No solamente en el ámbito literario se creía en el clasicismo, en una herencia obligatoria que había alcanzado el carácter de canónica. La posesión de verdades definitivas y de soluciones perfectas en el campo de la política y de la religión estaba garantizada por la revelación divina: el hombre bizantino no era conservador sólo por inclinación o apatía, sino, en gran medida, por la religión. La actividad intelectual consistía principalmente en una recomprensión y reexposición de lo antiguo, de lo que en otro tiempo fue válido; esta actitud impregnó la sociedad y la política. La crítica de Procopio a Justiniano no se refería, significativamente, al tradicionalismo retrógrado de la política imperial; lo que le reprochaba verdaderamente eran las innovaciones realizadas por el soberano.

La idea de que toda actitud renovadora provoca necesariamente consecuencias negativas es una perspectiva que desfigura la historia y que el observador imparcial refutará precisamente a la vista de la historia bizantina. El efecto positivo de las disposiciones establecidas se demuestra en la estabilidad que permitió al Estado bizantino, gracias a una autoridad central y

una administración civil rígidas y bien organizadas, superar las crisis con más acierto que los estados feudales occidentales o los estados sucesores del califato. Fue la perseverante política administrativa la que hizo posible que un producto político-social tan complejo como el Imperio bizantino lograra mantener su continuidad durante tanto tiempo. Además, esta administración civil conservadora, contrarrestó el nacimiento del feudalismo y de un absolutismo imperial exagerado.

No existe ninguna base que apoye la teoría de que Bizancio estaba incapacitado para el cambio. Es cierto que, a diferencia de Occidente, la energía de la actividad intelectual no descansaba precisamente en la originalidad o en la innovación. Pero a pesar del considerable lastre que significaban las estructuras materiales conservadoras y las ideas tradicionales, en Bizancio existía indudablemente capacidad para adaptarse a unas nuevas condiciones y de llegar a una reforma creadora. Sin ella este Estado no hubiera podido sobrevivir durante un milenio en un mundo en transformación. A lo largo de su historia se produjeron continuos procesos de cambio social y político que eran algo más que la simple superación de crisis momentáneas valiéndose de métodos ya conocidos. En el siglo VII, durante el reinado de Heraclio, ya se iniciaron una serie de cambios decisivos en las formas políticas y en las estructuras sociales. Esto demuestra que Bizancio, a pesar de su capacidad de permanencia, tenía un sistema social capaz de desarrollarse orgánicamente y de encontrar nuevas soluciones. Incluso en el ámbito del derecho, considerado como especialmente tradicional, existían elementos de transformación, como por ejemplo en el código de León III, revolucionario en ciertos aspectos, o en la reforma de los grados y tipos de penas.

En cuanto a la cultura, la aparente superioridad de las tradiciones clasicistas tan sólo alcanzó a la literatura, y, dentro de ella, al reducido grupo de eruditos. Al margen de este círculo nació la literatura popular como reacción ante el formalismo oficial. Por lo demás, ni el arte ni la arquitectura pueden interpretarse como simple repetición o estéril resurrección de tradiciones. Desde el apogeo del «nuevo estilo» en el siglo VI, pasando por la época de florecimiento de los siglos XI y XII hasta llegar al arte de los paleólogos, puede observarse en el lenguaje formal bizantino una gran dosis de individualismo, originalidad y fuerza creadora. En la esencia del arte bizantino existe no tanto un tradicionalismo como una fe ortodoxa unida a la herencia espiritual del helenismo, que desarrolla hasta llegar a lo irracional un movimiento interrumpido en la propia Grecia por el clasicismo en el siglo IV a. C. En esta unidad creadora

de cristianismo y helenismo radica el enorme y original mérito de la cultura helenístico-bizantina. En las obras más importantes del arte ha desaparecido casi por completo el manto clasicista: son la expresión pura de su especial religiosidad.

Bizancio era creador y conservador al mismo tiempo; la transformación y el cambio son tan determinantes como su tradicional perseverancia. Esto no quiere decir que Bizancio siguiera un proceso lineal. En muy pocas ocasiones tuvo el cambio un carácter radical; el peso equilibrador de la tradición era demasiado fuerte para ello. Resulta enormemente significativo el intento de interpretar desde un punto de vista conservador, y con ello de legitimar la renovación como vuelta a la tradición primitiva; en la filosofía y la teología también se introdujo lo nuevo afirmando que con ello se interpretaban y fundamentaban las doctrinas de los Padres. No se trataba de un ardid político a través del cual un grupo dominante lanzaba una serie de innovaciones que, con el pretexto de restaurar, lo que hacían realmente era afianzar su propio poder. En la concepción bizantina del mundo no había por qué fundamentar sistemáticamente la innovación; ésta venía dada por la praxis, y se efectuaba pragmáticamente. A pesar de ello la sociedad bizantina no sólo conoció el cambio en las condiciones y en los problemas sociales y políticos, sino también el intento, a menudo coronado por el éxito, de buscar nuevas soluciones a dichos problemas. La tenacidad vital de Bizancio se basaba en esto en gran medida.

VI. *El comienzo de la historia bizantina: El problema de la periodicidad*

El gran bizantinista inglés J. Bury afirmaba aún que el Imperio bizantino era «el mismo imperio que había fundado Augusto» [12]. La continuidad, fundada en el derecho público, desde Constantino el Grande hasta la caída de Constantinopla en el año 1453 resulta indiscutible. Y esta continuidad influyó en la conciencia política de los bizantinos. No obstante, este aspecto formalmente correcto y apoyado por la autoridad de Gibbon, reduce la realidad histórica. El concepto de «bizantino» en oposición al de «oriental» o «tardorromano» (si bien parece deducido sin mucho sentido del nombre primitivo de la colonia griega en el Bósforo que se convirtió en el año 324 en la capital del Imperio con el nombre de Constantinopla) es correcto y necesario; defiende la teoría de que Bizancio fue un fenómeno his-

tórico con carácter propio, en el que se fundieron tradiciones romanas y otras fuerzas diferentes y nuevas.

Se plantea ahora el problema de la periodicidad en la historia bizantina. El final de dicha historia está claramente determinado, aunque sus efectos sobrevivieran durante mucho tiempo, por la caída de Constantinopla en el año 1453. Más problemático resulta determinar sus comienzos. Existen ciertas formulaciones ingeniosas: «La historia bizantina se inicia cuando Bizancio deja de llamarse Bizancio»; también se ha intentado fijar el comienzo de su historia con el reinado de Constantino I y el final con el de Constantino XI.

En esta polémica destacan fundamentalmente cuatro posiciones: una de ellas considera el gobierno de Constantino el Grande como un momento decisivo: se funda Constantinopla como futura capital del Imperio y se desplaza el centro de gravedad de éste a la parte oriental; simultáneamente se inician una serie de transformaciones decisivas con el reconocimiento del cristianismo y las grandes reformas políticas. Una segunda escuela, por el contrario, da por terminada con el reinado de los emperadores iconoclastas, es decir, a partir del año 717, la transformación del Imperio iniciada como respuesta a la amenaza islámica en el siglo VII, interrumpiéndose así definitivamente la continuidad con el Imperio tardorromano. La tercera posición conciliadora centra su atención en el año 395, momento en el que se reconoce al cristianismo como única religión oficial. Este hecho y la división del Imperio sirven de base para el nacimiento de un Bizancio independiente. Por último se interpreta el reinado de Justiniano, con sus intentos de unificar de nuevo el Imperio romano, como la fase histórica en la que aparecen por primera vez con claridad las fuerzas que formarían el Imperio bizantino.

Delimitar las épocas históricas resulta evidentemente muy problemático, tanto desde un punto de vista metódico como por motivos prácticos. En este caso el problema resulta doble, pues el Imperio romano y el Imperio bizantino no sólo poseen una continuidad en el espacio, sino también estructural. Es cierto que desaparecieron relativamente pronto determinadas tradiciones tardorromanas (la lengua latina por ejemplo, que a partir del siglo VI sólo se conservó en el lenguaje administrativo). Pero sin embargo, otras estructuras, específicamente tardorromanas, se convirtieron en elementos permanentes de la vida bizantina, o al menos vigentes durante un largo período de tiempo. El Imperio bizantino como producto histórico está influido política y espiritualmente por cuatro fuerzas. En el estado, el derecho y la ideología política se hace sentir la monarquía absoluta

de la época tardorromana y la exigencia de poder de los emperadores romanos. Sin embargo, la clase dominante en Bizancio era griega, y constituía al mismo tiempo la fuerza espiritual y cultural determinante. La tercera fuerza es el cristianismo ortodoxo concebido como religión oficial e iglesia nacional; a estas tres fuerzas deben añadirse los elementos orientales existentes en la clase dirigente y la tradición espiritual.

Estos elementos básicos de la sociedad bizantina evolucionan a lo largo de un lento proceso; ningún año resulta especialmente significativo en este desarrollo; tan sólo puede hablarse de siglos en el origen y formación de Bizancio. El proceso se inicia con la reforma política y la aceptación del cristianismo durante el reinado de Constantino. Los años 395 y 476 tienen aquí una importancia especial. Los siglos IV y V forman ya parte de la historia bizantina: son los comienzos del imperio, apoyados aún en gran medida en las disposiciones del Imperio tardorromano. Pero es a partir del siglo VI cuando puede hablarse de Bizancio como producto histórico con carácter propio; en la época justinianea se produce una etapa de confusión. Las innovaciones y los elementos tradicionales ya se perciben en el arte y en la cultura. Sin embargo, la política y la ideología siguen siendo fundamentalmente tradicionales; es a partir del siglo VII cuando el Estado, inmerso hasta entonces en un proceso de transición, encuentra soluciones claras y nuevas a sus problemas. En la evolución del Imperio tardorromano a la sociedad bizantina el gobierno de Justiniano tuvo una importancia evidente, influyendo también de forma decisiva en la transformación del mundo antiguo del Imperio romano en el mundo medieval del área europea del mar Mediterráneo.

1. Fundamentos y comienzos de la historia bizantina: La época de Justiniano y Heraclio (518-717)

Mientras se desencadenaba una fuerte tormenta sobre el Cuerno de Oro, moría, en la noche del 10 de julio del año 518 en Constantinopla, el emperador Anastasio, de casi ochenta años de edad. El Imperio, que había superado con éxito los peligros de la invasión de los bárbaros, parecía estar al borde de la desintegración; las provincias orientales, tras una serie de guerras civiles y religiosas, se encontraban en abierta revolución contra el poder central. El comandante de la guardia imperial, de sesenta y siete años de edad, aprovechó estos momentos de confusión para organizar su elección como emperador. Ni entonces ni más tarde resultó un acontecimiento insólito la usurpación del trono por jefes de tropa decididos. Pero el breve reinado del enérgico y capacitado organizador Justino I (518-527) hizo época. Creó para su sucesor Justiniano una base de poder y un área de comercio, iniciando con ello la primer gran época de la historia bizantina.

I. *Los dos aspectos de la época: Tradiciones tardorromanas y comienzos bizantinos*

Ni la época ni la obra de Justiniano pueden ser comprendidas sin la base tardorromana. La confirmada supremacía que el Imperio bizantino tenía sobre el Mediterráneo en el siglo VI procedía, a pesar de los continuos conflictos en sus fronteras, y al igual que las formas políticas y sociales de la sociedad bizantina primitiva, del desarrollo histórico de los siglos IV y V [1]. El mundo de Justiniano se caracterizó por su éxito y su fracaso ante el problema de la invasión de los bárbaros. La irrupción de los pueblos germanos cambió la estructura política de todo el espacio comprendido entre Escocia, el Danubio y el Sahara. En lugar del Imperio unitario surgió un sistema policéntrico: los estados sucesores germanos en el suelo del Imperio occidental, y el Imperio bizantino en Oriente.

Las causas de la decadencia del Imperio romano en Occidente son complejas y debatidas. La mayor fuerza de resistencia de las provincias orientales estaba basada, aunque no totalmente, en su superior estructura económica y demográfica (*cf. supra,* pp. 7, 8, 19 y 20; *Historia Universal Siglo XXI,* vol. 9, pp. 146

ss.). Esto capacitó a Bizancio, incluso en las más críticas situaciones de su política exterior, gracias a una burocracia y una administración financiera eficaces para asegurar los impuestos necesarios, y con ello mantener un ejército bien pertrechado. Además, en Oriente, la estructura estatal se había visto menos dañada por los intereses políticos y económicos de la nobleza terrateniente que en Occidente, donde este elemento de debilidad en la política interior influyó decisivamente en su decadencia. En Bizancio el poder central logró, gracias a una situación en política exterior y financiera más favorable, mantener la unidad nacional y la estabilidad política frente a tendencias centrífugas similares.

El Imperio romano de Oriente superó la crisis exterior del siglo V sin sufrir una conmoción duradera; sin embargo, el conflicto provocado por el cisma monofisita en las ricas provincias asiáticas, encerraba el peligro de una desintegración interna así como de una orientalización del Imperio bizantino. Con la separación entre Occidente y Oriente en el área mediterránea comenzaron a dibujarse, a partir del siglo V, los contornos de un nuevo panorama espiritual; en Egipto y Siria especialmente nació una conciencia cultural de fundamental influencia en la evolución de la religión y el arte. Durante el gobierno de Anastasio (491-518) la unidad del Imperio se vio amenazada temporalmente. La subida al poder de Justino I, que con una serie de medidas políticas de consolidación inició una evolución político-eclesiástica hacia la ortodoxia, también provocó un cambio.

Bizancio era en el siglo VI el único sucesor del Imperio romano frente a los estados germanos tanto política como militarmente, así como la fuerza económica dominante en el Mediterráneo. De nuevo un emperador gobernaba en el mundo cristiano, si bien las provincias orientales, en proceso de disolución, se habían sustraído de momento a su control. Las instituciones políticas, las estructuras sociales, las formas económicas y la cultura material de la época tardorromana se conservaron casi idénticas. La autoridad imperial central estaba de nuevo asegurada, el aparato administrativo funcionaba, el ejército estaba capacitado para defender las fronteras. Al contrario que en Occidente, Bizancio experimentó también una nueva prosperidad económica; la vida ciudadana y el comercio con el extranjero siguieron desarrollándose, la moneda permaneció estable.

Pero si bien es cierto que la tradición imperial tardorromana caracterizó el horizonte vital del Imperio bizantino primitivo y que Justiniano concibió su política como una *renovatio* del antiguo Imperio unificado, entender esta época como un apogeo definitivo del Imperio romano cristiano responde a una pers-

pectiva histórica parcial. Junto a un tradicionalismo oficial, también caracterizan a esta época una serie de elementos de transición y de cambio, pues posee dos aspectos, dos perspectivas posibles: como parte integrante dentro del proceso general de transformación acontecido en el mundo mediterráneo y al mismo tiempo como primera fase de la consolidación del Imperio bizantino en tanto que unidad histórica independiente. Naturalmente, el Estado de Justiniano era en muchos aspectos una solución provisional, *una* etapa en un proceso más general de transformación que culminaría en los siglos VII y VIII. Pero su *renovatio Imperii* sirvió de base para una forma transformada de imperio y soberanía imperial, iniciando con ello la historia bizantina en sentido estricto.

II. *Constantinopla: centro del mundo y espejo del Imperio*

El esplendor de la capital reflejaba el poder, la riqueza y el nivel cultural del Imperio bizantino. Atraía con magnetismo a la población de las provincias y de los países extranjeros. Allí residía el emperador en su calidad de representante de Dios sobre la tierra, y el patriarca en su calidad de cabeza de la cristiandad ortodoxa. Por sí solo esto le confería a Constantinopla una posición única; añádase a ello el gran potencial económico que se reunía en esta capital, tanto del Imperio como del comercio internacional. La fuerza de atracción de la ciudad para el mundo circundante era casi excesiva: durante siglos Constantinopla no sólo fue una encrucijada de las culturas, sino también una fortaleza continuamente asediada.

La estrecha relación entre la tierra y el mar, tanto en sus recursos militares y económicos como en el aspecto estético, constituyó siempre un rasgo característico de Constantinopla: «El mar corona la ciudad» [2]. La cúpula de Santa Sofía dominaba la silueta de la ciudad; desde el Bósforo se veía el gigantesco recinto del palacio imperial, con las cúpulas doradas de las iglesias reluciendo entre los jardines. Ante el palacio se encontraba el Augústeo, una amplia plaza flanqueada por Santa Sofía y el Hipódromo. Junto a la piedra miliaria, a partir de la cual se medían todas las distancias dentro del Imperio, destacaba la colosal estatua ecuestre de Constantino; amplias calles bordeadas por columnatas descendían hacia el Cuerno de Oro. Toda la ciudad, que junto con las estrechas callejuelas orientales del barrio comercial y de las partes más pobres, incluía zonas de villas y grandes parques, estaba rodeada por una línea de fortificaciones de 9 kilómetros de longitud.

La distribución y configuración arquitectónica de la capital, con sus diferentes zonas y centros de gravedad, ofrecían una perfecta imagen de la sociedad bizantina. Constantinopla, como centro político y administrativo, económico y religioso, literario y artístico, era, con toda la vida propia de una gran ciudad, una especie de microcosmos del Imperio[3]. El sistema de defensa construido bajo Teodosio (408-450), triplemente escalonado, de murallas terrestres y marítimas, estaba considerado como la mejor obra de la época desde el punto de vista técnico-militar. En este sistema se materializaba el papel de la ciudad como último reducto de resistencia del Estado; las inscripciones sobre las puertas de la ciudad («Cristo nuestro Dios, rompe triunfante la fuerza de los enemigos») demostraban la creencia en una protección divina especial. La inexpugnabilidad de la capital significaba para los súbditos un símbolo vivo del destino eterno del Imperio.

El gran palacio de los emperadores bizantinos en el Bósforo era una verdadera ciudad dentro de la gran ciudad; la suntuosidad de sus edificios y jardines ejercía un fascinante efecto. En los actos oficiales, con su minucioso ceremonial, se representaba plásticamente el poder del emperador, más allá de la inmortalidad. En las recepciones se procuraba impresionar especialmente a los príncipes extranjeros o a sus enviados valiéndose de sorpresas acústicas y mecánicas ingeniosamente diseñadas (por ejemplo, pavos reales adornados de joyas que batían las alas).

Al mismo tiempo, Constantinopla era la sede del patriarca ortodoxo más poderoso, a pesar de la competencia con Alejandría y Antioquía. En la ciudad y sus alrededores se encontraban numerosas iglesias y monasterios, cuyos moradores desempeñaron a menudo un importante papel en los disturbios urbanos. Santa Sofía era el símbolo de Constantinopla como centro religioso del Imperio. La «Gran Iglesia» era una de las maravillas del cristianismo. Numerosas descripciones que datan desde el siglo VI hasta el XIV testimonian la profunda impresión, no del todo comprensible desde el punto de vista racional, que producía en los creyentes: «El espíritu humano no puede decir nada sobre la Iglesia de la Santa Sabiduría ni tampoco puede hacer una descripción de ella»[4].

Pero Constantinopla era también, eclipsando otros centros urbanos del Imperio —como Alejandría, Antioquía, Salónica, Efeso o Trebisonda—, el centro de gravedad del comercio internacional, y, durante una serie de siglos, la ciudad más rica de la Cristiandad. Como centro comercial, su localización en el cruce de importantes rutas comerciales ofrecía un gran número de ventajas: un puerto extraordinariamente seguro y bien cons-

truido, con varaderos y almacenes; mercados de consumo, explotados por grandes bazares, para la gran población urbana y sus numerosos talleres; oficinas de armadores, mayoristas y bancos.

El cuarto centro vital de Constantinopla era su Hipódromo, con una capacidad para más de 40.000 espectadores. Las condiciones de vida de la clase inferior urbana eran vejatorias, y ni los asilos y hospitales religiosos, ni la donación oficial de pan lograron paliar tal situación. Las viviendas eran a menudo construcciones primitivas de ladrillo, las calles estrechas, oscuras y llenas de basura. No eran insólitos los incendios y las epidemias. Las luchas de animales, carreras de carros, juegos de acrobacia y comedias en el Hipódromo constituían para estos sectores de la población algo así como una necesidad vital, y, junto con las cuestiones religiosas, el Hipódromo se convirtió en un centro de enorme interés. Esta masa de carácter irritable, difícilmente controlable y cautelosamente tratada por los emperadores dado el peligroso papel que podía llegar a desempeñar en épocas de crisis, estaba organizada en dos partidos circenses: los Azules y los Verdes, idénticos a los *demos* urbanos (que también servían temporalmente como milicia ciudadana). Estas curiosas y primitivas reliquias de libertad ciudadana y anarquía griega en el seno de un estado absolutista no sólo aglutinaban a los apasionados partidarios de una determinada cuadra o de celebridades del deporte, sino que al mismo tiempo eran organizaciones de cierta influencia política y eclesiástica. Los Azules eran tradicionalmente ortodoxos; los Verdes, monofisitas. La actitud de protesta y la moda también corrían parejas en estos grupos. «Han adoptado una nueva y extraña manera de llevar el pelo, totalmente distinta a la del resto de la gente. El bigote y la perilla no llegan a rozarse, pero dejan que les crezca lo máximo posible... Desean que el cabello les cuelgue por detrás muy largo y de forma absurda, como los hunos... Los puños de sus camisas se ciñen a los huesos, pero desde allí se ensanchan hacia la espalda de un modo francamente grotesco.» [5]

La masa de la población urbana estaba compuesta por pequeños artesanos y comerciantes, jornaleros, sirvientes, esclavos, mendigos, prostitutas y soldados. La clase media estaba formada por funcionarios de la administración, médicos y profesores de Universidad, terratenientes acomodados, propietarios de talleres y a menudo comerciantes, armadores y banqueros que disfrutaban de un lujo oculto. La brillante fachada de la sociedad bizantina estaba representada por la nobleza cortesana y de sangre. Sus palacios urbanos y sus residencias veraniegas rivalizaban en fastuosidad —pavimentos de mármol, mosaicos, pinturas mura-

les, marquetería— con los palacios imperiales; vestimenta, joyas y carros participaban de un lujo similar. No es casual el hecho de que la artesanía altamente desarrollada llegase a convertirse en una rama especialmente típica dentro del arte bizantino. Las grandes avenidas, donde comercios sumamente caros ofrecían artículos de moda de todo el mundo, constituían la más clara imagen de lo cerca que siempre convivieron la riqueza y la más tremenda pobreza.

Pero a pesar de este estilo de vida orientado hacia una competencia en los signos externos de riqueza, la clase dirigente ciudadana no cerró los ojos a las pretensiones espirituales. Estaba íntimamente vinculada a la élite intelectual y profundamente convencida de la necesidad de una formación universal y literaria. Este hecho tuvo repercusiones tanto en la vida de la sociedad como en la actividad de la Universidad de Constantinopla, cuyas escuelas filosóficas y científicas poseían una categoría tradicional y atraían a estudiantes de todo el Imperio.

III. *Justiniano y su época: el papel del soberano*

Los méritos de Justiniano son innegables. La soberanía del Imperio se extendió de nuevo hasta España, el *Corpus Iuris* creó los fundamentos de la evolución del Derecho europeo, Santa Sofía constituyó el primer punto culminante del arte bizantino. La condición previa de semejantes éxitos fue en primer lugar el cese de la invasión de los bárbaros; añádase a esto la consolidación económica en la mitad oriental del Imperio y la escasa estabilidad interna de los estados germanos. Por otra parte, parece seguro que Justiniano no hubiera cosechado semejantes éxitos de no haber contado con unos colaboradores extraordinariamente capacitados: el destacado caudillo militar Belisario, el experto militar y diplomático Narses, el enérgico prefecto pretoriano Juan de Capadocia y el gran jurista Triboniano. Sin embargo, el consejero más influyente fue la emperatriz Teodora. El historiador Procopio ha descrito con placentera malicia en su «Historia Secreta» el relato de la dudosa vida de esta antigua cortesana, sus intrigas y favoritismos y su sospechosa política religiosa monofisita. Pero aun así dio muestras de una agudeza política y un carácter resuelto del que carecía a veces el propio Emperador en momentos de crisis. Ella fue quien salvó el reinado de Justiniano en el momento álgido de la revuelta de Nika: «La huida resulta imposible, incluso aunque nos llevara a lugar seguro. Quien nace en este mundo ha de morir; pero un soberano no puede ir al exilio» [6].

Pero todo esto en modo alguno disminuye el mérito de Justiniano. Quizá él sea el ejemplo más significativo de aquella movilidad social que en el Imperio bizantino hacía posible que un hombre de origen social humilde alcanzara el más alto cargo. Al igual que su tío Justino, Justiniano era hijo de un simple campesino macedonio, si bien había recibido una excelente formación en teología y ciencias profanas, política y diplomacia. A sus extraordinarias dotes intelectuales se unía una capacidad inagotable de trabajo, unas ideas muy claras y un magistral conocimiento de los complejos asuntos del Imperio. Naturalmente, el afán de intervenir personalmente en los más íntimos detalles —planificación de expediciones militares, planos de construcción de las fortificaciones africanas, programas de juegos festivos, establecimiento de días de ayunos— evidenciaban al mismo tiempo la obsesión y la debilidad del Emperador. Sus esfuerzos no iban encaminados tan sólo a conseguir una administración eficaz e invulnerable, sino también a mejorar la situación jurídica y social de sus súbditos, aunque Procopio lo interpretó más tarde como una irreprimible manía de renovación, destructiva del orden existente.

Pero aún más que su ascetismo, su conciencia del deber y su preocupación social, al «Emperador sin sueño», apartado en su palacio del mundo y de sus súbditos por una rigurosa etiqueta, le caracterizaba una energía única, una voluntad soberana. Justiniano fue el mayor autócrata del trono bizantino y siguió sus ideas políticas con una fuerza apasionada. Esta fusión de cualidades esenciales, voluntad inquebrantable encaminada siempre hacia un gran objetivo, frío distanciamiento hacia sus congéneres e incapacidad de despertar entusiasmo o simpatía, le hace comparable tan sólo a Carlos V.

El credo político de Justiniano no se basaba exclusivamente en un concepto exagerado del carácter ilimitado del poder imperial, tal y como lo impuso totalmente en el Estado e incluso, parcialmente, en la Iglesia; la verdadera fuerza motriz de su actuación procedía de una idea política conservadora: la visión de la *renovatio imperii,* la restauración del Imperio ortodoxo que abarcaría todo el mundo mediterráneo y conservaría las formas tradicionales del poder, la fe y la cultura. De aquí surgirían los distintos objetivos de su política: reconquista de los antiguos límites del Imperio y restauración de la unidad religiosa en la Cristiandad; reorganización de la administración y la jurisdicción; recuperación financiera mediante una política económica enérgica; política de edificaciones grandiosas que documentara de forma ostensible la restauración del antiguo orden.

Precisamente las peligrosas consecuencias de semejante política ponían de manifiesto la influencia, viva durante mucho tiempo, del pensamiento político universal romano. El principio básico fundamentado en el derecho político de un único imperio legítimo era tan natural e indiscutible para Bizancio y sus emperadores como el concepto de una única Iglesia cristiana. A la idea de la universalidad del poder imperial se unían, más allá de las fronteras del Estado bizantino, la lealtad y las esperanzas políticas de antiguas provincias; incluso los soberanos germanos reconocían al emperador como fuente suprema de todo poder legítimo. Evidentemente su concepto de supremacía imperial se diferenciaba del de Justiniano en un punto esencial: al transformarse en la mente de Justiniano una aspiración fundamentalmente titular en una aspiración política real de recuperar las partes occidentales del Imperio, se produjo necesariamente el conflicto. Por otra parte, Justiniano veía un doble compromiso en la reintegración de estas provincias. Si el Imperio romano era al mismo tiempo la cuna de la cristiandad ortodoxa, era obligación del emperador liberar a sus súbditos latinos del poder de los herejes arrianos. En la idea que tenía Justiniano de la renovación del Imperio romano cristiano se fundían estrechamente la fe y la política: «Por el poder de Dios gobernamos el imperio que la majestad celestial nos confió, guerreamos con éxito, aseguramos la paz y restauramos la estructura del estado. Al mismo tiempo, mediante la contemplación, nuestro espíritu pide de tal forma la ayuda de Dios todopoderoso que no ponemos nuestra confianza en nuestras armas, en nuestros soldados, en nuestros oficiales ni en nuestras propias facultades, sino que basamos todas nuestras esperanzas tan sólo en la protección previsora de la Santísima Trinidad, de la que parten todos los elementos del universo y de la que deriva su orden en todo el orbe» [7].

IV. *Tradición y reforma de la sociedad en el siglo VI*

Para Justiniano la *renovatio imperii* no se limitaba a la política exterior. Tras la brillante fachada del arte y la vida en la capital y en los grandes centros provinciales se escondían numerosos problemas internos, de orden económico-social. El descontento hacia la rigidez autocrática del gobierno y el consiguiente desorden social se habían manifestado ya en el año 532 en la insurrección de los partidos circenses de Nika, que en los años de anarquía, bajo Anastasio, habían escapado totalmente al control de la policía. Las prudentes, aunque enérgicas, me-

didas de Justiniano no lograron evitar una revuelta conjunta de los Azules y los Verdes, que pudo ser sofocada con derramamiento de sangre tan sólo unos días después. Esta prueba de fuerza entre el Emperador y la población de la capital constituyó por otra parte el único conflicto importante de este tipo acontecido durante el reinado de Justiniano.

La política interior de Justiniano apuntaba principalmente hacia tres objetivos: reforma de la administración, que debería funcionar tan justa, eficaz y frustuosamente como fuera posible; fortalecimiento de la economía mediante la apertura de nuevas rutas comerciales y el apoyo a importantes ramas comerciales y, finalmente, recuperación de la unidad religiosa de la Iglesia dividida por la lucha monofisita. Pero los verdaderos motivos de esta política en modo alguno podrán hallarse en la conmoción producida por la rebelión de Nika o en los preparativos de vastas empresas militares en Occidente. Justiniano poseía, como se ha podido establecer a partir de numerosas observaciones y juicios sobre sus leyes y disposiciones, una información muy clara sobre las deficiencias y los conflictos que se daban cita tanto en el campo administrativo como en el social y económico. Interpretar su punto de vista significaría redactar un informe completo sobre la situación del país, un tributo a la eficacia de sus sistemas de control en el que el «gobierno de las sombras» de la Corte desempeñaba un papel esencial con sus numerosos canales oficiosos de información. Semejantes conocimientos afianzaban aún más en Justiniano la idea de que el Emperador tenía también que cumplir como reformador interno, en bien del Estado y de sus súbditos, una misión, una tarea encomendada por Dios. Aunque apreciaba perfectamente los síntomas y buscaba soluciones, nunca puso en tela de juicio el sistema en su totalidad. Es cierto que sus intentos de reforma tropezaron no sólo con situaciones tradicionales, sino también con problemas nuevos, a los que por supuesto no estaba habituado. Pero su idea motriz siguió siendo la renovación del Imperio romano cristiano absolutista, si bien es cierto que mantuvo siempre ante las necesidades inminentes, y a pesar de su postura conscientemente conservadora, un admirable espíritu de innovación. Sus decretos evidenciaban por un lado una sorprendente y detallada información, por otro una insospechada flexibilidad: «Las leyes son para la vida lo que la medicina para la enfermedad. De aquí que a menudo produzcan el resultado justamente contrario al deseado, y por ello derogamos las nueve *novellae*» [3]. Esto plantea especialmente el problema de la continuidad y el cambio en el Imperio bizantino.

Como sistema político, el Imperio bizantino primitivo mantuvo la estructura de una monarquía absoluta, como lo fue el Dominado después de la crisis del Imperio en el siglo III. Justiniano interpretó el concepto tardorromano de poder imperial absoluto en su significado más extremo: «¿Qué hay mayor, más sagrado, que la majestad imperial? ¿Quién es tan arrogante como para ignorar el juicio del príncipe, si los propios legisladores han constatado clara y categóricamente que las decisiones imperiales poseen toda la fuerza de una ley?» [9]. El título, el emblema, el simbolismo político y el ceremonial palaciego propagaban y simbolizaban el origen trascendente de su poder. Elementos decisivos de la estructura del gobierno coordinados en la persona del emperador como fuente de todo poder seguían siendo la Corte, la administración civil y el ejército profesional. Otra base importante del poder estaba constituida por la fuerza económica y financiera del Imperio, que debía correr con los gastos de la burocracia, el ejército y la política exterior. Este sistema político tuvo el importante e históricamente trascendente mérito de crear, en un Estado sin unidad étnica ni lingüística, los presupuestos para la unidad cultural y religiosa. El reverso de su eficacia fue, sin embargo, su acusado paternalismo. El Estado pretendía reglamentar y controlar toda la existencia. Es cierto que garantizaba a los súbditos su supervivencia, seguridad y estabilidad, pero a costa de su libertad.

El instrumento del poder destinado a imponer la voluntad imperial hasta el último rincón de las provincias más alejadas era una administración sumamente organizada, que descansaba sobre los principios de la centralización, la separación estricta entre el poder civil y el militar, la burocracia profesional (que correspondía a la profesionalización del ejército) y el control general. Características de este aparato burocrático fueron su programada reglamentación y el escalafón estrictamente jerárquico de sus funcionarios, así como una distribución de funciones y una limitación de competencias muy detalladas. Bajo los administradores de los cuatro grandes departamentos centrales, similares a un ministerio, la administración estaba estructurada en prefecturas, diócesis y finalmente en provincias (aproximadamente 120), las cuales contaban con sus respectivas plantillas de empleados. Las atribuciones de esta administración abarcaban también la vida económica y social. Una rama sumamente importante estaba constituida por una burocracia racional financiera y tributaria, que intentaba fijar al detalle la capacidad económica y tributaria de los súbditos, abrumándoles con una avalancha de declaraciones de impuestos y presupuestos de contribución y obligándoles a entregar dichos impuestos con

medidas coercitivas en caso necesario. Justiniano opinaba que una de las principales tareas de sus funcionarios era la de «aumentar la recaudación tributaria y asumir con todo esmero la defensa de los intereses del fisco» [10]. A esta capacidad debió su carrera un personaje como el prefecto pretoriano Juan de Capadocia. La organización del fisco era extraordinariamente consecuente e influyó incluso en el sistema fiscal del mundo islámico, si bien allí produjo a menudo el efecto contrario al deseado por la excesiva carga impositiva de sus súbditos.

La desmesurada dependencia de la administración bizantina primitiva no se debía únicamente al afán funcional de todas las autoridades de amoldarse a los imperativos nacidos de las complejas tareas económico-fiscales, sino que también era parte de un sistema general de equilibrios y mecanismos de control que debía evitar la excesiva concentración de poder en manos de un individuo y asegurar al soberano absoluto el control sobre su propio aparato de poder. Bajo Justiniano el ejército siguió siendo la garantía de la autoafirmación en política exterior y un indispensable instrumento de poder en política interior. La seguridad de las fronteras del Imperio y las aspiraciones de expansión únicamente podían garantizarse mediante intensos esfuerzos y planificaciones militares. Puesto que a la situación estratégica respondía una resistencia muy tenaz, las fuerzas armadas siguieron organizadas según el principio tardorromano de guarniciones protectoras en las fronteras (*limitanei*) y un ejército de campaña que pudiese servir de reserva estratégica en distintos puntos. El ejército, formado aproximadamente por 150.000 hombres, se componía de soldados mercenarios de las más diversas nacionalidades. En sus unidades móviles de campaña luchaban, junto a la caballería armada con catafractas de los *stratiotai,* reclutados en el propio Imperio, la caballería mercenaria de los *foederati,* compuesta por hunos, vándalos, godos, longobardos, hérulos, gépidos, persas, armenios y árabes. Por regla general las tropas bizantinas estaban bien dirigidas gracias a sus capacitados generales; tanto el armamento como la organización y la táctica se ajustaban a la forma de combatir de los adversarios potenciales. Su debilidad radicaba en la falta de disciplina y en las frecuentes insurrecciones, cuyo origen estaba en las funciones de mando conscientemente limitadas y en el continuo retraso del pago de los soldados. El emperador cuidaba de su principal instrumento de poder con una mezcla de extrema economía (obligado seguramente por una situación financiera a menudo precaria) y profunda desconfianza como civil. Aquí se hacen en parte evidentes las tensiones que provocó en

este sistema político la separación entre el poder militar y el civil.

El firme objetivo de mantener, en sus rasgos fundamentales, la estructura y la organización administrativa del imperio tardorromano no impidió que Justiniano intentara alejar enérgicamente las tan evidentes imperfecciones; al menos en ciertos casos la reforma podría significar un cambio real. En principio, la intención que guió la reforma administrativa a partir del año 535 fue la de hacer menos corruptibles a los funcionarios. Uno de los vicios capitales de la administración bizantina, que Juan Lido, alto funcionario de Justiniano, describió elocuentemente, consistía en la explotación de los súbditos mediante la compra semilegal de cargos públicos. Sin embargo, la imagen ideal del funcionario de Justiniano, que debía «proteger a todos los súbditos leales contra la opresión, rechazar cualquier tentativa de soborno... y, en general, tratar a todos los súbditos como trataría un padre a sus hijos» [11], no logró imponerse a pesar de la supresión de la compra de cargos y otras medidas de distinto carácter. La segunda tentativa de reforma destinada a dar agilidad a este aparato burocrático, que en ciertos aspectos tampoco logró imponer totalmente, más parecía un freno que un apoyo al régimen absolutista. Justiniano hubo de recurrir a determinadas simplificaciones como la abolición de la autoridad intermediaria de las diócesis. Sin embargo, sólo una entre las muchas medidas tomadas revistió importancia: la fusión de la administración civil y el poder militar en manos de un pretor o exarca en regiones opuestas del Imperio, principalmente en las regiones occidentales reconquistadas. Este caso anuncia las profundas reformas del siglo VII.

Los intentos de reforma administrativa adolecían de falta de coherencia. En el fondo, y a pesar de todos los cambios parciales, buscaban únicamente hacer más funcional el sistema establecido. No estaba dentro de la mentalidad de Justiniano pensar que ciertas innovaciones profundas posiblemente hubiesen sido del interés de la nación. Sus medidas también resultaron insuficientes por el hecho de que apenas iban más allá de unas metas fiscales. El aumento de los ingresos estatales se convirtió progresivamente, a lo largo del gobierno de Justiniano, en el objetivo principal de toda su política interna. Naturalmente, conseguir dinero se había convertido en una amarga necesidad, pues la defensa y la política exterior resultaban muy costosas.

La voluntad reformista del Emperador únicamente se impuso en lo que respecta al derecho. El *Corpus Iuris Civilis,* redactado en los años 528-533, sustituyó a todas las anteriores recopilaciones del derecho romano. Una primera parte *(Codex Justi-*

nianus) contiene los edictos imperiales vigentes desde Adriano hasta 533; las disposiciones posteriores de Justiniano se denominan por ello *Novellae* (Nuevas determinaciones). La segunda parte *(Digesto* o *Pandectae)* ofrecía una selección revisada de los comentarios y determinaciones de los juristas romanos, que completaban el derecho imperial vigente. Una tercera parte *(Institutiones)* representaba una especie de manual de examen para los juristas, que ya entonces constituían el apoyo de la Administración. El *Corpus Iuris* era el espejo ideal del sistema justinianeo, característico por su constante acentuación del absolutismo imperial, y también por la imposición de ciertas concepciones cristianas, a diferencia de la tradición romana clásica en el sistema jurídico. No sólo se convirtió en la base jurídica bizantina, sino que además, mediante la transmisión del derecho romano a Occidente a partir del siglo XII, pasó a ser un elemento decisivo de la evolución jurídica europea que conformó las concepciones jurídicas y políticas de la baja Edad Media y del absolutismo.

Del mismo modo que el Estado bizantino primitivo adoptó el orden político del Dominado, su estructura económica y social también correspondía a la del Imperio tardorromano. La base del sistema económico siguió siendo, como en toda la antigüedad, la agricultura. La mayor parte de la población se componía de campesinos; la fuente principal de riqueza privada estaba constituida por las rentas de las tierras; las finanzas del estado descansaban principalmente en los impuestos sobre la producción campesina. El intercambio de mercancías dentro del Imperio posibilitó, en ciertas provincias o regiones, la existencia de monocultivos especialmente productivos: aceite de oliva en Grecia o trigo de calidad en Tracia. Si bien se insistía, en términos generales, en el trigo y la ganadería, los aperos y la jornada de trabajo del pequeño campesino —ya fuera propietario o tan sólo arrendatario de uno de los numerosos latifundios— apenas se diferenciaban de la agricultura tradicional (y moderna) mediterránea.

En Oriente, sin embargo, las formas de producción ciudadanas y la economía agraria se habían ido desarrollando continuamente (*cf. supra,* pág. 19). En el Imperio bizantino las ciudades mantuvieron una relevante función tanto en el plano económico como espiritual; la política de Justiniano favoreció su desarrollo a pesar de la carga que representaba la tributación cada vez mayor y la progresiva intromisión de la burocracia. Hasta entrado el siglo VII, las provincias orientales fueron los centros vitales y hasta la conquista árabe las crisis religiosas y políticas de la capital encontraron su expresión en las luchas de los

partidos circenses de Antioquía y Alejandría. Gracias a las instituciones ciudadanas pudo conseguirse un cierto grado de cultura material y una formación profana, ambas independientes de la Iglesia.

Sin embargo, no puede hablarse en el Imperio bizantino del siglo VI, a pesar del auge temporal que conocieron el comercio y la industria, de una economía urbana propiamente dicha. Por otro lado, el grado de urbanización en las distintas regiones del Imperio era muy diferente; en cabeza se hallaban Egipto, Siria y principalmente Asia Menor. Aquí las fuentes no nos facilitan la labor de determinar con exactitud el modo en que participaron en la producción, así como tampoco la de analizar la economía urbana con detalle. No obstante se sabe con seguridad que las empresas industriales no producían solamente artículos de lujo y que, debido a los condicionamientos geográficos, el comercio con el exterior desempeñaba un papel sin duda importante. Desde centros comerciales como Antioquía, Damasco o Alejandría partían rutas de caravanas terrestres o marítimas hacia el sur de Arabia, Etiopía, Africa oriental, India, Ceilán y China.

La estructura social venía determinada por la económica, así como por la reglamentación social y el dirigismo económico. La característica principal de la sociedad bizantina fue, en primer término, su estratificación social, perfectamente delimitada: la tensión entre los *potentes* y los *humiliores* estaba tan clara en la legislación como en la literatura. Frente a una limitada clase aristocrática y terrateniente de marcada importancia social existía una amplia clase baja empobrecida y que, al menos en el campo, vivía en condiciones evidentes de servidumbre, y entre éstas, una clase media urbana que, apoyándose en el comercio y en la artesanía, vivía frecuentemente en una situación precaria. Otra característica fundamental fue la tendencia a fortalecer los límites urbanos. El control fiscal coercitivo del Estado aprovechaba la responsabilidad económica de ciertos grupos sociales como medida contra la disminución de impuestos y contribuciones. Con este fin no sólo se regularon y controlaron exactamente las contribuciones y las prestaciones, sino que, simultáneamente, la masa de los súbditos se vio vinculada mediante leyes a su función y localidad en el sistema social; en la mayoría de los casos esta vinculación era hereditaria. La mayor parte de los campesinos quedaron vinculados a la gleba en calidad de siervos semilibres de los señores feudales *(coloni)*, si bien es cierto que no desapareció totalmente la libre propiedad de algún pequeño campesino. Los industriales y comerciantes, cuyos productos eran importantes para el abastecimiento del ejército, la administración y las grandes ciudades, fueron incor-

porados por la fuerza, como miembros hereditarios, a los gremios *(collegia)*. Algo similar ocurrió con la clase superior urbana de los decuriones que respondían específicamente del total de los impuestos del distrito municipal.

Esta sujeción hereditaria a un determinado oficio y con ello a una determinada clase, que nacía de una incorporación forzosa y de una *indienstnahme* estatal, amenazaba con reducir, cada vez más, la movilidad dentro del sistema; no obstante, la reglamentación social en general nunca entró totalmente en vigor. La sociedad bizantina mantuvo, incluso en el siglo VI, un cierto grado de movilidad social entre sus clases. Miembros de capas inferiores ascendían a puestos directivos, la mayoría de las veces a través del ejército, aunque también se daban casos de ascenso a través de la administración civil. Indudablemente éstas eran tan sólo excepciones dentro de un orden que tendía hacia una sociedad de clases inmovilizada en la que ya estaba dado un orden social que básicamente no podría ser cambiado.

En esta sociedad cerrada eran inevitables los conflictos y las contradicciones internas. No se sabe hasta qué punto fueron sin embargo neutralizados por la fuerza, la adaptación psicológicosocial y los conceptos de orden vertidos en la religión. Al parecer persistieron las tensiones que una y otra vez encontraron expresión en la inquietud social latente. Por ello las reformas sociales, económicas y administrativas, la estabilización social y el aumento de las cifras tributarias eran indispensables para la feliz ejecución de los planes de Justiniano.

Los elevados gastos de la ofensiva militar en Occidente, de la defensa de las fronteras en el nordeste y en el este, de la administración y de las construcciones imperiales habían corrido durante cierto tiempo por cuenta de las reservas financieras acumuladas por Anastasio. Sin embargo, muy pronto una recaudación tributaria retrasada, un aumento de los impuestos por parte de una administración corruptible y una nueva disminución de los totales recaudados llevó al Estado a una situación de crisis económica que puso al Emperador ante el dilema insoluble que provocaba la necesidad, por un lado, de mayores exigencias tributarias, y, por otro, la protección de los contribuyentes frente a la explotación de la administración. Este círculo vicioso ponía en peligro las rentas del Estado y la prosperidad económica, al tiempo que preparaba el terreno para la agitación interna. Aquí se manifestaba por primera vez la incongruencia entre necesidad y medios que constituyó una de las constantes básicas de la sociedad bizantina (*cf. supra,* páginas 18 ss.). Si bien la estructura económica del imperio justinianeo, basada fundamentalmente en la agricultura y en deter-

minados centros clave del comercio y la industria, respondía a las necesidades de subsistencia de la población, así como a un gasto financiero normal del Estado, en la época de Justiniano, debido a las continuas cargas militares y de política exterior, la demanda financiera siempre estaba por encima de los ingresos.

El excesivo gravamen fiscal entrañaba desde un principio el peligro de que la política social y económica quedara detenida en la red de intereses y aspiraciones contrapuestos. El impulso dado por el Estado al comercio fue más eficaz. Justiniano y sus consejeros pretendían que Bizancio controlara ampliamente sus rutas por tierra y por mar, así como aprovechar el papel de Constantinopla como emporio central para reforzar el comercio con Oriente, especialmente lucrativo. Naturalmente, también eso era un problema de política exterior. El Imperio sasánida, no sólo rival político sino también rival comercial de Bizancio, dominaba las dos vías comerciales más importantes: la ruta de las caravanas de China a través de Bujara y Persia y la ruta marítima por el Océano Indico y el Golfo de Persia. Por esta razón Bizancio intentó crear para el intenso comercio oriental una nueva ruta a través del mar Rojo y asegurarla mediante las relaciones con el Imperio abisinio de Aksum. La importación secreta de gusanos de seda desde China logró al mismo tiempo la independencia del Imperio en un producto tan esencial para el comercio internacional y posibilitó el nacimiento de una floreciente industria de la seda. El monje nestoriano Cosmas Indicopleutes describió en su *Topografía Cristiana* —curioso documento sobre la relación entre el comercio, la diplomacia y las actividades misioneras en esta época— el área de influencia del comercio oriental bizantino, apuntando lo que después han confirmado los descubrimientos arqueológicos: la moneda de oro bizantina era en esos tiempos una moneda universal.

Desde el punto de vista económico, semejante política no era acertada dado el balance comercial negativo que producía. A pesar de ello puede observarse cierto éxito de esta política de desarrollo justinianea que redundó en una actividad económica mayor de las ciudades de las provincias orientales. Pero también aquí la política tributaria se interponía finalmente en el camino hacia un posible desarrollo de la vida económica. La carga de impuestos cada vez más excesiva sobre el comercio y sobre la artesanía impidió un aumento de importancia en las rentas estatales.

Tampoco la política social logró salir del dilema entre lo socialmente razonable y lo fiscalmente necesario. Justiniano y Teodora eran un ejemplo de las posibilidades y ventajas de la movilidad social. No obstante, Justiniano siguió aferrado al orden

constitucional existente, cuyo sistema jerárquico de títulos y clases era a menudo más fácil de romper en la vida pública que en la relación social. Muchos grupos sociales siguieron vinculados a sus oficios. El principio de la vinculación corporativa hereditaria, aún más refinado, dominaba el mundo profesional y era cuidadosamente observado. No existía ni siquiera la base para una posible transformación de la situación de las clases inferiores; éstas tenían que confiar en la protección eclesiástica y en el consuelo de la religión y del circo.

Donde con más claridad se manifestó la desorientación y el abandono de la política social justinianea fue en un problema realmente tradicional: la expansión de las grandes propiedades rurales, favorecida por las oportunidades de la inmunidad tributaria y la seguridad del capital invertido, aumentó también durante el siglo VI. Esta expansión resultaba tan peligrosa para la autoridad imperial como para la capacidad económica del pequeño campesinado, esencial para el propio Estado. Los grandes dominios de la nobleza en las provincias desempeñaban un papel importante en la economía y en la sociedad. Una serie de medidas legales y administrativas contra la expansión y el abuso de poder de los grandes terratenientes no logró impedir que los pequeños campesinos libres se vieran obligados a pasar a la condición de colonos. Así, con la política financiera y social de Justiniano, no sólo creció el resentimiento de los pequeños campesinos y artesanos, oprimidos económicamente y desposeídos, sino también el de los grandes terratenientes, que veían amenazados sus privilegios por las medidas estatales. Al final cundieron el descontento político y la regresión económica en amplios sectores de la población.

V. *Emperador e Iglesia: Problemas de la política eclesiástica*

La política eclesiástica, con todas sus consecuencias, fue una constante del Imperio bizantino. Justiniano se encontró aquí con un antiguo problema sin resolver. En su calidad de único soberano, el Emperador también fue señor absoluto de la Iglesia: decidía sin consultar previamente al sínodo cuestiones relativas al dogma, el rito y el orden eclesiástico; dictaba instrucciones para el clero, y proveía con absoluta soberanía las sedes episcopales. Justiniano, que gracias a su excelente formación poseía un conocimiento exacto de los problema dogmáticos, era además partidario convencido de la ortodoxia, e incluso compuso tratados teológicos y cantos litúrgicos. Y sin embargo, el concepto de cesaropapismo resulta erróneo aplicado al régimen teo-

crático imperial (*cf. supra*, p. 28). El patriarca, que en el siglo VI había declarado: «Nada debe suceder en la Iglesia en contra de la voluntad y las órdenes del Emperador», describió la práctica de la época, pero no la relación fundamental entre emperador y patriarca [12].

La inextricable relación entre la política eclesiástica y la política interior, las confrontaciones dinásticas y religiosas ya habían comenzado con Constantino. El cisma arriano del siglo IV fue el primer gran enfrentamiento teológico de la Iglesia imperial, que ejerció una influencia dominante en la política interna (*cf. Historia Universal Siglo XXI*, vol. 9, pp. 102-107). Ya en esta ocasión se habían mostrado las limitaciones de una política eclesiástica estatal enérgica; en el siglo V el cisma monofisita provocó en la mitad oriental del Imperio una crisis espiritual y religiosa que se prolongó a lo largo de dos siglos plagados de continuas luchas. La discusión dogmática entre los griegos pasó del problema del Dios Padre y el Dios Hijo, que había constituido el punto neurálgico de la disputa arriana, al de la relación entre la naturaleza humana y divina en Cristo. La fuerte contraposición de las tendencias teológicas en este asunto no sólo reforzó las usuales luchas político-eclesiásticas por el poder, sino que la controversia también conmovió con inesperado apasionamiento a todos los fieles, ya que la esperanza de una redención como necesidad elemental para la fe de los cristianos de la época parecía depender de la divinidad total del Salvador. La Iglesia oriental era cualquier cosa menos un bloque monolítico. Los grupos tradicionales y regionales procedentes de Asia Menor y Grecia, Siria oriental y Egipto, muy diferentes en sus concepciones teológicas y actitudes religiosas, formaban la base y, al mismo tiempo, eran factores importantes en semejantes confrontaciones. Se avivaron resentimientos muy enraizados en la oposición, hasta entonces salvada por el helenismo, entre Grecia y Oriente, entre el mundo occidental y el Asia anterior.

El Concilio de Calcedonia (451) había terminado provisionalmente con las luchas político-eclesiásticas dogmáticas. Su fórmula conciliadora patrocinada por el Emperador («Un Cristo con dos naturalezas») condenaba a la vez el nestorianismo y la doctrina monofisita; puesto que había sido elaborada conjuntamente con la Iglesia latina, aseguró la unidad de la Iglesia hasta el año 1054, al menos en el plano dogmático. Pero los acuerdos de Calcedonia tampoco ofrecieron una solución político-eclesiástica radical. Egipto, Armenia y amplias zonas de Siria y Palestina no aceptaron la decisión del concilio. En estas regiones se crearon Iglesias monofisitas con jerarquía propia que se transformaron rápidamente en iglesias realmente nacionales. Con ello, casi todo

el este y el sudeste del Imperio se hallaban separados de Constantinopla en lo relativo a la doctrina eclesiástica. Al separatismo religioso se unió una conciencia regional especial, que provocó un proceso de deshelenización y una nueva independencia espiritual de estas regiones. Las medidas coercitivas del Estado contra los partidarios del cisma evidenciaban, principalmente en Egipto, una serie de tendencias autonomistas latentes. De esta forma el cisma monofisita se convirtió definitivamente en un problema de política interior de primer orden. Cada emperador se enfrentaba al dilema de decidirse por la confesión ortodoxa o mantener la paz en sus provincias más ricas. Los intentos de unificación fracasaron, al igual que la política de represión dura de «los herejes». Anastasio, el último emperador del siglo v, había adoptado finalmente una tercera posibilidad político-eclesiástica consecuentemente monofisita. Pero la resistencia decidida de Asia Menor y los Balcanes, zona neurálgica de la ortodoxia, casi provocó definitivamente una catástrofe política.

Así pues, el problema monofisita estaba más vivo que nunca. La política eclesiástica de Justiniano sólo logró curar los síntomas del mal; únicamente consiguió reducir los últimos restos del paganismo, valiéndose de numerosas medidas administrativas, a las que pertenece el cierre programático de la Universidad de Atenas en el año 529. Al conflicto con los monofisitas se unía, por un lado, la convicción por parte del emperador de la verdad de la doctrina ortodoxa y, por otro, una serie de consideraciones y objetivos políticos. La política imperial parecía exigir también, en lo referente a las regiones orientales reconquistadas, con su organización católica de la Iglesia, la unidad confesional. Por ello, tras unas primeras negociaciones sin resultado, Justiniano llevó a cabo una brutal persecución de los monofisitas, si bien poco después tuvo que adoptar una política moderada, interrumpida solamente por cortos períodos de persecución. No fue tanto el apoyo de Teodora a los monofisitas como las graves consecuencias políticas del cisma lo que indujo a Justiniano a proceder con estas cautelosas maniobras (que a veces le llevaron incluso a acercarse a determinadas tendencias monofisitas).

Sin embargo, Justiniano no logró debilitar decisivamente a los monofisitas ni llegó a un acercamiento entre los dos bandos teológicos. El enfrentamiento táctico, sin hacer concesiones fundamentales a los monofisitas, provocó por el contrario una influencia mayor de éstos en la capital y una misión monofisita más eficaz en Asia Menor. La discusión teológica tampoco condujo a nada. Culminó en la «disputa de los tres capítulos» de los años 543-554, discusión llena de intrigas sobre tres Padres de

la Iglesia sirios sospechosos de tendencias nestorianas. El V concilio ecuménico celebrado en Constantinopla en el año 553, que condenó definitivamente a los tres teólogos, fue un intento, desde el punto de vista político eclesiástico, de llegar a un compromiso con los monofisitas. Pero, al igual que en ocasiones anteriores, éstos no se dieron por satisfechos, a la vez que la ortodoxia se indisponía de nuevo con el Occidente latino. Sin embargo, Justiniano consiguió evitar, con su enérgica política, un conflicto abierto y, como consecuencia, agudos conflictos internos. Esto demuestra que la capacidad de resistencia e integración del sistema político era aún considerable. Pero el problema interno fundamental no estaba resuelto: al final las posiciones incluso se habían agudizado (a pesar, o gracias a la política de apaciguamiento). El dominio imperial absoluto sobre la Iglesia fracasó ante el cisma entre ortodoxos y monofisitas.

VI. *Síntomas de renovación: Cultura y Arte*

Las reformas interiores políticas y sociales quedaron estancadas en sus planteamientos; la política eclesiástica no se liberó de la red de antiguos vínculos. Lo verdaderamente nuevo, la aportación realmente creadora de la época se halla en la cultura. Por supuesto que han de hacerse ciertas distinciones. En la teología, la época de los Padres de la Iglesia había pasado. En el campo de la ciencia y de la literatura surgen notables creadores, que al mismo tiempo muestran las limitaciones de la época. Triboniano y sus discípulos representan el último momento álgido de la jurisprudencia romana. En otras ciencias, sabios tales como el gran médico Alejandro de Tralles, el destacado matemático Antemio de Tralles (que descubrió incluso el principio de la máquina de vapor) e Isidoro de Mileto, arquitecto de Santa Sofía, alcanzaron significativos progresos, si bien estaban en última instancia más interesados por el significado que por las causas de los fenómenos naturales. Al menos en el campo de la arquitectura y de la ingeniería, el empleo tecnológico de los conocimientos físicos y mecánicos se hallaba también ampliamente desarrollado.

La literatura de la época conoció, junto a escritores y poetas cortesanos tales como Agatias o Pablo el Silenciario, tan sólo a un clásico: Procopio de Cesárea, el historiador griego más importante desde Polibio. Su formación clásica, tanto como su experiencia personal, adquirida como secretario de Belisario, se tradujeron en un relato testimonial de las guerras de Justiniano. Este está completado por su *Historia Secreta*, documento de

corrosiva detracción política publicado a la muerte de Justiniano, surgido de una amargura personal. Gracias a la obra de Procopio y a los numerosos documentos de la administración y legislación, conocemos el gobierno de Justiniano tan detalladamente como pocos otros aspectos de la historia bizantina.

El objetivo de esta producción literaria fue el ideal de la educación enciclopédica y retórica del mundo grecorromano, que seguía teniendo vigencia entre las clases altas de las grandes ciudades dotadas de una animada vida intelectual. Junto a la Biblia y la teología aún se enseñaba la filosofía de Platón y Aristóteles, Plotino y Proclo. En la formación de la clase dirigente esta educación clásica tenía una función social importante (*cf. supra,* p. 29 s.). Pero ya se percibe claramente una división social del mundo cultural. Junto a la prosa y la poesía escrita en un lenguaje clásico conscientemente culto existía también una poesía rítmica de himnos y canciones escrita en lenguaje popular y fuertemente influida por los modelos sirios. Los cantos litúrgicos de Romano (un judío bautizado en Beirut) son su obra más importante; reúnen la sencillez del lenguaje y la brillantez del mundo simbólico en una perfección hasta entonces desconocida en la poesía religiosa de Bizancio.

La originalidad y la fuerza creadora de la época justinianea se manifestaron en el arte. Si la literatura de la época se nutrió en gran medida de la herencia y la tradición, el siglo VI fue sin embargo —a pesar de las creaciones del «Renacimiento» bizantino de los siglos X y XI— la primera gran época del arte bizantino y la más brillante de ellas en general. La forma espiritual del arte justinianeo es clásica en el sentido de que en las grandes obras toma su forma un estilo propio. Este estilo unitario imperial proviene de una síntesis —ya iniciada en los siglos IV y V— de las tradiciones culturales sirio-orientales y tardorromanas y helenísticas (que, no obstante, perduran en todo el arte bizantino como dos tendencias opuestas que determinan con esta contradicción su carácter especial). Su irradiación e influencia llegaron más allá de las provincias imperiales, hasta Roma y Africa, pasando por Rávena a Provenza y Aquisgrán, por Sicilia a España y también hasta Rusia y Etiopía.

La tradición antigua fue transformada de forma creadora: una abstracción plana y una rigurosa frontalidad bidimensional en lugar de la forma plástica sensual: la «imagen conceptual» en lugar de la imagen natural. El clasicismo bizantino no buscaba el sentido universal inmanente a la religiosidad griega, sino una verdad trascendente: la revelación extraterrena y la visualización de lo invisible en la teología de la imagen. El mundo era concebido por todos como una entidad sometida a fuerzas

extraterrestres: el arte no tenía una función estética, sino que vivía en la conciencia de lo trascendente. La belleza como parte de la majestad de Dios impulsaba a la contemplación mística, liberaba al hombre de sus condicionamientos y le acercaba más a la verdadera realidad de la existencia divina: «La belleza, se encuentre donde se encuentre, es parte de la verdad» [13].

Los comienzos de este nuevo estilo ya se anunciaron en la época de Anastasio. Característico del arte bizantino, que a pesar de su clasicismo intentaba apartarse de la Antigüedad, es el hecho de que el relieve ceda cada vez más terreno a la pintura bidimensional. En las ilustraciones de libros, iconos, frescos y mosaicos la pintura resulta la expresión más típica de la época. Ello está relacionado con la valoración teológica de la imagen, distinta en la cristiandad oriental y occidental, de la que deriva un aspecto fundamental del arte bizantino. Los iconos primitivos que sobrevivieron en regiones alejadas de la disputa iconoclasta eran en su mayoría sencillas representaciones de santos, pero, en su primitivismo, extraordinariamente expresivas. Junto a ellas existen también obras tales como la imagen de Pedro del monasterio del Sinaí, retrato naturalista de tradición tardorromana. De forma similar se entremezclaron en las ilustraciones de libros de la época tradiciones helenísticas y orientales. El código purpúreo de Rosano, con su perspectiva «vertical» y los expresivos gestos de sus figuras, anuncia ya el estilo y la iconografía de los códigos miniados medievales. Los monumentos más importantes del arte figurativo justinianeo son los grandes mosaicos murales de las iglesias. En oposición a sus sobrias fachadas, el brillo dorado de sus figuras de santos y emperadores, junto con el esplendor de las incrustaciones en mármol, daban al interior de la iglesia un cierto carácter de suntuosidad extraterrena. El arte del mosaico floreció también en otros centros, independientemente de Rávena o Salónica, estrechamente unidos a la capital; el «estilo imperial» produjo, incluso en provincias apartadas, obras de una calidad extraordinaria, como por ejemplo la iglesia de la Roca de Jerusalén o la Gran Mezquita de Damasco.

La arquitectura aportó las más grandes creaciones de la época. En todo el Imperio surgieron numerosas y a veces originales construcciones profanas: acueductos, cisternas, puentes, baños, villas, palacios y gran variedad de fortificaciones. Innumerables monumentos en las regiones griegas y orientales del Imperio, a menudo ciudades enteras en ruinas, testimonian el afán de construir y la capacidad financiera del siglo. Pero la arquitectura encontró su verdadera función en la construcción de iglesias; tanto en su planificación como en su realización se desarrolló una sorprendente imaginación. Se insistió en la forma tradicional

de la arquitectura sacra cristiana, la basílica con columnas de varias naves. Pero el principal problema constructivo de la arquitectura de la época residía en la edificación central: la evolución de la cúpula sobre un rectángulo. Aquí se desarrollaron las soluciones de la época constantiniana (como la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, considerada en gran medida como modelo en el Oriente cristiano). Formas constructivas típicas de la época fueron las iglesias cruciformes de cúpula o las construcciones octogonales, como la iglesia de los Santos Sergio y Baco en Constantinopla, donde encuentra su forma más perfecta la edificación central con cúpula, que, en oposición a la basílica de orientación espacial, ofrece una mayor sensación de recogimiento.

En la capital se cultivaron con especial intensidad todas las ramas del arte, además de la artesanía. El arte menor con sus tallas de marfil, sus joyas y sus costosas telas desempeñó un papel importante; sus productos se difundieron ampliamente y dieron testimonio, desde Gibraltar hasta el Eufrates, del fabuloso lujo de la metrópoli y del esplendor de su corte. El arte justinianeo lleva con razón este nombre: también aquí la voluntad soberana del Emperador constituyó una fuerza promotora. Como todos los grandes emperadores, Justiniano tenía la necesidad de representar su conciencia imperial, su poder y su prestigio en construcciones monumentales. No se debía a la casualidad que para él fuera la iglesia y no el palacio la forma expresiva de la soberanía. En San Vital de Rávena el retrato del emperador se hallaba en el coro por necesidad interna: en el cosmos cristiano, que refleja la arquitectura eclesiástica, el soberano terrenal tenía su lugar al lado del rey divino del universo. La cima de la arquitectura eclesiástica justinianea fue la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, construida en los años 532-537 por Antemio. Este edificio rectangular, estructurado por arcadas de columnas de dos pisos y cubierto por una gigantesca cúpula central, flanqueada al este y al oeste por dos medias cúpulas, combina de forma genial los dos tipos más importantes de la arquitectura sacra cristiana: la basílica de columnas y de cubierta plana y el edificio central abovedado. Debió ser impresionante el aspecto primitivo de su interior, con la cancela del coro y el ambón de plata forjada, el altar de oro y piedras preciosas, las puertas plateadas, los cortinajes púrpura, las incrustaciones de mármol y los mosaicos murales. Para Justiniano esta gran obra de la arquitectura bizantina testimoniaba su posición extraordinaria entre los soberanos del mundo: Santa Sofía era un símbolo majestuoso de los triunfos del representante de Cristo en la tierra. Veinte años de guerras habían con-

vertido en realidad la voluntad soberana del Emperador. Las regiones más importantes de la zona occidental del Imperio habían sido reconquistadas, a excepción de la Galia, y el reino de los vándalos y ostrogodos había desaparecido de la escena histórica. El Mediterráneo era un mar bizantino.

VII. *La «Renovatio Imperii»: ideología y realidad*

El punto de partida de la política expansiva de Justiniano fue la nueva situación en el Mediterráneo y en las fronteras del Imperio desde la perspectiva de la diplomacia y la política militar bizantinas hacia el año 530. Constantinopla creía con razón que el sistema de los estados germanos establecidos en el antiguo suelo imperial era poco estable. Tanto los reinos germanos orientales como el reino merovingio estaban sacudidos por conflictos políticos internos, y por otra parte —gracias a una activa diplomacia bizantina— eran incapaces de formar un frente común. Esta escasa coordinación en la defensa hizo que Justiniano pudiera desmembrar, partiendo de una posición militar superior, el mundo germano oriental con acciones aisladas.

Pero el mundo político que circundaba a Bizancio no se componía únicamente de los reinos germanos de Occidente. La amenaza latente para lo frontera oriental del reino de los Sasánidas, cuyos coraceros constituían un temido instrumento de guerra, se había agudizado precisamente a comienzos del gobierno de Justiniano, tras largos decenios de cierta calma. El reinado de Cosroes I (531-579) condujo al Imperio sasánida, tras una serie de profundas reformas, a la cima de su poder y su significación cultural. Realmente en un principio el frente persa cambió poco; las luchas fronterizas iniciadas en el año 527 terminaron en el año 532 con un tratado de paz «eterna». Esto era necesario, pues las tropas no podrían cubrir militarmente la frontera septentrional y oriental al mismo tiempo que se lanzaban a una ofensiva en Occidente. Tuvo que intervenir el acreditado y continuamente perfeccionado instrumento de la diplomacia bizantina. Apoyada en un conocimiento exacto de las reacciones políticas y militares, adquirido a lo largo de un enfrentamiento regular, esta diplomacia aplicaba sus métodos con osadía: contactos y acuerdos diplomáticos, espionaje y propaganda religiosa, sanciones económicas y un refinado sistema de sobornos, pago de tributos y subsidios (que naturalmente exigía sumas considerables y a menudo despertaba nuevas demandas en lugar de satisfacer las ya existentes). En los puntos críticos de la frontera entre las dos grandes potencias existían verdaderos estados in-

termedios, como era el caso de Armenia o el principado árabe de los gasánidas o gasaníes, en el desierto sirio. Tras esta zona se encontraba la frontera defensiva que se extendía desde Crimea pasando por las fronteras de Lazistán y Armenia, el curso superior del Tigris y del Eufrates hasta la zona que precede a Palmira y Petra.

El tradicional problema de los dos frentes del Imperio amenazaba con convertirse en un problema trifrontal. Las primeras incursiones de los eslavos y los búlgaros en los Balcanes no permitía conocer aún con claridad la futura importancia de este tercer frente. En un principio la situación parecía lo bastante estable para poder iniciar la ofensiva en Occidente, preparada tras el rearmamento del ejército y gracias a las reservas financieras. La estrategia anfibia de los generales Belisario y Narses, que puede considerarse como la cima de la técnica bélica de la época, condujo a importantes éxitos. Con un cuerpo expedicionario de sólo 18.000 hombres, Belisario aniquiló en los años 533 y 534 a los vándalos en Africa. Sin embargo, Bizancio nunca tuvo motivos para alegrarse de la reconquista de este territorio, que en riqueza y producción casi podría compararse a las grandes provincias orientales. Se desarrolló una complicada guerra de guerrillas con las tribus bereberes, que hasta la conquista árabe obligó a Bizancio a desgastar continuamente sus fuerzas militares en las fronteras del desierto africano.

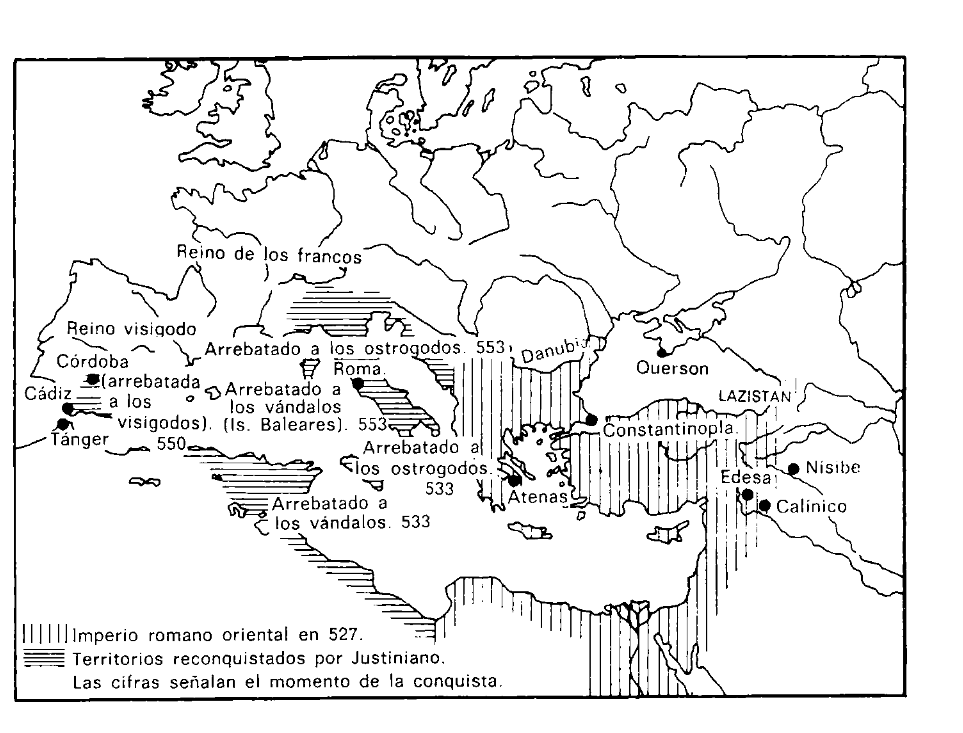
La campaña italiana contra el reino ostrogodo se inició en el mes de julio del año 535. Esta campaña exigió operaciones más importantes y más prolongadas, y provocó ciertos reveses, entre otras razones porque desde el año 540 una nueva ofensiva sasánida retenía en el frente oriental a una parte de las tropas bizantinas. En el año 563 fueron aniquiladas las últimas guarniciones godas en el norte de Italia. Esta región imperial reconquistada adquirió una administración de corte bizantino, a cuyo frente se hallaba un gobernador *(patricius)* con poderes civiles y militares. La tercera acción militar, el ataque a España, coincidió con la fase final de la guerra de Italia. Como en Africa, también aquí un pequeño ejército de desembarco obtuvo fulgurantes éxitos. Si bien es cierto que no se consiguió conquistar por completo el reino visigodo, se incorporaron las principales fortificaciones y ciudades portuarias de la región sudoccidental al Imperio bizantino. El control de la parte occidental del mar Mediterráneo, así conseguido, fue sumamente importante desde el punto de vista estratégico y político-comercial.

Los contemporáneos de Oriente y Occidente estaban impresionados. El objetivo de Justiniano de la *recuperatio imperii* parecía haberse conseguido en una medida asombrosa: la sobe-

ranía del *único* Imperio romano y de la *única* Iglesia cristiana como realización del encargo de Dios en la tierra. Incluso los enemigos políticos se hallaban sometidos a la influencia del Imperio: la forma de dominio, la sociedad y el arte de Bizancio sirvieron de ejemplo al reino español de los visigodos, y aún más al Imperio sasánida. El brillo del éxito ocultó hasta los últimos años del reinado de Justiniano la discrepancia existente entre la realidad y el ideal. El reverso y las consecuencias de su política se manifestaron lentamente en el reinado de sus sucesores. La recuperación de Occidente acarreó gravísimas consecuencias para la evolución histórica del mundo mediterráneo y del propio Bizancio. Con la destrucción del reino ostrogodo se eliminaba también la última barrera capaz de ofrecer una resistencia contra la incursión de los longobardos en la Italia septentrional. El incesante dominio bizantino en Italia central influyó en la evolución del papado romano. Pero, ante todo, la expansión del Imperio motivó la división del mundo mediterráneo en un área cultural septentrional y otra meridional, que perpetuaría durante siglos el califato, y que asumió en el norte de Africa y en España la herencia bizantina.

En el frente persa, Bizancio se vio obligado a adoptar política y militarmente una actitud defensiva: pudieron mantenerse la paz y el *statu quo* a cambio de elevados tributos que gravaron duramente el presupuesto estatal y minaron el prestigio político de Bizancio. Realmente, las fuerzas militares ya no eran suficientes para el tercer frente de guerra, los Balcanes. Desde un principio Justiniano había desarrollado una política defensiva. Pero el costoso sistema de una defensa escalonada de las fronteras con cientos de nuevas fortificaciones se mostró ineficaz ante la avalancha eslava, pues apenas existían ya las fuerzas móviles que en un principio deberían operar a partir de estas fortificaciones. Las incursiones de los eslavos, hunos y búlgaros en los Balcanes no cesaron desde los tiempos de Anastasio: a menudo se encontraban en peligro Salónica, Corinto e incluso la propia Constantinopla. Se trataba de movimientos que preparaban el asentamiento eslavo y la formación del estado búlgaro; pero estas incursiones anónimas y aisladas de las tribus hicieron que los afectados sólo se dieran cuenta tiempo después de que en la Europa sudoriental se estaba formando una peligrosa zona de depresión política. La política exterior de Justiniano, determinada por su propia ideología, no le permitió reconocer que los peligros del futuro residían en el enfrentamiento con los Sasánidas en Oriente y con las fuerzas eslavo-búlgaras en los Balcanes. Con su política defensiva en el área

Fig. 2. *Los territorios occidentales recuperados por Justiniano.*


Reino de los francos
Reino visigodo
Córdoba
(arrebatada
a los
visigodos). 550
Cádiz
Tánger
Arrebatado a los ostrogodos. 553
Roma.
Arrebatado a
los vándalos
(Is. Baleares). 553
Arrebatado a
los ostrogodos.
533
Arrebatado a
los vándalos. 533
Danubio
Querson
LAZISTAN
Constantinopla.
Atenas
Edesa
Nisibe
Calínico
Imperio romano oriental en 527.
Territorios reconquistados por Justiniano.
Las cifras señalan el momento de la conquista.

de los Balcanes, Justiniano perdió para siempre la ocasión de solucionar de raíz este problema vital para Bizancio.

Pero esta orientación errónea y las graves faltas cometidas en política exterior no constituyeron la única herencia peligrosa. La desatinada reforma y la sobrecarga financiera habían afectado gravemene al aparato político y administrativo. Durante el gobierno de Justiniano y su sucesor directo el aparato estatal siguió funcionando de forma relativamente satisfactoria, pero no se había conseguido una reforma que fuera más allá del afianzamiento del absolutismo como sistema político. El conflicto religioso persistía solapadamente, para salir de nuevo a la luz con cualquier pretexto. Las guerras, los costos de las campañas de Occidente y la enorme actividad constructiva habían agotado personal y financieramente al Imperio. Esto exigió demandas impositivas más elevadas, que hicieron fracasar los intentos de reforma socio-política y provocaron una opresión fiscal. Al final del reinado de Justiniano se hizo sentir una nueva crisis financiera y una creciente insatisfacción política de los súbditos, sobre cuya explotación y opresión se basaba el esplendor del renovado Imperio.

Este proceso estaba basado sólo en parte en el hecho de que el anciano Emperador se interesaba cada vez más por los problemas teológicos y perdía el control de la política y la administración. Tampoco fue la primacía de la política exterior lo que frenó los intentos reformistas del Estado y la sociedad. Estos morían en un mar de fuerzas opuestas e incompatibles, precisamente porque Justiniano entendía también la *renovatio imperii* interior como una conservación de lo ya existente, es decir, del absolutismo cristiano centralista y dirigista. «Restablecer lo antiguo en el Estado con un mayor esplendor»[14]: ante la situación de Bizancio a mediados del siglo VI y su ideal futuro, esta frase ya no era una idea política viva, sino una ideología que despreciaba la realidad. El hecho de que el Emperador se decidiera por soluciones nuevas en ocasiones para las que no existían soluciones tradicionales, se debía a una reacción pragmática. El hubiese concebido la exigencia programada de un cambio como un error. Profundamente convencido, como todos los bizantinos, de estar en posesión de todas las verdades últimas, tanto en política como en religión, no buscaba la renovación del orden antiguo por terror reaccionario al cambio, sino porque creía que en el pasado se habían concebido las mejores soluciones para la convivencia social de los hombres en armonía con la voluntad divina. Justiniano no logró superar el problema de aunar la tradición con el cambio; el peso del pasado era demasiado grande. En estos momentos, de profunda transfor-

mación del mundo mediterráneo, estaba incapacitado para comprender que esta época requería el cambio y la innovación.

Por ello, desde el punto de vista social y político interior, la época de Justiniano representa tan sólo una fase de transición entre dos soluciones claras y categóricas: el sistema absolutista del siglo IV y el nuevo orden del Estado bizantino con las reformas del siglo VII. Si la fuerza de atracción de la tradición política romana impedía a Justiniano ver con claridad los problemas primordiales del Estado y de la sociedad y tomar las decisiones pertinentes, su error, sin embargo, no estuvo exento de grandeza. La codificación jurídica y el arte siguieron vigentes durante muchos siglos también en Occidente; la neorromanización detuvo el proceso de orientalización de Bizancio, hasta el momento en que con la irrupción árabe se separaron las provincias orientales, creando con ello una base importante para el papel histórico de Bizancio, mediador entre Oriente y Occidente. Pero, visto en su conjunto, el fantasma de una renovación del Imperio romano universal superó las fuerzas de Bizancio, y ya, a finales del siglo, este primer Estado bizantino sucumbió a la anarquía.

VIII. *La desintegración del sistema justinianeo*

Los sucesores de Justiniano tuvieron que cargar con las graves consecuencias de su política; la desintegración del poderío del Imperio bizantino duró tan sólo treinta y siete años. Justino II (565-578), el general tracio Tiberio I (578-582) y su sucesor Mauricio (582-602) eran políticos y militares enérgicos y capacitados. Pero al final no pudieron impedir la crisis del estado, con el hundimiento del sistema defensivo de los Balcanes y de la frontera oriental.

Tres hechos —junto con la situación financiera y económica— debilitaron, en las postrimerías del siglo VI, el Imperio bizantino. Durante el gobierno de los sucesores de Justiniano, decididamente ortodoxos, se agudizó el conflicto con los monofisitas. El poder central estaba amenazado, por una parte, por las tendencias autónomas de la nobleza terrateniente (que siguieron la misma evolución que en Occidente) y, por otra, por los partidos circenses, que escapaban progresivamente al control del gobierno. En el ejército se debilitó la disciplina y quedó a la vista el talón de Aquiles de todo ejército mercenario: la disminución de la fuerza combativa, cuando no la declaración de motines abiertos, con motivo de los retrasos en la soldada. En la desintegración del sistema justinianeo sólo pueden detec-

tarse en un punto los presupuestos de un nuevo orden: en la reorganización de las regiones imperiales de Occidente, donde se crearon los exarcados de Rávena y Cartago. En estas unidades administrativas Mauricio reunió el poder civil y el mando militar en manos de los gobernadores, que poseían plenos poderes como un virrey. Esta solución sirvió de modelo para la organización de los *themas*, constituyendo de esta forma una etapa decisiva en el desarrollo del estado bizantino medieval. A partir del exarcado de Cartago se inició realmente a principios del siglo VII la renovación del Imperio.

Dada la situación política exterior existente se llegó a la conclusión de que los intereses vitales de Bizancio estaban en la frontera nordeste y oriental del Imperio. Pero las consecuencias de la política occidental de Justiniano fueron poco duraderas. Casi todas las conquistas se perdieron de nuevo en el transcurso de una generación. Italia fue ocupada en el año 568 por los longobardos, a excepción de Roma, Rávena y la parte meridional de la península. En gran parte se abandonaron las regiones españolas antes del año 584 y en el año 629 se dieron definitivamente por perdidas. Allí donde aún quedaban tropas bizantinas, éstas se encontraban envueltas, como en el caso de Africa, en agotadores combates. El verdadero peligro estaba en que Bizancio se creía continuamente rodeado por dos frentes de lucha. A finales del siglo VI el frente oriental se hallaba casi siempre amenazado. Tras veinte años de duros enfrentamientos militares se llegó en el año 591 a un tratado de paz relativamente favorable para Bizancio. Esta estabilización en la frontera persa parecía ofrecer incluso la posibilidad de detener con éxito la avalancha eslava que se acercaba desde el nordeste. Desde los años setenta no se hallaba segura ninguna región de los Balcanes, con excepción de las grandes ciudades fortificadas como Salónica. A veces la situación se volvió incomprensible, incluso para los experimentados diplomáticos y militares bizantinos. Junto a eslavos y búlgaros apareció una tercera fuerza procedente de las al parecer inagotables reservas de las estepas del interior de Asia: los ávaros, que supieron coordinar la energía de las tribus nómadas en su lucha contra Bizancio.

Pero aún tuvo más importancia el hecho de que en la década de los ochenta se iniciara, en lugar de los robos y saqueos efectuados hasta ese momento, el asentamiento de los eslavos. La población imperial latina y helénica se vio empujada hacia la franja costera del Adriático y del Egeo; en el siglo VII Macedonia ya llevaba el nombre de «Esclavinia» debido a su densa población eslava. Este gran movimiento de pueblos, que ya no podía ser superado ni militar ni diplomáticamente, constituyó

el acontecimiento político exterior más importante del siglo VII para Bizancio, pues, como aconteció también con la conquista germana de Occidente, la ocupación eslava de los Balcanes provocó finalmente la creación de estados independientes sobre suelo del Imperio bizantino. Ciertas campañas bien planeadas del emperador Mauricio en los Balcanes hicieron recobrar las esperanzas en los años 591-92 de que las cosas tomarían un cariz diferente. Pero fueron precisamente éstas las que, tras ciertos éxitos iniciales, condujeron a una nueva crisis. Un motín del ejército y un levantamiento en Constantinopla convirtieron al general Focas (602-610) en emperador. Su régimen de terror en la capital y las contiendas de las provincias, similares a una guerra civil, provocaron una catástrofe en su política exterior. El sistema defensivo de los Balcanes se hundió definitivamente, y una nueva ofensiva sasánida penetró en Asia Menor, llegando hasta Calcedonia.

Los años de anarquía bajo el reinado de Focas demostraron hasta qué punto la política de Justiniano tenía una base frágil. La crisis en la que sucumbió el estado bizantino temprano fue su consecuencia; con ella desaparecía la tradición tardorromana. Lo que vino después, pese a que se intentó construir sobre el pasado, fue el Estado bizantino medieval; algo nuevo si la realidad política se sitúa por encima de las concepciones tradicionales de derecho público. En aquellos años, los contemporáneos no estaban en modo alguno convencidos de que pudiera existir un futuro, tras la catástrofe que se avecinaba. La salvación del Imperio fue la última empresa de Occidente, que estaba sustrayéndose a la influencia de Bizancio. En octubre del año 610 legó a Constantinopla la flota del exarca de Cartago. Su hijo Heraclio derrocó a Focas y ocupó el trono. Su reinado inauguró una nueva era, un nuevo capítulo de la historia bizantina, lleno de éxitos sorprendentes y peripecias fulgurantes.

IX. *El siglo de la crisis: Bizancio y la expansión del Islam*

El acontecimiento histórico decisivo del siglo VII fue el nacimiento del Islam y la configuración del califato árabe como gran potencia. La parte oriental del mundo mediterráneo comienza ahora a librarse de las formas de vida del período tardorromano y protobizantino. El renacimiento de los Sasánidas y el movimiento monofisita ya habían anunciado el robustecimiento de Oriente. Pero fue el Islam el que se convirtió en la fuerza determinante de una transformación general en esta

región histórica. La expansión árabe-islámica rompió definitivamente la unidad cultural y política del mundo mediterráneo, conservada durante tanto tiempo; partiendo de las ruinas de la cultura grecorromana creó una nueva sociedad independiente, en igualdad de derechos con Bizancio y la comunidad de pueblos germano-latinos. La historia del Imperio bizantino, así como la de la Europa medieval, resulta inconcebible sin el desafío político del Califato y sin el intercambio espiritual con la cultura islámica.

A los contemporáneos les resultaba difícil comprender esta profunda transformación de la situación política y, a largo plazo, también económica y espiritual que rompía el marco del antiguo mundo. La avalancha de los eslavos y la irrupción de Oriente crearon una nueva constelación política. Bizancio perdió a favor del califato sus provincias orientales y Africa, y a favor de los pueblos eslavos gran parte de los Balcanes. La zona de dominio italiana se vio profundamente restringida por los longobardos; Bizancio tuvo que adoptar en el mar Egeo una política defensiva. El cerco que los árabes pusieron al mar Mediterráneo acabó con el monopolio ejercido por Bizancio en el comercio exterior y disminuyó considerablemente su recién alcanzada influencia sobre Occidente. El Imperio bizantino nunca recuperó su posición de única gran potencia en el Mediterráneo. No obstante, aunque a costa de considerables pérdidas territoriales y, a menudo, de un empobrecimiento cultural, logró afirmarse entre los nuevos grupos de poder y siguió siendo, durante otros 700 años más, un elemento esencial en la historia del Próximo Oriente.

La extraordinaria capacidad de resistencia de Bizancio convirtió este desafío en un heroico proceso de adaptación: la lucha por la existencia provocó profundas transformaciones en el orden político y en la estructura social. El Imperio adquirió un nuevo robustecimiento gracias a una forma ampliamente desligada de las tradiciones tardorromanas. El estado burocrático, que ya no se mostraba a la altura de las nuevas condiciones de autodeterminación exterior, se convirtió en un estado militar respaldado política y financieramente por un campesinado libre. Con la pérdida de las provincias monofisitas concluyó el conflicto religioso; la unidad confesional en la ortodoxia se convirtió en un elemento decisivo para la unidad y estabilidad del Estado. En el aspecto espiritual Bizancio se transformó definitivamente en un estado decididamente griego por su lengua y cultura. Así, bajo la apariencia de un empobrecimiento exterior, la transformación del siglo VII provocó en realidad una regene-

ración que, por primera vez, ponía claramente de manifiesto la tenaz fuerza vital de Bizancio. Esta nueva forma de vida no sólo aseguró la supervivencia del Imperio, sino también su posterior recuperación, que le convertiría en la primera potencia económica y militar del Mediterráneo oriental.

A comienzos del siglo VII la situación parecía desesperada. En Siria, Egipto y Asia Menor, los Sasánidas se adentraban cada vez más en territorio bizantino; la avalancha eslava avanzaba constantemente hacia el sur, empujada desde los Balcanes por la presión ejercida por el reino ávaro en la cuenca del Tisza. Las finanzas se habían agotado, la disciplina militar se había relajado, persistían el conflicto monofisita y la oposición política interior. Los Sasánidas avanzaron aún más y los ávaros llegaron hasta las murallas de Constantinopla. Tan sólo la capital permaneció como centro de resistencia y renovación.

En el momento culminante de la crisis, en el año 618, cuando la disolución del Imperio parecía asunto de meses, sucedió un cambio inesperado. En el año 622 se iniciaba la contraofensiva bizantina, dirigida personalmente por el emperador Heraclio (610-641), respaldada por un tratado de paz con los ávaros y apoyada por el entusiasmo religioso en Constantinopla, comparable al despertado por las Cruzadas. Utilizando una audaz y peligrosa estrategia ofensiva, trasladó su base de operaciones a la zona montañosa de Armenia y del Cáucaso, difícil de atravesar. Su objetivo consistía en atacar el centro del poder persa, en lugar de intentar reconquistar sistemáticamente las provincias perdidas. El Emperador aguardaba impasible en Oriente un nuevo asedio de Constantinopla en el año 626 (el himno *Akathistos*, que se sigue cantando en Pascua en las iglesias ortodoxas, nació a raíz de la salvación de la ciudad por la flota). Más tarde, en el año 627, tuvo lugar la irrupción en el valle del Tigris, decisiva para el curso de la guerra, y la derrota definitiva del ejército sasánida. En el tratado de paz, Bizancio no sólo recuperaba sus antiguas provincias, sino que a éstas se sumaban nuevos territorios en Armenia. El peligro que provenía de los Balcanes parecía haber terminado también.

El sitio de la capital había quebrantado la fuerza militar de los ávaros; las inmigraciones de servios y croatas y el nacimiento del primer reino búlgaro debilitaron aún más su posición. Por otra parte, los servios y los croatas llegaron a reconocer la superioridad bizantina. Pero aún no podía hablarse de una verdadera recuperación de la soberanía bizantina en la zona de los Balcanes; todo quedó reducido a las acostumbradas medidas de urgencia. Nadie en Bizancio podía prever en aquellos

momentos que el Imperio se vería enfrentado 150 años más tarde con los búlgaros en su lucha por la existencia y que la formación de estados servio-croatas haría fracasar definitivamente el intento de soberanía bizantina en los Balcanes.

El «problema oriental» parecía definitivamente resuelto. La frontera más peligrosa del Imperio estaba asegurada; la lucha secular con los Sasánidas por la hegemonía parecía estar decidida a favor de Constantinopla. De nuevo quedaba asegurada la soberanía del mundo griego y del cristianismo en Egipto, Siria y Mesopotamia; la flota imperial dominaba el mar Mediterráneo. Cuando el patriarca bendijo en Santa Sofía al Emperador, que regresaba triunfante en su calidad de defensor de la fe, con la reconquistada reliquia de la Santa Cruz, el prestigio de Bizancio era, tanto en Occidente como en Oriente, mayor que nunca. Y, sin embargo, el año 622 había sido un momento de doble crisis: la contraofensiva bizantina comenzó en el año de la hégira. Pero en el año 630, mientras Bizancio disfrutaba una nueva cima de su poder, Mahoma conquistaba La Meca. En el Islam —que en un principio fue considerado como un nuevo movimiento cismático de la cristiandad oriental— había nacido, durante los años de guerra contra los Sasánidas y sin que la estrategia bizantina se diera cuenta de ello, una nueva potencia que, en pocos decenios, pasó de ser una comunidad religiosa de los adeptos del profeta a ser la comunidad religiosa y política de los árabes y un poder hegemónico en expansión. El verdadero peligro, pues, no había que buscarlo en Occidente, cuya transformación tras la barrera de los Balcanes y del reino longobardo no tuvo por el momento consecuencias en el plano político. Pero la concentración militar y el agotamiento mortal de los adversarios, que culminó con el dualismo entre Bizancio y los persas, impidieron que ambos pudieran reconocer a tiempo la transformación que a sus espaldas sufría el mundo.

El imperio árabe, nacido bajo los primeros califas, destruyó el mundo político existente en el Mediterráneo (*cf. Historia Universal Siglo XXI*, vol. 9, pp. 263 ss.; vol. 14, pp. 13 ss.). La expansión árabe seguía dos direcciones. Por el norte, entre 633 y 651, fue destrozado el imperio sasánida, si bien la cultura persa sobrevivió al proceso de arabización para convertirse después del siglo VIII en un factor determinante de la sociedad islámica. La irrupción eslava en las provincias orientales bizantinas tuvo un éxito inesperado. La población monofisita se mostró enemiga del Imperio y el sistema defensivo militar resultó poco eficaz. En el año 640 quedaba conquistada Siria. En el año 642 se abandonó Egipto; en el año 647 se perdieron

Tripolitania y Cirenaica. Tan sólo en la línea del Tauro, en el norte de Siria, pudo atajarse la incursión árabe. A la muerte de Heraclio el estado había quedado reducido a menos de un tercio de su superficie; en el fondo, al Imperio únicamente le quedaba Asia Menor, Grecia, el *hinterland* europeo de Constantinopla, continuamente amenazado por eslavos y ávaros, y ciertas regiones de Italia.

También bajo los sucesores de Heraclio —de la primera dinastía bizantina, que perduró durante cinco generaciones— se consumieron las energías de la sociedad por la carga que suponía la lucha defensiva y la tarea de hacer funcionar el estado y de adaptarlo a las nuevas condiciones de vida. La política exterior dominaba la vida de Bizancio. Y ésta seguía significando el enfrentamiento armado con la ola conquistadora del Islam y los pueblos que penetraban en la región de los Balcanes. Era de vital importancia para el Imperio que al menos cambiasen en estos decenios los puntos de gravedad de la lucha defensiva. Es cierto que la guerra fronteriza fue tanto para Bizancio como para el Imperio romano un asunto harto habitual. Pero ésta cambió esencialmente de matiz: de una lucha defensiva destinada al éxito y basada en el conocimiento de la superioridad de sus propias fuerzas, se pasó en el siglo VII a una pura lucha por la existencia y, finalmente, a un sistema de fronteras militares con campañas regulares en verano.

En las fronteras del núcleo central de Asia Menor se detuvo la primera ola conquistadora árabe. Las luchas por la sucesión en el califato, la oposición de los bereberes en el norte de Africa y la garantía que representaba la flota bizantina, provocaron durante el reinado de Constante II (641-668) una especie de tregua. La fase crítica del enfrentamiento con los árabes se produjo al iniciarse, bajo el califa Muhawiya (Mu'awiya) I (661-680), una segunda ola de expansión territorial. Puesto que la línea del Tauro parecía casi inexpugnable, la estrategia árabe planeó un ataque directo por mar contra el centro mismo del poder bizantino. La construcción de una flota y la conquista de una serie de puntos de apoyo en el mar Egeo fueron las primeras operaciones de esta guerra marítima, a las que siguieron repetidos asedios a Constantinopla. Estos fracasaron en los años 668-669 y 674-678 debido, sobre todo, a que las fuerzas navales bizantinas seguían siendo, en las postrimerías del siglo, superiores a la flota árabe (tripulada por monofisitas sirios). En este éxito tuvo una importancia decisiva el «fuego griego», líquido explosivo descubierto por el arquitecto Calínico, que también prendía en el agua y que era lanzado por primitivos lanzallamas.

Estos primeros grandes éxitos, tras casi cincuenta años de guerra, resultaron determinantes para la seguridad del núcleo central bizantino, si bien en el otro flanco de la expansión árabe no pudo evitarse la pérdida de Africa.

La expansión del califato proseguía. Por Oriente se llegó en el año 715 hasta el Jorasán, y casi hasta la India. Por Occidente se reanudó en el año 664 la ofensiva en Africa. En el año 700 ya había desaparecido cualquier vestigio de resistencia bizantina; se organizó una rápida islamización del norte de Africa. En el año 720 quedaban bajo la soberanía árabe España y ciertas regiones del sur de Francia, incluida Narbona. Sin embargo, en la frontera oriental bizantina no se produjeron cambios territoriales de consideración; pudo mantenerse la línea del Tauro. Poco a poco surgió, en lugar de una serie de posiciones defensivas permeables y poco seguras, una frontera defensiva consolidada. Esta aseguró durante siglos las posiciones gracias a un sistema perfectamente estudiado de defensa flexible, tal y como lo describen los manuales bizantinos de táctica, así como el poema épico de Digenis el Aorita.

Durante los últimos veinticinco años del siglo, la frontera nordeste pasó de nuevo a ocupar un primer plano. En esta zona se estaban produciendo una serie de acontecimientos realmente trascendentales. La penetración de pueblos nómadas creó un nuevo mapa político y étnico en los Balcanes, donde la soberanía efectiva de Bizancio se limitaba a unas pocas fortificaciones y a los éxitos alcanzados por las breves campañas militares de verano. La creación del reino búlgaro después del año 640, que todos los esfuerzos de Constantino IV (668-685) no lograron evitar, se convirtió en un punto clave en la historia de esta región. Se había creado con él el primer Estado independiente en el antiguo suelo del Imperio; cuando el Islam perdió su fuerza expansiva, este Estado se convirtió en una amenaza mortal para Bizancio. Durante un cierto tiempo logró estabilizarse de nuevo la situación mediante concesiones diplomáticas y financieras; Justiniano II (685-695; 705-711) aumentó incluso la zona de dominio bizantina mediante una gran ofensiva realizada en los años 688-689. Al mismo tiempo, intentó neutralizar el nuevo elemento étnico de los Balcanes deportando masivamente a Asia Menor inmigrantes eslavos, para así utilizar sus indiscutibles aptitudes militares en la defensa de las fronteras orientales. Naturalmente, la política de los Balcanes siguió siendo, como en tiempos de Justiniano I, un sistema de medidas provisionales. La presión incesante de la expansión árabe absorbía casi todas las fuerzas del país.

X. *Desafío y réplica: consolidación del Imperio mediante reformas*

Sólo las reformas políticas y sociales permitieron que el Imperio bizantino no se resistiera a sucumbir a pesar de la amenaza de catástrofes exteriores y de la desintegración interior. Una reorganización de las fuerzas armadas y de la administración creó las bases de la supervivencia en medio del torbellino árabe. El nuevo sistema intentaba compensar la pérdida de Siria, Palestina y Egipto; se partía de la premisa de que el Imperio en su totalidad se había convertido en una provincia fronteriza, siendo Asia Menor su área de reclutamiento más importante. El sistema político no renunció al absolutismo centralista, que garantizaba la dirección efectiva de una estructura estatal tan compleja. Pero al mismo tiempo este sistema puso de manifiesto la capacidad bizantina para manejar con flexibilidad las fórmulas administrativas y políticas y para desarrollarlas con éxito, a pesar de su carácter fundamentalmente conservador.

Pieza clave de la política reformadora fue la reorganización de la administración imperial, que también influyó sobre la estructura social: la constitución de los *themas*. Cada unidad fundamental del ejército bizantino, acuartelada en un determinado distrito, se convirtió en un *thema,* a las órdenes de un estratego. La reorganización administrativa reunió varias de las antiguas provincias en distritos militares y administrativos, en los que el estratego, subordinado al emperador, recibía todo el poder ejecutivo; no sólo mandaba sobre las tropas estacionadas en su *thema,* sino que también se ocupaba de la administración, la justicia y la burocracia financiera de la provincia. El procónsul del *thema* pasó desde un principio a ocupar un segundo plano en su calidad de simple jefe de la administración civil, y finalmente fue totalmente suprimido. Esta administración puramente militar acabó, pues, con la administración civil: el sistema diferenciado de la primitiva administración civil tardorromana desapareció, dejando paso a una rígida administración única y a una organización militar.

Simultáneamente se reorganizó la administración central. La prefectura pretoriana se había convertido en un superministerio cada vez más incapaz. En su lugar aparecieron nuevos cargos centrales, presididos por funcionarios con el título de logotetas *(logothetes).* El *magister officiorum* se vio destituido por el *logothetes tou dromou,* haciéndose éste responsable de la administración; desde un principio existieron tres logotetas para las finanzas: uno encargado de la administración financiera militar,

otro de la administración general del Estado y el tercero de la administración de los bienes privados del emperador. La organización de la administración central mediante el nombramiento de logotetas, que sustituía al principio de subordinación por el de coordinación, siguió siendo, junto con la constitución de los *themas,* un elemento fundamental del Estado bizantino durante la Edad Media.

El punto de partida decisivo para este nuevo ordenamiento fue la incapacidad manifiesta del antiguo sistema para reaccionar con la energía necesaria ante las crisis exteriores. La unión de diferenciación, por una parte, y centralismo, por otra, significaba en las circunstancias técnicas del momento un elemento de debilidad. Se logró simplificar el sistema suprimiendo intermediarios y otorgando importantes funciones a los gobernadores de las provincias. Pero seguramente la eficacia, históricamente mayor, del nuevo sistema no se consiguió únicamente al simplificar las funciones, sino también al acabar con las numerosas crisis religiosas, que en el antiguo sistema habían tenido un efecto paralizador.

Junto con la reforma administrativa también se impulsó el desarrollo del campesino libre, que, a su vez, hacía las veces de soldado. Los soldados que pertenecían al *thema* como unidad militar, recibían, a cambio de servir en el ejército de forma obligatoria, unas tierras que podían heredar sus descendientes. Estos *stratiotai* o estratiotas no eran ni mercenarios ni colonos, sino campesinos libres asentados en sus propias tierras, cuya renta les aseguraba su mantenimiento y el equipo (no precisamente barato) de un soldado de caballería con catafracta. Entre el estamento de los estratiotas se desarrolló un proceso iniciado con anterioridad a los exarcados del siglo VI. La soldada hecha efectiva por medio de tierras ya era algo conocido para los *limitanei* de la época tardorromana, unidades defensivas estacionadas en las fronteras; pero los *limitanei* no estaban obligados a participar en el servicio militar de campaña. Mauricio también había estudiado (como indica su tratado *Strategikon)* la posibilidad de reclutar una milicia campesina.

La nueva organización militar de los *themas* creó un instrumento de defensa flexible y leal que muy pronto demostró su importancia. Los estratiotas componían en cada provincia unas milicias de caballería que podían ser movilizadas en un breve período de tiempo. Este ejército de campaña fue completado con las tropas de guardia de la capital o *tagmata,* compuestas por mercenarios, así como con un servicio de tropas de refuerzo y de información. La defensa territorial autóctona estuvo a cargo,

principalmente en las fronteras de Asia Menor, de una organización sucesora de los *limitanei,* los *akritai.*

La disolución del ejército mercenario, con sus inevitables debilidades, y la creación de un ejército compuesto por soldados-campesinos libres, cuyos intereses reales estaban en el territorio que debían defender, no sólo aumentó sensiblemente la capacidad defensiva militar de Bizancio, sino que también provocó transformaciones de importancia tanto político-financieras como sociales. Poco a poco nació una nueva clase de propietarios rurales que, si bien no tenían origen aristocrático, tenía propiedades superiores a las de los simples campesinos: la protección estatal a los bienes de los soldados favoreció también al campesino libre. «El pequeño campesino, que cultivaba su propia tierra, pagaba impuestos y servía en caso de necesidad en el ejército, se convirtió en el elemento dominante de la sociedad agraria de Bizancio» [15]. Hasta el siglo VI el latifundio había ido cobrando cada vez más importancia. Pero ahora las comunidades rurales libres y los propietarios campesinos libres aumentaron sensiblemente de número, si bien no desapareció el colono. Esto significaba un nuevo paso en la evolución de un problema esencial dentro de la historia social de Bizancio: el enfrentamiento entre latifundio y pequeña propiedad campesina libre (*cf. supra* p. 21). Con los estratiotas no solamente se había creado un estamento que para el gobierno significaba una reserva contra los grandes propietarios. Este estamento también contribuyó al saneamiento de las finanzas estatales. Al pagar a los soldados con tierras disminuyeron los gastos de la soldada y con ello también el presupuesto militar. El estratiota, además, se convirtió en un factor decisivo de la política fiscal, gracias a sus bienes. En este caso resulta especialmente evidente que el Estado favoreció al pequeño campesino por motivaciones militares, políticas y fiscales.

A partir de este momento, la defensa del Imperio se basó en el sistema político de la constitución de *themas.* Esto confirió al estado bizantino mayor eficacia y flexibilidad, si bien es cierto que de momento trajo consigo una militarización que repercutió en la vida espiritual y cultural. Mas, poco a poco, este proceso evolutivo reforzó, gracias a la transformación de la agricultura, la estructura social de Bizancio. El desplazamiento étnico debido a las deportaciones masivas acentuó aún más estas transformaciones dentro del sistema social. La mezcla y la fusión extraordinariamente rápida de elementos eslavos, anatolios y griegos fue un fenómeno con amplias repercusiones, que contribuyó sensiblemente a la ulterior consolidación interna.

La reforma del estado bizantino mediante la constitución de *themas* fue el resultado final de una evolución iniciada más de cien años antes. No nació de una acción sistemática y legislativa, sino de una serie de diferentes medidas reformistas que naturalmente se basaban en una concepción homogénea político-administrativa y político-defensiva. En cierto sentido, fue el resultado final de un proceso que ya se había iniciado con los intentos de Justiniano de unificar, en las zonas críticas, el poder civil y militar. Los exarcados de Mauricio constituyeron una forma precursora de los *themas*. Pero quizá también sirviera de modelo la reorganización del estado sasánida por Cosroes I. Es posible que ciertos elementos de la nueva estructura administrativa se crearan durante el gobierno de Heraclio; sus éxitos militares bien pudieron deberse a un principio de simplificación de la dirección militar y de la administración [16].

Puesto que se habían perdido las provincias orientales y gran parte de los Balcanes se había sustraido a la soberanía bizantina, en el siglo VII únicamente pudieron instaurarse *themas* en Asia Menor: Armenia y Anatolia en el centro, como puntos neurálgicos de la defensa oriental, y Opsicio como distrito militar de Constantinopla. Los sucesores de Heraclio, principalmente Constantino IV y Justiniano II, desarrollaron enérgicamente esta organización. A finales del siglo VII y en el siglo VIII no sólo se había consolidado en Asia Menor el sistema de distritos militares, sino que se había extendido a todas las regiones en las que la soberanía bizantina había quedado de nuevo asegurada: en los Balcanes se creó el *thema* de Tracia, en Grecia el *thema* de Hélade, junto con el distrito militar de Salónica y posiblemente también el exarcado de Sicilia, como bastión contra los ataques árabes. Desde el punto de vista político-social y financiero, el nuevo ordenamiento social cobró pleno efecto después de mucho tiempo. El *Nomos Georgikos,* reglamento de la policía rural, de finales del siglo VII o principios del VIII, testimonia sin embargo el nacimiento de ciertos procesos de transformación social. Al parecer, éstos sólo tuvieron validez en una determinada región, pero no deja de resultar sintomático que aparezcan, junto con el latifundio trabajado por colonos, otros elementos del orden social: comunidades rurales libres, propietarios campesinos libres, libertad de domicilio en lugar de vinculación a la gleba y desaparición de la servidumbre. Es evidente la traslación del centro de gravedad en detrimento de los latifundios, que ya empezaban a resultar peligrosos desde el punto de vista político; el pequeño campesino libre comienza a convertirse en un factor social y económico determinante para las provincias bizantinas.

XI. *La cultura del siglo VII: identidad de Imperio y ortodoxia*

El reverso de esta lucha por la existencia de la reforma estatal fue la aridez cultural que contrastó claramente con el florecimiento de la época justiniana. La supervivencia y la adaptación habían acaparado todas las fuerzas. Pero la esterilidad del arte y de la literatura, estaba condicinada también por otros hechos. Con la pérdida de las provincias orientales no sólo desaparecieron los centros comerciales e industriales de Siria y los graneros de Egipto, sino también regiones fuertemente urbanizadas y, desde el punto de vista espiritual, especialmente activas. Esto significó un doble empobrecimiento. Por una parte, la cultura bizantina perdió su carácter policéntrico. Por otra, con la reducción del papel desempeñado por las ciudades, también disminuyó la importancia de la formación profana. Junto con las tendencias místico-ascéticas, ahora fuertes, se produce una clericalización de la cultura. No fue casual el hecho de que precisamente en esta época se perdiera una parte esencial de la antigua herencia.

Resulta significativo que únicamente se dieran creaciones culturales de importancia fuera de los nuevos límites del Imperio. La cultura del primer siglo islámico aún estaba sensiblemente influida por las tradiciones bizantinas; en las mezquitas y pabellones de caza sirios o en las catedrales armenias surgieron grandes creaciones de estilo bizantino oriental. En cuanto a la literatura, Jorge Pisidio, seguramente el mayor poeta profano de Bizancio, fue la única excepción. Además sus relatos versificados de las campañas de Heraclio constituyen, en esta época realmente rica en acontecimientos, la única obra histórica de importancia. La teología se estancó en la literatura polémica monofisita, desprovista de toda originalidad. Incluso los dos únicos teólogos de importancia, Juan Damasceno y Máximo el Confesor, realmente fueron tan sólo recopiladores y comentaristas de la gran literatura teológica del siglo V, si bien es cierto que Máximo desempeñó un importante papel en la historia de la mística bizantina.

El cisma monofisita había demostrado de nuevo, durante las ofensivas árabes y persas, su enorme fuerza política. También ahora las nuevas fórmulas de compromiso que intentaban imponer Heraclio y el patriarca Sergio provocaron la hostilidad en ambas partes. El monotelismo (doctrina de una voluntad humano-divina en dos naturalezas) ya había sido superado en el momento de su proclamación por un edicto imperial, la *Ekthesis* (638). Finalmente, el antiguo cisma secular, en el que habían fracasado emperadores, patriarcas y obispos, quedó resuelto por la política eclesiástica mediante la pérdida de las provincias

orientales. Los monofisitas establecieron iglesias heréticas en áreas de dominio extranjeras; en los territorios griegos y de Asia Menor su importancia fue escasa. En el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla (680-681) aún estaban representados los patriarcas de las regiones orientales; pero con la fórmula de las dos naturalezas unidas hipostáticamente en Cristo («dos voluntades y energías que actúan armónicamente entre ellas para la salvación del género humano»), para los monofisitas quedaba claro que Constantinopla había abandonado definitivamente la búsqueda de un entendimiento.

Para Bizancio, la vuelta a la fórmula modificada de Calcedonia significaba un éxito: desde el punto de vista religioso, ahora existía un área homogénea de la cristiandad ortodoxa. Junto con las reformas administrativas y político-sociales, la recuperación de la unidad eclesiástica contribuyó decisivamente a la consolidación interna. Pero también la cultura del siglo VII (y del VIII) tuvo un papel fructífero en el proceso de helenización. Bizancio consiguió dentro de sus nuevas fronteras la unidad interna que Justiniano no había logrado con su idea de la *renovatio imperii*. Se habían separado las provincias orientales, con su población escasamente helenizada, al igual que los territorios romanizados del nordeste de los Balcanes. En el exarcado italiano los refugiados del Norte de Africa y de Egipto aumentaron la población grecoparlante. Las zonas neurálgicas del Imperio eran Asia Menor y los territorios griegos (principalmente las provincias de Tracia y Macedonia, estrechamente unidas, desde el punto de vista administrativo, a Asia Menor), con su población predominantemente ortodoxa y grecoparlante. En las provincias orientales, la fuerza de asimilación de la cultura bizantina no resultó al final suficientemente fuerte. Sin embargo aquí pudo desarrollar toda su potencia y no sólo frente a las lenguas locales de Anatolia, sino también, y principalmente, frente a los nuevos colonos eslavos, muy numerosos, de los Balcanes meridionales y de Asia Menor. La religión fue el instrumento de asimilación: la lengua y el espíritu de la fe ortodoxa que adoptaron los eslavos eran griegos. No obstante, el Imperio bizantino se mantuvo en ciertos aspectos heterogéneo, desde el punto de vista étnico, y siguió siendo el baluarte de diferentes tradiciones culturales. Las corrientes subterráneas griegas siguieron vivas; aún subsistía en la cultura y la religión una tensión secreta que en el siglo VIII aumentó hasta llegar a la crisis de las luchas iconoclastas. Mas la fe común y la unidad eclesiástica influyeron en una helenización cada vez mayor, que abarcaba tanto a la literatura y al arte como a la conciencia política y espiritual de las clases dirigentes. Esta helenización del Im-

perio también encontró su expresión, por ejemplo, en el lenguaje administrativo y en los tratamientos estatales: a partir de Heraclio se utilizó el término griego *Basileus,* y no el *Imperator Augustus* latino para denominar al emperador.

La helenización del Imperio también tuvo un aspecto político. La nueva solidaridad religioso-cultural tuvo tanta importancia para la supervivencia y la renovación de Bizancio como la reforma del orden estatal o las poderosas fronteras naturales de Anatolia. El Imperio había perdido su posición de gran potencia mundial, pero en compensación alcanzó una identificación de conciencia cultural griega y confesión ortodoxa que por su íntima relación entre existencia política y religiosa se reveló precisamente como elemento decisivo de la capacidad de resistencia frente al Islam. No podía darse una clara definición étnica de los *rhomaios* frente a los *hellenes* (infieles y bárbaros) en un estado compuesto por diferentes pueblos. El elemento común radicaba en la fe en la Iglesia ortodoxa; herejía y traición eran la misma cosa.

La política de consolidación de la dinastía de Heraclio provocó una nueva crisis en el Estado. Dicha política había requerido el empleo de los poderes absolutistas del gobierno, suscitando con ello, aproximadamente a finales del siglo, una oposición política interior cada vez mayor contra el régimen autocrático, oposición que partía más de la nobleza latifundista que de las amplias masas de la población. La vuelta de Justiniano II de su destierro y su nuevo derrocamiento en el año 711 dieron lugar a seis años de guerras civiles y a rápidos cambios de emperadores. Se trataba de una conmoción grave, aunque temporal, en medio de la cual logró mantenerse el nuevo ordenamiento como base del papel histórico que desempeñaría Bizancio en los siglos futuros. Entre los factores de la crisis aparece ahora un nuevo elemento de inseguridad política que, como la resistencia de los latifundistas afectados por las repercusiones político-sociales de la institucionalización de los *themas,* anuncia la ulterior evolución social de Bizancio: el papel desempeñado por los *strategoi* de los *themas* y por sus tropas en la sucesión del trono. El mando sobre uno de los *themas* de Asia Menor se convirtió, como ocurría en la época de los emperadores-soldados con la jefatura de los grandes ejércitos en la Galia o en Siria, en un trampolín para la lucha por el poder, hecho que pronto provocó una reducción del tamaño de los *themas,* originariamente muy extensos. También el capacitado general León III, que en el año 717, en un momento de gran peligro político exterior, asumió el mando en su calidad de gobernador de un *thema,* fue un emperador-militar.

La crisis interior se había agudizado por las dificultades político-exteriores y los reveses militares. Una nueva fase de ataques árabes por mar y tierra llevó a un nuevo sitio de la capital; simultáneamente los búlgaros habían conseguido llegar hasta los arrabales de Constantinopla. El triunfo definitivo en el tercer sitio de Constantinopla hizo posible que Asia Menor siguiera siendo, durante casi 700 años más, ortodoxa y bizantina: un bastión contra el Islam.

En el siglo de la conquista islámica se configuró un nuevo mapa político en el que destacaron tres nuevas zonas de soberanía: Bizancio, el Califato y el reino de los francos. A comienzos del siglo VIII se acabaron lentamente las transformaciones en el plano político y territorial; poco a poco se podían distinguir con más claridad las fronteras definitivas y los campos de influencia política. El Islam había conseguido llevar a cabo su expansión en el mar Mediterráneo partiendo desde el sur, si bien había fracasado en su intento de penetrar en la Europa occidental. Bizancio había sido eliminado de la parte occidental del Mediterráneo y había sufrido ingentes pérdidas territoriales. A pesar de todo, siguió siendo, junto con los Omeyas, la segunda potencia de la época. A partir del año 718 se consiguió lentamente en el Próximo Oriente un equilibrio militar; al mismo tiempo pudo asegurarse definitivamente las afueras de la capital contra los búlgaros. Mas a esta estabilización política en el exterior siguió una nueva y profunda conmoción interna: las luchas iconoclastas.

2. La crisis de la Iconoclastia

Entre 717 y 842 el Imperio bizantino se vio agitado por una violenta polémica acerca del uso de imágenes en el culto religioso. Como ocurrió en la mayor parte de las cuestiones relacionadas con la Iglesia, toda la población se apasionó por el debate. El problema no quedó zanjado hasta 843 en que las imágenes fueron definitivamente reconocidas como parte integrante del culto ortodoxo.

Todas las herejías importantes de los siglos anteriores, como el arrianismo y el monofisismo, habían afectado a los bizantinos de modo parecido, por lo que la crisis religiosa de este momento no era nada nuevo. Pero durante el período iconoclasta, el Imperio bizantino se vio constantemente amenazado de invasiones del exterior. Los emperadores, ya fueran partidarios o enemigos de las imágenes, tuvieron que hacer frente a varios intentos de los árabes y de los búlgaros para conquistar el Imperio. Por tanto, el triunfo más importante de este período fue haber contenido estas presiones, aun a costa de perder los territorios bizantinos de Italia central y de provocar un largo cisma entre las iglesias oriental y occidental.

Todos los emperadores, fueran cuales fueran sus opiniones eclesiásticas, tuvieron también que hacer frente a los habituales problemas del Imperio. Tuvieron que esforzarse en mantener la unidad interna de un estado multirracial, impedir los movimientos en pro de la autarquía local, dar unidad a la Iglesia oriental desgarrada por la herejía y por los regionalismos: en resumidas cuentas, en detener las tendencias centrífugas que existían en Bizancio. Estas fuerzas hubieran podido desmembrar el Imperio de no haber sido por la enérgica actividad de los primeros emperadores iconoclastas, que tuvieron más éxito que sus oponentes iconódulos. Los iconoclastas pusieron bajo el control más estricto del Imperio todos los aspectos de la sociedad bizantina. Por medio de una serie de reformas, centralizaron y unificaron la recaudación de impuestos, el cumplimiento de las leyes, la organización militar y la administración de las provincias y de la Iglesia.

Las fuentes que se conservan de la época acogieron con hostilidad estas reformas. Tras la restauración del culto a las imágenes, en 843, fueron destruidos todos los escritos iconoclastas, y, por tanto, todos los testimonios que tenemos acerca

del período iconoclasta son favorables al culto de aquéllas. Estas crónicas muestran una aversión a la iconoclastia, totalmente partidista, que se hace extensiva a las medidas más positivas de los emperadores iconoclastas, lo que ha influido en los historiadores contemporáneos de este período. Uno de los objetivos de este capítulo es estudiar y rectificar este desequilibrio.

Es evidente que una de las consecuencias más notables de la época iconoclasta fue la consolidación del control estatal sobre el Imperio. Pero quedan por resolver muchos problemas, como por ejemplo, en qué medida fue la crisis una reacción interna a una presión exterior o una consecuencia de la necesidad de reformas. Es difícil situar la disputa religiosa en la historia política, social y económica del Imperio bizantino sin una investigación y un análisis más profundo que los que aquí podemos realizar.

I. *El primer período iconoclasta: 717-775*

a) La situación en 717

La consecuencia inmediata de la usurpación de León III, en marzo de 717, fue el fracaso del más serio de los intentos árabes por apoderarse del Imperio bizantino. Tan pronto como fue coronado, el nuevo Emperador emprendió la urgente tarea de dotar a Constantinopla de defensas para hacer frente a esta amenaza. El califa Solimán (Sulayman) planeó un doble bloqueo, por tierra y por mar. Hacia agosto de 717 el bloqueo se hizo efectivo, pero pasados solamente doce meses, los árabes se vieron forzados a retirarse. El asedio había fracasado y León adquirió una considerable reputación por el éxito en la resistencia, aunque se vio ayudado por tres factores: la fortaleza de las murallas de la capital, el empleo del fuego griego, producto químico desconocido para los árabes, y un invierno extraordinariamente severo que perjudicó a los sitiadores. El fracaso del asedio se convirtió en desastre total al ser hostigados y hundidos los navíos árabes en su travesía de vuelta hacia Alejandría.

León III no era de ningún modo un personaje desconocido. Procedía de Germanicia, en el norte de Siria, aunque su familia se había trasladado posteriormente a Tracia, probablemente a causa de la presión árabe. El origen isáurico que a menudo se le ha atribuido carece, pues, de fundamento, por lo que su dinastía debe de llamarse siria y no isáurica. Había servido a Justiniano II y Anastasio II, que le había nombrado goberna-

dor *(strategos)* del *thema* de Anatolia. Los soldados anatolios y armenios apoyaron su rebelión contra Teodosio III y le proclamaron Emperador. Ante su avance hacia la capital, Teodosio abdicó y León III, tras un golpe incruento, fue proclamado emperador. Gracias a su firmeza frente a dos rebeliones internas y a su reorganización de la administración imperial, León III consiguió asegurar la estabilidad dinástica durante ochenta y cinco años.

Con frecuencia se ha quitado importancia a los logros de la dinastía siria porque sus miembros fueron partidarios de la iconoclastia o destrucción de las imágenes. En este aspecto actuaron guiados por sus convicciones religiosas. Los discursos de León III y los tratados de su hijo Constantino V demuestran que creían firmemente que las imágenes eran simples representaciones. León III introdujo la teoría de que las representaciones pictóricas de la Sagrada Familia, de los Apóstoles y de los santos conducían solamente a la idolatría, y por ello persiguió a los que seguían fieles a la doctrina del culto a las imágenes, los iconófilos o iconódulos. Esta persecución produjo profundas divisiones no sólo en el Imperio sino en el mismo seno de la Iglesia. Toda la jerarquía de metropolitanos, obispos y sacerdotes parroquiales, todas las instituciones monásticas y las congregaciones de todo el Imperio participaron en el debate, no sólo a causa de los problemas cristológicos, sino también a causa de la profunda creencia popular en el poder de las imágenes. La participación popular en la controversia continuó incluso después del restablecimiento de la ortodoxia en 843.

Las imágenes habían existido en el Imperio bizantino desde el establecimiento del cristianismo como religión estatal en tiempos de Constantino el Grande y su importancia había aumentado desde el reinado de Justiniano. Al mismo tiempo, el retrato del Emperador continuaba siendo reverenciado como en la época romana. Pero poco a poco se fue desarrollando una forma particular de culto relacionada con las imágenes de Cristo y de la Virgen, y se instalaron imágenes en las capillas, las iglesias, en los lugares públicos y en los hogares. Se llevaban a las batallas y se sacaban en procesión en torno a los muros de las ciudades asediadas. A las imágenes se les atribuían poderes milagrosos y poco a poco fueron sustituyendo a las reliquias como principales objetos de devoción en las iglesias. A pesar de que en un principio estuvieron prohibidas en el arte cristiano por considerarlas idólatras, las representaciones pictóricas incluso de Cristo fueron autorizadas en el Quinisexto Concilio de 692. Hacia finales del siglo VII se aceptaban generalmente las imágenes como parte integrante del culto cristiano en todos

los lugares del Imperio bizantino, pero las dudas seguían en pie. En 732, dos obispos, Constantino de Nacolia y Tomás de Claudiópolis, sostuvieron una polémica con el patriarca Germán acerca del reiterado culto a las imágenes, y éste último rechazó firmemente cualquier cambio. El odio al culto de las imágenes se basaba sin duda en la prohibición del Antiguo Testamento y en la acusación de idolatría que pesaba sobre las discusiones entre cristianos, musulmanes y judíos. A través de estas discusiones, los teólogos no cristianos ejercían su influencia sobre los bizantinos. La prohibición del arte religioso en las mezquitas parece que se impuso hacia el 700, mientras que la tradición judía fue siempre enemiga de las representaciones pictóricas. Pero en 721, el califa Yazid II hizo extensiva la práctica musulmana a los cristianos que vivían bajo su autoridad, al ordenar la destrucción de todas las imágenes cristianas. Por ser natural de Siria, León III debió conocer estas ideas e incluso pudo estar de acuerdo con ellas.

b) La introducción de la iconoclastia

En 726, el Emperador ordenó que fuera retirada la famosa pintura de Cristo situada en la Puerta de Bronce del Gran Palacio: la enardecida multitud consiguió matar a uno de los soldados antes de que se la llevaran. Se produjeron revueltas, y varios iconódulos conocidos fueron castigados. En las provincias de Italia y Grecia la reacción fue similar. El papa Gregorio II protestó por la ingerencia del Emperador en cuestiones de fe y negó al tesoro imperial el dinero italiano, mientras que los *helladikoi* de Grecia central se embarcaron hacia Constantinopla con el propósito de liberar al Imperio de la impiedad de León III. Su flota fue destruida en el curso de una batalla en el Helesponto y su candidato imperial, Cosmas, ejecutado en 727. Entre los súbditos de la parte oriental del Imperio, que más tarde se convertirían en los más fervientes partidarios de la iconoclastia, los que estaban familiarizados con la oposición judía y musulmana a las imágenes fueron probablemente los que apoyaron la decisión del Emperador.

Cuando León III intentó conseguir la aprobación eclesiástica para destruir las imágenes, se encontró con la tenaz resistencia del patriarca Germán. El método empleado para solucionar este problema fue muy directo y se convirtió en práctica regular durante el período iconoclasta. En 730, el Emperador ordenó al Patriarca que aprobara el edicto que prohibía la adoración de los iconos. Al declararse Germán contrario a él, León III con-

vocó el consejo supremo de los funcionarios bizantinos, tanto laicos como eclesiásticos *(Silention)*, que condenó a Germán y apoyó el edicto del Emperador. El Patriarca dimitió inmediatamente, siendo reemplazado por su antiguo ayudante, Anastasio. Esta medida fue condenada por todos los patriarcas orientales, así como por Gregorio II, que excomulgó a Anastasio, abriendo de esta manera el cisma entre las iglesias oriental y occidental, que, de manera intermitente, iba a durar hasta el restablecimiento del culto a las imágenes, en 843. Probablemente, sólo la fuerza de la iconodulia fue capaz de disuadir a León de dar el paso decisivo: la aprobación de la nueva doctrina en un Concilio Ecuménico. Esta medida fue llevada a cabo por Constantino V en 754. Todos los intentos posteriores de cambiar el dogma se basaron en este procedimiento: elección de un patriarca propicio al cambio, y la convocatoria de un Concilio eclesiástico para proclamarlo. El hecho de que el Emperador controlara la elección de los patriarcas y presidiera los Concilios facilitó evidentemente el cambio.

La imposición de la iconoclastia estaba abocada a provocar el enfrentamiento con las autoridades eclesiásticas y León III se dispuso a solucionar la cuestión por la fuerza. Cuando Gregorio II celebró un concilio donde se condenó a los iconoclastas, el Emperador hizo prisioneros a sus legados en Constantinopla y envió una armada a Italia. También sustrajo de la jurisdicción eclesiástica de Roma las provincias bizantinas de Italia, Sicilia y la prefectura de Iliria (todas las posesiones europeas del Imperio), poniéndolas bajo la jurisdicción del patriarca de Constantinopla. Al mismo tiempo, todas las rentas del patrimonio papal fueron añadidas al tesoro imperial. Esta medida, de extraordinaria importancia, iba dirigida al enriquecimiento del patriarcado a expensas de Roma, pero León III deseaba también colocar bajo su control a toda la Iglesia oriental. La afirmación de la autoridad imperial en todos los campos de la sociedad bizantina fue un rasgo característico de la política de este monarca iconoclasta.

De este modo se impuso la nueva doctrina, no sin producir una gran división dentro del Imperio y un cisma entre la Iglesia de Constantinopla y el Papado, que hizo disminuir la influencia bizantina en Italia. Es indudable que el Emperador actuó guiado, tanto por sus convicciones religiosas como por motivaciones políticas y que sus ideas eran compartidas por muchos. El edicto que prohibía la adoración de las imágenes encontró apoyo porque se hacía eco de un fuerte sentimiento popular de desconfianza hacia las imágenes religiosas y, en particular, hacia los que estaban asociados a ellas: los monjes. El aumento de la riqueza

y de la influencia monástica en la Iglesia oriental había provocado grandes envidias. Aunque a lo largo del siglo VIII la iconoclastia llegó a estar asociada con la política social y económica de los emperadores sirios, en un principio, el apoyo al movimiento iconoclasta provino de una reacción religiosa, siendo sus aspectos religiosos los que dominaron el primer período iconoclasta. Con este apoyo, León III y Constantino V fueron capaces de subordinar la Iglesia al poder imperial y de concentrar todos los recursos del Imperio en la lucha contra los árabes.

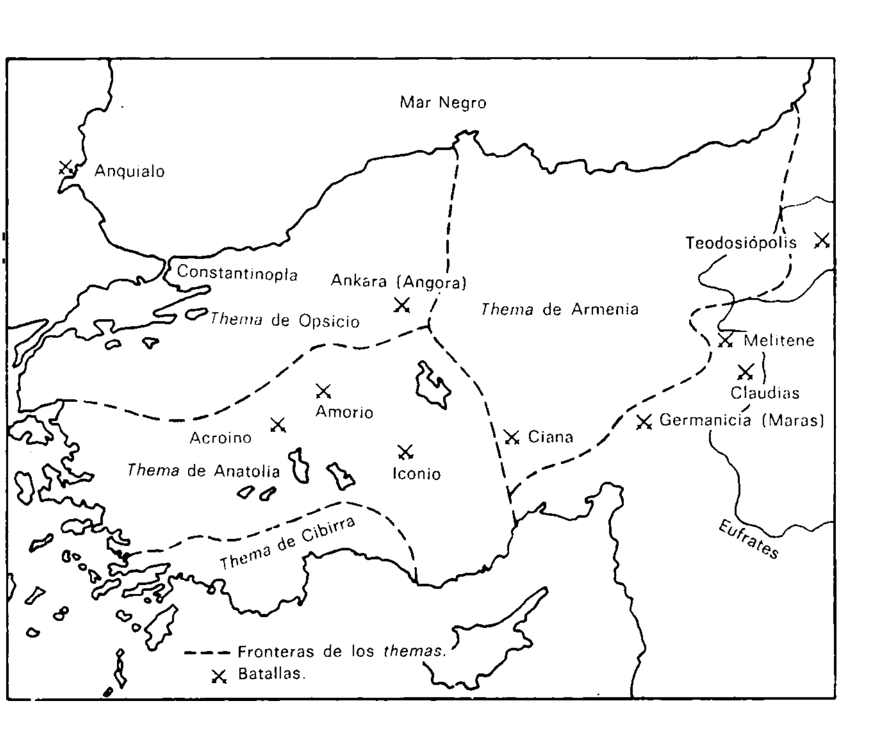
c) Exitos de León III y Constantino V

La defensa de Bizancio

El Imperio debió su supervivencia a la acción de los dos primeros emperadores de la dinastía siria. De no haber sido por sus ofensivas contra los árabes entre 717 y 775, la Nueva Roma hubiera sucumbido ante los bárbaros de la misma manera que su hermana occidental. Tras el asedio de 717-718, León III reorganizó la marina bizantina creando dos contingentes navales: el de Cibirra, con base en un nuevo *thema* en la costa sur de Asia Menor, y un contingente independiente, con base en el Egeo. La guerra por tierra continuó. A pesar de que las tropas árabes fueron diezmadas durante el asedio, el califa Hisam (724-743), continuó dirigiendo incursiones anuales en territorios bizantinos. León III estuvo al frente de las tropas que intentaron contrarrestar estas incursiones, aunque no hubo ninguna batalla decisiva hasta 740, en que los bizantinos derrotaron a un gran ejército árabe en Acroino. Tras esta victoria, Constantino V emprendió una serie de campañas ofensivas contra el califato, debilitado por la caída de los Omeyas y la fundación de una nueva capital en Bagdad por los abásidas. Pero las tres victorias bizantinas, en Germanicia (746), en Melitene (751) y Teodosiópolis (757), no se debieron solamente al declive militar árabe. Constantino era un estratego y jefe militar de mayor valía aún que su padre, admirado y amado por sus tropas. La campaña de 757 puso fin a los ataques a gran escala de los árabes y aseguró la frontera del sudeste. La actividad militar quedó reducida a pequeñas incursiones e intercambios de prisioneros. El gran avance del Islam había sido frenado.

Antes de 741, León III dividió la extensa provincia (*thema*) de Anatolia, creando un aparato administrativo autónomo en la mitad occidental, que se llamó, a causa de las tropas en ella acantonadas, *Thema* de los Tracesios. El propósito de esta

Fig. 3. *Las campañas del periodo 717-775 y la primitiva organización de los* themas *de Asia Menor.*



Mar Negro
Anquialo
Constantinopla
Ankara (Angora)
Thema de Opsicio
Thema de Armenia
Teodosiópolis
Melitene
Claudias
Germanicia (Maras)
Amorio
Acroino
Ciana
Iconio
Thema de Anatolia
Thema de Cibirra
Eufrates
Fronteras de los themas.
Batallas.

división, que más tarde se aplicó a una extensa zona de Opsicio, era impedir la consolidación del poder en manos del gobernador militar (*strategos*). Por la experiencia de su propia usurpación, León III era consciente de la fuerza potencial de esta posición, que también fue empleada por el cuñado de Constantino, Artabasdos, en su intento de apoderarse del Imperio. De esta manera se fue incrementando el número de provincias y gobernadores provinciales, hasta que en 775 eran siete los *themas* en Asia Menor (dos de ellos navales) y tres en la parte occidental. La ampliación gradual de la administración militar a todas las zonas del Imperio revela un aspecto de la política centralizadora de los emperadores sirios, que es al mismo tiempo una continuación de la obra de la dinastía de Heraclio.

Reorganización de las finanzas

Carecemos de información detallada de la vida económica en tiempos de la dinastía siria, pero la prosperidad general y el bajo precio del trigo sugieren que los recursos económicos del Imperio debieron de ser convenientemente organizados para hacer frente a las crecientes exigencias de los gastos militares. León III no sólo consiguió unos ingresos suplementarios con las rentas del patrimonio papal en Italia, sino que también aumentó en un tercio la capitación en Sicilia y Calabria. Constantino V recibió el calificativo de «nuevo Midas», aunque fijó precios justos para el trigo. Constantino continuó la política iconoclasta de León, de apropiarse los ingresos eclesiásticos en mayor grado todavía. No obstante, estos dos emperadores impulsaron la construcción de iglesias. León III reconstruyó la iglesia de Santa Irene de Constantinopla, que había sufrido serios daños en un terremoto, y decoró el ábside con una gran cruz de mosaico. Y Constantino III, a pesar de su destrucción de numerosas imágenes, favoreció al arte iconoclasta.

En este período fueron desapareciendo gradualmente las monedas de oro fraccionarias, y en 780 sólo se acuñaban el *nomisma* de oro *(solidus)*, el *miliaressíon* de plata y el *phollis* de cobre. El *miliaression*, que valía 1/12 de *nomisma* y que estaba basado en el *dirhem* árabe, fue creado por León III. Esta simplificación de las acuñaciones imperiales y su limitada circulación en el Imperio refleja sin duda una disminución de la actividad comercial en el siglo VIII, ya que el estado de guerra casi continuo cortó las rutas comerciales y dejó aisladas las ciudades mercantiles.

Este intento de estabilizar la administración financiera tuvo su paralelo en el campo legal. León III ordenó que los jueces recibiesen un sueldo y no regalos, medida básica de seguridad contra los sobornos. Después, el código legal fue revisado por una comisión de peritos, que redactaron una edición simplificada del *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano, añadiéndole algunas máximas de derecho consuetudinario y las decisiones más importantes de los concilios eclesiásticos acerca del matrimonio, la propiedad y la herencia. Este nuevo código, redactado en griego para facilitar su aplicación en un mundo ya greco-parlante, fue conocido como *Ekloga* o Selecciones. Era un código de fácil aplicación para los jueces provinciales y continuó siendo empleado hasta muy entrado el siglo IX. Al derecho civil y penal compendiado en la *Ekloga* se fueron añadiendo extractos similares, de fechas diferentes, sobre cuestiones navales, militares y agrarias. Estos pequeños códigos estaban concebidos para facilitar la resolución de problemas prácticos, como la suma pagadera a título de compensación por la pérdida de un perro guardián y la prima del seguro de transporte marítimo. En conjunto, sirvieron de guía eficaz para unificar las prácticas judiciales en todo el Imperio.

d) Relaciones de Bizancio con los búlgaros y los eslavos

Entre la muerte de Constantino II (668) y los comienzos del siglo IX fue disminuyendo el control bizantino sobre los Balcanes, debido al influjo de los pueblos eslavos. Hacia 750, la provincia de Tracia, *hinterland* de la capital, se vio amenazada por los búlgaros, asentados en Tracia occidental y Macedonia. Constantino V reforzó las defensas fronterizas en 755-56 con prisioneros de guerra armenios y sirios, capturados en la campaña de 749. El propósito de estos traslados de población fue proporcionar brazos para la defensa de la provincia y para el cultivo de las ricas tierras cerealísticas. Tras la pérdida de Egipto y del norte de Africa, Tracia se había convertido en uno de los más importantes graneros del Imperio. Estas medidas provocaron el ataque búlgaro contra los territorios bizantinos, y, como represalia, Constantino llevó a cabo nueve grandes expediciones contra los búlgaros, que finalmente consiguieron frenar su expansión. Se enfrentó también con los esclavinios, procedentes de los territorios controlados por los eslavos en los alrededores de Salónica. En 762, 208.000 refugiados eslavos

recibieron tierras en Bitinia, donde muchos eslavos habían ya encontrado refugio en el siglo anterior. Los otros traslados de poblaciones hechos por Constantino obedecieron a la necesidad de reemplazar a los muchos muertos ocasionados por la epidemia de 746-47 en Constantinopla. Los emperadores sirios tuvieron siempre gran interés en mantener la actividad económica del mercado más importante del mundo occidental. León III implantó un impuesto especial para costear la reconstrucción de las murallas y de los edificios públicos destruidos por los terremotos y las inundaciones de 740-41. Los habitantes de la capital disfrutaban de una situación privilegiada en el Imperio, que los emperadores del siglo VIII se cuidaron de preservar.

e) Constantino V y el Papado

Teniendo en cuenta las creencias personales del Emperador, era inevitable que las relaciones con el Papado se hicieran más difíciles durante su reinado. El sentimiento antibizantino de las provincias italianas debió de facilitar la toma de Rávena, capital de la Italia bizantina, por el rey lombardo Astolfo en 751. A consecuencia de esto, el Papado, que quedó completamente indefenso frente a los lombardos, se volvió hacia la única potencia cristiana capaz de defenderle: los francos. En 754, el papa Esteban II inició las negociaciones con el rey Pipino. La intromisión en Italia de la autoridad franca fue esencialmente una maniobra antibizantina, y los acontecimientos subsiguientes —la creación de los Estados Pontificios en la Italia central, justificada por medio de la falsa «Donación de Constantino»— significó el declive de la autoridad bizantina en Occidente. Las tentativas de Constantino V de llevar a cabo una alianza diplomática con los francos, fracasaron completamente.

f) La persecución durante el reinado de Constantino V

Constantino era consciente de que el único procedimiento para proclamar la iconoclastia como credo oficial de la Iglesia Oriental era la celebración de un concilio ecuménico. Pero el papa y los otros patriarcas nunca se mostrarían de acuerdo con esta doctrina y, por tanto, boicotearían un concilio convocado por el Emperador. No obstante, tras muchos preparativos a base de debates públicos y del nombramiento de iconoclastas para ocupar las sedes episcopales vacantes y las de reciente creación, Constantino convocó en el palacio de Hieria, un concilio que

solamente de nombre era ecuménico. Al haber muerto recientemente el patriarca Anastasio, Teodosio de Efeso y el mismo Constantino presidieron muchas de las sesiones, hasta que fue elegido patriarca el obispo de Silea. Durante siete meses, los 388 obispos reunidos discutieron acerca del culto a las imágenes, que condenaron basándose en cuatro puntos: las advertencias de las Escrituras sobre los peligros de la idolatría, la prohibición tajante de las imágenes esculpidas, el hecho de que las imágenes estimulaban más el respeto por las formas externas que la emulación de la vida santa y el problema cristológico de la representación. Este era, con diferencia, el argumento más importante, ya que se aceptaba universalmente que la naturaleza divina de Cristo no podía ser representada. El sumario de sus decisiones, el *Horos,* fue publicado en agosto de 754. En él se ordenaba la destrucción de todas las imágenes y se anatematizaba a los más importantes iconódulos, incluidos el antiguo patriarca Germán y Juan Damasceno, autor de varios tratados en que se justificaban las imágenes. De la misma manera que el *Horos* sirvió de base a toda la futura teoría iconoclasta, la argumentación iconódula se basaría en las teorías de Damasceno sobre el icono como símbolo y mediador.

Con el apoyo del *Horos,* Constantino procedió a la destrucción del arte religioso, que fue sustituido por representaciones simbólicas y laicas de animales, árboles y pájaros. Se emplearon con frecuencia las representaciones de la Cruz y del Emperador. Estos cambios, como es lógico, provocaron una airada reacción de los iconódulos más acérrimos, a los que Constantino intentó en vano convertir a sus creencias. Pero la oposición, centrada en los monasterios, era obstinada, y hacia 760 la persecución llegó a ser violenta. El primer mártir fue Esteban, monje del monasterio de Monte Auxencio, despedazado por la enfurecida multitud de la capital en noviembre de 765. No solamente monjes, sino también altos funcionarios de la corte y administradores provinciales, fueron ejecutados por sus creencias. En esta época fue torturado y desterrado al Ponto el padre del patriarca Nicéforo (806-815), secretario imperial. La cruzada del Emperador contra las creencias iconódulas fue imitada por Miguel Lacanodraco, gobernador del *thema* de los Tracesios, que provocó una ola de terror, confiscando todas las propiedades eclesiásticas, obligando a los monjes a contraer matrimonio bajo pena de perder la vista, y quemando finalmente cuanto podía arder. Pero la persecución fue sin duda más dura en la capital, donde el mismo patriarca Constantino fue depuesto al juzgar el Emperador demasiado frío su entusiasmo hacia la iconoclastia. Aun así, no se pudo sofocar la fuerte resistencia iconódula.

Estos hechos obligaron al papa Esteban III a convocar un sínodo que condenó la iconoclastia, pero la actitud papal hacia Bizancio estuvo influida tanto por motivos religiosos como políticos. Los francos habían terminado con el dominio lombardo en Italia y proporcionado al Papa tierras y recursos materiales. Por lo tanto, el Papa ya no necesitaba el apoyo del emperador Constantino. En tiempos de la celebración del VII Concilio Ecuménico (787), la influencia bizantina en Europa occidental había sido sustituida por la de los francos y la del papado. De esta manera, el primer movimiento iconoclasta condujo de manera inevitable a la constitución de una Iglesia occidental independiente y a la aparición del Sacro Imperio Romano, que de manera tan decisiva influirían en la consolidación de la Europa medieval.

II. *Consecuencias de la reanudación del culto a las imágenes: 775-802*

Constantino V estuvo casado dos veces, y dejó a su muerte, en 775, seis hijos. El mayor fue emperador con el nombre de León IV (775-780), pero sus cinco hermanastros minaron su autoridad y la de su hijo de corta edad, Constantino VI, coronado como co-emperador con León IV en 776. El Senado, el ejército, las corporaciones de comerciantes y los ciudadanos de Constantinopla aceptaron a Constantino como heredero y prestaron un juramento público de fidelidad a la sucesión de León dentro de la dinastía siria. Pero las pretensiones de los hijos desheredados de Constantino V continuaron siendo un foco continuo de oposición a la mujer de León, Irene, y a su hijo, Constantino VI.

Aunque carecía de la energía de su padre, León IV continuó su misma política iconoclasta, si bien de manera menos violenta. No se abolió ninguna de las leyes contra el culto a las imágenes, pero cesó la persecución y tortura de los iconódulos. Los monjes, posiblemente protegidos por la emperatriz Irene, pudieron volver a la capital. La poca disposición de León IV hacia la persecución impidió que se castigara la idolatría pública; cinco funcionarios de palacio fueron azotados por adorar imágenes, y el patriarca Pablo fue obligado a prestar el habitual juramento contra las imágenes. Durante el reinado de León, se nombraron por primera vez monjes para los obispados, medida que fortalecería el control imperial sobre la Iglesia.

Las dotes militares de León IV no eran desdeñables; hizo frente victoriosamente a dos invasiones árabes en Asia Menor:

una en Germanicia (778) y otra en la región armenia (780). En la frontera del norte se mantuvo la paz gracias al tratado impuesto a los búlgaros en 773. La política siria de traslado de poblaciones prosiguió con el asentamiento de prisioneros de guerra árabes en Tracia.

Al morir repentinamente León IV en septiembre de 780, contaba treinta años de edad y su hijo Constantino VI sólo diez. Los tíos del Emperador-niño intentaron aprovecharse de la situación, pero se lo impidió la emperatriz Irene, que había sido nombrada regente y co-emperatriz a un tiempo. Aplastó con firmeza una rebelión en favor del mayor de los hermanos de León, Nicéforo, y les obligó a todos a ordenarse sacerdotes. Esta medida no impidió que entre 792 y 798 los cinco hijos desheredados de Constantino V intentasen hacerse con el poder, pero estos intentos fracasaron también. Una vez asegurada su posición, Irene emprendió la restauración de las imágenes. Para este fin contó con la ayuda de un partido iconódulo constituido en torno al patriarca Pablo y de unos pocos funcionarios. Tuvieron que hacer frente a la oposición de casi todos los gobernadores provinciales y de toda la jerarquía eclesiástica, así como de la población de Constantinopla. No obstante, a pesar de las dificultades y peligros de la situación y de su inexperiencia, Irene perseveró en su propósito de revocar toda la tradición de gobierno de la dinastía siria, llegando a ser la única mujer que gobernó en calidad de Emperatriz sobre el Imperio bizantino.

a) Los partidos: iconoclastas e iconódulos

Una de las cuestiones más debatidas del período iconoclasta es la de los orígenes y la composición de los dos partidos. Ni tenían una masa de seguidores completamente definida, ni tampoco representaban a grupos claros dentro de la sociedad bizantina. Así por ejemplo, la población de la capital, que en 726 se mostró profundamente iconódula, en 813 acogió con entusiasmo las radicales creencias iconoclastas de Constantino V. De igual modo oscilaron las creencias, y con ello las posiciones político-religiosas, de dignatarios eclesiásticos, funcionarios civiles y gobernadores militares. Durante mucho tiempo se ha supuesto que, al ser Irene natural de Atenas, centro de la revuelta de los *helladikoi* en 727, toda Grecia era profundamente iconódula. Recíprocamente, al proceder los emperadores sirios y otros emperadores iconoclastas de la parte oriental del Imperio, se ha supuesto

que ésta era completamente iconoclasta. Esta división entre este y oeste, que tiene indudables raíces en diferencias históricas y geográficas, se ha empleado incluso para explicar el comportamiento de los soldados provinciales: mientras que las tropas asiáticas fueron siempre iconoclastas, las europeas fueron iconódulas. Pero un análisis detallado del papel desempeñado por el ejército bizantino ha demostrado que no era exactamente así, y que soldados procedentes de la parte oriental pudieron apoyar a veces a un jefe partidario de las imágenes, como ocurrió en 742. En esta revuelta los soldados de los *themas* de Opsicio y Armenia ayudaron al iconódulo Artabasdo en su intento de restablecer las imágenes, mientras que los de Anatolia y Tracia apoyaron a Constantino V. Las tropas provinciales cambiaron a menudo de bando a lo largo del conflicto, pues no eran partidarios absolutos de ninguna política y sus creencias religiosas no debieron de constituir el factor decisivo.

Por ello, la explicación de la división entre oeste y este en la formación de los dos partidos, no resulta satisfactoria para el período iconoclasta en su conjunto. Es más verosímil que el apoyo prestado a los emperadores iconoclastas se debiera a razones políticas más profundas: allí donde existía una amenaza de invasión, la población se mostró más dispuesta a apoyar la política iconoclasta. En Tracia y en Capadocia, los jefes militares debieron de ser iconoclastas. Fue la necesidad de defensa frente a los ataques árabes y búlgaros lo que originó la política que se asociaría más tarde con la iconoclastia. Y al ser las regiones asiáticas las que estuvieron amenazadas en el siglo VIII, debió de ser el odio de las tropas anatolias y armenias hacia los iconos el que ejerció una influencia decisiva. Las regiones donde eran frecuentes las prácticas judía y musulmana, así como ciertas herejías, tendieron a mostrar menor entusiasmo hacia la veneración de las imágenes. Es indudable que los soldados de la región anatolia fueron siempre iconoclastas. Por el contrario, las provincias bizantinas de la Península Balcánica, que no habían podido resistir a las invasiones eslavas, desempeñaron un papel relativamente poco importante en la defensa del Imperio. Los habitantes de Grecia no corrían un peligro alarmante y podían reaccionar airadamente contra la orden de abandonar la adoración de sus imágenes. Pero nada demuestra que estuvieran tradicionalmente más apegados a este culto que cualquier otra parte del Imperio. En resumen, la formación de los dos partidos, iconoclasta e iconódulo, se debió probablemente más a las presiones externas que a las cuestiones puramente religiosas.

b) El Séptimo Concilio Ecuménico de 787

La decisión de Irene de restablecer el culto a las imágenes significaba que su política estaba dominada por el propósito de reconciliarse con Occidente. Los bizantinos tuvieron que admitir que el poder franco había reemplazado, ya hacia 780, su propia influencia en la Italia central y que el papa Adriano I dependía completamente de Carlomagno para su protección material. No obstante, Irene quiso volver a ejercer la mayor influencia posible, tanto en Aquisgrán como en Roma. Una embajada enviada a la corte franca propuso la alianza matrimonial del joven Constantino VI con Rotruda, hija de Carlomagno. La maniobra siguiente, como en cualquier intento de cambiar la doctrina oficial, fue la elección de un patriarca partidario de las imágenes. Pablo fue obligado a dimitir y para sustituirle, Irene designó a Tarasio, que había desempeñado anteriormente el cargo de secretario imperial. En 784, por orden suya, los habitantes de la capital aprobaron la elección. Sin embargo, el Papa puso serios reparos a la elección de Tarasio, ya que era contrario a los cánones el que un laico fuese nombrado patriarca. Pero Roma y los demás patriarcados vieron con buenos ojos la perspectiva del restablecimiento de las imágenes.

En 786 se convocó un concilio ecuménico, que habría de celebrarse en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla. Se debieron de tomar medidas para garantizar la iconodulia del episcopado, pero un fuerte contingente de soldados iconoclastas de la capital irrumpió en la iglesia durante la celebración de la ceremonia de apertura y dispersó el concilio. La responsabilidad de este hecho recayó particularmente en las tropas profesionales de la guarnición, las *tagmata*, por lo que fueron trasladadas a Asia con el pretexto de una ofensiva árabe, y sustituidas por tropas de confianza de Tracia. Con esta nueva protección, el concilio se volvió a reunir en septiembre de 787, no en la capital, sino en Nicea. Los 350 obispos, monjes y representantes del Papa y de los patriarcas, se pusieron rápidamente de acuerdo sobre la restauración del culto a las imágenes y la condenación de la iconoclastia, pero hubo importantes discusiones acerca de los iconoclastas arrepentidos que quisiesen unirse de nuevo a la Iglesia. Surgieron dos puntos de vista contrarios: el de los partidarios de la moderación y el compromiso y el partido monástico, fanáticamente anti-herético. Aunque no pudo llevar a cabo la exclusión de los antiguos iconoclastas, este partido, dirigido por Platón de Sacudio y su sobrino, Teodoro de Estudio, iba a ocasionar más adelante serias

divisiones en el seno de la Iglesia por su rigurosa aplicación del derecho canónico.

La política religiosa de Irene había, por tanto, triunfado, pero ello no provocó en Occidente el efecto deseado. Ambas Iglesias seguían sintiendo una gran desconfianza mutua. En 794, a instancias de Carlomagno, un sínodo de la Iglesia occidental condenó el VII Concilio Ecuménico. Esta tensa situación debió de agravarse aún más con la ruptura por parte de Irene del compromiso entre Rotruda y su hijo, obligado a casarse con una princesa armenia en 788. Estas tensiones quedaron políticamente patentes con la coronación imperial de Carlomagno el día de Navidad del año 800.

El concilio de 787 había restablecido oficialmente el culto a las imágenes, pero en la práctica, el partido iconoclasta no fue inmediatamente abolido. Por supuesto Irene designó como ministros a partidiarios de sus ideas, entre los que destacaron los dos eunucos Aecio y Estauracio, que gozaron de una posición destacada en los asuntos administrativos y militares y evitaron en realidad la participación de Constantino VI en el gobierno. Como consecuencia de ello, las relaciones entre los dos co-emperadores empeoraron cada vez más desde 788. Era inevitable la formación de un partido de oposición a Irene en torno a Constantino, del que formaban parte los iconoclastas que aún quedaban. Cuando Irene intentó obligar al ejército a reconocerla como único Emperador y desheredar a Constantino, las tropas armenias e iconoclastas, proclamaron a Constantino emperador único. Este obligó a su madre a retirarse al palacio de Eleuterio, y Miguel Lacanodraco, el odiado gobernador del *thema* de los tracesios en tiempos de Constantino V, se convirtió en su principal consejero.

c) Constantino VI: 790-797

Como Emperador, Constantino sólo pudo gobernar dos años. Luego fue convencido para autorizar a su madre a recuperar su condición de co-emperador. Esta medida fue mal vista por los iconoclastas, que, una vez más, se volvieron hacia su tío Nicéforo, el mayor de los cinco hijos de Constantino V. Pero el Emperador aplastó la revuelta y desterró a Atenas a todos sus tíos. También castigó a Alejo Mosele, jefe de las tropas armenias que le habían ayudado en 790, y este injusto acto le hizo perder a su aliado más importante. Más tarde provocó un gran escándalo al anunciar el divorcio de su mujer y su matrimonio con una sirvienta de palacio, Teodata. Esto abrió una nueva división entre los eclesiásticos. Al amenazar Constantino al patriarca Tarasio con el

restablecimiento de la iconoclastia, éste accedió a la celebración del matrimonio que se llevó a cabo con gran pompa y esplendor. Pero la cuestión del «adulterio» (*moicheian*) hizo perder al Emperador el apoyo de la Iglesia.

En 797, el Emperador había ya perdido todos sus aliados: los iconoclastas, el ejército y la Iglesia. Era absolutamente impotente para hacer frente a su madre, decidida a terminar con él como Emperador. Después de una campaña, aparentemente desfavorable, contra los árabes, decayó también su apoyo popular. El 15 de agosto de 797 fue cegado por orden de su madre y confinado, con Teodata, en un remoto palacio. Irene se convirtió en gobernante única del Imperio.

d) El reinado de Irene: 797-802

Si los primeros diez años de gobierno de Irene como regente fueron testigos de su preocupación por los problemas religiosos, sus cinco años de gobierno personal fueron una prueba mucho más dura para sus dotes. En una época en que los emperadores dirigían habitualmente a sus tropas en las batallas, era difícil que una mujer impusiera su condición de emperador. No obstante, dominó la situación notablemente bien. Los generales Estauracio y Aecio controlaron alternativamente la administración central y la rivalidad entre ellos hubiera provocado la guerra abierta en el año 800 de no haber sido por la oportuna muerte de Estauracio. Esto tampoco solventó el problema de la inseguridad que producía la cuestión sucesoria. El papa León III se sirvió del pretexto de que el Imperio estaba en manos de una mujer para coronar Emperador a Carlomagno, pero es indudable que la verdadera razón de esta coronación imperial era que trataba de consolidar la autoridad del rey franco.

A pesar de que la política iconódula de Irene fue en general bien acogida, se vio obligada a comprar el apoyo de los iconoclastas, predominantes en la capital, mediante remisiones de impuestos. Fueron cancelados los impuestos de la ciudad *(phoroi politikoi),* que pesaban sobre los habitantes de Constantinopla, algunos derechos de exportación e importación, que se pagaban a las aduanas bizantinas, y algunos impuestos monásticos. Al mismo tiempo, aumentaron los gastos. Irene levantó el palacio de Eleuterio, encargó un mosaico de Cristo para la puerta de Calcis en sustitución del que mandara destruir León III, y fundó monasterios e iglesias con decoraciones iconódulas. Durante su reinado, los monjes de Estudio consiguieron, por primera vez, ejercer su influencia en la capital y en la Corte. Todo esto, unido a la

mala situación económica, produjo un gran resentimiento entre los funcionarios y administradores de la Corte, que promovieron un golpe de estado en octubre de 802 y alejaron del poder a la Emperatriz usurpadora.

La crisis interna fue la chispa que hizo saltar la revolución que llevó al poder a Nicéforo I. Pero la crisis externa del Imperio no era menor. Desde 780, el poderoso aparato militar de Constantino V y León IV se había visto progresivamente debilitado por el ejército árabe, a las órdenes del gran Hārūn al-Rasīd. En 782, éste consiguió infligirle una derrota que tuvo como consecuencia el pago de un tributo al califa durante tres años. Algunas campañas posteriores tampoco tuvieron éxito, y después de la última de ellas, en 798, el Imperio tuvo que pagar de nuevo tributos de guerra. En las provincias europeas, sin embargo, Estauracio dirigió una importante campaña en 783 que sometió a los eslavos y penetró hasta el mismo Peleponeso. Irene celebró esta victoria con un triunfo en el Hipódromo y marchó hasta la misma Berea para observar los resultados de la pacificación. Entre esta fecha y el 800 aproximadamente se implantó la administración provincial en las zonas de Macedonia y del Peleponeso. Es probable que la iglesia de Santa Sofía de Salónica, uno de los pocos monumentos iconódulos que quedan, fuese construida en esta época. A pesar de que Constantino VI demostró, en parte, si no el talento sí el valor de su abuelo, y gozó del respeto de sus tropas, sufrió una derrota humillante a manos de los búlgaros en 792. Tanto Constantino como más tarde Irene, se vieron obligados a reconocer la superioridad de los ejércitos búlgaro y árabe y a comprar la paz a un precio muy alto.

III. *Consecuencias de la supremacía búlgara en los Balcanes: 802-813*

El golpe de estado de 802 encontró poca oposición. Aunque Nicéforo era ya anciano y no era militar, fue considerado un Emperador capaz de dirigir las tropas. Sus opiniones religiosas bastaron para que Tarasio le coronase Emperador en Santa Sofía. Y su experiencia en las finanzas como jefe de la administración imperial (*genikos logothetes*) significaba sin duda una garantía para un Imperio empobrecido por los pesados tributos, por los impuestos no recaudados y por el gasto excesivo de los monumentos imperiales y de la Corte.

Nicéforo I ha sido desfavorablemente juzgado a causa de las noticias conservadas de su reinado, todas iconódulas, por haberse negado a que las cuestiones religiosas dominasen la política es-

tatal. Intentó llevar a cabo una reforma económica coherente a expensas de algunos elementos ortodoxos, principalmente los monasterios.

Una vez desterrada Irene a la isla de los Príncipes, el primer objetivo de Nicéforo fue convertir a su familia en dinastía reinante. En julio de 803, Bardanio Turco, gobernador del tema de Anatolia, encabezó una revuelta que fue apoyada por todas las tropas imperiales a excepción de las armenias. La rebelión fue sofocada y Bardanio cegado, y en el mes de diciembre, Estauracio, hijo único de Nicéforo, fue coronado co-emperador. Sin duda hubiera llegado a ser Emperador de no haber sido por su muerte prematura en 811.

a) Reformas militares de Nicéforo

Al negarse Nicéforo a cumplir el humillante tratado firmado en 798 entre Irene y Hārūn al-Rasīd, se hizo inevitable la presencia de las tropas del califa en territorio bizantino. Por el mismo tiempo, el jan búlgaro Krum hacía evidentes preparativos para atacar la frontera norte del Imperio. Nicéforo, ante la posibilidad de dos ataques simultáneos en dos frentes distantes, tuvo que buscar recursos para la defensa. Las reformas militares de Nicéforo han de analizarse en la óptica de esta doble amenaza.

La principal fuerza defensiva del Imperio estaba constituida por las unidades provinciales *(themas),* mandadas por los gobernadores provinciales *(strategoi),* reclutadas y adiestradas sobre la marcha. Estos soldados solían ser más leales a sus generales que al emperador, como se había comprobado en 803, en que Bardanio fue apoyado por las tropas de todos los contingentes asiáticos. Tenían que sufragar su equipo y alimentar a sus familias con las concesiones de tierra que recibían por valor de 4 libras de oro (288 *nomismata*), pero había una gran diversidad entre las tropas de cada región. Para hacer frente a las tropas provinciales de Bardanio, Nicéforo contó con las tropas de la guarnición (*tagmata*) de Constantinopla, compuestas por soldados profesionales dignos de confianza. Originariamente había tres *tagmata:* los *scholae,* los *excubitores* y la *vigla* o *arithmos.* Un cuarto, los *hikanati,* fue creado por Nicéforo. Juntamente con las tropas especiales de la guardia imperial, formaron el verdadero núcleo del ejército bizantino.

Para aumentar el número de sus fuerzas armadas, Nicéforo recurrió a los métodos habituales de leva, con la innovación de que aquellos que eran demasiado pobres para pagar sus impues-

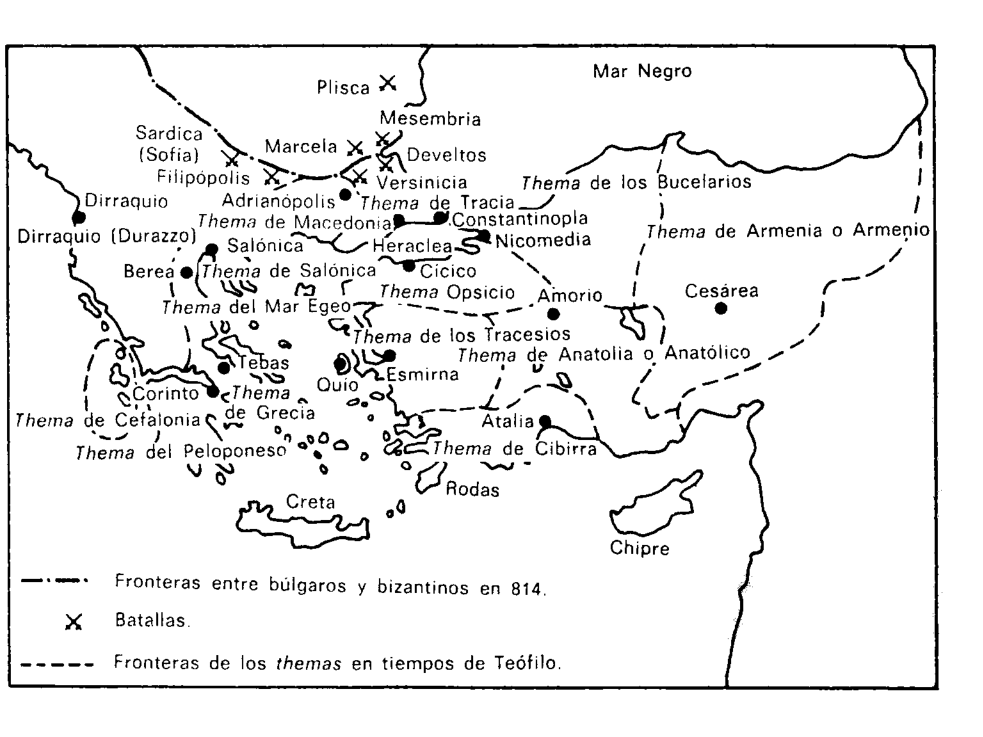
tos debían alistarse y sus vecinos deberían no sólo pagar estos impuestos, sino también una suma de 18 1/2 *nomismata* por cada soldado pobre. Esto significaba una vigorosa afirmación del principio de responsabilidad colectiva ante el impuesto, sobre el que se basaban todas las comunidades municipales en el Imperio bizantino. Evidentemente, Nicéforo esperaba incrementar el número de soldados sin hacerles la concesión de tierra habitual, pero no es dudoso que los 18 1/2 *nomismata* bastasen para el sostenimiento de un soldado y su familia, aunque era una suma considerable para sus vecinos. Se desconocen los resultados de esta política, aunque si los soldados pobres que lucharon en la campaña de 811 constituían las nuevas fuerzas, no se puede decir que constituyese un gran éxito.

Probablemente se debió a Nicéforo la creación de varias administraciones provinciales nuevas encaminadas a consolidar el control bizantino en la Península Balcánica. En la Grecia occidental, las islas Jónicas formaron el *thema* de Cefalonia, principalmente provincia marítima, que entró en acción por primera vez frente a Pipino, hijo de Carlomagno, en 809. El control imperial sobre la Grecia del sur se reforzó tras la derrota de una revuelta eslava en 805. La ciudad de Patras, que había resistido con éxito a un ejército mixto árabe y eslavo, fue elevada a la condición de metropolitana y sus iglesias fueron reedificadas. Igualmente, las zonas de Salónica y Dirraquio pasaron a estar bajo un control bizantino más estricto, aunque la estructura administrativa oficial no se debió de imponer hasta el siglo IX.

b) Política exterior

En 806, Hārūn al-Rašīd avanzó hasta Tiana, apoderándose de muchas fortalezas fronterizas, y envió un gran contingente hasta Ankara. Nicéforo se vio obligado a pedir la paz. Los términos del tratado fueron, si cabe, aún más humillantes que los acordados por Irene, pero el Emperador no tuvo más opción que pagar anualmente 30.000 *nomismata,* además de un rescate personal por sí mismo y Estauracio. Algo más de éxito tuvo en sus negociaciones con Carlomagno. Nicéforo estaba resuelto a no reconocer las pretensiones francas al título imperial y al mismo tiempo a defender la zona de influencia bizantina en las lagunas del Adriático norte (Venecia, Istria, Liburnia y Dalmacia), amenazadas por la presión de Pipino. Esta salida bizantina hacia Europa occidental era más vital tras la pérdida de Rávena en 751. Por ello, los embajadores de Carlomagno volvieron a Aquisgrán

Fig. 4. *Las campañas del período 790-814 y la situación de los* themas *en tiempos de Teófilo.*



Mar Negro
Plisca
Mesembria
Sardica
(Sofia)
Marcela
Develtos
Filipópolis
Versinicia
Dirraquio
Adrianópolis
Thema de Tracia
Thema de los Bucelarios
Thema de Macedonia
Constantinopla
Dirraquio (Durazzo)
Salónica
Heraclea
Nicomedia
Thema de Armenia o Armenio
Berea
Thema de Salónica
Cícico
Thema Opsicio
Amorio
Cesárea
Thema del Mar Egeo
Thema de los Tracesios
Thema de Anatolia o Anatólico
Tebas
Esmirna
Quío
Corinto
Thema de Grecia
Thema de Cefalonia
Atalia
Thema del Peloponeso
Thema de Cibirra
Rodas
Creta
Chipre
Fronteras entre búlgaros y bizantinos en 814.
Batallas.
Fronteras de los *themas* en tiempos de Teófilo.

sin conseguir nada positivo y una flota bizantina en el Adriático consiguió imponer una tregua. Pero este arreglo duró solamente hasta 809, en que Pipino conquistó Venecia y la costa dálmata. La negociación entre bizantinos y francos se aplazó por la muerte primero de Pipino (julio de 810) y luego del propio Nicéforo un año más tarde, siendo finalmente Miguel I el que firmó la paz con Occidente. Reconociendo las pretensiones imperiales de Carlomagno, Miguel I dio la espalda a la política de Nicéforo.

Tras la muerte del califa Hārum al-Rašīd en 809 las disensiones internas impidieron llevar a cabo otras acciones militares contra el Imperio, lo que debió de ser un respiro para Nicéforo, pues ya en 807 los búlgaros habían comenzado a atacar. En este año llevaron a cabo un terrible ataque en la región de Estrimón, apoderándose de todo el dinero destinado a la paga de las tropas. Dos años más tarde se dispusieron a penetrar por la frontera del norte, sitiando Sardica (Sofía), una de las fortalezas clave. Inmediatamente, Nicéforo partió hacia Plisca, capital de los búlgaros, donde, en represalia, incendió el palacio del jan Krum. Pero se dio cuenta de que los búlgaros podían llegar a ser un enemigo extremadamente peligroso, por lo que decidió trasladar tropas bizantinas de refuerzo a las zonas más vulnerables de la frontera. La región de los esclavinios fue colonizada por habitantes de los cinco *themas* orientales entre septiembre de 809 y la Pascua de 810, al modo bizantino tradicional: los colonos recibieron lotes de tierras y a cambio tenían que prestar servicio militar, del mismo modo que los soldados provinciales. Con esto se garantizaba tanto la defensa local como el cultivo de la tierra. Pero, en esta ocasión, el sistema no resultó eficaz, pues los colonos descontentos huyeron al primer ataque búlgaro. Sin embargo, la campaña de 811 se concibió para derrotar a los búlgaros de manera definitiva. Ante la presencia del impresionante ejército de Nicéforo, Krum pidió la paz, pero el Emperador continuó hasta Plisca, que fue de nuevo saqueada. En lugar de retirarse entonces con todo el botín y el tesoro del jan, los bizantinos cayeron en una emboscada en las regiones montañosas. En la gran matanza que se produjo, no sólo murió el Emperador, sino también numerosos patricios y generales. Sólo Estauracio consiguió escapar, junto con un grupo de dignatarios y lo que había quedado del gran ejército. Esta derrota influyó en la evolución de las relaciones entre bizantinos y búlgaros a lo largo del siglo IX, pero no fue suficiente para contrarrestar los éxitos de Nicéforo en la reorganización de los recursos militares, navales y financieros. Estas reformas básicas sirvieron luego de plataforma a las victorias posteriores.

c) La administración de las finanzas

El rasgo más destacado del gobierno de Nicéforo radica en su capacidad para financiar sus reformas. Empleó toda su habilidad y experiencia como jefe de la administración imperial para llevar a cabo una revisión general de todo el sistema fiscal bizantino. Comenzó su política de restricciones aboliendo las liberalidades de Irene. Volvieron a implantarse los impuestos sobre la importación de esclavos de la aduana de Abidos, al igual que los *phoroi politikoi* pagados por los habitantes de la capital. Se cancelaron todas las exenciones y remisiones impositivas decretadas por Irene. Luego, Nicéforo se lanzó a una revisión ambiciosa y de gran alcance de toda la administración financiera del Imperio. Se fijó la capacidad impositiva de los hombres libres según sus tierras y propiedades, y la cantidad calculada fue registrada tanto en los catastros del registro central como en los provinciales. Estas listas constituían la base de todo el sistema y su exactitud era de la máxima importancia. En tiempo de Nicéforo se llevó a cabo una completa revisión de todos los catastros, de modo que los impuestos pudieran ser calculados y recaudados de la manera más eficaz. Se impuso una tasa suplementaria para cubrir los gastos de esta operación. Más tarde, todos los impuestos fueron elevados de modo uniforme.

Al mismo tiempo, se abolieron todas las exenciones de impuestos públicos de los monasterios. Esta medida provocó una gran protesta por parte de los monasterios y sus simpatizantes, ya que durante muchos años estas instituciones no habían pagado la mayor parte de sus impuestos. Nicéforo decretó que pagasen el *kapnikon* (impuesto por hogar) sobre todas sus propiedades y que este pago fuese retrotraído al primer año de su reinado. Las propiedades monásticas, que se habían visto incrementadas durante los siglos VI y VII gracias a las numerosas donaciones y legados, se vieron así reducidas mediante la expropiación pública. Los administradores imperiales registraron entre los fundos imperiales *(basilike kouratoria)* las mejores tierras de los ricos monasterios, pero éstos siguieron siendo responsables de los impuestos que estas tierras pagaban. En mayo de 811 el *genikos logothetes* recibió la orden de recaudar todos los impuestos públicos debidos por las instituciones monásticas y eclesiásticas, también retrotraídos a 802. Mediante estos procedimientos, Nicéforo debió de obtener grandes sumas de dinero, ya que la Iglesia había disfrutado de una situación privilegiada desde 780.

No fueron los eclesiásticos los únicos perjudicados con las reformas de Nicéforo. Se dieron instrucciones a los gobernadores provinciales de hacer una relación de todas las personas reciente-

mente enriquecidas, a quienes se gravó con impuestos por exceso de riqueza. De igual manera, un fabricante de velas que había amasado una fortuna de 100 libras de oro en el mercado de Constantinopla, fue desposeído de su fortuna por el mismo Emperador en persona. Nicéforo le permitió conservar solamente 100 *nomismata*. Las herencias habían siempre estado gravadas por impuestos en el Imperio bizantino, pero ahora éstos se hicieron extensivos a las donaciones y los legados. Sobre las prósperas poblaciones navegantes de las costas de Asia Menor, volvió a pesar un antiguo impuesto resucitado por Nicéforo, la liturgia *(litourgia)* romana que tenía como objetivo mantener la tierra cultivada. De esta manera, los habitantes más prósperos se vieron obligados a comprar al Estado, a precios fijos, las tierras abandonadas por los campesinos más pobres. Se introdujo en el sistema fiscal bizantino el principio de que los miembros más ricos de la sociedad asumieran las responsabilidades de los menos favorecidos. Nicéforo también consiguió dinero de los acomodados mercaderes y capitales de barcos de Constantinopla, obligándoles a recibir empréstitos de 12 libras de oro. Esta puede parecer una medida extraña en un gobierno empobrecido, pero frente al pago de 12 libras (864 *nomismata*) el Estado obtenía tres ventajas: en primer lugar, los altos tipos de interés, del 16,6 %, producían unos ingresos fijos; en segundo lugar, al estar prohibido el préstamo de dinero a interés, el Estado se constituía en la única fuente de préstamos, y en tercer lugar, con estos empréstitos tan grandes la población mercantil de la capital podía ampliar sus actividades comerciales.

Estas medidas son profundamente reveladoras, no sólo de la administración de Nicéforo, sino también de la vida diaria en el Imperio bizantino. Solamente aparecen recogidas por una crónica iconódula, que las incluye entre algunas, aunque ni mucho menos todas, las malas acciones de Nicéforo. Por ello la fuente es incompleta y francamente parcial. Pero se puede utilizar, si tenemos en cuenta esta animosidad del cronista hacia el Emperador que había obligado a Irene a abdicar, así como su oposición al ataque contra la propiedad privada y a la intromisión de los funcionarios imperiales en las instituciones privadas, puntos que tipifica el intento de Nicéforo de llevar a cabo una revisión de la administración financiera. Estas medidas, encaminadas a fortalecer la maquinaria estatal a expensas de las organizaciones individuales y privadas, vinieron a ser una «nacionalización» de los recursos destinada a financiar la reactivación de la maquinaria administrativa y militar.

Las «nefastas acciones» de Nicéforo de que nos habla la crónica revelan cuatro interesantes aspectos del Imperio bizantino a

comienzos del siglo IX. En primer lugar, que las comunidades aldeanas de hombres libres estaban constituidas sobre la base de la responsabilidad colectiva ante el impuesto. La aldea constituía una unidad fiscal. La suma total de los impuestos a pagar por cada aldea correspondía a las tierras y a la capitación personal, que se recaudaban conjuntamente como garantía de que la tierra no quedaría sin el trabajo necesario para su cultivo, y a la inversa. Cada habitante era responsable, no sólo de su contribución personal dentro del total a pagar, sino también de la de sus vecinos. De esta manera, los más pobres se veían socorridos por los ricos, y si en algún momento la tierra era abandonada, la comunidad la arrendaba a quien estuviera en condiciones de cultivarla y de pagar el impuesto debido. Sin esta tradición de organización de las comunidades aldeanas no hubiera sido posible el sistema de Nicéforo de alistar a los más pobres en el ejército.

En segundo lugar, el alistamiento y asentamiento de soldados en las diferentes partes del Imperio nos da una idea del sistema bizantino de reclutamiento de los ejércitos provinciales. Normalmente, cada nuevo soldado alistado se inscribía en el catálogo militar y recibía una concesión de tierra por valor de 4 libras de oro. Con ello se suponía que podría cubrir los gastos de su propio equipo militar. Al obligar Nicéforo a alistarse a los pobres, lo que hacía era tratar de reclutar soldados a bajo precio, pues 18 1/2 *nomismata* bastaban para alimentar a toda la familia, pero indudablemente no para cubrir además el coste de su equipo. No obstante, la política de asentar gente procedente de las regiones orientales en las zonas amenazadas por los ataques búlgaros muestra que ambos aspectos de la vida rural —la organización de las comunidades aldeanas y los asentamientos del ejército— tenían bases sólidas. Estas dos instituciones evolucionaron durante un largo período y probablemente son anteriores en varios siglos al reinado de Nicéforo. Cada gobierno provincial tenía que confeccionar el catastro de todos los pueblos y el registro militar de todos sus soldados y de sus lotes de tierra. Hacia 810 ambos sistemas de organización rural estaban firmemente arraigados y podían hacerse extensivos sin dificultad a los *themas* recién creados.

El tercer aspecto de la vida bizantina se refiere a la profusión de tierras y riquezas de la Iglesia. A pesar de la persecución de 730-755, todos los sectores de la Iglesia habían mejorado su situación, especialmente bajo la protección de Irene. Los monasterios recibían enormes riquezas en forma de donaciones de familias acomodadas. Teoctiste, madre de Teodoro de Estudio, mujer profundamente religiosa, convenció a su esposo, a sus hermanos y a todos sus hijos de que abandonaran la vida mundana.

Sus bienes se vendieron y repartieron entre los sirvientes y los pobres, y los diferentes miembros de la familia se dispersaron, llevando cada uno a sus diferentes monasterios el oro y la plata sobrantes. Nos consta que esta gran demostración de piedad produjo un profundo impacto en otras ricas familias de Constantinopla. Muchas personas devotas dotaban un monasterio, al que terminaban por retirarse. Nicéforo consiguió el pago de numerosos impuestos, retrotraído a 802, de todas las instituciones eclesiásticas, incluídas las fundaciones filantrópicas, tales como albergues para extranjeros, asilos y orfanatos.

En cuarto lugar, la lista de las «obras nefastas» de Nicéforo refleja la situación de las clases mercantiles de la capital y añade datos al escaso conocimiento que se tiene sobre este sector de la sociedad. Está claro que tanto los mercaderes como los capitanes, que a veces eran también constructores de buques, eran lo suficientemente ricos para hacer frente a un empréstito de 12 libras de oro a un tipo de interés cuatro veces superior al normal. Del mismo modo, los habitantes de las zonas costeras estaban obligados a comprar las tierras abandonadas. Sin duda, tenían también intereses en algún tipo de comercio marítimo, que había sido siempre en el Imperio bizantino una gran fuente de riqueza. Es evidente que algunos sectores de la población de la capital vivían con gran lujo, pues de otra manera Nicéforo no hubiera reimplantado los *phoroi politikoi* y el impuesto sobre importación de esclavos.

A pesar de que Constantinopla era el mercado más importante de Europa en esta época, no parece que la actividad exterior de mercaderes bizantinos fuera grande. Su papel principal era servir de intermediarios en el transporte de los productos del Norte y del Este hacia Occidente y a la inversa. Las rutas comerciales con Rusia y Escandinavia servían para transportar ámbar, pieles, esclavos y trigo a Querson, donde los bizantinos lo recogían. Igualmente, la seda, las especias y los perfumes de la India y del Lejano Oriente llegaban a Trebisonda, puerto del Mar Negro, pasando por Persia o por el janato jázaro. La navegación bizantina en el mar Negro se intensificó cuando los piratas árabes hicieron peligroso el comercio en el Mediterráneo oriental e incluso en el Egeo. Constantinopla era un polo de atracción para los mercaderes de todas las nacionalidades y, en conjunto, los bizantinos se contentaban con dejarles desembarcar y comprar. Por el contrario, la distribución interna de los productos estaba organizada por los propios bizantinos, que se servían de su estado-vasallo, Venecia, como enclave del Imperio en Occidente. A través de Venecia pasaban a Europa Occidental las sedas bizantinas y demás productos de lujo.

d) Nicéforo y la Iglesia

Aunque el cronista ya citado se refiera a la perversidad del Emperador, nada demuestra que Nicéforo se viera implicado en la controversia inconoclasta. Solamente le preocupaba la posición social de la Iglesia. Su insistencia en intentar someter al control imperial las jerarquías de las órdenes religiosas le enfrentó con los principales personajes iconódulos. Esto se hizo patente en 806, a la muerte del patriarca Tarasio. El candidato del Emperador para el puesto vacante era un devoto seglar también llamado Nicéforo, que había abandonado su puesto en la administración imperial para dedicarse a la vida contemplativa. Su padre había sufrido torturas en tiempos de Constantino V a causa de sus creencias iconódulas, que él también compartía. Este nombramiento irritó a los monjes estuditas. Pero Nicéforo ocupó el patriarcado y el Emperador desterró a los monjes que se negaron a reconocerle. Esta rápida promoción del patriarca Nicéforo determinó, hasta cierto punto, las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El Emperador intentó gobernar la Iglesia, por medio del Patriarca, de la misma manera que gobernaba el Imperio. Así, a causa de los desacuerdos políticos con Carlomagno, no autorizó al patriarca Nicéforo a comunicar su nombramiento al Papa hasta 811. Debido a la insistencia del Emperador, fueron readmitidos en el seno de la Iglesia los sacerdotes que habían llevado a cabo el matrimonio «adúltero» *(moicheian)* de Constantino VI y Teodata. Igualmente, la decisión del Emperador de disolver el monasterio de Estudio y desterrar a sus monjes fue provocado por la desobediencia civil de éstos, aunque ellos lo consideraron sin duda una persecución religiosa.

Toda la acción del gobierno de Nicóforo se basó en unas ideas de carácter político: la necesidad de defender al Imperio frente a sus enemigos y de dar solución a sus problemas económicos. La mejor manera de conseguir ambos objetivos era la consolidación de un control imperial centralizado y la afirmación de la autoridad omnímoda del Emperador, métodos iniciados ya por León III y Constantino V. La consecuencia de esta política fue la mejora del aparato defensivo del Imperio y su preparación para una prolongada lucha contra los búlgaros. Como demuestran las acusaciones que lanza la crónica contra Nicéforo, estas medidas le hicieron muy impopular. Esta misma reacción debió de ser la causa de los varios motines que debilitaron al ejército bizantino. Su gobierno no significó ninguna solución para el problema religioso, agudizado incluso por el nombramiento del patriarca Nicéforo. Durante este período se ahondó el foso existente entre los dos bandos dentro del partido ico-

nódulo, que en 787 habían recibido la denominación de zelotas (intransigentes) y políticos (partidarios de un compromiso). El grupo zelota, dispersado en el exilio, se vio fortalecido merced a la indiscutible jefatura de Teodoro de Estudio. Las diferencias de éste con el patriarca Nicéforo se hicieron tan profundas que llegó a debilitarse la oposición iconódula frente a la reacción iconoclasta. No obstante, la dinastía del *genikos logothetes* pudo haber gobernado bien y por largo tiempo; había elegido las opciones políticas correctas y disfrutado de la autoridad suficiente para imponerlas. Los años que siguieron a la derrota ante los búlgaros de 811, iban a hacer patente la conveniencia de llegar a una estabilidad dinástica.

Tras la derrota y muerte de Nicéforo, el ejército bizantino se fue poco a poco congregando, en el estado precario en que se hallaba, en Adrianópolis. La impresión de una derrota de tal calibre —ningún emperador había muerto a manos de paganos desde 378— causó un hondo impacto en las tropas. Los pocos patricios que habían escapado a la matanza proclamaron Emperador a Estauracio, pero tenía graves heridas a las que quizá no sobreviviera. Por tanto, esta proclamación no terminó con las especulaciones acerca de la sucesión. Nicéforo no tenía más que una hija, Procopia, casada con un funcionario palatino, Miguel Rangabé, que se convirtió en un candidato rival. Ante las dudas de Estauracio sobre su abdicación, el patriarca Nicéforo y un grupo de funcionarios palatinos se las arreglaron para que Miguel fuera proclamado en el Hipódromo por el ejército, el Senado y la población de Constantinopla, coronado emperador e instalado en el palacio imperial. Ante esta situación, Estauracio se retiró a un monasterio donde murió tres meses después.

e) Miguel I: 811-813

La característica más sobresaliente del reinado de Miguel fue su gran liberalidad, que significó una definitiva ruptura con la política de restricciones económicas de Nicéforo. En su calidad de iconódulo, Miguel estaba particularmente agradecido al patriarca Nicéforo, que había conferido legitimidad a su gobierno mediante la coronación imperial. Hizo ricas donaciones al clero de la Gran Iglesia, a los miembros del Senado y a los soldados conscriptos que habían apoyado su candidatura. La emperatriz Procopia hizo donativos a las viudas de los soldados muertos en la campaña de 811 y se repartieron recompensas monetarias semejantes entre las poblaciones de los temas de Opsicio y de los Tracesios, afectadas por los ataques búlgaros, y a los monjes

chipriotas, hostigados por los ataques de los árabes. Al cabo de dieciocho meses había llegado a dilapidar la mayor parte de los fondos reunidos por su suegro.

Era una personalidad débil, cuya posición era además frágil, por lo que su política exterior estuvo dirigida a conseguir la paz a cualquier precio. Krum, el jan búlgaro, se dispuso a aprovechar su inesperada victoria tan pronto como llegó la primavera. Así, antes de que Miguel pudiera llegar a un arreglo, los búlgaros habían asediado y tomado Develtos. Miguel se vio forzado, aunque muy a disgusto, a emprender una campaña contra los búlgaros. Había en Constantinopla un poderoso partido que urgía la firma de un tratado de paz con Krum, pero entre las filas de los monjes estuditas surgió un inesperado grupo de presión partidario de la guerra. Como iconódulo devoto, uno de los primeros actos de gobierno de Miguel fue llamar a los monjes desterrados, que luego influyeron en toda su política. Teodoro, al que el Emperador admiraba de manera particular, se convirtió en el jefe del partido de la corte favorable a la guerra y convenció a Miguel de que no aceptara los términos de la paz ofrecida por Krum. Por ello, Krum atacó Mesembria, donde se apoderó de oro, plata y de los depósitos de fuego griego. El partido estudita seguía presionando para que se emprendiera una enérgica acción militar. En junio de 813, cuando Krum volvió a avanzar sobre Tracia, Miguel hizo frente a los búlgaros en Versinicia, cerca de Adrianápolis, donde fue derrotado debido tanto a sus errores tácticos como a la traición.

Esta presión de los estuditas a favor de la guerra ensombreció definitivamente el reinado de Miguel. Pero su política con respecto a Occidente y al Papado tuvo una gran influencia sobre todo el sistema de relaciones de Bizancio con Europa. Una embajada enviada a los francos anunció el reconocimiento del título imperial de Carlomagno a cambio de Venecia, Liburnia, Istria y las ciudades dálmatas conquistadas por su hijo Pipino. Carlomagno fue debidamente proclamado Emperador en Aquisgrán, en 812. Su coronación del 800 se vio de esta manera legalizada —aunque algunos Emperadores bizantinos posteriores se negaron a reconocer el título—, lo que constituyó un gran triunfo para los francos y realzó enormemente sus relaciones con el Papado y responsabilizó del cisma al Emperador anterior. Nicéforo suponía que León III se había visto obligado a coronar a Carlomagno por idénticas presiones laicas y por ello esperaba que comprendiera la posición del Patriarca. La paz con Roma fue consecuencia inmediata de la decisión de Miguel de reconocer a Carlomagno, pero es probable que fuera fomentada por las teorías de los estuditas acerca de la supremacía papal.

Dicha teoría había sido elaborada por Teodoro en sus frecuentes destierros. Era consciente de que la Iglesia había perdurado desde la caída del Imperio occidental gracias a la enérgica actuación de los papas, por lo que respetaba sus esfuerzos. En el momento en que solicitó su ayuda, estaba firmemente convencido de que la sede de Roma disfrutaba de una autoridad particular. Es posible que de esta manera, sin darse cuenta, fuese el precedente de las pretensiones que iban a producir el gran cisma del siglo XI.

En el reinado de Miguel, se requirió la presencia de los estuditas en el Consejo Imperial, junto con el Patriarca y algunos miembros del Senado. Desde esta institución estatal pudieron influir en el desarrollo de la política iconódula. Por influencia suya, se volvió a excomulgar el sacerdote que había celebrado el matrimonio adúltero de Constantino VI y se conmutó la pena de muerte a algunos herejes de Frigia y Licaonia. Esta influencia iconódula no fue muy bien acogida, no sólo entre los iconoclastas, sino también entre algunos gobernadores militares, que desconfiaban de las opiniones políticas de los estuditas. Como reacción, tuvo lugar un nuevo e infructuoso intento de proclamar emperadores legítimos a los hijos de Constantino V. Las esperanzas puestas en la persona de Constantino V se acrecentaron en junio de 813, cuando el Emperador y el ejército se acercaban a Versinicia. Una multitud irrumpió en la capilla imperial en la iglesia de los Santos Apóstoles, donde estaba enterrado su héroe, abrió la tumba y le suplicó que condujera al Imperio a una gloriosa victoria sobre los búlgaros. Algunos consideraron un milagro este suceso, y corrieron por la ciudad la voz de que Constantino V iba a resucitar realmente. La idea provocó un alboroto tal que el Prefecto de la ciudad paseó por las calles, bajo custodia, a los inculpados.

La derrota de Miguel en Versinicia demuestra un hecho importante: las ideas iconoclastas eran aún muy fuertes en el ejército, tanto entre los soldados como entre los generales. Algunas unidades provinciales estuvieron al mando de hombres reticentes e incluso abiertamente hostiles a la política de Miguel. Por tanto, el ejército estaba en mala disposición y preparado para el motín. Gran parte del pueblo consideró la derrota militar como un castigo contra la política iconódula, y exigía la vuelta a la política de Constantino V, que había traído tanto victorias militares como prosperidad. En la mentalidad popular existía una confusión total entre las prácticas religiosas y las condiciones materiales. Al pueblo lo que le afectaba era el hecho de que el precio del trigo hubiese sido bajo en tiempos de Constantino V y fuese alto en los de Miguel. (La diferencia en el

precio se debía a las devastaciones de los búlgaros en los graneros de Tracia.) La victoria militar, tan profundamente anhelada, sólo sería posible con un ejército fiel y éste sólo existiría con el abandono de la política iconódula. Por tanto, la solución a todos los problemas bizantinos radicaba en un cambio que supusiera una vuelta a la iconoclastia. Esto iba a conducir a una política de aislamiento con respecto a Europa y al Papado, a la deposición de los consejeros eclesiásticos de la Corte, a la subordinación de la Iglesia al Emperador y a una administración más estricta.

IV. *El segundo período iconoclasta: 813-842*

León el Armenio, que llevó a cabo este cambio, era un general victorioso con una brillante hoja de servicios, aunque no esté muy claro el papel que desempeñó en el campo de batalla en junio de 813. Aconsejó al Emperador el ataque, pero luego se negó a seguir la táctica acordada y abandonó la batalla, animando a otros a la huída. Tras la derrota, fue aclamado Emperador por los soldados del *thema* de Anatolia, de la que había sido gobernador, y por las tropas macedonias y tracias que habían conseguido escapar con vida. Desde Adrianópolis, marchó sobre la capital, donde recibió la bienvenida del Senado y fue coronado, con el nombre de León V, por el patriarca Nicéforo. Miguel y Procopia se refugiaron en un monasterio y sus hijos fueron castrados.

Las crónicas asocian el nombre de León con los de Miguel de Amorio y Tomás el Eslavo, debido a una profecía que había predicho que dos de ellos llegarían a ser emperadores, mientras que el tercero moriría en el empeño. Probablemente se trata solamente de una leyenda popular que relaciona a estos tres soldados que iban a desempeñar un importante papel durante los primeros treinta años del siglo IX; Miguel fue nombrado comandante en jefe (*domestikos*) del *tagma* de los *excubitores* y Tomás llegó a ser jefe de los *foederati*.

Los problemas militares dominaron el primer año del reinado de León, pues solamente seis días después de su coronación, el jan Krum se presentó ante los muros de Constantinopla. Al no estar preparadas las fuerzas búlgaras para atacar la triple línea defensiva que rodeaba a la ciudad, Krum intentó convencer a León para llegar a un acuerdo, pero sin éxito. En el otoño de 813 León derrotó a un ejército búlgaro cerca de Mesembria, pero aún no había llegado el momento de la batalla decisiva. Krum atacó de nuevo Constantinopla en 814, pero murió re-

pentinamente. Teniendo en cuenta que los árabes persistían en sus divisiones internas y que el nuevo jan búlgaro, Omurtag, firmó con León una tregua de treinta años, el Imperio bizantino se encontró relativamente a salvo de presiones externas.

León mantuvo buenas relaciones con Luis el Piadoso (Ludovico Pío), hijo de Carlomagno, ya que no podía correr el riesgo de llegar a una guerra total a causa de Venecia. El norte del Adriático volvió a caer bajo la esfera de influencia bizantina. El Dogo Agnello envió a su hijo Justiniano para rendir homenaje al Emperador en su coronación y León le proporcionó por su parte dinero y albañiles griegos para colaborar en la construcción del monasterio de San Zacarías. A lo largo del siglo IX, los bizantinos ejercieron una constante protección sobre la capital de la República veneciana, establecida en 811 sobre el Rialto, que llegó a tener todo el aspecto de una ciudad griega. Había que proteger el comercio bizantino en el Adriático de dos amenazas crecientes: los corsarios árabes procedentes del norte de Africa y los piratas de la costa dálmata. Como reacción al aumento del tráfico naval en el Adriático, tanto Venecia como el Imperio franco desarrollaron sus propios e independientes recursos marítimos.

a) Vuelta a la iconoclastia

La decisión de León de restablecer las prácticas religiosas de los primeros emperadores sirios se basaba en la convicción de que los largos y victoriosos reinados de León III y Constantino V habían sido debidos a su política iconoclasta y a la persecución de los adoradores de imágenes. Siguió de manera consciente el ejemplo de León III, hasta el punto de dar a su hijo, llamado Simbates, el nombre de Constantino en el momento de su coronación como co-emperador. Era consciente de que una vuelta a la política iconoclasta sería acogida con entusiasmo por una gran parte del Imperio.

La preparación de este segundo período iconoclasta fue cuidadosa. León mandó iniciar debates públicos sobre la historia de los emperadores iconoclastas, demostrando que los iconódulos fueron siempre derrotados en el campo de batalla, tras cortos reinados. En su segundo año de gobierno, constituyó una comisión para ocuparse de estas cuestiones. Esta comisión estuvo presidida por Juan el Gramático, ferviente iconoclasta, y entre sus miembros se contaban un obispo, Antonio Casimatas, dos monjes, dos miembros del Senado y, como secretario, un famoso iconoclasta. Una vez dada esta apariencia de imparciali-

dad a la investigación del problema, León comenzó la negociación con el patriarca Nicéforo, que se mostró tan recalcitrante como Germán en 730. En diciembre de 814 dio al Patriarca la orden de quitar las imágenes de Santa Sofía, que, según dijo, escandalizaban al pueblo. Esto era en parte cierto, pues el pueblo de Constantinopla había demostrado su oposición a las imágenes. Pero Nicéforo se negó. Tanto el Emperador como el Patriarca intentaron ganarse el apoyo del episcopado, lo que consiguió León en enero de 815. Esto dejó a Nicéforo completamente aislado. Fue confinado en su palacio, bajo la custodia de Tomás, un patricio claramente hostil a las imágenes. Finalmente, una delegación de obispos presentó al Patriarca el ultimatum definitivo obligándole a dimitir. Este acuerdo debió estar influido por los tumultos que se producían en la calle. Al día siguiente, León convocó el *Silention*, que eligió coom patriarca a un laico, Teodato, pariente lejano de Constantino V. Nicéforo fue desterrado.

Tras estos preparativos, se pudo ya convocar un sínodo para restablecer la iconoclastia. Este tuvo lugar en Santa Sofía después de la Pascua de 815, bajo la presidencia del nuevo Patriarca y de Simbates-Constantino, Emperador electo, y en él estuvieron presentes obispos y monjes de todos los confines del Imperio. Los textos básicos en que se apoyó la comisión para justificar el cambio fueron el *Horos* del Concilio de 754 y un Florilegio muy difundido de citas contra el culto a las imágenes. La posición inconoclasta experimentó pocos cambios, pero se hizo más hincapié en la imposibilidad de representar la naturaleza de Cristo para reforzar de esta manera el argumento cristológico. Es claro el interés de León por evitar la persecución y el empleo de la fuerza, pues sólo exigió a la jerarquía eclesiástica que reconociera al Patriarca, a lo que sólo rehusaron cinco conocidos iconódulos. Todos los monasterios de la capital aceptaron esta vuelta atrás, lo que contrastó grandemente con su tenaz oposición en el primer período iconoclasta. Hubo casos individuales de resistencia, pero, en conjunto, el Emperador encontró un amplio apoyo.

Este restablecimiento de la iconoclastia no hubiera sido posible sin la existencia de un fuerte partido que había sobrevivido a los reinados de Irene y Miguel I, en oposición al grupo estudita. Incluso los eclesiásticos se opusieron con frecuencia a los puntos de vista de los monjes de Estudio; por supuesto, lo estaban también los funcionarios de la Corte y administradores cuya opinión había sido desoída. El patriarca Nicéforo, que era historiador además de teólogo, hizo un interesante análisis de la facción del pueblo de la capital que

apoyó la vuelta a la iconoclastia. Por él sabemos que en 815, los principales partidarios de la política de León fueron ciertos comerciantes, actores, mimos, organizadores de carreras de caballos y el populacho callejero. Añadía que algunos clérigos corrompidos se habían unido a la comisión iconoclasta, instalada en el palacio imperial en medio del mayor lujo. Pero el grupo más activo de los iconoclastas fue probablemente el ejército, que en 815 desempeñó un papel crucial. Irene, tras la interrupción del Concilio de 786, llevó a cabo una purga entre las tropas de guarnición en la capital, pero éstas siguieron siendo iconoclastas. Es difícil generalizar sobre la posición de los ejércitos provinciales, aunque es posible que el apoyo que recibió León por parte de sus tropas del *thema* de Anatolia fuera en parte debido a motivos religiosos. Las tropas acantonadas en la capital por algún tiempo debieron de dejarse ganar por las tendencias iconoclastas que en ella predominaban.

Como consecuencia del sínodo de 815, León estrechó su control sobre la Iglesia. Los monjes rebeldes de Estudio fueron de nuevo enviados al exilio, desde donde escribieron a los patriarcas orientales y al papa solicitando apoyo en su lucha contra el Emperador herético. Teodoro recibió cartas de apoyo de casi todos aquéllos a los que había escrito, y en 825, Luis el Piadoso reunió a todos los obispos francos en el Concilio de París, en el que denunció la vuelta a la iconoclastia. El partido iconódulo, aunque seguía fraccionado entre «políticos» y «zelotas», se sintió animado por el apoyo occidental. A pesar de su comportamiento, el Emperador se conformaba incluso con una vuelta aparente a la política que, según él, iba a permitir el gobierno de su dinastía durante varias generaciones. Sus motivaciones eran sobre todo de carácter político y carecía de la crueldad de Constantino V para llevar a cabo una persecución. Los pocos testimonios que han llegado hasta nosotros dan la impresión de que sus ideas eran humanitarias. Tras la tregua con los búlgaros, fortificó las ciudades de Tracia y Macedonia y llevó a cabo un recorrido personal por las zonas devastadas para devolver la confianza a la aterrorizada población. Nombró varios secretarios, cuya única misión era comprobar la justicia de la administración y que no se produjeran abusos de autoridad por parte de los funcionarios. Esta preocupación por la justicia, faceta común con los emperadores sirios, pone de relieve la continuidad de su política en relación con la iconoclastia del siglo VIII.

Con un enfoque tan certero de la cuestión religiosa y con su excelente labor administrativa resulta a primera vista sorprendente que León V no fuera capaz de asegurar la conti-

nuidad de su dinastía. La ambición personal de Miguel de Amonio dio al traste con sus planes. León conocía y temía sus planes y sintió un gran alivio cuando Miguel se vio implicado en un complot y pudo ser detenido por traición. Bajo esta acusación, fue condenado a muerte por un procedimiento particularmente infamante: ser atado à un poste, junto con un mono, y arrojado a la calefacción del agua de palacio. Debido a las protestas de la emperatriz Teodosia, la pena no se cumplió el día de Navidad de 820, fijándose un aplazamiento de veinticuatro horas que permitió la extraordinaria fuga de Miguel. Tras una visita nocturna del propio León para asegurarse de que el prisionero seguía en su celda, un muchacho que, escondido bajo una mesa, había escuchado cómo León juraba matar a Miguel y a su carcelero, despertó a aquél. Al darse cuenta el carcelero de que su propia vida corría peligro, decidió buscar la ayuda de Teoctisto, uno de los *excubitores* de Miguel, para escapar juntos. Al amanecer, León asistió a los servicios religiosos del día de Navidad en una de las capillas reales, sin saber que algunos de los hombres de Teoctisto habían penetrado en el palacio disfrazados de cantores. Asesinaron al Emperador mientras cantaba en el servicio, e inmediatamente después, Miguel fue trasladado triunfalmente desde la prisión hasta el trono imperial, todavía con los pies encadenados.

Fue el epítome de las revoluciones bizantinas. La coronación, llevada a cabo por el patriarca el mismo día de Navidad, legalizó las ambiciones imperiales de Miguel. La familia de León el Armenio desapareció de la escena con la misma celeridad con que había aparecido. A pesar de su sacrílego asesinato, Miguel II aseguró su posición en la capital, probablemente con la ayuda del *tagma* de los *excubitores*. Pero en las provincias, su usurpación encontró una inmediata oposición, dirigida por Tomás el Eslavo, el tercer personaje de la profecía. Ni el Emperador ni el rebelde gozaban de un fuerte prestigio imperial, pero en el Imperio bizantino aquél que era coronado en Constantinopla tenía una gran ventaja.

No obstante, la revuelta ensombreció los tres primeros años del reinado de Miguel. Hasta 824 no pudo ocuparse de la política exterior, pero la muerte del patriarca Teodato, en 821, le obligó a tomar una postura clara en el problema religioso. Tenía que elegir entre volver a nombrar al patriarca Nicéforo, entonces en el exilio, o elegir a un nuevo candidato iconoclasta. Nicéforo, el papa Pascual I y los monjes estuditas manifestaron la necesidad de restablecer el culto a las imágenes, pero Miguel decidió lo contrario. Convocó un sínodo y anunció que no ha-

bría cambios en relación con lo decretado por el sínodo de 815, prohibiendo las discusiones sobre el tema. Antonio Casimatas, antiguo obispo y miembro de la comisión de León V, fue nombrado patriarca y Nicéforo continuó en el exilio. Pero no hubo una persecución sistemática y se autorizó a los monjes estuditas a volver a su monasterio de Constantinopla.

b) La guerra civil

La llamada guerra civil, que tuvo más carácter de revuelta continua y grave que de guerra entre distintos partidos, es reveladora de la situación del Imperio a comienzos del siglo IX: dicotomía entre la capital y las provincias, rivalidad entre las tropas provinciales y de guarnición, gran heterogeneidad de la población del Imperio y aspectos políticos y sociales de la iconoclastia.

Tomás era un eslavo procedente de la región del lago Gazuru, en la provincia de Armenia. Su carrera militar había ya comenzado en 803, pero su primer puesto oficial fue el de comandante en jefe de los *foederati,* en 813. En el momento en que se produjo el asesinato de León V se hallaba en la provincia de Anatolia y desde ella comenzó su campaña contra Miguel. La versión oficial de la revuelta probablemente exagera, tanto en lo relativo al número de insurgentes como a los diferentes grupos étnicos que apoyaron a Tomás, pero es posible que se unieran a él algunos abasgos, iberos, armenios, eslavos, asirios, árabes y caldeos. Esto no significa que su revuelta fuese la de las minorías discriminadas. La población del Imperio había sido siempre muy heterogénea y lo que hacía a una persona «bizantina» era más el conocimiento del griego y sus creencias ortodoxas que su origen étnico. Tomás era tan bizantino como Miguel de Amorio. El rebelde era cojo y en 820 era ya un anciano, pero ello no constituía una desventaja mayor que el ceceo del Emperador. La fuerza de las tropas rebeldes no estaba en su número, sino en el hecho de haber ganado a la causa de este nuevo Jerjes a todos los gobernadores provinciales, excepto a dos. Tomás interceptó el dinero de los impuestos pagados por las provincias y lo redistribuyó entre sus partidarios. De esta manera consiguió ganar fácilmente partidarios y la mayor parte de las ciudades le acogieron favorablemente, en vez de defender los derechos de un emperador desconocido. Consiguió también el apoyo de las fuerzas navales de Cibirra, lo que le permitió el traslado de sus tropas a Constantinopla. Las

dos únicas zonas que permanecieron leales a Miguel II fueron los *themas* de Opsicio y Armenia, gobernados por dos íntimos amigos suyos.

Tomás aprovechó el interés de los árabes en esta guerra civil para firmar una alianza con el califa al-Ma'mun. También consiguió ser coronado emperador por el arzobispo de Antioquía, en territorio árabe. En diciembre de 821 cruzó el Helesponto con un numeroso ejército, y lanzó su primer ataque contra Constantinopla, por mar y por tierra, que fue rechazado. El asedio se prolongó a lo largo del año 822 sin ningún resultado definitivo, hasta que los defensores destruyeron parte de la flota con el fuego griego. Luego, en el otoño, aparecieron súbitamente los búlgaros, probablemente llamados por Miguel II. El ataque búlgaro produjo exactamente el efecto deseado y Tomás se vio obligado a levantar el sitio. Su posterior derrota ante los búlgaros y el respiro que ello significó para las tropas de Miguel fue, como se vio más tarde, el momento crucial de la revuelta. En la primavera de 823 Miguel condujo sus tropas contra el ejército rebelde, que se hallaba en Diabasis y le derrotó. Los partidarios de Tomás siguieron resistiendo en Tracia y en Asia Menor, pero tras su captura y muerte en octubre de 823 fueron cediendo gradualmente.

Miguel consiguió asegurar su posición en el Imperio nombrando a leales partidarios suyos para gobernar las provincias rebeldes. Quizá fuera en este momento cuando implantó una administración independiente para la zona de Chaldia. Se trataba de una de las regiones que se había unido a la revuelta. Miguel recompensó a sus partidarios otorgando una remisión del impuesto sobre el hogar *(kapnikon)* y restableció el control central sobre los impuestos provinciales.

Tras la derrota definitiva de Tomás, Miguel envió una embajada a Luis el Piadoso en la que justificaba su acceso al trono y le explicaba este retraso de más de tres años en anunciárselo. También se mencionaba el sínodo de 821 y la solución dada al problema religioso. Miguel pedía a Luis que enviase embajadores a Roma, sin mencionar que Metodio, enviado del papa Pascual a Constantinopla, había sido enterrado vivo en 821. Esta política conciliadora no obtuvo ningún éxito. A pesar de ser considerado hereje, el Emperador consiguió llevar a cabo una política neutral. Las relaciones con Venecia continuaron siendo excelentes. El Dogo Justiniano (827-829) visitó Constantinopla y consiguió nuevos subsidios para la construcción de San Marcos. La iglesia originaria de 828 fue, por tanto, una construcción completamente bizantina.

c) Evolución de la fuerza naval árabe

El otro problema fundamental del reinado de Miguel fue el aumento de poder de los árabes. Habían apoyado a Tomás con la esperanza de fomentar las divisiones internas y se aprovechaban sin cesar de la debilidad naval bizantina en el Egeo. Arabes españoles expulsados de Córdoba hacia 820 y luego de Egipto, habían comenzado a atacar las dos islas mayores del Mediterráneo central, Creta y Sicilia. La conquista de Creta por los árabes fue debida a la falta de una flota bizantina de defensa, consecuencia directa de la revuelta de Tomás. Las expediciones bizantinas de 826 y 828 no pudieron expulsar a los invasores. Un tercer intento, dirigido por Cratero, jefe de las fuerzas navales de Cibirra, consiguió en un principio un completo éxito. Pero los bizantinos celebraron la victoria obtenida con exceso de vino y fueron aniquilados mientras dormían. Creta, que permanecería en poder de los árabes hasta 961, constituyó una aguda espina en la carne del Imperio. Un proceso similar, aunque de mayor duración, se desarrolló en Sicilia, cuya pérdida fue a la larga irreversible.

La conquista árabe de islas tan estratégicas indica una considerable decadencia, no sólo de la marina bizantina, sino también de sus fuerzas de tierra, que no se puede achacar únicamente a la revuelta de Tomás. A lo largo del período iconoclasta, las instituciones y la organización interna del Imperio iban experimentando cambios y adaptaciones profundas. Este proceso, que había comenzado en tiempos de Justiniano y que terminaría con la dinastía macedónica, quedó casi interrumpido por las divisiones internas engendradas por la iconoclastia a finales del siglo VIII y comienzos del IX. Pero el gobierno autoritario de emperadores como León V, Miguel II y Teófilo hicieron que continuara la transformación del Imperio bizantino. Sin embargo, no pudo consolidar la cohesión interna del Imperio y proteger los enclaves exteriores de Bizancio a un tiempo. Así, las provincias italianas y Sicilia fueron gradualmente cayendo en poder de francos y árabes, mientras que Venecia iba lentamente asegurando su independencia. Pero, a cambio, se fue afirmando el control bizantino sobre Asia Menor y la península balcánica. Y ésta fue la base territorial de las conquistas del siglo X.

Aun con todo, la situación a la muerte de Miguel, en 829, no era todavía grave. Su corto reinado había continuado el proceso de consolidación iniciado por León V y en el de su hijo y sucesor, Teófilo, se iban a manifestar claramente sus ventajas.

d) El reinado de Teófilo: 829-842

Teófilo llegó al trono imperial en un momento de expansión árabe. Una vez que el califa al-Ma'mun (813-833) hubo afirmado su autoridad como jefe de los abásidas, comenzó en 830 una devastadora campaña contra el Imperio. Teófilo replicó con dos expediciones de castigo, en las que hizo prisioneros y que fueron celebradas como un triunfo en Constantinopla. Pero en 831 y 833 no pudo evitar los continuos ataques árabes, dirigidos sistemáticamente contra importantes fortalezas fronterizas. Estas fueron cambiando de manos en medio de grandes devastaciones y derramamiento de sangre. Aparte de estas grandes expediciones árabes, las regiones fronterizas sufrieron los frecuentes ataques de los emires de Melitene y Siria. Con el fin de hacer frente a esta creciente actividad y de proteger a las tropas de guarnición, Teófilo creó varias unidades administrativas nuevas, especialmente en el sudoeste de Asia Menor: Capadocia, Carsiano y Seleucia.

En 837, Teófilo aprovechó una rebelión persa contra el califa Mutasim (Mu'tasim, 833-842) para atacar las fortalezas de Zapetra y Samosata. Esta demoledora expedición produjo la inevitable respuesta de los árabes, que consistió en un ataque masivo contra Amorio. El asedio y captura de esta floreciente ciudad, capital de la provincia de Anatolia y lugar de nacimiento de Miguel II, padre de Teófilo, se convirtió en un episodio tristemente legendario para los bizantinos, sobre todo por haber sido finalmente decapitados por el califa 42 de entre los miles de cautivos de la ciudad. Estos 42 mártires eran dignatarios militares y eclesiásticos, dispuestos a morir antes que renegar de su fe. La venganza árabe en Amorio marcó el final de las guerras de Teófilo; ya no se emprendieron más campañas bizantinas contra Mu'tasim. A cambio, el Emperador emprendió una campaña diplomática para conseguir el apoyo de varias potencias occidentales para hacer frente a la presencia árabe en el Mediterráneo. Pero no tuvo más éxito que en sus anteriores campañas militares.

En sus relaciones con los francos, Teófilo continuó la amistosa, aunque distante, política de su padre. En 833, una embajada bizantina comunicó a Luis el Piadoso el acceso al trono de Teófilo, y durante el sitio de Amorio se envió otra para solicitar el apoyo de los francos contra los árabes, en Occidente. Fue una de las tres misiones bizantinas, preparadas en 838 para firmar alianzas con los francos, los venecianos y el emir español. El Imperio no podía seguir protegiendo sus posesiones occidentales y tenía serias dudas sobre su capacidad de resistir a

los árabes en Oriente. Pero los francos no estaban en condiciones de ofrecer una ayuda inmediata. Los venecianos, por el contrario, amenazados por el rápido avance de los árabes desde Sicilia, acordaron proporcionar una flota. Desde el momento en que las naves bizantinas no podían seguir patrullando por las aguas del Adriático y Venecia construía sus propios buques de guerra, fue aumentando su independencia con respecto al Imperio, aunque teóricamente seguía siendo un estado vasallo. Pero la potencia veneciana no era aún muy grande en 840, y los árabes destruyeron completamente la flota enviada a Tarento a petición de Teófilo.

La tercera de las embajadas se dirigió a la España musulmana, gobernada por Abderramán II (Abd al-Rahman), uno de los más importantes emires omeyas. Teófilo le sugirió la idea de reivindicar ante los usurpadores abásidas ('abbasíes) todos los territorios orientales del califato abásida y de expulsar a los piratas de Creta, proposiciones que, como era de esperar, el emir no aceptó. Pero debió de acoger con interés la embajada bizantina, pues envió a Yazid, su emisario personal, a Constantinopla con costosos regalos para el Emperador.

Si bien Teófilo no hizo grandes progresos en sus alianzas occidentales, sus esfuerzos diplomáticos en Oriente alcanzaron un gran éxito. Durante su reinado, los pueblos de las estepas rusas establecieron por primera vez relaciones diplomáticas con Constantinopla. Ya hemos señalado su proximidad y la amenaza potencial que constituían para los territorios bizantinos y las importantes rutas comerciales al norte del mar Negro, por lo que Teófilo creó una nueva provincia, Climata, en torno a Querson. Fue también Teófilo quien consolidó la tradicional alianza entre el Imperio y los jázaros, que databa de 733. A petición del jan jázaro, el Emperador envió especialistas y obreros a través del mar Negro, hasta el Don, donde levantaron una fortaleza en Sarcel. Esta importante expedición dio mayor fuerza a la colaboración militar de jázaros y bizantinos contra los árabes.

El fracaso de Teófilo en Occidente pudo deberse, en parte, a su decisión de establecer la iconoclastia por medio de torturas y persecuciones. Pero Teófilo no podía ignorar el culto, según el, herético, de una gran parte de sus súbditos. Su propia esposa, Teodora, era iconódula. Fue, por tanto, por convicción profunda por lo que promulgó leyes contra los iconódulos. De nuevo los monjes fueron expulsados de sus monasterios y desterrados a remotas regiones si rehusaban renegar de sus creencias en el poder de las imágenes. Se conocen algunos casos de extrema crueldad, pero la violencia no fue tan general como

en tiempos anteriores. Teófilo se vio apoyado y animado en su política por Juan el Gramático, nombrado patriarca en 837, que había aconsejado a León V la vuelta a la iconoclastia en 815 y a quien Miguel II había confiado la educación de Teófilo. Ambos intentaron con ahínco desarraigar del Imperio las doctrinas heréticas, como la iconodulia y el paulicianismo. Pero si bien fracasaron en su lucha contra la primera, lograron, sin embargo, contener la herejía pauliciana, que se había difundido por la parte oriental del Imperio y atentaba contra su unidad. Los paulicianos hicieron suyas las antiguas creencias adopcionistas, que negaban la naturaleza divina de Cristo, y estaban dispuestos a defender su fe por medio de la fuerza. A pesar de que fue Basilio I, en 872, el que por primera vez consiguió dominar esta herejía, fue Teófilo el primer emperador que, consciente de la creciente amenaza que representaba, intentó luchar contra ella.

A los ojos del Papado, Teófilo era un hereje y durante su reinado la sede de Roma se alejó aún más de Constantinopla. Este cisma constante debió de disminuir la influencia bizantina en Italia y, en general, en todo el Occidente. Incluso después del restablecimiento del culto a las imágenes en 843, el Papado mantuvo su actitud crítica e independiente con respecto a la Iglesia oriental. Los monjes y obispos disconformes continuaron apelando a Roma, hecho que realzó la posición del papa frente a la del Patriarca. La ruptura de la Iglesia universal fue una de las consecuencias más decisivas de todo el período iconoclasta.

e) Las reformas administrativas de Teófilo

A pesar de sus fracasos diplomáticos, militares y religiosos, Teófilo llevó a cabo algunas mejoras importantísimas en la organización interna y en la seguridad de Bizancio. Una de las más claras es la extensión de la autoridad bizantina a nuevas regiones. De igual importancia, aunque menos fácil de documentar, es la mayor eficacia en la recaudación de impuestos y en la administración, lo que permitió un renacimiento artístico, intelectual y cultural. En tiempos de Teófilo y merced a la protección otorgada a los artistas, escritores y profesores de universidad bizantinos, se constituyó un círculo cultural que, por primera vez, rivalizó con el del califato.

Las nuevas unidades administrativas fueron el resultado de la división de las antiguas provincias, siguiendo el modelo del *thema* de los optimates y los bucelarios. Para garantizar el

control bizantino en la zona del Mar Negro, se crearon tres provincias: Caldea, en el extremo oriental del *thema* de Armenia, creada probablemente en 837; Paflagonia, fundada en 833 en la mitad norte del *thema* de los bucelarios, y Climata, en torno a Querson, también constituida en 833. La región de Climata había sido anteriormente gobernada por un consejo de dignatarios locales *(arcontes)*, cuya autoridad quedó a partir de entonces incorporada a la administración imperial.

En otras provincias se constituyeron unas unidades especiales para hacer frente a la amenaza árabe, las *kleisourarchai*, en Capadocia, Seleucia y Carsiano, llamadas así por las *kleisourai* o zona montañosa en las fronteras del Imperio, que exigían una defensa especial. En estas pequeñas unidades se acantonaron tropas permanentes para hacer frente a las invasiones árabes. Otra unidad similar fue el ducado de Colonia, constituido en la parte sur de la provincia de Caldea. Estas unidades se diferenciaban de las subdivisiones de las provincias *(turmai, banda* y *katepana)* en que su gobernador era nombrado por el emperador y desempeñaba una función específica. Este desarrollo de las defensas imperiales mejoró el sistema originario de los cinco *themas* orientales, adaptándolo a las necesidades políticas y militares del siglo IX.

En la parte occidental del Imperio, Teófilo introdujo una organización propiamente provincial en la zona de Dirraquio y de Salónica. Esta extensión de la administración imperial, que fortaleció en gran medida la autoridad del Emperador, se llevó a cabo merced a unas energías humanas considerables y a unos elevados costes administrativos. Pero la generalización del sistema impositivo imperial a zonas hasta entonces fuera de su control debió de incrementar los ingresos estatales. Sin un cierto aumento y racionalización en la recaudación de los impuestos, Teófilo no hubiera podido financiar su obra de gobierno y su pródigo programa de edificaciones.

Fue el primer emperador, en un período de casi doscientos años, cuyas monedas circularon ampliamente por todo el Imperio, y el hecho de que hayan sido encontradas monedas de su reinado en excavaciones llevadas a cabo en Atenas y Corinto indica que hacia 830 la Grecia central había alcanzado una cierta seguridad y un cierto grado de prosperidad. La creciente estabilidad dio nueva vida a los mercados y al comercio interior.

Con estos recursos adicionales, Teófilo emprendió una política muy ambiciosa de edificaciones en la capital y protegió las artes decorativas. Se repararon y ampliaron las murallas de Constantinopla y se construyó un palacio imperial en Brías, en

la zona asiática. El Gran Palacio fue también ampliado y el piadoso Emperador construyó varias iglesias. Teófilo se preocupó también por las necesidades materiales de la población de la capital, construyendo un hospital y dotando asilos y orfanatos. Todas las edificaciones de su período estaban decoradas; algunas pinturas de signo iconódulo fueron sustituidas por representaciones de pájaros y animales salvajes. La labor de protección a las artes, llevada a cabo por Teófilo, demuestra que la destrucción de imágenes no fue incompatible con un florecimiento de otras formas artísticas.

La educación estrictamente iconoclasta que dio a Teófilo Juan el Gramático le convirtió en un Emperador mucho más intelectual que su padre León V. Fue el primero que reorganizó la Universidad de Constantinopla, que había estado absolutamente olvidada desde su clausura por León III. La figura clave en este renacimiento fue León el Matemático, cuyo prestigio había llegado hasta la misma corte de Bagdad. Se volvieron a abrir las escuelas, con profesores contratados y gran cantidad de alumnos, la mayor parte de ellos hijos de familias acomodadas destinados a la administración y al episcopado. Como consecuencia del gran impulso que le dio Teófilo, la Universidad de Constantinopla consiguió un lugar destacado dentro del mundo intelectual del siglo IX y sirvió de base para el renacimiento de la cultura y de las artes en el período macedónico.

Pero quizás la faceta más importante de la obra de gobierno de Teófilo fue su interés por la imparcialidad de justicia, característica personal tanto de Miguel II como de su hijo, en el que parece ser que se convirtió en obsesión. Teófilo tenía la costumbre de pasear por la ciudad a caballo una vez a la semana, desde el Palacio Imperial hasta la Iglesia de Blaquernas. En estos paseos, todo el mundo podía quejarse ante el Emperador de cualquier injusticia, que era inmediatamente reparada. No se trataba de una fórmula teórica: los pobres planteaban sus quejas e incluso los más altos oficiales no podían escapar al castigo si se les hallaba culpables. Junto con esta atención personal a la justicia, Teófilo exigía de sus funcionarios una labor administrativa estricta y responsable. Aún en el siglo XII perduraba con fuerza la fama de su interés por estas cuestiones, pues en la leyenda popular del Timarión, su nombre aparecía unido al de los jueces del Hades.

Fue sin duda un tributo a la obra de gobierno de Teófilo el hecho de que a su muerte, en 842, su hijo Miguel III, que acababa de cumplir los tres años, fuese aclamado como emperador y a su debido momento gobernase como tal, sin enfrentamientos internos, La dinastía amoriana quedaba así firme-

mente establecida: Teodora y sus consejeros contaban con unas sólidas bases de partida.

Se ha calificado al período del conflicto iconoclasta de «siglo desperdiciado por Bizancio». No se puede hoy día seguir condenando el período en conjunto de manera tan categórica, pues Bizancio salió fortalecido en muchos aspectos de esta lucha por el culto a las imágenes. Fueron necesarias grandes reformas para impedir la devastación e incluso la pérdida de algunas provincias periféricas que tenían que soportar una gran presión, llevadas a cabo por los emperadores más sobresalientes del período: Constantino V, Nicéforo I, Miguel II y Teófilo.

Los cronistas iconódulos condenaron los procedimientos empleados para realizar estas mejoras, pero admitieron que los resultados fueron en general satisfactorios: por ejemplo, la protección legal al pueblo y la gradual recuperación económica del Imperio a finales del siglo VIII y en el IX. Algunos historiadores han admitido de mala gana e indirectamente estos hechos, y muchos no los han tenido en cuenta; sin embargo, son testimonios de gran importancia.

Las nuevas organizaciones provinciales, o *themas*, creadas por la disnastía heráclida, fueron puestas a prueba satisfactoriamente durante el siglo VII. León III y sus sucesores extendieron y desarrollaron esta organización. En 842, el gobierno provincial se había extendido a la península Balcánica, a la costa dálmata, a las islas jónicas y egeas, a las costas del Mar Negro y a la frontera con los árabes. Esta ampliación de la reforma administrativa bizantina es una prueba de que habían aumentado los recursos militares, financieros y materiales de todo el Imperio. El nuevo sistema aseguraba el pago de los impuestos, el reclutamiento de los ejércitos y el cultivo de grandes territorios. La uniformidad de la administración fomentó la integración de las minorías locales, étnicas o religiosas, impulsando al mismo tiempo la helenización de los territorios bizantinos. Esta organización aseguró la supervivencia de Bizancio durante siglos.

Los cambios sociales que se produjeron durante el período iconoclasta estuvieron orientados hacia los mismos fines de integración y helenización. El establecimiento de las comunidades aldeanas como organismos fiscales colectivos no sólo facilitó el pago de los impuestos y el cultivo de los campos, sino que también fortaleció la posición de los pequeños propietarios campesinos. Desde el punto de vista económico, fue un período de constante progreso. La organización comercial y la actividad de los mercados se restableció poco a poco en las zonas situadas bajo el control de Bizancio. Se dió gran impulso al desarrollo de las zonas cerealísticas de Tracia para que sustituyeran a las

de Egipto y el norte de Africa, y se buscaron nuevas rutas y mercados en el Mar Negro y en Crimea. A pesar de que la piratería árabe amenazaba el comercio marítimo en el Mediterráneo oriental, los grandes viajes por mar de San Gregorio el Decapolita indican que las vías de comunicación no estaban completamente bloqueadas. A pesar de la prohibición de León V del comercio entre mercaderes bizantinos y musulmanes, es probable que se mantuvieran los contactos comerciales.

Bajo los emperadores sirios, se simplificó el sistema de moneda bizantino, que ya en el reinado de Teófilo había comenzado a circular con mayor amplitud por todo el Imperio. Esto fomentó sin duda el crecimiento económico. Contrariamente a la creencia general, en este período las monedas no servían de vehículo a la propaganda religiosa. El tipo de decoración de las monedas a menudo llamada «iconoclasta» estaba en uso antes del reinado de León III y continuó siendo empleado mucho tiempo después del restablecimiento de las imágenes, en 843. Todos los emperadores lo emplearon; ni siquiera la iconódula Irene volvió a emplear la imagen de Cristo, introducida por primera vez en las monedas en tiempo de Justiniano II. Sin embargo, se sirvió de las monedas para dar más fuerza a su autoridad imperial, al sustituir su propio retrato por el de Constantino VI, co-emperador.

El arte iconoclasta, por otra parte, tuvo una profunda significación para los bizantinos. La resistencia a los cambios en el arte religioso, tanto de los iconódulos como de los iconoclastas, manifiesta su importancia. Desgraciadamente, al igual que los escritos iconoclastas, la mayor parte del arte iconoclasta fue también destruido después de 843 y es muy poco lo que ha quedado. Pero las fuentes iconódulas atestiguan que los emperadores iconoclastas no se limitaron a destruir, sino que sustituyeron las imágenes por pinturas de la Cruz, escenas silvestres, flores y retratos imperiales. El mismo Constantino V construyó algunas iglesias. El progreso de las artes, a excepción de la cultura, se mantuvo en el período iconoclasta; y los monumentos del período, como la iglesia de Santa Sofía de Salónica y la reconstrucción de la iglesia de Santa Irene de Constantinopla, con su gran cruz de mosaico en el ábside, permiten suponer que no habían desaparecido las habilidades de los artistas y arquitectos bizantinos. Por otra parte, en el período iconoclasta no tuvo lugar ninguna evolución estilística importante.

Sin duda alguna, las consecuencias de la iconoclastia recayeron de manera más fuerte sobre las instituciones monásticas del Imperio. Pero la tenacidad de algunos personajes demostró que el ideal monástico estaba demasiado arraigado en Bizancio para

poder eliminarlo. En algunos aspectos, las reformas eclesiásticas de los emperadores sirios pueden relacionarse con sus reformas judiciales. En ambos aspectos los emperadores intentaron suprimir la corrupción e imponer la uniformidad de prácticas y creencias, lo que no era una pretensión absurda. Pero el culto a las imágenes estaba muy arraigado en Bizancio y la iconoclastia no pudo acabar con él.

Durante el período iconoclasta, Bizancio perdió sus territorios en Italia central y los francos construyeron un Imperio en Occidente. Este alejamiento bizantino de Europa Occidental, político y eclesiástico, tuvo gran importancia no sólo para la evolución de la Europa Medieval sino también para la historia de la Europa Oriental, sobre todo para la del principado ruso de Kiev. En la evolución de la Iglesia, el cisma producido por las doctrinas iconoclastas en Oriente, confirmó las variaciones geográficas del ámbito cristiano. Después de ocho siglos, la Iglesia occidental se había alejado inevitablemente de la oriental, ya que de ella le separaban factores lingüísticos y culturales y sobre todo, el papel temporal que desempeñaba el Papado. Roma asumía la dirección espiritual y política de la Europa Occidental. En tiempos del papa Adriano I (772-795), la cancillería papal abandonó el sistema bizantino de fechas de Bizancio, afirmando así simbólicamente su independencia con respecto a la antigua tradición romana. La coronación imperial de Carlomagno fue una consecuencia natural de este proceso, así como un intento de objetivar lo que había sido una realidad política durante bastante tiempo: la sustitución de la protección bizantina por la franca a la Iglesia occidental.

La pérdida de los territorios bizantinos en Occidente no constituyó un desastre; limitó el ámbito del Imperio a las provincias helenizadas de Oriente, que siempre habían constituido el núcleo de Bizancio. Aplicando tres medidas, típicas de la política iconoclasta —un fuerte gobierno militar, una estricta organización de las finanzas y el control imperial sobre la Iglesia—, Bizancio fue capaz de defender y ampliar su territorio durante trescientos años. El hecho de que estas medidas tuviesen tanto éxito en su época revela la importancia real del período iconoclasta en que se pusieron en práctica.

3. Bizancio y los eslavos

I. *Asentamiento eslavo*

Rodeado de pueblos bárbaros, Bizancio intentó asegurar la herencia de Roma y salvaguardar la ortodoxia, venciendo a parte de los pueblos enemigos que continuamente amenazaban sus fronteras tras largas y agotadoras luchas, manteniendo tranquila a otra por vía diplomática, a cambio de tributos y regalos, y debilitando al resto, enzarzando a las distintas tribus en una serie de luchas entre sí. En un principio, las relaciones con los eslavos no fueron diferentes. Pero muy pronto, éstos cobraron una gran importancia para el Imperio romano oriental, desempeñando en su historia un papel similar al de los germanos en Occidente. Al aceptar el cristianismo fueron tratados como iguales e integrados culturalmente. Tanto los germanos como los eslavos recibieron una serie de impulsos definitivos para la formación de una cultura propia, pero a la vez dieron nueva vida a las entumecidas formas de gobierno e incluso intentaron dirigir ellos mismos su administración. Parte de los eslavos orientales y meridionales adoptaron, junto con la ortodoxia, la cultura y el concepto de soberanía bizantinos. Llegaron a convertirse en herederos de la segunda Roma en mucha mayor medida que los germanos en Occidente lo fueron de la primera. Resulta difícil determinar con exactitud hasta qué punto estaba integrado el elemento eslavo en la estructura del gobierno bizantino. Uno de los grandes problemas de la historia de Bizancio es el tema de la nacionalidad. Dominio de la lengua griega, reconocimiento del Imperio y adhesión a la ortodoxia eran características de un verdadero bizantino, que, por otra parte, muy bien podía ser de origen armenio, sirio o eslavo. Ha sido un nacionalismo moderno el que ha enturbiado la perspectiva de la realidad, provocando, en última instancia, una serie de infructuosos debates.

La tierra primitiva de las tribus indogermanas de los eslavos se hallaba al nordeste de los Cárpatos, en las fuentes y en el curso superior de los ríos Vístula, Dniéster, Pripet, Bug y Dniéper. Durante la invasión de los bárbaros, también los eslavos hubieron de ponerse en movimiento. No puede precisarse con exactitud cuándo se vieron arrastrados por primera vez hacia el sur, llegando hasta el Danubio. Una de las dos rutas

de emigración se encontraba al Este, a lo largo de los ríos Prut y Siret, hasta llegar a la desembocadura del Danubio; la otra atravesaba el desfiladero de Jablónica, en la actual Eslovaquia, en dirección a Moravia, siguiendo el curso medio del Danubio hacia el lago Balatón hasta llegar al Save. A las regiones situadas junto al Danubio llegaron con seguridad entre los siglos II y IV tribus o familias eslavas aisladas que se habían integrado en las tribus de godos y gépidos, sármatas y hunos. El nombre del emperador romano Trajano en la tradición popular, así como la práctica del canto *koleda,* de las *calendae* latinas, en la época del solsticio de invierno y a comienzos del nuevo año, dejan entrever un encuentro relativamente temprano con los romanos.

En el año 527, al subir al trono Justiniano, entraron por primera vez en el Imperio bizantino, integrados en el séquito de los hunos, eslavos y, antes, dos pueblos con la misma lengua y las mismas costumbres. Llevaron a cabo, en hordas desorganizadas, una serie de incursiones en la frontera septentrional, si bien no llegaron a asentarse. Durante el gobierno de Justiniano I lograron vencer al *strategos* Germán. En el año 530 Justiniano nombró *strategos* de Tracia a Chilbuido, que seguramente era eslavo, e intentó asegurar la frontera septentrional de Singidunum (actualmente Belgrado) hasta el Mar Negro valiéndose de fortalezas. A pesar de todo, los ataques y las incursiones eslavas no podían ya detenerse. Ciertas regiones de los Balcanes sufrían con una periodicidad casi anual las invasiones de los eslavos. En el año 543 llegaron hasta Tracia, en los años 547-548 penetraron en Iliria y Dalmacia, llegando hasta las puertas de Dirraquio (Durazzo, en eslavo Drač). En los años 550-551 cruzaron el Maritza e incluso lograron vencer a los bizantinos en Adrianópolis y situar Naissus (Niś). Junto con los cutrigures emprendieron el año 559 una ofensiva contra los puntos neurálgicos del Imperio, contra Salónica y Constantinopla. Justiniano, aunque no pudo apuntarse muchos éxitos en la lucha contra los intrusos, se dio a sí mismo el nombre de vencedor *anticus.* En el siglo XVII se editó una *Vita Justiniani* de Nicolás Alemán, que provendría al parecer de un hipotético maestro del Emperador, llamado Teófilo-Bogomil. Según este libro, el nombre primitivo de Justiniano había sido «Upravda» (del eslavo *pravda* = justicia). Así nació la leyenda sobre el origen eslavo de Justiniano, creída hasta comienzos del siglo XIX.

Durante el gobierno de Justiniano II surgió un nuevo enemigo en el Danubio. Los ávaros, pueblo nómada turco-tártaro, fundaron bajo el mando de su jan Boyán un estado independiente

entre el Tisza y el Danubio. También tomaron bajo su mando a los eslavos, organizados «democráticamente» en tribus o familias (como escribe el historiador Procopio [*Guerra de los godos,* III, 14]). Junto con éstos atacaron la capital y asediaron Sirmio (actualmente Sremska Mitrovica); en el año 557-58 penetraron por primera vez 100.000 eslavos en Grecia, devastando el país. Según el testimonio del historiador y monje sirio Juan de Efeso, en esta ocasión los eslavos se establecieron, adquirieron ricas propiedades y aprendieron a hacer la guerra. En el año 581 Constantinopla fue nuevamente asediada. En los años posteriores Grecia sufrió continuas incursiones. La diplomacia bizantina intentó movilizar a los ávaros contra los eslavos, pero fracasó. El objetivo de la conquista eslava era Salónica, ciudad que atribuía su asombrosa salvación a su santo patrón, San Demetrio. En su *Vita* se describen profusamente los asedios de dicha ciudad. En un principio, los eslavos estaban en inferioridad de condiciones con respecto al ejército bizantino en las batallas abiertas, puesto que sólo contaban con armas de madera, arcos y flechas; pero muy pronto dispusieron de armas de asedio que recubrían con pieles frescas para protegerlas de las flechas de fuego. A bordo de sus canoas llegaron hasta las islas, alcanzando, en el año 623, incluso Creta.

Los éxitos de los generales Prisco y Pedro, que en los años 593 y 597 derrotaron al otro lado del Danubio, en su propia tierra, a eslavos, ávaros y gépidos fueron de muy corta duración. Durante el gobierno del emperador Focas cayó Salona, en Dalmacia. La población romana fue reprimida y diezmada. Las instituciones eclesiásticas latinas perecieron. Poco a poco, las tribus eslavas comenzaron a asentarse en las zonas despobladas.

En el año 626 Constantinopla sufrió el asedio de un ejército compuesto de ávaros, eslavos y búlgaros. Heraclio se hallaba en el Este y, por lo tanto, la ciudad estaba abandonada a su suerte. La población, al mando del patriarca Sergio, se dispuso a defenderse. Los bárbaros sufrieron una terrible derrota, y los fieles creyeron que la ciudad se había salvado gracias a la milagrosa intervención de la Virgen. En aquella época surgió el famoso himno de *Akathistos* en honor de la «victoriosa capitana». El poder de los ávaros, que también había pesado sobre los eslavos, había terminado. En esta misma época ciertas tribus eslavas occidentales, bajo el mando del comerciante franco Samo, se liberaron del yugo ávaro, venciendo en el año 631 en Wogastisburgo al rey de los francos, Dagoberto. En el año 629 el emperador Heraclio se había puesto en contacto con el rey franco. Así se perfila ya, en el primer intento de crear un

estado independiente por parte de los eslavos, su posición entre el Imperio bizantino y franco, entre Oriente y Occidente.

Durante los siguientes decenios, los eslavos se extendieron por toda Grecia y el Peloponeso. A mediados del siglo VIII una epidemia de peste había despoblado amplias regiones, que fueron colonizadas de nuevo por eslavos. «Todo el país sufrió un proceso de eslavización y barbarización» (Constantino Porfirogéneta, *De thematibus*, 53, 18). Si con anterioridad a la epidemia ya existían eslavos en el país, ahora su influencia aumentó frente a la debilitada población griega, que vivía principalmente en las ciudades. Del año 680 al 685, muchos eslavos fueron trasladados a Asia Menor, donde deberían luchar junto a los bizantinos contra los árabes. Sin embargo, gran parte de los eslavos se pasó a las filas enemigas, muriendo el resto en manos bizantinas como venganza a su infidelidad. Los continuos intentos de los eslavos macedónicos de tomar Salónica ocasionaron una serie de expediciones militares a «Esclavinia», como se denominaba el norte de Grecia. Ciertos topónimos de origen eslavo testimonian la colonización temporal de Grecia por los eslavos. Este fue el motivo de que en el siglo XIX el historiador Jakob Philipp Fallmerayer afirmara, en su muy discutida tesis, que los griegos modernos eran en realidad eslavos helenizados. Tanto los bizantinistas como los eslavistas rechazan esta teoría por infundada.

A lo largo del siglo VIII los eslavos fueron exterminados por distintas acciones de los ejércitos bizantinos. Seguramente una parte, atraída por la cultura griega, sufrió un proceso de helenización. Las tribus eslavas de los melinguos y los ezeritas se mantuvieron, sin embargo, durante mucho tiempo en los Montes Taigeto, de donde desaparecieron en la época de los turcos. Durante el reinado de la emperatriz Irene, los eslavos sucumbieron ante la superioridad griega en las luchas por Patras, en los años 805-807. De esta forma cayeron definitivamente bajo la soberanía bizantina, si bien es cierto que posteriormente aún se dejaron sentir ciertos levantamientos aislados. En tiempos de Miguel II, Tomás el Eslavo, procedente de Asia Menor, organizó un levantamiento de «los esclavos contra sus señores»; del año 821 hasta el año 823 sus partidarios sitiaron Constantinopla, hasta que, con ayuda de los búlgaros, pudieron ser reducidos. La figura de Tomás recuerda a la del salvador socialutópico en Rusia, como Stenka Razin o Pugačev.

Bizancio se encontraba ante la gran tarea de integrar a los eslavos y convertirlos al cristianismo. Durante la lucha iconoclasta se había llevado a cabo una importante reorganización

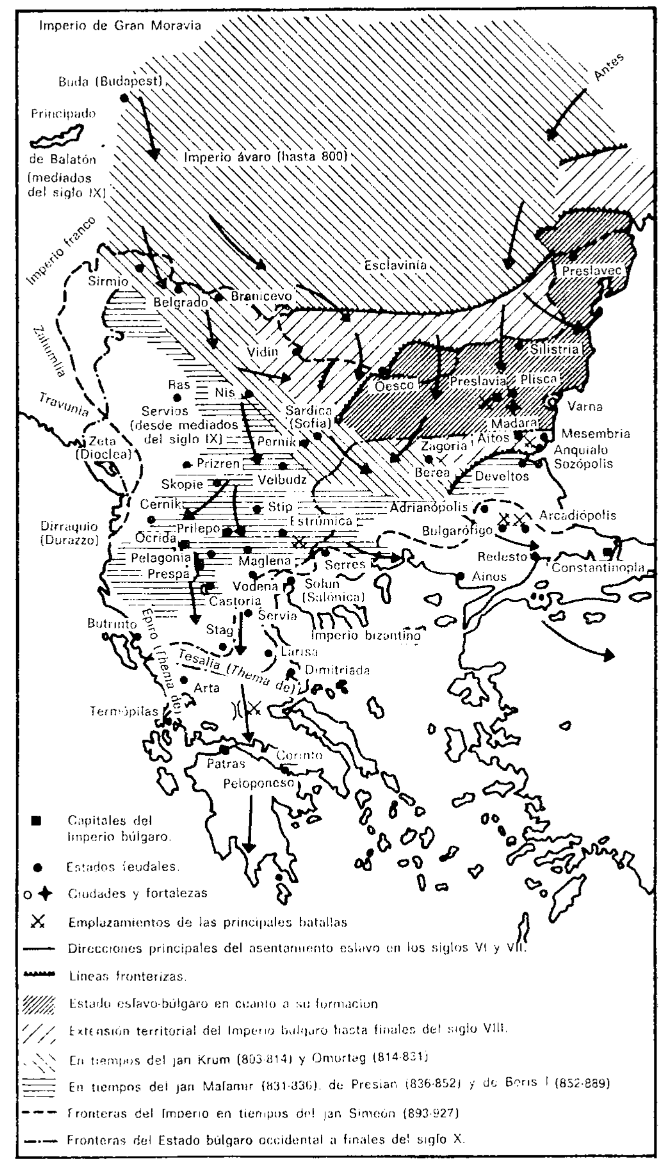


Fig. 5. *Asentamiento eslavo en la Península de los Balcanes. Formación del Primer Imperio búlgaro.*

de las jurisdicciones. En el año 732 toda la región de los Balcanes fue arrebatada al Papa romano, quedando bajo la jurisdicción del Patriarca ecuménico. Una vez superada la última gran crisis de la Iglesia ortodoxa, es decir, la lucha iconoclasta, se emprendió por fin la gran tarea misionera. En la persona del patriarca Focio se aunaron en gran medida la conciencia apostólica ortodoxa y la inteligencia política bizantina. Frente a él se hallaba, sin embargo, el no menos inteligente y arrogante papa Nicolás I. Así, la evangelización de los eslavos se vio entorpecida desde un principio por el antagonismo entre Oriente y Occidente, por las cuestiones dogmáticas en litigio entre la Iglesia griega y latina, y también por las diferencias existentes en torno a la herencia del Imperio romano entre francos y bizantinos. Al entrar los eslavos en la gran familia europea tras su cristianización, se vieron inmersos en este cisma. La situación de los eslavos meridionales resultó especialmente trágica, entrando los croatas a formar parte de la Iglesia católica romana y los servios de la Iglesia ortodoxa griega.

II. *El reino de Gran Moravia*

El imperio ávaro fue aniquilado definitivamente por Carlomagno en el año 797. Con ello no sólo aumentó el poder franco, sino que a su vez los eslavos también intentaron liberarse de la dominación extranjera. El poder de Carlomagno debió de impresionar profundamente a los eslavos. En las lenguas eslavas su nombre pasó a significar «rey» *(kral)*.

Tras el episodio del Imperio de Samo surgió un nuevo Estado, cuyo nombre, «Gran Moravia», fue acuñado por Constantino Porfirogéneta. El primer príncipe moravo, Moimir I, logró aumentar el territorio bajo su dominio a expensas de otro príncipe eslavo, Pribina, que mantenía relaciones amistosas con los francos, expulsándole de Nitra. De esta forma la frontera quedaba delimitada por el sur por el Save y el Danubio, hacia el este por el Tisza y hacia el Oeste por la Selva bávara. En el norte las tribus checas y parte de los servios pertenecían a su área de dominio. Los principales centros políticos, eclesiásticos y económicos de Moravia eran Staré Mĕsto, Mikulčice, Modra, Sady y Pohansko. Excavaciones realizadas después de la segunda guerra mundial sacaron a la luz un amplio material que hace suponer la existencia de una cultura relativamente desarrollada. La cristianización partió de diferentes puntos, desde el Mar Adriático fue realizada por el patriarca de Aquileya, desde Ba-

viera por el arzobispado de Salzburgo y el obispado de Passau, desde la zona del Danubio y finalmente desde Bizancio. Las plantas conservadas de antiguas iglesias evidencian diferentes tradiciones culturales.

El sucesor de Moimir I, Ratislao (840-865), intentó entrar en contacto con el emperador bizantino Miguel III, puesto que sus vecinos eran el Imperio franco y el Imperio búlgaro. No sólo buscaba con estos contactos aumentar su fuerza frente a estos dos poderosos enemigos que se habían aliado en contra suya, sino que también intentaba solucionar una serie de cuestiones político-eclesiásticas. Pidió al Emperador misioneros que pudieran instruir al pueblo, ya convertido, sobre la doctrina cristiana y enseñar el camino de la verdad en lengua vernácula. Para esta misión Constantinopla eligió a dos hermanos de Salónica que se habían destacado por su erudición y habilidad diplomática. Se trataba de los hijos de un alto funcionario bizantino, el *drungarios* Esteban: Metodio (nacido aproximadamente en el año 815) y Constantino o Cirilo (nacido en el año 826-27). Probablemente aprendieron en la primera juventud las lenguas de los eslavos que se habían asentado en las proximidades de su ciudad natal. Ellos mismos eran casi con seguridad griegos y no eslavos, como intentó hacer creer principalmente el nacionalismo tardobúlgaro. Ambos hermanos se complementaron magníficamente. Metodio era al parecer un hombre práctico, mientras que Constantino obtuvo muy pronto el sobrenombre honorífico de «el filósofo». Metodio ocupaba un alto cargo administrativo, pero en el año 840, a raíz de las luchas iconoclastas, se retiró a un monasterio en el Olimpo bitínico. Constantino estudió desde el año 843 en Constantinopla, en la escuela de Magnaura. Los dos eruditos más importantes de su tiempo, Focio y León el Gramático, le enseñaron los conocimientos de su época, las llamadas Siete Artes Liberales. Constantino mantuvo una afortunada disputa con el iconoclasta Juan el Gramático. En los años 855-56 tomó parte en una misión dirigida a los árabes. Junto con su hermano Metodio acompañó en el año 860 a una delegación bizantina que se encaminaba hacia los jázaros de Crimea. Allí encontraron las reliquias del papa San Clemente († 101), que más tarde trasladaron a Roma. Por lo tanto, eran las personas más idóneas para resolver los problemas de Moravia. Para esta nueva misión, Constantino creó una escritura para los idiomas eslavos que conocía, la llamada glagolítica. No se ha llegado a una teoría única sobre los modelos con los que contó para crear un alfabeto fonético tan extraordinariamente exacto. Con este genial

descubrimiento, Constantino colocó la primera piedra en la evolución de las lenguas literarias eslavas. Más tarde, al primer lenguaje culto eslavo, se le dio el nombre paleoslavo eclesiástico o paleobúlgaro. Para casi todos los eslavos ortodoxos éste ha seguido siendo, con ciertas modificaciones, el lenguaje culto hasta nuestros días. Constantino tradujo en primer lugar los Evangelios, comenzando con el prólogo del evangelio de San Juan. Posteriormente tradujo al eslavo la liturgia más importante, las vísperas y las matutinas.

En Moravia ambos hermanos cosecharon grandes éxitos misioneros. A raíz del triunfo del rey Luis el Germánico sobre Ratislao, los clérigos francos recobraron su anterior influencia. Estos observaban la actuación de los griegos con envidia y desconfianza. El papa Nicolás I, defensor acérrimo de la primacía romana, les invitó a Roma. En el año 866, de camino hacia Roma, se detuvieron en Panonia, en la Corte del príncipe eslavo Kocel, hijo de Pribina. Este se interesó por la obra de los hermanos y les ayudó, proporcionándoles 50 alumnos. Al entrar ambos en el año 868 en Roma, el papa Nicolás I ya había muerto. Su sucesor, Adriano II, les recibió con grandes homenajes. Ellos entregaron las reliquias de San Clemente a la Iglesia romana. Su obra misionera y la liturgia que habían transcrito a la lengua vulgar hallaron la aprobación papal. Constantino entró en un monasterio griego en Roma, tomando el nombre de Cirilo (Kyrillos), con el que más tarde sería famoso. Poco más tarde moría, exactamente el 14 de febrero del año 869. Metodio regresó a Moravia con el título de arzobispo de Panonia. Ya existía una base canónica para crear una provincia eclesiástica eslava. Pero en Moravia la situación política interna se había tornado desfavorable para Metodio. Svatopluk (870-894) había destronado a su tío Ratislao y, tras dejarle ciego, le había confinado a un monasterio franco. Desde el punto de vista de la política exterior, Svatopluk estrechó sus relaciones con el reino franco. Las intrigas del clero latino contra Metodio se hicieron cada vez más violentas. En el año 870 fue apresado y colocado ante un sínodo de obispos bávaros, quienes le humillaron. Fue condenado y encarcelado en el monasterio suabio de Ellwangen. Indirectamente el papa Juan VIII tuvo conocimiento de semejante injusticia. Envió al obispo Pablo de Ancona al rey Luis el Germánico y exigió la libertad de Metodio. Este mismo papa legitimó brillantemente la obra del apóstol de los eslavos con la bula *Industriae tuae* dirigida a Svatopluk. En el año 874, Svatopluk restableció la paz en Forchheim con los francos. Con esto la inclinación que Moravia había tenido

hacia Bizancio concluía definitivamente. La misión latina se activó enormemente. El papa Juan VIII prohibió en el año 874 —en un escrito no conservado— el empleo del idioma eslavo en la liturgia (tenemos conocimiento de este hecho por un escrito del mismo papa a Metodio en el año 879). Durante un segundo viaje realizado a Roma, Metodio tuvo ocasión de justificarse de nuevo. Las calumnias y las intrigas que partían sobre todo de su obispo auxiliar Wichingo de Nitra, amargaron los últimos años de su existencia. Entre otras cosas se le acusó de herejía por no haber incluido, por ejemplo, el «filioque» en el Credo, palabra que en aquella época la propia Iglesia romana, a diferencia de la franca, tampoco había incluido aún. En los años 882-883 Metodio se trasladó a Constantinopla, donde halló la aprobación a su trabajo por parte del emperador y del patriarca. El 6 de abril de 885 murió en su sede episcopal de Velehrad. Poco después de la muerte de su maestro, sus discípulos fueron perseguidos y desterrados. El intento de cristianizar el reino gran-moravo desde Constantinopla y, con ello, de introducirlo en la Iglesia oriental y en la cultura bizantina, había fracasado. Al irrumpir en el año 904 los magiares en Europa, también sucumbió el reino moravo. En el curso de los siguientes decenios, los checos, moravos y eslovacos pasaron a formar parte de la Iglesia latina, quedando así bajo la influencia alemana y húngara. Desapareció la liturgia en lengua comprensible para el pueblo, y en su lugar apareció la lengua latina. El eslavo eclesiástico se conservó en algunos lugares privilegiados como por ejemplo en el monasterio de Sázava o, en la época de Carlos IV, en el monasterio de Emmaús, en Praga. No pudo desarrollarse una Iglesia nacional eslava propia de acuerdo con el principio político de la Iglesia oriental, que tendía hacia la autonomía. Se impuso el principio de Roma. No obstante, el pasado no quedó totalmente sumido en el olvido. Este sobrevivió en el pensamiento cirilo-metodiano en la Edad Media, durante el Barroco y principalmente en el siglo XIX. En la época husita se evocaba a la Iglesia oriental y los utraquistas, fundamentalmente, intentaron establecer contactos para obtener sacerdotes legítimamente consagrados. Poco antes de la catástrofe apareció en Constantinopla el checo Pedro Platris, quien era contrario a la unión con Roma. Los griegos, que le habían consagrado, le llamaron Constantino ὁ ἱερεύς «el sacerdote».

La obra evangelizadora de los eslavos Cirilo y Metodio apenas puede estimarse en su justa importancia. Mediante sus traducciones no solamente abrieron a los eslavos el camino del lenguaje culto, sino que, gracias a ellos, el clero bizantino trascendió las

fronteras del territorio griego. Se trataba de traducir textos litúrgicos y teológicos, escritos en una terminología antigua y deformada, a la lengua de un pueblo aún joven y situado a un nivel cultural diferente. Las primeras traducciones son prueba elocuente de la elevada formación teológica y de la pronunciada intuición lingüística de ambos hermanos. En primer lugar, tradujeron los textos litúrgicos más importantes: los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, el Salterio, lecturas de la Biblia y la liturgia así como el *Echologion* o ritual. La *Vita* de Metodio afirma que éste tradujo en ocho meses, con ayuda de dos taquígrafos, todo el Antiguo Testamento, a excepción de los libros de Macabeo. No ha podido confirmarse hasta qué punto responde esta afirmación a la verdad. También se atribuye a Metodio la base de la traducción eslava del *Nomokanon* en el *Zakon sudnyj ljudem.* Probablemente ya había traducido piezas esenciales de la Egloga bizantina con anterioridad a su época morava, cuando en su calidad de funcionario en Macedonia tenía que tratar con súbditos eslavos del emperador bizantino. El *Nomokanon* se añadió en Moravia, lo cual justifica los numerosos bohemismos existentes. Es ésta una selección acertada y adaptada a las condiciones existentes de la legislación bizantina.

También se atribuye a Metodio otra obra, una selección de los *Libros de los Padres,* una especie de *Paterikon* o colección de escritos patrísticos. No está claro si se trata de homilías de famosos Padres de la Iglesia o bien de apotegmas de los Padres de los monjes, puesto que se ha perdido el original así como el correspondiente modelo griego. Muy probablemente debió de tratarse de un manual con citas e historias de los grandes ascetas, que más tarde se generalizaron con el nombre de *Paterikon.* Por lo tanto, la liturgia, el derecho eclesiástico y la ascética de la Iglesia oriental debieron constituir la base espiritual para el arzobispado moravo-panonio. A diferencia de los zares búlgaros, Svatopluk no reconoció la importancia de una Iglesia propia para la independencia del Estado. Cirilo y Metodio se ciñeron severamente a la jurisdicción del papa en Moravia, a pesar de las diferencias de su maestro Focio con Roma. En sus obras puede apreciarse, junto a una pasión misionera y una perspicacia pastoral, una orientación ecuménica, sobrepasando en ello a muchos de sus contemporáneos. Sus discípulos sufrieron duras persecuciones. Ahuyentados por los soldados francos, maltratados y vendidos como esclavos, llegaron por distintos caminos a un país que en aquellos momentos se orientaba hacia el cristianismo y hacia Bizancio: Bulgaria, donde crearon el primer florecimiento de la literatura paleoslava eclesiástica.

III. *Bulgaria*

a) El primer reino búlgaro, 679-1018

Cuando los eslavos ya se habían establecido en los Balcanes y el poder de los ávaros empezaba a descender, un pueblo turco-tártaro, los búlgaros, atravesaba el Danubio en el año 679 obligado por los jázaros, al mando de su jan Isperich (griego Asparuch), asentándose en Mobri. A este pueblo enérgico, organizado feudalmente, se sometieron las tribus eslavas, desunidas entre sí, principalmente porque su cultura material mostraba un nivel superior. Bizancio se encontró con un nuevo y peligroso enemigo que procedía del interior de Asia. El emperador Constantino IV Pogonatos intentó desviarlos, pero en el año 679 sufrió una derrota y tuvo que cerrar un tratado con los búlgaros. En tiempos de Justiniano II el jan Tervel intervino en las luchas por el trono y en el año 705 apareció inesperadamente ante las murallas de Constantinopla con un ejército formado por eslavos y búlgaros. Justiniano II volvió a ocupar el trono. En agradecimiento, entregó a Tervel el *mandyas* imperial, concediéndole el título de emperador *(basileus)*. En el año 716 Tervel consiguió llegar a una serie de nuevos tratados con Bizancio favorables para los búlgaros.

En el futuro los emperadores bizantinos intentaron aniquilar a estos peligrosos vecinos. Tan sólo Constantino IV tuvo cierto éxito en tal empresa. Una vez superadas las luchas internas, el reino búlgaro alcanzó la estabilidad. Tras la destrucción del reino ávaro por Carlomagno, limitaba por el Tisza y el Save directamente con el reino franco. El jan Krum (802-815) conquistó en el año 809 la antigua ciudad de Sardica (actualmente Sofía). En el año 811 Nicéforo I atacó con el ejército bizantino la capital, Plisca, la conquistó y la destruyó. Durante la retirada cayó en una trampa y los bizantinos sufrieron una terrible derrota. Nicéforo I murió y Krum bebió en su cráneo a la salud de sus nobles boyardos. Sus descendientes intentaron por una parte afianzar sus fronteras frente a los francos, y, por otra, conquistar los territorios de Macedonia, poblados por tribus eslavas. Así llegaron a dominar gran parte de la península balcánica y a controlar las vías económicas y militares más importantes, como por ejemplo la *via Singidunum* (Belgrado-Sofía-Filipópolis, Adrianópolis-Constantinopla), la *via Egnatia* (Dirraquio-Ocrida-Salónica-Constantinopla), el Danubio y la costa del Mar Negro. El ordenamiento político del Estado era feudal, y los nobles boyardos apoyaban al jan. Parte de los campesinos eran libres y parte dependían como esclavos del poder central

o de los boyardos, a los que tenían que prestar distintos servicios y pagar tributos en forma de productos naturales. Su capital era la monumental Plisca, cuyas ruinas han sido descubiertas gracias a la arqueología. Sobre la base de la tradición romano-bizantina se construyeron una serie de obras y monumentos que, en su estilo y ornamentación, recuerdan el origen iranio de los arquitectos. El monumento más famoso de esta época es el relieve de un caballero, único en su estilo en Europa, esculpido en la pared de una roca en el pueblo de Madara.

Al igual que los eslavos, también los búlgaros primitivos eran paganos en el momento de penetrar en la península balcánica. La antigua organización eclesiástica fue casi aniquilada, como por ejemplo Sardica (Sofía), en donde había tenido lugar en el año 343 un sínodo. Algunos predicadores, principalmente prisioneros bizantinos, hicieron las veces de misioneros, de modo que ya existían algunos cristianos antes de la verdadera conversión. Durante el reinado del jam Omurtag y sus descendientes, los cristianos soportaron terribles persecuciones. Muchos sufrieron el martirio.

La situación cambió durante el reinado del príncipe Boris, que duró desde el año 852 al 888. Boris propugnó la vuelta al cristianismo en su forma oriental y bizantina, determinando así el futuro de Bulgaria. La cristianización fue acompañada de la eslavización de los búlgaros. El rey Luis el Germánico trató, como el príncipe Ratislao de Moravia, de aliarse con Boris. Bizancio aspiraba a mantener unas relaciones pacíficas con su peligroso vecino. Por su parte Roma no perdía la esperanza de recobrar mediante misiones la jurisdicción de estos territorios perdidos en el año 732. Cuando en el año 863 Ratislao se decidió por los misioneros bizantinos, el rey Luis el Germánico se volvió contra Moravia, consiguiendo Bizancio que Boris recurriera a su ayuda. En el año 865 Boris se bautizó, adoptando el nombre de su padrino imperial, Miguel. Un año más tarde se dirigió en secreto al papa Nicolás I, rogándole le explicara la doctrina cristiana, enviara sacerdotes y nombrara, ante todo, un patriarca búlgaro. El Papa le envió al obispo Formoso con su contestación. Con él llegaron al país sacerdotes latinos. Sin embargo, el Papa eludió el asunto referente a una dirección eclesiástica propia. En Constantinopla había ocupado el trono Basilio el Macedonio, quien destituyó al patriarca Focio y rehabilitó a Ignacio. En el concilio celebrado en el año 870 los Padres adoptaron una postura contraria a Roma en el problema búlgaro, y favorable a la jurisdicción del patriarca ecuménico. Boris, que de nuevo se inclinaba hacia Bizancio, obtuvo un arzobispado para su reino. Con ello el asunto quedó zanjado;

la estructura interna del Estado y de la Iglesia, del arte y de la literatura se ajustaba a los modelos bizantinos. Los fracasos iniciales de la misión griega acabaron al pasar de Moravia al reino búlgaro, propagando así la cristianización entre los eslavos los discípulos de Cirilo y Metodio: Clemente, Naum, Gorazd, Angelar y Sava, denominados, junto con sus maestros, los «Siete Santos».

El gobernador de Belgrado envió a Clemente el Eslavo y a Naum al príncipe Boris. Clemente obtuvo un territorio de la parte sudeste del reino, mientras que Naum creó en Preslavia, en la parte nordeste, un centro cultural en el monasterio de San Pantaleón. Desde Ocrida, Clemente se consagró a la obra misionera en Macedonia. Más tarde se reunió con él Naum, que murió en Ocrida en el monasterio que actualmente lleva su nombre. Clemente formó a un gran número de discípulos. En el año 894 fue consagrado obispo, y su diócesis tomó el nombre del río Veleka. Entretanto Boris había renunciado a la corona y se había retirado a un monasterio. Su hijo Vladimiro intentó resucitar de nuevo el paganismo. A partir de esto, Boris volvió a regir sobre el destino de su país, destituyendo en el año 892 a Vladimiro y ordenando que le cegaran. Posteriormente entregó el trono a su hijo más joven, Simeón, muriendo en el año 907 en un monasterio. Simeón, «el medio griego», se había formado en la escuela de Magnaura de Constantinopla. Trasladó la capital de Plisca a Preslavia, reconstruyéndola grandiosamente. Durante su reinado la literatura paleoeslava eclesiástica experimentó su primer apogeo. Por iniciativa suya se tradujeron las obras más importantes de la literatura bizantina. Clemente escribió una *Vita* de su maestro, San Metodio, así como también homilías *(pochval'nye)* y catequesis *(poucenija)* siguiendo el estilo de la retórica griega, de las que se han conservado 27. Tradujo el *Pentekostarion* ·*(triod'cvetnaja)* y creó una fórmula de confesión contenida en el *Euchologium sinaiticum* escrito en glagolítica. En su época —murió en el 916— se abandonó el empleo de la glagólitica, introduciéndose una escritura nueva y más parecida a la rusa, la *kirilica* o cirílica. Más que a Clemente se debe esta escritura a otro erudito eslavo de su época, Constantino de Presbiterio, autor también de las dos primeras poesías eslavas, una oración según el alfabeto *(azbučnaja molitva)* y un prólogo *(proglas)* al Evangelio. Asimismo intentó emplear formas bizantinas como los acrósticos y el «verso político» dodecasílabo. Su *Evangelio Instructivo* constituye una serie de 51 homilías para el año eclesiástico, que comprende incluso una de Juan Crisóstomo, de Cirilo de Alejandría e Isidoro de Pelusio. También es autor, siguiendo el modelo de las crónicas bizantinas, de un

manual de historia, el *Istorikija.* Otro representante de la cultura escalava eclesiástica primitiva fue Juan el Exarca. Tradujo dos obras teológico-filosóficas que en aquel tiempo revestían gran importancia para el estudio y la formación de los religiosos ortodoxos: la primera parte de la Dogmática de Juan Damasceno y el comentario del Hexamerón, *(Šestodnev),* cuya parte principal se debe a Basilio el Grande. El propio Simeón promovió dichas obras. A su iniciativa se debe también la recopilación *(Sbornik)* de distintos escritos, entre ellos la única retórica paleoeslava eclesiástica primitiva según Jorge Coirobosco y un manual compuesto de sermones de Juan Crisóstomo, llamado *Zlatostruj.* El tratado del monje Chrabr *Sobre los signos eslavos* evidencia una formación enciclopédica, así como también una conciencia eslava frente a los argumentos griegos.

Simeón no sólo imitaba la vida espiritual de Constantinopla en su residencia, sino que también aspiraba a la corona imperial. Los primeros soberanos habían ostentado el título de «jan», y su padre había sustituido éste por el de «knaz» eslavo, ἄρχων en modismo bizantino, y él, por su parte, perseguía el título de *basileus,* no sólo con el fin de aumentar el prestigio del reino búlgaro, sino para llegar a poseer el título de emperador en toda su importancia. Amplió sus fronteras tras ininterrumpidas guerras con Bizancio. En el año 896 venció en Bulgarófigo a los bizantinos, que habían intentado incitar a los húngaros contra él. De nuevo salió victorioso con la ayuda de los pechenegos. Los húngaros se dirigieron hacia el Oeste, destruyeron el reino gran-moravo y se introdujeron a modo de cuña entre los eslavos meridionales y occidentales. En el año 913 Simeón se encontraba ante las murallas de Constantinopla. Se hallaba a pocos pasos del éxito. El patriarca Nicolás le ofreció la posibilidad de unirse a la casa imperial y con ello la de convertirse en *basileus.* La hija de Simeón debería casarse, pues, con el joven emperador Constantino VII. Mas la emperatriz Zoe y Romano Lecapeno desbarataron estos planes. Simeón se otorgó así mismo el título de «Zar de los búlgaros y autócrata de los griegos» y convirtió el arzobispado búlgaro en patriarcado. Pero militarmente no estaba en condiciones de conquistar la capital. Las luchas con los servios y los croatas debilitaron sus fuerzas. Al morir repentinamente en el año 927 subió al trono su hijo Pedro, una personalidad débil. El título de *basileus* fue limitado a Bulgaria, se reconoció con porfía el patriarcado y en ello la autonomía búlgara, permitiéndose la unión matrimonial con la casa imperial griega, si bien no precisamente con una «porfirogéneta». Además los bizantinos se comprometían a pagar una suma anual. El intento de hacerse con la hegemonía

entre los estados cristianos finalizaba así con una fórmula de compromiso.

En los comienzos de su reinado (927-969) Pedro logró mantener la paz con Bizancio. Pero en el interior del país nacían nuevos problemas. Algunos nobles se sublevaron contra él, teniendo uno de ellos éxito en la empresa. Así, en el año 963 surgió en el Este un estado macedónico independiente, bajo la autoridad del noble Nicolás. La población se sentía cada vez más insatisfecha, oprimida como estaba por los impuestos que debía satisfacer a la nobleza y a la Iglesia, cada vez más poderosa. A partir del año 68, Nicéforo Focas acosó al reino eslavo oriental. Indujo al príncipe ruso Sviatoslav de Kiev a atacar a los búlgaros. En el año 968 destruyó sus ciudades en las orillas del Danubio, y en el año 969 intentaba convertir Preslavia en su residencia. Fueron los pechenegos al sitiar Kiev los que salvaron realmente a Constantinopla. Juan Zimisces unió de nuevo el reino búlgaro oriental a Bizancio. En el año 972 Boris II, en calidad de prisionero, tuvo que despojarse públicamente de las insignias imperiales, siendo degradado al cargo de funcionario bizantino. Sin embargo, el reino macedónico prosiguió su evolución bajo el reinado de Samuel. En principio fue Sofía la capital, y posteriormente Vodena, donde también residía el patriarca. Desde allí se trasladó a Maglena y finalmente de Prespa a Ocrida. Pero el Imperio bizantino había recobrado entre tanto sus fuerzas. Tras una serie de fracasos, Basilio II venció a los búlgaros en numerosos encuentros militares. En el año 1014 tuvo lugar la última batalla. En el monte Belasica fueron hechos 14.000 prisioneros, a los que cegó dejando tuerto a uno de cada cien para que sirvieran de guías a sus compañeros. Cuando Samuel vio llegar a Prilepo, ciudad a donde había huído, tan triste cortejo, murió de desesperación. Basilio II obtuvo a raíz de estos acontecimientos el sobrenombre de «Bulgaróctonos» (matador de búlgaros). Pero aún fueron precisos cuatro años más para la destrucción total del reino búlgaro. El hijo de Samuel, Gabriel Radomir, fue asesinado por su sobrino Juan Ladislao. Y éste a su vez encontró la muerte durante el asedio de Dirraquio. En el año 1018 cayó en manos bizantinas Ocrida, la última capital búlgara. Fue suprimido el patriarcado búlgaro, convirtiéndose Ocrida en un arzobispado autónomo que, con los restantes 32 obispados sufragáneos, quedaba directamente subordinado al emperador. Simultáneamente, en el corazón de la Iglesia eslava primitiva se iniciaba una política de helenización.

Con el cristianismo difundido desde Constantinopla penetró también en Bulgaria la tradición monástica de Oriente. Durante

el reinado del príncipe Boris, que, como otros soberanos medievales, terminó sus días en un monasterio, se fundaron los primeros monasterios en Preslavia y Ocrida. Estos debieron tener el carácter de centros de vida cultural y caritativa siguiendo la tradición del monacato cenobítico. Pero también cobró fuerza la tradición sirio-palestina del ermitaño retirado de la vida terrenal, es decir, el monacato eremítico. En el siglo x vivió en los montes Rila en una caverna el santo anacoreta Juan de Rila (946). Posteriormente se erigió allí mismo el famoso monasterio de Rila, centro de la vida búlgara ortodoxa. Junto con Joaquín de Osogovo, Procor de Pčinia, que vivía en una encina, y Gabriel de Lesnovo, es uno de los «Cuatro Santos» que en Bulgaria representan la severa forma del monacato eclesiástico oriental. La Iglesia búlgara también venera como santo al apacible zar Pedro.

b) Los bogomilitas

Durante el reinado de Pedro apareció en Bulgaria un movimiento religioso oriental dirigido en contra de la Iglesia oficial y del Estado. Dicha secta adoptó el nombre de su hipotético fundador, el pope Bogomil. Su doctrina tenía fundamentalmente dos fuentes: por un lado, la secta de los paulicianos, cuyos miembros fueron trasladados por Juan Zimisces aproximadamente en el año 970 desde Asia Menor a Tracia, a la región de Filipópolis; por otro, el grupo, rigurosamente ascético, de los mesalianos o euquitianos, que únicamente aceptaban la oración continua y condenaban el culto eclesiástico. Los paulicianos defendían un dualismo extremo, la lucha eterna entre el principio del Bien y el Mal, de forma similar a los maniqueos. Los bogomilitas pensaban que la lucha estaba limitada en el tiempo. Su doctrina puede resumirse brevemente de la siguiente manera: el buen Dios creó siete cielos, los cuatro elementos y a Satanás con los ángeles. Satanás se rebeló contra él y fue derribado. A continuación éste creó el mundo material y el hombre, a quien, sin embargo, no podía otorgar el alma. El alma de Adán y Eva proviene de Dios. Satanás engendró con Eva a Caín, asesino de Abel. El Verbo de Dios, el Logos, aparece en Cristo, que había adoptado de María un cuerpo aparente. La redención se basaba en liberar el alma —principio espiritual— del cuerpo —principio material y malo—. No se aceptaba a la Iglesia por considerarla obra de Satanás. Los bogomilitas condenaban la jerarquía y los sacramentos, la veneración de los santos, de la cruz, de las reliquias y de los iconos. Unica-

mente aceptaban la oración del Padrenuestro, que rezaban arrodillados varias veces al día. Del Antiguo Testamento consideraban que el Pentateuco era fundamentalmente el libro de Satanás y tan sólo en el Nuevo Testamento, y principalmente en el Evangelio de San Juan, veían la revelación del verdadero Dios. Los bogomilitas criticaban duramente la riqueza del clero y la ostentación de la Iglesia. Vivían con sencillez y sobriedad, no bebían ninguna clase de vino ni comían carne, y detestaban el crimen y cualquier derramamiento de sangre. Se envolvían en oscuros hábitos monacales. No aceptaban el matrimonio. Los bogomilitas formaban tres grupos: los consagrados, los oyentes y los creyentes. A los consagrados se les exigía una vida rigurosamente ascética. Ellos se ocupaban de la organización y de la predicación. Los oyentes y los simples creyentes no estaban obligados a llevar la misma vida. Se confesaban unos a otros y se reunían para orar en común. Reconocían un único bautismo del alma, que llevaban a cabo leyendo el Evangelio de San Juan. El creyente se convertía en oyente y éste en consagrado mediante un acto especial. La jerarquía se componía de los más ancianos y de los maestros o apóstoles. Su doctrina tuvo una fuerza expansiva extraordinaria. La apasionada protesta contra la riqueza y el lujo, y el rechazo de la guerra fueron bien aceptados por el atormentado pueblo. No puede precisarse en qué medida se apoyaba en el paganismo eslavo esta concepción dualista del mundo, puesto que se sabe realmente poco sobre la religión de los eslavos.

El zar Pedro se dirigió al patriarca Teofilacto de Constantinopla y le consultó la manera de luchar en contra de esta nueva herejía. En su respuesta, el patriarca condenaba con poca inteligencia los errores principales de los paulicianos y maniqueos, considerando que aquéllos formaban parte de la esencia de los bogomilitas. En territorio griego, el monje Eutimio Zigabeno polemizaba contra la nueva doctrina herética. El filósofo Miguel Psellos describió las concepciones de los euquitianos y maniqueos, similares a la doctrina de los bogomilitas. El presbítero Cosme también intentaba rebatir en Bulgaria a los bogomilitas. En el año 1111 fue quemado el médico búlgaro Basilio en Constantinopla, donde se había desarrollado un centro de dicha secta. En todas partes los bogomilitas eran perseguidos tanto por la Iglesia como por el Estado. Por ello a menudo se mantenían, al menos en el aspecto externo, dentro de la Iglesia. Los fugitivos llevaron la doctrina desde Bulgaria a Servia. En Bosnia tuvo gran aceptación bajo Ban Kulin. Desde el siglo XII hasta el XV floreció la llamada Iglesia bosniana. Durante las Cruzadas, ésta se vio fuertemente diezmada, introduciéndose

entonces sus restos en el Islam. A través de sus relaciones comerciales con los venecianos, de las Cruzadas y de las guerras de los normandos llegaron también a Italia y Francia ciertas concepciones bogomilitas. Su tradición sobrevivió en los cátaros. patarinos, albigenses y valdenses. Estos también fueron denominados a menudo *bulgari*. Su teoría llegó, a través de las relaciones comerciales con Occidente, incluso a Novgorod, donde fue defendida por los *strigol'niki*. Los bogomilitas representaban algo así como una subcultura desarrollada dentro de la propia cultura bizantina, que contenía en sí misma elementos gnósticos. Su literatura, los *Apócrifos*, textos de contenido cosmogónico y escatológico, se extendió muy rápidamente por Oriente, en parte gracias a la lengua paleoeslava eclesiástica, influyendo en gran medida en la literatura popular. Los *Apócrifos* gozaron de una acogida mucho mayor entre el pueblo llano que la literatura eclesiástica oficial. El texto primitivo búlgaro del *Libro secreto* o Evangelio apócrifo de San Juan ha desaparecido, conservándose tan sólo dos manuscritos latinos posteriores. La *Visión de Isaías* se ha conservado en redacciones eslavas. Otras obras fueron *Razumnik, Sotvorenie Adama, Chozdenie po mukam, Pepseda trech svjatitelej,* las cuales también encontraron gran difusión en Rusia. Los *Duchobnye stichi,* canciones que los mendigos entonaban a las puertas de las iglesias, contienen más elementos gnósticos-bogomilitas que litúrgico-eclesiásticos. En ellos siempre se entreveía una fuerte crítica social, como por ejemplo en las canciones del pobre Lázaro. Durante la época turca, los bogomilitas fueron desapareciendo poco a poco de los Balcanes: parte de ellos se hicieron mahometanos, como en Bosnia, y parte se convirtieron por interés al catolicismo, como en Bulgaria.

c) Bulgaria y el dominio bizantino: 1010-1186

Bulgaria se estaba convirtiendo paulatinamente en una provincia bizantina. Funcionarios y obispos griegos sustituyeron a los nobles y jerarcas búlgaros y eslavos. Una pujante política de helenización tenía por objeto hacer desaparecer la nacionalidad búlgara. La Iglesia bizantina aceleró de forma especial esta helenización del pueblo. El arzobispo griego Teofilacto de Ocrida se manifestó despectivamente con respecto a sus fieles búlgaros, al ver en ellos únicamente a bárbaros incultos. También fue sustituido el nombre de Bulgaria por el de «Mesia», antigua denominación de la provincia.

En las ciudades se acuartelaron guarniciones bizantinas. En el campo cada vez había más campesinos en régimen de servi-

dumbre a medida que aumentaba el latifundio. En lugar de las primitivas contribuciones en forma de productos naturales aparecieron los impuestos que debían satisfacerse en dinero. El sistema de la *pronoia* (*cf.* cap. 5, III, pp. 248 ss.) provocó una explotación desconsiderada de la población rural. Incluso el propio Teofilacto consideraba ladrones a los funcionarios. Los obispos y los monasterios también dominaban sobre pueblos enteros. De esta forma, y a pesar de la persecución, los bogomilitas aumentaban considerablemente. A esto debe añadirse que la región localizada entre el Danubio y los Balcanes sufría serias devastaciones por las continuas incursiones que desde el Norte realizaban los pechenegos y los uzos. También los Cruzados que atravesaban el país se comportaban frente a la población de forma desconfiada, puesto que a partir del año 1054 la consideraban cismática. Ya entonces creció la antipatía hacia los latinos. En el año 1040 se produjo el primer levantamiento provocado por una recaudación tributaria, al mando de un nieto del zar Samuel, Pedro Delyán. El movimiento prendió en la región de Skopie, Drač (Durazzo) y el Epiro. Tras una serie de éxitos iniciales, el levantamiento fracasó por culpa de la traición. Un hijo del zar Juan Ladislao, Alusian, que había obtenido de Basilio II el título de patricio y residía en Armenia en calidad de *strategos,* huyó de esta región y apoyó inicialmente dicho levantamiento. Pero a raíz de la derrota de Salónica traicionó a Pedro Delyán e hizo que le cegaran, regresando a su puesto bizantino.

En Macedonia se desencadenó un nuevo levantamiento en otoño del año 1072. A la cabeza se puso el noble búlgaro Jorge Vojtech, que se hallaba al servicio bizantino.

Para asegurar el apoyo del Zupán servio de Zeta, Miguel, proclamó en Prizren zar de los búlgaros a su hijo más joven, Constantino Bodin. Este, junto con su general Petrilo, logró conquistar algunas ciudades, entre ellas Niš y Ocrida. Sin embargo en Kostur (Castoria) sufrieron una grave derrota. Los bizantinos ocuparon el centro del levantamiento, Skopie. Constantino y Petrilo fueron hechos prisioneros. En el año 1073 también había fracasado este intento de sacudirse el yugo bizantino. No obstante, en los años posteriores hubo continuos conatos de levantamientos, como los de Sardica o Sredec (Sofía) en el año 1078, Mesembria (Nesebar) y Plovdiv en el año 1084.

d) El segundo Imperio búlgaro: 1185-1396

La situación en que se encontraba el pueblo macedonio y búlgaro bajo el dominio bizantino se hacía cada vez más insoste-

nible; los impuestos crecían sin medida. En el año 1183 penetraron desde el Norte hasta Sofía los magiares, devastando el país. En el año 1185 los normandos, que venían de Italia, conquistaron Salónica. Aprovechando el momento tan desfavorable para Bizancio, comenzó en el año 1185 en Tirnovo un nuevo levantamiento, dirigido por los hermanos Asen y Teodoro, boyardos de familia búlgaro-cumana. Estos habían pedido inútilmente al emperador Isaac II Angel un ejército y un pequeño territorio sin grandes posibilidades. El levantamiento se extendió a toda la parte nordeste de Bulgaria. En el año 1186 el propio emperador Isaac II marchó al frente de un gran ejército contra los rebeldes. Los hermanos se vieron obligados a cruzar el Danubio. Poco tiempo después volverían con la ayuda de los cumanos, liberando así la parte septentrional de Bulgaria del dominio bizantino. En el año 1187 el Emperador tuvo que firmar un tratado de paz en Lovec y reconocer el nuevo Estado. Teodoro fue nombrado zar y a partir de entonces se hizo llamar Pedro. Escogió Tirnovo como capital. El objetivo de los hermanos era incorporar de nuevo a su imperio Macedonia y Tracia. Sin embargo fueron víctimas de una conjura de los boyardos. En el año 1196 un boyardo llamado Ivanco asesinó a Asen I, y un año más tarde moría también Pedro. Subió al trono su hermano más pequeño, Caloyán (1197-1207). Tuvo éxito en sus contiendas, y, a raíz del tratado de paz cerrado en el año 1201 con Alejo III Angel, su zona de dominio abarcaba ya Bulgaria meridional y septentrional, las ciudades de la costa del mar Negro y partes de Tracia y Macedonia. Por segunda vez en su historia, Bulgaria habría de decidir si entraba en el área de influencia de la Roma oriental u occidental. Caloyán finalmente recurrió al papa Inocencio III, uno de los defensores más vehementes de la primacía romana. De nuevo se planteaba el problema de la independencia política y eclesiástica.

Una vez concertada la unión, Caloyán obtuvo en el año 1204 el título de «rey» y el arzobispado de Tirnovo se convirtió en «primado» de la Iglesia búlgara. Pero Caloyán esperaba algo más. Tenía la esperanza de obtener para sí el título de emperador y para la Iglesia un patriarca. Sin embargo, la diplomacia papal se resistía a concederle tal cosa. En aquel tiempo, y durante la Cuarta Cruzada, Constantinopla había caído en manos de los latinos. Allí crearon su Imperio, que limitaba con Bulgaria. En un principio, Caloyán mantuvo una postura neutral, pero cuando los cruzados se dispusieron a tantear su territorio, salió a su encuentro derrotándoles el 14 de abril de 1205 en Odrin (Adrianópolis). El emperador latino Balduino fue trasladado en calidad de prisionero a Tirnovo. A pesar de sus éxitos, Caloyán

contaba con enemigos políticos en el seno mismo de su reino. En el año 1207, durante el asedio de Salónica, fue asesinado. Su sobrino Boris ocupó el trono gracias a una conjura. Pero también tuvo que luchar con los rebeldes boyardos y con los bogomilitas, contra los cuales hubo de convocar un sínodo en el año 1211. En 1218 fue destituido, y en su lugar ocupó el trono, apoyado por los rusos, el legítimo heredero, Iván Asen II (1218-1241). Durante su gobierno Bulgaria conoció un nuevo apogeo. Venció al déspota de Epiro Teodoro Comneno. A partir de entonces Bulgaria se extendería desde el mar Adriático hasta el mar Negro y el Egeo. En el año 1235 luchó contra los latinos en Nicea al lado del emperador bizantino. Se disolvió la unión con Roma y el arzobispo de Tirnovo obtuvo el título de patriarca. La balanza se inclinaba de nuevo a favor de la segunda Roma. En el interior, aumentaban las diferencias entre la nobleza, cuyas rentas se incrementaban de día en día, y los campesinos, que poco a poco iban convirtiéndose en siervos. En política exterior, el Imperio estaba amenazado en el Norte por los húngaros y los tártaros y en el Oeste por los servios y los déspotas de Epiro. El poder central pasó a ser un juguete de los boyardos. Los zares Calimán I (1241-1246) y Miguel Asen (1246-1257) cayeron víctimas de las luchas internas de la nobleza. Finalmente, los boyardos lograron el trono para su candidato, Constantino Tich, miembro de la casa real servia y desposado con una nieta de Asen II. En su calidad de zar se hizo llamar Constantino Asen (1258-1277). Durante su reinado sucumbió el Imperio latino. Pero sus intentos de hacer frente a Bizancio fracasaron. De nuevo se perderían las provincias de Tracia y Macedonia. En el año 1277 el pueblo oprimido se sublevó contra la nobleza al mando del porquero Ivailo, el cual logró formar un ejército de campesinos lo suficientemente fuerte para hacer retroceder a tártaros y griegos y finalmente conquistar Tirnovo. Ivailo contrajo matrimonio con la viuda de Constantino y fue coronado emperador (1277-1281). Por otra parte, los boyardos intentaron que su candidato, Iván Asen III (1279-1280), también apoyado por Bizancio, ocupara el trono. Pero Ivailo aniquiló al ejército bizantino forzando así la huída a Constantinopla de Iván Asen III. A raíz de tales acontecimientos, la nobleza alzó a Jorge Terter (1280-1292) como zar. La decadencia del reino proseguía. En Vidin se creó un principado independiente con el déspota Šišman a la cabeza. En las otras regiones existían vasallos más o menos enemigos del poder central. Disponían de ejércitos propios y guerreaban entre sí. Los tártaros atravesaron el reino, saqueándolo todo. Entonces fue cuando Terter casó a su hija con el hijo del rey tártaro Nogaj Čak (1298-

1300). Sin embargo fue Teodoro Svetsaslov (1300-1321) el que logró acabar con el dominio tártaro. Todos los vasallos le reconocieron como zar, a excepción del principado de Vidin. Mediante algunas batallas pudo reconquistar pequeños territorios a los bizantinos. Durante el reinado de su sucesor, Miguel Šišman (1323-1330), las fuerzas separatistas triunfaron, fortaleciéndose aún más bajo Iván Alejandro (1330-1371). Añádase a esto las continuas luchas con bizantinos y servios. A mediados del siglo XIV el reino búlgaro quedaba dividido en tres partes. Por un lado, la Dobrucha, situada al noreste, entre el curso inferior del Danubio y el mar Negro, dominada por el boyardo Balik, por otro Tirnovo y Vidin, territorios que fueron divididos entre los hijos de Iván Alejandro. Iván Šišman obtuvo el primero, e Iván Sracimir el segundo, es decir, el territorio en torno a Vidin.

A finales del segundo reino prendió en los creyentes ortodoxos la doctrina mística del hesicasmo, cuyos representantes ocupaban puestos importantes dentro de la jerarquía. Junto a éstos aparecieron también extrañas formas de sectarismo. De Atos llegaron dos curiosos representantes de un equívoco ascetismo, Lázaro y Cirilo Bosota. Lázaro se había castrado a sí mismo a la manera de los posteriores *skopzen* rusos. Andaba desnudo por las calles, cubriendo sus órganos genitales con una calabaza, «una extraña y terrible visión para todos aquellos que le encontraban» *(Vita* de San Teodosio de Tirnovo). Cirilo Bosota ultrajaba los íconos y la cruz y pedía a los matrimonios que se separaran. No faltos de razón hubo personas que le consideraron hijo de Lucifer, el ángel caído, dado que celebraba cultos secretos y festejaba orgías nocturnas. Movimientos similares también se conocieron a finales de la Edad Media en Occidente. Como puede apreciarse existen a veces ciertas concomitancias entre Oriente y Occidente.

Los turcos, que a partir del año 1352 se habían asentado en los Balcanes, no hallaron dificultad a la hora de conquistar uno a uno los diferentes estados que encontraban a su paso ya destrozados y en ruinas. En el año 1371 conquistaron Tracia y Macedonia, y en el 1382 ocuparon Sofía. El 17 de julio de 1393 el sultán Bayaceto (Bāyacid) conquistó después de tres meses de asedio la ciudad de Tirnovo. El zar búlgaro Iván Šišman murió, y el patriarca Eutimio fue desterrado. Era el comienzo de la soberanía turca. La independencia eclesiástica llegó definitivamente a su fin cuando el sultán, a raíz de la caída de Constantinopla, convirtió el patriarcado ecuménico en cabeza visible de los ortodoxos en la península balcánica. En adelante la je-

Fig. 6. *El Segundo Imperio búlgaro.*

rarquía se compuso exclusivamente de griegos. Un búlgaro jamás podría ocupar el cargo de obispo.

El segundo reino búlgaro constituyó una época de apogeo comparable a la de Simeón, tan llena de esperanzas. Si durante el reinado de Simeón ya se había llevado a cabo una cierta revisión de la obra de los Apóstoles de los eslavos, ahora se emprendió la tarea de comparar de nuevo las obras litúrgicas y teológicas con los originales, corrigiendo posibles errores. A mediados del siglo XIV la literatura eclesiástica eslavo-búlgara alcanzó pues su segundo apogeo. En Tirnovo se creó una escuela literaria propia, entre cuyos alumnos no sólo había búlgaros, sino también servios y rusos. Esta conciencia que se inclinaba hacia la tradición eclesiástica fue provocada por el hesicasmo. Gregorio de Sinaí, a quien se consideraba fundador de esta nueva postura teológico-mística, murió en Bulgaria, donde le sobrevivieron numerosos discípulos. Uno de ellos, Teodosio de Tirnovo († 1363), tradujo su *Capítulo* místico-teológico. El, a su vez, contó con una serie de discípulos: Dionisio, que tradujo un volumen de las obras de Juan Crisóstomo *(Margarita),* Teodosio, de quien proviene la traducción de Juan Clímaco. Sin embargo, el más importante fue el futuro patriarca Eutemio. Llevado por un profundo respeto hacia la tradición, se ocupó de revisar y corregir las traducciones, cotejándolas con los originales y aportando en su empeño un extraordinario trabajo filológico. Reformó la ortografía e incorporó no sólo los acentos sino el espíritu de los griegos al eslavo. En parte las traducciones mejoraron y pudieron eliminarse errores que el cambio de lengua podía haber provocado; pero también sufrieron cierto deterioro debido al intenso y escrupuloso proceso de acomodación al griego. Eutimio tradujo de nuevo las liturgias de Juan Crisóstomo y de Jacobo; el *Typikon* y el *Oktoikon* fueron redactados otra vez. Escribió en un estilo nuevo las vidas de San Juan de Rila, Petca de Tirnovo, Hilario de Maglena y Filotea. En una serie de cartas dio a conocer su postura frente a los problemas religioso-filosóficos. Se han conservado cinco homilías suyas. Sus discípulos desarrollaron lo que él había iniciado y llevaron su herencia a los eslavos orientales y servios. Cipriano († 1406) llegó a ser metropolitano de Kiev, y posteriormente fue elegido metropolitano de toda Rusia con sede en Moscú. Con él comenzó la segunda oleada de la literatura eclesiástica eslava en Rusia. El discípulo más famoso de Eutimio fue Gregorio Camblak († 1419-1420), quien actuó en Bulgaria, Servia y Polonia-Lituania. En Vilna fue elegido metropolitano de Kiev. En el año 1418 se presentó acompañado de un enorme séquito en el Concilio de Constanza. Sus discursos laudatorios se caracterizan por su estilo

y originalidad. Entre otras pronunció la oración fúnebre de Cipriano. Junto a Joasaf, metropolitano de Vidin, que en su homilía en Filotea se lamentaba con patéticas palabras de la caída de Tirnovo, tuvo gran importancia Constantino de Costenec. En un tratado expuso las bases para una reforma ortográfica. Murió en Servia, donde escribió una *Vita* de Esteban Lazarević. Con la victoria de los turcos este florecimiento de la literatura se marchitó antes de que pudiera fructificar en el pueblo búlgaro.

Al lado de estas obras teológicas también llegaron a Bulgaria las más apreciadas de la literatura profana bizantina, como por ejemplo la novela de Alejandro, la narración de la Guerra de Troya, el cuento de Estefanites e Icnilates, la historia del sabio Acir y la novela de Barlaam y Josafat. A estos títulos deben añadirse las colecciones de sentencias tituladas *Melissa* (en eslavo *Pčela)* y otras acreditadas enciclopedias. Tuvieron una especial acogida las obras históricas, como la *Guerra de los judíos,* de Josefo Flavio. Las crónicas de Malala y Hamartolo fueron compiladas, junto con las partes históricas de la Biblia, en un Cronógrafo que sirvió de modelo a los historiadores eslavos. Por orden del zar Alejandro se tradujo la crónica de Constantino Manases. El manuscrito, que se encuentra en el Vaticano, está ilustrado con miniaturas de la historia bizantina. Durante el segundo reino búlgaro puede apreciarse igualmente la influencia bizantina en el arte.

En el período bizantino se habían construido en el territorio de la futura Bulgaria un gran número de iglesias de planta circular o bien de estilo basilical. Entre las iglesias de planta circular la que mayor interés ofrece es la de San Jorge, en Sofía, y las ruinas de la «Iglesia Roja», de Peruštica. La iglesia de Sofía, de tres naves, nave transversal y cúpula plana, data del siglo VI. Poco después de la cristianización, durante el reinado de Boris, se desarrolló una intensa actividad constructora. En Plisca se erigió una pequeña iglesia palaciega, una basílica, de la que únicamente se conserva la planta. Fuera de la ciudad se levantó un monasterio con una gran basílica. La ornamentación de sus paredes se basaba en la alternancia de ladrillos y sillares. El zar Simeón mandó erigir en su residencia de Preslavia una grandiosa construcción circular a la que anteponía un nartex de dos pisos con torres, la «Iglesia Dorada». Mantiene cierto parecido con las rotondas de Dalmacia y Gran Moravia. Su interior estaba ornamentado con mosaicos y planchas de barro multicolores. De un monasterio situado en Patlena se ha conservado un icono de San Teodoro en plancha de barro. Fuera de Constantinopla la basílica perduró durante más tiempo. El

zar Samuel mandó construir en una isla del lago Prespa la iglesia de Aquiles, basílica de pilares, con tres naves y galerías altas. La iglesia de Sofía, en Ocrida, del siglo XI, es igualmente una basílica compuesta por tres naves de casi idéntica altura, unidas de forma similar a la iglesia de arcadas por un tejado. La primera iglesia cruciforme fue la de San Germán, junto al lago Prespa. En el año 1186 se construyó la de Demetrio en Tirnovo. En la capital se encontraban la de San Pedro y San Pablo, con importantes frescos del siglo XIV, y la iglesia de San Jorge, ambas cruciformes. En Mesembria (actualmente Nesebăr), en la costa del mar Negro, se construyeron durante los siglos XIII y XIV las iglesias del Pantocrátor, de San Teodoro y Santa Parasceva y la de San Juan Aliturgetos, de las que tan sólo conservamos sus ruinas. Sus paredes exteriores estaban decoradas con cerámica polícroma. La más famosa por sus frescos es seguramente la iglesia de Bojana, situada a los pies del monte Viteša y erigida en el año 1259. Son auténticas obras maestras de la pintura de estilo bizantino, principalmente los cuadros de los donantes, que se consideran precursores del renacimiento de los Peleólogos. Por el contrario, en la pintura de la iglesia conventual de Zemun (Semlin) se unen dos elementos opuestos: formas bizantinas con una cierta sencillez monumental. Casi todos los frescos de la iglesia de los Cuarenta Mártires de Tirnovo desaparecieron al convertirse ésta en mezquita. Muchos de sus monumentos fueron destruidos posteriormente, en el año 1913, por un terremoto. La pintura de iconos y de libros de esta época seguía al pie de la letra las reglas de la iconografía ortodoxa.

La relación entre las culturas de Bizancio y Bulgaria fue más estrecha de lo que podrían dar a entender sus continuas y sangrientas contiendas. Los primeros búlgaros turaníes, habían erigido su Estado sobre las ruinas de las provincias romanas. Esto representaba una continua amenaza para el Imperio romano oriental. Las relaciones eran de clara enemistad. Cuando Boris se mostró dispuesto a bautizarse y convertir el cristianismo en religión oficial, las relaciones con el emperador se hicieron más estrechas, incluso familiares. Miguel III fue el padrino de Boris, emparentando así con él desde un punto de vista espiritual y de derecho canónico. Boris se convirtió para la familia imperial bizantina en su hijo espiritual. Su pueblo, ya convertido al cristianismo, ocupó el lugar que le correspondía en el conjunto de los restantes pueblos cristianos de Europa. En principio su soberano siguió siendo el ἄρχων, hasta el momento en que Simeón tomó parte de la lucha por el dominio del mundo. Reclamó para sí el título de «Zar de los búlgaros y autócrata

de los griegos». El hecho de haber sido educado en Bizancio le hacía conocer el alcance de su pretensión a asignarse semejante título, mucho mayor que la simple valoración de su estado. Los griegos, por su parte, también interpretaron lúcidamente este paso, es decir, como una arrogante usurpación. En Preslavia Simeón desarrollaba una brillante vida cortesana. La ornamentación de la ciudad, de la cual ofrece una imagen impresionante Juan el Exarca, intentaba emular a Constantinopla. El siguiente paso de Simeón fue convertir al arzobispo en patriarca, adoptando así cada vez más el pensamiento político bizantino. Al levantarse en el año 1185 los hermanos Pedro e Iván Asen contra los bizantinos, se coronaron emperadores y adoptaron los zapatos de color púrpura propios de los emperadores bizantinos. Caloyán ostentó el título de *V Christa Boga blogověrnyj car'i samodržec vsem Blagarom i Grăkom* (zar y autócrata de todos los búlgaros y griegos, ortodoxos en Cristo, Dios). Iván II Asen aspiraba a suceder a los latinos, pero fracasó. No obstante creó de nuevo el patriarcado búlgaro. Las miniaturas representaban a Iván Alejandro (1331-1365) de acuerdo con los modelos bizantinos. La púrpura era el color reservado para el ropaje imperial. La aureola significaba la esfera divina, en la que penetra gracias a su calidad de emperador. La mano derecha de Dios le corona o bendice desde las nubes. También las monedas búlgaras se acuñaban siguiendo el modelo bizantino. Por un lado podía verse al zar con su símbolo de poder, por el otro una representación de Cristo. Los cargos imperiales o cortesanos se concedían siguiendo el modelo bizantino. Por regla general, el hermano o un pariente cercano del zar accedía al cargo de Sebastocrátor. En la retórica se emplean todos los títulos honoríficos de los emperadores literalmente traducidos, como por ejemplo *christoljubivyj*, φιλόχριστος (el que ama a Cristo). Iván Alejandro fue ensalzado como «zar de los zares». Es evidente que Bulgaria tuvo muy pronto conocimiento del derecho bizantino. En las traducciones eslavas del *Nomokanon* se incluye también la *Ekloga*, que en el año 879 fue sustituida por el *Procheiron*, es decir, que la traducción tuvo que ser hecha con anterioridad a esta fecha. Este texto jurídico seguramente estaba ya en vigor en el siglo X. El *Zakon sudnyj ljudem* contiene treinta y dos artículos tomados de la *Ekloga*, de los cuales veintisiete se ocupan del derecho penal, dos del derecho matrimonial, dos del derecho familiar y uno del derecho de captura. En el siglo XIII se adoptó el *Nomokanon* en la edición de Focio con los comentarios de Zonaras y Aristenos. El santo Sava había traducido al eslavo este manual de derecho eclesiástico de la Iglesia oriental. A mediados del siglo XIV el *Syntagma* de

Blastares ganó importancia en la traducción búlgara, principalmente desde el punto de vista del derecho canónico nacional. Iván Alejandro presidía los sínodos. Las relaciones entre Estado e Iglesia eran las mismas que las mantenidas en Constantinopla. Tras las oscilaciones iniciales entre la Iglesia occidental y la oriental en la época del príncipe Boris y la infructuosa unión durante los reinados de Caloyán e Iván Asen, la estructura de la Iglesia ortodoxa fue cobrando fuerza paulatinamente. Se adoptaron de Bizancio la teología, la liturgia y el arte eclesiástico, y junto a esto, en la época del hesicasmo, una fuerte repulsa de la Iglesia romana. El monacato respondía en sus dos formas, eremítica y cenobítica, a la tradición oriental. Tendía más a la contemplación y a la mística que a la actividad en el campo misionero y caritativo. Hasta entrada la Edad Moderna dos famosos monasterios revistieron importancia en la historia de Bulgaria, el monasterio de Rila y el monasterio de Zografu, en el monte Atos.

En dos ocasiones conoció Bulgaria un florecimiento de su cultura, y en ambas se desvaneció rápidamente. Por esto algunos historiadores búlgaros consideran que la herencia bizantina no alcanzó realmente al pueblo búlgaro. Los zares desperdiciaron las fuerzas vivas de su estado en la demanda de poder derivada del concepto imperial. La depurada cultura bizantina, con una tradición que se remontaba a la antigüedad, difícilmente podía ser adoptada por un pueblo que iniciaba entonces su camino. El cristianismo, por su parte, que había unido a búlgaros primitivos y eslavos, tampoco tuvo mucho éxito en el pueblo llano, puesto que éste entró en contacto con la complicada forma teológica de la Iglesia bizantina. El pueblo cada vez se sentía más atraído hacia las sencillas doctrinas de los bogomilitas. La literatura, el arte y la cultura estuvieron reservadas a una pequeña capa social elevada. Resulta significativo que en el folklore apenas se haga mención a los grandes zares búlgaros, de las épocas brillantes, como es el caso, por ejemplo, de los servios. La herencia bizantina significó, pues, ganancia al tiempo más que una gravosa hipoteca.

IV. *Servia*

En la costa adriática, entre el Neretva y Kotor (Cataro), se habían asentado en el siglo VI una serie de tribus eslavas, formando tres áreas que se convertirían en la base de la futura Servia: Zahumlia (la actual Hercegovina). Travunia y Duklia (Dioclea), también llamada Zeta (actualmente Montenegro). De

aquí partieron las aspiraciones centralistas. A la cabeza de esta formación política y patriarcal se hallaba un jefe llamado Zupán. Durante el reinado del emperador Heraclio los sacerdotes latinos intentaron sin mucho éxito convertir a los servios. En aquella época estas regiones aún dependían del papa de Roma, si bien en el año 732 se llegaría a una reorganización de la jurisdicción. Se desconoce la primitiva organización eclesiástica. El papa Juan VIII pretendía subordinar las tierras de Mutimir al arzobispo panonio de Metodio. Mutimir, sin embargo, se dirigió a Oriente, a Bizancio, que bajo Basilio I vivía por entonces un período de florecimiento. Una serie de predicadores ambulantes intentaron cristianizar al pueblo. Durante un cierto tiempo el zar Simeón dominó este territorio, pero muy pronto Časlav Vladimirovič le arrebató su soberanía a favor de Travunia. El zupán Miguel Viševič de Zahumlia buscó la protección bizantina. Tras la caída del reino de Samuel en el año 1018 toda la región se hizo bizantina. Hasta el año 1219 los servios dependieron desde el punto de vista eclesiástico del helenizado arzobispado de Ocrida.

a) Ascenso de Zeta

El príncipe Esteban Vojislav (C. 1040-1052) se sublevó contra la supremacía bizantina, y, tras algunas campañas, logró la independencia de Zeta. Fusionó Zahumlia y Travunia con su territorio. Su hijo Miguel (C. 1052-1081) mantuvo relaciones amistosas con Bizancio, obteniendo el título de *Protospatharios.* En el año 1077 el papa Gregorio VII le envió la corona real, otorgándole el título de «Rey de los eslavos». Entre tanto se había producido el cisma en el año 1054. El sínodo de Split (Spalato) había prohibido en el año 1059, a pesar de la violenta protesta del obispo Gregorio de Nun, el empleo de la lengua eslava eclesiástica en la liturgia. En el año 1067 el papa Alejandro II creó el arzobispado de Bar, en un intento de anular la decisión tomada en el año 732. De nuevo surge el deseo de conseguir un estado independiente y una Iglesia autónoma. Con más claridad que en Bulgaria puede apreciarse en la formación política de los servios el cambio entre Oriente y Occidente.

Constantino Bodin (1081-1101), hijo de Miguel, había participado en el levantamiento de Jorge Vojtech, cayendo prisionero de los bizantinos. Viéndose de nuevo en libertad, se unió con los normandos y se casó con Jakvinta, hija de un jefe normando de Bari. Logró ampliar el dominio de Bosnia. En el año 1089 el arzobispo de Antívari (Bar) obtuvo el palio del papa Clemen-

te III y fue nombrado *Primas Serbiae*. La liturgia eslava fue suprimida, generalizándose la práctica latina.

b) Ascenso de Rascia (Raška)

A la muerte de Bodin surgieron ciertas fuerzas separatistas, y las regiones se independizaron de nuevo. El Gran Zupán de Rascia, Vucán (1083-1114), intentó apoderarse del poder central del país. Su hijo Uroš I consiguió adueñarse de gran parte de Zeta, desorganizada como estaba por sus luchas dinásticas internas. Los emperadores bizantinos empezaron a reprimir con campañas aisladas a este nuevo y peligroso enemigo en los Balcanes. Los zupanes Uroš I y Uroš II se enredaron en una serie de luchas con Bizancio, llegando a veces incluso a apoyar a los húngaros. Manuel I Comneno emprendió en los años 1149 y 1150 unas expediciones de castigo contra Rascia. Aprovechó la oposición existente contra la persona de Uroš II para convertir Gran Zupán a Desa. Pero Desa a su vez aguardaba el momento propicio para liberarse de la supremacía bizantina, Manuel I Comneno debió de darse cuenta de sus intenciones y en el año 1165 marchó personalmente contra sus vasallos rebeldes. Tras su triunfo sobre el ejército servio nombró Gran Zupán a Tihomir, miembro de la antigua familia de los Nemania; sus hermanos Stracimir, Miroslav y Esteban Nemania obtuvieron también algunos territorios. Esteban Nemania venció a sus hermanos, apoderándose del poder central. El intento de crear una coalición antibizantina con los venecianos y húngaros fracasó, y tuvo que entregarse a Manuel, quien le humilló paseándole en calidad de prisionero por las calles de Constantinopla. No obstante se le permitió regresar a Rascia y seguir ocupando el puesto de Gran Zupán, si bien quedaba obligado a prestar ayuda militar a Bizancio. Durante un decenio sus relaciones con Bizancio fueron pacíficas. Pero en el año 1183 atacó de nuevo, ayudado por los húngaros, al Imperio, devastando Niš y Sofía. Después unió Zeta a su territorio, colocando de este modo la primera piedra para la formación del reino servio. El día 27 de julio de 1189 se encontró en Niš con Federico Barbarroja, pero no consiguió que los cruzados le prestaran ayuda en contra de Bizancio. En el año 1190 sufrió una nueva derrota, si bien ésta no redujo el territorio servio. En cuanto a la política eclesiástica, Esteban Nemania mantuvo una postura ambivalente entre las dos Iglesias. En principio había sido bautizado por la Iglesia romana. Pero al entrar en Rascia se hizo bautizar de nuevo por un sacerdote ortodoxo griego. Indudablemente sus simpatías es-

taban con la Iglesia griega, más dispuesta a concederle la independencia que el papa. La organización eclesiástica, al margen de las artes, se hallaba poco desarrollada. Nemania persiguió violentamente «la vergonzosa y maldita herejía» de los babunos, tal y como se denominaba a los bogomilitas. En el año 1196 abdicó y se retiró al monasterio de Estudénica, adoptando el nombre de Simeón.

Su primogénito, Vucán, obtuvo la antigua Dioclea y se dio el título de rey. El segundo hijo, Esteban, cuyo suegro era ya emperador, se convirtió en Gran Zupán y obtuvo además el título de *Sebastocrátor*. El más joven de los hijos, Rastco, había abandonado el mundo y marchado a Atos, donde se hizo monje en el monasterio ruso de San Pantaleón, adoptando el nombre de Sava. Más tarde se trasladó al monasterio griego de Vatopedi. En el año 1197 su padre se reunió con él en dicho lugar. Sava aceptó entonces el encargo de sus compañeros y se trasladó a Constantinopla. Allí pidió al emperador que le cediera el monasterio abandonado de Chilandar. Ayudado por su padre lo renovó, convirtiéndolo en centro de monjes servios. A cambio Sava habría de traducir el *Typikon* del convento de la Virgen Evergetissa en Constantinopla, para luego retirarse a una ermita en Caries, donde más tarde escribiría otro *Typikon*. Simeón Esteban murió el año 1200. Monjes de todas las nacionalidades celebraron funerales por él. Al tenerse noticia de una serie de milagros junto a su tumba, Sava exigió que se reunieran los *higumenoi* (prefectos de los monasterios, equivalentes al abad) y los monjes para escribir la *Vita* de su padre y redactar un oficio en su honor, lo que equivalía a una canonización. A partir de 1204 los latinos ejercieron una presión cada vez más fuerte sobre los monjes de Atos para que éstos reconociesen la supremacía romana. Cuando la situación se hizo más seria Sava decidió trasladar los restos de su padre al monasterio de Estudénica. Con este motivo (1207) consiguió que se reconciliaran sus hermanos, que por entonces andaban enzarzados en una violenta guerra civil. El se quedó en calidad de *higumenos* en Estudénica e inició la educación cultural y religiosa de su pueblo. En este tiempo Esteban viajó a Occidente, buscando la unión con la Iglesia romana y Venecia para obtener así cierto apoyo frente al Imperio latino y los húngaros. Pero Sava, que no estaba de acuerdo con semejante orientación, se retiró otra vez al monte Atos. En el año 1217 Esteban fue coronado rey por un legado del papa Honorio III. Por esta razón se le llamó «el primer coronado» *(Prvovencăni)*. Sava quería la independencia eclesiástica con respecto al patriarca de Constantinopla, que residía desde el año 1204 en Nicea. En 1219 fue ordenado él mismo arzobispo

«de tierras servias y territorios costeros», con la aprobación del emperador Teodoro Lascaris. En su viaje de regreso se detuvo en Salónica, donde tradujo el *Nomokanon,* a fin de contar con una base de derecho canónico para la organización de la Iglesia servia. Convirtió en sede del arzobispo al monasterio de Žiča, donación de su hermano, y coronó y ungió de nuevo a Esteban como rey de los servios. Su actuación provocó la protesta del arzobispo griego de Ocrida, Demetrio Comateno, que tenía miedo de perder su puesto, ya que una parte de sus sufragáneos (entre otros Niš, Rascia y Prizren) pertenecía ahora a la nueva Iglesia servia. Sava fundó casi con seguridad nueve eparquías. Las sedes de los obispos eran monasterios. Sava se ocupó de la formación del clero y realizó un viaje a Tierra Santa desde el año 1229 hasta el 1232. Fue recibido por el patriarca de Jerusalén y allí, y en Acre, fundó una serie de monasterios servios. Durante su viaje de regreso visitó al emperador Juan Vataces. En el año 1233 convocó en Žiča un *sabor* o sínodo, y renunció a su cargo, si bien determinó que su sucesor fuera el monje Arsenio. Poco después emprendería un largo viaje hasta los centros mismos de la ortodoxia, Palestina, Alejandría, las ciudades del monacato egipcio, el monte Sinaí, Antioquía, Constantinopla y Tirnovo, donde finalmente murió el 14 de enero de 1234. Se ha discutido la versión según la cual el último gran viaje de Sava a los puntos principales de las iglesias autónomas podría estar relacionado con la formación del patriarcado búlgaro durante el gobierno de Iván Asen. Los restos de Sava fueron trasladados a Servia, donde muy pronto fue venerado como santo.

Bajo los sucesores de Esteban surgió la lucha por la hegemonía en la península balcánica. Esteban Radoslao (1228-1234) buscó el apoyo de los griegos y del déspota de Epiro. Su hermano Ladislao (1234-1243), yerno de Iván Asen, se dirigió, sin embargo, al segundo reino búlgaro. Pero a la muerte del zar fue derrocado. El tercer hijo, Esteban Uroš I (1243-1276), consiguió que Servia floreciera económicamente, reclutó mineros sajones y éstos impulsaron la minería y por ende el comercio. Los servios se abrieron camino hasta Macedonia y tomaron Skopie y Kosovo. Sin embargo, en el año 1259, Miguel VIII Paleólogo les derrotó en Pelagonia. Tras la reconstrucción del imperio en el año 1261 Esteban Uroš mantuvo una actitud hostil frente a Bizancio. Miguel VIII Paleólogo dialogó en el concilio de Lyon y estaba dispuesto a renunciar en favor de la unión a la independencia de la corona servia.

Dragutin (1276-1282) desarrolló una política de amistad hacia los húngaros que no respondía a los intereses de la nobleza

servia. Por tanto tuvo que ceder el gobierno a su hermano Milutin (1282-1321), el cual comenzó inmediatamente a expansionarse hacia el sur en detrimento del Imperio bizantino. Conquistó toda la Macedonia occidental. Servia también se extendía hacia el norte hasta la línea formada por el Danubio y el Save, pues había arrebatado estos territorios a Bulgaria. Así nacieron dos reinos servios, la antigua Servia de los Nemánidas, con Macedonia, al mando de Milutin, la Servia septentrional, al mando de Dragutin. Por motivos políticos internos Milutin firmó un tratado de paz con Bizancio. Repudió a su tercera mujer, la búlgara Ana, y desposó a Simónida, hija de Andrónico, una niña de aproximadamente ocho años de edad. Las relaciones pacíficas cesaron de nuevo cuando Milutin intentó ayudar a Carlos de Valois a erigir un reino latino en Constantinopla. Sin embargo, en el año 1313 envió en ayuda del emperador un ejército para que luchara contra los turcos. Durante el gobierno de Milutin la influencia bizantina en el interior aumentó considerablemente. Entre otras muchas cosas se adoptó el mismo sistema burocrático. El Gran Logoteta llevaba la dirección de la cancillería imperial, mientras que el Gran Protovestiario se ocupaba de las finanzas. En la administración de las provincias también se tuvo en cuenta a Bizancio. Se desarrolló el sistema de la *pronoia*. El señor feudal recibía el usufructo vitalicio de sus bienes y a cambio tenía que prestar servicios militares. En caso de guerra estaba en la obligación de incorporarse con un contingente de siervos campesinos, los *paroikoi*. El sistema tributario era naturalmente una faceta más de la gran influencia bizantina.

La población rural satisfacía sus impuestos mediante prestaciones personales, productos naturales o dinero. En la corte se introdujeron ciertas ceremonias bizantinas. Con todo, Servia siguió siendo un estado con carácter propio, formado a partir de las tradiciones eslavas, bizantinas y occidentales.

Esteban Dečanski salió victorioso de la lucha entablada por la sucesión de Milutin. En la guerra civil bizantina apoyó al antiguo emperador Andrónico II. Una vez que hubo triunfado, Andrónico III se alió con los búlgaros en contra de los servios. En la batalla de Velbuzd (Kustendil), el 28 de julio de 1330, los búlgaros sufrieron una terrible derrota. En el campo de batalla murió el zar Miguel Šišman, y dado que el ambicioso hijo de Esteban Dečanski, Esteban Dušan, respondía mejor a los intereses de la nobleza, ésta obligó a Esteban Dečanski a abdicar y el año 1331 fue coronado Dušan. Esteban Dečanski fue hecho prisionero para morir luego asesinado. Se le recuerda como mártir, pero su hijo goza del odio que se destina al parricida.

c) Esteban Dušan y la supremacía servia en los Balcanes

Pero Esteban Dušan no se conformaba con ampliar hacia el sur el poderío servio, sino que, al igual que el zar Simeón e Iván Asen, aspiraba también a ostentar el poder imperial. Supo llevar a cabo con astucia y autoridad sus ambiciosos planes. Pero también él, en última instancia, malgastó inútilmente las fuerzas de su pueblo como lo hicieran los soberanos búlgaros. A su muerte Servia, que aún no estaba unificada, se desmoronó rápidamente, convirtiéndose en presa fácil de los turcos osmanlíes.

Una vez que hubo afianzado en los primeros años de gobierno su posición en el interior, se dirigió hacia el sur y, sin encontrar gran resistencia, conquistó Prilepo, Ocrida, Estrúmica y Castoria. Ciertos arcontes griegos, descontentos con el gobierno de Andrónico III, se pasaron a su bando, como fue el caso del experimentado Sirgiano, que pretendía atacar Salónica. Sin embargo murió asesinado, por encargo del emperador, a manos de un mercenario bizantino. Esteban Dušan se vió obligado a firmar la paz entre otras razones porque los húngaros amenazaban su frontera septentrional. En el año 1335 mandó construir un palacio en Prilepo. En el año 1340 conquistó Drač (Durazzo) y Janina, adjudicándose el título de rey de Albania. A la muerte de Andrónico III Paleólogo estalló una nueva guerra civil en Constantinopla. Desde el año 1343 hasta el 1345, Esteban Dušan luchó por la supremacía en Macedonia y Tracia, abandonando sin más reparo a Juan Cantacuceno. Independientemente de Salónica, ciudad que los servios nunca llegaron a poseer, Dušan se apoderó de los centros más importantes, como por ejemplo Berea y Serres, donde comenzó a denominarse zar. Su intención de llegar a ocupar el trono imperial se trasluce del hecho de que conservara la administración de cuño bizantino, dejara en sus puestos a los griegos y concediera una serie de privilegios tanto a la Iglesia como a los monasterios. Según la concepción oriental, no podía existir ningún emperador sin patriarcas. En el año 1346 se reunió en la capital, Skopie, un sínodo compuesto por el arzobispo de Servia, Juan, el patriarca de Tirnovo, Simeón, el arzobispo de Ocrida, Nicolás, y representantes del monte Atos. Todos ellos nombraron primer patriarca servio al arzobispo Juan. El patriarca de Constantinopla protestó contra dicha resolución y excomulgó a la iglesia servia hasta el año 1375. El 16 de abril de 1345 Dušan fue coronado en presencia del sínodo «emperador de los servios y griegos, de los búlgaros y albanos». Otorgó a todos los nobles servios títulos bizantinos, como el de déspota, sebastocrátor, etc. Ahora su objetivo era Constantinopla, cuyo esplendor había podido comprobar personalmente

siendo aún un niño. Intentó conquistarla con ayuda de los venecianos, mas éstos le engañaron y se aliaron con Cantacuceno. Dušan se vengó devastando Bosnia. Ordenó la situación en el interior del país mediante un código (1349). Su *Zakonik* es un monumento único en la historia jurídica eslava.

En su lucha contra Juan Paleólogo Cantacuceno había pedido ayuda a los turcos, En Demótica (Didymoteichon) fue derrotado un ejército de caballería búlgaro-servio que se había formado para apoyar a Paleólogo. Los turcos comenzaron a extenderse por los Balcanes. En el año 1355 murió inesperadamente el zar Dušan en la flor de la vida.

Apenas desapareció la fuerte personalidad que había logrado mantener unificado al reino, surgieron las luchas entre los distintos vasallos griegos y servios. Su heredero Esteban Uroš V, 1355-1371, no pudo evitar la descomposición. Su tío Simeón se adueñó de Tesalia, y Epiro fue dividido entre familias albanas, griegas y servias. En Ocrida estaba el sebastocrátor Branko Mladenovič; en Prilepo, Vukašin. La formación de numerosos pequeños estados feudales repercutió desfavorablemente en la situación económica y cultural del país. Los turcos aumentaron su influencia. El déspota Ugljes y Vukašin, que se había adjudicado el título de rey, murieron en la batalla del Maritza, el 26 de septiembre de 1371. La ruina era inevitable. El rey Tvrtko intentó fomentar la tradición de los Nemánidas. Lázaro Hreveljanovič y Vuk Brankovič se vieron obligados a satisfacer una serie de tributos a los turcos. No obstante, Lázaro consiguió reunir las últimas fuerzas existentes e intentó organizar la resistencia. El propio sultán Murad marchó a su encuentro al mando de un gran ejército. El día de San Vito, el 15 de junio de 1389, tuvo lugar en Kosovo Polje (Campo de los Mirlos) la batalla decisiva. Los mejores nobles servios murieron en la lucha. El sultán Murad murió a manos de Miloš Obilič. Brankovič y el hijo de Lázaro se convirtieron en vasallos tributarios del sultán. Servia había sufrido un duro golpe con el ataque de los turcos. Los trovadores servios cantaron a partir de esta época una serie de poemas épicos sobre los acontecimientos del Campo de los Mirlos. Surgió todo un ciclo de Kosovo sobre la caída de la Servia feudal. En el año 1402 Esteban Lazarevič logró liberarse de nuevo de los tributos. Convirtió a Belgrado en su capital, consiguiendo de Constantinopla el título de sebastocrátor. Se inició un cierto renacimiento de la cultura servia. Los fugitivos de Bulgaria trajeron consigo una nueva literatura teológica. Gregorio Camblak se convirtió en archimandrita del monasterio de Visoki Dečani, y escribió una *Vita* de su fundador Esteban

Dečanski. Un monje servio llamado Pachomij se trasladó a Rusia con la intención de introducir un nuevo estilo retórico en la literatura rusa primitiva. El sucesor de Esteban Lazarevič, Jorge Brankovič (1427-1456) no pudo evitar la decadencia interna ni el avance de los turcos. Finalmente, tan sólo logró conservar el territorio en torno a Smederevo, a donde también se había retirado el patriarca servio.

El proceso de cristianización servio tuvo como fondo, aún en mayor medida que el del pueblo búlgaro, las controversias entre la iglesia oriental y la occidental. El doble bautismo de Esteban Prvocenčani es como un símbolo de esta orientación hacia ambas direcciones. En su *Vita* se disimula este hecho con una frase apócrifa de Jesús: «Has mamado la leche de ambos pezones.» En la arquitectura religiosa de Rascia resulta especialmente evidente esta síntesis bizantina-occidental. En la iglesia del monasterio de Estudénica, donde fue enterrado Esteban Nemania, se unen con especial armonía elementos románicos y bizantinos. Se trata de una construcción de una sola nave abovedada. La ornamentación marmórea exterior recuerda a las iglesias románicas de Italia. En el tímpano del portal oeste se encuentra un relieve de la Madre de Dios con dos arcángeles. Bajo la bóveda puede verse un friso curvo con adornos figurativos. Dentro de este mismo estilo pueden ennumerarse las siguientes iglesias. cúspide de la arquitectura religiosa en Servia: Žiča (1208-1215), Mileševo (1234-1235), Morača (1252) y Sopočáni (1255). Sus pinturas por el contrario son, en su concepción e iconografía, puramente bizantinas. En el siglo posterior se construyeron en el sur de Servia una serie de iglesias cruciformes con cúpula. En el año 1320 Milutin donó la iglesia del monasterio de Gracánica. Esta, por una parte, puede catalogarse como obra claramente bizantina, pero, por otra, evidencia ciertas características nacionales, provocando la alternancia de ladrillos y sillares en sus paredes exteriores un bello efecto decorativo. Las iglesias de Staronagoročino (1318) y Leshovo (1346) muestran claramente el estilo de la iglesia cruciforme con una y, en ocasiones, varias cúpulas. Las iglesias del llamado estilo moravo, por ejemplo las de Ravánica (C. 1389), Liubostinia (C. 1400) y Jakelnič (1417), constituyen el fin de la arquitectura servia. Las estrechas y elevadas construcciones están provistas de losas polícromas y antiguas rosetas y ornamentos que recuerdan a los modelos georgianos. Las pinturas, de gran calidad, evidencian en todo momento la indepedencia servia. Las imágenes de los donantes en particular muestran, junto a una rigurosidad semejante a la de los iconos, ciertos rasgos individuales.

El manuscrito ilustrado más antiguo que se conserva, el evangeliario del príncipe Miroslao, contiene una serie de iluminaciones en las que se combinan de forma muy particular elementos occidentales con otros orientales. Otra muestra del arte sacro es el «Epitafio de la monja Jefimia», del año 1399, un paño de seda roja en el que se bordó con hilos de oro y plata un llanto fúnebre por el príncipe Lázaro.

Junto con la literatura religiosa y mundana adoptada directamente de Bizancio a través de las traducciones, en Servia se desarrolló también un estilo literario propio en las biografías de soberanos y santos servios, que rompe con la tradición retórica de la hagiografía al introducir datos históricos. A mediados del siglo XIII el monje Domentijan escribió, con profusión de detalles retóricos, una *Vita* del santo Sava, posteriormente reelaborada y simplificada por Teodosio. El arzobispo Danilo II escribió algunas biografías de reyes y jerarcas servios que denotan un mayor interés histórico que hagiográfico. Por el contrario, la poesía litúrgica permanece dentro del marco de la tradición bizantina. En cierto sentido, es éste también el caso de la biografía de Esteban Lazarevič, cuyo autor es el búlgaro Constantino de Kostenec.

El monacato servio siguió fundamentalmente la tradición oriental, si bien no sólo tendió a apartarse del mundanal ruido, sino que contribuyó enérgicamente a la organización de la Iglesia. Los monasterios eran lugares de vida ascética, pero también sede de obispos y sepulcro de soberanos. Por su apariencia recuerdan más a los palacios que a las colonias cenobitas de Bulgaria. Se ha investigado poco la influencia en Servia del hesicasmo. Este fue introducido principalmente por fugitivos búlgaros y se manifestó en el interés por la literatura místico-ascética, como por ejemplo la obra de Juan Clímaco. La relación entre Estado e Iglesia fue relativamente equilibrada. A diferencia del dualismo de Bulgaria, existía una pronunciada conformidad entre la ortodoxia y los servios. También en la administración de la justicia se observa, junto con la recepción del derecho bizantino, muchos elementos de antiguas interpretaciones eslavas. Primero se adoptó el *Nomokanon* en la traducción realizada por el santo Sava. En el siglo XIV se tradujo el *Syntagma* de Blastares en versión reducida, así como una recopilación de leyes de Justiniano. Estas constituyen un importante complemento del código del zar Dusan, con el que forman una unidad.

En Servia, pues, se sintetizan felizmente la cultura oriental y occidental, siendo la influencia bizantina sin lugar a dudas importante y evidente.

Los eslavos y los antes, éstos últimos considerados como antepasados de los rusos y ucranianos, entraron en contacto por primera vez con el Imperio bizantino en el siglo VI. Sin embargo, sólo empiezan a cobrar importancia a partir del siglo IX, siglo en el que se da un cierto apogeo de los eslavos. En la actualidad, aún suscita apasionadas discusiones el problema de la posible dominación de los eslavos orientales como normandos o varegos, y hasta qué punto sólo habían contratado aquéllos a mercenarios nórdicos. Los bizantinos distinguían claramente a los «rusos» de los eslavos. La ruta comercial desde Escandinavia hasta Constantinopla atravesaba las tierras de los eslavos orientales a lo largo del Voljov y el Dniéper hasta llegar a los centros comerciales griegos de Crimea.

En el año 839 regresó de Bizancio a Kiev una delegación que, dando un rodeo, se detuvo en Ingelheim para visitar a Luis el Piadoso. También aquí se puede observar una oscilación entre Occidente y Oriente. En el año 860 los rusos amenazaron por primera vez la capital imperial, devastando sus alrededores. Al parecer una tormenta destruyó su flota.

Ya el patriarca Focio había reconocido la gran labor de las misiones. En el año 907 el príncipe Oleg atacó Constantinopla, cerrando en el año 911 un tratado comercial con los bizantinos. Los rusos apoyaron al Imperio en su lucha contra los árabes. Durante el reinado de Igor se repitió la campaña militar (941), así como la renovación del tratado (943). En el año 957 la princesa Olga llegó a la capital, si bien en esta ocasión con el fin de ser bautizada. Recibió el nombre de Elena, siendo su padrino el emperador Constantino VII. Se había dado el primer paso hacia Bizancio, aunque no por ello Olga dejó de mantener contactos con Occidente. Su hijo Sviatoslao rechazó el cristianismo por respeto a su *Družina* (séquito formado por hombres libres). En el año 968 venció a los búlgaros por encargo de Nicéforo Focas, e incluso se atrevió a disputar a los bizantinos la parte europea del Imperio, siendo rechazado por Juan Zimisces. De nuevo un ejército varego-ruso acudió en ayuda del emperador en el año 988, en esta ocasión de Basilio II. A cambio, y a condición de que se bautizara, recibió como esposa a Ana «porfirogéneta», honor que le había sido denegado a Otón II. En el año 988 Vladimiro fue bautizado con el nombre de su padrino imperial, Basilio. A partir de entonces se introdujo el cristianismo como religión oficial. Con la cristianización de la «Rusia de Kiev», la cultura bizantina también se propagó entre los eslavos orientales. Ana había lle-

vado consigo una famosa imagen religiosa, el Iconos de la Madre de Dios de Vladimiro. Las primeras iglesias fueron construidas por arquitectos griegos. Así surgieron, siguiendo el estilo de la iglesia abovedada cruciforme, las catedrales de Santa Sofía de Kiev y de Novgorod. Tanto la literatura mundana bizantina como la religiosa llegaron a Rusia en su mayor parte desde Bulgaria en eslavo eclesiástico antiguo. Kiev obtuvo un metropolitano sujeto a la jurisdicción del patriarca ecuménico. En un principio la mayoría de los obispos alcanzó un alto nivel. Jaroslao el Sabio (1036-1054) fomentó la Iglesia y la literatura como lo hiciera Simeón de Bulgaria. En Constantinopla se creó una colonia rusa. En el año 1043 Jaroslao llevó a cabo el último ataque a la ciudad imperial. Una serie de dificultades internas, así como las continuas incursiones de pueblos esteparios, retuvieron en el país a sus sucesores. La lucha de los hijos del príncipe aceleró la descomposición en una serie de principados feudales secundarios y en guerra continua. Vladimiro II, llamado Monómaco en honor de su abuelo imperial, logró mantener unido al estado de Kiev, si bien por poco tiempo. Durante el siglo XII el centro de gravedad fue desplazándose paulatinamente hacia Vladimir-Suzdal, en el nordeste. El príncipe Andrés Bogoljubski (1157-1175) conquistó Kiev en el año 1169, destruyéndola. Novgorod constituía una ciudad-república de régimen oligárquico. La descomposición interna contribuyó a que los tártaros conquistaran y sometieran al país en el siglo XIII. En el año 1240 devastaron la capital, Kiev. Las relaciones con Constantinopla, a partir del año 1204 en manos de los latinos, se rompieron definitivamente por un cierto período de tiempo. El intento de Roma de llegar a una unión fracasó. El príncipe Daniel de Galizia-Volinia recibió la corona del papa, pero al no llegar la ayuda prometida en su lucha contra los servios y búlgaros, se produjo una nueva ruptura. Al igual que los servios y búlgaros, también los eslavos orientales se inclinaron definitivamente hacia la ortodoxia, aceptando, en lugar de una dependencia de Occidente, la dominación extranjera.

El imperio de la «Rusia de Kiev» se vio influido por la cultura bizantina en todos sus campos, que le infundió nueva vida. Kiev fue suntuosamente reconstruida. Con su catedral de Santa Sofía, sus monasterios y palacios y su Puerta de Oro constituía una fiel réplica de Constantinopla, al mismo tiempo que una nueva Jerusalén. Artistas griegos y nativos crearon mosaicos e iconos de grandiosa belleza. En Novgorod predominaba en la arquitectura y en la pintura una simplicidad monumental, casi pobre. En Vladimir-Suzdal las paredes exteriores estaban

adornadas con relieves simbólicos y alegóricos de animales y seres legendarios, como por ejemplo las de la catedral de San Demetrio de Vladimir y la iglesia de María junto al Nerla. En Grodno las fachadas impresionaban por la policromía de sus cerámicas. El color básico de las paredes exteriores era, en todas las construcciones, un blanco purísimo, sobre el que destacaban aún mejor los ornamentos semiplásticos.

Basándose en la retórica y teología bizantinas surgieron en la literatura las primeras obras originales: el tratado del metropolitano Hilario sobre las leyes y la gracia, los sermones de Cirilo de Turov, la llamada *Crónica de Néstor,* el *Martirio de Boris y Gleb* y el *Paterikon* del monasterio-cueva de Kiev. Dicho monasterio se convirtió en un famoso centro religioso y cultural de Kiev. Comenzó a construirse en vida de Antonio († 1073), siguiendo las estrictas normas de los anacoretas, si bien durante el gobierno de Feodosio († 1074) se convirtió en un monasterio cenobítico que seguía las reglas de los estuditas. De este monasterio surgieron una serie de jerarcas. El monacato ruso había arraigado desde muy pronto en el monte Atos. construyéndose allí en los años 1016 y 1169 el monasterio de Xylurgu y el de San Pantaleón, respectivamente. Al igual que en Bizancio, también en la historia de Rusia desempeñó el monacato un importante papel. Durante el dominio tártaro una serie de peregrinos se dirigieron a Tierra Santa y a los estados ortodoxos, manteniendo de esta forma la relación con el Ecuménico (Abad Daniel, Gregorio Celca, Esteban de Novgorod). La metrópoli de Kiev dependía de Constantinopla, en donde al parecer se ocupaban poco de ella, según se deduce del rango tan bajo que ocupaba en el escalafón de los metropolitanos (al principio el número 60, posteriormente el 72). Tichomirov atribuye este estado de cosas a la falta de perspicacia de los bizantinos, pero también al escaso interés de los obispos rusos para los títulos rimbombantes. Una y otra vez salían elegidos griegos o búlgaros, como Cipriano. Fue durante el mandato de este último cuando llegaron a Rusia los libros litúrgicos eslavos revisados. Por segunda vez ganó en importancia la liturgia eslava meridional en el aspecto estilístico y lingüístico. También la pintura conoció un nuevo apogeo con la obra del griego Feofán y de Andrés Rublev. Al igual que en la hagiografía, también en las artes plásticas puede apreciarse la influencia del hesicasmo con su mística luminosa. Como puede observarse, el dominio tártaro no sólo trajo consigo decadencia y desolación. La Iglesia, principalmente, que se negaba a la unión con la Iglesia occidental, logró mantener su posición

frente a los jefes islámicos, contribuyendo en gran medida al mantenimiento de la vida nacional.

Donde con más claridad se expresaron las ideas bizantinas fue en la concepción del soberano cristiano. Vladimiro ya había sido elevado en la época de Kiev a la esfera religiosa-hagiográfica al ser comparado él con Constantino, a quien se consideraba una especie de apóstol, y su abuela Olga con Elena. Aunque Vladimiro es dominado a veces *samoderzec* o αὐτοκράτωρ (autócrata), para Bizancio sigue siendo, sin embargo, el μέγας ἄρχων o *velikij knjaze* (Gran Príncipe). El reino de Kiev se consideraba miembro perfecto de la familia de los pueblos cristianos, a quien en el último momento se le había otorgado la gracia del bautismo, pero nunca intentó competir con el Imperio bizantino. Una vez recibido en la época rusa primitiva el pensamiento bizantino a través, principalmente, de la historiografía y de la literatura, la época de adaptación propiamente dicha comenzó durante el ascenso del principado de Moscú. La centralización política estuvo unida a la centralización eclesiástica. Cuando en el año 1441 fue expulsado por orden de Basilio el griego Isidoro tras haber firmado la unión con Florencia, eligiéndose como sucesor en el año 1448 a Jonás, se estaba dando el primer paso hacia la autonomía. Los piadosos rusos creyeron ver en la caída de Constantinopla en el año 1453 el justo castigo por la desleal unión. Creyéndose el baluarte de la ortodoxia formularon la ideología de la «tercera Roma». Al contraer matrimonio en el año 1472 Zoe Paleólogo, más conocida por el nombre de Sofía, con Iván III, llevó a Moscú las prerrogativas y pretensiones del Imperio bizantino. Iván III comenzó a utilizar el sello del águila bicéfala y a atribuirse, si bien al principio moderadamente, el título de zar. Es en la coronación de su hijo cuando se introduce por primera vez un rito bizantino, y es también en esta época cuando nacen dos importantes leyendas: por una parte, la que habla de la corona de Monómaco, la *săpka Monomacha,* que se convirtió en insignia de la coronación y que según se dice envió Constantino Monómaco al príncipe de Kiev Vladimiro II, y, por otra, aquélla que pretende remontar el origen de los Grandes Duques a los emperadores romanos. Finalmente, el monje Filofo de Riskov formuló, en una carta dirigida a Basilio III, la teoría que señalaba a Moscú como una tercera Roma.

En el seno del monacato surgió la polémica entre los ermitaños, alejados del mundo, en la región del Volga, y los monjes de los monasterios, cultural y políticamente activos. Nil Sorski († 1508) fue el portavoz de los altruistas, mientras que José Sanin de Volokolsmsk se convirtió en representante del rico

monacato cenobítico, para acabar formulando la doctrina de la monarquía teocrática, de acuerdo con el concepto imperial bizantino. De aquí su victoria política. Nil Sorski, por el contrario, alcanzaría mayor importancia en el terreno puramente religioso, debido en parte al apoyo del refugiado Máximo el Griego (†1556), que vivió en Italia a comienzos del Renacimiento adquiriendo fama con Savonarola. Fracasó, sin embargo, debido a la autocracia rusa. La influencia del Renacimiento italiano pudo advertirse también en la arquitectura. Durante el reinado de Iván III el arquitecto italiano Fioraventi construyó en su forma actual la catedral de la Asunción de María (Uspenskij sobor). Sin embargo, aún se sigue conservando la forma original de la construcción central con cinco cúpulas.

En el año 1547, y a pesar de la protesta presentada por el patriarca ecuménico que reclamaba para sí este derecho, Iván IV Grozni, el cual se consideraba heredero y único sucesor de los emperadores bizantinos, fue coronado emperador ortodoxo por el metropolitano Macario. Estableció, a la manera de los σύνοδος καὶ σύγκλητος una asamblea, el *zemskij sobor*. En el año 1556 encargó una nueva traducción del *Syntagma* de Mateo Blastares. Con la creación del patriarcado de Moscú en el año 1589 finalizó esta evolución. Los cuatro patriarcas orientales le confirmaron en su cargo de acuerdo con el principio político «por el imperio», habitual desde tiempos inmemoriales, y dispusieron que se incluyera en los dípticos el «más piadoso emperador de Moscú y autócrata de toda Rusia». Se había hecho realidad el ideal de una diarquía de emperador y patriarca en un solo imperio.

De nuevo se adoptó el derecho bizantino. Ya en el año 1262 el metropolitan Cirilo II había recibido del déspota Iván Sviatoslav, de origen ruso, el *Nomokanon* de Bulgaria en la traducción de Sava. En el año 1646 se imprimió por primera vez el *Nomokanon* junto con el *Procheiron* y la *Ekloga*. Esta es la razón de que la ley fundamental, el *Uloženie,* del zar Alejandro Michailovič, de 1667, denota la influencia del derecho bizantino. Durante esta época, y cuando el enérgico patriarca Nicón inició las reformas, las relaciones entre Estado e Iglesia se vieron sensiblemente deterioradas. Este dispuso la última revisión de la traducción eslava eclesiástica tomando como base los originales griegos e intentó mejorar los ritos de la Iglesia rusa apoyándose en las costumbres griegas de su época. Todo ello provocó la protesta de los defensores de la antigua fe, que dio lugar al cisma o *Raskol*. Los cismáticos o *raskolniki* lucharon bajo la dirección de su portavoz, el arzobispo Avaco, contra el falseamiento de la doctrina pura, contra la introducción de elementos occidentales en la vida eclesiástica y cultural, de-

tendiendo a menudo la más antigua herencia bizantina. También en Constantinopla se conocieron resistencias similares al cambio durante la época de las luchas iconoclastas, de las uniones y del hesicasmo. Nicón pretendía convertir en realidad la idea de la armonía entre poder espiritual y mundano, tal y como ya había sido formulada por Focio, apoyándose para ello en la legislación de Justiniano, en la nunca sancionada *Epanagoge*. Nicón incurrió en tendencias casi papistas, lo cual contribuyó a su caída. El absolutismo de los zares se hizo cada vez más evidente, hasta que, finalmente, Pedro el Grande se deshizo del patriarcado, constituyendo en su lugar el Santo Sínodo. Su consejero, el arzobispo Feofán Prokvovic, supo unir acertadamente en su justificación del absolutismo el concepto imperial bizantino y las teorías fundadas en el derecho público de Occidente. Pedro, que prescindió del antiguo título de «Zar» introduciendo el de «Emperador», fue considerado, al igual que todos sus sucesores, un emperador ortodoxo y protector de todas las iglesias ortodoxas. Rusia, que mantenía continuas guerras con los turcos por la herencia de Constantinopla, y no únicamente por los estrechos, prestó su ayuda moral y material a los pueblos ortodoxos.

La importancia histórica universal de Bizancio se basa sobre todo en su irradiación espiritual y cultural. Los pueblos eslavos orientales y meridionales, para los que Constantinopla era decididamente la ciudad imperial, *Zar'grad,* recibieron de Roma oriental una serie de impulsos que resultaron decisivos en la formación de sus culturas y estados independientes. También tuvo gran trascendencia la transmisión del cristianismo en su forma oriental. Fueron dos misioneros bizantinos los que colocaron la primera piedra de las literaturas búlgara, servia, rusa, ucraniana y rusa blanca, al crear un alfabeto propio y llevar a cabo una serie de traducciones. El esplendor de la liturgia bizantina, así como la espiritualidad del monacato, impresionaron vivamente a los pueblos convertidos, creando obras de arte de incomparable belleza. La glorificación de la vida y del mundo a través de la oración, el culto y la contemplación constituye un rasgo característico de la ortodoxia, más orientada hacia las verdades eternas. También actuó como fuerza impulsora y viva en todos los reveses y momentos críticos de su historia. Los pueblos balcánicos deben en gran medida su existencia nacional a la Iglesia ortodoxa. Los pueblos eslavos recibieron la herencia de la Antigüedad latente en la patrística griega y en la literatura bizantina. Se tradujeron, desde puntos de vista teológicos, las enciclopedias de ciencias naturales, teniendo en general su visión del mundo un carácter simbólico-hagiográficos. Los poetas

y filósofos griegos aparecen en los frescos junto a los profetas del Antiguo Testamento. El esquema platónico de arquetipo-reflejo se basa en gran medida en la cultura ortodoxa bizantina. Este se manifiesta principalmente en el concepto oriental teocrático del emperador, que fue adoptado por los pueblos convertidos. El zar (*Car'*) es el ungido del Señor, ha sido coronado por Dios y participa del poder y de la gloria de Dios. Es la salvaguardia de la verdadera fe y el protector de la Iglesia. El Estado y la Iglesia no son dos fuerzas yuxtapuestas u opuestas, sino dos aspectos de una misma realidad. Tanto el patriarca como el emperador, ambos reflejos de Cristo, son, en caso ideal, las cabezas visibles del único pueblo, como es el caso de Moisés y Aarón. Así se adopta también el derecho bizantino en su concordancia entre el derecho político (νόμος-zakov) y el eclesiástico (κάνων -pravilo), unido a antiguos restos de su propio derecho, por ejemplo el *Russkaja Pravda.* El monacato, con su eterna tensión entre el anacoretismo individual *(osoboržitie)* y el monasterio colectivo y cenobítico *(obščežitie),* se convierte en intermediario de la vida espiritual. Los monasterios situados en el Olimpo bizantino, en el Atos y en Constantinopla, se convirtieron en centros de colaboración eslava y griega. El hesicasmo reunió a todos los pueblos ortodoxos en una especie de Renacimiento bizantino. Comerciantes y peregrinos frecuentaban en sus viajes las colonias de sus compatriotas en Salónica y en la capital, convirtiéndose de esta forma en intermediarios de la cultura material. En lo que a lujo y tren de vida se refiere, Constantinopla seguía siendo un modelo a seguir. Las princesas bizantinas que llegaban en calidad de esposas a las cortes reales cultivaban a las personas que las rodeaban. A pesar de la proximidad de la cultura bizantina, no debe pasarse por alto el hecho de que los pueblos eslavos no la aceptaron de forma esquemática y mecánica, sino que supieron integrarla confiriéndole sus propios rasgos. Donde mejor se plasma este hecho es en las artes plásticas. Las iglesias de Kalenić, en Servia, Curtea de Arges, en Rumania, y la iglesia de San Basilio, en la Plaza Roja de Moscú, siguen el estilo de las iglesias abovedadas cruciformes bizantinas, pero en su ejecución son la expresión única e irrepetible de un estilo nacional propio. También en la iconografía y en la música sacra puede apreciarse la armonía existente entre la herencia bizantina y el genio de los distintos pueblos. Si se subraya la influencia que tuvo Bizancio sobre los pueblos eslavos, ello no significa en modo alguno, como piensa el nacionalismo de miras estrechas, que se pase por alto el esfuerzo y la importancia de las diferentes naciones.

4. El Renacimiento macedónico

I. *Los comienzos del Imperio bizantino medio*

Tras la lucha con Persia por el dominio mundial y después de rechazar el peligro árabe, Bizancio parecía estar al borde de la ruina. Pero lo mismo que consiguió resistir los peligros exteriores, también se mantuvo firme frente a las provocaciones espirituales y religiosas que trajo consigo el movimiento iconoclasta. Era realmente consciente de que sólo con grandes sacrificios y esfuerzos podía el Imperio mantenerse en el interior y en el exterior. Ya se había casi agotado el poderío de tiempos de Justiniano y el brillo del Imperio cristiano había empalidecido desde el establecimiento de la dinastía carolingia. La meta del Imperio bizantino, tras el definitivo fracaso del movimiento iconoclasta en el año 842 sería acabar con la división interior, volver a construir el Imperio sobre nuevas bases y confirmar con éxito su independencia en un ambiente totalmente distinto. No cabía esperar la consecución inmediata de esto, dada la situación, pero los resultados de la política bizantina, sobre todo en la época de los soberanos de la dinastía macedónica, son muy estimables, por cuanto que el Imperio bizantino volvió a tener un prestigio mundial en un plazo sorprendentemente corto.

Miguel III, que subió al trono en el año 843, fue el primer soberano de la casa imperial amorita. Sus representantes no realizaron nada importante, pero sin embargo durante el gobierno de Miguel se encuentran infinidad de signos de que el Imperio empezaba a resurgir paulatinamente desde el fondo de la impotencia política. Sus contemporáneos frecuentemente no quisieron reconocer esto, pues se daban cuenta de que sobre el joven emperador pesaba la herencia política de sus antepasados y que, además, por su personalidad, no era el gran reformador, que hubiera podido cambiar todo de la noche a la mañana.

Como regentes del emperador, nacido en 840, gobernaron primero la madre del emperador, Teodora, y su hermana Tecla, y a este consejo de regencia pertenecían también los hermanos de la reina madre, Bardas y Petronas, así como Sergio Niceciates y el *Logothetes tou dromou,* Teoctisto. Quizá su primer éxito político fuera el restablecimiento de las buenas relaciones entre su gobierno y el patriarca de Constantinopla. Juan el

Gramático tuvo que ceder el patriarcado a Metodio, que en marzo de 843, en un solemne sínodo, proclamó la admisión del culto a las imágenes canónicas. Pronto llevaron las monedas de nuevo el busto de Jesucristo y en la sala principal del gran palacio imperial fue instalado sobre el trono un mosaico con el Salvador como soberano, que ponía de manifiesto a todo el mundo la victoria del culto a las imágenes. Con esto se ponía punto final a las antiguas luchas religiosas, y el Logoteta Teoctisto, que pronto estuvo en la cima del Imperio como figura dominante, encontró remedio a los numerosos problemas cuyo tratamiento había pasado hasta ahora a segundo lugar en vista de la situación político-eclesiástica.

En primer lugar, se hizo patente la tarea de enfrentarse definitivamente al progresivo avance hacia el norte de los árabes en Asia Menor, en la zona de las islas griegas y en el sur de Italia. Teoctisto atacó primero Creta, que se había perdido en tiempos del abuelo del emperador. Logró arrebatar la isla a los musulmanes en el año 844, pero tras una derrota de la flota bizantina en el Bósforo hubo que devolver la valiosa conquista. Al menos se consiguió un ventajoso tratado de paz con los sucesores del gran Mutasim, amenazados por las cada vez más fuertes tribus turcas y por los grupos feudales del califato. Hasta 853 y los años siguientes no tomó Bizancio de nuevo la ofensiva contra los musulmanes. Se logró asaltar y devastar la fortaleza de Damieta, en el delta del Nilo. Con ello se demostró que el Imperio bizantino tenía otra vez fuerza suficiente para ser muy tenido en cuenta en la esfera de influencia del enemigo mahometano. En principio no se puede dar a estas empresas más que esta simbólica significación, aun cuando estuvieron acompañadas de una intensa campaña teológica, llevada a cabo por hombres como Nicetas Bizancio. Aparte de esto, se emprendieron esfuerzos duraderos por aumentar la fuerza combativa de la marina contra los árabes.

Sin embargo, durante los primeros diez años del reinado de Miguel III, Bizancio se preocupó en especial de los intereses de la política interior. En un tiempo sorprendentemente breve el Logoteta Teoctisto logró el saneamiento de las finanzas del Estado, de manera que éste pudo ocuparse en medida creciente de fomentar otra vez la educación y la cultura. Por supuesto, seguían siendo ante todo de la mayor importancia los esfuerzos por proporcionar al sector eclesiástico una plena normalización. En ello tomaban parte, junto con los monjes dedicados al estudio en los monasterios, los fanáticos partidarios de una rigurosa liquidación de los antiguos inconoclastas, los zelotas, en tanto que la Corte imperial, al igual que el patriarca Metodio,

mantenía una moderada reserva. El conflicto pareció agravarse tras la excomunión de los estuditas al morir Metodio en 847 y ser nombrado sucesor el patriarca Ignacio, hijo del emperador Miguel I, cuya procedencia del monacato del partido de los zelotas ofrecía la seguridad de que sus opiniones eclesiásticas y políticas serían más tenidas en cuenta.

Al igual que en la capital, en Asia Menor los problemas de política religiosa exigían la atención del gobierno. La secta de los paulicianos dualistas rigurosos, que creían en la eterna lucha entre Dios y el soberano de esta tierra y que rechazaban tanto los sacramentos como el culto a la Cruz o a la Virgen, causó serias dificultades desde su núcleo en el este de Asia Menor, en torno a Melitene. Sus representantes, apoyando a los musulmanes, luchaban contra un Imperio bizantino que acababa de aprobar formalmente aquello contra lo que ellos luchaban con mayor firmeza: el culto a las reliquias e imágenes. Los grupos de la secta de los paulicianos avanzaban hasta el mar Negro, y hasta Efeso y Nicomedia. Incluso el gobierno de Constantinopla tomó medidas enérgicas contra esta secta, que adquiría millares de partidarios en Tracia; con el resultado de que así contribuía a la expansión de su propia ideología, de la cual surgió el movimiento de los bogomilitas, que había de causar muy serias dificultades a posteriores emperadores bizantinos.

También en los Balcanes tuvieron que luchar los paulicianos, antes de que fuera reconocida la autoridad imperial de una manera absoluta. Teoctisto Brienio, que también había sido afortunado en sus negociaciónes con los búlgaros, tuvo que reunir tropas en toda la mitad oeste del Imperio hasta que, tras largos años de alianzas, logró someter a la población eslava del Peloponeso, y obligarla a pagar impuestos a Bizancio.

Aun cuando no se pueden poner en duda estos éxitos del consejo de regencia, con la emperatriz Teodora a la cabeza, el impetuoso resurgimiento del Imperio bizantino no empieza realmente hasta el año 856, en que el emperador de dieciséis años de edad, tras un golpe de Estado contra el círculo creado en torno a su madre y contra su tío Bardas, comenzó su reinado. El joven Emperador abandonó todo esto bastante a la ligera, aun cuando no sea cierto que se entregara únicamente a los placeres del palacio, ni que como «estrella» del partido azul del circo se interesase sólo por las carreras de carros.

Bardas se supo colocar en poco tiempo a la cabeza del Imperio. Del mismo modo que recluyó en un convento a la madre del Emperador y a sus hermanas, tan pronto como fue asesinado el hasta entonces todopoderoso Teoctisto, obligó a dimitir al patriarca de Constantinopla por no ser de su agrado y colocó

en su puesto a Focio. Este, como patriarca, fue una de las personalidades más importantes de la historia bizantina.

Focio, al ser elevado al trono patriarcal, contaba cincuenta años y era hijo de un patricio de Constantinopla. Adquirió una extensa cultura en los decenios que duró la ya finalizada controversia inconoclasta y ejerció como profesor de filosofía y matemáticas y sin duda también de teología. Es probable que simultáneamente estuviese al servicio del emperador Teófilo, el cual le envió como embajador ante los árabes en 838. Entonces ya había escrito Focio la más famosa quizá de sus obras, el *Myriobiblion*, y, en 843, inició su carrera como funcionario del Imperio. Desde el estado laico fue elevado a la más alta dignidad del Oriente cristiano y como dogmático y exegeta con su tardía obra *Amphilochia* fue más allá del dogma ortodoxo de la Trinidad.

Su nombramiento, al margen de los cánones, produjo en seguida fuerte indignación en el partido de los zelotas, que seguía fiel a su antecesor. Se dirigieron al papa Nicolás I y éste le destituyó de su cargo en Letrán en el año 863 a pesar de que dos años antes sus legados habían aprobado en un sínodo la destitución de Ignacio. Focio, que no deseaba en absoluto un conflicto con Roma, reaccionó como respuesta con una acusación de herejía contra el jefe de la Cristiandad occidental. En torno a una extensa encíclica procuró unir en un frente común contra el Pontificado a los patriarca orientales. Asimismo buscó contactos con hombres de Occidente como Walperto de Aquileya. Finalmente persiguió la destitución de Nicolás I, para lo cual reunió un sínodo en Constantinopla en 867, en tanto que perdían sus cargos algunos adversarios de su propia jurisdicción, como el metropolitano Metrófano de Esmirna y el archimandrita Teognosto.

Si Focio pudo ir tan lejos fue tan sólo porque Bardas, y con él el Emperador, le apoyaban incondicionalmente y atacaban duramente al Papa. El desarrollo de la lucha con Roma fue para la política bizantina de aquellos años la oportunidad de responder al desafío del pontificado a Constantinopla con la coronación imperial de Carlomagno. Ahora bien, aunque Nicolás I propugnaba con toda energía el centralismo romano y buscaba el reconocimiento de la soberanía de su cargo unánimemente, por encima de la disputa en torno al más importante de los patriarcados orientales, fracasaron tanto Bizancio como el universalismo de Roma. El intento de centrar a toda la Cristiandad en torno a Roma no tuvo éxito ante la realidad político-eclesiástica y aceleró la inevitable ruptura entre el catolicismo y la ortodoxia.

El hecho de que la Iglesia ortodoxa podía independizarse de Roma queda patente ante el esfuerzo del Patriarca, del Emperador y de Bardas por ampliar su esfera de influencia. El ataque de una flota rusa contra Constantinopla en el año 860, que, según la opinión de la población, sólo gracias a la ayuda de la Madre de Dios (Theotokos) pudo ser rechazada por el Emperador, tras seis semanas de lucha mostró el camino a seguir. Focio mandó misioneros a este pueblo, hasta entonces casi desconocido y enseguida le informaron de los primeros éxitos alentadores en Kiev. Al mismo tiempo se reanudaron las relaciones con los jázaros, gracias a Constantino de Salónica, que había vivido en el Olimpo, juntamente con su hermano, bajo el nombre de monje Cirilo. Fue el primero que intervino en la generosa obra evangelizadora bizantina entre los eslavos de los Balcanes.

La cristianización de los Balcanes, más allá de las fronteras del Imperio, se llevó a cabo a través de una misión en Moravia, la cual pidió a Constantinopla que mandara creyentes cristianos. Esta petición fue el resultado de una postura de rechazo por parte de los misioneros de las influencias francoromanas y así lo reconocieron Bardas y Focio. Eran conscientes de que la actuación de una misión en Moravia, que implicaría una influencia bizantina cada vez mayor, podría suavizar la presión que ejercían los búlgaros sobre Bizancio. A Cirilo y a su hermano Metodio se les encomendó la colosal tarea de evangelizar a los eslavos. La creación del alfabeto glagolítico para la transcripción del eslavo y la traducción al dialecto de los eslavos de Macedonia de las Sagradas Escrituras llegaron a ser pronto fundamentales para la victoria del cristianismo conseguida por los dos hermanos en los Balcanes, a pesar de que Moravia se volvió de nuevo hacia Occidente y con el tiempo sólo los eslavos del Sur y del Este permanecieron unidos espiritual y culturalmente a Constantinopla.

En masiva competencia con Roma comenzaron también pronto su labor misionera en el vecino reino búlgaro. Aquí, en las proximidades del centro neurálgico del Imperio bizantino, la actividad misionera fue eficaz también militarmente. A través de revistas navales y concentración de tropas en la frontera del Imperio, lograron los bizantinos en 864 convertir al cristianismo al zar Boris, en un principio vacilante y más orientado hacia Roma. Este finalmente se hizo bautizar, actuando como padrino Miguel III. Con ello se iniciaba la eslavización del joven reino, bajo el signo del cristianismo. Por el contrario, Bulgaria no se dejó bizantinizar en un principio, pues cuando los misioneros griegos quisieron construir la organización ecle-

siástica búlgara con Plisca y su valiosa catedral como punto central de la jerarquía ortodoxa, tropezaron con enconadas resistencias y con un nuevo acercamiento a Roma por parte de las principales fuerzas políticas del país, y Roma aprovechó gustosa la oportunidad de afirmar a través de sus legados su arraigada postura de rivalidad eclesiástica.

A pesar de los esfuerzos que el conflicto con Roma y sus fenómenos secundarios en la península balcánica exigieron a Bizancio, no se perdió de vista la actividad de los árabes en las fronteras. En Sicilia sólo pudieron defenderse las ciudades de la costa oriental, Siracusa y Taormina, porque los súbditos del *basileus* estaban en relaciones amistosas con los árabes. También en el sur de Italia, pese a que Bizancio había iniciado allí una colaboración con el emperador Luis II no bien vista por el papa, había aumentado el poder musulmán. Por temor a esta opresión musulmana, muchos sicilianos huyeron a refugiarse en el Peloponeso. En cambio sí que pudo el ejército bizantino tomar la ofensiva en Asia Menor contra los árabes, que ya habían llegado hasta el centro de Anatolia. Desde el *thema* de los Tracesios, al oeste de Asia Menor, el *strategos* Petronas, hermano de Bardas, avanzó hacia el este a través de Samosata y llegó a Amida, ya en el curso superior del Tigris. Tres años más tarde, el emperador Miguel y Bardas condujeron nuevamente las tropas bizantinas al Eufrates, después que se hubieron edificado aceleradamente fortalezas como Ankara, Nicea y otras plazas más. También Damieta fue tomada por una flota imperial.

El año 863 trajo un éxito realmente decisivo para los bizantinos, al ser rechazado un ataque de los emires de Melitene y conquistar por su parte los griegos la ciudad de Amisos, ocupada por los árabes, en el mar Negro. La batalla en la que Petronas venció completamente a los musulmanes, cuyo emir murió, tuvo lugar en la frontera paflagónica. La iniciativa de la guerra en Anatolia pasó definitivamente a manos de los bizantinos, que en los sucesivos años y decenios arrebataron paso a paso Asia Menor a los mahometanos.

Con la conciencia de la superioridad de las armas bizantinas proporcionada por los recientes éxitos, pudo Miguel III pensar por fin en la reconquista de Creta. Sin embargo, en el año 865 llevó únicamente a cabo un intento, pues en la cima del Imperio se perfilaban cambios significativos que debieron perjudicar a la intensa actividad política en el exterior. El emperador Miguel se enemistó con Bardas y puso en su lugar al favorito Basilio, al que acababa de casar con su antigua amante, Eudocia Ingerina. Basilio, a sabiendas del Emperador, asesinó a su po-

deroso rival y se vio recompensado por Miguel III con el título de sucesor al trono. Este no le pareció todavía suficiente al ambicioso advenedizo y al producirse serias divergencias de opinión entre él y el último amorita, le hizo asesinar en la noche del 24 de septiembre de 867, tras un banquete en palacio.

Tras la toma del poder el nuevo emperador, que provenía de una familia armenia de la comarca de Adrianópolis, cambió radicalmente el curso del Imperio en cuanto a política eclesiástica se refiere, con el fin de lograr las condiciones previas para una alianza defensiva entre él y el papa contra los musulmanes, que en el sur de Italia hacían alarmantes progresos. Siguiendo esta línea fue destituido Focio y desterrado a un monasterio. Su puesto lo ocupó nuevamente Ignacio, que en el año 858 había tenido que seguir el mismo camino que ahora Focio. La política que Focio patrocinaba parecía completamente fracasada, cuando, dos años después, un concilio con asistencia de los legados del papa Adriano II pronunció su opinión sobre la excomunión del destronado príncipe de la Iglesia.

Se podía suponer que con esto Roma conseguía llegar a un arreglo con el patriarcado de Constantinopla, al menos en parte. Este era su mayor deseo, que no pudo realizarse. Estaba claro que tampoco Basilio I pensaba aceptar la primacía del Supremo Pastor Romano. Esto lo demostró ya, al encomendar al concilio de Constantinopla la destitución de Focio, con lo cual quitaba valor a la sentencia del papa pronunciada antes. Si con esto se perfiló de nuevo la anterior rivalidad, se llegó abiertamente a la ruptura cuando, al finalizar el sínodo llegaron al Bósforo legados búlgados para saber a qué diócesis debía pertenecer su Iglesia en el futuro. Cuando los obispados de Bulgaria, mediante un fallo arbitral de los tres patriarcas orientales, fueron agregados a Constantinopla y no a Roma, se vio lo equivocado de la política que venía siguiendo la Iglesia romana desde el papa Nicolás. Con inteligente condescendencia no tardó Bizancio en poner la Iglesia búlgara bajo uno de sus obispos, el griego José, concediéndole una privilegiada jerarquía dentro de la Iglesia oriental. Con esto renunció Basilio a su primitiva intención de llegar a un arreglo con el Papado y volvió a la política del reinado de Miguel III, que también había buscado la expansión de su influencia política y religiosa en competencia con el papa.

La nueva orientación de la política contra Roma benefició al Emperador personalmente. Alrededor del año 875 llamó de nuevo a Focio a Constantinopla y le confió la educación de su hijo. Cuando en 877 murió el patriarca Ignacio, a edad avanzada, le sucedió Focio. La rehabilitación de éste en su puesto fue confirmada en noviembre de 879 por un sínodo, con partici-

pación de delegados del papa Juan VIII, en el que se retiró la condena de 829. Después de esto no se llegó a un nuevo cisma, pues Roma ya había renunciado a imponer su supremacía espiritual a cualquier precio por motivos ideológicos.

Si Bizancio había quedado claramente dueña de la situación con la incorporación de Bulgaria a su dominio espiritual, Roma, en el curso de los últimos años, también había ganado influencia entre las ciudades de la costa adriática y entre las tribus eslavas del interior del país. La amenaza árabe desde toda la Italia del sur hizo entrar nuevamente en juego a los bizantinos, ahora con más fuerza, pues únicamente ellos podían impedir una invasión musulmana en la orilla este del Adriático. Ragusa, ocupada desde quince meses antes por los árabes, fue liberada en 868 por una flota griega, que ya había ocupado previamente Cataro y Budva. En el período siguiente las ciudades e islas de Dalmacia pasaron a Constantinopla formando un *thema,* y fueron sometidas a una tributación excesiva, teniendo en cuenta la débil influencia que el Imperio bizantino ejercía en aquella región. También los servios tuvieron que luchar contra los bizantinos. Ocupaban los valles de Piva, Tara, Lim e Ibar, en el interior, y habían creado su propio pequeño Imperio bajo Vlastimiro. No se les pudo convertir al cristianismo, pese a la actividad misionera que los discípulos de Metodio llevaron a cabo en ese país alrededor del año 870.

Consciente de su meta, Basilio también basó su poder en el extremo occidental del Imperio. Bien es verdad que no pudo impedir la pérdida de Malta en 870 y de Risacusa en 878, pero en Calabria consiguió diferentes éxitos con la ayuda del emperador franco Luis II. En esta empresa también colaboraron contingentes eslavos y una flota de las ciudades dálmatas, apoyando a los bizantinos, con su almirante Nicetas a la cabeza. Así pudo ser reconquistada Bari en 871, donde había residido casi tres decenios un emir musulmán. Más tarde, cuando empezaron las desavenencias entre francos y bizantinos, consiguió la diplomacia griega que Adelgiso, duque de Benevento, se sometiese a la soberanía del emperador oriental a cambio de la ayuda contra Luis II de una flota dirigida por el patricio Gregorio de Otranto. Nápoles y Capua y las regiones de la costa occidental italiana se pusieron bajo el dominio del *basileus,* cuya protección contra los sarracenos reclamó el papa Juan en 878. A éstos se les pudo arrebatar Tarento en 880 y cinco años más tarde el general Nicéforo Focas aseguró definitivamente la soberanía de su emperador sobre Calabria.

También en Oriente tuvieron que actuar las fuerzas militares del Imperio. En 872 Cristóforo, cuñado del emperador, condujo

el ejército bizantino contra los paulicianos. Los derrotó en una formidable campaña y conquistó su baluarte, Tefricia. Al año siguiente el propio Basilio luchó contra los árabes en la región del alto Eufrates, donde conquistó Zapetra y Samosata. Ante Melitene fue víctima de una dolorosa derrota, y Chipre logró una pasajera independencia. Pero a pesar de esto las decisivas victorias en el Eufrates y en el Tauro mostraron que Bizancio había frenado la fuerza del enemigo árabe en regiones que antes habían sido las zonas que mayor apoyo prestaban a éste. El hecho de que al mismo tiempo los bagratidas armenios se hicieran con un bastión contra los árabes, mejoró por añadidura la posición cristiana en Asia Menor.

A pesar de la actividad militar en todas las fronteras del Imperio, no se descuidaron los intereses de la política interior. La cultura alcanzó en el Imperio uno de sus más espléndidos períodos. Quizá esto se debió a la labor que, ya durante el reinado de Miguel III realizó la escuela superior laica del palacio de Magnaura en la capital. Dicha escuela recibió fuertes impulsos cuando se encargó de la dirección del colegio el filósofo y matemático León, al que el califato de Bagdad había querido llevar antes a su Corte. Como Focio, tenía a su lado a destacados científicos y maestros. El propio emperador Basilio que había entrado al servicio de su antecesor como mozo de cuadra, se mostró entusiasta propulsor del arte y de la cultura. Un ejemplo de esto es el códice ricamente ilustrado que le fue dedicado. Es el más antiguo de los que conocemos la fecha y todavía se conserva. Fue él también quien hizo levantar bellos monumentos en torno al palacio de Constantinopla. Pero lo que tuvo mayor importancia fue la difícil empresa de reformar a fondo la legislación.

Una reforma de las leyes bizantinas, las cuales habían sido codificadas en latín en tiempos del emperador Justiniano, tenía que estar a tono con los cambios sociales que habían tenido lugar en el curso de tres siglos. Debido a la dificultad de este trabajo, el Emperador mandó redactar una especie de manual del derecho vigente, el *Procheiron,* que había de ayudar a la práctica de la administración de justicia, hasta la entrada en vigor del nuevo código civil. Esta obra fue seguida en 879 de la *Epanagoge,* que estaba pensado como introducción al nuevo planteamiento del derecho bizantino. El hecho de que en la *Epanagoge* la relación entre el poder temporal y el poder espiritual fuesen complementos el uno del otro —el patriarca era responsable del bienestar espiritual del pueblo y el rey, en cambio, de los intereses materiales de sus súbditos— prueba

que en estas deliberaciones había participado ideológicamente el patriarca Focio.

Basilio I, además de ampliar militarmente su Imperio, proporcionó las bases para su saneamiento mediante el inicio de su reforma de la justicia. No pudo concluir su obra. Murió en una cacería a finales de agosto del año 885, tras haber sufrido una fuerte depresión por la muerte en 879 de su hijo favorito, Constantino. Sus hijos León y Alejandro, que ya desde pequeños habían participado en el gobierno, persiguieron las mismas metas del reinado de su padre. La dinastía macedónica, fundada por Basilio I, duró cerca de dos siglos, durante los cuales el Imperio vivió un período de brillo y grandeza.

II. *Los emperadores macedónicos. Consolidación interna y apogeo cultural*

La continuación de la labor de reconstrucción iniciada por Basilio I correspondió a su hijo León VI (886-912), a su nieto Constantino Porfirogéneta (912-959) y al antecesor de éste, Romano Lecapeno (920-944). Estos emperadores se impusieron la tarea de mejorar las bases de la sociedad, la vida jurídica, la administración y el ejército bizantinos. Se produjo también en su reinado un nuevo esplendor de la vida cultural bizantina. De esta manera pudo el Imperio romano recuperar su posición de gran potencia mediterránea.

León VI, como sucesor del primer emperador macedónico, tenía al tomar posesión de su alto cargo más preparación que su padre, ya que había sido educado nada menos que por el patriarca Focio. En efecto, el nuevo soberano demostró tener una extensa formación y un gran talento de orador y de escritor. Sentía una extraordinaria predilección por la teología y la filosofía de la antigüedad. Su sabiduría, tan fuera de lo normal, ha sido la causa de que se hay. creado una leyenda en torno a este emperador, al que ya sus contemporáneos apodaban «el Sabio». Se le ha atribuido una colección de oráculos que aun después de la desaparición del Imperio de Oriente gozaban de gran estimación entre bizantinos y eslavos.

Sin embargo, León VI ha pasado a la historia no como literato o teólogo, sino como legislador. Tan pronto como subió al trono destituyó a Focio de su cargo y nombró al armenio Estiliano Zauzes para que estuviese a su lado en todo momento como consejero. Prosiguió resueltamente la reforma del derecho bizantino iniciada por Basilio I. Antes de transcurridos diez años de su reinado ya se había publicado la *Basilika,* la más

importante colección de leyes de derecho civil y canónico de la Edad Media. Constaba de 60 libros agrupados en seis tomos y en su elaboración intervino una comisión con el *protospatarios* armenio Sempad a la cabeza. Al mismo tiempo que la *Basilika* se publicaron antiguas obras legislativas en griego, claramente ordenadas según materias, lo que les daba gran utilidad para su empleo en la vida cotidiana. Con esto en parte cayeron en el olvido el Código de Justiniano y las *Digestae* y entraron en vigor leyes y reglamentos jurídicos desfasados por completo. Sin duda es éste el punto flaco de la obra, lo que no impidió que ocupasen un puesto primordial en la vida jurídica de Bizancio, como lo prueban los comentarios que de ellas se hicieron y el registro *Tipukeitos* creado en el siglo XII para su más cómoda utilización.

Todos los esfuerzos del soberano estuvieron encaminándose a una codificación del derecho válida para su tiempo, de lo cual da testimonio la enmienda que hizo de las leyes con una colección de 113 decretos. Los que tratan de política eclesiástica están esencialmente influidos por el patriarca Esteban I, mientras que los decretos sobre la reglamentación legislativa hay que atribuirlos muy probablemente a Estiliano Zauzes.

La actividad legislativa de León VI reforzó su autoridad en el Estado y la burocracia se vio considerablemente robustecida. El Senado y el cuerpo legislativo perdieron por completo las funciones que antes tenían, representando desde entonces un papel puramente decorativo en el protocolo de la Corte. El rey, por otro lado, tenía facultades legislativas: podía revocar leyes y dictar otras nuevas. Excepto en el ámbito de la Iglesia, en el que el emperador sólo actuaba como protector, aunque influyera bastante en la elección del sucesor al trono patriarcal, concentró todo el poder del Estado en sus manos. Un cetro que todavía se conserva demuestra que, en su opinión, el poder absoluto era algo recibido de Dios. En este cetro aparece la cabeza del emperador en el momento de ser coronado por su abuela, a la que asiste un arcángel.

A considerable distancia de la persona del emperador se hallaban los principales magistrados del Estado bizantino de la época: césares, nobilísimos y curopalates; estos cargos recaían normalmente en personas de la familia imperial. A éstos seguían, con su correspondiente protocolo, otros magistrados, entre los que hay que destacar: la patricia de cíngulo o cinturón, primera dama de la corte, los *magistroi*, los patricios y los protoespatarios. Todos estos títulos eran conferidos como prueba de estimación y no estaban relacionados con tareas específicas dentro

del aparato estatal; sus funciones eran fijadas por el emperador en los títulos credenciales.

Conocemos muy bien la organización del Imperio bizantino medio por los documentos que nos han llegado. Sería erróneo suponer que listas de funcionarios como el *Kleterologio* de Filoteo pueden describir la estructura de una jerarquía de empleados públicos, como se ha venido haciendo hasta ahora, cuando el aparato administrativo bizantino fue algo que se desarrolló muy dinámicamente.

El único cargo que siguió en vigor durante largo tiempo fue el de *Logothetes tou dromou*. Este personaje había determinado las directrices de la política exterior bajo los emperadores macedónicos. Junto a este primer funcionario del Imperio estaban, en primer lugar, el *Sakellarios* (sacelario) —especie de ministro de la sección dirigida por el protonotario—, como responsable del departamento de finanzas. A continuación le seguían en importancia el *Chartularios tou sakelliou,* al que incumbía el suministro de productos naturales para el Estado; el *Protoasekretis,* como jefe de la cancillería imperial; y el *Epi tou kanikleiou,* encargado de la dirección de la correspondencia del emperador y al que se puede comparar con el gran guardasellos de los soberanos occidentales. Los cargos de *Prototostrator, Parakoimomenos* y *Protovestarios* correspondían a menudo a eunucos. El *protostrator* equivaldría más o menos a un mariscal occidental; el *parakoimomenos* dormía junto al gabinete del emperador y el *protovestarios* tenía unas funciones parecidas a las de un camarlengo de occidente y, debido al diario contacto con el rey, ejercía a veces influencia decisiva en cuestiones políticas y dinásticas.

Una posición increíblemente privilegiada tenía también el eparca de Constantinopla, debido a que el Imperio bizantino estaba organizado en torno a la capital. Sin embargo, no desempeñaba ningún cargo propiamente dicho en la Corte. Bajo su supervisión estaban la ciudad imperial y, sobre todo, sus gremios. Los cambios introducidos en la organización de los partidos del circo, «verdes» y «azules», les había hecho perder todo su anterior peso político.

La división administrativa del territorio imperial, que, aunque había sufrido una ligera merma, seguía siendo muy extenso, daría al Imperio, bajo León VI y sus inmediatos sucesores, el aspecto que iba a seguir teniendo mucho tiempo. El complejo sistema de *themas* escasos y grandes, y multitud de pequeños distritos militares se simplificó al ser divididos los antiguos *themas* y al considerarse poco a poco *themas* únicos distritos como los drungariatos, los catepanatos, los ducados, los arcon-

tados y las *clissurae*. En estos *themas*, que inicialmente eran 32, compartían el poder el *protonotarios*, que dirigía la administración civil, y el *strategos*, que con el aumento de su poder llegó a ser el único que intervenía en la resolución de los problemas. Junto a esta nueva ordenación administrativa se llevó a cabo una reorganización de la jerarquía eclesiástica preparada por León VI y Nicolás el Místico con la publicación de la *Diatyposis*.

La principal consecuencia que se desprendió de la creciente tendencia a que los aristócratas ocuparan altos cargos del ejército y de la flota bizantina en el Imperio bizantino medio, fue la gran diferencia existente entre las tropas de choque acantonadas en la capital y las de provincias. A la cabeza de los ejércitos compuestos por soldados-campesinos estaban los *strategoi* de las distintas partes del Imperio, como gobernadores de esas zonas. Infinitamente más distinguido era el rango de los *domestikoi* que acaudillaban a los *tagmata* compuestos por soldados profesionales de la capital. De los cuatro *tagmata* que había, el más importante era el de las *scholae*, cuyo *domestikos* aparecía a menudo como el jefe único de todo el ejército imperial. Con el comienzo de la política exterior expansionista del Imperio a mediados del siglo x, fue habitual mantener dos ejércitos independientes, uno para Anatolia y otro para Europa; los *domestikoi* de Oriente y de Occidente dirigían desde estas posiciones las operaciones militares en los Balcanes o en Asia Menor.

La flota bizantina en la época de la dinastía macedónica tenía al principio una importancia limitada, que más tarde aumentó con gran rapidez, en virtud de una acelerada puesta en marcha de trirremes dotadas de fuego griego. Dichos barcos estaban bajo las órdenes de un *strategos* en las aguas territoriales, mientras que las flotas concentradas en el Cuerno de Oro estaban subordinadas a un *drungarios ton ploimon* que dependía directamente del emperador. El hecho de que el control policial sobre Constantinopla fuese encomendado a un *drungarios* denota también que se concedía una importancia cada vez mayor a la marina.

En política exterior, el reinado de León VI trajo, junto a la continuación de las luchas con los musulmanes, otras nuevas contra los búlgaros. El conflicto en los Balcanes se agravó al conceder el monopolio del comercio con los búlgaros a dos únicos agentes comerciales. El zar Simeón se opuso a esto y su protesta fue desatendida, por lo que hizo penetrar sus tropas en el territorio del Imperio e infligió una seria derrota a las fuerzas armadas bizantinas.

Las luchas del año 894 representaron sólo el preludio de otros conflictos que se iban a agudizar progresivamente. Al ser derrotado en Bulgarófigo un ejército bizantino bajo el mando de León Catacalo, el Imperio tuvo que aceptar la firma de un tratado en el que se comprometía a pagar un tributo al cada vez más poderoso vecino. Simeón, por su parte, preparaba a su Estado para someterlo a una segunda prueba de fuerza, de la cual salió también victorioso. A consecuencia de esto se tuvo que llegar nada menos que a una coalición de los bizantinos con los búlgaros, muerto ya el emperador León.

Simultáneamente Bizancio estaba teniendo que llevar a cabo otras luchas en los Balcanes. Ya en 894 Nicéforo Focas fue llamado de Italia y recibió la orden de dirigir una expedición contra la armada búlgara de Grecia. La debilitación que sufrieron las tropas bizantinas a consecuencia de esta empresa fue la causa de que se perdiera la ciudad siciliana de Taormina en el año 902. Sicilia estuvo desde entonces totalmente en manos de los musulmanes, contra cuyos ataques tuvo que ser defendida Calabria, ahora por Miguel Caracto.

A pesar de que en el año 900 Nicéforo Focas infligió una importante derrota al enemigo en Adana (Asia Menor), también entonces los bizantinos tuvieron que permanecer al principio en una actitud defensiva, debido especialmente a la superioridad de los árabes en el mar, gracias a la cual pudieron conseguir el control del Egeo y de la costa sur de Anatolia. Contribuyó a empeorar la situación de los bizantinos el hecho de que en el año 904, tras un ataque a Demetrías, ciudad de Tesalia, un renegado bizantino, León de Trípoli, arremetiese contra el más rico baluarte del Imperio, Salónica. Sus tropas, que se habían apoderado de Abidos, conquistaron la floreciente ciudad portuaria, consiguieron un gran botín e hicieron infinidad de prisioneros que fueron llevados a Siria. Ante este desgraciado acontecimiento los bizantinos no tuvieron más remedio que reforzar sus puertos marítimos, pero también tuvieron que hacer retroceder sus fronteras casi hasta Tesalónica, para defenderse contra el zar Simeón de Bulgaria.

Contra los árabes no se pudo tomar la ofensiva hasta algunos años después. En octubre de 905 fue derrotada una flota musulmana en el mar Egeo y en el año 910 se produjeron el desembarco en Chipre de un ejército expedicionario a las órdenes del logoteta Himerio, el ataque de Siria y la conquista de Laodicea. Debió de ser en el año 911 cuando a estos éxitos se unió el de la reconquista de Creta. Sin embargo, la flota bizantina no se pudo imponer contra las escuadras musulmanas, y al retirarse, en la primavera del 912, fue sorprendida y ani-

quilada por León de Trípoli. La colaboración de un contingente mercenario varego-ruso tampoco pudo impedir nada. Esta cooperación fue posible gracias a un pacto hecho entre los griegos y el príncipe Oleg de Kiev en septiembre de 911. Dicho acuerdo regulaba para el futuro el derecho de los comerciantes rusos en Constantinopla y además las relaciones comerciales entre ambas partes. De este modo comenzó a abrirse paso por toda Rusia la influencia bizantina.

Una situación de suma importancia para el desarrollo del Imperio fue la creada por los problemas dinásticos en que el soberano se vio envuelto involuntariamente. Tras la muerte de su primera esposa, Teófano, venerada por la Iglesia ortodoxa como santa, se casó en 898 con su antigua amante Zoe Zauzina, que murió al año siguiente sin haber dado al emperador el deseado sucesor al trono. Cuando en verano del año 900 volvió a casarse con Eudocia Baiana, infringió no sólo las disposiciones del derecho eclesiástico vigente, sino también una ley según la cual él mismo algunos años antes había prohibido un tercer matrimonio e incluso desaprobado las segundas nupcias. León pudo llevar adelante su propósito a pesar de la oposición de la Iglesia, pero sin embargo se vio en una situación todavía más difícil, cuando también Eudocia falleció y se quiso casar con la bella Zoe Carbonopsina. Al darle Zoe un hijo en el año 905, fue reconocido mediante el bautismo, con la condición de que el Emperador se separase de su amante. No obstante, faltando a su promesa, se casó a los tres días con la madre de su hijo y la elevó al rango de emperatriz, lo que produjo una gran indignación. El patriarca Nicolás el Místico, discípulo de Focio y emparentado con el Emperador, le negó la entrada en Santa Sofía, de forma que a León VI no le quedó otra solución que someter el asunto a la apreciación del papa Sergio III. Cuando le llegó al Emperador la necesaria dispensa de Roma, pudo León conseguir de nuevo el favor del patriarca. A la sazón lo era el piadoso monje Eutinio, director espiritual de León, que había sido nombrado en febrero de 907.

Ni con la destitución del patriarca Nicolás, ni con la coronación de su hijo Constantino en el año 908, pudo León VI amortiguar el nuevamente inflamado conflicto entre los antiguos partidarios de la Iglesia, sobre la cuestión de la «tetragamia». El cisma entre los partidarios del nuevo Patriarca y los del destronado se prolongó varios años después de la muerte del Emperador el 12 de mayo de 912. Hasta 920 no se restableció la unidad en la Iglesia ortodoxa. En este año un sínodo, con asistencia de legados del papa, autorizó los terceros matri-

monios a los menores de cuarenta años; sin embargo un cuarto enlace siguió estando prohibido.

Tras la muerte de León VI, tomó el poder su hermano Alejandro en nombre del príncipe Constantino, de seis años de edad. Alejandro, hasta entonces poco sobresaliente, pero muy consciente de su dignidad, procuró en seguida distanciarse sobre todo en su conducta personal, del gobierno de su hermano. Sin embargo, no tenía buen predicamento ante la opinión pública. Relevó de sus cargos a una serie de importantes colaboradores de León y no debía estar de acuerdo con la última voluntad de su antecesor, ya que envió a un convento a la emperatriz Zoe y sustituyó al patriarca Eutimio por Nicolás el Místico.

También en política exterior abandonó Alejandro la línea de su hermano en un punto esencial: denegó a Bulgaria el tributo estipulado y provocó con ello el hecho de que las tropas del zar Simeón renovaran los ataques, aunque Alejandro murió antes de que se iniciasen las hostilidades, tras sólo 13 meses de reinado; un mosaico de Santa Sofía ha legado a la posteridad un cuadro de este singular Emperador con un traje de ceremonia de tipo oriental.

En esta situación tan crítica, se hizo cargo del gobierno un consejo de regencia, a cuya cabeza estaba el patriarca Nicolás el Místico. El Estado se veía amenazado, por un lado, por las hostilidades de los partidarios del antiguo patriarca Eutimio y, por otro, por aristócratas ambiciosos como Constantino Ducas, *domestikos* de las *scholae*. No tiene nada de extraño que en estas circunstancias Simeón de Bulgaria llegara a sitiar Constantinopla en el verano de 913. Lo que hacía más peligroso a este ataque era el objeto que revestía conseguir un nuevo Imperio universal en el que se fusionasen el Reino búlgaro y el Estado bizantino.

Si a los bizantinos les impulsó a aceptar tales negociaciones la inseguridad de la situación en el interior del Imperio, al soberano búlgaro le indujo a hacerlo la calidad de las construcciones defensivas de Bizancio. Nicolás el Místico y el joven Constantino VII se entrevistaron repetidas veces con Simeón y finalmente el búlgaro fue coronado emperador. El compromiso matrimonial del joven Constantino con una hija de Simeón sirvió además para establecer una paz duradera entre Bizancio y los búlgaros, cuyo emperador retornó a su país altamente satisfecho con su título.

A pesar de que Simeón no era el sucesor de los emperadores de Constantinopla, como él se consideraba, las concesiones conseguidas parecían haber producido la deseada oposición en

el interior de Bizancio contra el régimen de Nicolás el Místico. Hicieron traer del convento a la reina madre Zoe Carbohopsina, que fue autorizada a gobernar en nombre del Emperador. Su regencia volvió a tomar un cariz acentuadamente antibúlgaro, ya que la siguiente actuación de Simeón fue la ocupación de Tracia y otra victoriosa campaña en septiembre de 914, en que se le tuvo que entregar Adrianópolis. Cuando, poco después, los búlgaros dominaron también los alrededores de Salónica y Dirraquio, los bizantinos tuvieron que decidirse a contraatacar. León y Bardas Focas les condujeron por el mar Negro hasta el territorio de los búlgaros, donde consiguieron aniquilarlos totalmente en Ankara el 20 de agosto de 927. A las pocas semanas el zar Simeón fue derrotado por segunda vez a poca distancia de la capital Constantinopla. En virtud de este nuevo fracaso de los búlgaros seguía sin existir un peligro inmediato para el Estado imperial. Sin embargo, los búlgaros pudieron penetrar sin impedimentos en la actual Grecia, donde hasta 923 azotaron con sus correrías devastadoras casi todas las regiones, incluso el Peloponeso. Esta profanación de obras de arte está impresionantemente descrita en la biografía del obispo Pedro de Argos y en la del abad Lucas Isteriote.

En esta crítica situación originada por la intransigencia del círculo de la emperatriz Zoe, los antiguos generales no pudieron adueñarse de nuevo del poder hasta Romano Lecapeno, el cual había iniciado una gran mejora de la marina. Romano Lecapeno era de modesta condición. Era hijo de un labrador de Armenia y, siendo soldado raso, llamó la atención del Emperador al luchar contra un león; una brillante carrera militar le condujo finalmente al mando supremo de la marina. En la cima del poder, no sólo tomó la delantera a León Focas, candidato del partido aristócrata, sino que hizo expulsar a la emperatriz y a sus familiares de todos los puestos clave. En el año 919 Romano casó a su hija Elena con el emperador Constantino y tuvo la habilidad de respetar a éste en sus funciones y atributos externos, contentándose con gobernar en su lugar, para lo cual se hizo nombrar en 920 co-emperador. Contra esto no pudieron hacer nada las furiosas protestas de Simeón de Bulgaria, al que le había sido concedida la dignidad de co-emperador y que por tanto perseguía la destitución del afortunado Romano Lecapeno.

Romano Lecapeno no vaciló en reforzar aún más su posición. Asumió la dignidad de primer emperador, mientras Constantino VII sólo hacía las veces de co-emperador. Pero en mayo de 921 el representante de la legítima dinastía macedónica fue desalojado también de la segunda posición en importancia del Imperio por Cristóforo, hijo mayor de Romano. Los hermanos

de Cristóforo, Esteban y Constantino, fueron nombrados coemperadores junto a Constantino Porfirogéneta en el año 924. Teofilacto, el hijo menor del desde entonces Emperador, fue educado para una futura toma de posesión del cargo de patriarca. La famosa estatuta del grupo de la Tetrarquía, que él mismo mandó realizar en el monasterio Mirelaión de la capital, demuestra cuán fuerte era en Romano I el deseo de fundar una dinastía propia. La Iglesia del monasterio de Mireleo sirvió también de sepulcro a la nueva familia imperial.

El soberano Romano Lecapeno se hizo dueño de la situación en el terreno de la política eclesiástica que tantos problemas había causado antes de su subida al poder. A esto contribuyó en gran manera el hecho de que el Emperador podía confiar siempre en la colaboración amistosa del patriarca Nicolás el Místico. El pontificado, manejado por la nobleza romana adicta a Teofilacto, también se ajustó en gran parte a los deseos del soberano bizantino. En cuanto a la Iglesia ortodoxa, la sumisión a la voluntad del Emperador creció aún más cuando en 933 su hijo, de dieciséis años, se hizo cargo del patriarcado de Constantinopla tras largos años de haber estado vacante. Teofilacto se mostró dócil instrumento de su padre. Parecía más atraído por los caballos que por los deberes de su cargo, aun cuando bajo su nombre se haya legado a la posteridad un importante escrito sobre el problema de los bogomilitas con el zar búlgado Pedro y aunque estuviera en estrecha relación con un personaje tan fundamental como Lucas, a petición del cual mandó renovar el antiquísimo convento de Rufiniani, en las cercanías de Calcedonia.

Romano Lecapeno prestó gran atención a los problemas de política interior con los que tropezó. Reconocía la importancia de las pequeñas fortunas para la recaudación de contribuciones y para la fuerza militar de su Imperio. Estaba también convencido de que un mayor incremento de las grandes fortunas tenía que debilitar el poder central y podía finalmente ponerlo en peligro. En 922 hizo frente por primera vez a dichas tendencias con una ley modificando las *Novellae*. El proceso de engrandecimiento de una minoría se había acrecentado en el curso de los últimos siglos, de tal modo que se convirtió en el principal problema de la política interior bizantina. Los grandes propietarios debían garantizar a sus parientes y vecinos un derecho de preferencia frente a terceros en la compra de fincas.

Por muy bien pensada que estuviese esta reglamentación, a consecuencia del hambre y de las epidemias de los años 927 y 928, los grandes propietarios, y con ellos la Iglesia, se apropiaron de tierras de cultivo a precios baratísimos. Gracias a

una segunda ley complementaria y con gran severidad dispuso el Emperador que todas las fingidas donaciones, herencias y demás traspasos ilegales de propiedades fueran anulados y que dichas fincas fueran devueltas a su antiguo propietario. Incluso para las fincas cuya venta había sido legítima, Romano Lecapeno dispuso un plazo de tres años para devolver el importe de la compra a su primitivo propietario.

Con la misma firmeza doblegó la resistencia de los pequeños campesinos que renunciaban de buen grado a su teórica libertad, pues bajo la protección de poderosos señores feudales se sentían a cubierto de las cargas fiscales y de la responsabilidad económica. Algo semejante ocurría con los que poseían bienes militares, que hacía tiempo que estaban cobrando cada vez mayor importancia en la periferia del Imperio y que disfrutaban de una protección jurídica especialmente amplia. La mayor dificultad en la realización de este proyecto estribaba posiblemente en que el aparato administrativo, en el cual se tenía que apoyar el Emperador, estaba controlado esencialmente por miembros de la aristocracia terrateniente.

En el siglo x el estado bizantino consiguió influir sobre la situación económica y social de la zona rural y asimismo sobre la de las ciudades. La población trabajadora se tenía que agrupar en gremios presididos por un jefe que era designado por el Estado. El gobierno controlaba la vida económica de estas corporaciones, las cuales daban mayor independencia al individuo que los colegios de finales del Imperio romano y, en general, no conocían la adscripción hereditaria a los oficios. Todo estaba reglamentado: desde la compra de materiales de trabajo hasta la venta de los productos, pasando por la calidad de las mercancías, las cantidades a entregar, los precios, etc. Los miembros de un gremio tenían que demostrar sus habilidades frente al Estado, que en lo sucesivo no regateaba a la hora de cobrar impuestos especiales a la corporación. Así pues, ni los campesinos ni los artesanos de las ciudades consiguieron mayor libertad en el siglo IX, pero sí la aristocracia y, tras algunas mejoras legislativas, los esclavos, en el otro extremo de la escala social.

Constantinopla, que aparte de ser el núcleo del Imperio, ejercía gran actividad privada, presentaba con sus innumerables gremios un amplio espectro de las posibilidades de producción de sus habitantes. Los gremios del sector de abastecimiento y el del comercio tenían, entre una población de casi 150.000 habitantes, bastante significación. Pero sin embargo, para la política económica del emperador era más importante la industria textil, la cual se ocupaba no sólo de la producción de lana y

lino, sino, sobre todo, de seda. Aun cuando las más valiosas telas de seda se reservaban para el rey, para el clero o para regalos a las autoridades extranjeras, seguían siendo un artículo de exportación y estaban muy cotizadas entre los comerciantes italianos de Constantinopla y también en los centros de la producción sedera de Grecia central y el Peloponeso. Sin embargo, la exportación de seda llegó a tal extremo que se tuvo que reducir ésta e impulsar la importación en interés del consumo nacional y, sobre todo, del gobierno. Con esto se organizaba el comercio y la industria hacia los objetos estatales y especialmente de la política interior.

Durante los primeros años del reinado de Romano I la política exterior bizantina estuvo presidida por la guerra contra Simeón. Pese a la toma de Adrianópolis en 923 y al segundo ataque sobre Constantinopla, con el tiempo a Bulgaria no le podía pasar inadvertida la creciente fuerza militar del Imperio y su superior diplomacia, en cuyos éxitos tomó parte decisiva el Emperador, junto a hombres como León Coirosfactes. Cuando Simeón murió repentinamente en el año 927, su hijo Pedro concertó la paz, fue nombrado zar de los búlgaros y se casó con la nieta de Romano, María. Una vez que el rey fue reconocido por el patriarca búlgaro se consiguieron las condiciones previas para una pacífica coexistencia de ambos países después de que Pedro tuviera en cuenta la correspondiente exigencia del lado contrario. Durante el «Renacimiento macedónico» pudo abrirse paso por toda Bulgaria la cultura bizantina. Muy importante fue asimismo el hecho de que las fuerzas bizantinas estuvieran de nuevo libres para una activa política en la frontera oriental del Imperio.

La ofensiva bizantina en la frontera oriental de Anatolia comenzó bajo la dirección de Juan Curcuas cuando nacieron las enemistades entre griegos y búlgaros. El fructuoso avance de los bizantinos fue debido a la recuperación del control del mar Egeo mediante la victoria en Lemnos sobre León de Trípoli y al empleo de la frontera del Tauro como línea de defensa. El primer éxito importante de los bizantinos en esas regiones fue la definitiva recuperación de Melitene el 19 de mayo de 934. Nuevamente los bizantinos tuvieron que hacer frente a un partido árabe, los hamdaníes de Sayf al-Dawla, que sustituyeron en el poder al hasta entonces califa de Bagdad. En 938, Sayf al-Dawla derrotó a Juan Curcuas y extendió sus dominios desde Mosul hasta Armenia y parte de Iberia. Cuando los hamdaníes se hallaban ya nada menos que ante Colonia, sólo la oposición nacida contra ellos en el seno del Imperio musulmán pudo impedir que siguiesen penetrando en territorio bizantino.

Los rusos se presentaron en 941 ante Constantinopla, pero fueron derrotados en Bitinia. Libres entonces de este peligro pudieron los bizantinos dirigir sus armas contra los hamdaníes. El año 943 les trajo una generosa victoria que les permitió conquistar las ciudades de Martirópolis, Amida, Dara y Nísibe. También pudieron recuperar de Edesa el santo *Mandilion*, «la verdadera imagen de Cristo no creada por la mano humana». En 944 se trasladó esta reliquia a Constantinopla entre el entusiasmo de sus habitantes, por lo que el emperador Constantino VII se vio precisado a componer para esta imagen una oración sagrada.

Los éxitos anteriores a Edesa y el traslado del *Mandilion* a Constantinopla fueron los últimos acontecimientos importantes que llevó a cabo Romano Lecapeno. En diciembre de 944 sus hijos menores le arrebataron el poder. Tras la muerte del mayor de éstos, Cristóforo, fueron de tal modo desplazados que su padre instituyó como sucesor a Constantino VII en lugar de ellos. De este modo Romano Lecapeno fue desterrado a la isla de Prote, en el mar de Mármara, donde se hizo monje y murió en 948.

Con esto, Constantino Porfirogéneta se convertía en dueño absoluto del poder, pues Esteban y Constantino no volvieron a intentar quitarle de en medio con un segundo golpe de Estado. Con la coronación de su hijo Romano en la Pascua de 945, Constantino VII aseguró a su dinastía el derecho al trono. Confió la dirección de la política del Imperio a Bardas Focas, cuyo hermano había sido uno de los rivales de Romano Lecapeno. Bardas, que provenía de la clase de los esclavos, tomó sobre sí el alto mando del ejército imperial y dio los primeros puestos de la armada a sus tres hijos. Los cuatro juntos ayudaron a dar un gran prestigio a la minoría gobernante, pero no pudieron impedir que la política en sus esenciales manifestaciones siguiese los pasos de Romano Lecapeno.

Los que se encargaron de que se prosiguiese con la misma política fueron los patricios y cuestores Teófilo y Teodoro el Decapolita, que intervinieron persistentemente a favor de una mayor protección de los pequeños propietarios. Sin embargo, a pesar de esto, los aristócratas bizantinos se apropiaron de gran número de fincas al producirse el cambio de gobierno e insistieron en que se revisase el sistema tributario vigente. Se formularon instrucciones similares a las anteriores a 944 para la restitución de los bienes que se habían transferido últimamente y otras relativas al derecho de preferencia en la compra. En realidad, lo que se hizo durante los restantes años del reinado

de Constantino fue cambiar las leyes en favor de las clases superiores.

La legislación bizantina de esos años se ocupó en especial de asegurar la fuerza defensiva del Imperio. Desde entonces se estableció formalmente la inalienabilidad de los bienes del ejército, fijándose la hacienda de los marineros de la armada real en dos libras de oro y en el doble de dicha cantidad la de los soldados de infantería. Sin embargo, aunque el capital de los estratiotas sobrepasaba estas cifras, éstos sólo podían hacerla efectiva si no estaban registrados en las listas de estratiotas en activo. El legislador subrayaba con toda claridad la obligación de los grupos favorecidos por el derecho a prestar servicio militar en el ejército del que recibían dicho beneficio.

Alrededor del año 950 toda la actividad militar se centró en torno a la frontera oriental. Se había logrado una paz duradera con Bulgaria y los ataques de los húngaros en los Balcanes habían sido rechazados con éxito; por eso, cuando en el año 949 se iniciaron operaciones aún mayores no se tardó mucho en conseguir otra victoria. Sin embargo, no se pudo volver a tomar Germanicia, que había sido arrebatada por los hamdaníes, ni ocupar el paso del Eufrates. Bizancio tuvo que permanecer a la defensiva frente a su peligroso adversario, pero en 956 consiguió ampliar sus dominios al conquistar Haran, en el norte de Siria, y Samosata, ciudad fortificada a orillas del Eufrates. Estas victorias se debieron esencialmente a Nicéforo Focas y al que más tarde sería emperador, Juan Zimisces.

Los resultados de la política militar de Constantino permanecieron ocultos, lo cual era sin duda una táctica de la diplomacia bizantina en orden a la consecución de sus fines en el interior. Volviendo a la técnica empleada por Basilio I y León VI, intentó llevar a cabo una alianza según la cual los musulmanes conservaban Sicilia y los bizantinos aseguraban sus posesiones en el sur de Italia. Por esta causa Constantino VII entró en contacto con el califa cordobés Abderramán III ('Abd al-Raḥmān) e hizo que unos legados le entregaran como regalo un manuscrito de Dióscorides, bellamente iluminado con ilustraciones.

La toma de contacto con el ambicioso Imperio de los Otones estaba fuertemente condicionada por la realidad política, como también lo estaba el fomento de las relaciones con los rusos de Kiev. Sin embargo, diversas embajadas enviadas a Otón el Grande a partir de 949 no condujeron a resultados positivos, a pesar de los buenos deseos de ambas partes. La deseada boda de Eduvigis de Baviera, nieta de Otón, con Romano, nieto de Constantino, no llegó a realizarse y los bizantinos siguieron

también negándose a reconocer al monarca germano como emperador. Las fructíferas relaciones con los rusos se iniciaron en el otoño de 957, coincidiendo con la solemne visita oficial de la princesa rusa Olga-Elena a Constantinopla. A consecuencia de esta amistad se extendió por Rusia una intensa cristianización llevada a cabo por la Iglesia ortodoxa, que corrió paralela con el aumento de la influencia bizantina.

Constantino VII fue sin duda un importante hombre de Estado. El «Renacimiento macedónico» no hubiera sido posible sin personalidades como la suya, la de su padre y la de su abuelo. Mitología antigua, historia, filosofía y literatura fueron objeto de un profundo estudio, ya no simplemente apologético, y reunidas de forma enciclopédica. Al mismo tiempo se volvieron a formular temas del arte griego y romano en numerosas creaciones, si bien trasplantadas a la ideología cristiana. Bizancio en muy pocas ocasiones introdujo innovaciones en el terreno artístico, sólo le interesaba proseguir el ininterrumpido clasicismo y afirmarlo tras las luchas contra los iconoclastas. El concepto de «Renacimiento macedónico» designa ni más ni menos que el incremento de la vida espiritual y cultural que Bizancio vivió bajo los emperadores macedónicos.

En el centro de esta vida cultural se hallaba Constantino VII. Los artistas y científicos no hacían sino cumplir lo que él les ordenaba. Con hombres como Bardas Focas estimuló el colegio de Magnaura en Constantinopla. Cubrió las cátedras de filosofía, retórica, geometría y astronomía que se hallaban vacantes. También mejoró los sueldos de los profesores y creó nuevas becas para los estudiantes. El mismo enseñaba regularmente en sus aulas. Como es comprensible, los funcionarios de la administración y de la Iglesia eran elegidos por el Emperador entre los discípulos de esta escuela.

También de la actividad literaria se ocupaba el Emperador. Sus tratados, que en buena parte están basados en materiales ya existentes y que se hallan impregnados del enciclopedismo dominante en el siglo x, son una de las más importantes fuentes que tenemos para conocer el Estado bizantino. Es digno de mención el tratado del Emperador *De thematibus*, en el que se hace una descripción histórica y geográfica del Imperio y sus habitantes. Como complemento de esta obra, el Emperador escribió un tratado sobre el poder titulado *De administrando imperio*. Estaba pensado como libro didáctico para su hijo Romano y en él se da cuenta detallada de las relaciones de Bizancio con el exterior. Por supuesto, Constantino VII no fue el único que escribió sobre teoría del Estado, ya que fue imitado por numerosos funcionarios que nos han legado manuscritos en

los que se analiza la estructura de la administración, de la industria, del comercio, del sistema de impuestos y de la economía de esos años.

Constantino, lo mismo que toda su dinastía, también se interesó por la historia. Por ello encargó al logoteta Simeón la crónica de los reinados de Miguel III y Basilio I. En la biografía de su abuelo Basilio, encargada a Isócrates, también colaboró el Emperador, al menos nominalmente. Teodoro Dafnopates, uno de los más destacados hombres de la corte de Constantino VII, prosiguió esta especie de historia que había iniciado Isócrates con la descripción de las épocas de Constantino y Romano II. Notables aportaciones a la historiografía son además el relato de la ocupación árabe de Salónica, por el sacerdote Juan Cameniates, y la obra histórica de León el Diácono, en que se sigue la técnica de los historiadores griegos Agatias y Procopio.

En cuanto a literatura teológica, son dignos de mención, en primer lugar, León VI, seguido de Constantino Porfirogéneta. Ambos destacan como predicadores. Asimismo dieron impulso a los escritos teológicos con sus constantes encargos. Gracias a una extensa carta de León VI al califa de Bagdad, podemos conocer mejor la polémica antiislámica de aquel tiempo. No se puede decir lo mismo de Romano II; Romano Lecapeno no tenía una formación demasiado amplia en las cuestiones eclesiásticas, se hacía ayudar sobre todo por el magistrado y eparca de la capital, Teodoro Dafnopates, que compuso para él diversos escritos sobre temas dogmáticos o de política eclesiástica y que se hizo además célebre como transmisor de los sermones de Juan Crisóstomo.

Son teólogos dignos de mención, los patriarcas: Aretas de Cesárea, Nicolás el Místico y Eutimio; los tres fueron discípulos de la escuela de Magnaura, aunque el tercero supera con mucho en conocimientos a los dos primeros. Aretas había tratado en su juventud temas filosóficos y filológicos, y son muestra de ello un comentario al Apocalipsis de San Juan y sus glosas de las cartas de San Pablo. Más tarde se ocupó principalmente de cuestiones de derecho canónico y de problemas dogmáticos, como lo muestran los escritos contra los iconoclastas, judíos y armenios y la carta al emir de Damasco, hecha por encargo imperial. Este gran filólogo se mostró luego menos tolerante, y atacó al compilador y *magistros* León Coirosfactes, contemporáneo suyo, a causa de su pública admiración por la recién descubierta Antigüedad. Sin embargo, debemos añadir que alcanzó una importancia mayor que la de cualquier gran figura de su época. Ni especialistas en derecho canónico,

como Juan Doxoprates, ni poetas religiosos como Anastasio, fueron tan famosos como el dogmático Aretas.

En la época de los últimos emperadores macedónicos, el cultivo de la mística y la ascética hizo que se dejara un poco de lado la anterior teología «abierta al mundo». Paralelamente a la ascética y la mística se desarrolló un creciente interés por la hagiografía. Probablemente aparecieron estas tendencias gracias al ejemplo de Lucas el Estilita, que había participado en las campañas contra el zar búlgaro Simeón, y que desde 935 vivió sobre una columna. Una generación más tarde nos topamos ya con un autor místico importantísimo: Simeón el Nuevo, discípulo de Simeón Eulabes. Este voluntarioso monje procedía de la Paflagonia y, juntamente con su maestro, adaptó a la mística bizantina el espíritu de la mística del monacato del Sinaí.

En otras clases sociales también se hizo visible una mayor admiración hacia la hagiografía. El monje Simeón Metafrastes, quizá el más importante hagiógrafo, había ejercido el cargo de Logoteta bajo tres emperadores y fue él quien compuso (quizá por estímulo de León) una colección de las vidas de los santos, ordenada según su fecha en el calendario. De este *Menologio* se conservan actualmente cerca de 700 manuscritos.

En cuanto a la arquitectura, los emperadores macedónicos introdujeron las iglesias con cúpula como prototipo para posteriores construcciones. Siguiendo el modelo de Santa Teodora de Constantinopla, este tipo de iglesia fue evolucionando hasta el año 900. Con el deseo de aligerar el peso de los elementos constructivos, se llegó a la completa adaptación de una planta de cruz griega inscrita en el tradicional esquema rectangular. La primera iglesia de este tipo fue la iglesia de la *Theotokos* de Constantinopla, construida en 907 por Constantino Lips. La cúpula descansa sobre muros con diversas franjas de piedra y ladrillo y sobre las bóvedas de dos cruceros de igual longitud. Claridad, simetría y elegancia impregnan también las siguientes construcciones de este tipo, en las que el tambor con la cúpula es sostenido cada vez más frecuentemente por columnas en lugar de por pilares. Los muros entre los apoyos y las paredes exteriores van desapareciendo también poco a poco. Este esquema se fue enriqueciendo por necesidades litúrgicas mediante ábsides, diaconías y nártex. Estas edificaciones anejas daban mayor profundidad espacial a las iglesias bizantinas y acabaron convirtiéndose en elementos constructivos.

La pintura al fresco y el mosaico volvieron a surgir lentamente tras la crisis iconoclasta. Aun cuando en los decenios de apogeo cultural del siglo X trabajaban en Constantinopla y Salónica grandes maestros y en las provincias había pequeños

grupos de artistas, no se conservan más que muy pocos mosaicos importantes de esta época. Llama la atención el hecho de que los mosaicos de San Lucas y del monasterio de Nea Moni, en Quío, no son tan arcaizantes como los que en la misma época se realizaban en la capital. Los de las provincias, sin embargo, nos maravillan por su rico colorido. Se superan, aunque imperfectamente, problemas técnicos como la decoración de superficies abovedadas; lo mismo ocurre con las representaciones de figuras que aparecen singularmente serias y poco dinámicas. Con todo, lo esencial es que en esa época surge el tipo de decoración eclesiástica que iba a servir de programa para el futuro: el Pantocrátor en la cúpula, y en el ábside, la *Theotokos,* con arcángeles, patriarcas, profetas, apóstoles y la representación de los episodios más importantes de la vida de Jesús, de su madre y de otros santos. La pintura al fresco, de igual importancia, de las antiguas iglesias de Capadocia, se basa en los mismos temas que el mosaico.

La miniatura adquiere durante el «Renacimiento macedónico» una excepcional importancia. En ella se refleja la sujeción de esta época a los modelos helenísticos y a los de la Antigüedad clásica, de tal modo que algunas miniaturas parecen auténticas copias de manuscritos antiguos. Finalmente, con los últimos emperadores macedónicos se abrió camino una corriente más «medieval» y «bizantina», cuyo contenido está tomado básicamente del ideario cristiano.

Los primeros centros de Bizancio en que se crearon miniaturas fueron el monasterio de los Estuditas y el círculo en torno al patriarca Focio. Allí surgieron miniaturas que al principio no eran sino pequeñas ilustraciones al margen de la escritura; aunque la tradición de esta escuela duró muchos años, el Salterio de Chludow del año 850, aproximadamente, es el único ejemplo importante que nos han legado. Los códices imperiales, como el *Codex grecus 510,* conservado en París, contienen miniaturas de gran formato. En estos códices están basados otros manuscritos que se caracterizan por su decoración realista, por sus paisajes inspirados en el helenismo, por la clara disposición de las imágenes y por su amplia gama de colores. El texto de los manuscritos suele tratar de temas del Antiguo y el Nuevo Testamento, el calendario litúrgico, biografías de santos, literatura teológica y también crónicas históricas. Estas miniaturas son más originales que las pintadas durante el reinado de Constantino VII. En ellas se demuestra un buen conocimiento de la anatomía, pues los cuerpos aparecen delicadamente modelados. Esencialmente se pinta imitando los modelos antiguos, lo que muestra también el estilo idealista de las mi-

niaturas. Así, la nota antigua cobra gran importancia en esta época, especialmente en obras de contenido mundano. Entre ellas resalta el tratado sobre mordeduras de animales venenosos de Nicandro de Colofón y otras obras de ciencias naturales. Entre ellos hay que destacar el papiro de Josué, de la Biblioteca Vaticana, banda de pergamino de 10 metros de longitud, al que falta el principio y el final. Pero aun así se puede comprobar que los artistas que realizaron el trabajo emplearon como modelo columnas de triunfo romanas. Otro valioso ejemplar de la pintura de miniaturas bizantina es la Biblia del patricio León, que sigue también dentro de la línea de imitación helenística.

Entre las miniaturas de la época de Basilio II y las de los años inmediatamente anteriores hay algo en común: las mejores piezas fueron elaboradas en los talleres imperiales, en los que emperadores como León VI y Constantino Porfirogéneta se dedicaban en persona a labores de pintura. Como ejemplo puede aducirse el del *Menologio* de Basilio II, cuyas 430 miniaturas fueron sin duda obra de los mismos artistas que habían decorado un escritorio del palacio de Blaquerna. A base de comparaciones de estilo, se llega a la misma conclusión en lo relativo a otros manuscritos. Todos ellos contienen miniaturas que, a los ojos de un observador profundo, tienen un aire «espiritual» y anuncian el paso a las corrientes artísticas posteriores, características, dentro del arte bizantino, de las épocas de los Comneno y los Paleólogo.

Otra faceta del arte bizantino son los retablos de marfil en los que se representan temas religiosos y profanos indistintamente. El más conocido ejemplo es la «cajita de Veroli», en la que aparecen: el rapto de Europa, una danza de ménades y centauros, así como ninfas, nereidas, amorcillos y otras figuras del antiguo Olimpo, todas ellas en animado movimiento. En otras cajitas se representan escenas mitológicas unidas unas con otras por guirnaldas de rosas. Nos dejan ver la admiración que en aquella época debían sentir hacia la mitología y la literatura clásicas.

La mayor parte de los relieves bizantinos de marfil conservados son de carácter conmemorativo, generalmente coronaciones imperiales, como la de Romano II y la de Constantino VII del Museo de Moscú. Como es natural, existen también tablillas con temas cristianos, tales como el tríptico de Harbaville del Museo de París con el tema de la *Deesis,* es decir, la Virgen y el Bautista rogando a Cristo por los mortales. Aunque con mucha menos frecuencia que los marfiles con escenas, también nos ofrecen los bizantinos relieves con santos aislados. Los más importantes son los del tema de la Virgen Odegetria. Las

múltiples representaciones que de él tenemos parecen derivar de la imagen de la iglesia de los Guías de Constantinopla. En otras tablillas encontramos episodios de la vida de Jesús, de su Madre o de otros santos. En el Museo de Berlín se guarda un Díptico con el martirio de los 40 soldados de Sebaste, que muestra un movimiento dramático.

En la orfebrería bizantina, lo más importante es el empleo del esmalte. La importancia del esmalte estriba en el perfeccionamiento que alcanzó la técnica del «cloisonne»: esmalte tabicado, es decir, con laminillas de oro que impiden el que al fundirse en el horno las pastas vítreas coloreadas se mezclen unas con otras. Las mejores piezas de orfebrería son relicarios, tapas de Evangeliarios, y las aplicaciones de «la copa de Romano» conservada en San Marcos de Venecia. Las piedras preciosas o las perlas engastadas a los márgenes de las laminillas de oro desempeñan un papel de primer orden y ayudan a resaltar la belleza del esmalte.

Otro arte decorativo que adquiere gran importancia es el del tejido. Aunque en todo el Imperio había importantes talleres que fabricaban sedas, sus creaciones tienden a reproducir, en parte, técnicas y motivos orientales. Sin embargo, las telas bizantinas tenían una finura más delicada que sus contemporáneas persas. Los tejidos de seda bizantinos suelen estar decorados por una serie de medallones, en el interior de los cuales se representan elefantes. Un bello ejemplar es el paño de la tumba de Carlomagno. Después del siglo IX aparecen temas heráldicos, como las águilas imperiales con las alas desplegadas, todo ello siempre dentro de una traza simétrica.

Bajo Constantino VII la vida espiritual y cultural de Bizancio se muestra en su pleno apogeo, pero semejante esplendor fue posible solamente gracias a la obra de soberanos como Basilio I y León VI. Estos lograron consolidar el Imperio. A mediados del siglo X la cultura y la vida espiritual bizantinas habían rebasado hasta tal punto sus fronteras que en los siguientes años se produjo un inevitable aumento de poder en el exterior.

III. *El Imperio bizantino medio en la época de máximo poderío exterior*

Tras la muerte de Constantino VII en 959 subió al trono su hijo Romano. El nuevo soberano estaba menos interesado por las ciencias que su padre. Tampoco tenía grandes ideales religiosos, aun cuando se le haya atribuido la fundación del famoso monasterio de San Lucas en Grecia central, que todavía

se conserva. A pesar de que las fuentes le atribuyen muy «diversas cualidades», el joven y alegre emperador no pudo ni quiso ocuparse a fondo de la política imperial. Se había encargado de su formación el *parakoimenos* José Bringas, que velaba con gran celo para que los generales acostumbrados a la victoria no amenazasen su posición en la Corte.

Aparte de Bringas, la esposa del Emperador desempeñó también un importante papel. Anteriormente Romano II estuvo casado con Berta Eudocia, hija de Hugo de Provenza. Ambos se hallan representados en una famosa tablilla de marfil que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Cuando murió su primera esposa, contrajo nuevo matrimonio, alrededor del año 956, con Anastasia, hija de un hostelero de Constantinopla, «la belleza de cuyo joven cuerpo era superior al de todas las mujeres de su época» (León Diácono, 31, 3). El Emperador se enamoró tan perdidamente de su mujer que realizaba todos sus deseos. Esta, que tomó el nombre de Teófano, hizo recluir en un convento a la reina madre Elena y sus cinco hermanos. Si bien estos incidentes no tuvieron trascendencia en la situación política, fue gracias a los extraordinarios generales que en aquellos años capitaneaban las tropas bizantinas en Europa y Asia Menor. Fueron ellos quienes modelaron la historia bizantina de la segunda mitad del siglo x.

Nicéforo Focas consiguió el primer éxito brillante para el Imperio con la conquista de Creta. Constantino Gongilas ya había intentado ocupar esta isla nada más comenzar el reinado de Romano II, pero sin resultado. La población musulmana de Creta fue exterminada o deportada y sustituida por colonos de Armenia. Focas hizo construir una poderosa fortaleza en la ciudad y fueron enviados a ella monjes como Nicón Metanoite y más tarde Juan Jeno, los cuales construyeron iglesias, fundaron monasterios e intentaron ganar para el cristianismo a sus habitantes.

El mundo árabe no permaneció impasible ante la conquista de Creta por los bizantinos. León Focas, *domestikos* de Occidente y hermano de Nicéforo, tuvo que ser enviado a Asia Menor para defender las fronteras del Imperio contra un ataque de Sayf al-Dawla. A su regreso de Creta y tras un brillante éxito en el Hipódromo de Constantinopla hizo aparición en el escenario de la guerra Nicéforo Focas. Arrastró a su adversario hacia Cilicia, más al Este y, pese a la tenaz resistencia de Alepo, tomó en diciembre de 962 la residencia de Sayf.

La inesperada muerte de Romano II en una cacería (los rumores decían que fue envenenado) hizo abandonar temporalmente las operaciones militares en la frontera oriental del Im-

perio. Nicéforo Focas había licenciado a sus soldados al iniciarse el invierno, con la intención de volver a movilizarlos en primavera. Por esto tuvo que volver a la capital y al llegar se encontró que la emperatriz Teófano, con dos de sus hijos, Basilio y Constantino, nacidos en 958 y 960, habían sido elevados al trono del Imperio por el patriarca y el Senado.

José Bringas, que fue maestro de Romano II, no estaba de acuerdo con este nombramiento, pues suponía, no sin razón, que el popular Focas, a la cabeza de un ejército, podía resultar muy peligroso. Con ayuda del patriarca Polieucto y de la emperatriz consiguió Nicéforo Focas su propósito, aun contra la voluntad de Bringas, y dirigió un poderoso ejército hacia el Este. Juan Zimisces, pariente de Focas, salió con éste hacia Cesárea, donde proclamaron a Focas como emperador y condujeron sus tropas más allá, en dirección a la capital. Entretanto, León Focas y el eunuco Basilio, hijo natural de Romano I, incitaron a la población a revelarse contra José Bringas. Así, tras atravesar el Bósforo, pudo Nicéforo Focas recibir la diadema de Constantino el Grande con gran júbilo para el pueblo.

Los nuevos gobernantes reforzaron su posición en un tiempo cortísimo, sobre todo después que Focas se hubo casado con la bella Teófano, aunque con esto se obligaba a respetar el derecho de Basilio y Constantino a sucederle en el trono. Se encargó de dirigir la política interior el eunuco Basilio. Juan Zimisces tomó el cargo de *domestikos* de Oriente, que antes había pertenecido a Focas, y el padre y el hermano del Emperador ocuparon altos puestos en la corte.

En cuanto comenzó su mandato reemprendió la lucha contra los sarracenos. Mientras que el patricio Nicetas penetraba en Sicilia con una poderosa escuadra, el Emperador dirigía una formidable expedición hacia Cilicia y conquistaba las ciudades de Adana y Anabarza. La toma de Mopsuestia y Tarso exigió mayores esfuerzos y sólo se pudo conseguir en 965. El mismo año, una flota bizantina, a las órdenes de Nicetas Calcuzes, ocupó Chipre. Con esto estaban ya en condiciones de penetrar en Siria. Efectivamente, en octubre de 966, el propio Emperador conquistó su mitad septentrional con la plaza de Antioquía.

Antes de poder reconquistar la capital siria era necesario aclarar la situación de los bizantinos ante los búlgaros. Como era costumbre, en 965 llegaron legados búlgaros al Bósforo para exigir el tributo a los bizantinos. Nicéforo Focas les despidió sin que hubieran logrado su propósito y dejó que sus tropas ocuparan las fortificaciones búlgaras de la frontera. Pero no se atrevió a penetrar en el país, porque «consideraba una locura conducir a sus soldados por unas regiones tan pe-

ligrosas» (León el Diácono, 63, 1). Envió al patricio Kalokyres a firmar un acuerdo con el príncipe ruso Sviatoslav, por el cual, a cambio del pago de 1.500 libras de oro, tenía que atacar a los búlgaros del noroeste. El ruso atravesó el Danubio en 968 y los derrotó sin ningún esfuerzo. Pero tras esta victoria no pensó ni siquiera volver a Kiev. Como soberano de los búlgaros podía sustituir a éstos en su política antibizantina, que era ni más ni menos lo que había buscado con el anterior acercamiento.

También había que regularizar las relaciones del Imperio con Occidente. Con los Otones, el Sacro Imperio había experimentado un resurgimiento paralelo al de Bizancio. Entre ambas partes existían desde el siglo IX dos problemas fundamentales: los respectivos intereses en Italia del sur y el hecho de que Bizancio no reconociera el título de emperador al soberano germano. Otón el Grande esperaba conseguir esto último mediante el casamiento de su hijo con Ana, hija de Romano II; aparte de esto, el Porfirogéneta tenía que entregar sus posesiones en el sur de Italia como dote matrimonial.

Como sus antepasados, Nicéforo Focas no rechazó en principio el proyecto de Otón. El bizantino veía en ello la posibilidad de una alianza contra los sarracenos de Italia meridional y por ese motivo envió a sus legados a Rávena para entablar conversaciones con Otón I. Cuando el «emperador de los francos», pese a esta alianza, sometió a su autoridad a los príncipes de Capua y Benevento, y atacó Bari, que antes dependía de Constantinopla, el dogo de Venecia, como mediador del «emperador latino» tuvo que dejar bien sentado, tras su viaje a Macedonia, que Nicéforo Focas pensaba intervenir en el sur de Italia, reuniendo para ello un ejército. Finalmene, se tuvo que agradecer a las hábiles negociaciones del prelado Liutprando de Cremona el que los griegos de Apulia no iniciaran su ataque contra Otón el Grande. No obstante, en 963 los bizantinos y los partidarios del Emperador sajón se hallaba en abierta enemistad.

La política exterior bajo Nicéforo Focas, y aún más la interior, estuvieron determinadas esencialmente por el *proedros* Basilio. Este hombre, caracterizado por su ambición y por su sentido artístico, fue el que encargó la realización de la magnífica Estauroteca de Limburgo, y se mostró pronto muy hábil político. Lo mismo que el Emperador, defendió con decisión los intereses de las familias nobles. Por este motivo, en 967, se suprimió la ley que daba prioridad a los pobres a la hora de comprar bienes de las clases altas, que fue calificada por el Emperador de injusta. El gobierno favoreció también los derechos de los estratiotas. La ficticia cantidad de cuatro libras de

oro para el aprovisionamiento de armas de los soldados fue elevada a un valor mínimo de doce libras de oro. Todo estratiota tenía prohibida la compra de armas a un precio menor que éste y la venta de ellas era considerada ilícita. Por otro lado, la situación de la población campesina se agravó. Sus pequeñas propiedades no gozaban de ninguna defensa jurídica. Como la economía bizantina se basaba únicamente en el Estado, las inversiones privadas sólo estaban permitidas en casos excepcionales. Con ello se fortaleció la tendencia a colocar los capitales en fincas. Una de las causas que movieron a los bizantinos a reconquistar territorios en las fronteras fue el hecho de que con ellos los estratiotas podían adquirir terrenos para sí, y no sólo éstos, pese a su ventaja por estar más próximos, sino todo bizantino que tuviera suficiente dinero. No obstante, es paradójico que se afirmara, al menos propagandísticamente, que la guerra santa contra el enemigo mahometano se llevaba a cabo por los mismos ideales que más adelante tuvieron las Cruzadas (es significativo que la Cruz de Cortona contenga una de las imágenes menos magnificadas de Nicéforo II). La epopeya nacional de los bizantinos sobre Digenis Acrita, creada en esos años, refleja el espíritu de la época, su realidad social y los fundamentos en que se basaba la economía.

Nicéforo Focas también participó en la vida eclesiástica de su Imperio, en el que ningún obispo podía ser consagrado sin su consentimiento. Especialmente se ocupó de cuestiones de la vida monástica. Como sobrino de San Miguel Maleinos, importante fundador de conventos en Asia Menor, vivía completamente los ideales ascéticos del rígido monacato y proyectaba retirarse a un convento al término de sus tareas de monarca. Continuamente estaba rodeado de monjes, entre los cuales es digno de mención Atanasio.

Atanasio, tras haber estudiado en Constantinopla, ingresó en el convento de Trebisonda, cerca de Prusa, de cuya dirección se encargaba el pariente de Nicéforo, San Miguel Maleino. De este modo conoció al que más tarde sería emperador y le acompañó en la expedición contra Creta. Al regresar fundó «la Gran Laura» financiada por el Emperador, que más tarde la convirtió en uno de los más bellos monasterios del Imperio, decorándola espléndidamente. Con ello había surgido un nuevo centro clave de la ortodoxia, que poco a poco superó en importancia a los antiguos puntos de desarrollo del movimiento monástico. En el año 965 esta fundación de Atanasio recibió una nueva regla, el *Tipykon* del monasterio de Estudio de Constantinopla, pero influida también por la concepción benedictina: preferían la vida cenobítica a la eremítica. Sin embargo, en el monte Atos siguieron

existiendo las dos formas de vida monacal, y eremitas y cenobitas acudían en masa a esta montaña, sobre la que al cabo de unos años se habían fundado más de 58 conventos.

La oposición de Nicéforo al progresivo crecimiento de los bienes de la Iglesia también estaba de acuerdo con sus ideales ascéticos. En 964 prohibió las subvenciones del pueblo a los monasterios para hacer resaltar la importancia del ideal de pobreza. Sin embargo, en aquella época la Iglesia oriental era muy rica y parecía perder sus valores religiosos. Prohibió también las fundaciones de nuevos conventos porque sabía que a menudo el móvil de éstas era la presunción de los fundadores. Seguía estando permitido el establecimiento de filiales en el desierto, donde no existía el peligro de que el solar llegara a los monjes de manos privadas. Aún cuando en esta ley se ponen de relieve las inquietudes religiosas de Nicéforo Focas, es también evidente que con ello quería gravar a las fincas privadas con impuestos para el Estado; en comparación, los bienes de la Iglesia resultaban menos productivos y a menudo, a causa de sus privilegios especiales, estaban libres de impuestos.

En 968 pudo finalmente reanudar las operaciones contra los musulmanes en la frontera oriental del Imperio. Esta vez no se pudo tomar Antioquía al primer ataque, como antes, pero sin embargo se conquistaron Edesa y una serie de plazas fuertes en la costa de Siria y en el interior de dicho país. Por último también se consiguió Antioquía: mientras el Emperador se hallaba en Constantinopla junto al lecho de muerte de su padre, los patricios Pedro Focas y Miguel Burzes irrumpieron por la fuerza en esta ciudad gracias a una estratagema. Poco después, este ejército victorioso ocupó por segunda vez Alepo, que se convirtió en capital de un emirato vasallo de Bizancio. Antioquía pasaba totalmente a manos de los bizantinos.

Pese a sus éxitos militares y a sus esfuerzos por mejorar el país, Nicéforo no consiguió hacerse popular. Tras varios incidentes en el hipódromo que causaron sobre el público un impacto negativo se llegó a un enfriamiento de las buenas relaciones de la población de la capital con el Emperador. Esta situación empeoró cuando León Focas, hermano de Nicéforo, se encargó de controlar los aprovisionamientos de cereales en Constantinopla, elevando descaradamente su precio en una época en que habían aumentado las cargas fiscales y la moneda estatal tenía menor contenido de oro.

La emperatriz Teófano, con su fina perspicacia, se dio cuenta sin duda del cambio brusco que se había producido en la opinión pública. Mientras el Emperador no prestaba atención a las manifestaciones de desagrado del pueblo, Teófano tomó contacto

con Juan Zimisces, que nunca perdonó a Nicéforo el que hubiera abandonado su puesto de mando en la frontera oriental. Tramó una conspiración, y en una noche de diciembre de 969, mandó a unos hombres que en medio de un temporal de nieve escalaron los muros del palacio de Bucoleo y asesinaron al Emperador mientras dormía.

Entonces Juan Zimisces tomó el poder sin ninguna dificultad. El nuevo soberano tenía a su favor a los parientes del fallecido Emperador, que eran también los suyos, y nadie excepto el *proedros* Basilio estaba en condiciones de impedir los consiguientes desórdenes y saqueos de la capital. De este modo todos los amigos del antiguo Emperador conservaron sus puestos en el ejército, excepto unos pocos como el poeta Juan Geometres y León Focas, que fue desterrado a Lesbos.

Juan I se engañaba si creía que su coronación y el casamiento con su aliada, la viuda de Nicéforo, se podían conseguir sin esfuerzo. El severo patriarca Polieucto exigía a Zimisces que desterrase a Teófano a la isla de Prote, en el mar de Mármara, que hiciese públicos los nombres de los asesinos de Nicéforo y que revocase la ley sobre las fundaciones de iglesias y monasterios. Sólo cuando cumplió lo exigido fue admitido en Santa Sofía y pudo recibir la diadema de emperador. Al no poder casarse con Teófano lo hizo en otoño de 970 con una cuñada de ésta, Teodora, hermana de Constantino VII, ya de cierta edad. Con esto ya tenía asegurada su soberanía a la edad de cuarenta y cinco años. Sin gran dificultad sofocó una revuelta organizada por Bardas, sobrino de su antecesor, que había escapado de Amasia a Cesárea. Otros atentados contra su poder tampoco consiguieron debilitarlo, como por ejemplo la conspiración de León Focas, que intentaba que los artesanos de las fábricas imperiales le ayudasen en sus planes de derrumbar al Emperador. Consiguió capturarle y tras dejarle ciego, le envió desterrado a la lejana Calimnos.

Dado que Zimisces procedía de la misma clase social que Nicéforo II era de esperar que continuase su política interna. Al menos en algunos sectores ocurrió lo contrario: quizá teniendo en cuenta las ininterrumpidas campañas y el hambre que pasaban determinados sectores de la población, puso freno a las sumas que tenían que pagar los campesinos y los estratiotas, las cuales no beneficiaban realmente más que a la Iglesia y a la nobleza. Con este fin encargó a sus funcionarios una profunda inspección de las fincas. Las que pertenecían a campesinos o estratiotas del Estado volvieron automáticamente a manos de éste. Por otro lado, los labradores y estratiotas que habían abandonado sus antiguos lugares de residencia fueron obligados a

regresar a ellos. Con esto su dependencia del Estado fue mayor, lo cual suponía ciertamente una desventaja.

La actividad de Juan Zimisces en los asuntos espirituales fue menor que la de su antecesor. Se estimaba más la labor de los obispos y de los arzobispos metropolitanos que la de los monjes. Juan I mandó transformar la capilla del Redentor del palacio de Calcis de Constantinopla en un «amplio y lujoso santuario», pero su importancia estriba esencialmente en que dio al monte Atos, en 971 o al año siguiente, una carta constitucional llamada *Tragos*. En el *Tragos* reglamentaba el nombramiento de priores para el monte Atos y estipulaba que ninguna mujer podía subir a esta montaña sagrada. Naturalmente, el Emperador ayudó también a establecer la ortodoxia en los territorios recién conquistados.

En el terreno de la política exterior, tres asuntos esperaban la solución de Zimisces: la continuación de la lucha contra los árabes, el conflicto con Bulgaria y la mejora de las tirantes relaciones con el Imperio de los Otones. El Emperador bizantino resolvió la situación política frente a Otón el Grande por medios simplemente diplomáticos, casando a su sobrina Teófano con Otón II. Con esto, los Otones renunciaban no sólo a la legitimidad que habían exigido al principio, sino también, con gran contrariedad para el papa, al título de emperadores romanos. Esto posibilitó una razonable relación entre las dos cortes imperiales. En estas condiciones el brillo del «Renacimiento macedónico» irradió también sobre Occidente.

Si Nicéforo Focas había renunciado a solucionar el problema búlgaro, surgido por la penetración de los rusos en los Balcanes, Juan Zimisces no tardó en alejar del Imperio este foco de peligro. Tras haber fracasado las negociaciones con el príncipe ruso Sviatoslav, marchó el Emperador con un ejército desde Adrianópolis hasta Bulgaria, se abrió paso a través de los Balcanes y tras dura batalla tomó la Gran Preslavia. Si la campaña resultó tan fructífera fue porque el Emperador aprovechó la rivalidad de los búlgaros contra sus señores rusos. También desempeñaron un papel importante en este éxito los destacamentos que formaban las élites de los «inmortales», organizadas por el Emperador mismo, y la Guardia de éste, en la que hombres como el hijo del último emir musulmán de Creta mostraron una valentía realmente prodigiosa. De este modo, los rusos se tuvieron que retirar a Silistria, fortaleza del Danubio. En junio de 971 capituló Sviatoslav y se le permitió la retirada contra entrega de sus prisioneros de guerra y contra la promesa de no volver a pisar más los Balcanes; aparte de esto se comprometió a abandonar el Quersoneso y a ayudar a éste en el caso de que necesitara defensa. El Emperador bizantino, por su parte, aprovisionó

a los rusos, ya medio rendidos por el hambre y confirmó la antigua alianza con ellos. Silistria recibió el nombre de Teodorópolis porque los bizantinos atribuyeron la victoria sobre los rusos a la ayuda de San Teodoro Estratelates.

Con esto Juan Zimisces había eliminado a su peligroso enemigo de la frontera Norte y por fin pudo actuar contra los búlgaros de nuevo: el zar Boris II tuvo que renunciar a las insignias de su cargo y únicamente recibió el rango de Patricio; el Patriarcado de Bulgaria fue suprimido.

Una vez probada la fuerza de Zimisces en Bulgaria, pudo tomar de nuevo la ofensiva contra los mahometanos. Esta era ya más que necesaria porque durante la lucha en Bulgaria, los musulmanes habían intentado expulsar de Antioquía a los bizantinos junto con el patriarca de esta ciudad, Nicolás. Las fuerzas imperiales avanzaron primero (en 972) hacia Mesopotamia y conquistaron Diarbekir, Martirópolis y Nísibe. En 974 comenzaron a ampliar en Siria su todavía pequeña base de operaciones. Al año siguiente cayeron Emesa y Baalbek, tras un rápido y triunfal avance griego por el valle del Orontes hasta el Líbano. También Damasco se sometió y reconoció la soberanía de los bizantinos. Llegaron hasta el norte de Palestina y penetraron en las ciudades galileas, Tiberíades, Nazaret, Cesárea, y en la ciudad portuaria de Acre. Jerusalén ya estaba a su alcance. El Emperador prefirió, sin embargo, hacerse primero con algunas ciudades que habían quedado a sus espaldas sin someter. Antes de emprender la retirada a Constantinopla conquistó también las fortalezas de Beirut y Sidón. En pocos meses había conquistado más territorios árabes que todos los ganados desde el comienzo de la lucha de los bizantinos contra el Islam.

El *proedros* Basilio, molesto por estas hazañas de Zimisces, preparó una conspiración a su regreso a Constantinopla. Si el Emperador fue envenenado o si realmente contrajo el tifus es una cuestión que siempre quedará por resolver. Lo cierto es que al poco tiempo murió en Constantinopla uno de los soberanos bizantinos que mayores éxitos proporcionó al Imperio.

A su muerte, los hijos de Romano II no necesitaron un consejo de regencia, pues ambos príncipes tenían edad suficiente para gobernar. Sin embargo, su tío abuelo, el *proedros* Basilio, fue el que llevó al principio los asuntos del Estado. Esto resultó positivo, pues tanto Basilio II como Constantino VIII tenían naturalezas despreocupadas y se desentendían totalmente de la política. Los primeros años de crisis que sufrió su reinado transformaron a Basilio en el soberano que también describe el Códice griego de Marciana, que se conserva en Venecia: confiado, pero insociable, lleno de frialdad, se halla el Emperador

con sus armas sobre el enemigo y rodeado de ángeles e imágenes que flotan en el aire. Guerra y religión: los dos valores más sobresalientes de su vida han sido bien captados por el artista. Otros asuntos tenían poco interés para Basilio, que tenía como modelos a las imágenes de Constantino y Justiniano representados en un mosaico de la puerta de entrada al nártex de Santa Sofía. Los intelectuales de las postrimerías del primer milenio se quejaban repetidamente de su completa despreocupación por la vida social.

Lo más decisivo para su personalidad y para su desarrollo político fue la lucha con los usurpadores que, siguiendo el ejemplo de Nicéforo Focas y Juan Zimisces querían apoderarse del trono de Bizancio. Bardas Esclero, rico y de buena familia, fue el primero que intentó apoderarse de la diadema imperial. Como cuñado del fallecido Juan I llegó a ser *domestikos* de Oriente, y en verano de 976 sus tropas le proclamaron Emperador. Derrotó a todos los jefes de los ejércitos que Basilio mandó contra él, conquistó Atalia, Abidos y Nicea y avanzó sobre Constantinopla. La situación era tan crítica que Basilio pidió ayuda a Bardas Focas, el cual había intentado un golpe de estado en tiempos de Juan Zimisces, siendo derrotado por el mismo Bardas Esclero, obligado a tomar los hábitos monásticos y desterrado a la isla de Quío.

Bardas Focas se dirigió inmediatamente a Cesárea, centro de los partidiarios de su familia y atacó desde allí a Bardas Escleros, que entretanto ya había entrado en contacto con el emir de Mosul a través de secuaces, como Constantino Gabras. Bardas Esclero abandonó Constantinopla y se presentó ante su nuevo adversario en el interior de Asia Menor. Venció en los primeros combates, pero en 979 Bardas Focas le derrotó en Amorio y Basílica Terma. En este favorable resultado colaboró un contingente georgiano a las órdenes del general-monje de Atos, Juan Tornices. A Bardas Esclero no le quedó más solución que huir a la Corte de los califas.

El segundo acontecimiento importante durante el reinado de Basilio II fue el derrocamiento del *proedros* Basilio en el año 965. El joven Emperador había concebido, a lo largo de los años, un implacable odio hacia su tío abuelo. Este odio estaba motivado por la humillación que le producía su buena y amplia actividad política. Cuando Basilio, presintiendo que había perdido el favor imperial, planeó un complot con los antiguos oficiales, el Emperador se le adelantó, le destituyó y le confiscó toda su inmensa fortuna. Fue desterrado después y nunca más volvió de su exilio. Como el Emperador había roto definitivamente con su tío abuelo, mandó derruir el monasterio

de San Basilio que éste había fundado en Constantinopla y declaró que las leyes promulgadas por él que no estuviesen ulteriormente autorizadas, carecían de validez.

En posesión ya de todo el poder del Estado, Basilio II pudo dedicarse a sus campañas en los Balcanes. En Bulgaria, que Juan Zimisces había reconquistado para Bizancio, se produjo una nueva insurrección. A la cabeza de ésta estaban los cuatro hijos del gobernador de la provincia macedónica, el *komes* Nicolás. Estos condujeron con sorprendente éxito la guerra de liberación contra Bizancio, que en poco tiempo perdió el dominio sobre una parte esencial de la península balcánica. El zar búlgaro Boris II, que estaba prisionero en Constantinopla, intentó huir con los sediciosos juntamente con su hermano Romano. Sin embargo Boris murió en la huida y Romano, al que los bizantinos habían castrado, no pudo reclamar sus derechos a la corona. Por ello, la dirección de la insurrección pasó a manos de Samuel, uno de los cuatro que la iniciaron. Era el más joven de ellos y habiendo fallecido ya dos, asesinó al tercero.

Samuel, tras atacar Salónica y Serres varias veces, conquistó el año 986 la ciudad de Larisa, en la zona oriental de Tesalia. Basilio II, en su contraofensiva, penetró en Sardica a través del valle del Maritza y de las puertas de Trajano, para «derribar de un golpe a los enemigos» (León el Diácono, 171, 3). Sardica no pudo ser tomada y tras veinte días de ocupación tuvo que iniciar la retirada. Los bizantinos fueron perseguidos y alcanzados por las tropas de Samuel, que con esto consiguió la paz que necesitaba para reforzar su poder y resucitar el antiguo esplendor de su reino.

Una segunda revuelta interior impidió que Basilio intentara de nuevo derrotar a los búlgaros. Bardas Esclero había vuelto de su exilio y estaba otra vez a la cabeza de esta sublevación. También volvió a ser Bardas Focas el que reprimió la conspiración, pese a que había perdido sus funciones militares por la ayuda prestada al *proedros* Basilio. Finalmente traicionó la causa del Emperador, como los demás. En aquel momento contaba con la ayuda de los más importantes generales del ejército y las familias de terratenientes nobles le apoyaban. Ya antes había pactado con Bardas Esclero una división del Imperio, en la que los territorios europeos correspondían a Focas y Asia Menor a Esclero. Sin embargo, pronto pudo dominar a éste y se preparó entonces un decisivo ataque sobre la ciudad.

La situación de Basilio II ante el poder de Bardas Focas y la imposibilidad de vencer a Samuel era desesperada. Pidió ayuda al príncipe Vladimiro de Kiev y en efecto éste le mandó una compañía de 6.000 hombres bien equipados, cuando en

primavera de 988 el conflicto con Bardas Focas llegó a su punto máximo. Esta ayuda exigía a cambio que el Emperador concediese la mano de su hermana Ana al príncipe Vladimiro, sobre todo porque los rusos querían recibir con ello las bases para una futura cristianización. Conforme a esto, el arzobispo metropolitano Teofilacto de Sebaste se convirtió en el primer arzobispo de Rusia. Antes de reunirse la princesa con su prometido, los rusos realizaron un último ataque contra Querson y los territorios de Crimea que faltaban por recobrar para los bizantinos. La influencia bizantina, que se afianzó en Rusia como consecuencia de esta alianza, es uno de los más importantes resultados del reinado de Basilio II.

Gracias a la ayuda rusa, el monarca pudo emprender de nuevo la lucha contra los sediciosos, que se habían instalado en la costa asiática del Bósforo y a las órdenes de León Meliseno ocupaban también Abidos, en la costa oriental del estrecho de Dardanelos. En unión de su hermano Constantino, logró Basilio vencer al hermano de Focas en Crisópolis. Pero la primera batalla decisiva fue la de Abidos, donde el Emperador, con la espada en la diestra y en la izquierda la imagen de la Nicopoia (que aseguraba la victoria), desafió personalmente a Bardas Focas. Sin embargo, éste cayó repentinamente de su caballo. Con esto Basilio II se veía libre de los aspirantes a su corona, pues también Bardas Focas tuvo que desistir de su tercer intento de conseguir la púrpura imperial y, tras reconciliarse con el Emperador, volvió a sus tierras, donde pronto falleció.

Basilio II sabía perfectamente que con la victoria sobre los usurpadores no habían desaparecido las causas de las dos guerras civiles, que conmovieron el Imperio hasta sus cimientos. Con gran decisión intentó cambiar la situación social. Los grandes propietarios nobles se estaban enriqueciendo a costa de las otras clases sociales. Además, controlaban en gran parte el ejército, lo que les hacía muy peligrosos para el poder central. Las medidas que el monarca tomó en este sentido eran opuestas a las de sus antecesores, pero paralelas a las de Romano Lecapeno. Defendió con firmeza la conservación de las propiedades de los estratiotas y labradores y no dudó en recurrir a las familias de magnates y a los patricios, como en la caída de Eustaquio Maleino, cuya captura fue provocada únicamente por su riqueza, aun cuando en algunos casos no tuviera derecho para hacerlo.

En este sentido tuvo especial importancia una constitución imperial dada en 996. En ella el Emperador elevó a cuarenta años el plazo para restituir toda finca adquirida legalmente. Dispuso también que se podía anular toda adquisición que

hubiese llegado a la nobleza de manos de los pobres, siempre que éstas se hubiesen efectuado a partir del tiempo de Romano Lecapeno. Junto a estas medidas, la limitación de los gastos públicos también contribuyó al saneamiento de las finanzas del Estado. Con ello su renta se aumentó en la sorprendente suma de 200.000 talentos. El Emperador simplificó también la administración, lo cual produjo un fortalecimiento del poder central y un aumento de su prestigio.

Como elemento de esta lucha política entre Basilio II y los magnates, hay que situar su nueva reglamentación sobre el pago del *allelengyon*. A los grandes propietarios les correspondió en primera línea pagar los impuestos que la población rural tenía pendientes. Esta práctica aseguraba a la administración de finanzas estatal un cobro de impuestos más regulado, pero por otro lado provocaba la oposición de los grandes terratenientes. Esta oposición empezó a manifestarse incluso en personas como el patriarca Sergio II. Esto no desconcertó la política del monarca; pidió al patriarca Teófilo de Alejandría que le diera su dictamen sobre esta nueva reglamentación. Como éste tomó partido a su favor, recibió el cargo de juez de la Economía.

Basilio II también luchó contra el incremento de los bienes de la Iglesia a costa de los campesinos. Los pequeños monasterios provinciales fueron subordinados a los correspondientes municipios y no a los obispos, que se debían ocupar sólo de problemas espirituales. También se prohibió a los grandes conventos con más de siete monjes la ampliación de sus terrenos. Verdad es que se vio obligado a conceder al monacato un privilegio: tuvo que revocar la ley de Nicéforo Focas sobre fundaciones de nuevos monasterios (quizá por influencia de hombres como Focio de Salónica, que acompañó al Emperador en las campañas contra los búlgaros y que había fundado más de un convento en Salónica). Los profundos sentimientos religiosos de Basilio II se manifestaron cuando en octubre de 986 un terremoto derrumbó el ábside occidental de Santa Sofía y dañó gravemente el templo. Inmediatamente llamó al maestro Tiridates, que se había acreditado en la construcción de la catedral de Ani en Armenia, y le encargó los trabajos de reconstrucción, entregándole elevadas sumas durante los seis años que duró ésta.

No fue sólo la actividad interior la que le impidió reanudar los ataques contra el macedonio Samuel; también el califato fatimí creía llegado el momento de recuperar los territorios perdidos en Siria en tiempos de Juan Zimisces. En 994 los musulmanes vencieron en Orontes a los bizantinos y amenaza-

ron las ciudades de Antioquía y Alepo. Por ello el propio Basilio II tuvo que acudir a la frontera oriental. Llegó a Alepo y pudo ocupar Rafanea y Emesa. Pero a los pocos años tuvo que volver a intervenir en Siria para defender al duque de Antioquía del nuevo ataque fatimí. Lo consiguió sin dificultad, pero no pudo avanzar más en territorio árabe, ni conquistar Trípoli, fuertemente defendida. Por ello el año 1001 tuvo que firmar un tratado con el califa Ḥākim, que obligaba a los dos a diez años de paz. En el año 1003, la destrucción de la iglesia de la Resurrección de Jerusalén y de otras iglesias de Tierra Santa supuso la ruptura de las buenas relaciones entre cristianos y musulmanes. El monarca bizantino esperó hasta 1015 y en ese año dispuso cancelar las relaciones comerciales con los árabes. Estos provocaron aún varios conflictos armados y sólo con grandes esfuerzos se pudieron conservar, y no en todas partes, las fronteras que había marcado Juan Zimisces.

Pacificado el interior del Imperio y aseguradas sus fronteras, pudo Basilio ocuparse de las campañas contra los búlgaros, que fueron las que le dieron fama para la posteridad. La expansión del reino del zar Samuel se había convertido en un auténtico peligro para Bizancio. En 997 Samuel había avanzado hasta el Peloponeso, atravesando el centro de Grecia, y si bien al volver fue herido por sorpresa por Nicéforo Iranos, no pudo ser detenido. Samuel tomó Dirraquio, de gran importancia estratégica, y pudo ocupar también Rascia y Dioclea. En 991 el príncipe de estas ciudades, Vladimiro, había firmado con Bizancio un tratado de defensa contra los búlgaros.

Cuando Basilio volvió a tomar la dirección de las operaciones contra Samuel, se dirigió a Sardica a la que consideraba importante vínculo entre el reino de Samuel y las regiones entre el Danubio y los Balcanes. Esta vez tomó Sardica, las fortalezas de los alrededores y el acceso al valle del Morava. La siguiente meta fueron las ciudades de Plisca y Gran y Pequeña Preslavia, que también cayeron mientras se intentaba conquistar la propia Macedonia. Con la toma de Berea y Servia podía dominar la confederación de Tesalia y Macedonia. En 1004 siguió la conquista de Vidin en el Danubio, con la que se privaba a Samuel de la base de su poder en Macedonia. El avance de Samuel hasta Adrianópolis y la destrucción y saqueo de la ciudad no cambiaron nada las cosas. Basilio, en un avance rápido hacia el Sur, le obligó a retirarse hasta el río Vardar, junto a Skopie, y le venció. Skopie pertenecía a Romano, hermano del último zar búlgaro Boris, quien la tuvo que ceder al Emperador, concediéndole éste a cambio los cargos de patricio y *strategos* de

Abidos. Sin duda, con esta inteligente medida Basilio quería aliviar la oposición de un importante aliado de Samuel.

La victoria de Skopie cerró el primer capítulo de la guerra entre Basilio II y el príncipe Samuel. Pese al arrojo de éste y de su general Niculica, en cuatro ininterrumpidos años de guerra pudo el Emperador hacerle retroceder hasta el oeste de Macedonia. El invierno de 1004 Basilio permaneció en Constantinopla y al año siguiente las fuerzas armadas bizantinas iniciaron nuevamente la batalla.

El año 1005 trajo, con la pérdida de Dirraquio, el primer éxito importante de Samuel en el campo de batalla. Pese a que la descomposición de su Imperio era cada vez mayor, pudo afirmarse todavía durante años en la intransitable Macedonia. A final de julio de 1014 se llegó al final de esta lucha en la región de las fuentes del Estruma en la cordillera Belásica. Los hombres del ejército de Samuel fueron cercados y tras sufrir fuertes pérdidas, fueron hechos prisioneros por los bizantinos. El Emperador, en un ataque de crueldad, vació los ojos de miles de sus prisioneros y guiados cada cien por un tuerto los envió a su zar Samuel, que había huido a Prilepo. Samuel murió el 6 de octubre de 1014 dos días después de la llegada de sus hombres, cuya vista le hizo caer al suelo desmayado.

Bulgaria sobrevivió muy poco tiempo a tal desastre. El hijo de Samuel, Gabriel Radomir, murió víctima de un atentado de su primo, que se apoderó del poder. Tampoco Juan Ladislao pudo contener el avance de los bizantinos en el resto de sus territorios. Sobre todo en la zona griega se vio atacado por rusos y soldados de San Esteban de Hungría. Cuando finalmente murió en 1018 en una campaña contra Dirraquio, Basilio ocupó el castillo de los zares sin grandes esfuerzos. Tras la reconquista de Castoria y tras algunas últimas batallas en las Termópilas y en el centro de Grecia, el Emperador había reunido bajo su cetro todo el sur de los Balcanes. Era consciente de la grandeza de este éxito, conseguido a los treinta años de edad. Celebró su victoria en Atenas y en Constantinopla e hizo inmortalizarla con obras de arte, como el paño de seda del tesoro de la catedral de Bamberg, que una generación más tarde fue llevado allí desde el Bósforo por el obispo Gunterio.

Por último, se impuso en el reino conquistado una administración bizantina. Para complacer a sus habitantes y teniendo en cuenta la situación económica del país, permitió el pago de los impuestos en especie. A continuación se pasó a reorganizar los nuevos territorios: Macedonia, con su principal puerto, Skopie, formó el *thema* búlgaro propiamente dicho, que fue encomendado al patricio David Areianites en calidad de *strategos*

con rango de catepán y más tarde de duque. El mismo proceso experimentó el *thema* Paradounavon o Paristrion, en la orilla sur de la desembocadura del Danubio, pasando Silistria a ser su centro administrativo. Sirmio lo fue de las regiones que estaban al oeste de la puerta de hierro del Danubio y del Save, mientras que en la costa Adriática continuó existiendo el *thema* dálmata. Sólo en el centro del país algunas regiones conservaron una cierta independencia: Croacia, Bosnia, Dioclea, Zahumlia y Rascia. Estas se convirtieron en naciones vasallas a las órdenes de príncipes aborígenes.

Con la anexión del reino de Bulgaria se tenía que reglamentar también la incorporación del patriarcado búlgaro a la Iglesia griega. Basilio rebajó el patriarcado de la capital búlgara a la categoría de arzobispado, pero en cambio lo hizo independiente. A su diócesis pasaron a pertenecer todos los obispados de la anterior Iglesia búlgara y también los de Berea y Salónica y los arzobispados metropolitanos de Larisa y Dirraquio. Además, el Emperador se reservó el derecho de designar los arzobispos de esta diócesis. Con ello dejaba de lado al patriarcado de Constantinopla pero podía ejercer su influencia sobre la vida espiritual y política de los eslavos.

Durante casi todo su reinado Basilio se mantuvo inactivo frente al Imperio de Occidente, debido que la guerra en los Balcanes le tenía completamente absorbido. Aceptó gustoso los proyectos expansionistas de Otón III, quizá porque con ello aumentaba progresivamente la influencia griega en Italia. Llegó incluso a conceder a Otón III la mano de una doncella de sangre real, la de la hija de su hermano Constantino. Pero la muerte de Otón impidió que se llevara a cabo este hecho hasta entonces inaudito, cuando el obispo Arnulfo de Milán, en su calidad de embajador de Otón, se disponía a conducir a Bari a la princesa.

El último emperador de la dinastía otónida, Enrique II, renunció a los proyectos de su antecesor y no tuvo que insistir en una unión matrimonial de las dos casas reales, ya que, pese a no tener descendencia, estaba ya casado. En unas conversaciones políticas mantenidas en Frankfurt, poco tiempo después de la coronación de Enrique, se puso de manifiesto la igualdad de los puntos de vista de ambas partes. Esta compenetración no podía ser sino beneficiosa en el estado en que se hallaba Bizancio, empeñado en la lucha contra Samuel. Más tarde se enfriaron algo las relaciones entre Bizancio y el emperador germano. Enrique II empezó a dirigir su atención hacia Italia y encontró en Ismael de Bari un importante partidario antibizantino. En 1017 le nombró caballero normando contra los

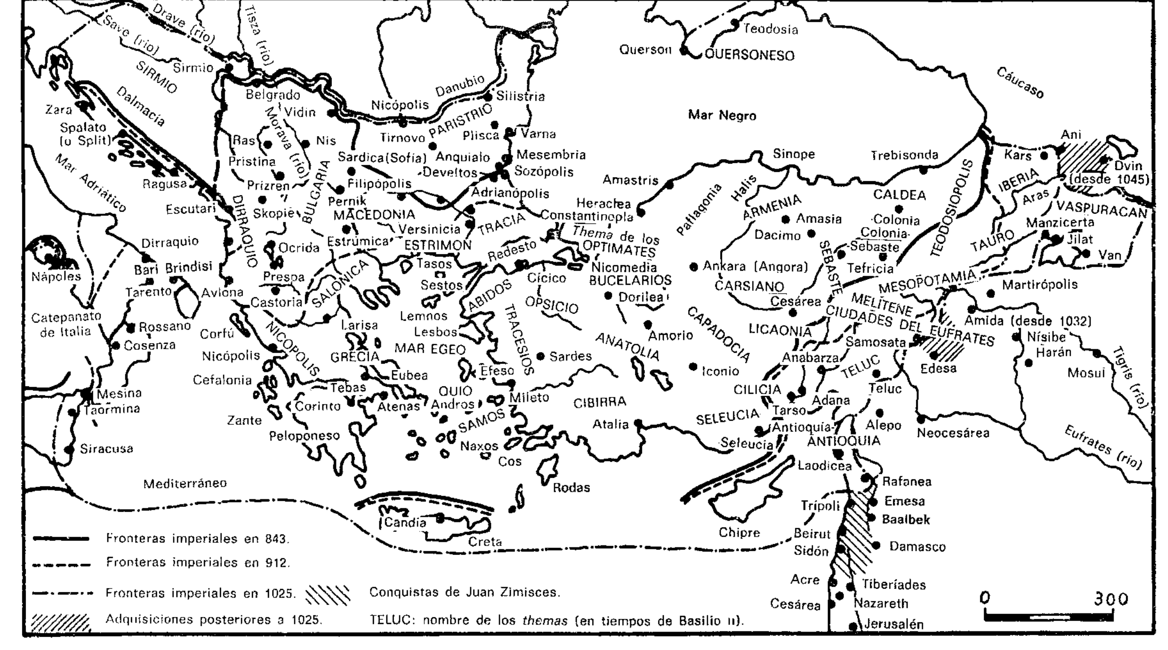


Fig. 7. *El Imperio macedónico.*

bizantinos, que hasta entonces sólo acudían al sur de Italia como peregrinos hacia el monte Gargano. La concentración de todos los territorios griegos del sur de Italia, así como el sometimiento de Capua por el rey Boyán hizo muy fuerte la posición bizantina en estas regiones, hasta el punto de que en 1025 el propio Emperador quiso poner en marcha una gran ofensiva contra los sarracenos sicilianos desde esta parte de su Imperio.

Basilio II no llegó a consumar este proyecto, pues murió el 15 de diciembre de 1025. Fue este monarca el más importante de su dinastía y el que elevó el Imperio al punto culminante de su poderío. A su muerte, toda la península balcánica se hallaba en manos de los bizantinos y Asia Menor estaba asegurada frente a ataques musulmanes. Sobre todo, el Emperador pudo intervenir en los conflictos surgidos en Armenia al final de su reinado y con ello aseguró a su Imperio futuras conquistas en esta región. Además, estabilizó la situación interior y reorganizó las finanzas públicas. De esta manera perdía Bizancio con la muerte de Basilio II un soberano que, como gobernante, había gobernado con mano firme y como hombre ha pasado a la historia de los emperadores bizantinos como una personalidad única.

5. La época de los Comneno

1. *Desde los emperadores macedónicos hasta los Comneno*

La muerte del emperador Basilio II no trajo en principio para sus contemporáneos ningún cambio notable en la vida del Imperio bizantino. Su hermano y sucesor, Constantino VIII, no veía amenazada la posición de dominio mundial de los bizantinos por ninguna parte, por lo que no consideró necesario seguir con la política grandiosa de sus antecesores. Al anciano soberano le atraían con más fuerza los banquetes y los juegos en el Hipódromo, en los que gastaba mucho dinero, y no continuó la responsable política financiera de su hermano. Pero con el reinado del último varón de la dinastía macedónica comienza también, al principio imperceptiblemente, pero cada vez con mayor claridad, el hundimiento de la estructura social y de la ordenación política del Estado, cuyas bases fueron puestas por el emperador Heraclio y defendidas con férrea energía por Basilio II. En este momento de su progresiva disolución aparecieron las fuerzas feudales, cuyo éxito fue creciendo rápidamente. Estas fuerzas influyeron sobre sus propios planteamientos y forzaron la marcha de los asuntos estatales, anteponiendo a todo sus intereses, mediante intrigas recíprocas y simultáneas de dimensiones difícilmente imaginables. El progresivo aumento de poder de la aristocracia latifundista y dominadora de todos los cargos tuvo finalmente como consecuencia la desaparición de los bienes de los campesinos y soldados, sobre los cuales habían fundado los primeros emperadores el potencial militar y la fuerza impositiva del Imperio.

Pero éstas no eran las preocupaciones del emperador Constantino. Si algo le preocupaba en realidad era el problema de su sucesión, para lo cual contaba con sus hijas Zoe y Teodora, ya no muy jóvenes. A pesar de ello y poco antes de su muerte casó a Zoe con Romano Argiro, eparca de Constantinopla.

De esta boda resultó una situación peculiar al llegar el Imperio a su máximo esplendor: en uno de los mosaicos imperiales están retratados la emperatriz Zoe y su tercer marido Constantino Monómaco, con las galas de los soberanos bizantinos. Pero se puede comprobar fácilmente que el rostro del emperador fue añadido ulteriormente en el mosaico, reemplazando la cara de Miguel IV, donde a su vez cabe suponer estaría ori-

ginariamente el retrato de Romano III Argiro. También el hecho de que la figura de Cristo, entre ambos gobernantes, dirija su mirada hacia la Emperatriz y no hacia el Emperador, como en las demás representaciones, indica además que una de las principales constantes en la política interior bizantina durante aquel año fue mantener su fidelidad a los miembros de la extinguida monarquía macedónica. La otra constante debió de ser sin duda alguna la posición dominante de la nobleza de funcionarios de esta época.

Como jefe de toda la administración imperial en Constantinopla y asimismo como representante máximo de la nobleza de funcionarios, Romano Argiro obtuvo, junto con la mano de la cincuentenaria Zoe, la diadema de emperador bizantino. A pesar de sus sesenta años cumplidos, el soberano tenía un aspecto agradable y educado. La vanidad del Emperador, junto con sus caprichos, parecen haber dado bastante quebraderos de cabeza a quienes se encontraban a su alrededor. Pero en todo caso, aún había hombres en las altas posiciones del Imperio, como Jorge Maniaces, capacitados para enmendar los errores de su emperador. Con la invasión de Edesa en el año 1032, Romano III ganó gran prestigio, pues también bajo su reinado el Imperio había aumentado en extensión.

Si bajo el emperador Romano se reanudó la política exterior de Basilio II, también se perdió por completo la directriz de los grandes emperadores macedónicos. Romano III liberó a los latifundistas de los impuestos que debían pagar por territorios no ocupados. Con esta abolición de la *epibole* el Emperador dio a las clases acomodadas la oportunidad de aumentar sus posesiones a expensas de los campesinos, mientras que éstos empobrecían inevitablemente y, poco a poco, pasaban a depender de los grandes señores. El hecho de que con esto las posibilidades de vida de los campesinos, y en consecuencia el potencial militar y la fuerza contributiva del Imperio se vieran amenazados de un derrumbamiento incontenible, sólo preocupaba a unas pocas personas inteligentes en aquel Estado, cuyos fondos económicos parecían inagotables y cuyo ejército era temido desde la frontera persa hasta Italia.

No fue su política interior, falta de perspectiva, sino la relación con su esposa Zoe, lo verdaderamente funesto para Romano III. Aquella mujer, desatendida por su marido, se enamoró del hermano menor del eunuco Juan Orfanotropo, poderoso y falto de escrúpulos, aldeano de Paflagonia. El 11 de abril de 1034 Zoe ordenó matar al Emperador en el baño y aquel mismo día el amante de la Emperatriz subía al trono imperial como Miguel IV.

El destino de Romano III fue una lección para el nuevo Emperador. También él se apartó de su esposa después de subir al trono, pero la puso bajo la severa tutela de su hermano Juan Orfanotropo. Así se reunían todos los hilos de la administración del Imperio, lo que el eunuco, hábil político, aprovechó para enriquecerse impúdicamente. Los aumentos de los impuestos llevados a cabo por él, también a tener en cuenta en este conjunto de acontecimientos, recayeron principalmente sobre la nobleza militar, hasta el punto sorprendente de que su protegido haya pasado a la historia precisamente como valeroso general.

La oportunidad para esto le fue brindada, sobre todo, junto a las luchas en la costa del Adriático, por una sublevación que se extendía por los territorios eslavos en los Balcanes, desde Belgrado hasta el norte de Grecia. Esta se produjo cuando Juan Orfanotropo hizo extensivo el aumento de los impuestos a los territorios conquistados por Basilio II, al tiempo que nombraba a un griego arzobispo de Ocrida, ciudad que sería nuevamente el centro espiritual de los eslavos de los Balcanes. La sublevación de Pedro Odelian, supuesto nieto del zar búlgaro Samuel, había puesto al Emperador en graves apuros en los mismos alrededores de Salónica, pero Miguel IV la reprimió en pocas semanas en 1041. En este mismo año murió el Emperador, que sufría graves ataques de epilepsia.

De forma sorprendente Miguel V, sobrino de su antecesor e hijo adoptivo de la emperatriz Zoe, hizo frente en primer lugar al poder de Juan Orfanotropo y envió después al destierro a su tío, junto con otros familiares. Puede darnos una idea de cómo fue acogido en Constantinopla el hecho de que obsequiase a los senadores y funcionarios de la capital con una liberalidad sin par hasta entonces, y liberase de la cárcel a los enemigos de su destituido tío como Jorge Maniaces o Constantino Dalaseno. Salta a la vista sin embargo que el emperador Miguel sobrestimó su popularidad cuando en la Pascua de 1042, tras cinco meses de reinado, despojó a su madre adoptiva Zoe de sus títulos y dignidades haciéndola ingresar como monja en el convento de la Metamorfósis, situado en la isla del Príncipe.

El pueblo de Constantinopla no soportó esta evolución de los acontecimientos y se levantó, trayendo a la hermana de Zoe, Teodora, de su solitaria villa en Petra, y al patriarca Alejo el Estudita de Santa Sofía, para que les condujeran en el asalto al palacio imperial. Miguel V, al ver la gravedad de su situación, huyó al monasterio de Estudio, donde fue hecho prisionero y poco después cegado.

Zoe y Teodora, respaldadas por los círculos eclesiásticos especialmente, gobernaron en común, pero tras pocas semanas y dada la mutua antipatía de las dos hermanas, se mostró imposible una regencia medianamente razonable. Por ello, el 11 de junio de 1042 se casó Zoe por tercera vez con el senador Constantino Monómaco, mientras que Teodora volvía a la vida privada.

Durante trece años, en los que permaneció junto a Zoe, Constantino IX fue emperador. Resultó un mediocre gobernante, siendo más bien un simple representante del partido de los funcionarios. Para Zoe, Teodora, e incluso para él mismo, las diversiones tenían mucha más importancia que las obligaciones del gobierno y los deberes de la regencia. Juntos despilfarraron el tesoro del Estado, y Zoe hubo de soportar que su marido sostuviera relaciones con la sobrina de su segunda esposa, la bella e inteligente Esclerina. En su calidad de *sebaste,* pudo entrar en el protocolo de la Corte. Tras su temprana muerte tuvo como sucesora a una hermosa princesa alana.

La fácil vida de la capital, con su esplendor cultural, y su variada vida cotidiana, a la que el Emperador creía dar una nota especial con su afición por los juegos y espectáculos de animales, seguía ejerciendo, al igual que antes, una gran fuerza de atracción. Los negocios más importantes de todas las provincias afluían por entoncen a la capital, centro de la renovación de la cultura espiritual, donde se relacionaban funcionarios y cortesanos, pudiendo éstos ascender a las categorías más altas que el Imperio podía ofrecer en el terreno civil.

La figura más sobresaliente en la vida espiritual de esta época es Miguel Psellos, cuyo papel en el desarrollo político de Bizancio difícilmente puede ser valorado en lo que merece. Psellos, nacido el año 1018 en el seno de una familia media de Constantinopla, realizó unos brillantes estudios y trabajó temporalmente como funcionario en la administración de la provincia. Junto con sus amigos Juan Sifilino, Juan Mauropo y Constantino Leicudes volvió a elevar la ciencia bizantina por lo menos hasta la misma altura en que se encontraba antes de la época de Basilio II, totalmente fundada en el militarismo. Precisamente el abandono en que se encontraba la vida espiritual, parece haber sido para Psellos un estímulo para intentar, con entusiasmo, enlazar de nuevo con pasadas épocas de esplendor, aunque hubo de reconocer la superioridad de la cultura árabe contemporánea, de total sobriedad. Así puede explicarse también la amplitud de la cultura de Psellos, que aparece en sus numerosas cartas, en su obra histórica titulada *Cronografía,* en tratados, comentarios, trabajos científicos o filosóficos, epi-

gramas, sátiras y escritos de todo tipo, cuyo número aún sigue aumentando gracias a nuevos descubrimientos. Ya fuera metafísica, teología, física, matemática, o bien astronomía, música, medicina, topografía, incluso política, derecho, estrategia, gramática o retórica, no había ningún sector de la ciencia en el que Psellos no destacase, y ciertamente no tenía reparo en hacerlo: tan discreto e instruido como era en su faceta de primer filósofo del Imperio, celebrado profesor de estudios superiores, educador de príncipes y ministro competente, se destacó igualmente en varias ocasiones como vanidoso sabelotodo e intrigante de carácter sospechoso.

Unido al nombre de Psellos se encuentra el renacimiento de los estudios superiores en Constantinopla, donde en el año 1045 se crearon centros para la enseñanza del derecho y la filosofía. La organización de los estudios de filosofía servirá de ejemplo a las universidades, que se desarrollarán en Europa cien años después. Se trata de la división de los estudios en el *Trivium* —gramática, retórica y dialéctica—, como etapa preparatoria, y el *Quadrivium* —aritmética, geometría, música y astronomía—, como etapa superior. Esta división fue tomada del sistema de enseñanza escolástico. Aunque con la construcción de ambos centros los círculos dominantes en Bizancio podían defender más fácilmente su posición social, sobre todo pensando en el futuro, lo que no debe olvidarse es que Bizancio cimentaba así, para largo tiempo, su pretensión de ser el centro espiritual más importante del mundo.

Bajo el emperador Constantino IX se consiguieron también algunos éxitos bélicos. Es cierto que los ejércitos bizantinos no pudieron contener en Schach a los pechenegos, quienes desde la orilla norte del Danubio hacían constantes incursiones en el territorio del Imperio. Tras varias derrotas tuvieron que refugiarse al sur del río, como solución de emergencia contra los intrusos. Pero, en cambio, la defensa ante un ataque de la flota rusa contra la propia capital resultó afortunada e impresionante. Por el Este se ampliaron las fronteras, rebasando incluso las posiciones alcanzadas con Basilio II, y en el año 1045 se incorporó el Imperio de Ani al territorio bizantino. Igualmente favorable fue el desarrollo en el extremo occidental del Imperio, donde el genial Jorge Maniaces, desde la Baja Italia, disputó a los árabes el dominio sobre Sicilia. Con su ejército, en el cual la guardia normanda superaba notablemente en número a los tradicionales regimientos bizantinos, pasó a la isla y tomó, junto con las ciudades Mesina y Siracusa, la mitad oriental de la misma, de gran importancia económica. Pero mientras sus tropas seguían avanzando, Maniaces fue destituido

del mando por el Emperador, al ser injustamente calumniado. El general interrumpió con este motivo sus operaciones y decidió marchar contra Constantinopla. Sin chocar con seria resistencia, avanzó desde el Adriático hasta Salónica, pero en una batalla contra el ejército imperial cayó en poder del *sebastophoros* Esteban, a dos días de marcha de la ciudad, después de haber casi vencido a su futuro oponente, ciego tras un fracasado golpe de estado.

Más peligroso fue el motín de León Tornices, emparentado con el Emperador. Después de que el antiguo comandante de la ciudad de Melitene —apoyado por el ejército y por la postura de las provincias contra la capital —se apoderó de toda Tracia, desde Adrianópolis hasta Redesto, y venció a los sarracenos desterrados, fieles al Emperador, ante las murallas de Constantinopla, al igual que en Cipsela a los búlgaros, llamados por el Emperador en su ayuda, fracasó repentinamente. Sus soldados comenzaron a pasarse a las tropas de Constantino Monómaco, superiores en número, que había venido mientras tanto desde el Este del imperio.

La influencia de Constantino IX en la vida eclesiástica apenas alcanzó la que los emperadores bizantinos acostumbraban a tener en este terreno. Alrededor de 1050 fundó el monasterio de San Jorge, en el barrio de Mangano de la capital, y lo decoró ricamente, dada su afición a las construcciones lujosas con distintas edificaciones y zonas ajardinadas. Es también digno de mención en la época de este emperador, el gran monasterio de Energites, de Constantinopla, fundado en 1048, que superó en importancia para el futuro a la propia fundación imperial contemporánea, aunque las normas fundamentales para posteriores construcciones de otros muchos monasterios fueron dadas por el modelo de su estilo particular.

Miguel Cerulario, el hombre que marcó la vida religiosa de los quince años siguientes, era un amigo político del Emperador, que intervino con él en una conspiración contra Miguel IV, tras cuyo fracaso decidió hacerse monje. A la sombra de su fuerte personalidad se desarrolló el principal acontecimiento del gobierno de Constantino, por su transcendencia histórica y su profunda tragedia: la separación definitiva entre la cristiandad de Oriente y la de Occidente. Realmente, ya desde el patriarca Sergio II la separación de las dos Iglesias era un hecho irrefutable, pero el Cisma no se produjo hasta 1054.

El nuevo conflicto surgió por una diferencia de opiniones, que se manifestó en las regiones fronterizas entre las esferas eclesiásticas de Constantinopla y Roma. La postura fanática y falta de perspectiva de los oponentes de ambos bandos —en

Roma figuraron como representantes del movimiento cluniacense el cardenal Humberto de Silva Candida y Federico de Lorena; en Bizancio, en primer lugar, el patriarca Miguel Cerulario— hizo que desacuerdos sobre problemas teológicos, como las discusiones ya antiguas sobre el empleo del pan ácimo en la misa, el matrimonio de los sacerdotes, el ayuno de los sábados y el origen del Espíritu Santo, desembocaran en una enemistad cada vez mayor, acrecentada de forma publicitaria por ambas partes en una medida sorprendente para aquella época. La crisis alcanzó su punto álgido al viajar a Constantinopla el cardenal Humberto, enviado por el papa León IX para actuar como intermediario ante Constantino. Pero solamente consiguió empeorar el antagonismo con el patriarca Miguel, a pesar de todos los esfuerzos del Emperador y del patriarca Pedro III de Antioquía. Finalmente la embajada latina formuló una dura bula de excomunión contra Cerulario y sus seguidores el 16 de julio del año 1054, estando reunido el clero y el pueblo en el altar mayor de Santa Sofía. Pero el partido opuesto no permaneció impasible: Cerulario, llevado por la disposición del pueblo, consiguió arrastrar al vacilante Emperador e inducirle a aprobar una excomunión contra los latinos. Aun cuando los contemporáneos apenas se dierón cuenta del efecto de estos acontecimientos, su consecuencia fue la separación entre la religión ortodoxa y la religión cristiana occidental, separación todavía hoy sin superar.

El comienzo del cisma fue el último acontecimiento importante que vivió el emperador Constantino IX Monómaco. El 11 de enero de 1055 murió el Emperador, que al final de su reinado se había hecho impopular entre los funcionarios y la Iglesia, por agravar los métodos de vigilancia de los impuestos.

La emperatriz Teodora siguió a su cuñado a la tumba veinte meses después, a primeros de septiembre de 1056. La última representante de la gran dinastía macedónica volvió a gobernar con gran acierto, y, ya en su lecho mortuorio, accedió al deseo de quienes la rodeaban, de designar como emperador a un maduro funcionario militar, quien llevaría el nombre de Miguel VI. Nunca en la historia bizantina parece haber sido tan poderoso el partido civil como bajo su breve reinado. Los ascensos de los funcionarios se sucedían sin interrupción, y los miembros del Senado apenas podían eludir honores y regalos.

El testamento de Eustaquio Boilas, excelentemente redactado en 1059, da la explicación de las condiciones de vida de la tropa, mucho menos favorables. Este magnate, procedente de una familia búlgara, aunque plenamente helenizada, llegó a ser miem-

bro del Senado como dignatario de Capadocia. Pero se vio envuelto en una conspiración y fue trasladado a la frontera de Iberia, constantemente amenazada por los selyúcidas. Allí consiguió, con duro trabajo, convertir los once pequeños fundos que le habían sido asignados en una tierra civilizada. Pero sólo pudo disfrutar de una parte del éxito: el comandante de la frontera, que pertenecía a la nobleza de aquella región, quitó a Eustaquio Boilas cuatro de las propiedades que le habían sido cedidas, para ponerlas bajo su propia dirección. Finalmente, Eustaquio sólo disponía de una pequeña parte de sus bienes —y de una biblioteca de noventa volúmenes— cuando a su muerte repartió su fortuna entre sus dos hijas. Sus posesiones se reducían a dos monasterios fundados por él y cinco esclavos dejados en libertad. El que hombres como Boilas, que habían llevado toda la carga de la defensa de la frontera y la primitiva situación de los límites del Imperio, pretendieran bajo tales condiciones alcanzar una mayor influencia en la política, es perfectamente comprensible.

La nobleza militar no se conformó con su situación. El Emperador preparó un recibimiento muy frío a una delegación de altos oficiales, que bajo el mando del *katakalon* Cecaumeno, querían exponer al Emperador sus deseos. En la llanura de Gunaria, en el Castamón, los generales descontentos eligieron a Isaac Comneno como Emperador y organizaron un ataque contra Constantinopla. La victoria de los rebeldes sobre las unidades fieles al Emperador abrió a Comneno el camino hacia la capital, mientras que Miguel VI aún intentó convencer al caudillo de los insurrectos de que aceptara el título de César y renunciara a su rebelión. Al colocarse también Miguel Cerulario entre los pretendientes al trono, y comenzar a trabajar para conseguirlo desde Santa Sofía, no le quedó a Miguel VI más remedio que abdicar y entrar en el monasterio que el patriarca le asignó.

El nuevo Emperador había conseguido el trono como caudillo del partido militar, pero no cayó en el error de mostrar demasiado abiertamente su antipatía hacia los senadores y altos funcionarios del régimen eliminado. En muy poco tiempo recompensó a sus compañeros de batalla, e, inesperadamente, envió a las tropas que habían entrado con él en la capital de vuelta a sus posiciones en las provincias. Todos los que habían ayudado al usurpador a hacerse con el poder fueron tomados por el Emperador a su servicio, siempre que resultaran aptos. Así por ejemplo, Psellos y su amigo Leicudes obtuvieron también bajo los Comnenos altos cargos. Sin embargo, en el terreno de la política interior, el Emperador trazó sin vacilar nuevos cami-

nos: por todos los medios posibles intentó llenar de nuevo las arcas del Estado, casi vacías, recurriendo incluso a la expropiación por la fuerza. Ni las propiedades eclesiásticas quedaron libres de esta medida, aun cuando Isaac Comneno, inmediatamente después de subir al trono, concedió a Santa Sofía una administración financiera independiente, haciéndolo constar en un documento.

Entre tanto Miguel Cerulario no pensaba ceder en su postura respecto a las posesiones de la Iglesia ni respecto a otros conceptos, ante el Emperador, a quien había proporcionado la corona. Para Miguel Cerulario el poder eclesiástico estaba por encima del laico, como prueba su cruz patriarcal hallada recientemente. En esta obra de arte se representa, junto al milagro del arcángel Miguel y el encuentro de Josué con el ángel antes de la entrada en Jericó, al papa Silvestre presentando los iconos de los apóstoles Pedro y Pablo al Emperador, respetuosamente arrodillado ante él: bajo la influencia del modelo de un papa romano, el patriarca más importante de la nueva Roma hace plasmar en un cuadro en el siglo XI su concepto de la primacía de la Iglesia sobre el Estado. Y si ya no pensaba en subordinarse al obispo de Roma, mucho menos se podía esperar de él que estuviera dispuesto a reconocer al emperador bizantino como hombre clave del Imperio.

Cerulario parece haber subestimado el poder del primer Comneno que subió al trono imperial. Las amenazas de excomunión lanzadas por el jefe de la Iglesia no impresionaron demasiado a Isaac. En el otoño de 1057 éste le hizo prender por su guardia, al abandonar la ciudad para visitar un monasterio. Pero tampoco en su destierro de Imbros Miguel Cerulario se mostró dispuesto a renunciar a su cargo. Por la gran popularidad del patriarca en Constantinopla, el Sínodo tuvo que ser convocado en Sestos, escribiendo Psellos el auto de procesamiento contra su antiguo amigo. Esta era la única forma de destituir a Cerulario sin correr peligro. Sin embargo, el acuerdo de destitución no llegó a tomarse en este Sínodo, pues Miguel Cerulario murió y Constantino Leicudes resultó ser uno de los más fieles partidarios del Emperador.

Ya con la destitución de Cerulario el emperador Isaac había llegado muy lejos. Nada pudo resultarle entonces más inoportuno que el repentino fallecimiento del expatriarca. Aun cuando el Emperador consiguió pacificar completamente la frontera oriental del Imperio, resolvió el problema de los húngaros y en 1059 rechazó un ataque de los pechenegos, sufriendo grandes pérdidas, la inquietud del pueblo bizantino ante la muerte de Miguel Cerulario, la antipatía de los funcionarios hacia el «emperador-

soldado» y la oposición de la Iglesia, ocuparon toda su política interior. Enfermo y en un momento de honda resignación, el Emperador abdicó a finales de noviembre del 1059 y se hizo monje en el monasterio de Estudio, donde ya había vivido parte de su juventud con su hermano Juan, quien rechazó el poder.

Decisión de gran trascendencia fue la determinación del emperador Isaac de nombrar a Constantino Ducas como su sucesor antes de abdicar. El hecho de que Comneno encomendara especialmente el cuidado de su familia al nuevo Emperador estaba destinado a conseguir una unión política, que como lazo entre la principal familia de la nobleza funcionaria de la capital, y una de las más importantes familias del círculo de los militares, permitiera a la dinastía de los Comneno tomar el poder. La subida al trono de Alejo I en el año 1081 es difícil de imaginar sin la regulación hereditaria llevada a cabo en 1059.

Aun cuando Constantino Ducas fue propuesto para emperador por Isaac Comneno, no dudó, sin embargo, en proporcionar a la nobleza funcionaria la misma posición dominante en el Imperio de que gozaba antes de 1057. Ahora Psellos y sus amigos tenían todo el poder en sus manos, y las esferas eclesiásticas que habían permanecido fieles a Cerulario volvieron a tener gran influencia, pues Constantino X se había casado con una sobrina del gran patriarca.

La nobleza civil de la capital intentaba con ahínco asegurarse para siempre su recobrada posición. Este deseo fue por fin alcanzado al abrirse el círculo de los senadores a varios grupos de la burguesía, que de este modo pudieron identificarse en gran medida con la esfera más alta del Estado. Otras medidas de política interior, como el arrendamiento de impuestos, casi convertido en ley, y la aparición de la venta de cargos hasta en lo más alto de la administración financiera del Imperio, contribuyeron a restar estabilidad interna a las instituciones estatales.

Habida cuenta de que con las medidas expuestas el Estado no podía conseguir ya más fondos y de que, al mismo tiempo, se habían gastado grandes sumas de dinero en mantener la corte imperial, en la Iglesia y en los príncipes de las tribus vecinas, empezó a ahorrarse sobre todo en el ejército. Este hecho tuvo graves consecuencias, pues la favorable situación de la política exterior, en que se hallaba el Imperio bajo el sucesor inmediato de Basilio II, hacía tiempo que se había perdido.

En la Italia del sur, donde los bizantinos habían luchado recientemente, éstos fueron perdiendo sus territorios a causa de

los ataques de Roberto Guiscardo. En la frontera del Danubio los húngaros consiguieron en 1064 ocupar Belgrado, y en el curso inferior del río, pechenegos y uzos acosaron duramente al ejército bizantino. Fue una suerte para el Imperio que las bandas de uzos, tras llevar a cabo devastadoras incursiones de pillaje, fueran exterminadas, incluso las del interior de Grecia, por una epidemia, entrando las fuerzas restantes de esta tribu al servicio del Emperador.

Ante el peligro de los turcos en la frontera oriental del Imperio, que ese año entraron por primera vez en contacto con los bizantinos, fue cuando más claramente se manifestó la debilidad del gobierno de Constantino. Después de la ocupación del Imperio de Ani por los bizantinos, sobrevino en éste un cambio repentino y fundamental con respecto a la situación del poder. Con increíble rapidez se habían asentado, primero en Persia y después en Mesopotamia, unas tribus turcas procedentes de Asia interior, las cuales en 1048 penetraron también en territorio bizantino con un gran ejército. El terrible saqueo que sufrió Teodosiópolis y otras incursiones en el *hinterland* de Trebisonda, demostraron cuán peligroso era el nuevo enemigo. El Imperio se vio constantemente invadido por nuevos contingentes turcos, y las fuerzas armadas, que habían sido descuidadas por el gobierno, sólo pudieron obtener, muy a duras penas, éxitos defensivos. Da la impresión de que la defensa frente a la invasión de los pueblos turcos hacia el Oeste fue llevada en su mayor parte por los georgianos y por los príncipes cristianos de Iberia. Puede darnos una idea de la situación el hecho de que al tener lugar la victoriosa rebelión de Isaac Comneno en 1057 poderosas unidades del ejército fueran movilizadas hacia Constantinopla, lo que llevó consigo devastadores saqueos de las ciudades de Melitene y Sebaste. Bajo Constantino X, Bizancio prefirió la negociación, a pesar de que el general turco Togrul-Beg había anunciado abiertamente en 1058 la reanudación de la campaña invasora musulmana en los territorios cristianos. Tampoco fue necesario aumentar los esfuerzos defensivos al entregar el príncipe de Cars, ya sin esperanzas, su país a los bizantinos. Así sobrevinieron con toda fuerza los ataques turcos a las provincias orientales a finales del reinado del emperador Constantino. En vez de atacar únicamente la región fronteriza bizantina como había hecho antes, Alp-Arslan, sucesor de Togrul-Beg, ocupó Ani en el año 1065 y dirigió una expedición hacia Cesárea en 1067. En el año 1068 tuvieron lugar numerosas correrías y saqueos hasta la región de Amorio, tras una batalla contra la ciudad siria de Neocesárea.

Constantino X Ducas había muerto entretanto. La difícil crisis en que se encontraba la política exterior del Imperio tuvo como consecuencia el que, tras varios meses de interregno con Eudocia, viuda del Emperador, el representante del partido militar, el general Romano Diógenes, natural del este de Anatolia, consiguiera la diadema imperial, a pesar de todas las precauciones tomadas por el difunto Emperador. El 1 de enero de 1068 fue coronado por el patriarca Juan Jifilino, que le había ayudado en la lucha por el poder.

Si con Romano IV Diógenes fue posible que un miembro del partido militar llegara a ser emperador, en contra de la fuerte oposición de los influyentes círculos cortesanos formados en torno a Miguel Psellos, se debió solamente a que se esperaba de él que terminara con la amenaza de los selyúcidas en el Este del Imperio, dado que se le consideraba un general capacitado por su actuación en las luchas frente a los pechenegos. El emperador Romano se hizo cargo de este problema y pareció haberlo resuelto realmente tras las victoriosas operaciones en Siria durante los años 1068 y 1069. Al penetrar en 1070 grupos devastadores de turcos hasta Coni y la parte alta del valle del Meandro, se preparó para el año siguiente un nuevo combate contra el enemigo oriental, para acabar de una vez por todas con tal amenaza. Después de que el Emperador hubo reunido en Dorilea un gran ejército, compuesto por francos, armenios, normandos, uzos y pechenegos, salió de Capadocia en dirección al lago Van. Tras las primeras victorias de los bizantinos, se hizo cada vez más patente la superioridad táctica del enemigo turco. El grueso del ejército griego, del cual el Emperador sólo había separado un cuerpo para la toma de Jilat, fue atacado continuamente, sin que las fuerzas del Emperador pudieran siquiera poner en peligro la posición o la resistencia del enemigo. Cuando a finales de agosto el Emperador quiso forzar el desenlace en pleno campo de batalla, los selyúcidas sacaron al ejército bizantino de su campamento fortificado de Manzicerta, cercaron con su caballería las dos alas y lo aniquilaron; Andrónico Ducas, comandante de la retaguardia bizantina, intentó correr en ayuda de las unidades acorraladas, pero sin gran éxito. El Emperador, a pesar de su valentía, cayó herido en manos del enemigo y fue llevado maniatado ante el sultán Alp-Arslan.

La catástrofe de Manzicerta pareció leve en un principio, teniendo en cuenta sus consecuencias: Romano IV firmó con el sultán un tratado por el que se comprometía a pagar un rescate y a devolver los prisioneros turcos, al tiempo que contraía la obligación de proporcionar en el futuro un contingente militar

para el ejército de los vencedores. Sin embargo, el Imperio bizantino quedó libre de pérdidas territoriales.

Cuando Romano IV, después de algunos días, fue liberado de la cautividad selyúcida, llegó a la capital la noticia de lo ocurrido en Manzicerta. La plantilla de altos funcionarios del Imperio, ante la noticia de la derrota del Emperador, tomó inmediatamente la decisión de destituirle. Tras obligar a la emperatriz Eudoxia a entrar en un convento, Miguel VII, discípulo de Psellos, tomó el poder estatal en sus manos. El destituido Romano IV no se resignó a este desenlace de los acontecimientos. Gracias a la ayuda armenia le fue posible organizar un ejército y oponer una considerable resistencia, primero en Amasia y después en Cilicia, a los ejércitos enviados contra él bajo las órdenes de Constantino y Andrónico Ducas. Cuando finalmente se rindió a los nuevos gobernantes, fue cegado en el camino a Constantinopla, muriendo por las heridas sufridas el 4 de agosto de 1072.

Fue entonces cuando Manzicerta se convirtió verdaderamente en una catástrofe. Los turcos, que habían apoyado al emperador Romano en su intento de volver al trono, anularon los acuerdos firmados con el desgraciado Emperador e invadieron de nuevo el territorio bizantino. Miguel VII y sus consejeros no estaban ya en condiciones de levantar otro dique contra el torrente selyúcida. Toda Asia Menor sería en los próximos años una presa fácil para los invasores turcos.

Varias fueron las causas que llevaron no sólo a la derrota de Manzicerta, sino también, a consecuencia de ésta, a la pérdida de muchos territorios en Asia Menor. Pero no se puede tratar de encontrar estas causas sólo en el desarrollo político del Imperio y de su frontera oriental desde Basilio II. En primer lugar, y durante el transcurso de las luchas, se hizo patente la superioridad técnica de los selyúcidas, pues, en contraste con éstos, los bizantinos habían descuidado desde hacía tiempo el cuerpo de arqueros a caballo. En el terreno político sobrevino así el progresivo hundimiento del famoso sistema de los estratiotas. Resultó decisivo el exterminio del ejército armenio bajo Constantino Monómaco, una vez disuelta su poderosa milicia, sin que desde entonces Bizancio fuera capaz o siquiera tuviera la intención de organizar la defensa eficaz del Imperio. En lugar de esto, los territorios controlados por los akrit o los gāzīs, de ascendencia turca, acusaron cada vez más la influencia del sultán de los selyúcidas, cuya tolerante política causó cierta sensación entre la población de la Anatolia más occidental, donde se habían avenido, sin gran dificultad, a la nueva dominación mahometana.

Miguel VII no era el hombre de quien pudiera esperarse una solución a los problemas de la política exterior e interior del Estado, pues ya en los comienzos de su gobierno la luchas solapadas contra Romano Diógenes absorbían completamente las modestas fuerzas del partido dominante en la capital. A partir de 1073, tras sucesivas invasiones, Asia Menor cayó en poder de los selyúcidas. Cuando en 1071 Roberto Guiscardo tomó Bari, el último punto de apoyo bizantino en Italia, el Imperio también se vio amenazado por este lado, por el progresivo aumento del poder normando. Ni siquiera el dominio bizantino sobre los Balcanes quedó a salvo. Sólo con el empleo de todas sus fuerzas, el general Nicéforo Brienio pudo hacer frente a una sublevación. Este general, originario de la costa adriática, alcanzó su mayor éxito con la proclamación de un nuevo zar en Prizren, en el centro de los territorios del zar Samuel. Sin embargo, la situación en Croacia no quedó paralizada. Su príncipe había liberado al país, desde hacía ya tiempo, de la supremacía bizantina impuesta por Basilio II, y en 1076, al igual que un año más tarde el soberano de Zeta, actual Montenegro, recibió la corona imperial de manos de un legado del papa Gregorio VII. La debilidad del último emperador de la dinastía Ducas fue debida a que la enemistad de su gobierno con el papa, que era consciente de su poder y de su misión, se transformó en brusca oposición, en un ruego de ayuda y una oferta de restablecimiento de la unidad eclesiástica.

En el terreno de la política interior, el lento empobrecimiento económico produjo una verdadera crisis. Especialmente el aumento del precio del trigo, alimento básico de muchos sectores de la población, acarreó una catastrófica carestía de vida. Esta aumentó al tomar el Logoteta Niceforizes el puesto de Miguel Psellos y nacionalizar éste el comercio de cereales. Pero en vez de bajar los precios, el poderoso ministro los elevó, para aumentar los ingresos del Estado, provocando la oposición airada de la nobleza de la capital. Pero aun antes había arremetido ya contra los latifundios, al reservar al Estado el comercio de cereales y sancionar con duros castigos las infracciones de los distintos decretos. Pero pronto naufragó la política de economía centralizada. También los salarios de los obreros fueron subiendo, como consecuencia del alza general de los precios y el poderoso Niceforizes fue destituido poco después que el propio Emperador y murió en el tormento. El inmenso almacén de Redesto, en el mar de Mármara, donde se guardaba el cereal estatal destinado a Constantinopla, fue asaltado y derribado bajo Miguel VII.

Era previsible que también bajo Miguel VII hubiera levantamientos militares, ya que el Emperador era miembro de la aristocracia de funcionarios en lugar de proceder del ejército como su antecesor. Sin embargo, fue uno de sus propios parientes quien, junto con el césar Juan Ducas, le disputó primeramente el trono desde Bitinia en el otoño de 1073. Ursel de Bailleul, caudillo de los normandos en el ejército bizantino, que habría de llevarle al poder, fue derrotado sin embargo por Alejo Comneno, fiel al Emperador, quien había reforzado con gran número de turcos las unidades bajo su mando.

En el invierno del año 1077 se rebelaron los altos oficiales contra el Emperador. El abuelo del césar e historiador del mismo nombre, Nicéforo Brienio, se sublevó como comandante de Dirraquio y, en los primeros días de noviembre de 1077, tomó su ciudad paterna, Adrianópolis. Pocas semanas después Nicéforo Botaniates, *strategos* de Anatolia, negó su obediencia al Emperador y dirigió los ejércitos de la nobleza militar de Asia Menor contra Constantinopla. Con apoyo de los selyúcidas, Botaniates se adelantó a su rival en la mitad oriental del Imperio: cuando en marzo de 1078 ocupó Nicea, tuvo lugar en Bizancio una revolución que costó el trono a Miguel VII y llevó a la destitución de su hombre de confianza, Niceforizes. Miguel VII se hizo monje —llegando más tarde a ser incluso arzobispo de Efeso— y el general de Asia Menor entró en la capital haciéndose coronar con el nombre de Nicéforo III y casándose con María de Alania, la bella esposa del destituido Emperador.

Sobre el gobierno de Nicéforo Botaniates hay poco que decir. Siguiendo el ejemplo de sus predecesores, comenzó por colmar de regalos y títulos a sus partidarios nada más tomar el poder, sin pararse a considerar que con su política de acercamiento a los selyúcidas disminuían considerablemente los ingresos del Imperio, tras la ocupación casi total de Asia Menor y la fundación allí del sultanato de Iconio por Solimán, primo de Alp-Arslan.

La generosidad del Emperador hacia sus partidarios no fue igual en todos los casos. A esto se debió que también bajo el reinado de Botaniates estallaran levantamientos en diversos puntos del Imperio. Nicea y Dirraquio fueron focos de estos enfrentamientos, que pudieron ser sofocados en poco tiempo por el general más hábil del Emperador, Alejo Comneno. Desde el año 1080 Comneno dejó ver claramente que estaba dispuesto a arriesgarse para conseguir la diadema imperial. Como político inteligente, Alejo no trató de llevar a cabo sus planes por medio de las armas, sino que supo hacer que sus competidores renunciaran a la dignidad imperial, durante una entrevista en

Zurulón, negándose también a aceptar la propuesta de dividir el Imperio en dos partes, una europea y otra asiática. Con la ayuda de mercenarios germanos, Comneno consiguió entrar personalmente en Constantinopla, que fue saqueada durante tres días. El 4 de abril del año 1081 el patriarca Cosme Hierosolimites coronó a Alejo Comneno, después de enviar a Nicéforo III al convento de Peribleptos.

II. *Los éxitos del Imperio de los Comneno*

El emperador Alejo I era miembro de una familia originaria del valle de Tundsa, en las cercanías de Adrianópolis. Esta familia había conseguido adueñarse de grandes territorios, sobre todo en la región de Castamón, y bajo Basilio II había ascendido a la clase social dominante del Imperio bizantino. En el año 1057, con el emperador Isaac, no había ninguna posibilidad política de que un Comneno aspirara a la diadema imperial, y ahora con Alejo I en el poder, las opiniones y suposiciones aumentaron en número y variedad. Varios miembros de la familia Comneno se habían iniciado en la vida política y distinguido en el ejército tras la muerte del primer gobernante perteneciente a esta familia, la cual estaba fuertemente vinculada por numerosos matrimonios a los demás linajes dirigentes. De este modo Alejo I, además de los Comneno, tenía de su parte a varios grupos de la nobleza griega, gobernantes del Imperio bizantino. Todo esto explica que los Comneno conservaran en su poder la corona imperial durante más de cien años.

Aun cuando se puede calificar de positiva la situación del poder durante el reinado de Alejo, al margen de la política familiar bizantina, la situación del Imperio por lo que se refiere a la política exterior era en 1081 sencillamente catastrófica. Los continuos golpes de estado y, en consecuencia, los disturbios, semejantes a guerras civiles, llevaron al Estado bizantino al borde de la quiebra, no sólo por la situación de su economía, sino también por las difíciles condiciones sociales. La misma estabilidad del Imperio pareció estar en peligro por los ininterrumpidos ataques enemigos en todas las fronteras. El control de esta grave crisis, así como el hecho de haber dado al Imperio una firme estabilidad, convirtiéndolo nuevamente en una potencia militar, y todo ello por medios diplomáticos, es el gran mérito del emperador Alejo. No es posible valorar esta obra como merece, pues debe recordarse que al comenzar su gobierno toda Asia Menor, hasta las mismas puertas de Constantinopla, estaba invadida por los selyúcidas, que los pechenegos gobernaban

las provincias al sur del Danubio y que los normandos habían llegado a Epiro con el propósito de apoderarse de la corona imperial de Bizancio.

En estas circunstancias la lucha de Alejo I debía dirigirse en primer lugar contra los normandos. Para mantener libre su retaguardia, entregó a los selyúcidas el territorio invadido por ellos, para que se establecieran en él. Con esto conservaba al menos la supremacía bizantina sobre el territorio perdido, pues como ocurriera ya anteriormente con los pechenegos, también los turcos encontraron acogida en el Imperio bizantino.

Con los normandos no valían las negociaciones. Amenazaron Dirraquio, para desde allí seguir avanzando hacia el Este. Alejo tuvo que romper rápidamente el cerco de la frontera en peligro, no pudiendo enviar un ejército al Adriático, sencillamente porque le faltaban los medios económicos para tal empresa.

En esta difícil situación, Alejo demostró su sensatez política. Aunque para subir al trono se había apoyado principalmente en los círculos religiosos, no dudó ahora en confiscar los bienes de la Iglesia e incluso en mandar quitar a los iconos sus adornos de oro y plata. A duras penas consiguió el Emperador que el Sínodo aprobara tal medida, ya que el arzobispo León de Calcedonia censuró al Emperador y a sus obedientes patriarcas por su decisión respecto a los iconos. Por largo tiempo pareció así que iba a volverse a la lucha iconoclasta de los primeros tiempos del Imperio bizantino.

Pero también por la vía diplomática, Comneno hizo todo lo posible para debilitar la presión normanda sobre su Estado, casi indefenso al principio. Entró en contacto con el papa Gregorio VII y con el emperador alemán Enrique IV. Unicamente la alianza con Venecia, que no quería soportar el hecho de que los normandos se apoderaran de ambas orillas del Adriático y pudieran obstaculizar con ello la salida a aquel mar de los comerciantes venecianos, se mostró de verdadera utilidad en la lucha contra los normandos. Fue también la flota veneciana quien ocasionó una sensible derrota a la armada naval normanda, y consiguió con ello levantar el bloqueo marítimo de Dirraquio. En el continente, sin embargo, los normandos vencieron al ejército imperial, en el que servían sobre todo mercenarios extranjeros, y en octubre de 1081 entraron en la disputada ciudad. Después, nada impidió ya el avance de los normandos. sus ejércitos inundaron Epiro, Tesalia y Macedonia, asolaron Castoria y consiguieron cercar Larisa. Fue una suerte para el mando del ejército bizantino que grupos a favor de los griegos desataran una revolución contra Roberto Guiscardo en el sur de Italia, obligándole a abandonar el escenario de la batalla.

Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, se encargó del mando sobre los ejércitos normandos en Tesalia, pero la defensa bizantina fue ganando más y más terreno. Los venecianos pudieron reconquistar Dirraquio, y cuando Roberto Guiscardo regresó a los Balcanes en 1085, la iniciativa en las negociaciones militares quedó también en manos de los bizantinos. El ejército de Guiscardo quedó diezmado rápidamente a causa de una epidemia; también el caudillo normando fue víctima de ésta. Cuando estallaron en el sur de Italia las luchas por su sucesión, los normandos no dudaron en abandonar todo el territorio que ocupaban.

Junto al creciente poder militar de su Imperio, Alejo I debió esta victoria sobre todo a sus aliados venecianos. Estos, sin embargo, no lucharon del todo desinteresadamente y consiguieron del Emperador, en el período de más grave apuro de los bizantinos, la firma de un tratado, en el que no sólo les hacía unas concesiones muy ventajosas para el futuro con respecto al Estado bizantino, sino que, a la larga, llegaron a ser una carga para éste. En él se ratificaba que el dogo debía recibir el título de *sebastos,* con su correspondiente pensión anual, el patriarca de Grado la dignidad de *hypertimos* y San Marcos de Venecia una ofrenda anual de veinte libras de oro; pero el hecho de que los venecianos obtuvieran también el permiso de libre comercio en el Imperio bizantino iba claramente en contra de los intereses comerciales y económicos de los bizantinos. No cambió nada el hecho de que Venecia reconociera la superioridad del emperador bizantino sobre la república de San Marcos, pues con la creación en Constantinopla de un barrio veneciano con almacenes, arsenales y desembarcaderos, el Emperador, incomprensiblemente, favorecía de nuevo en gran manera a sus aliados, en contra de los comerciantes de su propio país. Habrá que suponer que la gravedad de la situación bizantina fue lo que le impulsó en 1082 a cumplir todas las exigencias de los venecianos, a condición de que éstos permanecieran fieles a la causa bizantina durante la lucha contra los normandos.

Venecia vio en peligro su propia posición en la orilla oriental del Adriático por los ataques normandos, hecho que respondía a los deseos de los demás pueblos limítrofes con el mar Adriático. Sobre todo el rey Constantino Bodin de Zeta aprovechó la ocasión para extender sus dominios hasta Rascia, a costa de los bizantinos, una vez rota, con la reanudación de hostilidades, la neutralidad con Bizancio y Venecia, al principio sincera, para desde allí tomar otros territorios bizantinos. Se comprende que el emperador Alejo no viera ninguna posibilidad de intervenir con energía durante la lucha contra los normandos.

Mucho más urgente que cualquier otra actividad en los Balcanes occidentales era la defensa ante la amenaza de los pechenegos. En la primavera de 1087 Chelgan, caudillo de los pechenegos, había penetrado con sus huestes en territorio griego, encontrando allí el apoyo de los herejes bogomilitas. Alejo I se vio obligado a mantener negociaciones con el enemigo aun en agosto del año 1087 y a firmar el primer tratado. Pero con esto no se había conseguido mucho. Cuando Zachas, emir selyúcida de Esmirna, entró en contacto con los pechenegos, se produjo la verdadera crisis para el Imperio bizantino. Al mismo tiempo que los pechenegos se rebelaban de nuevo y marchaban hasta las murallas de Constantinopla, el emir amenazaba con su flota por mar a la ciudad en el Cuerno de Oro. Nuevamente intentó Alejo I encontrar una salida a esta delicada situación mediante negociaciones con los pechenegos. Sólo tras un duro asedio invernal pudo liberar la ciudad imperial, aliado con los cumanos del sur de la estepa rusa. Igualmente consiguió que este pueblo nómada, de lengua emparentada con el turco, atacara a los pechenegos, acudiendo en auxilio de los bizantinos, gravemente acosados. El 29 de abril del año 1091 las fuerzas conjuntas bizantinas y cumanas derrotaron definitivamente a los pechenegos al pie de los montes de Levunion. Zachas de Esmirna, quien se vio igualmente obligado a romper el cerco de la ciudad de Constantinopla, fue puesto fuera de combate por la diplomacia imperial de la siguiente manera: Abul Kasim, emir de Nicea en Bitinia, tomó las armas contra sus vecinos mahometanos en el sur por orden del emperador bizantino.

Sólo ahora podía Alejo Comneno marchar contra Servia. Pero la campaña contra el zupán Vucan de Rascia hubo de ser interrumpida al saberse que los cumanos, bajo el mando de un pretendiente al trono que se hacía pasar por Constantino Diógenes, hijo del desafortunado emperador Romano, hacían peligrar el Imperio. Sin gran esfuerzo fue posible dispersar las huestes cumanas, después de haber hecho prisionero al aspirante al trono que las mandaba.

La derrota de la rebelión de Constantino Diógenes cerró provisionalmente la etapa de pacificación de la parte europea del Imperio. El emperador Alejo hubiera podido ahora dedicarse únicamente a la política bizantina en Asia Menor, pues allí la situación política invitaba a intervenir. Las disensiones de los emires de Nicea y Esmirna, hábilmente manejadas por el Emperador, no fueron en modo alguno un episodio aislado, sino un suceso más en la cadena de luchas que se produjeron por toda Asia Menor a consecuencia de la disputa por la herencia del sultán Solimán. Alejo I no consiguió ver realizadas sus as-

piraciones políticas al otro lado del Bósforo, porque la primera Cruzada, que tuvo lugar por estos mismos años, fue un acontecimiento para el Imperio bizantino, que solamente con el empleo de todo su poder podía llegar a un resultado medianamente satisfactorio. Unicamente en los años posteriores a 1094 consiguieron los bizantinos reconquistar para su Imperio Tmutorakan, situada en el estrecho de Kerch, de gran importancia para el comercio con Rusia.

La primera Cruzada trajo para Bizancio problemas de índole desconocida hasta ahora. Prescindiendo de que el Imperio oriental tuviera que abandonar forzosamente su orientación política, tuvo que llevar a cabo la difícil empresa de escoltar a grandes masas de extranjeros armados lo más rápidamente posible a través de su propio territorio, al mismo tiempo que evitar en lo posible choques con la población indígena y dominar políticamente a los occidentales hasta el punto de que no comenzaran a actuar contra los intereses griegos una vez abandonado el territorio bizantino. Puede reconocérsele al emperador Alejo el mérito de haber resuelto estas difíciles empresas con gran tacto, incluso si lo comparamos con otros emperadores posteriores a él.

La marcha de las Cruzadas fue el resultado de las circunstancias en que se encontraba Europa y la consecuencia de las posturas occidentales durante la lucha de las Investiduras. En este contexto fue predicada la primera Cruzada por el papa cluniacense Urbano II, al cual el emperador bizantino había pedido repetidamente mercenarios, pero nunca para una cruzada, como de hecho ocurrió. Así, en Constantinopla quedaron muy sorprendidos cuando, tras el decisivo Sínodo de Clermont-Ferrand, llegó al Imperio una enorme multitud de gente vulgar, mal armada y poco disciplinada, con Pedro el Ermitaño a la cabeza, que siguió avanzando hacia el Este. En Asia Menor estos cruzados fueron aniquilados sin compasión por los turcos y se pudieron dar por satisfechos con que el emperador bizantino les permitiera cruzar el Bósforo en su huída.

A finales de 1096 llegaron a Constantinopla los grandes señores con sus comitivas. No es difícil imaginar lo que sentiría el emperador Alejo cuando entre los caudillos de esta «noble» Cruzada, junto a Godofredo de Bouillon, el conde Raimundo de Toulouse, el conde Roberto de Flandes, Hugo de Vermandois y Roberto de Normandía, encontró también al caudillo de los normandos, Bohemundo, a quien se había enfrentado en la batalla de Dirraquio. Por esta razón el emperador Comneno exigió a los cruzados el juramento y la firme promesa de cederle, tras su invasión, aquellas ciudades y territorios que en otro tiempo habían pertenecido al Imperio bizantino. Los barones del Oeste,

incluidos Raimundo de Toulouse y Tancredo, hijo de Bohemundo, hicieron el deseado juramento con gran pesar de su corazón y se alegraron muy poco cuando el emperador griego anunció que se pondría a la cabeza de la Cruzada tan pronto como se lo permitieran las circunstancias políticas.

Según el acuerdo, los cruzados cedieron a Alejo su primera conquista, la ciudad de Nicea, tras cruzar el estrecho. El emperador bizantino se esforzó personalmente, partiendo de esta base, por seguir extendiendo el poderío griego por Asia Menor. Sus tropas ocuparon las ciudades de Esmirna, Efeso y Sardes, y con ello pusieron de nuevo bajo el dominio de su Emperador al menos la parte de Asia Menor que lindaba directamente con el mar Egeo. Los cruzados, entre tanto, habían avanzado a través de Anatolia en compañía de una sección del ejército bizantino, no sin antes haber renovado el ya prestado juramento al Emperador, durante una entrevista en Pelecano. Tras el paso del Tauro se rompió sin embargo la armonía entre los aliados: Balduino de Bouillon y el normando Tancredo se pelearon por la ciudad de Cilicia, hasta que Balduino emprendió la marcha en dirección al Eufrates, sin entregar al emperador griego sus conquistas en aquel lugar, lo que tampoco Tancredo pensaba hacer con Cilicia. El grueso del ejército de los cruzados pudo entretanto tomar Antioquía, después de lo cual sólo Raimundo de Toulouse, al no poder imponerse al normando Bohemundo, quería entregar esta ciudad a Alejo I. Tras la ruptura de sus obligaciones hacia Bizancio, los cruzados marcharon solos hacia Jerusalén, que conquistaron el 15 de julio de 1099, sin ninguna ayuda griega. Nadie pensaba ahora en dar una parte de las conquistas conseguidas al emperador griego. Sólo Raimundo de Toulouse, el único caudillo de los cruzados que en principio no había prestado el juramento a Alejo I, puso algunas de las ciudades sirias conquistadas por él bajo la soberanía del emperador Alejo I. Así tuvo la política bizantina en los siguientes decenios la misión de poner nuevamente bajo la soberanía imperial bizantina los estados cristianos fundados a principios del siglo XII en la orilla oriental del mar Mediterráneo.

El efecto de la primera Cruzada en las relaciones entre Occidente y Bizancio fue el de enfrentar y enemistar a estos dos mundos más que nunca, y aquel latino que, según la leyenda chipriota, se retirara a la soledad de la isla con 300 de sus compatriotas bajo Alejo I, bajo el nombre de religión de Anastasio Alamano, por haberse dado cuenta de que la cruzada estaba dirigida también contra la religión ortodoxa, fue con toda seguridad un caso único.

El primer enemigo de los bizantinos en el transcurso de esta separación fue el normando Bohemundo como caudillo de Antioquía. A los griegos les favoreció el hecho de que también los turcos vieran con descontento la creación de un estado cristiano en la zona, desde el cual se podía controlar la comunicación con Egipto. En el año 1101 Bohemundo fue hecho prisionero por los turcos y tras ser rescatado, resultó derrotado y aniquilado junto con su ejército en Harán en el año 1104. Los bizantinos aprovecharon esta oportunidad para apoderarse de la fortaleza cilicia de Tarso, así como de las de Adana y Mamistra, mientras sus fuerzas navales ocupaban en la costa siria de Laodicea y todos los puertos desde Chipre hasta Trípoli.

Bohemundo decidió intentar de nuevo un ataque directo contra el Imperio bizantino. Después que hubo predispuesto a casi todo el Occidente en contra de Bizancio, el normando arremetió contra Otranto en una lucha preventiva, como hiciera su padre en Epiro, e intentó derrotar a los bizantinos desde esta cabeza de puente. En octubre de 1107 desembarcó en Avlona, pero fue detenido ante los muros de Dirraquio y derrotado por el ejército del Emperador, precisamente en el mismo lugar donde los normandos habían vencido al ejército de Alejo I veinticinco años antes. Esta vez la victoria fue para los griegos, y Bohemundo cayó en poder del emperador Comneno. En 1108 hubo de prometer al vencedor, mediante un tratado, que en el futuro guardaría incondicional fidelidad como vasallo y prestaría su ayuda a los bizantinos contra todo enemigo del Imperio. Antioquía, por la que habían luchado los griegos, quedó como feudo del emperador bizantino. Alejo I se dispuso a recoger los frutos de su éxito: Bohemundo murió en el año 1111 y Tancredo, su sucesor en Antioquía, no pensó en cumplir las obligaciones contraídas por su tío. Así Alejo emprendió la difícil tarea de restablecer el poder bizantino sobre Asia Menor, en la forma más amplia posible. Durante su reinado, Alejo I ya no se preocupó más de los acontecimientos en Antioquía.

Mientras Alejo Comneno seguía tratando de tener las manos libres para marchar contra los selyúcidas en Asia Menor, ocupándose así desde 1108 únicamente de la reconquista de las provincias perdidas, lo que pudo hacer sin demasiadas interrupciones, ocurrió, sin motivo alguno, un grave suceso. En Anatolia los selyúcidas atacaban cada vez con mayor fuerza y la población griega comenzó a retroceder ante ellos. Esto ocurrió primero en las ciudades y después en la costa, para acabar abandonando casi toda Anatolia. También el desarrollo político favoreció sin duda esta situación, hasta el punto de que parecía improbable, al menos por un tiempo, una nueva conquista del

país por parte de los bizantinos. Por esto no es nada extraño el destino de Cristódulo de Patmos, que abandonó el convento de Estilo, sobre el Latmos, junto a Mileto, y pasando por Cos llegó a Patmos, donde con ayuda de Ana Dalasena, madre de Alejo I, fundó el convento de San Juan Teólogo. Pero tampoco el hecho de que su fundación en la isla de Dodecanes fuera colmada de privilegios y regalos imperiales pudo impedir que Cristódulo continuara hasta Eubea, donde murió en marzo del año 1093.

Otra consecuencia del avance selyúcida en Asia Menor fue también la huída de miles de armenios hacia la parte occidental del Imperio. En ciudades como Constantinopla, Salónica, Maglena y Varna aparecen desde este momento colonias armenias con un gran número de habitantes. El centro del mundo armenio, desplazado de su patria, fue ciertamente Filipópolis con el monasterio de Atman, que desempeñó un importante papel en la época de los Comneno como punto de contacto para el acercamiento teológico-político entre bizantinos y armenios. En las proximidades de Filipópolis, en el monasterio de Bachcovo, también los georgianos encontraron un nuevo centro para su pueblo. El general Jorge Pacuriano, descendiente de una familia armenia, que se consideraba a sí mismo un *grusinier,* fue quien fundó este monasterio, mandándolo decorar con frescos, pintados por artistas de la capital. El hecho de estar emparentado por matrimonio con la familias más distinguidas del Imperio, igual que su pariente Sempad Pacuriano, destacado benefactor del monasterio de Ibero en el Atos, muestra la fuerza con que en poco tiempo estuvieron integrados en la sociedad bizantina los miembros pertenecientes a la aristocracia de los dos pueblos desplazados de la mitad oriental del Imperio.

El emperador Alejo no impidió el desplazamiento de la población bizantina hacia el Oeste, sino que incluso lo fomentó. Al regresar de sus campañas por Asia Menor, condujo a muchos bizantinos, que no deseaban seguir viviendo allí, a la parte europea del Imperio. También llevó a monjas georgianas a Constantinopla y les dio una nueva misión en el convento de San Pablo, en el barrio cortesano de la capital, convertido en centro social para la población huida del Este. Sin duda alguna hay que atribuir esta política de Comneno, a que éste sabía muy bien lo difícil que era reparar las pérdidas sufridas durante los pasados decenios en Asia Menor. El Emperador se esforzó por conseguir aquí algunos éxitos militares aplastantes. A pesar de la implantación de diversas innovaciones en la organización y el paso a una táctica más propicia para combatir al enemigo, el ejército bizantino consiguió sólo en contadas ocasiones penetrar

en el interior de Anatolia desde su base de operaciones, la franja de terreno entre Lopadio y Nicea. Igualmente difícil resultó el intento de Eumacio Filocales, de establecer comunicación por tierra con Atalia y con los puntos de apoyo griegos en la costa sur de Asia Menor, por orden del Emperador de Esmirna. A pesar de los éxitos indiscutibles, el avance quedó paralizado cuando las plazas fuertes de Frigia y Caria sólo pudieron ser reconquistadas tras penosos asedios. En 1116, sin embargo, el propio Emperador consiguió la liberación de un importante paso para el ejército entre el Sangario y Dorilea, y pudo también tener voz decisiva en las discusiones tras la muerte del sultán Malikšāh. Tras ser controlado el levantamiento de Gregorio Taronites en Trebisonda el año 1103, Bizancio no volvió a ser el poder dominante en Asia Menor, pero en todo caso muchos territorios de la mitad oriental del Imperio volvieron a estar bajo el poder griego de forma permanente, durante los doscientos años siguientes.

En política interior, el emperador Alejo mostró cierta preferencia por los problemas de política eclesiástica. En este terreno, al igual que en otros, manifestó unas ideas ciertamente duraderas. Comneno se dejó influir un poco por la actitud de un teólogo tan acreditado como Juan Oxeites, que en su calidad de patriarca de Antioquía se opuso a él sin ningún temor en la cuestión de la confiscación de bienes a la Iglesia durante la guerra con los normandos. En esta misma época el estricto proceder del Emperador cae también sobre el partidario de los Ducas, Juan Italo, siendo condenada su doctrina inspirada en Platón y Aristóteles. Al no aceptar Juan esta sentencia, el Emperador hizo excomulgar a aquel erudito, no demasiado sobresaliente en su faceta de teólogo. Con más fuerza todavía, arremetió contra los bogomilitas, cuya secta, cercana al maniqueísmo, había arraigado profundamente en los Balcanes a comienzos del siglo XII: el Emperador hizo quemar en una hoguera a sus cabecillas, al médico imperial y a muchos de sus correligionarios, pero a pesar de esto no pudo evitar que la herética doctrina sobreviviera y encontrara partidarios, incluso entre el episcopado ortodoxo y en los monasterios de Constantinopla.

En la mente del patriarca Nicolás III el Gramático no cabía, sin embargo, esta forma de actuar de Alejo I con respecto al restablecimiento de la unidad eclesiástica con Roma. Cuando, en esta situación, llegó a Bizancio el arzobispo milanés Pietro Grossolano en 1112 para discutir con los representantes de la Iglesia griega, el Emperador dejó ver claramente a sus teólogos que los argumentos expuestos por el latino le habían impresionado pro-

fundamente. A esto obedeció también el que Alejo hiciera grabar en los dípticos el nombre del Papa y que permitiera, con todo agrado, que los occidentales construyeran monasterios en su Imperio.

El Emperador, que también escribía textos teológicos, fue famoso precisamente como promotor de los movimientos monásticos, debiendo recordársele por su apoyo al monasterio de Teólogo en Patmos y por la dotación del monasterio de Eleusa en Estrúmica, Macedonia. En la propia capital había oposición a la acción de la emperatriz Irene Ducas, que espoleaba los esfuerzos imperiales en esta dirección. Juntamente con su esposa, Alejo I fundó dos monasterios, de los cuales el de Cristo Filántropo acogió la sepultura del Emperador. Tales fundaciones, con sus ricos decorados, tienen gran significación en el reinado de un emperador que, por otra parte, se vio obligado a recurrir más de una vez a la devaluación del *nómisma* de oro para remediar la constante falta de dinero del fisco.

El último acto político de Alejo I, que murió el 15 de agosto de 1118, seguramente de un infarto de miocardio producido por la artritis, fue transferir el Imperio a su hijo, el *sebastokrator* Juan. Irene Ducas, esposa del primer emperador Comneno, intentó por todos los medios que Alejo, ya en su lecho mortuorio, diera el poder al *César* Nicéforo Brienio, esposo de la historiadora Ana Comneno. Pero el moribundo Emperador no se dejó disuadir de la determinación que había tomado y no designó para herederos a su hija y su esposo, que en 1097 había hecho su aparición en el puesto de Constantino Ducas, designado en principio heredero del trono, junto a Ana Comneno. Después de algún tiempo Ana Comneno cedió de mala gana, mas no al último deseo de su padre sino ante la superior capacidad política de su hermano.

Mientras el emperador Alejo I luchaba con la muerte en el palacio de Mangana, su hijo Juan comenzó a hacer los preparativos para tomar el mando. Se apoderó del sello imperial y entre el júbilo de sus partidarios se dirigió al gran palacio. Al impedírsele entrar, hizo levantar las puertas del palacio por los goznes, y se abrió paso violentamente. Su posición era aún muy insegura, y por ello mandó cerrar de nuevo las puertas, para no dar oportunidad al círculo partidario de Ana Comneno, su esposo y su hermano Andrónico de expulsarle nuevamente de la jefatura del Imperio. Apoyándose en el consejo de su hermano Isaac y de su amigo de la juventud Juan Axuco, un joven turco de distinguida procedencia caído en manos bizantinas durante la conquista de Nicea, el nuevo Emperador no asistió tampoco al entierro de su padre, para lo cual hubiera

tenido que abandonar el palacio fortificado. El acierto de esta precaución quedó confirmado por una conjura, cuya finalidad era arrebatar la corona al nuevo Emperador en el primer año de su reinado. Seguramente la clemencia con que Juan II trató a los conspiradores afianzó su dominio hasta el punto de que el nuevo Emperador pudo demostrar a sus contemporáneos que él no estaba en manera alguna por debajo de su padre en cuanto valor y energía.

Una vez que Juan II tuvo bajo control la situación en la Corte de Constantinopla, marchó en la primavera de 1119 a su primera campaña contra los selyúcidas en Asia Menor. Estos habían roto los últimos tratados firmados con el emperador Alejo. Sin gran esfuerzo, el ejército bizantino tomó la ciudad de Laodicea y el Emperador pudo, en una segunda campaña, avanzar hasta Frigia y hasta las fronteras de Panfilia. Junto a muchas plazas menores, fueron reconquistadas las ciudades de Sozópolis y Hieracocorifitis. Es probable que el Emperador hubiera dirigido un ataque hacia el Este, si los acontecimientos en los Balcanes no hubieran exigido su presencia en la parte europea del Imperio.

En 1122, y después de treinta años de intervalo, los pechenegos habían vuelto a cruzar el Danubio, llegando hasta Macedonia y Tracia, donde robaron y asesinaron. El Emperador, que ya había luchado junto a su padre contra este peligroso enemigo a las orillas del Danubio, pudo contener a los pechenegos, en un principio con negociaciones y derrotándolos más tarde en la fortaleza de Berea de forma total, dejando los pechenegos de existir como pueblo.

Inmediatamente después de las luchas con los pechenegos, también fue necesario un ataque bizantino en Servia. Los servios se habían revelado contra la autoridad de los bizantinos y habían conseguido apoderarse de la importante fortaleza griega de Rascia. El emperador Juan marchó hacia ese país, que se había levantado en armas, sitió al enemigo y lo derrotó completamente. Tras esta victoria, el zupán de Servia fue llevado a Constantinopla en triunfo y una parte de sus compatriotas se asentaron en Nicomedia. Aquí, y también en otros lugares de la orilla oriental del mar de Mármara, el Emperador llevó a cabo un gran programa de reorganización que, junto a la construcción de fortalezas en puntos como Lopadio o Aquiro, preveía la nueva utilización de franjas de tierra despobladas y su protección militar, para lo cual se trajo a prisioneros de guerra pechenegos, que habían de vivir con los servios.

Por su matrimonio con una princesa húngara, el emperador Juan tuvo una relación especialmente estrecha con los aconte-

cimientos políticos en este país del Danubio. El desarrollo de la política interior en Hungría hizo aún más fuerte este contacto durante el tercer decenio del siglo XII. En este momento los partidarios de los dos pretendientes al trono, Salomón y Geza I, se enfrentaron en una sangrienta guerra civil en el país de los magiares, acudiendo el partido de Geza al emperador Ducas, mientras Salomón se ponía en contacto con el emperador Enrique IV; así pues, se produjeron otra vez violentos encuentros en la zona del Danubio, sobre el fondo de antagonismo entre Bizancio y Occidente. Almos, hermano de Esteban II, que estaba en el poder, fue cegado junto con su hijo y ambos buscaron refugio en Constantinopla, donde se encontraban otros nobles húngaros. Con este motivo Esteban II declaró la guerra a Bizancio, destruyó Branicevo y avanzó hasta Sofía, porque en el Imperio bizantino no se esperaba un ataque a la frontera norte realizado por los húngaros. En el otoño de 1128 Juan respondió al ataque húngaro con una acción conjunta de su ejército de tierra y la flota griega, bajo el mando de su hermano Andrónico Comneno, el cual murió durante el combate. El ejército griego pudo cruzar el Danubio, ocupar el territorio entre este río y el Save, con la fortaleza clave de Zeugmino y ocasionar numerosas pérdidas a los magiares en Cramos, muy en el interior de la llanura húngara. La paz que se firmó después, muy favorable para Bizancio, aseguró en 1131 la subida al trono del ciego Bela II, quien volvió de su exilio en Constantinopla para asumir el gobierno en su patria durante más de diez años.

Finalmente, la victoria sobre los húngaros permitió a Juan continuar en Asia Menor la política ofensiva que se había visto obligado a interrumpir en 1122 por la importancia de los acontecimientos en los Balcanes. Las campañas que el Emperador preparaba por aquel entonces en Lopadio se concentraron hasta 1135 sobre Paflagonia, situada en el Sur, donde el Emperador tuvo que tomar la ciudad de Castamón por dos veces, antes de retenerla en su poder, igual que otras plazas fuertes, fracasando finalmente ante Gangra. La firmeza de la posición bizantina en Asia Menor por entonces, y a pesar de todo, se deduce de que, en las mencionadas luchas, las tropas turcas del sultán de Iconio lucharon al lado de los griegos contra el emir danismanida (danismendí) de Melitene. En una campaña posterior en Capadocia y el Ponto, el emperador Comneno consiguió en 1139 no sólo llegar hasta las murallas de Neocesárea, sino también hacer súbdito del Imperio bizantino a Constantino Gabras, en Trebisonda.

Aun cuando los deberes militares que imponía su cargo eran prioritarios para el Emperador, ocupándose menos de la política eclesiástica, dio un gran impulso a su Imperio en otros terrenos. Así, encargó a Alejo Aristeno, alto dignatario de la administración eclesiástica, que escribiera un comentario sobre el derecho canónico. Esta obra, titulada *Synopsis canonum,* fue tan apreciada por lo fácil que resultaba de comprender, que no sólo influyó en la vida jurídica bizantina, sino que también encontró gran acogida en la literatura jurídica de los servios.

La empresa social más importante del Emperador fue, sin duda alguna, la fundación del monasterio del Pantocrátor, en la misma Constantinopla. Llevado por el ejemplo paterno y apoyado por la emperatriz Irene, Juan Comneno creó una institución, que por su grandeza trataba de igualar a aquéllos. El monasterio, con su biblioteca y otras instalaciones culturales, se hallaba junto a un hospital, en el cual se trataban incluso enfermedades como la lepra y la epilepsia. Pero junto a los enfermos, también viudas y huérfanos, pobres y ancianos, encontraban siempre una puerta abierta en aquel monasterio. La influencia de la pareja imperial en esta fundación quedó reflejada en el hecho de que en la cripta que unía ambas iglesias del monasterio del Pantocrátor mandaran colocar su última morada.

Con el ataque al emirato danismánida de Melitene, Juan II comenzó la fase final de su reinado, que es el símbolo de la última expansión bizantina hacia el Este. Sólo resulta sorprendente que el Emperador prefiriera incorporar de nuevo a su Imperio la floreciente Antioquía en vez de atacar primero el sultanato de Rum, interiormente debilitado. De cualquier modo, antes de atacar Siria tenía que volver a manos de los bizantinos Cilicia, gobernada ahora por los armenios. En la primavera de 1137 y en una breve pero terrible campaña, el emperador Juan tomó el país junto con las fortalezas de Tarso, Mamistra, Adana y Anabarza. El caudillo armenio León I fue depuesto y al caer preso un año más tarde fue llevado a Constantinopla. Su matrimonio con una hija de Isaac Comneno, hermano del Emperador, hace pensar que su situación en la capital no fue muy difícil.

En el verano de 1137 tuvo lugar el ataque griego contra Antioquía, lo que llevó en poco tiempo a la ocupación del principado. Con su solemne entrada en la capital siria, el Emperador bizantino mostró de forma impresionante su poder, incluso ante los estados latinos de los cruzados, mientras que el arzobispo Juan Comneno de Ocrida aseguraba a continuación, y de manera diplomática, el gran avance bizantino hacia el S. E.

En la primavera de 1141, con su mirada puesta en los estados de los cruzados, inició Juan II una campaña aún más importante. Acompañado por sus hijos Alejo, Andrónico y Manuel, el Emperador se dirigió con su ejército hacia Atalia, para desde allí poner primeramente en orden la situación de Panfilia. Se trataba, sobre todo, de poner nuevamente bajo el cetro imperial a la población de la costa y de las islas del mar de Caralis, turca casi en su totalidad, aunque con algunos cristianos, lo que también consiguió tras grandes esfuerzos. Víctima de la malaria murió Alejo Comneno, hijo del Emperador y designado heredero suyo, a quien el Emperador había representado como tal en un mosaico de Santa Sofía. Para mayor desgracia, murió también Andrónico Comneno cuando acompañaba a Constantinopla el cadáver de su hermano por orden del Emperador.

A pesar de estos sucesos, el Emperador no interrumpió su acción. Realmente parece que en la campaña del año 1142 Juan Comneno no sólo intentó hacer patente de modo enérgico la recuperación del poder del Imperio ante una población que, en 1137, se había apartado de las obligaciones contraídas por los diversos tratados, por culpa de la opresión del clero nobiliario latino, sino que también tuvo en la mente la reconquista de toda Palestina para Bizancio.

La marcha de las fuerzas imperiales a través de Isauria y Cilicia transcurrió sin dificultades. En Siria, sin embargo, no fue posible imponerse como había imaginado el Emperador en sus planes grandiosos. Por esta razón, preparó en la primavera de 1143, en la frontera de Cilicia y del principado de Antioquía, una nueva batalla contra los estados de los cruzados. Pero el 8 de abril de 1143 el Emperador resultó herido en un accidente de caza, y no en un atentado, muriendo pocos días después. Pero antes Comneno designó como nuevo emperador a su hijo menor Manuel, a quien sus contemporáneos consideraron como el gobernante más importante de su dinastía.

La toma del poder en Constantinopla fue el primer deber político que se planteó Manuel Comneno tras la muerte de su padre. Confió esta tarea a Juan Axuco y Basilio Zinziluces, quienes se pusieron en camino hacia la capital con la orden de capturar a Isaac, el hermano mayor de Manuel, y llevar al Emperador las insignias y el tesoro de la corona. Los dos hombres de confianza de Manuel consiguieron prender a Isaac y meterle en el monasterio del Pantocrátor. Al mismo tiempo se esforzaron en conseguir el favor de la guardia del palacio, del pueblo y, sobre todo, de los altos dignatarios de la Iglesia, a quienes Axuco puso a favor del Emperador mediante un docu-

mento en el que les prometía importantes aportaciones financieras.

Entre tanto, el Emperador ordenó el traslado de los restos mortales de su padre a Constantinopla. El mismo marchó desde Cilicia en dirección a la capital. Durante la marcha a través de los territorios del sultanato de Iconio, cayeron muchos e importantes miembros del ejército griego en manos de los selyúcidas, muestra de lo insegura que era todavía la comunicación por tierra desde el Egeo hasta las provincias bizantinas de Siria y Cilicia, abierta por Juan II. Pero, finalmente, pudo el sucesor de Juan tomar de nuevo la ciudad isáurica de Pracana en Calicadnos, en su marcha hacia Bizancio.

Tras la suntuosa coronación de Manuel, el nuevo Emperador se ocupó de cambiar la organización suprema del Estado bizantino. El trono del patriarca fue ocupado por una nueva persona, designada en el transcurso de estas medidas. No menos importante fue para Manuel I encontrar el medio de reconciliarse con su hermano, postergado en la sucesión del trono. Pero en los primeros tiempos de su gobierno faltó una ley tanto sobre los impuestos como sobre la organización militar del Imperio. Siguiendo los consejos de Juan de Putze, seguramente un latino, Manuel desistió de la idea de establecer su flota en las distintas islas y territorios costeros del Imperio. En lugar de esto, hizo pagar unos impuestos, con lo que la flota podía entonces ser financiada directamente por el fisco según sus necesidades.

Sin ninguna demora, el Emperador prosiguió las luchas, que habían ocupado a su padre por completo durante sus últimos años. Envió a los hermanos Juan y Andrónico Contostéfano a Cilicia para defender allí las posiciones bizantinas, sobre todo contra el príncipe Raimundo de Antioquía. El propio Emperador aseguró el territorio en torno a la ciudad de Melangea, cerca de Dorilea, que había sido arrasada por hordas de selyúcidas.

En enero de 1146 el emperador Manuel se casó con la cuñada del emperador alemán, Berta de Schulzbach. Con esto vemos esbozada por primera vez la directriz que seguirá durante sus treinta y siete años largos de reinado: relaciones con el Oeste latino y separación del Imperio occidental.

Pero en 1146 aún no era ésta su postura: Manuel se preparó para una campaña mayor hacia Asia Menor. A través de Frigia, condujo el ejército hacia el sultanato de Rum y obligó a su gobernante Mas'úd a abandonar su residencia de Iconio. Pero las fuerzas de los bizantinos no bastaron para tomar Iconio, y, finalmente, el Emperador hubo de emprender el regreso, bastante peligroso, hacia su Imperio. Sin embargo, lo que sí consiguió con esta campaña fue darse cuenta de que los griegos podían

perfectamente combatir el dominio turco sobre Anatolia, e incluso tal vez eliminarlo. Pero Manuel no tenía por el momento las manos libres para poder llevar a cabo sus planes, pues desde Europa occidental llegaba la noticia de una nueva e inminente cruzada hacia Constantinopla. Tras las experiencias del mandato de Alejo I con los cruzados, era muy natural que el Emperador pusiera toda su atención en este hecho.

Tras la pérdida de Edesa, que cayó en poder del sultán de Mosul, los esfuerzos del papa Eugenio III y la entusiasta predicación de Bernardo de Claraval llevaron a las principales potencias de Europa occidental a participar en esta nueva cruzada. Son fáciles de imaginar los sentimientos con que se enfrentaba Bizancio a la cruzada, después de saberse que en esta ocasión el rey Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania conducirían personalmente a sus caballeros hacia Palestina. Lo fundado de los temores griegos queda confirmado por el hecho de que, por lo menos en el círculo de Luis VII, se pensara en un ataque a la ciudad imperial. El juramento de respeto y de cesión de todas las conquistas que exigió el emperador Manuel a los cruzados no mejoró la situación reinante. De esta forma entre latinos y griegos cundió una mutua desconfianza y el gobierno bizantino se apresuró a trasladar primero a los alemanes, entre los que también se encontraba Federico Barbarroja como duque de Suabia, y después a los cruzados franceses a la costa de Asia Menor, desde donde los occidentales consiguieron unas campañas de éxito relativo, que poco después llevaron a la completa separación de ambos ejércitos.

El fracaso de esta segunda Cruzada restituyó por completo la soberanía bizantina en el Mediterráneo oriental. El encuentro de los occidentales con el esplendor de Constantinopla elevó en consecuencia el prestigio del Imperio oriental, como podemos deducir de las entusiastas descripciones de Eudes de Deuil, y también imaginar en la mente de Conrado III, a quien sus caballeros dejaron enfermo en Efeso, siendo atendido médicamente en Constantinopla por el propio Emperador bizantino, con gran éxito.

III. *El Imperio de los Comneno en la cumbre de su poder*

La segunda Cruzada vio el Imperio de los Comneno en su momento de mayor poder. Bajo un emperador joven, enérgico y lleno de ideas, que respondía y quería también responder a los ideales de la caballería occidental, el Imperio bizantino retornó a una época de esplendor, como la que viviera en tiempos

de los emperadores macedónicos. Se había contenido a los selyúcidas, se habían rechazado todos los ataques en la frontera norte del Imperio junto al Danubio, se había hecho fracasar el intento de los invasores normandos de apoderarse del Imperio, y ahora, tras el fracaso de los cruzados, se veía claramente que por el momento no había ninguna otra potencia, aparte de los griegos, que estuviera en condiciones de hacer frente al Islam en Oriente. Y precisamente, al tiempo que reconocían su penosa derrota en la Cruzada, los europeos occidentales vieron por sí mismos que ninguno de sus países ni de sus ciudades podía competir con el Imperio oriental y su capital. Bizancio adquirió de nuevo poder y dignidad, que la situaban como centro del mundo, más allá de sus propias fronteras y hasta en el interior del Imperio mahometano.

El hecho de que bajo los Comneno el Imperio volviera a una nueva época de esplendor se debió sobre todo al esfuerzo de la propia población del país, que sin embargo hubo de sufrir un notable empeoramiento en su situación social. Mientras que con Juan II el campesino sólo se veía algo amenazado y perjudicado por los peligros de la guerra, bajo Alejo I e igualmente bajo su nieto Manuel I, esta clase social hubo de sufrir mucho bajo las luchas que ocasionaron las incursiones de los «bárbaros» en casi todas las provincias del Imperio. Pero los fines políticos del imperio de los Comneno requerían, tanto de ellos como de todas las fuentes de riqueza existentes, un aprovechamiento sin consideración alguna. El Estado nuevamente echó mano del arrendamiento de impuestos, cuyo aumento pesaba cada vez más sobre la población de las provincias agrícolamente más ricas. Continuamente se crearon nuevos impuestos especiales, que afectaban sobre todo a las esferas sociales, sobre las que recaían ya los anteriores impuestos. Junto a los impuestos a pagar a las autoridades centrales y provinciales, el campesino bizantino también tenía la obligación de proporcionar alojamiento y alimentos al ejército, y responder del abastecimiento de provisiones a las fortalezas. No puede extrañar el detalle de que las personas que se ocupaban de recaudar y aumentar los impuestos hubieran de ser mantenidos durante su trabajo por los contribuyentes. Finalmente la exención de impuestos a los monasterios, por medio de unos decretos imperiales, ocasionó un aumento todavía mayor de la suma que debía ser aportada por los campesinos.

Especialmente perjudicada resultó la clase de pequeños propietarios, a juzgar por los textos de la discutida *pronoia,* que bajo el emperador Manuel I fue evolucionando hasta quedar sistematizada y centrada en el terreno militar. Según el Emperador,

ésta debía proporcionar al servicio en el ejército una mayor fuerza de atracción y, al mismo tiempo, sanear las finanzas del Estado.

Por desgracia sabemos muy poco sobre el modo en que fue empleada la *pronoia.* Por los datos del historiador Nicetas Coniates cabe suponer que el Emperador ya no pagaba a los soldados su sueldo tomando el dinero del fisco como antes, sino que extendía un documento en el que les concedía territorios con un determinado número de campesinos, que estaban obligados a servirle y a pagarle impuestos. Para disfrutar de esta oferta debía antes el interesado dar parte ante las autoridades correspondientes para ser inscrito en una lista, previa presentación de un caballo o una cantidad de dinero equivalente. Después, los que gozaban de esta *pronoia* vivían en las tierras que se les habían concedido en concepto de manutención y cumplían su servicio al frente de la provincia, según las necesidades.

Parece que el sistema de aprovisionamiento a las tropas de Manuel I fue del agrado general. Constantemente llegaban al ejército de Manuel nuevos refuerzos, procedentes sobre todo de los grupos de artesanos, quienes desde el aumento del comercio bizantino tropezaban con la fuerte competencia de los latinos. La *pronoia* ofrecía al fisco la posibilidad de obtener unos beneficios mucho mayores de los bienes adquiridos que los que podían alcanzarse a través de los impuestos especiales, cuyo aumento habría de realizarse de manera centralizada. Naturalmente, los campesinos afectados sintieron en seguida el peso de aquellos impuestos. A pesar de sus quejas, no pudieron impedir que su dependencia fiscal con respecto a los *pronoiare* llegara a convertirse, con el transcurso del tiempo, en una dependencia jurídica. La *pronoia* no llegó a alcanzar su definitiva forma, al igual que su carácter feudal, en la época de los emperadores Comneno.

Las tendencias feudalizantes también afectaron, con algunas excepciones, a los gremios, ya que éstos no podían cubrir todo el mercado de la capital frente a los señores feudales, equipados con más medios económicos, y más aún sin tener ya asegurada su posición por el aparato burocrático estatal. La clase de los artesanos se convirtió para los bizantinos acomodados en «agua de cloaca» (Nicetas Coniates, 304, 6), siendo considerados gente insegura en el aspecto político. Por esta razón, preocupaba mucho que la legislación bizantina, mediante un sistema de aranceles preferentes y otras medidas a favor de los comerciantes extranjeros, favoreciera a éstos en contra de los artesanos y comerciantes del propio país. Así ocurrió que amalfitanos,

venecianos, pisanos, genoveses y comerciantes de otras procedencias pudieron tener en Constantinopla su propio barrio, con almacenes y muelles, en un emplazamiento apropiado. El hecho de que ya a mediados del siglo XII dominaran sucesivamente no sólo ciudades y mercados, como el mercado de Salónica durante la feria de San Demetrio, sino también la vida económica del Imperio en su conjunto, fue algo lógico, dado el apoyo estatal.

Al contrario que los campesinos y artesanos, el clero bizantino del siglo XII no puede ser considerado un grupo social cerrado. Los miembros de la clase espiritual vivían de acuerdo con su categoría dentro de la jerarquía eclesiástica, ejerciendo la actividad que les correspondía, en unas condiciones materiales claramente diferenciadoras. Los inconvenientes de este sistema aumentaron continuamente entre el clero de la capital durante la época de los Comneno. Aun en la segunda mitad del siglo XI los metropolitanos huidos de Asia Menor ante los árabes y los selyúcidas, así como del Oeste del Imperio amenazado por los latinos, se dirigieron a Constantinopla, ejerciendo una influencia decisiva sobre el Sínodo —la *Endemusa*—, sobre los patriarcas y en cierto modo sobre la curia imperial, al igual que sobre la vida estatal. Así fue como un siglo después surgió el clero catedralicio, que con la protección imperial fue apoderándose del puesto ocupado por el episcopado, que en la *Endemusa* había estado representado por más de treinta obispos, pertenecientes a territorios ya perdidos.

Los clérigos de Santa Sofía —entre los que se encontraba, junto al *chartophylax,* los beneficiarios de diez prebendas de diáconos, muy bien dotadas, y algunos otros clérigos— estaban en gran parte emparentados con las familias dirigentes de la capital, destacándose por su alta formación humanística y clasicista. Estos clérigos eran tan importantes para los metropolitanos por sus conocimientos jurídicos como por su actividad predicadora, ordenada por los emperadores Comneno. Probablemente esto explique por qué fueron tan favorecidos por el Emperador en el siglo XII, en contra del propio metropolitano: con ayuda de la predicación podían influir con mayor fuerza en la masa del pueblo, predisponiéndola a favor de los objetivos imperiales o de los imperativos políticos. Sin embargo, hay que tener también en cuenta que su influencia sobre los patriarcas dependía de la procedencia de estos altísimos dignatarios de la Iglesia bizantina: del monacato, del clero de Santa Sofía, o de círculos cercanos a los metropolitanos que componían la *Endemusa.*

En la época de los Comneno el monacato experimentó cierto retroceso en cuanto a su importancia, aunque no en cuanto

a su número. Miles de monjes poblaban las orillas del Bósforo, vivían en el monte Atos, en el Papicio, en el Olimpo de Bitinia o en el Latmos de Mileto; del mismo modo importantes patriarcas procedían de las filas de los monjes, y también teólogos y hombres como Cirilo de Filea, Cristódulo de Patmos o Leoncio de Jerusalén, y los monasterios de la capital, como el del Pantocrátor, el del Peribleptos o el del Pantopoptes, estaban dirigidos por estos monjes, lo que les hacía ser factores importantes en la vida política del Imperio.

En una época en la que «educación» se escribía con mayúscula, podía esto tener su origen en las distintas tendencias educativas que los propios miembros de la clerecía bizantina creían ver en el monacato. Todo ello llevó a que bajo los Comneno tanto el emperador como las grandes familias del Imperio fundaran numerosos monasterios, cuya función, sin embargo, no estaba relacionada con la vida religiosa. El monasterio de la época de los Comneno, que comprendía un hospital, un orfanato y un comedor para los pobres, llegó a convertirse en la institución social más importante del medievo bizantino. Pero los monjes estaban muy ocupados con sus deberes administrativos y no siempre podían dedicarse lo necesario a sus obligaciones religiosas.

De la concepción de los monasterios como meras instituciones sociales surgió un nuevo inconveniente: los abusos eclesiásticos. Fue necesario incluso que se escribieran tratados para acabar con los distintos puntos de vista sobre si los laicos podían disponer o no de posesiones monásticas. De esta relación puede deducirse que el ingreso en un monasterio suponía escapar a ciertas exigencias del estado bizantino, lo que aclara, por ejemplo, la elección abacial del chipriota Neófito Eucleisto únicamente para librarse del reclutamiento en el ejército.

El Emperador hizo un gran esfuerzo por resolver el problema de los monjes y ermitaños. En marzo de 1158 Manuel Comneno prohibió a todos los monasterios, tanto de la capital como de sus alrededores, aumentar sus propiedades. Más tarde otorgó a los monjes una «renta» estatal de cuatro *nomismata*. De este modo, libres ya de toda preocupación mundana, los monjes debían concentrarse por completo en su vida religiosa y obrar así en provecho del Imperio. Pero no sabemos con exactitud hasta que punto llegó a realizar Manuel estos planes. Lo que sí sabemos con seguridad es que, aunque el monacato no fuera un grupo social uniforme, fue sin embargo posible en tiempos de los Comneno, el paso sin grandes dificultades de sus miembros desde estratos más bajos a otros más elevados en la sociedad bizantina.

La flor y nata de la sociedad bizantina estaba formada por un grupo de unas veinte familias. Constituían, al menos desde el punto de vista de sus condiciones de vida, un grupo bastante cerrado. Los antagonismos entre la nobleza de funcionarios y la aristocracia militar, se habían reducido entre tanto a unas cuantas rivalidades familiares. Ambos tipos de aristocracia tuvieron aún en el siglo XII un papel importante. Así es como las familias de los Dalaseno, Ducas, Brienio, Camatero y Paleólogo dominaron la política interior, junto con los Comneno. Pero sólo a unas pocas familias como la de los Angel, originaria de Filadelfia, les fue posible la entrada en esta esfera privilegiada. Parece que resultaba más fácil entrar en esta elevada clase bizantina siendo miembro de la nobleza extranjera, como fue el caso de los Roger de Sicilia o de los selyúcidas Axuco. Sin embargo, en la época de los Comneno, estas distintas familias, a menudo emparentadas entre sí, no aparecen como un grupo unificado, sino que a menudo están enemistadas, según la rama a la que pertenezcan. El hecho de que durante esta dinastía aparezcan con más claridad las distensiones internas (pensemos en la separación entre Ana Comneno y Juan II, entre Manuel I y su hermano Isaac, así como su primo, el futuro emperador Andrónico I), puede deberse a circunstancias que existían desde mucho antes.

Las familias dirigentes del Imperio de los Comneno poseían, junto a los latifundios en las provincias, palacios en Constantinopla, parcialmente fortificados. Al igual que en sus haciendas familiares, tenían también en la capital una «casa-convento», o al menos una iglesia, donde se encontraba el panteón familiar. Precisamente la unión de la «ciudad-castillo» y el monasterio resultó ser la base desde la cual una familia numerosa (en tiempo de los Comneno se calculan en unos cien miembros el número normal de habitantes del palacio imperial) podía influir sobre la corte por tiempo indefinido, contando con el apoyo de su séquito. Sorprende bastante la frecuencia de los golpes de estado, teniendo en cuenta la dureza con que se castigaba tal delito. Pero los miembros de las principales familias nobles intentaban una y otra vez apoderarse de la diadema imperial, a pesar de la amenaza de ser cegados y desterrados a un monasterio lejano. En la mayoría de los casos se trataba de personas preparadas, sin duda alguna, para tal honor, pues los hijos de las familias principales generalmente habían ocupado con anterioridad puestos importantes en la administración o en el alto mando del ejército, durante más o menos tiempo. Por el contrario resulta sorprendente el hecho de que sólo en contadas ocasiones encontremos miembros de la alta nobleza dentro de la jerarquía ecle-

siástica, y que, con Adriano Comneno, tengamos noticia de un solo príncipe de la Iglesia perteneciente a la familia imperial.

Durante la época de los Comneno la nobleza tuvo gran importancia para la vida artística y literaria. Esta, al igual que los emperadores, traían poetas y artistas a su corte, preocupándose de estar constantemente rodeados por un círculo de hombres eruditos, que al mismo tiempo tuvieron un espíritu artístico.

La literatura llega a su mayor esplendor bajo los Comneno, siendo fomentada por la nobleza y por los monasterios, aunque no fueron ellos los únicos en crearla. A menudo se le reprocha su alejamiento de la realidad, un clasicismo casi rígido y una mezcla excesiva de motivos paganos y cristianos. Sin duda alguna estos reproches no son totalmente infundados. Como contrapartida, se puede afirmar que la literatura bizantina de este momento se distingue por un gran realismo, como sólo lo encontramos aisladamente en siglos anteriores o posteriores, lo que se puede comprobar considerando desde un punto de vista histórico, la novela, la poesía y la historiografía. Esto puede deberse a que los escritores bizantinos del siglo XII utilizaban estos géneros casi indistintamente. Teodoro Prodromo, poeta sobre el que no sabemos demasiado, es un claro ejemplo de esta tendencia.

Mientras que en el terreno de la novela aparecen junto a Prodromo los nombres de Eustaquio Macrembolites, Niceto Eugeniano y Constantino Manases, cuya proximidad con la realidad en los términos alegóricos y simbólicos va aumentando progresivamente, es sencillamente imposible nombrar a todos los retóricos y poetas de las mismas características, para quienes la corte imperial de los Comneno era un punto de atracción irresistible. Pero, aun cuando alguno de ellos llegó a ser tan famoso que su nombre pasó a la posteridad unido a un estilo muy determinado, como es el caso de Nicéforo Basilikates, ninguna obra llegó a alcanzar la importancia de la *Alexiada,* de Ana Comneno, escrita durante los primeros años del imperio de Manuel. Ana Comneno, que murió poco antes de 1154, a los setenta y un años de edad, hace de esta obra un documento histórico de gran importancia, centrado en torno al padre de la autora, el emperador Alejo I. El realismo en la valoración de un material vivo, relativamente extenso, así como el esfuerzo por conseguir una objetividad, apenas ensombrecen la temática de la obra. También el hecho de que la princesa Comneno interviniera en la vida política del imperio bizantino, varios años antes de escribir su *Alexiada,* redunda en provecho de los juicios emitidos por ella. Sus sorprendentes conocimientos sobre geografía, historia y literatura, hacen, en conjunto, de la *Alexiada* una de las obras más grandiosas de la vida intelectual bizantina de entonces, y en comparación con ella

las crónicas mundiales de un Juan Zonaras o de un Miguel Glicas resultan inferiores, al igual que la obra inacabada del marido de Ana Comneno, Nicéforo Brienio, y la crónica de la época anterior a los Comneno de Miguel Ateliates, escritor que también se destaca en la literatura jurídica. La *Alexiada* da testimonio de la alta educación humanística que distinguía a toda la familia imperial, dentro de la cual precisamente se podrían mencionar a diversas mujeres de una gran cultura.

También la literatura teológica vivió un gran momento en el Bizancio del siglo XII. Especialmente en el campo de la dogmática surgieron extensas e importantes obras. Eutimio Zigabeno, Neilos Doxoprates y Andrónico Camatero escribieron en esta época sus obras, en las que de entrada exponían la doctrina ortodoxa y llegaban después a la crítica de otras doctrinas «heréticas» cristianas y del Islam. Tales obras deben su nacimiento al enfrentamiento político y a las disputas teológicas entre bizantinos y miembros de la cristiandad latina, los monofisitas armenios, los bogomilitas y los mahometanos. Gran importancia tuvo el hecho de que los emperadores que estaban a la cabeza del Imperio tuvieran grandes conocimientos teológicos, y que intervinieran en repetidas ocasiones, particularmente en las diferencias de opiniones sobre cuestiones relativas a la Santísima Trinidad.

El encuentro de la vida espiritual bizantina con la cultura occidental contemporánea es de tanta importancia para la historia de la cultura del Imperio de los Comneno en su época de esplendor, que merece al menos una breve mención, aunque es evidente que Bizancio fue la que más aportó. Enrique Arístipo, un griego que en 1165 llegó a ser arzobispo de Catania, tendrá una gran importancia para los bizantinos y occidentales, que en estos años aparecen como portadores del intercambio cultural. Arístipo, con la traducción de Los Diálogos —el *Fedón* y el *Menón*—, de Platón, da a la filosofía occidental nuevas ideas apenas valoradas. También fue él quien, como enviado del rey Guillermo I, obtuvo del emperador griego el *Almagesto,* o libro de astronomía de Ptolomeo, que llevó a Occidente, donde en 1162 se tradujo por primera vez al latín. Sin duda alguna estos acontecimientos resultaron de decisiva importancia para el nivel cultural de la corte de Federico II o para el desarrollo del primer Renacimiento.

Las bellas artes de la época de los Comneno merecen la misma atención que la literatura. Hasta el siglo XII, permanece como símbolo de renovación del clasicismo macedónico, cerrado en sí mismo. Lo que vino a sustituirlo fue un estilo que hoy se tiene en gran parte como bizantino. Se define por una solemnidad, una elevación y una honda religiosidad, por una delicada forma de

trazar sus líneas y por la transparencia en el colorido. Desde el punto de vista de la temática se puede observar un progresivo alejamiento de la antigua ideología. Por otro lado, nos encontramos con una postura defensiva ante las corrientes culturales del momento en el resto de Europa, que por su parte presentan un cierto aperturismo con respecto a las influencias selyúcidas. A finales del desarrollo histórico-artístico, en la época de los Comneno, hay un cierto amaneramiento que denota una fuerte actividad interior, al tiempo que una cierta intranquilidad.

Del arte en la época de los Comneno sólo tenemos algunos testimonios en Estambul. Obras de arte como el mosaico del emperador Juan II y su esposa, Irene, en Santa Sofía, o la iglesia del monasterio del Pantocrátor, conservada como monumento, con su suelo en *opus sectile* de pórfido rojo y verde, permiten hacerse una clara idea del lujo con que los emperadores Comneno y otros dignatarios de su reino adornaban iglesias y monasterios en la ciudad del Cuerno de Oro. Por lo demás habrá que imaginarse que también las casas de Dios en la capital destacarían por el esplendor de sus mosaicos, semejantes quizá a las extensas series conservadas en la iglesia del monasterio de Daphni en Atenas, construida en colaboración con artistas de Constantinopla, y a la impresionante representación del juicio final de la catedral de Torcello; mientras que se puede vislumbrar la grandeza de los frescos realizados en las iglesias de la capital, como es el caso de la capilla de la montaña de Nerezi o el panteón de Batscovo. Hallazgos de fragmentos de cristal unidos con plomo procedentes de Constantinopla dan idea de la importancia de la construcción de iglesias en Bizancio, poniendo en relación con ésta la pintura en cristal de las catedrales góticas.

Del mismo modo que en las iglesias rusas —como la catedral de Sofía, la iglesia del Arcángel en Kiev, la catedral y el monasterio de Miros en Pskow y otras iglesias en Kiev, Novgorod o Polozk— podemos seguir el desarrollo del arte bizantino, a partir de 1150 podemos hacerlo también por medio del arte occidental, gracias a las influencias que se hacen patentes desde entonces: algunas construcciones, como la capilla Palatina de Palermo, nos permiten tener una idea de la arquitectura y del arte profano en la corte de los Comneno. Precisamente los reyes normandos, y con ellos también sus generales y almirantes, hicieron adornar las grandiosas edificaciones de su joven imperio —la Martorana de Palermo, así como las catedrales de Monreale y Cefalú— por artistas griegos. La evidencia más clara de la importante posición del arte bizantino en el mundo es el hecho de que precisamente los normandos, los enemigos políticos más poderosos del imperio bizantino, llevaran artistas griegos para realizar tales trabajos.

En cuanto a la pintura, puede seguirse su desarrollo con bastante facilidad gracias a los iconos conservados de la época de los Comneno, cuyo número es bastante considerable; ya que las miniaturas y la pintura de iconos, el mosaico y los frescos están en estrecha relación, sería incorrecto tratar estas ramas de la pintura por separado. Desde luego los iconos demuestran claramente que hasta mediados del siglo XI imperó el Renacimiento macedónico, pero después se impuso la tendencia hacia una forma más abstracta en la representación, con excepción de los monasterios. Una vez que la pintura hubo tratado ya de un modo nuevo, los temas utilizados desde siempre, incluso en la iconografía, encontramos un nuevo estilo en los umbrales del siglo XII, que trata de conseguir una mayor cohesión litúrgica. Sus características permanecen como modelos del arte bizantino en la época de los Comneno, e incluso también en el futuro.

La miniatura parece centrarse en el siglo XII en los monasterios y en la capital y la Corte. Así, los manuscritos del monte Atos de esta época, tienen unos rasgos muy conservadores y marcadamente ascéticos, que irán evolucionando aunque conservando siempre una tendencia esquemática. Sin embargo, las miniaturas de Jacobo de Cocinobafo se remiten al estilo de Constantinopla. Estas van acompañadas de unos comentarios llenos de fantasía sobre la predicación y el evangelio, apócrifo de Jacobo, escritos con gran viveza y de manera muy avanzada. Y con cierta seguridad el Octateuco conservado en Estambul, y perteneciente al *sebastocrator* Isaac Comneno, pudo también haber surgido de una escuela de escribanos bizantina.

No sólo para el desarrollo artístico de la pintura, sino también para el de otras artes cortesanas, la producción de iconos alcanza una gran importancia. El marfil desaparece casi por completo como material de trabajo, pues por razones políticas Bizancio ya no tiene acceso al país de donde procede este material. En su lugar aparece ahora la verde y transparente esteatita. También alcanza gran importancia, y no solamente para la producción de iconos, la técnica del fundido, a base principalmente de bronce y cobre, que, según la finalidad, puede recubrirse con oro o plata. Precisamente en el siglo XII llegaron a Occidente, en el transcurso de la cuarta Cruzada, numerosas tablas, dípticos y trípticos realizados con esta técnica. En esta misma época se funden grandes obras por artistas griegos, de lo que son ejemplo las magistrales puertas de la iglesia de San Miguel en el monte Gargano, o el pórtico de la catedral de Susdal, que hubieron de ser restauradas por el deterioro sufrido a causa de la corrosión.

En cuanto a trabajos de joyería en la época de los Comneno, tenemos la *Pala d'Oro,* que el dogo veneciano Ordefallo Falier

encargó en Constantinopla en tiempos de Alejo I, un signo más de la gran fama de que gozaban por entonces los artistas bizantinos en el mundo entero. Su habilidad brilla también en la corona de Esteban, realizada por encargo de Bela III de Hungría, en la que se utilizaron piezas anteriores. Junto con la *Pala d'Oro* ésta se destaca por sus valiosos esmaltes, realizados mediante la técnica de celdillas. Por otras reliquias realizadas de modo semejante, que han llegado hasta nosotros, se puede imaginar la importancia que tendrían los distintos talleres de la capital del Imperio griego. No debe olvidarse en este conjunto el empleo de piedras semipreciosas como la malaquita, el ónice, la serpentina y el alabastro, trabajados no sólo por los joyeros.

Aparte de los artesanos que trabajan con piedras y metales nobles, destacaban por su habilidad los tejedores de seda y los alfareros. Mientras que éstos adornaban su cerámica con una decoración de animales y plantas muy estilizadas, y perfeccionaban su arte hasta el punto de ser llamados para decorar la fachada de iglesias y realizar también retratos para los selyúcidas, los tejedores de seda bizantinos alcanzaron tal importancia, que Roger II, durante sus campañas en territorio griego, se apresuró a llevar a Sicilia artesanos de los centros de la seda como eran Tebas y Corinto. Estos artesanos hacían sobre todo tejidos adamascados, pero también terciopelo, con lo que quedaba roto el monopolio bizantino de la seda. También los artesanos griegos, como en otras ocasiones, tuvieron habilidad para realizar grandes trabajos, de los que son ejemplo las capas adamascadas de seda, como la que debió llevar Bernardo de Claraval.

El gran empeño del emperador Manuel I era añadir al esplendor cultural del Imperio de los Comneno, difundido en 1148 por los cruzados, una política igualmente grandiosa. El emperador Comneno, firme a pesar de todos los reveses, y a menudo sin un juicio objetivamente justo sobre las posibilidades de su estado, perseguía el sueño de crear nuevamente un imperio que abarcara toda la *Oicomene*. Esta idea universalista anticipada a su época, semejante al sistema estatal de los tiempos modernos basado en el poder, tenía casi seguro que fracasar, pues durante decenios se había rechazado; pero Manuel no parece qué pensara en esta posibilidad. Salta a la vista, que el Emperador tuvo una idea equivocada de los fines políticos de sus aliados y también de sus enemigos, por lo que cometió graves errores en el trato con éstos. Prisionero de una ideología, descuidando urgentes deberes del Imperio, como eran el de resolver las desavenencias internas y, en el exterior, eliminar de forma total el peligro turco, Manuel I sufrió un verdadero fracaso como político, a pesar de que aumentó las posesiones territoriales de su imperio. Los errores que Manuel cometió durante

su imperio tuvieron unas consecuencias fatales para el futuro desarrollo del Imperio bizantino.

El dominio sobre Italia, fue de la máxima importancia para llevar a cabo la política del emperador Manuel. Por la misma razón, el entendimiento en esta cuestión resultó más difícil en las conversaciones que Manuel Comneno sostuvo con Conrado III en el invierno de 1149. Finalmente se firmó un acuerdo en Salónica, que preveía una acción conjunta de ambos aliados en Italia y el asentamiento de los bizantinos en la península Apenina. Dado que los matrimonios políticos se convirtieron en el siglo XII en el medio más usual para conseguir intereses y objetivos comunes en el terreno político, se acordó casar a una sobrina del Emperador con Enrique, el hijo de Conrado, celebrándose con esta ocasión la boda del duque de Babenberg, Enrique Jasomirgott, con Teodora Comneno, otra pariente del emperador griego. El mismo Manuel, mediante este acuerdo, vió cumplido su deseo de conseguir el poder universal, tomando Italia como primer paso en este sentido.

Mientras que la atención de los bizantinos se sentaba por completo en la segunda Cruzada y en todos los acontecimientos ocurridos en torno a ella, el rey normando Roger II de Brindisi lanzó un ataque contra el imperio griego. Su primer objetivo fue Corfio, donde consiguió establecerse sin ninguna dificultad, porque los habitantes de la isla estaban descontentos con los impuestos que las autoridades bizantinas les habían decretado. Roger II continuó su empresa, que en el fondo era una campaña pirática, pero sufrió una derrota en el Peloponeso ante la fortaleza de Monembasia. Más suerte tuvo después, cuando penetró en el golfo de Corinto, ocupando Tebas y la misma Acrópolis de Corinto, fuertemente defendida. Tebas y Corinto fueron saqueadas y parte de la población de ambas ciudades fue hecha prisionera. Tenemos noticia de que Roger había previsto crear en Sicilia su propia industria de seda, dando trabajo a tejedores, hilanderos de seda o fabricantes de brocados.

El emperador Manuel no estaba dispuesto a permitir las pretensiones normandas. En el año 1148 mandó a Corfú una poderosa flota, bajo el mando de su cuñado Esteban Contostéfano, y un ejército con Juan Axuco al frente, para empezar por reconquistar la isla. Pero a pesar de la ayuda veneciana, no consiguió alcanzar su meta de un golpe.

Todavía bajo la influencia de las recientes negociaciones, llevadas a cabo con gran éxito, con Conrado III y tras la victoriosa campaña contra los cumanos en territorio de Filipópolis, Manuel I consiguió en 1149 tomar Corfú, como primera medida en la línea de la política convenida en Salónica. Bajo su mando les

fue arrebatado a los normandos el castillo de Corfú, convertido en una resistente fortaleza, entrando su guarnición al servicio de los griegos. Sólo una sombra cayó sobre este triunfo: en el transcurso de las enconadas luchas se produjeron desacuerdos entre las tropas bizantinas y los soldados venecianos, que fueron en aumento.

Roger II no ignoraba los planes del rey alemán y de su cuñado bizantino. Se esforzó entonces en conseguir, por su parte, una alianza con Luis VII de Francia, con el rey húngaro Geza II, con los güelfos y con el papa Eugenio II en contra de los miembros del tratado de Salónica. Pero si bien Eugenio III, que se encontraba bajo la influencia del canciller alemán Wibaldo de Establo, no pudo ser ganado para los planes normandos, los güelfos plantearon a su rey tales problemas en su propio país que hubo de ser el primero en aplazar la ejecución de lo proyectado durante su estancia en el Imperio bizantino.

La muerte de Conrado III y la subida al poder de Federico Barbarroja trajeron una honda transformación en las relaciones germano-bizantinas. Como quiera que el rey Conrado no pudo cumplir la promesa hecha a Bizancio de declarar la guerra a los normandos, el sobrino del difunto planeó, como primera medida de su reinado, una campaña contra Roma y también la lucha por la Italia del Sur. En el tratado de Constanza, firmado en 1153 con la curia y referente a este particular, se fijó de manera explícita que ambas partes debían impedir en cualquier caso que el «rey griego» se apoderara de territorios italianos. Pero dicha prescripción había sido motivada por distintas razones en el caso del Emperador y en el caso del Papa. Mientras que Anastasio IV temía el poder del herético emperador de Constantinopla, el emperador Hohenstaufen olvidó la idea del *honor imperii,* así como de la *restauratio imperii,* por considerar que el único hecho concreto era que el Imperio debía conservar intacto el territorio de Italia. Aun cuando se mantuvo provisionalmente el intercambio de embajadas entre Bizancio y el Imperio germánico, y Barbarroja se mostró dispuesto incluso a consolidar la unión de ambos estados por medio de una boda con una princesa griega, entre ambos Imperios se desarrolló una rivalidad cada vez mayor.

Cuando Manuel se dio cuenta de que bajo Federico I sería imposible llevar a cabo una empresa conjunta germano-bizantina en Italia, en 1155 tomó la decisión paralela a la campaña de Barbarroja contra Roma, de hacer valer los intereses bizantinos en el Sur de Italia por medio de una intervención militar. El Emperador mandó a Miguel Paleólogo al Adriático, después de haber renunciado a su primitivo deseo de intervenir personalmente en aquel lugar. Con abundantes medios económicos el general imperial viajó primero a Venecia, donde organizó un ejército. A con-

tinuación, marchó al Sur de Italia y en una impresionante victoria arrebató a los normandos la mayoría de las ciudades de Apulia, llegando ante las mismas puertas de Tarento; la oposición interior normanda, con el conde Alejandro de Conversano a la cabeza, le prestó valiosos servicios. Así parece que los deseos del emperador Manuel habían de llegar todavía a tiempo de cumplirse antes de que Barbarroja, como emperador de Occidente, pudiera levantar de nuevo el Imperio de Carlomagno.

La reacción normanda ante el avance de Manuel en la Italia del Sur, no se hizo esperar mucho tiempo. A pesar de que el emperador Manuel envió constantemente tropas de refuerzo al escenario de la guerra, y, utilizando considerables medios financieros, trató de hacer propaganda entre sus enemigos a favor de la causa griega en Italia, la contraofensiva del nuevo rey normando Guillermo I afectó tan duramente a los bizantinos en el asedio de Brindisi, que en un breve espacio de tiempo perdieron todos los territorios y ciudades que poseían a manos de los normandos. Cuando los normandos, bajo las órdenes de su almirante Maione, atacaron por sorpresa las ciudades portuarias bizantinas, y dispararon flechas con puntas de plata desde sus naves, incluso contra el propio palacio imperial de Constantinopla, Miguel se vió obligado a firmar una paz con ellos en 1158.

Sin desistir en principio de una expansión bizantina en dirección a Italia, pero habiendo reconocido su imposibilidad, por el momento, dada la decidida política de los Staufen y la fuerza del estado normando, Miguel Comneno centró sobre Hungría toda su actividad política y militar desde el tratado de paz con los normandos. El hecho de que su madre fuera húngara permitió al Emperador contar con el apoyo de un grupo pro-bizantino, que en todo momento podía tener en jaque a sus enemigos orientales por la política del emperador Staufen. Al igual que ocurrió en la Italia del Sur, también en el terreno eclesiástico hubo, por el mismo motivo, quienes, como el arzobispo de Clocza, se sentían más atraídos hacia Constantinopla, mientras que otros, partidarios de la Iglesia latina, se agrupaban en torno al arzobispo de Grado. Finalmente, vino a favorecer a Bizancio el hecho de que el rey bohemio Vladislav se hiciese vasallo del emperador romano de Oriente durante la segunda Cruzada y además la existencia de relaciones dinásticas con la Corte de los Babenberg, en Viena, que en caso de necesidad podían ser aprovechadas.

Una conspiración tramada en los años cincuenta entre el comandante griego de las fortalezas de Belgrado y Branicevo y los húngaros contra el emperador Manuel, así como los diversos contratiempos bélicos sufridos en la frontera húngaro-bizantina y las disputas por el trono a la muerte de Geza II brindaron al empe-

rador griego una oportunidad sumamente propicia para llevar su poder hasta el Danubio medio con un aparatoso despliegue de fuerzas. Manuel confiaba en conseguir por lo menos la cesión del territorio comprendido entre el Save y el Drave, con la importante fortaleza de Zeugmino (Semlin) y el pago de algunos tributos del reino húngaro. Para poder conseguir su objetivo más fácilmente, el emperador Comneno intentó que la corona de Hungría pasara a Esteban II, casado con su sobrina María. Pero el candidato bizantino al trono no pudo afirmarse en su patria y Manuel, colocado en una situación comprometida en la frontera, hubo de realizar esfuerzos extraordinarios para defenderse, incluso en terreno bizantino, consiguiendo finalmente invadir Frangocorio mediante una contraofensiva.

Ya antes el emperador Manuel había conseguido, mediante negociaciones con Esteban III, que su hermano Bela fuera reconocido heredero del trono y que pasaran a su poder los territorios húngaros de Dalmacia, Bosnia y Croacia. En 1165 prometió al príncipe húngaro, cuyo nombre había sido cambiado en Constantinopla por el de Alejo, con María, su única hija, y le concedió el rango de «déspota», con lo cual se encontraba situado inmediatamente después del emperador en la escala de categorías bizantina. Por todo esto cabía esperar que Bela-Alejo llegaría a unir el Imperio bizantino con Hungría. Los intentos por parte de los húngaros de entrometerse en los posibles resultados de la política del emperador Manuel fracasaron por completo. En el verano del año 1167 Manuel pasó el Danubio en compañía de Andrónico Contostéfano, el general bizantino más importante de aquel siglo, y el 8 de julio venció a un poderoso ejército húngaro. La importancia atribuida por el Emperador a esta victoria se reflejó en su marcha triunfal, una de las más lujosas que vivió Constantinopla durante la época de los Comneno.

Los resultados de la política húngara, sumamente favorables a Bizancio, no quedaron contrarrestados por acciones procedentes del exterior, sino a causa de las decisiones del Emperador respecto a su sucesión. Al nacer un hijo varón de su segundo matrimonio, deshizo en 1170 el compromiso de su hija con Alejo-Bela, siendo por ello duramente criticado por el pueblo bizantino y, sobre todo, por Andrónico Comneno. Fue una verdadera suerte que Manuel pudiera, tres años más tarde, proporcionar la corona de San Esteban al príncipe húngaro, haciéndole jurar, antes de volver a su patria, que nunca emprendería ninguna acción contra los intereses bizantinos, a pesar de que el actual Bela III había tenido que ceder al Emperador sus derechos sobre Croacia y Dalmacia.

En estrecha relación con las guerras húngaras del emperador Manuel debe considerarse también la política de los Comneno frente a Servia. Durante todas estas polémicas, los magiares no descuidaron la ocasión de liberarse de la opresión bizantina, apoyados todas las veces por los renovados anhelos servios de independencia. En 1168 el ejército del Emperador consiguió contener a los servios, pero tan pronto como las tropas griegas abandonaron el país, muy difícil de controlar, hubo una nueva rebelión contra los bizantinos, que en 1155 hubieron de enfrentarse nuevamente contra los insurrectos búlgaros ante el arco de Trajano. Sólo cuando Manuel entró en Servia en el año 1172 y sometió al zupán Esteban Nemania, fundador de la dinastía de los nemánidas, al tiempo que se hacía ilusoria toda esperanza servia de ayuda procedente del otro lado del Danubio, por la subida al trono de Bela III de Hungría, el país, junto con sus príncipes, se sometió al poder bizantino. Hasta el final del reinado del emperador Manuel encontramos, a partir de este momento, junto a unidades húngaras, otras servias en el ejército bizantino. Además, el Emperador pobló el Imperio, en especial la localidad de Sofía, con gran número de campesinos servios.

El emperador Manuel pudo así continuar la victoriosa política de su padre contra los estados del Occidente cristiano. En 1158 el emperador Comneno marchó hacia Cilicia e invadió Tarso y Adana. Pero en vez de derrotar al príncipe armenio Toros, que gobernaba este territorio, se propuso asegurar la supremacía bizantina por medio de negociaciones. Parece que el príncipe Toros supo conseguir una redacción de aquel tratado que en el fondo dejaba su posición totalmente intacta. Así, fue necesario que tropas bizantinas permanecieran constantemente en el país, viéndose más de una vez envueltas en ruinosas batallas contra el noble armenio.

Desde Cilicia, Manuel Comneno marchó en 1159 hacia Antioquía, para imponer la supremacía bizantina en el principado de Reinaldo de Châtillon. Con antipatía, pero conscientes de su inferioridad militar con respecto a Bizancio, los habitantes de Antioquía dispensaron al Emperador un costoso recibimiento. Su príncipe tuvo que reconocer las prerrogativas de los griegos y prometer aportar tropas para el ejército imperial. Manuel Comneno obtuvo además el derecho de nombrar a los patriarcas de la ciudad del Orontes, con lo que Antioquía pasó a depender también eclesiásticamente de Constantinopla. La relación entre ambos poderes quedó clara cuando al entrar el Emperador en Antioquía, el príncipe Reinaldo, a pie, tuvo que llevar las riendas del caballo de aquél.

Fronteras bajo:
Alejo I.
Juan II (1143).
Manuel I (1180).
Monasterios en montañas.

Hungría
Save (río)
Croacia
pechenegos (más tarde cumanos)
Sirmio
Cramo
Semlín
Branicevo
Belgrado
Sebenico
BOSNIA
DALMACIA
Spalato (Split)
RASCIA
Ras
ZETA
Ragusa
Cataro
Vidin
Danubio
Nis
Sardica (Sofía)
Tirnovo
Varna
Anquialo
Mesembria
Sozópolis
Skadar (Escutari)
Skopie
Prilepo
Estruma (río)
Maritza (río)
Filipópolis
Adrianópolis
Papicio
Arcadiópolis
Monte Gargano
Dirraquio
Territorios normandos
Bari
Brindisi
Ocrida
Estrúmica
Tarento
Avlona
Vodena
Maglena
Serres
Anfípolis
Mosinópolis
Constantinopla
Heraclea
Calcedonia
Castoria
Berea
Salónica
Atos
Calípolis
Nicomedia
Cícico
Nicea
Lemnos
Abidos
Lopadio
Brusa
Corfú
Nicópolis
Larisa
Adramecio
Olimpo de Bitinia
Neopoatria
Pérgamo
Lesbos
Clíara
Neopacto
Eubea
Tiatira
Cefalonia
Tebas
Quío
Esmirna
Sardes
Zante
Corinto
Atenas
Samos
Filadelfia
Efeso-Patmos
Latmos
Antioquía
Coni
Monembasia
Hierápolis
Atalía
Mira
Candía
Rodas
Creta
MEDITERRANEO
0 300 km
Querson
Teodosia
Tamatarcha
MAR NEGRO
Sinope
Amastris
Heraclea
Castamón
Gangra
Claudiópolis
Dadibra
Oinea
Trebisonda
Amasia
Neocesárea
Teodosiópolis
Manzicerta
Ankara (Angora)
Melangia
Dorilea
Cotileo
Amorio
SULTANATO DE ICONIO (RUM)
Halis
Sebaste
Cesárea
Filomelio
Miriocéfalo
Sozópolis
Tiana
Heraclea
Melitene
Germanicia
Samosata
Edesa
Harán
Tigris (río)
Anabarza
Adana
Mopsuestia
Tarso
Pracana
Seleucia
Antioquía
Alepo
Constancia
Chipre
Pafos
Trípoli
Orontes (río)
Emesa
Eufrates (río)

Fig. 8. *El Imperio de los Comneno.*

En la entrada del emperador griego en Antioquía también tomó parte el rey Balduino III de Jerusalén. Este había marchado rápidamente a Siria para ponerse, junto con todo su reino, bajo el patrocinio del Emperador. Con esto Bizancio fue reconocido como primera potencia entre los estados de los cruzados, y respondía a la realidad política el hecho de que su gobernante fuera nombrado en primer lugar en la inscripción, que se grabó en la iglesia del Nacimiento de Belén en 1169, vuelta a decorar con mosaicos. El emperador Manuel aseguró los triunfos conseguidos mediante matrimonios políticos: ya en 1158 Balduino III se había casado con Teodora Comneno, sobrina del Emperador; en 1167 lo hizo el rey Amalarico de Jerusalén con su sobrina-nieta Ana Comneno; en 1169 el propio Manuel se casó, tras la muerte de su primera esposa, con María de Antioquía, y el príncipe Bohemundo III de Antioquía, hermano de ésta, contrajo matrimonio en 1175 con otra Teodora Comneno. En el verano de 1169 el poder bizantino en Oriente había alcanzado ya su punto más alto, cuando Andrónico Comneno condujo a Egipto un gran ejército griego por vía marítima y en unión de un contingente del reino de Jerusalén sitió la fortaleza de Damieta.

A pesar de haber impuesto el dominio bizantino en los Balcanes y los estados de los cruzados, el emperador Manuel no desistió de sus planes de reconquistar las antiguas provincias imperiales en Italia. El emperador Comneno lo intentó en un principio por vía diplomática y exigió a Barbarroja que se retirara por lo menos de la Pentápolis de Apulia y de su costa. En 1160, y después de llegar a un acuerdo con los normandos, Manuel se pasó abiertamente al bando de los enemigos del emperador alemán, que no quería discutir de ninguna manera la cesión de territorios italianos a favor de Bizancio. Durante más de diez años el Imperio bizantino, como pilar secundario, desempeñará un papel en la alianza anti-Staufen que el papa Alejandro III levantó en torno al Imperio de Federico Barbarroja, tras el nombramiento del antipapa Víctor IV.

Llegamos así a la conclusión de que la política del emperador Manuel contra los Staufen no fue precisamente afortunada, sobre todo porque tampoco sus aliados, en especial los normandos y el papado, pensaban permitir que Bizancio volviera a tener posesiones en Italia. Tampoco recibió Manuel la corona imperial de Occidente cuando en 1167 y con esta finalidad ofreció al Papa una nueva unión de las Iglesias. Por eso Manuel Comneno fue el primero en financiar la lucha de la liga lombarda contra Barbarroja y desde la base bizantina de Ancona alcanzó también éxitos militares sobre los alemanes —en 1179 el can-

ciller Cristian de Maguncia fue hecho prisionero en Camerino y desde Ancona fue llevado a Constantinopla—, pero no pudo impedir que Bizancio fuera tratado por sus aliados como un mero instrumento político, más que como un compañero con los mismos derechos, y menos aún, que la diplomacia de los Staufen colocara a Bizancio bajo la opresión de un círculo de potencias aliadas, desde Rusia hasta Egipto. Cuando el emperador Federico I consiguió finalmente poner de su parte a sus enemigos, uno tras otro, o bien que permanecieran neutrales, se llegó a la Paz de Venecia. El Estado bizantino quedó aislado y perdió los medios necesarios para luchar contra sus enemigos tradicionales en el Este.

Por fin Manuel se dio cuenta de que sus aliados le habían abandonado en su intento de extender su Imperio hacia el Oeste. Entre 1170 y 1172 buscó de nuevo el acercamiento al Imperio de los Staufen. A Cristian de Maguncia y Enrique el León, sus más altos dignatarios, les fueron confiadas las negociaciones, que se llevaron a cabo en el Cuerno de Oro. Pero tampoco entonces se llegó a un acuerdo entre ambos Imperios, porque Barbarroja, igual que antes, no estaba dispuesto a permitir un avance griego en territorio italiano. Por el contrario, los contactos germano-bizantinos provocaron una total desavenencia con Guillermo II de Sicilia, que desde entonces no cesó en su política contraria al emperador Comneno.

A la larga tampoco estableció unas relaciones amistosas con Venecia, de gran importancia tanto para la política comercial bizantina como para los contactos del Imperio griego con Occidente. El motivo fue que los grandes negociantes venecianos dominaban casi por completo el mercado bizantino. Puede suponerse que de haber aceptado el Emperador esta situación, hubiera tenido asegurado el apoyo de su política imperial y de sus luchas por parte de los venecianos, como compensación. Pero la ciudad del Rialto no quiso dejarse utilizar como simple instrumento político del emperador bizantino y se opuso abiertamente a los intereses griegos, por ejemplo en Dalmacia. Con este motivo, Manuel se propuso expulsar a los venecianos del Imperio, para en el futuro servirse en su lugar de los comerciantes genoveses y pisanos; por una parte, Pisa y Génova no disponían de los mismos medios que la república de San Marcos, pero, por otra, se habían defendido de los griegos con mayor decisión que los venecianos, aunque no sin tener que aceptar algunas condiciones. De esta forma Génova obtuvo en 1169 su primer tratado comercial con Bizancio y Pisa firmó uno nuevo, más ventajoso que el anterior de 1136.

En marzo de 1171 se produjo la gran batalla contra los venecianos. En un solo día fueron detenidos todos los venecianos del Imperio y todas sus propiedades confiscadas. Inmediatamente el dogo Vitale Michiel mandó una flota armada al mar Egeo, que tomó Eubea, Lesbos y Quío, pero tuvo que retroceder ante los griegos, al mando del famoso Andrónico Contostéfano, por aparecer la peste a bordo, sin haber conseguido ayudar a los venecianos detenidos. La consecuencia del duro golpe bizantino fue sin duda el acuerdo firmado entre la señoría y los normandos en 1175 y una política veneciana encaminada a aproximarse a las potencias que combatían en Italia. Así, el emperador Manuel tuvo que ceder de buena o mala gana y aceptar el pago de una indemnización de 15 centenarios de oro por los bienes expropiados y la liberación de los hombres que habían sido capturados. El proceder de Manuel en 1171 llevó a un enfrentamiento en el mar, lo que no hizo sino reforzar las antipatías en Venecia, que habrían de tener sus máximas consecuencias en la Cruzada de 1204.

Las luchas entre los hijos del sultán Mas'ūd de Iconio por conseguir la herencia de su padre permitieron que durante mucho tiempo los bizantinos no hubieran de temer nada por parte de Asia Menor y que tuvieran las manos libres para desarrollar su política en Italia, los Balcanes y el occidente latino. Manuel supo aprovechar hábilmente la rivalidad entre los diferentes partidos durante esta guerra y obtener así una situación favorable para los griegos en los territorios fronterizos de su Imperio. En 1162 el sultán Kilids-Arslan se detuvo en Constantinopla y tras la victoria sobre sus hermanos se vio obligado a firmar un tratado por el que se comprometía en lo futuro a acudir al llamamiento del Emperador y, sobre todo, a retirarse de la ciudad de Sebaste, junto al río Halis, así como de todos sus territorios. Realmente el sultán supo eludir su promesa, pero aun así el emperador Manuel consiguió asegurar la nueva organización económica y militar en el territorio de Cliara, Pérgamo y Adramecio, poblando el Imperio con turcos cristianizados, así como la frontera del Este mediante diversas campañas triunfales, lo que mereció los elogios de sus contemporáneos.

Pero el emperador Comneno no se interesó por mucho tiempo en la eliminación del peligro selyúcida, y así en el año 1175 volvió a enemistarse con el sultanato de Iconio. Parece que finalmente Bizancio y los selyúcidas decidieron juntos el siguiente plan: venciendo a Kilids-Arslan, que confiaba en el apoyo político de los enemigos occidentales de los bizantinos y esperaba recibir ayuda militar de sus correligionarios musulmanes en Asia

Menor, el emperador Manuel lograría ver realizado su deseo de dar un nuevo esplendor a su política, consiguiendo un éxito rotundo en Occidente y actuando también como defensor de la causa cristiana. De este modo dispuso en 1176 un ataque contra el territorio donde se encontraba emplazado el sultanato de Asia Menor, tras haber levantado las fortalezas fronterizas de Dorilea y Subleo, con lo que la soberanía bizantina se impuso nuevamente sobre Anatolia y el camino hacia Tierra Santa debía quedar definitivamente libre.

Mientras que un ejército griego, partiendo de Paflagonia y atravesando Amasia, penetraba en el territorio selyúcida, el Emperador concentró las tropas en la localidad de Coni. Su ejército, compuesto por un gran número de cruzados, rusos, servios, húngaros, cumanos y gentes de casi todos los países de Occidente, pretendía avanzar directamente sobre Iconio llevando incontables artefactos y pesadas armas de guerra para la toma de la capital selyúcida. Pero ya en sus comienzos aquella empresa tan preparada se vino abajo. El 17 de septiembre de 1176 los bizantinos fueron sorprendidos durante su avance en la garganta de un desfiladero al Este de Miriocéfalo y sólo con gran esfuerzo pudieron evitar una derrota semejante a la que sufrió el emperador Romano Diógenes el año 1071 en Manzicerta.

La política exterior de expansión del emperador Manuel, que sólo fue posible a costa de duros sacrificios económicos del Imperio, recibió con esto un golpe tan duro que aquella política ya no pudo ser continuada en ninguna dirección. Tal derrota hizo ver que el potencial militar del Imperio no era suficiente para alcanzar los objetivos del emperador Manuel, ni siquiera de lejos. El destino de Bizancio como potencia mundial quedó decidido en la batalla de Miriocéfalo.

IV. *De Miriocéfalo a la cuarta Cruzada (1176-1204)*

Con la derrota de Miriocéfalo quedó definitivamente de manifiesto que Bizancio había de renunciar a su plan de reconquistar la parte interior de Asia Menor. El hecho de que un año más tarde las potencias occidentales se reunieran en Venecia para llegar a un acuerdo que permitiera a sus ejércitos llevar a cabo una confrontación contra el Imperio oriental resultó en este momento doblemente grave. Bizancio había perdido la iniciativa en el juego de potencias y se vio así obligada a enfrentarse a las pretensiones de sus vecinos, que sólo hubieran conseguido alcanzarlas a su costa. La restauración del Imperio justinianeo

era, como programa político, algo realmente inalcanzable por entonces.

El emperador Manuel tuvo que intentar primeramente asegurar las posesiones bizantinas contra los selyúcidas. Tanto sus generales como él mismo obtuvieron tales éxitos en el valle del Meandro y en Claudiópolis de Bitinia que los efectos de la derrota de Miriocéfalo solamente se hicieron sentir después del año 1180, año en que murió el emperador Manuel.

También en la política occidental del emperador influyeron aquellos éxitos. Naturalmente Federico Barbarroja no desaprovechó la oportunidad de señalar al emperador griego derrotado ante Kilids-Arslan como «amigo» de los Staufen. Pero todo quedó en eso. Manuel consiguió incluso apuntarse por su parte éxitos sorprendentes en su política occidental. Las provincias balcánicas permanecieron firmemente en manos de los griegos, e inmediatamente después de la Paz de Venecia, por la que Barbarroja quiso reafirmarse frente a sus enemigos, se creó en Italia una liga pro-bizantina —en la que se encontraban agrupadas la ciudad de Ancona, el conde de Montferrato, la familia de los Frangipane de Roma e influyentes grupos de Pisa y Génova— y se consiguió un nuevo acercamiento a Venecia. Con esta liga y con las dinastías reinantes en Francia y la Provenza aragonesa, emparentadas entre sí por medio de matrimonios políticos, se cerró en torno al Imperio Staufen un cerco completado en el Norte por los condes de Flandes e Inglaterra, y por los güelfos. La boda del heredero del trono, Alejo, con Inés de Francia, hija de Luis VII, celebrada con gran esplendor a finales de marzo de 1180, fue un claro signo de aquellas gestiones políticas con las que Bizancio se había propuesto conseguir un control efectivo sobre el Imperio occidental, cada vez más poderoso. Pero tampoco esta meta pudo ser alcanzada: el emperador Manuel murió en el otoño de aquel mismo año.

La muerte del emperador Manuel fue un duro golpe para el mundo bizantino. Pero también en Occidente y en los países mahometanos la noticia de la muerte del emperador Comneno causó gran impresión. Los hombres de su tiempo no supieron ver que con su muerte Bizancio dejaba de ser en realidad una potencia mundial.

Mientras duraban aún las celebraciones del duelo por Manuel, estalló en la Corte bizantina una enconada lucha por el poder. Alejo II, hijo de Manuel, era todavía un niño y no estaba preparado en modo alguno para afrontar las exigencias del momento. La viuda de Manuel, la emperatriz Xene, no tenía intención de seguir los deseos de su difunto esposo, y en lugar de

retirarse a un monasterio ejerció una considerable influencia sobre la marcha del gobierno. Su hombre de confianza era el *protosebastos* Alejo Comneno, sobrino del emperador Manuel, que se impuso en poco tiempo en el consejo de regencia, instituido por Manuel, y tomó en su mano las riendas del gobierno.

Sus enemigos se reunieron en torno a María Comneno, hija del primer matrimonio de Manuel, y a su esposo, Rainiero de Montferrato. Estos fueron apoyados por el patriarca y sobre todo por Andrónico Comneno, que desde Paflagonia seguía con gran atención el desarrollo de los acontecimientos en la capital. Aunque el *protosebastos* no pudo imponerse en las provincias del Imperio donde sus enemigos habían concentrado sus fuerzas en las grandes ciudades, fue afirmando su posición en la capital, despacio, pero de forma segura. Tras un fracasado atentado por parte de sus enemigos, éstos fueron procesados y hasta el mismo patriarca, muy apreciado por todos, hubo de retirarse al monasterio del Pantepoptes, por no apoyar incondicionalmente al regente.

Pero con este proceder el *protosebastos* había llegado demasiado lejos. Se produjeron luchas callejeras entre la guardia de palacio y los partidarios de la hija de Manuel, María, la cual se había atrincherado en Santa Sofía. Las tropas del Emperador no pudieron aplastar este levantamiento, dado que el pueblo de la capital mostraba abiertamente su simpatía por María Comneno tomando parte en las luchas. La situación para el *protosebastos* empeoró por momentos cuando Andrónico Comneno, desde Oinea, comenzó a marchar sobre Constantinopla. Al atravesar el Sangario derrotó a un ejército enviado contra él, y dando un rodeo ante Nicea y Nicomedia, tomó posiciones en la orilla asiática del Bósforo, desde donde vio a la flota imperial, que debía cerrar el estrecho, pasarse a su bando.

Pocas semanas después de la muerte del emperador Manuel, antes de que las luchas por su sucesión llegaran a su momento álgido, el Imperio tuvo que sufrir sensibles pérdidas territoriales. Bela III de Hungría ocupó en el invierno de 1181 los territorios bizantinos de Croacia y Dalmacia, registrándose solamente una oposición local. Los selyúcidas, cuyo sultán había firmado un tratado de paz con Manuel I en la primavera de 1180, tomaron Sozópolis y Cotiea en Asia Menor, y en Atalia llegaron hasta la costa del mar Mediterráneo. Un año después, dos posiciones bizantinas, la costa Sur de Asia Menor y la parte occidental de la península balcánica, por cuyo afianzamiento los Comneno, desde Alejo, se habían preocupado constantemente, se vieron en peligro, si no perdidas.

A pesar de sus muchas ocupaciones por el desarrollo de los asuntos internos, el *protosebastos* Alejo no descuidó la política exterior. Se mantuvieron relaciones diplomáticas con el reino de Jerusalén. Pero el partido bizantino apoyó a los Ibelin durante las luchas internas en aquel lugar, y los jacobitas y maronitas, fieles hasta ahora a la Iglesia griega, se subordinaron al patriarca latino de Jerusalén. Bizancio se puso en contacto son Saladino, el principal enemigo de los cruzados.

Aunque enfrentándose con las repúblicas marítimas de Pisa y Génova, Bizancio pudo continuar la política del emperador Manuel. Ahora fueron fortalecidos los contactos oportunos, sobre todo porque aún no se había llegado a la solución pacífica de las diferencias con Venecia. También las relaciones con la curia fueron reanudadas, con la intención de ejercer sobre el patriarca, en la medida de lo posible, una presión político-eclesiástica, dado que no había disimulado su antipatía por el régimen del *protosebastos*. Un influyente príncipe del Imperio de los Staufen, el duque Leopoldo V de Austria, se unió poco después al legado del Papa, el cardenal Juan de Santangelo, sin saber en qué consistía su marcha hacia Constantinopla en la primavera de 1182.

Seguramente fue la marcada simpatía hacia Occidente de su política exterior, lo que ocasionó la caída del *protosebastos*. En las negociaciones con pisanos y genoveses, la gran masa de la población se sintió perjudicada por la política comercial de sus respectivos países. Por este motivo Alejo Comneno se vió obligado a confiar cada vez más a mercenarios latinos las funciones defensivas, así como la estabilidad de su régimen.

Después de que los nobles partidarios del *protosebastos* huyeran cada vez en mayor número al campamento de Andrónico, y la regencia tuviera que ser cedida casi por completo a los latinos, su caída era sólo cuestión de tiempo. Finalmente la guardia varega le prendió una noche, mientras el pueblo de la capital asaltaba el barrio latino de Constantinopla, enfrentándose a los mercenarios extranjeros. También los tropas de Andrónico entraron en combate y en poco tiempo doblegaron la resistencia de los latinos. Mientras el grueso de las fuerzas armadas de Alejo emprendía la huída en los barcos latinos, en los barrios de los pisanos y genoveses, así como en los de otros comerciantes occidentales, se produjeron escenas estremecedoras. Las casas, almacenes, e incluso el hospital de San Juan, fueron incendiados, cerca de 30.000 personas, junto con el legado del Papa, cruelmente pasadas a cuchillo y más de 4.000 hechas esclavos. Los latinos fueron aniquilados tan desenfrenadamente que los mismos espectadores bizantinos vieron en estas crueldades el motivo de

las atrocidades que hubo de sufrir la santa ciudad de Constantinopla durante la cuarta Cruzada.

La entrada de Andrónico en Constantinopla, entre las aclamaciones del pueblo, terminó con los asesinatos y saqueos del barrio latino, pero no consiguió detener las luchas entre los distintos grupos en la capital. Pronto se dieron cuenta los círculos en torno a la hija de Manuel, María, de que Andrónico no pensaba más que en tomar en sus manos la dirección del gobierno. Juntamente con la emperatriz Xene, a quién había tenido hasta ahora como declarada enemiga. María y su esposo llegaron a enfrentarse con Andrónico por la influencia sobre Alejo II. Aquél eliminó sin compasión a sus antiguos amigos y a sus nuevos competidores, según iban apareciendo. La hija de Manuel murió envenenada junto con el *César* Rainiero de Montferrato; a finales de 1182 fue estrangulada la madre de la emperatriz, y Alejo II en octubre de 1183. Medio año antes Andrónico se había hecho coronar como co-emperador con aquél. Con esto quedaba libre para Andrónico el camino hacia el trono del emperador Manuel, después de que ya sólo los patriarcas de Constantinopla y Jerusalén, Teodosio Boradiotes y Leoncio III, osaran enfrentarse a él.

Para el nuevo Emperador la política interior era de especial importancia. A pesar de ello hubo muy pocas innovaciones institucionales bajo su reinado, aunque sí un gran número de cambios en los puestos, sobre todo en el sistema administrativo del Imperio. Precisamente en este aspecto el Emperador procedió de forma tan decidida y sin contemplaciones, que consta como un hecho realmente único en la historia del estado de los Comneno. Según los documentos, sólo pocos meses después, se pudo constatar que, por un lado, el fisco volvía a tener una considerable cantidad de dinero, a pesar de que Andrónico tuvo que emplear durante su reinado medios bastante costosos para vencer los peligros que amenazaban desde fuera a su estado, y que, por otro lado, las capas más humildes de la población pudieron por fin respirar, mientras que el Emperador se enfrentaba duramente a las familias terratenientes, que hasta ahora habían mandado a su antojo en las provincias, e incluso a sus propios partidarios. Andrónico prestó especial atención a la subida de los impuestos, que habían llegado a semejar, en varias partes del Imperio, extorsiones organizadas.

Pero no debe olvidarse que bajo Andrónico también se pueden observar intentos de reforma de las leyes, como por ejemplo la preocupación mostrada por el Emperador por la transformación de la ley marcial, vinculada al derecho consuetudinario. Por noticias de su tiempo se tiene en general la impresión de que

el Emperador se preocupó constantemente por las clases más bajas de la población, mandando construir una nueva instalación para una conducción de agua a la capital. El hecho de que este proyecto no fuera acogido con demasiado entusiasmo se debió probablemente a que, en vista de las posibilidades económicas del estado bizantino, Andrónico se había propuesto llegar nuevamente a un arreglo con una de las repúblicas marítimas de Italia, como meta de su política exterior.

Al tomar el poder Andrónico Comneno, la política exterior atravesaba un momento crítico. El usurpador había conseguido, desde luego, estabilizar las relaciones en la frontera oriental del Imperio, mediante amplias concesiones hechas al sultán Kilids-Arslan durante su marcha hacia la capital, pero el rey Béla III había cruzado el Danubio y penetrado profundamente en el territorio bizantino. A esto había que sumar las duras batallas con las que los pisanos y genoveses se tomaron venganza.

El primer éxito que pudo apuntarse Andrónico fue la defensa contra el ataque húngaro, en el que también tomaron parte los servios bajo el mando de Esteban Nemania. El ejército bizantino consiguió ocupar de nuevo las ciudades de Sofía y Niš, y llegar hasta el Danubio por Belgrado. El rey húngaro había abandonado el escenario de la batalla probablemente para tomar parte en las luchas por Zara en el Adriático entre sus compatriotas y Venecia, y parece que el emperador Comneno aseguró, mediante un tratado de paz, el territorio ocupado por los bizantinos.

Dándose cuenta Andrónico de que en principio no podía pensarse en reanudar las relaciones con Génova y Pisa, concedió la mayor atención a las relaciones con Venecia. Tras largas negociaciones, firmó en la primavera del año 1185 un acuerdo con la Señoría, por el cual se regularizaban generosamente las indemnizaciones para los venecianos perjudicados en 1171 y se renovaban sus derechos comerciales. Ya antes se habían mantenido nuevas conversaciones con la curia, después de que ésta enviara un nuevo representante a Bizancio en el año 1183.

Mientras se esforzaba para mejorar la situación del Imperio en política exterior, los levantamientos de diversos grupos de nobles en el Este del Imperio causaron considerables dificultades al emperador Andrónico. En 1182 Juan Vatazes se rebeló contra el gobierno de Andrónico en Filadelfia y venció a un ejército enviado contra él en Trateira, antes de que su poder se viniera abajo. En el año 1183 fueron los Angel y los Ducas quienes abandonaron Bizancio y levantaron contra Andrónico las ciudades de Prusa, Nicea y Lopadio en Bitinia. Apenas se había tranquilizado la situación en la frontera del Imperio con Hungría en

1184, cuando el Emperador marchó a Asia Menor y aplastó a los rebeldes en una terrible campaña, pero sin poder evitar que algunos de sus generales huyeran y encontraran refugio en cortes occidentales, donde instigaron la lucha contra el «tirano» Andrónico. Dado que los selyúcidas habían apoyado también los levantamientos en Bitinia, parece que se produjo un enfriamiento en las relaciones con el sultanato de Iconio, y al mismo tiempo un acercamiento de los bizantinos a Saladino (Salah al-Dīn). Pero tampoco con esta estratagema pudo evitarse que Isaac Comneno se independizara en Chipre, la avanzada bizantina en el S. E. y se aliara con los normandos.

Las consecuencias de la boda en Augsburgo del rey Enrique con Constanza, heredera de Sicilia, es decir, la reconciliación de los normandos y los Staufen y la reanudación de la paz en toda Italia, resultaron fatales para Andrónico Comneno y para el Imperio oriental. Tras una minuciosa preparación desembarcó en Epiro, en junio de 1185, un poderoso ejército normando con más de 100.000 hombres, y, en el mismo mes, Dirraquio, fuertemente defendida, se vió obligada a rendirse. Al contrario que en tiempos de la invasión normanda bajo Alejo I, el ejército enemigo marchó hacia el Este, encontrando una débil resistencia bizantina en la *Via Egnatia,* mientras que las fuerzas navales ocupaban las islas de Corfú, Cefalonia y Zante, así como también, según parece, la isla de Creta. En agosto se unieron el ejército y la flota normanda para cercar nuevamente la ciudad de Salónica. Tras un cerco muy breve, la segunda ciudad del Imperio fue tomada y saqueada ferozmente por los invasores. Los sicilianos siguieron avanzando hacia Constantinopla, ocuparon Serres, y cercaron la localidad de Mosinópolis, mientras el emperador Andrónico, con toda rapidez, mandaba destacamentos de Asia Menor, Bulgaria y el Peloponeso al escenario de la batalla que se estaba sosteniendo en Tracia, para así poder atacar a los enemigos desde todos los puntos, aunque la aparición de una epidemia había diezmado considerablemente su número.

Apremiado por sus consejeros, el emperador Andrónico intentó en esta situación hacer prisionero en su propio lecho a uno de sus adversarios, cuyas relaciones con el enemigo extranjero eran bien conocidas. Pero esto habría de ser fatal para aquél. Durante la detención de Isaac Angel, que ya en 1184 había pertenecido en Bitinia a los dirigentes revolucionarios, resultó muerto Esteban Hagiocristoforito, uno de los pocos hombres de confianza del Emperador. Isaac Angel fue llevado a Santa Sofía, siendo llamado a la noche siguiente a presencia del Emperador.

Entretanto, Andrónico había llegado al palacio imperial, procedente de una de las villas imperiales situada en la orilla oriental

del Bósforo. Su intento de controlar la rebelión de Isaac Angel fracasó. Cuando sus enemigos políticos fueron liberados de los cárceles, el pueblo comenzó a atacar el palacio, a pesar de las medidas defensivas tomadas con gran rapidez, rechazando el ofrecimiento de dimisión por parte del Emperador. Andrónico Comneno abandonó apresuradamente la ciudad para marchar al exilio en un barco rumbo a Georgia. Pero pronto fue capturado por los esbirros del nuevo Emperador, llevado otra vez a Constantinopla, cegado, mutilado y, tras un breve encarcelamiento, horriblemente atormentado en el Hipódromo por el populacho de la capital a mediados de septiembre de 1185.

El nuevo emperador Isaac II, provenía de una familia de la ciudad de Filadelia, en Asia Menor, que hasta ahora no se había destacado demasiado. De él se esperaban dos cosas: que terminara con el terror que había oscurecido los últimos meses de su antecesor, y que consiguiera una victoria sobre los normandos. En ambos casos Isaac II respondió a las esperanzas del pueblo y de la nobleza. El terror, por el que al final se había visto amenazado el propio Isaac, no volvió a darse, aun cuando alguno de los numerosos partidarios del emperador destituido fuera cegado y perdiera su puesto en la organización del estado. Pero, con todo, las camarillas de las familias poderosas combatidas por Andrónico alcanzaron en poco tiempo tanta influencia sobre el gobierno que las relaciones sociales, en cierta medida algo mejoradas, volvieron a empeorar rápidamente.

Gracias a los preparativos llevados a cabo por el último emperador Comneno, la guerra contra los normandos pudo por fin ser terminada con éxito en pocas semanas. En la Tracia occidental, en Estrimón y Salónica, los sicilianos fueron derrotados, y aquellos que no fueron apresados por los bizantinos tuvieron que retroceder hasta el Adriático. También en sus relaciones con Hungría, Isaac pudo alcanzar un éxito importante inmediatamente después de tomar el gobierno en sus manos, gracias a su matrimonio con Margarita, la cual llevó al matrimonio como dote los territorios conquistados por los húngaros. Por esta razón casi pareció posible, tras el primer año de gobierno del Emperador, continuar la política exterior del gran Manuel.

La razón de que no se llegara a conseguir fue la situación política interna durante el reinado del primer Emperador de la dinastía de los Angel. Desde el primer día en que el gobernante comenzó a ejercer su cargo, esta situación se vió agravada por el hecho de que, mientras él subía al poder, el pueblo de Constantinopla saqueaba el gran palacio de la capital, así como las reservas de dinero guardadas en él. Tras la firma de tratados con Pisa y Génova, en los que se preveían fuertes indemniza-

ciones para compensar los daños sufridos por los italianos en 1182, la falta de dinero en las arcas públicas se agravó considerablemente. A esto había que sumar los constantes encuentros bélicos y pagos tributarios a los enemigos del Imperio en el Este, que redujeron aún más los fondos recaudados por la contribución, de los que se disponía libremente. El desmedido afán de lujo del gobernante, así como su gusto por las edificaciones empeoraron aún más la situación.

Por ello Isaac II intentó conseguir el dinero necesario para sostener al gobierno mediante un nuevo aumento de los impuestos y la venta de cargos. Estas medidas afectaron doblemente a la población de la capital y de las provincias, porque al mismo tiempo el Emperador favoreció en este sentido a los terratenientes, a unas cuantas ciudades y sobre todo a los ricos monasterios. Al no obtener el gobierno, a pesar de esta política, el éxito deseado, se redujo la cantidad de plata en las monedas bizantinas y con ello las finanzas imperiales experimentaron momentáneamente un nuevo desahogo. Tales medidas no sólo impulsaron las tendencias hacia una economía natural, sino que también fortalecieran el separatismo de los magnates locales en territorios económicamente casi autárquicos.

Isaac terminó sin gran esfuerzo con los levantamientos en Asia Menor del pseudo-Alejo y de Teodoro Mancafas, y gracias a la construcción de la fortaleza de Angelocastro en el S.O. de Frigia pudo mantener en jaque a los selyúcidas. Pero la rebelión de los hermanos Pedro y Asen, dos acaudalados nobles búlgaros, tomó un curso peligroso. Mientras los generales bizantinos intentaban conjurar el peligro normando, los dos hermanos habían organizado en su patria un levantamiento, al que se unieron los búlgaros, cumanos y valacos, quienes finalmente llevaron el peso principal de la lucha. En Bizancio, creyéndose en un principio que se podría aplastar rápidamente esta revolución, se envió al lugar del levantamiento a Alejo Branas, que había vencido a los normandos. Sin embargo Branas fue proclamado anti-emperador en su cuartel general de Adrianópolis y en vez de llevar sus tropas hacia Bulgaria, las hizo retroceder hasta las murallas de Constantinopla. El usurpador venció a los partidarios de Isaac Angel en una batalla decisiva, pero entretanto el nuevo estado búlgaro había podido consolidarse y se propuso aumentar su dominio a costa de los bizantinos, apoyándose principalmente en los territorios al Norte del Danubio.

A pesar de todo, los bizantinos consiguieron en el verano de 1186 poner en dificultades a los rebeldes. Pero Pedro y Asen no se dieron por vencidos y, tras violentos combates, obtuvieron en 1188 por la fuerza un acuerdo por el que se les

cedía el territorio entre el Danubio y la cordillera balcánica. Tirnovo se convirtió en la capital de su Imperio. Según la leyenda, ésta era la ciudad a la que había huído San Demetrio ante los normandos. Asen hizo que un arzobispo búlgaro colocara sobre su cabeza la corona de zar en la iglesia de San Demetrio de su capital.

La escisión de la nueva Bulgaria fue interrumpida por la tercera Cruzada. Federico Barbarroja quiso, como culminación de su vida, marchar a Tierra Santa, casi totalmente conquistada por Saladino tras su victoria de Hatín en el año 1187. Para poderse concentrar al máximo en su gran objetivo de reconquistar Palestina, Barbarroja hizo grandes preparativos diplomáticos con vistas a su cruzada. Estos preparativos hicieron creer a Bizancio que Barbarroja, consciente de su poder, intentaba hacer una guerra contra el imperio griego. Ni siquiera las negociaciones llevadas a cabo en Nuremberg en el año 1188 convencieron al Emperador de lo contrario.

Cuando el ejército de los cruzados llegó a territorio bizantino, los griegos comenzaron a causar todo tipo de dificultades a los caballeros alemanes. Aunque realmente Barbarroja no pensó en absoluto atacar la ciudad imperial de Oriente, se dio cuenta de que ésta era una postura demasiado comedida en vista de las numerosas provocaciones de las que eran responsables los mandatarios del emperador griego. El emperador Staufen tuvo que ocupar Filipópolis y Adrianópolis como ciudades enemigas antes de que Isaac II permitiera, en febrero de 1190, dejar marchar al ejército cruzado sin dificultades a través de Asia Menor y organizar su abastecimiento de provisiones. Para llegar a este acuerdo fue necesario el avance sobre Constantinopla de las fuerzas del emperador Staufen y la aparición de una flota bajo el mando de Enrique, hijo de Barbarroja.

Apenas se había alejado el ejército de los cruzados de la frontera del Imperio en Asia Menor, apenas se supo la muerte de Federico I, cuando Isaac tuvo que empezar a preocuparse en mayor medida de los intereses bizantinos en los Balcanes. El apoyo abierto de servios y búlgaros al Emperador occidental al paso de los cruzados alemanes, debió convencer al Emperador griego de que era necesario restablecer la supremacía de su Imperio en los Balcanes. La primera batalla fue contra los servios, que sufrieron una grave derrota junto al Morava. Sin embargo, la existencia del principado servio fue reconocida pacíficamente, aun cuando las primeras invasiones de Esteban Nemania cayeron de nuevo sobre los bizantinos. Sin embargo, el hecho de que Esteban, hijo de Nemania, se casara con la sobrina del Emperador y recibiera el título de *sebastocrator,* muestra que Servia se ha-

llaba nuevamente integrada en el sistema de poder bizantino. Este éxito se remontaba a la estrecha colaboración tanto diplomática como militar mantenida entre el emperador Isaac y Bela III de Hungría.

Bulgaria demostró ser un enemigo tenaz. Ciertamente las tropas imperiales consiguieron en 1190 avanzar hasta los muros de Tirnovo, pero, cuando ya iban de regreso, el enemigo les causó considerables pérdidas en el desfiladero de Sredna Gora. En los años siguientes casi todos los generales bizantinos intentaron imponerse en Bulgaria, pero sin ningún éxito, hasta que en 1194 los griegos consiguieron en Arcadiópolis, a sólo 200 kilómetros de su capital, vencer definitivamente a las gentes de Asen. Los constantes saqueos a que estaban sometidos los eparcados de Sofía, Filipópolis y Adrianópolis, y la ocupación de los búlgaros de las ciudades de Anquialo y Varna, movieron al Emperador a realizar un nuevo intento a gran escala contra éstos en 1195, en el cual, y con ayuda húngara, debía ser definitivamente destruido el Imperio de Asen.

Pero esto no llegó a conseguirse. Cuando Isaac aguardaba en el Sur de Tracia, en la desembocadura del Maritza, la concentración de su ejército, su hermano Alejo atentó contra su vida en una cacería, le destituyó y le mandó cegar.

Al tomar Alejo II el poder pareció, en un principio, que la posición bizantina en los Balcanes se había consolidado de nuevo. Esteban Nemania abdicó en la primavera de 1196 a favor de su hijo del mismo nombre y se hizo monje en el monasterio de Estudénica. El heredero de Esteban, casado con la hija del Emperador bizantino, no pudo sin embargo consolidar el poder bizantino en esta zona. Vucan, hermano de Esteban, procedente de la zona costera del Adriático, entabló una batalla por el trono de su padre, en la que se vio apoyado por los húngaros y la curia romana. Una vez que consiguió expulsar a Esteban de Servia, reconoció las prerrogativas de Hungría sobre su país y la supremacía de Roma sobre la Iglesia servia. Con ayuda búlgara, no bizantina, Esteban, que entre tanto había repudiado a su mujer, pudo recuperar el mando perdido, señal de que ahora más que nunca Bulgaria y Hungría luchaban por el dominio en los Balcanes, como hasta pocos años antes lo había hecho Bizancio con éxito.

Aun cuando el emperador Alejo no pudiera pensar en hacer realidad las pretensiones bizantinas de dominar los países balcánicos, sin embargo se vió obligado a continuar la guerra con Bulgaria para defender las posesiones que todavía le quedaban a su Imperio. El Emperador no pudo derrotar al enemigo ni por medios diplomáticos ni en el campo de batalla. Los búlgaros

se apoderaron de la comarca en torno a Serres y vencieron a Isaac Comneno junto con el ejército llamado a detenerles. Bizancio no vió otra salida que el apoyo a la oposición interior búlgara, de cuyo atentado fue víctima Asen en 1196. Pero la situación surgida de estos acontecimientos no pudo ser aprovechada, porque el ejército bizantino se amotinó. Así no quedó más remedio que volver a ponerse en contacto con algunos boyardos búlgaros, quienes en 1197 eliminaron también a Pedro, hermano de Asen.

Ivanco, el asesino del gobernante búlgaro, huyó a la ciudad imperial y se estableció como gobernador en los territorios fronterizos con Bulgaria aún dominados por los bizantinos. No tardó mucho en crear en Ródope un principado independiente y en ceder en su sumisión al Emperador. Siguió su ejemplo Dobromir Crisos, quien reunió bajo su mando grandes territorios del Vardar y Estrimón, e incluso obtuvo el reconocimiento de Constantinopla junto con la mano de una pariente de Alejo III. Pero mientras que el principado de Dobromir, que se extendía hasta el interior de Grecia, cayó en las manos de los búlgaros, el reino de Ivanco pudo finalmente ser conservado por Bizancio.

En la ciudad del Cuerno de Oro las cosas no estaban mucho mejor. En julio del año 1200 Juan Comneno el Gordo intentó apoderarse de la diadema imperial. En 1201 tuvieron lugar los golpes de estado de Camitzo, Spiriodomaque, Miguel Comneno y Juanitze, que sólo pudieron ser aplastados con gran esfuerzo. Los acontecimientos ocurridos en las provincias no pudieron ser controlados, sin embargo, por el poder central. Sometido a constantes pagos de impuestos, y acosados por piratas y ejércitos enemigos, la población del Imperio vivía en tal deseperación, que Miguel Coniates, arzobispo de Atenas, se sintió obligado a llamar la atención al Emperador sobre estas desoladoras circunstancias en un escrito que causó gran impresión. Pero no parece que el Emperador prestase atención a tales palabras, pues era del dominio público su apoyo a aquellos piratas, que saqueaban los barcos de los comerciantes bizantinos. No puede sorprender que ante tal comportamiento numerosos súbditos del Emperador huyeran a territorio selyúcida cuando se supo con qué liberalidad habían sido establecidos 500 prisioneros bizantinos en la región de Filomilio.

Las aportaciones literarias y científicas de los bizantinos durante estos años no se vieron alteradas, a pesar de la crisis interna y externa de poder del Imperio de los Comneno. Nicetas Coniates, en aquel entonces uno de los más altos dignatarios de la organización estatal, escribe por esta época su obra histórica, que destaca tanto por su colorido y autenticidad, como por su

sorprendente capacidad crítica. Al igual que el historiador Cinnamo, contemporáneo suyo, o que su hermano mayor Miguel Coniates, Nicetas fue uno de los más celebrados oradores en la Corte de los Angel. Esta se consolaba de todos los fracasos de la política imperial por medio de una brillante retórica. Pero en lo que se hace más patente la cultura enciclopédica de Coniates es en su extensa obra dogmática *Thesauros tes orthodoxias*. Su amigo Eustaquio, primero metropolitano de Myrna y después arzobispo de Salónica, se había preocupado igualmente de adquirir una amplia formación. También él escribió innumerables discursos y, sobre todo, ha dejado comentarios sobre las obras de Homero y Píndaro que han conservado hasta hoy su valor filosófico. Hay que citar por último en esta redacción a otra figura que, como Miguel Coniates o Eustaquio, pertenecía a la clase de los clérigos, quien ciertamente no poseía la fuerza característica de las dos figuras mencionadas anteriormente, pero que, en su calidad de diácono de Santa Sofía y posteriormente de patriarca de Antioquía, escribió, junto a ocasionales obras poéticas, un comentario de leyes en el que aspiraba a concertar distintos cánones del derecho eclesiástico e imperial.

También el arte bizantino creó grandes obras en los años anteriores a 1204. Mientras que, en el terreno político, se produjeron tendencias separatistas en los territorios fronterizos del Imperio, el arte de la capital influyó sin interrupción alguna sobre las provincias fronterizas y llegó hasta el interior de los países vecinos. Los frescos de los Santos Anargiros en Castoria y de la capilla de Curbinovo son testimonio de esta influencia en Macedonia, donde al mismo tiempo los servios Nemánidas asumieron progresivamente el papel de mecenas del arte. En Chipre, que en 1184 quedó desgajada del Imperio, trabajó Teodoro Apseudesin, junto con artistas del país, en la pintura de la celda del monje ermitaño Neófito, realizada al estilo del arte cortesano bizantino. En el transcurso del siglo XIII pintó en la catedral de San Demetrio de Vladimir un artista de Constantinopla con ayudantes rusos al servicio del príncipe Vsevolod III. Resulta sorprendente y digno de destacar, que este artista utilizara preferentemente elementos artísticos manieristas, en lugar de los moldes clásicos utilizados hasta entonces.

Entretanto la situación política en general se hizo visiblemente más grave para Bizancio. En la frontera oriental, el Imperio griego tuvo que soportar daños, como la pérdida de la ciudad de Dadibra, a pesar de que las fuerzas selyúcidas estaban por este tiempo muy atareadas con las luchas de los diversos pretendientes a la herencia del sultán Kilids-Arslan II. Pero el verdadero peligro estaba en Occidente. Bizancio, consciente de ello, intentó

dificultar la acción de Enrique VI hacia 1193, apoyando al otro rey normando Tancredo, e igualmente más tarde al poder conjunto de sicilianos y germanos, en unión del papa Inocencio III. Pero desde este momento las posibilidades de la política bizantina en el terreno italiano fueron cada vez más limitadas, de forma que el emperador Enrique VI pudo afirmar su poder y desarrollarlo libremente, y el emperador Staufen, por su parte, agudizó conscientemente el antagonismo con el Imperio vecino de Oriente.

Enrique VI, antes de la subida al trono en 1195, había exigido la cesión del territorio conquistado diez años antes por los normandos, así como un fuerte tributo y la contribución bizantina en una cruzada planeada por él. Tras la destitución de Isaac II, suegro de su hermano, volvió a insistir enérgicamente en sus pretensiones e hizo ver que pensaba llevar a cabo las amenazas hechas al depuesto Emperador, incluso utilizando las armas. Cuando Enrique VI aisló a Bizancio también de los estados cristianos de Chipre y de Armenia Menor, en el Mediterráneo oriental, valiéndose de su gran diplomacia, el gobierno de Alejo III se apresuró a cumplir las exigencias financieras de los Staufen y tampoco dudó en despojar de sus valiosos adornos las tumbas imperiales de la iglesia de los Santos Apóstoles para pagar el tributo anual de 16 centenarios de oro exigido por el Emperador occidental. Se puede imaginar la alegría que produjo en todos los círculos de la capital bizantina la muerte de Enrique, que quería emprender por aquel entonces su cruzada. La grave amenaza política y financiera, que pendía sobre el Imperio, desapareció de nuevo.

Pero entretanto se predicó otra vez en Europa una cruzada. Por la experiencia que los bizantinos habían tenido con Federico Barbarroja, se podía contemplar con toda tranquilidad la marcha hacia Tierra Santa de aquel nuevo grupo, sobre todo porque se suponía que éste llegaría hasta Palestina por mar sin molestar en absoluto a la población del Imperio.

Mientras que venecianos, lombardos y franceses se iban reuniendo poco a poco en Venecia a partir del año 1201 para marchar a Tierra Santa, tuvo lugar un acontecimiento que quizá no determinó decisivamente el transcurso de la prevista cruzada, pero que sin embargo resultó muy oportuno para el dogo veneciano Enrique Dándolo durante los preparativos de la operación. En el otoño de 1201 Alejo Angel, hijo del destituido emperador Isaac, consiguió escapar de prisión. Desde Constantinopla marchó al encuentro de su cuñado Felipe de Suabia y en la Navidad de aquel mismo año se reunió con Bonifacio de Montferrato, quien como representante de los Staufen estaba al

corriente de los planes de la cruzada. Este debió de ser quien sugirió la posibilidad de apoderarse nuevamente del Imperio oriental durante el transcurso de la inminente operación, para dárselo a Isaac Angel. A pesar de la negativa del papa Inocencio III, la reconquista de Constantinopla para Isaac siguió siendo el objetivo de la cruzada, lo que respondía perfectamente a los planes políticos del dogo de Venecia.

Alejo Angel se unió a ellos en Zara, que los cruzados conquistaron para Venecia. En mayo de 1203 se convino formalmente en Corfú como siguiente meta poner rumbo a la ciudad imperial en el Cuerno de Oro, para obligar a Alejo III a abandonar el trono imperial. El sobrino del Emperador, Alejo Angel, aportó enormes sumas de dinero y la ayuda bizantina para que continuara la cruzada prevista. El 13 de abril de 1204 los caballeros cruzados entraron en Constantinopla, donde el pillaje, los asesinatos y los homicidios se sucedieron durante tres días. En poco tiempo el esplendor de la ciudad desapareció. Su población se vió expuesta a las más terribles vejaciones, sus tesoros y riquezas fueron malbaratados y destruidos en una barbarie sin límite. La que por aquel entonces era la mayor ciudad del mundo y con ella todo el Imperio bizantino, fue humillada, y herida en su punto neurálgico. La superación, una vez más, de esta catástrofe debe ser considerada como uno de los mayores méritos del Estado bizantino.

6. La cuarta Cruzada y sus consecuencias

I. *La cuarta Cruzada, 1198-1204*

Una vez que el mundo árabe, bajo el mando del sultán Saladino, hubo puesto cerco a los territorios de los cruzados, pudo aquél dar el golpe decisivo a los odiados intrusos. En Hatín, cerca del lago de Genesaret, destruyó en 1187 al grueso de las fuerzas armadas del Oriente latino, conquistó Jerusalén, la ciudad santa del Islam, y todo el territorio de dominio franco, excepto tres ciudades costeras y algunos castillos. A causa del impacto que esta noticia ocasionó en Occidente, organizaron la tercera Cruzada (1189-92) los tres soberanos más poderosos de Occidente: Federico Barbarroja, Ricardo Corazón de León y el rey Felipe Augusto II de Francia. Pero el Emperador murió en la marcha a través de Asia Menor y prácticamente el ejército alemán se disolvió. La oposición entre los francos indígenas y los caballeros de la Cruzada y las rivalidades internas de estos grupos debilitaron el poder de los latinos y, en consecuencia, sólo se reconquistaron la ciudad de Aore y una estrecha faja costera. Así, esta magna empresa sólo consiguió, aparte del establecimiento del poder franco en Chipre, que hasta 1191 había sido bizantino, la supervivencia de los territorios de los cruzados.

También el ejército que envió el nuevo emperador Enrique VI en 1197 a Tierra Santa resultó ineficaz; el Emperador murió en el mismo año, y, a causa de esto, los alemanes regresaron a Europa.

Con la muerte de Enrique fracasaron los proyectos de las grandes potencias occidentales. La soberanía alemana en Sicilia se derrumbó. De este modo se liberó el Papado del dominio de los Staufen, e Italia se puso de nuevo bajo el influjo de Roma. Enseguida el nuevo papa Inocencio III (1198-1216) en cuya imagen jerárquica del Universo la idea de las Cruzadas ocupaba un elevado puesto, aprovechó la recién conseguida libertad de movimiento de la Curia y anunció una nueva guerra contra los paganos. A ejemplo de la primera Cruzada, que había sido en realidad la única eficaz, debería tener ésta lugar bajo la sola responsabilidad del Papa y sin la participación de los monarcas.

En el verano de 1198 se hizo a la cristiandad un llamamiento a la Cruzada. El sufrimiento del Señor por la humanidad, la

violación de los Santos Lugares, el orgullo de los musulmanes y la miseria del Oriente latino fueron comparados por Inocencio con la frivolidad de los reyes y soberanos del Occidente, que vivían en pecado, en medio del lujo y las guerras civiles. El Papa amenazó a quienes no quisieran ayudar a la liberación del Santo Sepulcro con castigos en el Juicio Final, al tiempo que prometía perdón total de sus pecados y la salvación eterna a los que participaran en la Cruzada.

Ya en la primavera siguiente deberían presentar condes, barones y ciudades, según sus fuerzas, contingentes para dos años. La propiedad privada de los combatientes peregrinos fue colocada por el Papa, durante su ausencia, bajo la protección de la Iglesia, asegurándoles un aplazamiento general de sus deudas.

Más lentamente de lo previsto se manifestaron las consecuencias de la actividad papal, sobre todo en el nordeste de Francia. Aquí había encargado Pedro de Capua, legado del cardenal, la predicación de la Cruzada al eficaz predicardor Fulco de Neuilly, cuya grandiosa elocuencia y ruda agudeza luchaban con éxito desde hacía años cerca de París contra prestamistas y mujerzuelas. Fulco se dirigía sobre todo a las clases bajas, cuyo impetuoso entusiasmo disminuía en general rápidamente. El fervor de la Cruzada también se extendió paulatinamente entre los nobles. Los primeros votos se efectuaron en uno de los rudos torneos, duramente combatidos por la Iglesia, al que el poderoso conde Teobaldo de Champaña había invitado en su castillo de Ecry-Sur-Aisne, en noviembre de 1199, al conde Luis de Blois, numerosos barones y caballeros del norte de Francia.

A éstos se unieron muchos miembros de su séquito, en parte por fidelidad; entre ellos se encontraban Godofredo de Villehardouin y el mariscal de Champaña, que desempeñaría un papel primordial en toda la historia de la cuarta Cruzada y los comienzos del Imperio latino en Constantinopla. Su crónica en antiguo francés, escrita en prosa, *La conquista de Constantinopla,* es casi el informe oficial y la más detallada Historia de los tan complejos acontecimientos. En Ecry se formó el núcleo del ejército. A continuación tomaron rápidamente las armas el conde Balduino de Flandes y su hermano Enrique, los condes Hugo de Saint Paul y Godofredo de Perche con sus vasallos y los obispos de Troyes y Soissons. Un vasallo de Hugo, Roberto de Clarí, escribió a su regreso de la cuarta Cruzada la *Historia de los conquistadores de Constantinopla.* En el relato de esta expedición se narran los acontecimientos desde el punto de vista de un simple caballero, pero, sobre todo, el desconcertado asombro de un latino medio de la época ante las maravillas de Bizancio. Todavía las convicciones religiosas desempe-

ñaban un papel importante en la participación en las Cruzadas porque «La indulgencia era muy grande» [1], como escribe Villehardouin, pero los motivos profanos y mundanos se habían vuelto cada vez más decisivos. El deseo de aventuras y el ansia por el botín habían impulsado ya la primera Cruzada. Desde entonces las Cruzadas se habían convertido en una especie de trabajo familiar, como en el caso de los condes de Champaña. Ahora formaban incluso parte del código de honor; Cuno de Béthune, Señor de Arras y vasallo de Balduino de Flandes, cantaba en honor de su dama: «Si el cuerpo sirve a nuestro Señor Jesucristo, el corazón entero permanecerá en su poder» [2].

Unos 10.000 guerreros, según las apreciaciones que se encuentran en los datos de Villehardouin y Roberto de Clarí, habían tomado las armas ya el invierno de 1200 a 1201, y se esperaba que este número se triplicara hasta la partida. Por esto los delegados de los condes ofrecieron un ejército de 4.500 caballeros, 9.000 escuderos y 20.000 soldados de infantería cuando en la primavera siguiente cerraron un contrato de transporte con el dogo de Venecia. A cambio de una remuneración de 85.000 marcos de plata se comprometían los venecianos desde junio de 1202 y durante un año a proporcionarles víveres. Por el armamento de 50 galeras obtuvieron el derecho a la mitad del botín y las conquistas. En secreto se decidió seguidamente ir a Egipto y alcanzar allí el centro del poder islámico, aunque la mayoría de los peregrinos deseaban dirigirse directamente a Jerusalén. Unicamente se tuvo en cuenta al Papa después de cerrar el contrato, y tan sólo para pedir su confirmación. El concepto de Inocencio de una Cruzada bajo la responsabilidad papal no respondía al proceder de los barones; pero el Papa no quería de ningún modo malograr la empresa que acababa de ser puesta en marcha y dio su consentimiento. Cuando volvieron los enviados de Venecia, encontraron moribundo al conde Teobaldo, designado para ser el general. En su lugar los condes y barones nombraron al margrave Bonifacio de Montferrato, señor de extensos territorios en el noroeste de Italia. La elección de este extranjero podría extrañar. Sin embargo, el nombre de Montferrato estaba estrechamente ligado desde la generación anterior a la historia de la guerra en defensa de Palestina.

En junio de 1202, término convenido para la partida en el contrato, se presentaron casi todos los cruzados en la comarca de Venecia. Cuando los jefes de la isla de San Nicolo di Lido pasaron revista al ejército, comprobaron que la fuerza efectiva había aumentado muy poco desde finales del año anterior. Sin embargo, muchos habían tomado las armas; a pesar de los disturbios por el trono en Alemania, se había constituido allí un

pequeño contingente dirigido por el abad cisterciense de Alsacia Martín de Pairis, en el que figuraban, entre otros, el conde de Katzenellenbogen y el obispo de Halberstadt; a ellos se unieron caballeros borgoñeses y provenzales junto con los lombardos al mando de Bonifacio. Pero numerosos peregrinos organizaban ellos mismos su travesía y se dirigían desde otros puertos directamente a Tierra Santa. Junto a la falta de disciplina, fatal para algunos de estos ejércitos voluntarios, también tuvo importancia el público conocimiento de que Egipto constituía el destino del viaje. Pero aunque todos los cruzados se hubiesen encontrado en Venecia, se hubiera alcanzado a lo sumo la mitad del número calculado. Por eso tuvieron que dejar una tercera parte de la suma del contrato en deuda, mientras que los venecianos exigían la paga completa, indicando que la flota estaba preparada para partir. Finalmente el dogo Enrique Dándolo, casi ciego y ya entrado en años, pero de espíritu vivo, ofreció a los caballeros, como única salida, una nueva proposición. A cambio del aplazamiento de la deuda deberían ayudar a reconquistar Zara, ciudad costera de Dalmacia, que desde hacía unos años pertenecía a Hungría. Era un enorme compromiso, sobre todo porque el mismo rey húngaro participaba en la Cruzada.

Por esto muchos, como el obispo de Halberstadt y el abad Martín de Pairis, pidieron al legado Pedro de Capua, que tenía que acompañar a la Cruzada como representante del Papa, que les eximiera de su voto. No querían levantar la espada contra los cristianos. Pero Pedro se negó con el argumento de que «el Papa prefería ignorar la grave situación antes que disolver esta Cruzada» [3].

La mayoría de los peregrinos, a los que los venecianos racionaban el abastecimiento en su campamento del Lido, se sometieron finalmente a la voluntad de Dándolo; temían perder las sumas ya pagadas y sufrir la vergüenza de volver a casa sin lograr su propósito. Sin embargo, la influencia del Papa sobre los venecianos era todavía muy grande; el dogo negó totalmente por esto la participación de Pedro de Capua en la Cruzada en su calidad de legado apostólico y así volvió el cardenal indignado a Roma. Entonces fue cuando también el dogo y muchos venecianos tomaron las armas, y la poderosa flota de unas 60 galeras y 150 barcos de transporte pudo zarpar a principios de octubre de 1202.

Delante de Zara se produjeron grandes discusiones sobre la legalidad del ataque, cuando el Papa ordenó en un escrito, bajo amenaza de excomunión, que dejaran la ciudad. Pero sin éxito; Zara fue ocupada a finales de noviembre y los conquistadores se alojaron allí durante el invierno. De este modo fue exco-

mulgado todo el ejército de los cruzados. Esta grotesca situación preocupaba poco a los venecianos, pero los príncipes de la iglesia francesa y alemana que formaban parte del ejército se esforzaron por obtener la absolución papal. Con tal de que continuara la Cruzada, Inocencio no dudó en concedérsela, excepto a los venecianos, pero a condición de que no fuera atacado otra vez un territorio cristiano, pues mientras tanto en Roma se debía de temer que la lucha contra Zara fuese un preludio para un plan más osado: el desvío de la cuarta Cruzada a Constantinopla.

Allí estaba el príncipe Alejo, hijo del destronado Isaac II Angel, que, huyendo de su tío, el emperador Alejo III, había llegado en un barco pisano para buscar en Occidente apoyo en sus pretensiones al trono. Viajó desde Italia a la Corte de su cuñado Felipe de Suabia. Este no estaba en condiciones de ayudarle por sus luchas con el pretendiente al trono, Otón de Brunswick, pero le remitió al ejército de los cruzados. A finales del año 1202 apareció en Zara una delegación alemana que llevaba al ejército la oferta del joven Alejo. Despreocupadamente, el pretendiente al trono hacía promesas irrealizables: subordinar la Iglesia de Oriente a Roma, pagar a los cruzados la entonces fabulosa suma de 200.000 marcos de plata, participar él mismo en la Cruzada con 10.000 hombres y poner a su disposición 500 caballeros para la lucha en Palestina.

Los venecianos aceptaron rápidamente la propuesta y también los jefes de los caballeros, sobre todo Bonifacio de Montferrato, intentó convencer a los cruzados. Otra vez se manifestó la fuerte oposición; el abad cisterciense Guido de Les Vaux-de-Cerray y el barón Simón de Montforte, que más tarde sería el jefe de la Cruzada contra los albigenses, fustigaban la impiedad de un ataque a Constantinopla y recordaban a los cruzados la prohibición del Papa. Pero muchos de los simples guerreros se encontraban en una situación parecida a la de Venecia, pues desde el invierno pasado en Zara habían comenzado ya sus dificultades económicas y veían en la oferta del príncipe bizantino la única salvación para no interrumpir su peregrinaje. En su lenguaje sencillo nos refiere Roberto de Clari esta discusión: «¡Bah! ¿Qué vamos a hacer nosotros en Constantinopla? Nosotros hemos de hacer nuestra peregrinación, nuestro plan es ir a Babilonia (= El Cairo) o a Alejandría y nuestra flota sólo nos seguirá un año y ya ha pasado medio. Y los otros dijeron en contra: ¿Qué vamos a hacer en Babilonia o Alejandría si no tenemos ni provisiones ni dinero con los que poder ir allí? Será mejor para nosotros que consigamos primero provisiones y dinero..., antes que ir allí para morir de hambre»[4].

También la opinión del clero estaba dividida; algún caballero recibiría de los sacerdotes, en contestación a sus conflictos de conciencia, la respuesta de que por amor al prójimo había que ayudar a subir al trono al príncipe Alejo. ¿Acaso no era justo que la legendaria y rica Bizancio contribuyese por fin a la liberación del Santo Sepulcro, ya que hasta ahora sólo había puesto obstáculos a las cruzadas? ¿Habían merecido realmente los griegos, cuyo rey era infiel y cuya Iglesia era cismática, albergar en su capital el mayor tesoro de reliquias del mundo? Con la vista puesta en tales tesoros mundanos y morales, ganaron los barones y obispos al ejército para su marcha a Constantinopla. Casi 20 barones y el dogo firmaron finalmente un contrato con los enviados alemanes. Aun así se produjo en Corfú un nuevo conflicto, que terminó con la división del ejército; la mitad de los peregrinos, entre ellos muchos barones, se negó a ir a Constantinopla y se separó del resto. Sólo con la promesa de que después de septiembre se dispondría de barcos para continuar el viaje se volvió a reunir el ejército. Una parte de los cruzados ya se imaginaba que las cosas no se detendrían con la restauración de Alejo en el trono, e intentaron asegurarse una prolongada estancia en Constantinopla. Además, todos los prelados del ejército eran conscientes de que la prometida unión de las Iglesias no sería tan fácil de realizar. La crónica anónima de Halberstadt, que se escribió según las indicaciones del obispo de esta ciudad, informa de la sarcástica declaración del arzobispo ortodoxo de Corfú, de que «no conocía otro motivo para el primado... del episcopado romano, excepto el de que habían sido soldados romanos los que habían crucificado a Jesucristo» [5].

Pocos problemas de la Edad Media han sido tan exhaustivamente discutidos como la razón de que la cuarta Cruzada se desviara a Constantinopla. Los partidarios de la teoría de la casualidad afirman que este acontecimiento debe ser remontado a una cadena de hechos fortuitos e imprevisibles; los representantes de la teoría de las intrigas culpan al Papa, a los venecianos, a Bonifacio de Montferrato o Felipe de Suabia de haber planeado de antemano el ataque a Bizancio. En realidad es muy difícil imaginarse que un proyecto tan importante fuese decidido en último momento. Sin embargo, tal interpretación supone negar la exactitud de una decisiva afirmación de Villehardouin: el príncipe Alejo llega a Italia en agosto de 1202, es decir, poco antes de la partida de los cruzados de Venecia. Este tiempo no hubiese sido suficiente para imponer este importante cambio en el objetivo de su ataque. De hecho, un dato del historiador bizantino Nicetas Coniates y algunas fuentes latinas afirman

que el pretendiente al trono había huido de su tío ya antes y apareció en Occidente en el año 1202. En este caso hubiera habido suficiente tiempo para el complot; pero no es seguro que éste tuviese verdaderamente lugar. Nosotros sólo podemos, partiendo de la pregunta *cui bono*, suponer una acción conjunta de Bonifacio de Montferrato, Felipe de Suabia, Enrique Dándolo y eventualmente Inocencio III. Pero en el fondo «la cuestión de los motivos del desvío está todavía sin contestar» [6].

Casi ningún investigador moderno ha subestimado el papel de Venecia en este asunto. Pero del papel desempeñado por esta ciudad en realidad sólo sabemos que la doble vertiente de los acontecimientos correspondió exactamente a las ventajas político-comerciales obtenidas. Hacia finales del siglo XII las ciudades italianas de la costa tenían beneficiosas relaciones comerciales con Egipto, el objetivo originario de la Cruzada. Por otro lado, Venecia tenía ya sólo una pequeña parte en el comercio de Bizancio. Hasta la detención masiva de los venecianos en el año 1171 sus barcos habían realizado casi todo el transporte de mercancías desde Constantinopla y otras ciudades griegas a Occidente: desde 1183 pudieron ocupar de nuevo su recinto comercial de la capital, pero el emperador Alejo III favorecía visiblemente a sus rivales, Génova y Pisa. Además, los comerciantes occidentales en general ya no se encontraban seguros en las ciudades bizantinas, sobre todo en Constantinopla, desde las matanzas de los latinos en 1182. Una conquista de la capital y la entronización de un emperador vasallo restituiría en cambio el monopolio de Venecia y lo aseguraría durante mucho tiempo.

Para el Papa eran seductoras las promesas del príncipe Alejo por dos motivos: la imposición ambicionada, desde hacía siglos, del primado romano sobre la Iglesia griega era para Inocencio III la condición previa de la segunda finalidad de su política con respecto a Oriente: la participación de Bizancio en la lucha por la reconquista del Santo Sepulcro. Ya había intentado conseguir diplomáticamente ambas cosas de Alejo III. Por lo menos el soberano bizantino, aunque con muchas reservas y a pesar de su disposición antilatinista, había aceptado la celebración de un concilio en su país, cuya finalidad era la unión de las Iglesias. Si el Emperador hacía estas concesiones era sólo por miedo al restablecimiento del poder de los Staufen en Italia y a la continuación de la política de expansión normanda; pero más todavía temía que el Papa apoyase las pretensiones al trono bizantino de Felipe de Suabia por su matrimonio con la hija del Emperador, Irene Angel. Pero Inocencio estaba tan amenazado como Constantinopla por un fuerte Im-

perio alemán, a cuya política antibizantina no estaba dispuesto a prestar ayuda. Por eso negó también su apoyo al príncipe Alejo y prohibió el ataque de los cruzados que acampaban en Zara a Constantinopla. Pero la carta que contenía esta indicación fue escrita seguramente en junio del año 1203, en un momento en el que la flota de los cruzados había hecho su aparición en el Bósforo, aunque Inocencio había intentado ya en noviembre de 1202 atemorizar a Alejo III con la amenaza de que la Cruzada podría estar dirigida contra él. No se puede por ello rechazar la sospecha de que el Papa luchaba contra unos acontecimientos que ya no podía controlar y de que la Cruzada se le había escapado definitivamente de las manos desde que Bonifacio de Montferrato y Enrique Dándolo dirigían la empresa.

Es posible, pero indemostrable, que Bonifacio de Montferrato cambiara la dirección de la Cruzada por intereses personales. Desde luego sabemos que los Montferrato tenían estrechas relaciones familiares con Bizancio: el padre de Bonifacio había apoyado ocasionalmente la política del emperador Manuel en Italia. De los dos hermanos casados con princesas bizantinas, Raniero fue asesinado por intrigas cortesanas y Conrado se salvó quizá de un destino parecido gracias a la huida. Que el margrave quisiera vengarse de sus hermanos al tomar el mando de la Cruzada y que ambicionase el trono imperial griego, sólo son simples suposiciones. Lo único seguro es que, más tarde, Bonifacio fue uno de los que más abogó por el desvío de la Cruzada, y que, después de la rendición de la ciudad en 1204, se esforzó por ser elegido emperador.

De todos modos, con la elección de Bonifacio entró en juego un nuevo poder, porque el margrave era un fiel vasallo y pariente de Felipe de Suabia. Éste tampoco había olvidado los ambiciosos proyectos de su hermano Enrique VI contra Bizancio y hasta podía hacer valer, como yerno del destronado Isaac II, sus legítimas aunque débiles pretensiones al Imperio de Constantinopla. Si es cierto que el príncipe Alejo había llegado ya a Occidente en el año 1201, había habido tiempo suficiente durante el invierno de 1201 a 1202 de discutir en la Corte de Felipe en Haguenau la sucesión del trono bizantino y de proyectar la desviación de la Cruzada.

El acuerdo definitivo entre el príncipe Alejo y los cruzados fue firmado en Corfú y, a finales de mayo de 1203, levó anclas la flota para dirigirse al Bósforo. El Emperador de Constantinopla había reconocido ya, con la huida de su sobrino, los peligros que amenazaban a su Imperio si una de las potencias de Occidente acogía al pretendiente al trono. También le eran

conocidas a finales del año 1202 las relaciones del joven Alejo con Venecia y la Cruzada, pero la política bizantina en Occidente había decaído de tal forma a principios del siglo XIII que Alejo III ya sólo podía confiar en la ayuda del Papa. Cuando éste no pudo impedir el cambio de dirección, le quedaron al Emperador, siendo ya impotente la flota bizantina, en otro tiempo tan pujante, sólo los muros de Constantinopla para defender su trono. Situada en una península triangular, protegida al Norte por la bahía del Cuerno de Oro y al Sur por el mar abierto del Mármara y por unas murallas costeras, la ciudad era sólo accesible por tierra por el Oeste, estando defendida allí por una muralla fortificada de la época de Teodosio de 7 kilómetros de longitud. Nunca había sido conquistada la ciudad, y también a los cruzados les pareció a primera vista inexpugnable. Pero ellos tenían la esperanza de que los habitantes esperaban solamente la presencia de un príncipe legítimo para destronar al usurpador Alejo III, tal como había dicho el joven Alejo. Se intentó provocar un alzamiento nacional presentando al pueblo de Constantinopla el «legítimo soberano»; a poca distancia de la costa las galeras rodearon las murallas con el pretendiente del trono a bordo. Pero la única reacción de la ciudad fue una lluvia de proyectiles. Así empezó la lucha. El 5 de julio de 1203 pusieron los latinos en fuga al ejército imperial en su desembarco en la costa occidental del Bósforo. Unos días después ocuparon la torre de la localidad de Gálata, a la que estaba sujeta el extremo de la cadena que cerraba la entrada al puerto. La flota veneciana tenía así el camino libre para tomar o destruir allí los pocos barcos griegos.

En el ataque a la ciudad el 17 de julio, los caballeros lucharon en vano contra la guardia varega junto a los muros teodosianos. Más éxito tuvieron los venecianos, que avanzaron mientras tanto en sus barcos contra la muralla costera del Cuerno de Oro, más débil. Habían hecho de sus barcos con plataforma sobre los mástiles de las galeras unas torres de asedio, desde los cuales podían luchar a la misma altura que los defensores en lo alto de las torres. Protegían sus galeras del temido fuego griego con pieles húmedas. Bajo el mando del dogo consiguieron los venecianos acercar sus barcos en fila a la costa, conquistaron unas 25 torres de la ciudad desde las plataformas y escaleras de asalto y hasta penetraron a través de los muros. Allí sólo se pudieron mantener ante la superioridad de fuerzas bizantinas prendiendo fuego a las casas más cercanas. El fuego se extendió rápidamente por la ciudad y fue el primer gran incendio que causaron los latinos y que destruyó barrios enteros de las ciudades. Entonces Alejo atacó a los cruzados. Pero no se atrevió

a luchar contra el orden de batalla de los francos y se retiró a la ciudad sin conseguir su propósito. Cuando los venecianos se enteraron del peligro en el que estaban sus aliados, Dándolo retiró a su gente de las murallas y las torres y se la envió a los caballeros como refuerzo.

Así, el primer ataque a Constantinopla pareció haber fracasado. Pero Alejo III recogió esa noche rápidamente sus alhajas y huyó con su hija predilecta a Tracia. Los bizantinos sacaron al destronado emperador Isaac II de la cárcel y a pesar de su ceguera le elevaron al trono, informando del acontecimiento a los desconcertados cruzados antes del amanecer. Estos enviaron por lo pronto representantes a palacio para exigir el nombramiento del príncipe Alejo y, sobre todo, para obtener de Isaac la confirmación de las promesas hechas por su hijo. Muy a su pesar, el soberano concedió ambas cosas, y el ejército de la Cruzada acompañó al joven Alejo a la ciudad donde el 1 de agosto de 1203 fue coronado en presencia de barones latinos.

Ahora había que conseguir que el nuevo emperador, Alejo IV, cumpliera el tratado y, sobre todo, el contrato financiero. Comenzó a pagar su deuda a costa del tesoro público, hizo fundir valiosos objetos de la Iglesia y confiscó propiedades de ricos ciudadanos; pero a pesar de todas estas medidas no obtuvo ni de lejos los 200.000 marcos prometidos. Tuvo que pedir a los cruzados, con nuevas promesas, que se quedasen hasta la próxima primavera, época para la que habría reunido toda la suma y consolidado su gobierno.

Otra vez accedieron los venecianos al mando del dogo y los capitanes del ejército, y otra vez se pudo, con gran trabajo, vencer la oposición de los peregrinos sinceros. Pero el tiempo trabajaba contra Alejo; si su situación, como protegido de los odiados latinos, era en el fondo insostenible desde el principio de su soberanía, lo fue mucho más ahora que creció el peligro, con los choques entre cruzados y bizantinos, cuanto más tiempo se quedaba el ejército. Ya el aspecto de los orgullosos caballeros francos, cuando inspeccionaban la ciudad y se las daban de conquistadores, irritaba a los bizantinos. Además el clero ortodoxo negó abiertamente al Emperador su conformidad a someterse al Papa de Roma.

En el transcurso del verano y el otoño de 1203 se hicieron cada vez más tensas las relaciones entre latinos y griegos. Mientras que el joven Alejo intentaba asegurar su poder en Tracia, su padre Isaac ajustó las cuentas poco a poco con los cruzados. El populacho bizantino saqueó el barrio rico de los italianos, mientras que la soldadesca latina arrasaba los pueblos cercanos a la capital. Fanáticos flamencos e italianos intentaron destruir

la mezquita de los comerciantes sarracenos, pero pronto se encontraron frente a una fuerza superior de musulmanes y griegos y sólo pudieron cubrir su huida con la ayuda del fuego; el incendio producido de esta forma causó estragos durante varios días, destruyó de nuevo una gran parte de la ciudad con iglesias y conventos y hasta deterioró parte de Santa Sofía.

Pronto se dio cuenta Alejo IV, a su regreso a la capital, de que nunca podría cumplir las promesas hechas a los cruzados. Siempre volvía a pedir una prórroga y finalmente rompió completamente sus relaciones con los cruzados. Pero los latinos, y al frente de ellos el dogo veneciano, sostenían implacablemente sus acuerdos y mandaron finalmente una delegación al palacio imperial donde se encontraban Isaac y Alejo. Con duras palabras le reprochó Cuno de Béthune a Alejo su infidelidad, exigió de inmediato la liquidación de las deudas y amenazó con la guerra si no lo hacía. Enfadado respondió el Emperador que ya les había dado demasiado y que abandonaran el país, y los enviados se tuvieron que contentar con salir sanos y salvos de la ciudad.

Desde entonces ya no se supo detener la guerra. Alejo y su sucesor habían confiado en que los latinos se darían por satisfechos con lo conseguido y proseguirían su camino. Pero durante el invierno la flota no se atrevía a salir a mar abierto; además, el frío y la incipiente escasez de víveres preocupaba al ejército.

Mientras barcos venecianos devastaban las costas del Bósforo, se producían en el puerto constantes escaramuzas. El intento griego de destruir toda la flota de los cruzados con ayuda del fuego se frustró ante la vigilancia de los marinos venecianos. Entre tanto, el odio del pueblo contra Alejo había aumentado. Excitados los ánimos por el partido antilatinista de la Corte, se produjo a finales de enero un levantamiento nacional contra los emperadores de la dinastía Angel, lo que aprovechó el *protovestarios* Alejo Ducas Murzuflo, yerno de Alejo III, para destronar a Isaac y a su hijo y proclamarse él mismo Emperador. Esto significaba la guerra abierta. El nuevo emperador Alejo V hizo reconstruir y reforzar las murallas de la ciudad a lo largo del puerto y él mismo tomó parte en las escaramuzas contra los caballeros forajidos. Los latinos, por su parte, no tenían otra elección que atacar por segunda vez y por cuenta propia la ciudad. Mientras tanto los obispos y los abades del ejército aseguraron a los guerreros la legitimidad de la lucha, ya que había que vengar el asesinato de Alejo IV y someter al reino bizantino a la obediencia papal. En marzo de 1204 firmaron por un lado el dogo veneciano y por otro Bonifacio de Montferrato y los condes de Blois y de Saint Paul un contrato que

constituía el primer documento del Imperio latino de Constantinopla. Después de conquistar la ciudad se reuniría todo el botín en un lugar y de allí se pagaría primero el resto de las deudas de los cruzados a los venecianos. La suma restante se repartiría entre venecianos y no venecianos. Todos los privilegios concedidos hasta entonces y las propiedades comerciales permanecerían intactos. El reino y la capital se dividirían en tres partes; una cuarta estaría destinada al emperador latino electo en Constantinopla y el resto para los venecianos y los demás cruzados. A una comisión constituida a partes iguales por venecianos y no venecianos se le confió la tarea de encargarse de esta repartición y adjudicar los feudos a los caballeros. Los propietarios podrían disponer libremente de sus feudos, a excepción del ejército reclutado para el Emperador. La defensa del Imperio estaría así sólo bajo la responsabilidad del Emperador. Su elección se confió a un consejo compuesto de seis venecianos y seis no venecianos. El partido perjudicado por la elección de soberano sería indemnizado a través de sus sacerdotes, que formarían el cabildo de la catedral de Santa Sofía y elegirían un también nuevo patriarca latino de Constantinopla. En todo el reino los clérigos deberían tener posesiones de acuerdo con lo que necesitasen para su noble subsistencia. El resto de la gigantesca fortuna de la Iglesia griega, junto con el botín sobrante, se repartiría entre los laicos. El dogo quedó exento de sus deberes frente al Emperador, y sólo sus súbditos, a los que concedió derechos y feudos, tendrían los mismos deberes que los señores feudales francos.

Aun siendo este contrato tan defectuoso y en parte borroso, encierra casi todos los problemas fundamentales del posterior Imperio latino de Constantinopla. La base financiera del Imperio latino quedó debilitada desde un principio por la necesidad de saquear primeramente el Imperio bizantino antes de poder establecer sobre sus ruinas el gobierno franco. La posición del Emperador era demasiado endeble; tenía que defender un país del que sólo controlaba una cuarta parte. Sólo los venecianos podían estar satisfechos de su éxito; a ellos les correspondían 3/8 del Imperio y la capital, y sus antiguos privilegios mercantiles se convirtieron en derechos públicos. Un importante aspecto de la organización eclesiástica fue determinada de antemano por los laicos y las propiedades de la Iglesia pasaron a convertirse en propiedades laicas. Parece un sarcasmo que los que firmaron el contrato se comprometieran a pedir al Papa que castigara con la excomunión las infracciones de los demás, teniendo en cuenta que la excomunión en la que se encontraban

los venecianos desde la toma de Zara todavía no había sido anulada.

Los cruzados preparaban un nuevo ataque a Constantinopla. Tras las experiencias del año anterior se decidieron a atacar sólo desde el Cuerno de Oro. El primer intento del 8 de abril fracasó y los peregrinos dudaron de la victoria con este fracaso. De nuevo tuvieron los clérigos que levantar la moral de la lucha, las mujerzuelas fueron expulsadas del campamento y el ejército se confesó y comulgó. El 12 de abril se repitió el ataque. Un viento favorable empujó la flota hacia la costa, de modo que se pudieron conquistar algunas torres desde las plataformas de los mástiles del barco. Mientras tanto unos franceses consiguieron, a pesar de la granizada de piedras que arrojaban los defensores desde las almenas, forzar una puerta de salida que estaba tapiada y abrir desde dentro algunas puertas. Los caballeros entraron a caballo en la ciudad, huyendo los defensores y teniéndose que retirar el Emperador a palacio. Pero la oscuridad impedía una inmediata invasión, de manera que los cruzados levantaron su campamento cerca de las murallas. De noche algunos prendieron fuego, por miedo a un ataque griego, a las casas situadas ante ellos y produjeron así el tercer gran incendio de Constantinopla, que se mantuvo hasta la tarde siguiente.

El emperador Alejo Murzuflo intentó inútilmente reorganizar la resistencia bizantina. Finalmente desistió de su intento y se unió a la riada de ricos fugitivos, que salían corriendo por la «Puerta de Oro». Con esto se quebró la voluntad de defensa y los cruzados al día siguiente ya no encontraron resistencia alguna.

Los capitanes del ejército se alojaron en los palacios imperiales y a la soldadesca, según la ley de la guerra, se le permitió saquear la ciudad. Por fin los caballeros y los soldados, una vez pasados los temores y penalidades del largo viaje y las tensiones de la lucha de ciego salvajismo, dejaron salir el odio tradicional de los latinos a los griegos. Robos, asesinatos y violaciones se sucedieron en la ciudad. El número de las víctimas griegas no pasó de las 2.000 y no pudo repararse nunca la pérdida de los tesoros de arte que había reunido Bizancio dentro de sus murallas a lo largo de su casi milenaria historia. Bibliotecas enteras fueron quemadas, robadas las piedras preciosas de los objetos de las iglesias, fundidos el oro y la plata y pisoteado el marfil. Los guerreros, que habían comenzado su viaje como cruzados, no respetaron la religión: las monjas fueron violadas en sus conventos; en Santa Sofía soldados borrachos arrancaron las cortinas de seda y destrozaron con martillos y hachas la

chapa del altar y la *iconostasis* de plata, una prostituta se sentó en la silla del patriarca cantando canciones francesas, mientras se usaban como copas los vasos sagrados. Otros, sobre todo los sacerdotes, opinaban que «es indigno robar los bienes de las iglesias, excepto los bienes sagrados» [7], es decir, las reliquias de las que la ciudad había reunido un tesoro incalculable. El abad Martín de Pairis amenazó en la iglesia del Pantocrátor a un sacerdote ortodoxo con la muerte si no le enseñaba el resto del tesoro de las reliquias. «En cuanto lo tuvo delante, el abad metió rápidamente las dos manos con avidez y como sus ropajes eran amplios, llenó su cogulla con el botín de la iglesia» [8]. Sangre de Cristo, madera de la verdadera Cruz, partes de San Juan Bautista, un brazo, un pie, una cabeza, un diente de diversos santos, en total 52 reliquias trajo Martín a Alsacia de su viaje. Una lista parecida pudieron mostrar orgullosos los obispos de Halberstadt y seguramente también los clérigos de Langres y Soissons.

Los venecianos consiguieron un botín más acertado. Su pieza más fastuosa es la clásica cuadriga de bronce, que el emperador Augusto de Alejandría envió a Roma y que Constantino el Grande trasladó a su nueva capital, y que corona hoy la entrada principal de San Marcos. «Es tan incalculable la abundancia [de caballos, oro, plata, seda, valiosas telas, piedras preciosas y otros objetos valiosos] que todo el mundo latino no posee tanto» [9], escribe triunfalmente al Papa el emperador Balduino de Flandes, después de su elección; y Godofredo de Villehardouin anuncia que en ninguna ciudad, desde la creación del mundo, se ha recogido un botín de tal categoría. Aunque los saqueadores no habían cumplido lo acordado de entregar todo al depósito, el valor de éste ascendió a 400.000 marcos de plata, el doble de lo que había prometido el príncipe Alejo en Zara, que fueron repartidos según el contrato. Para los cruzados había valido la pena la marcha a Constantinopla. A los bizantinos les parecía que sobre su ciudad habían caído los precursores del Anticristo y había aparecido el fantasma de la devastación. Nicetas Coniates, que vivió los furores de los latinos, lo describía con inconsciente amargura y agitadas palabras, comparándolo con la ocupación de Jerusalén en 1187 por los sarracenos, que al menos no violaron el Sepulcro del Señor y dejaron salir tranquilamente a los cristianos con sus bienes. Los griegos nunca olvidaron el saqueo de Constantinopla. El sueño de la Iglesia occidental de poner bajo la soberanía romana al Oriente ortodoxo llegó con esto a su fin. Por último se produjo el Cisma. Inocencio III parece ser que lo intuía cuando escribía en el verano de 1205 a Bonifacio de Montferrato que

los cruzados habían causado tales estragos en las iglesias «que la Iglesia griega... rehusa volver a la obediencia de la Sede Apostólica; no ha visto en los latinos más que ejemplos de corrupción y malas obras, de modo que se acobardan con más razón ante éstos que ante los perros»[10].

II. *Los Imperios latino y griego, 1204-1261*

El acto constituyente del nuevo Imperio latino de Constantinopla fue la elección del emperador. Bonifacio de Montferrato, por ser el jefe oficial del ejército de los cruzados, contaba con mayores posibilidades. Esto era lo que esperaban también los griegos rezagados en Constantinopla, cuando en sus encuentros con los latinos se santiguaban y decían «Santo emperador margrave». Pero muchos cruzados favorecían al conde Balduino de Flandes. Y como el dogo Enrique Dándolo contaba con seis electores venecianos y se inclinaba por un emperador personalmente más débil, en su temor ante un posible aumento de poder de su rival, Génova, a través de Bonifacio, consiguió imponer la elección del flamenco. Una semana más tarde, el 16 de mayo de 1204, el nuevo emperador Balduino I fue coronado en Santa Sofía por los obispos de la expedición.

La ceremonia, a pesar de algunos elementos griegos, fue la reproducción de una coronación occidental, sobre todo francesa, como les era familiar a la mayoría de los barones. Igualmente el título y los símbolos imperiales del Imperio latino eran occidentales, con formalismos griegos, como el *protovestiarios* en lugar del gentilhombre de cámara. Los emperadores firmaban sus documentos latinos con letras griegas en tinta roja. De especial significación son los sellos imperiales de oro o plomo. Así, en la portada de una bula dorada del emperador Enrique, sucesor de Balduino, aparece una mezcla de los emblemas occidental y oriental: griegas la corona y la leyenda, occidentales la capa, el trono del león, el cetro y la insignia imperial; el reverso, puramente occidental, presenta al Emperador encorazado sobre un caballo galopante, con la espada desenvainada y el león flamenco en el escudo. Estas escasas concesiones de la tradición bizantina en los símbolos oficiales corresponde al carácter del dominio extranjero en tierra griega.

Sin tener en cuenta la población, se repartió el país entre los vencedores. Ya en un principio se produjo con esto un conflicto entre los dos caballeros más poderosos. Antes de la elección de Balduino se convino en compensar al candidato vencido con la soberanía sobre Asia Menor y el Peloponeso,

para que se quedara en el país. Pero Bonifacio, tras su derrota, exigió en lugar de esto Salónica y sus alrededores, seguramente debido a que mientras tanto se había casado con María, viuda del emperador Isaac y hermana del emperador húngaro, y deseaba estar cerca de su yerno. Balduino no estaba dispuesto a consentir esto y amenazaba con una guerra abierta entre ambos príncipes. Sólo la enérgica actuación del dogo llevó a ambos combatientes a someterse a un parlamento mixto, que se decidió por Bonifacio. Seguramente se había asegurado éste los votos decisivos vendiendo la isla de Creta, que le había prometido Alejo IV, a la ciudad de Venecia. Después de este juicio que dejaba a Bonifacio la región entre Salónica y Mosinópolis, se repartió, por el acuerdo de octubre de 1204, el Imperio bizantino entre el Emperador, los caballeros y los venecianos. Balduino recibió, junto a la parte principal de Constantinopla en Europa, los territorios comprendidos entre Agatópolis en el Norte y Heraclea en el mar de Mármara, a cambio de todo el Asia Menor bizantina y las islas adyacentes. Los venecianos recibieron, además de una parte considerable de Constantinopla, la zona costera desde Heraclea hasta la punta de la península de Gallípolis y el territorio en torno a Adrianópolis hasta el mar de Mármara; aparte les pertenecía toda la costa occidental griega y el interior hasta la cima del monte Pindo, de Dirraquio hasta el golfo de Patras, incluidas Corfú y las islas jónicas, junto a la mayor parte del Peloponeso (Morea, como lo denominaban los latinos), las islas de Andros, Salamina y Egina y las partes norte y sur de Eubea (Negroponto). A los caballeros franceses les quedaron las restantes regiones entre los territorios del Imperio y Salónica, junto con la parte occidental de Macedonia entre el Vardar y el lago Prespa, Tesalia y Atica. En este segundo contrato de repartición no se nombraron la parte central de Eubea, Beocia, Corinto y la Argólida, así como las Cícladas. Por lo menos los territorios continentales, como el este de Macedonia, parece que se reservaron a Bonifacio de Montferrato.

Posiblemente los tres partidos recibieron territorios cerca de Constantinopla con el fin de que colaboraran en la defensa de la capital, que se veía amenazada sobre todo por el Oeste. Es evidente el influjo de los miembros venecianos de la comisión de reparto; tenían sobre los cruzados la ventaja de poseer unos conocimientos geográficos muy exactos de la Romania, que era como se denominaba al territorio del Imperio bizantino, y por eso sabían lo que querían. Los territorios que correspondieron a Venecia rodeaban casi totalmente la Grecia de los franceses y aseguraban a los venecianos la comunicación por mar entre su ciudad natal, Creta y Constantinopla, y el

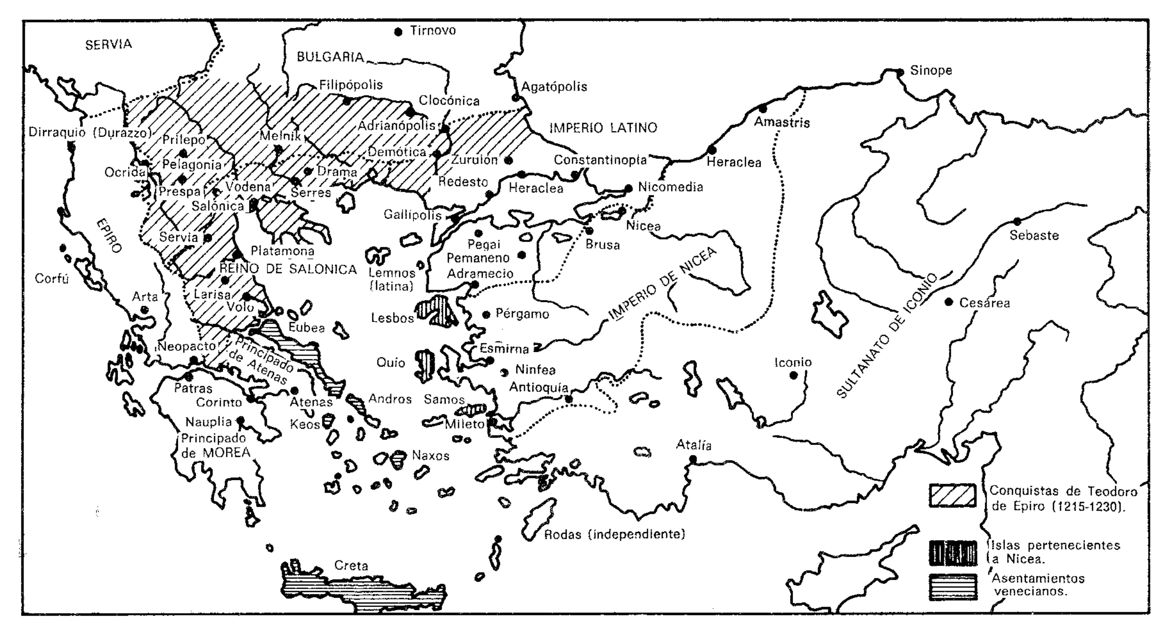


Fig. 9. *El Imperio bizantino en 1214.*

acceso a los centros comerciales griegos más importantes. Los territorios en torno a Constantinopla se repartieron en feudos poco después de la firma del acuerdo; Enrique, hermano de Balduino, recibió Adramecio, en Asia Menor; Godofredo de Villehardouin la soberanía sobre la parte occidental de la desembocadura del Maritza. Pero la mayoría del antiguo Imperio bizantino estaba por conquistar.

El nuevo Emperador era sobre todo devoto y valeroso; tampoco sus barones manifestaban unas capacidades especiales para la administración del nuevo Imperio. En lugar de aliarse con los enemigos tradicionales de los bizantinos en los Balcanes y Asia Menor, los búlgaros y los turcos selyúcidas, fueron rechazados unos como súbditos rebeldes y otros como infieles. El poderoso zar búlgaro Caloyán se había sometido a Roma, por lo menos en teoría, en lo concerniente a su política eclesiástica, y ofreció a los franceses una alianza. Pero Balduino exigió orgullosamente la entrega de todos los territorios bizantinos ahora en manos de los búlgaros. La consecuencia de esto fue que Caloyán se alió con los griegos descontentos contra los latinos. Igualmente incapaces se mostraron el Emperador y la mayoría de los latinos en el trato con los griegos. La continua disolución del poder central bizantino había favorecido, ya antes de la cuarta Cruzada, a la aristocracia local, que se había hecho con el poder en muchas partes del país. Estos arcontes estaban dispuestos en parte a colaborar con los extranjeros si eran confirmados en su posición. Pero muchos caballeros franceses querían el dominio total y los señores locales griegos se convirtieron en encarnizados enemigos de los latinos.

No obstante, los francos obtuvieron en un principio éxitos considerables. Se conquistó casi toda Tracia y extensas partes de Bitinia. Bonifacio pudo, gracias a las relaciones de su esposa, la viuda del emperador, establecerse rápidamente en el Imperio de Salónica, que le había sido asignado, y marchar con un ejército de caballeros repartiendo feudos por toda Grecia central, a través de Tebas y Atenas hasta Corinto y Nauplia. Sólo León Esguro, arconte de Corinto y de la Argólida, resistió tenazmente, siendo rápidamente vencido en las Termópilas, pero conteniendo durante más tiempo a los latinos ante Nauplia y la ciudadela de Corinto. Mientras tanto comenzó ya la conquista del Peloponeso con Guillermo de Champlitte y Godofredo de Villehardouin, sobrino del historiador.

Alrededor de Constantinopla se preparaban ya los caballeros para organizar sus feudos, cuando en febrero de 1205 invadió el zar búlgaro Caloyán con sus tropas cumanas los territorios latinos. Los griegos, maltratados en los territorios de los vene-

cianos, se unieron a él entusiasmados. Toda Tracia se encontraba en rebeldía y Demótica y Adrianópolis cayeron en manos de los sublevados. Presurosamente llamó Balduino a sus tropas dispersas y, sin esperar la llegada de los caballeros de Asia Menor, sitió Adrianópolis. En el ataque de las tropas de socorro búlgaras, en abril de 1205, no pudieron los caballeros hacer frente a la táctica de los cumanos, pueblo turco de la estepa rusa. Estos, ligeramente armados, atraían con una falsa huida a los franceses cubiertos de pesadas corazas y deshacían sus formaciones, dejaban cansados al caballo y a su jinete en la persecución y se lanzaban después sobre los debilitados enemigos. De este modo fue diezmado el ejército latino, el conde Luis de Blois encontró la muerte, el Emperador cayó prisionero. Godofredo de Villehardouin, junto con el dogo Dándolo, pudo conducir trabajosamente al resto del ejército francés a Constantinopla, donde murió Dándolo a finales de mayo a causa de estas marchas forzadas. Ahora dominaba Caloyán sobre toda Tracia, y los griegos pudieron ocupar de nuevo los territorios de Asia Menor. Aparte de Constantinopla, sólo les quedaban a los latinos las ciudades de Redesto y Selimbria en el litoral norte y una cabeza de puente cerca de Pegai en el litoral sur del mar de Mármara. Sobre todo se perdió la reputación de las armas de los franceses. Los latinos, que hasta hacía poco pasaban por invencibles, veían ahora amenazada su soberanía.

Salvaron la situación eligiendo a Enrique, hermano de Balduino, primero como regente y después como emperador (20 de agosto de 1206), al conocerse la muerte en la prisión del Emperador. Enrique salió enérgicamente al encuentro de las tropas enemigas, pero los búlgaros se convirtieron en los dueños de Tracia. Sólo penosamente pudo mantenerse el rey Bonifacio en sus posesiones de Salónica, habiendo acudido rápidamente desde Nauplia. Se produjo un cambio repentino cuando los griegos, que habían sufrido igualmente la devastación y las crueldades de las tropas búlgaras, denominadas orgullosamente por Caloyán los asesinos de los griegos, se aproximaron a los franceses y aceptaron a un magnate griego al servicio de los latinos como soberano de Adrianópolis y Demótica. Con la ayuda de los vasallos griegos pudo rechazar Enrique los repetidos ataques y hasta devastar los territorios fronterizos búlgaros al norte de Adrianópolis. En septiembre de 1207 murió Bonifacio, que el mismo año había prestado homenaje a Enrique y dado a su hija como esposa. Pero sólo un mes más tarde murió Caloyán, seguramente asesinado, delante de Salónica, que había sitiado aprovechando la muerte de Bonifacio. El reino búlgaro, no consolidado interiormente y sólo unido en la persona del poderoso

emperador Caloyán, fue presa de las luchas internas por la sucesión al trono. El legítimo heredero, Iván Asen, era demasiado joven para imponer sus derechos y huyó a Rusia. Boril, sobrino de Caloyán, recibió el trono y la capital, Tirnovo, mientras que otros parientes constituían sus propias soberanías, Alejo Slav cerca de Melnik y Dobromir Strez en el valle medio del Vardar con el apoyo del príncipe servio. Esta desunión entre los búlgaros fue rápidamente aprovechada por el emperador latino. En agosto de 1208 venció a Boril en Filipópolis, a orillas del Maritza; Slav se convirtió en vasallo latino y recibió como esposa a la hija de Enrique, y algo más tarde fue también vencido Strez.

Enrique impidió la constitución de un Imperio búlgaro, salvando así el Imperio latino. Pero el acuerdo firmado en octubre de 1205 entre el podestá y el jefe de la colonia veneciana aumentó en cierta medida la debilidad constitucional del Emperador. Aunque los venecianos se comprometieron, en vista del peligro búlgaro y al igual que los vasallos del reino, a acudir al llamamiento del ejército desde principios de junio hasta finales de septiembre, las decisiones sobre las guerras del reino emanaban ahora del Consejo Real, constituido por seis barones del podestá y sus seis consejeros. El Emperador presidía esta asamblea, pero estaba vinculado a sus resoluciones. Tampoco podía proceder por sí solo contra los desertores del ejército, sino que las infracciones a este acuerdo eran tratadas ante caballeros venecianos y franceses que nombraba el Consejo Real.

Estos acuerdos de mayo y octubre de 1204, que cada nuevo emperador debía de jurar en su coronación, procuraron tal influencia a los venecianos en el reino que el podestá representaba una especie de vice-emperador. El primer ocupante de este cargo fue Marino Zeno, sobrino de Dándolo, el que habían elegido los venecianos de Constantinopla sin contar con su ciudad natal. Este firmaba, como el Emperador, en letras griegas y con tinta roja y se llamaba orgullosamente señor de la cuarta parte de la Romania. Con su administración propia, según el modelo veneciano, y sus tribunales e iglesias independientes, que no estaban subordinadas a los patriarcas de Constantinopla sino a los de Venecia, los venecianos constituían casi un Estado dentro del Estado. Bajo Zeno el barrio veneciano de Constantinopla, que se extendía hasta el palacio de Blaquerna, se separó incluso del resto de la ciudad con una muralla; el mismo podestá ordenó, poco después de su elección, que todo veneciano que hubiese conseguido una posesión en territorio griego sólo podía vender ésta a otro veneciano, bajo pena. Este abuso de poder del podestá intranquilizó al poco tiempo en la misma Ve-

necia. Pedro Ziani, sucesor de Dándolo y elegido dogo en agosto de 1205, sometió directamente a la Señoría los territorios occidentales griegos prometidos a Venecia y él mismo tomó el título de señor de tres octavos del territorio de la Romania. Desde 1207 el podestá de Venecia se vio obligado a prestar juramento al dogo y al consejo veneciano. La limitación de su permanencia en el cargo iba encaminada a evitar el peligro de separación entre los venecianos de Constantinopla y su ciudad natal.

La catastrófica derrota de Adrianópolis se debió a que los latinos, que habían concentrado casi todas las fuerzas militares contra los búlgaros, no pudieron evitar la formación de centros de resistencia en la costa griega occidental.

En la misma noche antes del saqueo de Constantinopla, cuando el emperador Alejo V Murtzuflos ya había huido, algunos nobles nombraron emperador en Santa Sofía a Constantino Lascaris, que se había destacado ya en la lucha contra los invasores; pero tras inútiles intentos de organizar, junto con el patriarca Juan Camatero, la última resistencia contra los latinos, aquél huyó también por el Bósforo a Asia Menor. El emperador Constantino Lascaris se nos muestra completamente ensombrecido por su hermano Teodoro, yerno de Alejo III. Teodoro Lascaris había escapado también a Oriente y en difíciles circunstancias, «sin armas, sin dinero, sin ejército, sin nada» [11], se había establecido primero en Brusa y después en Nicea, que era estratégicamente más favorable, donde pudo formar un ejército.

Nicea era al principio uno de tantos reinos griegos de Asia Menor, formado ya en parte durante los disturbios que se produjeron en el Imperio bajo los últimos emperadores de las dinastías Comneno y Angel. En la costa del sureste del mar Negro se había ocupado en abril de 1204, poco antes de la caída de Constantinopla, el importante centro comercial de Trebisonda por Alejo y David Comneno, nietos del emperador Andrónico I. Para ello habían recibido el apoyo de una pariente, la reina Tamara de Georgia, en cuya corte se habían podido salvar, como únicos miembros de la familia de los Comneno, en su huida por el levantamiento nacional del año 1185. Mientras Alejo permanecía en Trebisonda y tomaba el título de gran emperador Comneno, David, más joven, emprendedor y enérgico, recorrió la costa oriental, conquistando Sinope y avanzando por Paflagonia hasta Eregli. Más tarde se alió con los latinos, pero sus tropas fueron derrotadas en 1205 por Teodoro Lascaris en su intento por tomar Nicomedia. En el sur, cerca de Filadelfia, se había establecido Teodoro Mancaflas con ayuda de los turcos; en el valle del Meandro pudo

Manuel Mavrozomes establecer un reino, y, Sebastián Asideno, en Samos y Mileto. También se había hecho independiente el gobernador de la isla de Rodas, León Gabalas.

Frente a estos reinos griegos en Asia Menor, los de los Lascaris en Bitinia eran al principio diminutos. Pero por su proximidad con Constantinopla, Nicea se convirtió en el punto de reunión de muchos dignatarios religiosos y seglares del antiguo Imperio, que no querían vivir bajo el yugo latino. Teodoro dispuso por esto pronto de un Imperio y una corte que imitaban fielmente a los del antiguo Bizancio. Sobre todo se había salvado, con la presencia de Constantino X en Nicea, el título imperial y Teodoro Lascaris se hizo nombrar también emperador a la muerte de su hermano (principios de 1205 en una batalla contra los franceses o poco después). Al principio tuvo que renunciar a la coronación, ya que el patriarca Camatero se negó a venir a Asia Menor desde Tracia, adonde había huido. Sólo después de la muerte de éste pudo elegir Teodoro un nuevo patriarca, Miguel Autoriano, que le coronó y ungió en la Semana Santa del año 1208. Con esto tuvo la Iglesia ortodoxa de nuevo un jefe ecuménico y los griegos un *basileus* y *autokrator*. Bizancio seguía existiendo en el Imperio exiliado de Nicea, que también era reconocido por los griegos de la parte europea. Miguel Coniates, el antiguo metropolitano de Atenas, escribió con emocionadas palabras al Emperador, desde su voluntario exilio de Keos: «Esto... es lo que todos confían y anhelan: que tú restablezcas el trono de Constantino el Grande en el lugar que le corresponde desde su origen por voluntad divina, y que se recupere toda la ciudad [es decir, Constantinopla]» [12].

Pero este programa no se podía realizar tan pronto. Ya desde los primeros momentos de la constitución del Imperio de Nicea tuvieron que defenderse Teodoro Lascaris y los suyos de los franceses, que en noviembre de 1204 comenzaron a conquistar los feudos que se les habían prometido. En las batallas de Pemaneno y Adramecio (diciembre de 1204 y marzo de 1205) las tropas de Lascaris no pudieron resistir a los caballeros y casi toda Bitinia y Tróade cayeron en manos de los latinos. Sólo la llamada de socorro de Adrianópolis y la retirada de casi todas las tropas de los franceses en defensa de los búlgaros salvaron el Imperio de Nicea, que se pudo extender hasta la costa del mar de Mármara, porque las duras batallas contra las tropas de Caloyán no le permitieron al emperador Enrique invadir Asia Menor.

Entretanto Teodoro Lascaris pudo someter los pequeños reinos griegos del sur y en 1207 llegó incluso a un acuerdo con

los turcos del sultanato selyúcida de Iconio. Estos habían aprovechado los disturbios producidos bajo el reinado de los Angel y sobre todo después de 1204 en las provincias bizantinas de Asia Menor, para anexionarse algunos territorios del Meandro superior y conseguir un puerto en el Mediterráneo después de atacar Atalia (actualmente Antalya). Pero el nacimiento de un poderoso reino griego en Nicea impidió la expansión turca hacia el Oeste. El sultán Kaijosru I se alió en 1209 con el emperador latino, que no tenía ningún escrúpulo en colaborar con infieles y hasta en enviar contingentes auxiliares latinos. El sultán invadió en la primavera de 1211 el territorio de Nicea con el pretexto de devolver al antiguo emperador Alejo III, que había huido a Iconio, su legítimo Imperio. En la batalla de Antioquía, junto al río Meandro, estuvo a punto de ser aniquilado el ejército de Teodoro, numéricamente inferior, compuesto casi en su mitad por soldados latinos, cuando murió el sultán, quizá luchando contra el propio Teodoro Lascaris. Entre los prisioneros se encontraba Alejo III, que fue internado en un convento.

Así terminó con el último emperador bizantino que le podía disputar el trono. De este modo Teodoro Lascaris se deshacía al mismo tiempo del peligroso vecino. Con la muerte del soberano se produjeron en el sultanato diferencias en torno al trono. El efecto psicológico que causó a los griegos, no sólo en Asia Menor, fue impresionante, pues el Emperador, en defensa de su Imperio, había reanudado la tradición bizantina de la lucha contra los musulmanes.

Liberados del peligro turco, se pudieron dirigir de nuevo los griegos contra los latinos. Pero entre tanto también el emperador Enrique había asegurado hasta cierto punto su segundo frente y poseía ahora fuerzas disponibles para luchar contra Teodoro Lascaris. En octubre del 1211 infligió una sensible derrota a los griegos en Rindaco, cerca de Brusa, y avanzó por Misia hasta Pérgamo y Ninfea. Pero el Emperador latino se había dado cuenta que no podría mantener las enormes fronteras del Imperio con las escasas tropas disponibles, porque muchos cruzados habían regresado a su patria después de la conquista de Constantinopla, otros habían caído en guerra y los refuerzos que llegaban de Occidente eran escasos a pesar de las constantes peticiones. Como las fuerzas de los griegos en Asia Menor estaban también exhaustas, firmaron ambos emperadores, seguramente en el año 1214, el acuerdo de Ninfea. Los latinos recibieron Tróade, con toda la costa sur del mar de Mármara, incluida una gran parte del interior, mientras a Nicea se le adjudicaba Brusa y a los griegos el resto de los territorios hasta

la frontera turca. A pesar de la gran pérdida de territorios y al penoso acceso al mar de Mármara este acuerdo era una victoria de Teodoro. El reconocimiento mutuo y efectivo de ambos Imperios establecía un *statu quo*, pero a la larga los emperadores de Nicea tenían mayores posibilidades para reanudar la lucha por Constantinopla que se iba a producir de nuevo algo más tarde, ya que su Imperio era, dentro de unas fronteras relativamente seguras, un Estado religioso y nacionalmente unido.

Del mismo modo que por el Este habían encontrado los latinos una resistencia organizada, también se había constituido en el Oeste un fuerte Imperio griego. Miguel Comneno Ducas, primo de los emperadores Isaac II y Alejo III, sirvió primero a Bonifacio de Monferrato en su marcha por el norte de Grecia, pero más tarde acudió a la llamada de socorro de un gobernador bizantino de la costa del Epiro, a cuya muerte casó con su esposa y heredó su reino. Miguel I levantó el reino de Epiro con su capital en Arta. Se extendía desde Dirraquio hasta el golfo de Patras y se convirtió, como el Imperio de Nicea, en un punto de reunión de la tradición griega. Protegido al este por el macizo del monte Pindo y al norte por altas montañas, el territorio sólo estaba abierto al mar en las amplias desembocaduras de sus ríos. A pesar de todo Miguel se tuvo que someter en el verano de 1209 al emperador latino y confirmar el acuerdo mediante el matrimonio de su hija con Eustaquio, hermano de Enrique. Los venecianos, a los que se había adjudicado en el segundo acuerdo de 1204 la costa jónica, no tenían fuerzas militares suficientes para conquistar el territorio. Así, se conformaron con que Miguel Ducas reconociera su soberanía en un pacto firmado en junio de 1210. El rey de Epiro era un diplomático acomodadizo, acaso retorcido, aunque desde luego nosotros poseemos sólo sobre él y sus sucesores fuentes procedentes de Nicea, es decir, de sus enemigos. El utilizaba esta retaguardia en el Oeste para recortar la soberanía del emperador Enrique, reconocida un año antes, y atacar los territorios latinos.

Aquí, a la muerte de Bonifacio en el año 1207, habían intentado los barones lombardos del Imperio de Salónica disputar a Demetrio, hijo de Bonifacio y María de Hungría, de dos años de edad, los derechos al trono y poner en peligro la soberanía del Emperador sobre Salónica. Bajo la dirección del regente Roberto de Biandrate querían independizar el reino de Constantinopla e invitaron a venir a Grecia a Guillermo IV de Montferrato, hijo de un anterior matrimonio de Bonifacio. Este recibiría «el reino de Salónica y alguna otra fortaleza sin necesidad de honda ni catapulta» [13]. Pero, como decía en Grecia burlándose de él el trovador francés Elías Cairel, prefería «tener

en Montferrato dos bueyes y un arado que ser en otro lugar emperador»[14]. Enrique salió enérgicamente al encuentro de los rebeldes. Con astucia se apoderó de Salónica, coronó a Demetrio en el año 1209 y derrotó a la nueva resistencia en Tesalia. En el «parlamento» de Ravénica, en el valle del Esperquio (mayo de 1209), recibió el juramento de fidelidad de Godofredo de Villehardouin, señor de Morea, y Otón de la Roche, duque de Atenas. El victorioso asedio del castillo de Tebas y la marcha sobre Eubea terminaron con los motines lombardos. Enrique era señor de toda la Grecia francesa.

Pero el Emperador tampoco olvidó la parte europea de su Imperio. Poco después del acuerdo con Venecia en el año 1210 Miguel I de Epiro invadió Tesalia. En su ejército participaban por primera vez mercenarios latinos, directamente llegados de Venecia o traídos con una paga más elevada por los señores franceses. Tras considerables éxitos al principio —1.000 combatientes fueron hechos prisioneros por el condestable Amadeo Buffa y cruelmente maltratados— Miguel fue rechazado por el ejército imperial a finales del año 1210. Pero en los años siguientes las tropas de Epiro y los mercenarios latinos atacaron con más éxito el reino de Salónica, en cuya parte meridional el Imperio latino estaba fuertemente debilitado a consecuencia de los motines lombardos. En el verano de 1212 pudo Miguel extender su Imperio hasta Larisa y los alrededores y cortar así definitivamente la comunicación por tierra entre los territorios franceses de Grecia del Norte y del Sur. La nueva fuerza de la posición de los latinos frente a los búlgaros parece haberle impedido llevar a cabo una nueva ofensiva frente al monarca de Salónica. Así la siguiente meta de Miguel fueron los territorios venecianos al Oeste de su reino. En cambio, a causa de la ruptura del acuerdo de soberanía, conquistó en el año 1213-14 Dirraquio y Corfú.

Sin embargo, en el norte los latinos consiguieron asegurar su Imperio frente a los búlgaros. En 1211 fue expulsado Strez de Macedonia y la posición interna del zar Boril era tan insegura que éste, que acababa de hacer la guerra a los franceses, ofreció la paz y a su hija como esposa al Emperador recientemente enviudado. Algo vacilante, aceptó Enrique.

Así, tras el rechazo del peligro búlgaro y el acuerdo con Teodoro Lascaris el Imperio latino estaba, hasta cierto punto, asegurado en su política exterior, cuando murió de repente Enrique en Salónica en junio de 1216. El hecho de que los latinos hubiesen sobrevivido en Grecia a la catástrofe de Adrianópolis fue una gran suerte para ellos. No sólo era un valiente soldado, sino también un diplomático capacitado, que combatió

incansablemente a los enemigos de todos los puntos cardinales y reforzó su Imperio contra los enemigos con alianzas y matrimonios dinásticos. Sobre todo fue, gracias a sus vasallos griegos, como creó la base para su política exterior y el *modus vivendi* entre latinos y griegos, que quizá hubiese podido llegar a la consolidación política interna del Imperio latino. Enrique asentó a sus vasallos griegos, como Teodoro Branas en 1205 y Jorge Teofilópulos en 1214 en Tracia y Asia Menor, respectivamente. También defendió a los clérigos griegos contra los abusos de los fanáticos políticos eclesiásticos y los codiciosos latinos. Cuando por ejemplo el legado cardenalicio Pelagio de Albano quiso colocar en 1214 a los griegos de Constantinopla bajo la obediencia al Papa y a los patriarcas latinos, encerrando a los sacerdotes, el Emperador mandó abrir de nuevo las iglesias y liberar a los clérigos. Asimismo devolvió a los monjes ortodoxos el convento de Corteto, cerca de Salónica, ocupado y saqueado por los cistercienses italianos. La popularidad de Enrique entre los griegos se manifiesta en el recibimiento entusiasta, en 1209, del pueblo de Grecia central y en el juicio del historiador contemporáneo Jorge el Acropolita: «Enrique, a pesar de su origen francés, se ganó la más gustosa aceptación de los griegos y de los habitantes de Constantinopla. Acogió a muchos de ellos entre los grandes del reino, a otros en el ejército, y trató al pueblo en general como a su propia gente»[15]. Pero tampoco pudo Enrique de Flandes corregir la principal debilidad del Imperio latino. A la cabeza de un estado feudal débilmente estructurado, con independencia comercial en las colonias, había un emperador constitucionalmente débil. La clase dominante instalada desde hacía pocos años era demasiado escasa y carecía de una profunda conciencia nacional. Particularmente producía un efecto fatal la falta de un poder protector en Occidente, que hubiese podido enviar constantemente soldados y dinero a la Romania latina. El Papado era sólo una débil compensación.

Casi al mismo tiempo que Enrique murió el papa Inocencio III en el año 1216, en Perusa. La impresión que produjo sobre Inocencio la primera noticia de la destrucción de Constantinopla, del poder bizantino en general, y el alzamiento del Imperio latino fue imponente. De un golpe parecían estar al alcance de su mano la realización de los dos grandes objetivos de la política de la curia occidental: la unión de las Iglesias y la liberación de Tierra Santa. Porque el Papa creía también que con el dominio de los latinos sobre Bizancio sería cosa fácil la derrota de los mulsumanes. Pero en seguida surgió la desilusión, cuando llegaron a Roma las noticias de las terribles escenas del

saqueo de Constantinopla; ningún juicio contemporáneo sobre la atrocidades de los latinos es tan severo como el del Papa. Además, pronto se dio cuenta Inocencio de que la conquista de todo el territorio bizantino sólo se efectuaría, si es que se efectuaba, con mucho trabajo. Poco a poco desaparecieron sus ilusiones sobre la continuación de la Cruzada. Hasta el año 1207 consideraba todavía a los caballeros como cruzados y los exhortaba una y otra vez al ataque contra los infieles.

También en su otro objetivo, la superación del Cisma, fracasó Inocencio. Al igual que el dominio francés, el poder de la Iglesia romana se extendía sólo sobre una parte del Imperio bizantino. Y fue precisamente allí donde se dictaron las primeras importantes decisiones político-eclesiásticas sin el Papa. Conforme al acuerdo político, los venecianos nombraron, en 1204 desde sus líneas, al cabildo catedralicio de Santa Sofía, que eligió contra el derecho canónico al subdiácono veneciano Tomás Morosini, patriarca latino de Constantinopla. Inocencio protestó contra esto, pero todavía necesitaba a los venecianos para sus proyectos de la Cruzada. Para salvar las apariencias de la autoridad papal, nombró él por su parte a Morosini, le unió bajo juramento a la Santa Sede y otorgó al patriarca de Constantinopla el segundo lugar en Roma, delante de todas las sedes episcopales de Oriente. En su camino hacia Oriente Morosini fue obligado en Venecia a proceder, bajo juramento, conservar el monopolio de sus compatriotas en el cabildo catedralicio. Sólo unos años después pudieron llegar a ser canónigos también los que no eran venecianos, bajo la fuerte presión del Papa. La decisición de los venecianos de conservar el patriarcado como dominio propio provocó diferencias dentro del clero latino y largas vacantes en el patriarcado. Además, algunos de los primeros poseedores de este cargo eran inadecuados, pendencieros y ansiosos de prestigio como Morosini (1205-1211), o codiciosos y partidistas, como Mateo (1221-1226). La curia intentó obtener una influencia a través de la intervención directa y por medio de los legados pontificios, debilitando sin embargo con esto toda la institución del patriarcado e indirectamente también el Imperio latino.

Del mismo modo que frente al ataque de los venecianos, tuvo Inocencio que proteger a la Iglesia latina en tierra griega frente a los barones franceses. En el primer contrato de participación, en 1204, ya se había fijado que al clero sólo le correspondían las pertenencias necesarias para «su adecuado nivel de vida». Naturalmente con esto las necesidades de la Iglesia se estimaron muy reducidas, de manera que en Constantinopla y Tracia casi todas las antiguas propiedades de la Iglesia bizantina se repar-

tieron entre venecianos y franceses. El Papa se negó a reconocer el contrato de repartición, sobre todo en lo que se refería al asunto de las propiedades de la Iglesia. Tras penosas negociaciones se pudo llegar a un acuerdo en marzo de 1206, según el cual una quinceava parte de todas las posesiones y beneficios fuera de Constantinopla serían para la Iglesia. Pero los venecianos se negaron a ratificar el contrato; así empezó la lucha, que duraría varios años, por la participación del patriarca en estas fuentes de beneficios.

En el reino de Salónica y en Grecia central los laicos apenas usurparon las posesiones de la Iglesia. Aquí los enfrentamientos empezaron con los motines de los barones lombardos y finalizaron cuando en 1210 fueron secularizados casi todos los bienes eclesiásticos. Por la presión del Papa se llegó también aquí a una solución, por la que, a diferencia de la de Tracia, todas las tierras e ingresos debían ser restituidos a las iglesias y conventos; para eso el clero, incluido el latino, se comprometía a pagar a los señores laicos el antiguo impuesto bizantino.

Si bien Inocencio consiguió regular las cuestiones de derecho canónico dentro del clero latino en Romania, las dificultades con la Iglesia griega le resultaron insuperables. Además, el Papa, que en el Languedoc permitió la inexorable persecución de los herejes cátaros, manejó con mucho cuidado el problema de la unión de las Iglesias. El deseaba cambiar lo menos posible la antigua organización y jerarquía canónica y sólo exigía de los obispos griegos el reconocimiento del primado romano a través de un juramento al Papa y a sus legados. También deberían ser revocados de su cargo, tras un largo proceso, los príncipes de la Iglesia que se negasen a hacerlo. Pero casi todos los príncipes de la Iglesia ortodoxa huyeron del Imperio latino; Miguel Coniates de Atenas y Manuel de Tebas se refugiaron en las islas de Keos y Andros, y el arzobispo de Creta en la corte de Teodoro Lascaris, en Nicea. Otros sacerdotes griegos fueron desalojados de sus puestos por barones franceses, siendo sustituidos por clérigos latinos. Por esto fueron muy pocos los obispos ortodoxos que, como Teodoro de Eubea, conservaron sus puestos bajo el dominio francés.

El mayor impedimento para conseguir que los clérigos ortodoxos quisieran colaborar, era el establecimiento del patriarcado latino en Constantinopla. El patriarca griego Juan Camatero había huido en 1204. Seguramente Inocencio hubiese preferido ver la sede patriarcal vacante, para utilizarla en las negociaciones para la unión de las Iglesias; la elección de Morosini resultó comprometedora para él. Por eso no podía —o no quería— aceptar el ofrecimiento de los clérigos ortodoxos en el territorio del Imperio latino de que ellos reconocerían su supremacía a condición que

les dejaran elegir su propio patriarca. Como consecuencia de esto, también los sacerdotes ortodoxos bajo el dominio francés favorecieron la elección de un nuevo patriarca griego en Nicea. Por el contrario, tampoco podía ayudar a los bizantinos una cierta tolerancia de Inocencio en cuanto a la diferencia de credo y de rito; esta liberalidad fue defendida sobre todo por el legado papal, el cardenal Benedicto de Santa Susana, que llegó en 1205 a Constantinopla y discutió con eminentes teólogos bizantinos como los hermanos Juan y Nicolás Mesarites y Miguel Coniates. Pero el patriarca veneciano, la jerarquía latina y el nuevo legado papal Pelagio de Albano, enviado en 1213 a Constantinopla, agravaron las tensiones. Morosini interrumpió el culto en las iglesias griegas porque se dejó de rezar por él; quería bendecir de nuevo a los obispos griegos según el rito latino. Así fueron desplazados los dirigentes espirituales griegos a Nicea y Epiro, si es que no habían huido ya.

Allí la soberanía bizantina constituía el escudo de la resistencia clerical, porque en la directa confrontación con los latinos la ortodoxia se había convertido en confesión nacional. Se despreció toda posibilidad de una mutua comprensión, de un intercambio cultural, si es que alguna vez existió realmente alguna. Tras cada cambio de manos de las Iglesias, de una dirección religiosa a otra, se purificaron los altares. Miguel de Epiro, por deber patriótico, hizo matar a todos los sacerdotes latinos que cayeron en sus manos; Inocencio llamó a los magistrados y escolares de París «para ir a Grecia y reformar el estudio de la ciencia» [16]. Miguel Coniates calificaba a los bárbaros occidentales de incapaces, incluso de entender a los clásicos griegos ni siquiera en traducciones; «antes percibirán los burros la armonía de la lira y los escarabajos la fragancia del mirto, que ellos la armonía y la gracia de la lengua» [17].

Con la muerte de Enrique finaliza el momento de esplendor del Imperio latino en tierra griega. Sin emperador en algunos momentos, o en otros regidos por emperadores incapaces o efímeros, se fue reduciendo el Imperio latino poco a poco a Constantinopla y sus alrededores, mientras en torno a él el Imperio de Nicea, el despotado de Epiro y el reino de los búlgaros, dirigidos por hábiles príncipes, se hacían cada vez más poderosos a costa de los franceses.

El primer golpe a los latinos se lo dio Teodoro Ducas, hermano y sucesor de Miguel I de Epiro, que probablemente fue asesinado en el año 1215. Tras asegurar su frontera septentrional por acuerdos con los albanos y los servios y quitar a los búlgaros dispersos las ciudades de Prilepo y Ocrida, consiguió coger prisionero en las montañas al sucesor del emperador Enri-

que. Como Enrique había muerto sin dejar sucesión, los barones habían elegido a su yerno Pedro de Courtenay, conde de Nevers y Auxerre. Coronado a mediados de abril de 1217 por el papa Honorio III en la basílica de San Lorenzo Extramuros y no en San Pedro, como los emperadores occidentales, se dirigió con 6.000 hombres a Grecia e intentó sin éxito conquistar Dirraquio para los venecianos, continuando después con su ejército y los legados papales a través de Albania en dirección a Constantinopla. Aquí, en este territorio inhospitalario, consiguió Teodoro tenderle una trampa. Pedro fue encerrado con su gente en una prisión, de la que, como en otro tiempo Balduino, nunca más saldría. Sólo ante la amenaza del Papa de dirigir contra él la cruzada recientemente formada para atacar Egipto, libertó Teodoro por lo menos a los legados. La emperatriz Yolanda, que había continuado el viaje en barco desde Dirraquio, llegó mientras tanto a Constantinopla, dio a luz al más tarde emperador Balduino II y tomó la regencia del reino. Cuando murió Yolanda en 1219 y su hijo mayor Felipe de Namur rechazó la difícil herencia de Constantinopla, su hermano menor, el incapaz Roberto de Courtenay, se convirtió en Emperador (1221-1228).

Mientras tanto, el soberano de Epiro, animado por el éxito de Albania, había comenzado su aparatoso ataque contra Salónica. Gracias a las conquistas de su hermano en Tesalia central y a su parentesco con la familia de los Petrafilas, que antes de 1204 había tenido grandes posesiones en el Norte de Tesalia, contaba con una base de partida para conquistar entre 1218 y 1222 todas las plazas fuertes alrededor de Tesalia, desde Platamonia y Servia en el Sur hasta Serres y Drama en el Noroeste, y así cerrar un círculo en torno a la ciudad. La organización defensiva del reino de Salónica estaba considerablemente debilitada ya que numerosos barones italianos, a consecuencia de los motines lombardos, habían abandonado el país y se había reanudado la antigua lucha entre los partidarios y los enemigos del rey Demetrio, que era menor de edad. Además, la reina madre María había huido a Hungría y Demetrio salió hacia Italia para organizar con el Papa y su hermanastro Guillermo de Montferrato una «cruzada» contra Teodoro. En 1223 comenzó el asedio de Salónica y los sitiados, al mando del regente Guido de Pallavicini, se vieron obligados a defenderse por sus propios medios, sin ningún apoyo exterior. Las tropas de socorro de Constantinopla tuvieron que ser retiradas para luchar contra Nicea, mientras que las tropas lombardas habían desembarcado en 1225 en Tesalia, donde murió Guillermo de Montferrato a causa de la peste, dispersándose así su ejército. Pero ya a finales

de 1224 capitularon los sitiados y Teodoro se trasladó a Salónica.

El despotado de Epiro había sido en los primeros tiempos de su constitución uno de tantos centros de la supervivencia nacional, religiosa y cultural griega. Pero ahora, que Epiro se había convertido en el paladín de los griegos gracias a sus éxitos sobre los latinos y la liberación de Grecia septentrional, pudo Teodoro tomar la púrpura. A pesar de las pretensiones de Nicea de ser el único sucesor del Imperio bizantino, ambos estados se habían enfrentado en Grecia occidental y Asia Menor desde hacía mucho tiempo. Ya Miguel I de Epiro se sentía completamente independiente frente a Teodoro Lascaris y tampoco el hermano y sucesor de Teodoro reconocía la supremacía del soberano de Nicea, aunque antes de su salida hacia Arta había prestado a Lascaris juramento de fidelidad. A causa de la estrecha relación entre la Iglesia y el Estado en Bizancio, había que constituir una Iglesia occidental griega casi independiente. En realidad nunca se discutió la supremacía nominal del Patriarca ortodoxo de Nicea, cuyo nombre se incluía diariamente en las oraciones de todas las iglesias y conventos de toda la Romania no latina. Pero ya Miguel I nombró obispos en las ciudades recién conquistadas, que sólo unos años después fueron confirmados en sus puestos por el patriarca de Nicea. Justamente ahora aprovechaba el ambicioso Teodoro las dificultades de comunicación entre Grecia y Asia Menor, ya que el único camino atravesaba el Egeo, ocupado por los venecianos. En 1217 y 1219 encargó a los Sínodos de sus territorios imperiales, compuestos sólo por clérigos, la ratificación de sus proposiciones para la ocupación de las sedes episcopales de Ocrida y Corfú. El nuevo arzobispo de Ocrida, Demetrio Comatiano, uno de los grandes canonistas bizantinos, era un defensor incondicional de la independencia de la Iglesia de Epiro y por esto envió al famoso arzobispo de Neopacto Juan Apocauco como portavoz del clero griego occidental. Juan era el único metropolitano ordenado antes de 1204 por el patriarca de Constantinopla que quedaba vivo y encarnaba por esto la legítima sucesión de esta época, ya que ni el emperador griego ni el patriarca de Nicea podían apelar a sus antecesores de Constantinopla. Pero el metropolitano de Neopacto no estaba dispuesto, a pesar de su lealtad a Teodoro, a arrostrar las consecuencias político-religiosas de las ambiciones del Emperador: el cisma entre las Iglesias de Epiro y Nicea. Tras la negativa del metropolitano de Salónica, recientemente nombrado, fue el arzobispo Comatiano de Ocrida quien coronó a Teodoro como emperador de los griegos en 1227 o 1228, en Salónica.

El patriarca Germán de Nicea, que se sentía ofendido por no ser tenido en cuenta su privilegio de coronar al emperador, comentó irónicamente que el aceite sagrado de esta ceremonia había sido extraído de olivos salvajes, pero de hecho había dos patriarcas ortodoxos. Lo que sobre todo pretendían ahora los dos emperadores era la herencia bizantina. La alianza de los dos poderosos estados griegos contra el poder decreciente de los franceses en Constantinopla era por esto imposible; las guerras que se produjeron inevitablemente entre Nicea y Salónica fueron las que permitieron que el Imperio latino durara una generación más.

Tras la conquista de Salónica Teodoro ocupó casi todo el sur de Tracia, incluida Adrianópolis, y su ejército avanzó hasta las murallas de Constantinopla. La posición de los latinos en el Bósforo era desesperada; expulsados casi totalmente de Asia Menor por las tropas de Nicea en 1224-25, sólo conservaban la capital y sus alrededores. La postura de su emperador Roberto, calificado incluso por el lejano cronista franco-occidental Alberico de Trois-Fontaines de «quasi rudis et idiota»[18], era tan débil que los barones que tomaron parte en el asunto del matrimonio desigual de Roberto con la hija de un simple caballero no fueron castigados. Indignados sobre todo porque el Emperador se había encerrado con ella en el palacio, habían entrado en las habitaciones del Emperador y cortado a la joven la nariz y los labios. Enfurecido el Emperador marchó a Roma para quejarse al Papa, pero éste sólo le otorgó su consuelo espiritual y al regreso a su patria Roberto murió en Morea en 1228.

Los latinos estaban otra vez sin emperador, por lo que buscaron un enérgico extranjero para la regencia de Balduino II, que tenía sólo once años. A tal fin se les ofreció el poderoso soberano búlgaro Iván II Asen, que en 1228 había destronado con ayuda rusa al débil usurpador Boril. Como el zar Simeón en el siglo x, Iván pretendía fundar un gran reino búlgaro-griego con capital en Constantinopla por vía diplomática, por lo que ofreció la mano de su hija a Balduino; a cambio reconquistaría para los latinos todos los territorios que habían perdido a manos de los griegos. Pero a los caballeros y clérigos latinos les pareció sospechosa tal alianza y así eligieron en 1229 como nuevo emperador a Juan de Brienne.

Juan, héroe y en parte jefe de la cruzada a Egipto (1218-21) destronado como rey de Jerusalén por el emperador Federico II, era todavía, a pesar de su edad (entre los cincuenta y cinco y sesenta años), un hábil y valeroso soldado. Pero aparte del Papa, cuyas tropas dirigió contra Federico II en el sur de Italia, sólo

tenía el débil apoyo de los reyes de Francia y de Castilla. Además, tardó dos años en llegar a Constantinopla. Allí, una vez coronado Emperador, casó a su hija con el sucesor del trono Balduino, que una vez alcanzada la mayoría de edad sería co-emperador con él. Pero el ejército de 5.000 soldados y 500 caballeros que Juan había traido de Europa no llegó a entrar en combate. Los soldados se volvían a su patria o se dejaban contratar por los enemigos de los latinos, y cuando éstos comenzaron el asedio de Constantinopla en 1235, Juan contaba sólo con 160 caballeros y una pequeña tropa de infantería.

Con las negociaciones franco-búlgaras quedó lógicamente contrarrestada la alianza que Iván había firmado entretanto con el emperador Teodoro. Cuando en la primavera de 1230 parecía que el emperador griego iba a dar el golpe definitivo contra Constantinopla, dirigió sus tropas hacia el Norte, al territorio búlgaro, donde fue derrotado por Iván Asen en Clocónica, junto al Maritza superior. Teodoro cayó prisionero, recibiendo al principio buen trato, pero cuando quiso urdir un complot contra el soberano búlgaro, fue cegado. El poder de Teodoro se derrumbó en pocos meses. Casi todos los latinos despojados en los últimos años de sus territorios se sometieron a Iván Asen sin ninguna oposición pero, al contrario que su tío Caloyán, trató a los nuevos vasallos griegos amablemente y les dejó en parte la administración de sus posesiones.

Pero el verdadero vencedor de Clocónica fue el reino de Nicea. El emperador Teodoro Lascaris se había comportado pacíficamente frente a la Constantinopla latina durante su primera época, después de la paz de Ninfea (1214). Pero para eso había arrebatado en el año 1214 a David Comneno, aliado del emperador Enrique, los territorios al Oeste de Sinope y conseguido los puertos de Heraclea y Amastris y con ellos el acceso al mar Negro. La misma Sinope y los territorios al este de ella se asignaron al sultán de Iconio, que estableció a Alejo, hermano mayor de David, como vasallo en el imperio de Trebisonda, reducido ahora a una pequeña faja costera. Este estado comercial sobrevivió incluso a la pérdida definitiva de Constantinopla en 1453, pero no tuvo importancia en la historia bizantina posterior. En 1219 Teodoro Lascaris firmó con los venecianos un tratado en el que se les otorgaban sus antiguos privilegios mercantiles en el Imperio bizantino; lo importante en este acuerdo era sobre todo el mutuo reconocimiento de los dos poderes: el dogo fue designado señor de los tres octavos del Imperio griego y Teodoro emperador de los griegos. Sobre todo fue reconocida Nicea también ahora por Servia como centro de la ortodoxia griega y en el mismo año el patriarca consagró al primer arzo-

bispo autóctono de los eslavos del sur. Mientras Teodoro de Epiro quería expulsar a los latinos por la fuerza, Teodoro Lascaris confiaba en conquistar Constantinopla por la diplomacia. La posibilidad se la iba a ofrecer el matrimonio con María, hija de la emperatriz Yolanda, dichosa de estar libre por lo menos en parte tras la captura de su marido en 1217 en Albania. Tras la llegada del nuevo emperador Roberto de Courtenay en el año 1221, quiso Teodoro reforzar la relación dinástica a través del matrimonio de su hija con Roberto. Pero el patriarca Manuel Saranteno, que ya había aceptado a disgusto la unión de Teodoro con María de Courtenay, puso inconvenientes jurídicos y canónicos, y a mitad de las negociaciones, murió Teodoro el año 1222.

Su sucesor y yerno Juan III Ducas Vatazes (1222-1254) pudo centrar su actividad sobre la base establecida por Teodoro a lo largo de los años de su reinado y convertir a Nicea en la primer potencia absoluta de Romania. Dos de los hermanos de Teodoro Lascaris, sintiéndose postergados en sus derechos al trono, llamaron en su ayuda a los latinos. Pero el emperador Roberto era tan imprudente que no envió un ejército en su auxilio, y fueron derrotados tan duramente en 1224 en Pemaneno que hasta tuvieron que ser retiradas tropas del frente contra Teodoro de Epiro. Pero lo más importante que obtuvo Vatazes de la paz de 1225 fue la casi totalidad de los territorios de los franceses en Asia Menor, a los que sólo quedó la península en frente de Constantinopla, con la ciudad de Nicomedia. Animado por este éxito consiguió el emperador de Nicea, con la ayuda de la flota recientemente creada, conquistar las islas de Samos, Quío y Lesbos, atacar la península de Gallípolis y, mediando una petición de socorro de los habitantes de Adrianópolis, ocupar también esta ciudad. Pero una vez allí sus tropas se tuvieron que retirar ante el ejército superior de Teodoro de Epiro.

La afrenta que para Iván Asen fue la elección de Juan de Brienne, convirtió al soberano de los búlgaros en un encarnizado enemigo de los latinos. Iván se separó en 1232 de la Iglesia romana y ofreció a Juan Vatazes una alianza que se firmó en 1235 en Gallípolis, recientemente arrebatada a los venecianos, y como de costumbre, reforzada a través de un matrimonio entre familias reales: el futuro emperador Teodoro II Lascaris recibió por esposa a Elena, hija de Iván, que en otra ocasión estuvo destinada a Balduino II. Al mismo tiempo reconocieron los griegos a la Iglesia búlgara, ortodoxa de nuevo, como patriarcado autónomo. En el mismo año emprendió el ejército conjunto greco-búlgaro el asedio a Constantinopla, mientras la flota de Nicea atacaba por mar. Gracias a la intervención de barcos venecianos y a la valerosa defensa de Juan de Brienne, con unas

fuerzas bastante inferiores, se salvó la ciudad. Al año siguiente se repitió el ataque; esta vez el príncipe franco de Morea, Godofredo II de Villehardouin aportó la ayuda decisiva con una flota y 1.000 caballeros. Pero los medios del emperador latino se agotaron después de esto, pues faltaban soldados y dinero; y por ello en 1232, Balduino, sucesor del trono, emprendió uno de sus largos viajes de petición de ayuda a Occidente. El papa Gregorio IX convocó una nueva cruzada para defender la asediada Constantinopla, y hasta concedió a los voluntarios las indulgencias de un viaje a Palestina; pero ya durante los preparativos murió Juan de Brienne en 1237.

Mientras tanto, Iván Asen se había dado cuenta de que el expansionista reino griego de Asia Menor era para él un rival mucho más peligroso que el débil Imperio de Constantinopla. Por eso pidió a Nicea la devolución de su hija, volvió a ser un «fiel hijo» de la Iglesia católica y permitió el paso por su reino a los cumanos que, huyendo de los mongoles, fueron contratados por los franceses. Incluso dirigió un ejército de búlgaros y latinos en el asedio de Zurulon, fortaleza de Vatazes, estratégicamente muy importante, en la Tracia oriental. Pero cuando en su capital, Tirnovo, se produjo una epidemia, por cuya causa murieron su mujer, su hijo y el patriarca, interpretó este hecho como una venganza de Dios por su traición a los griegos y de nuevo se aproximó a Nicea. Envió de nuevo a su hija a Asia Menor y renovó la alianza con el emperador griego (1237).

Antes de atacar de nuevo a Constantinopla, Vatazes quiso primero extender su poder sobre el estado griego occidental. Aquí, tras la catástrofe de Clocónica, había constituido el déspota Manuel, hermano de Teodoro y yerno de Asen, un reino con los restos del de Salónica, gracias al apoyo de Asen; pero en 1237 fue expulsado por Teodoro Ducas, que había sido libertado tras el matrimonio de su hija con Asen. A causa de su ceguera Teodoro no podía reinar y puso en el trono a su hijo Juan, que quería ser monje. Vatazes intentó por lo pronto apoderarse de Salónica enviando allí, junto con un ejército expedicionario, a Manuel, que al ser destronado, había huido a su lado. Sin embargo éste, tras un feliz desembarco en Tesalia, llegó a a un acuerdo con su hermano Teodoro. Más efectivo fue el segundo ataque. En 1241 murió Iván II Asen de Bulgaria, dejando un sucesor menor de edad. En el mismo año cayó Teodoro Ducas, que había cometido la imprudencia de aceptar una invitación a Nicea, en manos de Vatazes. Con Teodoro como prisionero y un gran ejército, invadió el Emperador todo el territorio costero hasta las puertas de Salónica. Allí le llegó la noticia de la invasión de los mongoles en el vecino sultanato de

Iconio, que mantuvo en secreto y firmó la paz. Juan de Salónica fue despojado de todas las insignias imperiales y obligado a prestarle juramento de fidelidad, pero pudo seguir reinando en calidad de déspota.

Las hordas mongólicas, tras la ocupación de Kiev y Ucrania en 1240, habían avanzado hacia Silesia y, a través de Hungría, hasta el Adriático, devastando a su regreso los territorios de la península de los Balcanes, donde hicieron tributarios a los búlgaros y los eslavos del sur. El Próximo Oriente estaba igualmente amenazado; casi al mismo tiempo invadieron los mongoles Armenia, conquistaron en 1242 Erzerum y siguieron avanzando hacia Asia Menor. En 1243 vencieron al sultán Kaijosru II en la batalla de Köse-Dag, en Anatolia oriental, saquearon la cercana Sebaste y destruyeron Cesárea, en Capadocia. El sultán tenía que pagar tributos y el emperador de Trebisonda se convirtió en uno de los muchos vasallos del Imperio, que se extendía hasta Corea. Contra este peligro general se aliaron en el mismo año Nicea e Iconio. Pero con la misma velocidad que vinieron, se retiraron los mongoles, para invadir de nuevo Asia en 1256. Los mongoles no invadieron el territorio de Nicea, y la causa de Vatazes ganó un nuevo prestigio gracias a sus estrechas relaciones con el emperador germano-siciliano Federico II. Tres veces excomulgado, el emperador occidental se había convertido en el aliado lógico de los griegos frente al Papa, protector de la Constantinopla latina. Federico mantenía una activa correspondencia con el emperador de Nicea, en la que aseveraba sus simpatías hacia los griegos y su odio hacia el Papa, «ese llamado arcipreste que diariamente excomulga a Su Majestad y a sus vasallos griegos y que califica desvergonzadamente de herejes a los griegos ortodoxos, de los que procede la fe en Cristo, que han extendido hasta los últimos límites del mundo» [19]. Por otro lado, Federico II estaba emparentado con Balduino, el emperador de Constantinopla, sirviendo de intermediario decisivo en sus infructuosas negociaciones de paz con el papa Inocencio IV (1244-1254), mientras por su parte obtenía con Vatazes en 1241 y 1244 un alto el fuego entre Constantinopla y Nicea. Pero los sentimientos de Federico a favor de los griegos y su inclinación hacia Vatazes eran más fuertes, y en 1244 le dio a su hija natural, Constanza, como esposa, hecho que provocó los reproches del papa Inocencio, por cuya causa fue declarado vacante el trono de Federico II en el concilio de Lyon de 1245. Constanza de Hohenstaufen sólo tenía doce años, y el Emperador tuvo relaciones con una dama de la Corte que se portaba ante la indignación del clero griego como una *mai-*

tresse en titre. La amistad entre el emperador griego y el alemán no sufrió por esto, pero tampoco aportó ventajas a Nicea.

El Imperio griego había salido airoso de la invasión de los mongoles, pero para eso había estado preso el Emperador varios años en Asia Menor. Una nueva crisis en el reino de Bulgaria a causa de la muerte de Calomán, sucesor de Iván Asen, le ofreció en 1246 la oportunidad de apoderarse de todos los territorios búlgaros al sur de la línea del Maritza superior y de ver confirmadas estas conquistas por la regente de Miguel Asen (1246-1257), que era menor de edad. A finales de ese año, un complot entre los habitantes puso Salónica en sus manos. El déspota Juan había sido sucedido en 1244, con el asentimiento de Vatazes, por Demetrio, su hermano menor; éste se había hecho odioso entre los habitantes a causa de su licenciosa vida. En las ciudades macedónicas se establecieron guarniciones y al reino de Nicea se incorporaron los territorios recientemente obtenidos por el gobernador Andrónico Paleólogo, padre del emperador posterior. En 1247 volvió Vatazes triunfalmente a Asia Menor con Demetrio como prisionero.

Teodoro Ducas pudo sin embargo permanecer en sus dominios, cerca de Vodena, al oeste de Salónica, sin abandonar sus ambiciones, todavía grandes, a pesar de su ceguera y de su edad. Entre tanto se habían vuelto a independizar del estado griego occidental los territorios de Epiro, Acarnania y Etolia, tras la catástrofe de Clocónica, bajo Miguel II, hijo del fundador del Estado. Mientras el despotado de Salónica se debilitaba progresivamente, Miguel conseguía cada vez más poder y consideración. En 1241 se había apoderado de toda Tesalia, donde mientras tanto se habían establecido los venecianos en Volo y Almiro, y en 1246 aprovechó la debilidad de Bulgaria, como Juan Vatazes, para reconquistar Albania, Dirraquio y los territorios al Oeste de Macedonia.

Así pues Vatazes tenía que contar, tras la eliminación del déspota de Salónica, con Miguel II, que, independiente de Nicea, se otorgó el título déspota por lo menos desde 1237. Por esto propuso una alianza matrimonial entre Nicea y Epiro; su nieta debería casarse con Nicéforo, hijo mayor de Miguel. En la devota Teodora Petralifina, esposa del déspota, encontró un activo apoyo y el compromiso se llevó a cabo en 1249. Pero bajo la influencia del intrigante Teodoro Ducas en 1251 Miguel rompió la alianza e invadió los territorios macedónicos de Nicea. La esperanza de un arreglo pacífico entre los estados griegos se volvió a desvanecer a causa de esto. Al año siguiente apareció Vatazes en Salónica. Rápidamente expulsó las tropas de Miguel a Epiro. Una traición le permitió alcanzar el territorio de la for-

taleza de Castoria y avanzar hasta Albania; Miguel tuvo que pedir la paz que le impusieron en 1252 en Larisa los enviados imperiales, entre ellos el historiador Jorge el Acropolita. Miguel perdió las regiones griegas occidentales, arrebatadas a los búlgaros, así como Prilepo y Cruya en Albania; a cambio recibió oficialmente, junto con su hijo, el título de déspota y pudo seguir reinando bajo la soberanía de Nicea. Teodoro Ducas fue entregado y conducido a Nicea, donde terminó su vida en la prisión.

Como su antecesor Teodoro Lascaris, también el emperador Juan Vatazes tuvo enfrentamientos religiosos con la Curia pontificia por causas políticas. Quizá ello se debió a un cierto temor de Vatazes ante Juan de Brienne, el nuevo regente y emperador de Constantinopla, que había enviado al Papa en 1235 un aviso del patriarca de Nicea Germán II, a través de unos franciscanos que iban de paso, de que en Nicea estaban dispuestos a discutir la cuestión de la unión de las Iglesias. En efecto, al año siguiente apareció una legación de padres dominicos y franciscanos de Roma, y en Nicea, y más tarde en el sínodo general de Ninfea, tuvieron lugar discusiones sobre el origen del Espíritu Santo y la utilización del pan ácimo en la eucaristía. Pero estas discusiones fracasaron por la intransigencia tanto de los sínodos —al igual que en los días de Miguel Cerulario y Humberto de Silva Candida— como de los monjes latinos, y terminaron en mutuas acusaciones de heréticos. Mientras tanto había cambiado la situación política, Juan de Brienne sólo había hecho, en su avance hacia los Dardanelos, escasas conquistas, sus mercenarios, traídos de Europa, habían desertado a causa de la insuficiencia en la paga, y su prestigio militar se había perdido. Vatazes hizo por esto una pregunta a los enviados papales que sugería toda la política religiosa del Imperio frente a Roma con respecto a la eliminación del Imperio latino y el patriarcado en Constantinopla. ¿Estaba dispuesto el Papa a establecer al patriarcado de Nicea en Constantinopla si éste se sometía a la Senta Sede? Tal pregunta desbordaba con mucho la competencia de los legados, que contestaron con evasivas. Desilusionado Vatazes firmó poco después una alianza matrimonial con los búlgaros y sitió en 1235-36 Constantinopla. La consecuencia fue un perceptible enfriamiento de las relaciones entre Nicea y Roma. El papa Gregorio IX amenazó al Emperador griego, al que ya ofendió en su carta con el tratamiento de *Nobilis Vir,* con una «cruzada» contra el Imperio, pero la lucha contra Juan de Brienne continuó. Igualmente agresiva y poco bizantina fue la respuesta del emperador: «Nosotros no dejaremos nunca de luchar y de hacer la guerra contra aquellos

que mantienen a Constantinopla ocupada, deshonrada, despojada totalmente de su fama originaria y convertida en albergue de asesinos y cueva de ladrones»[20].

Al final de su escrito a Gregorio IX Vatazes reiteraba el ofrecimiento de declararse hijo del Papa, si se reconocían sus derechos en Constantinopla. Pero sólo los siguientes papas, Inocencio IV (1243-1254) y Alejandro IX (1254-1261) lo tomaron en cuenta, porque ya se habían dado cuenta hacía tiempo de que el Imperio latino no ofrecía ninguna base para las operaciones de la Cruzada, sino que, por el contrario, sustraía fuerzas y dinero del Oriente latino. Entonces la Curia pontificia se hizo cargo de que para el otro gran objetivo de la política romana en Oriente, la separación del Cisma, era igualmente inútil el Imperio latino, representando justamente su existencia un impedimento para ella. No valía la pena seguir apoyando al decadente estado. En los primeros años de su pontificado Inocencio IV se mantuvo firme en el apoyo tradicional del Papa a los latinos del Bósforo; en el concilio de Lyon se concedió al emperador Balduino II un puesto de honor, el Papa calificó al Cisma griego como uno de sus cinco grandes sufrimientos y en uno de los acuerdos del Concilio se decretó un impuesto general sobre la cristiandad latina para apoyar a los franceses acosados en Constantinopla. Pero desde 1249 se llevaron a cabo nuevas negociaciones en torno a la unión, en las que ya en 1254 se hallaba en perspectiva un acuerdo entre Nicea y Roma. Ambas partes habían hecho concesiones considerables: la Iglesia ortodoxa se sometería a Roma, los clérigos prestarían juramento de obediencia al Papa; para ello Inocencio no impediría la toma de Constantinopla por los griegos y después la restauración allí del patriarca de Nicea. Sin embargo, a finales de 1254 murieron Juan Vatazes e Inocencio IV. Aunque el nuevo papa Alejandro IX pensó en proseguir las negociaciones sobre esta base, al sucesor del trono griego, Teodoro II Lascaris, le parecieron seguramente demasiado amplias las concesiones de su padre; él no consideraba absolutamente necesario el apoyo del Papa para la reconquista de Constantinopla tras los éxitos militares de Nicea. Los enormes esfuerzos militares, que casi duplicaron el territorio del Imperio bajo el dominio de Juan III Vatazes, sólo fueron posibles mediante la lealtad de la burocracia de Nicea, la formación de un ejército, en parte nacional, y una política económica adaptada a las circunstancias. Gracias sobre todo al archivo del convento de Lembos en Esmirna, destruido por los latinos y reconstruido y ricamente dotado por Vatazes, tenemos una idea de la política imperial agraria, que constituía, a causa

del papel dominante de la agricultura, el fundamento del sistema administrativo y, en parte, también del militar.

Teodoro Lascaris ya había confiscado territorios del patriarcado y algunos conventos de Constantinopla adjudicándolos como *pronoiai*, junto con propiedades de la corona, a los nobles fugitivos que le ayudaron como altos funcionarios administrativos a erigir y establecer su Imperio. Esta política fue continuada por Juan Vatazes; hombres como Galabas, jefe de la flota, recibieron latifundios constituidos por varios pueblos. También se confiscaron grandes propiedades —al menos en los alrededores de Esmirna— repartidos y adjudicados luego entre oficiales inferiores de baja procedencia social como *pronoiai* militares. Con esto se hizo menos costosa la formación de un ejército móvil, y el Emperador pudo pagar a sus mercenarios, sobre todo a los franceses. La defensa fronteriza fue organizada por Vatazes a la manera de los grandes emperadores macedónicos del siglo X, mediante la concesión de tierras a soldados-campesinos. Se sabe que adjudicó tierras en la región fronteriza tracio-macedónica y en Asia Menor a los cumanos, que habían huido ante el avance de los mongoles por el Danubio. Gracias a este sistema defensivo, reforzado con la construcción de fortalezas, se mantuvo estable la frontera contra los selyúcidas desde 1214 hasta final del exilio de Nicea. Sólo su abandono bajo los emperadores Paleólogo posibilitó una nueva penetración de los turcos en el Asia Menor bizantina.

Los Lascaris hubieron de tener en cuenta, en su política económica, que el Imperio bizantino ya no representaba un poder marítimo, como en el siglo anterior. Las grandes ciudades comerciales, Constantinopla y durante mucho tiempo Salónica, estaban fuera de sus fronteras. El Imperio era un territorio agrícola con pocas ciudades grandes. Tenía escasas relaciones comerciales con el exterior y vivía por esto de sus propios recursos. Por eso favoreció Vatazes la agricultura, la viticultura y la ganadería. Se volvieron a cultivar los campos que estaban yermos a causa de la guerra y de los impuestos, y el mismo Emperador daba ejemplo de una explotación intensiva con la instalación de granjas modelo, que abastecían a la Corte. Con sus ganancias obtenidas de la producción de huevos, mandó hacer para la emperatriz la por él llamada «corona de huevos». El hambre a consecuencia de la devastación que los mongoles hicieron en el sultanato de Iconio ofreció a los bizantinos la posibilidad de vender allí a altos precios sus excedentes agrícolas. Los metales nobles que llegaban de esta forma al país aumentaron la prosperidad privada y pública. A pesar de todo, una de las mayores preocupaciones del Emperador era la moneda; bajo su reinado

el contenido de oro del *hyperpyron* se redujo en dos tercios y las monedas de oro bizantinas, en otros tiempos «el dólar de la Edad Media» (López), fueron arrinconadas en el comercio internacional por las emisiones monetarias de las ciudades italianas. La aristrocracia de Nicea apreciaba también las joyas y los tejidos italianos y orientales que traían, libres de impuestos, los comerciantes venecianos desde el acuerdo de 1219. Mediante leyes sobre los impuestos de lujo intentó Vatazes impedir esto; aquel que llevase vestidos extranjeros sería castigado con la deshonra pública y la pérdida de su posición social, porque los súbditos «deberían estar satisfechos con lo que les ofrecía la tierra y la mano de obra griegas» [21]. El éxito de esta política es, desde luego, dudoso.

Vatazes mantuvo buenas relaciones con la aristocracia, que sólo se turbaron en sus últimos años de reinado a causa de la confiscación de bienes. Pero también se ocupó de la jurisdicción y el orden administrativo y, junto con la emperatriz Irene, se preocupó de los socialmente más débiles, construyendo hospitales, orfelinatos y asilos de ancianos. El pueblo y la Iglesia, a los que obsequió igualmente, se lo agradecieron haciéndole santo después de su muerte y denominándole «el misericordioso».

En los últimos años de su vida, Juan padeció frecuentes ataques epilépticos; su hijo y sucesor Teodoro II Lascaris (1254-1258) sufrió esta enfermedad de modo más duro. Esto hay que tenerlo en cuenta a la hora de enjuiciar su política interior. Aunque no había participado en los asuntos oficiales hasta su subida al trono, era uno de los más grandes eruditos del Imperio; había sido educado sobre todo por el teólogo Nicéforo Blemides y el historiador Jorge el Acropolita, y se había dedicado a los estudios filosoficoteológicos, que continuó siendo ya Emperador.

Tampoco en política exterior pudo Teodoro servir la causa del irreductismo griego. De todas formas, no se perdió bajo su reinado la consideración ni la extensión territorial del Imperio de Nicea. Se renovó la alianza con los selyúcidas; en Europa, donde quiso el zar Miguel Asen sacar partido a la sucesión en Nicea invadiendo Tracia y Macedonia, el Emperador salió al encuentro de los búlgaros. Tras dos difíciles campañas (1255 y 1256) forjó a Asen a un arreglo de paz sobre la base de las fronteras anteriores. El zar fue asesinado en 1257 por los boyardos, y su sucesor, Constantino Tich, renovó la alianza con Nicea por medio de su matrimonio con una hija de Teodoro. No tuvo tanto éxito en la reanudación de la lucha con Epiro. Impresionado por las victorias de Teodoro sobre los búlgaros, el déspota Miguel II había enviado a su mujer Teodora y al

heredero del trono Nicéforo para realizar por fin el matrimonio confirmado hacía tiempo, entre Nicéforo y María, otra hija del Emperador. Antes de la boda, celebrada en Salónica en el año 1256, exigió Teodoro de la desamparada Teodora la retirada de Servia y Dirraquio. Como su esposa y su hijo estaban en manos de Teodoro, el déspota de Epiro tuvo que ratificar este acuerdo, pero al año siguiente invadió Macedonia y se trabó de nuevo la lucha entre los reinos griegos. Su posición se vio reforzada por las alianzas matrimoniales con el rey Manfredo, sucesor del emperador Federico II en Sicilia, y con Guillermo de Villehardouin, príncipe de Morea.

Teodoro Lascaris se enemistó cada vez más con los aristócratas griegos, a los que, según decía, «les bastaba su título noble y honorífico»[22]. Llamó a su Corte gente de talento, a menudo de baja procedencia. Su favorito era su compañero de estudios Jorge Muzalón, que llegó a ser *Megas Domestikos* y *Megas Stratoperdachos;* también sus hermanos recibieron cargos reales. La crítica por parte de la nobleza irritaba profundamente al Emperador, que llevó a cabo crueles procesos, cegando a miembros de aquélla y arrancándoles la lengua. Teodoro Lascaris podía amenazar a los aristócratas en cuanto a sus bienes y privilegios y arrebatárselos hasta cierto punto, pero no tenía poder para obligarles a obedecer, siendo en parte dependiente de ellos. No en vano procedían de este círculo los mejores jefes militares. Estos se vengaron en tiempos de Teodoro, pasándose a los turcos o a Miguel de Epiro. Pero el Emperador arriesgaba así la sucesión de su hijo Juan, pues al fallecer Teodoro en 1258 de una grave enfermedad, dejó un heredero menor de edad bajo la regencia de Muzalón, muy odiado por la nobleza. A pesar de los solemnes juramentos de todos los dignatarios del Imperio, el regente fue asesinado en los actos fúnebres en honor del fallecido Emperador. Como nuevo regente llegó al poder Miguel Paleólogo, jefe de la aristocracia y el soldado más hábil del Imperio. A finales del mismo año o principios del siguiente fue coronado emperador junto con Juan IV Lascaris, que tenía entonces siete años.

Fue Miguel VIII Paleólogo, y no uno de los emperadores Lascaris, que habían hecho posible la supervivencia del estado bizantino y el restablecimiento del poder griego, quien entró triunfalmente en Constantinopla por fin reconquistada, tras haber sido derrotadas las tropas de Epiro en 1259 en la batalla de Pelagonia.

Mientras los reinos griegos luchaban por la hegemonía de Romania, el disminuido Imperio latino había perdido totalmente su importancia. Con un último esfuerzo consiguieron los fran-

ceses la toma de Zurulón en el año 1240, cuando tras la muerte de Juan de Brienne en 1237 se contrataron tropas de socorro cumanas, y Balduino II, ahora Emperador absoluto, volvió de Europa con un ejército de 30.000 hombres. Pero las tropas latinas se volvieron a dispersar, al no ser pagadas, y Zurulón junto con Vicie volvieron a ser conquistadas en 1247 por Nicea, con lo que el territorio de los latinos se redujo ahora definitivamente a Constantinopla y sus alrededores.

La pobreza del Imperio era cada vez más angustiosa. Mientras Balduino permanecía mucho tiempo en Occidente, sobre todo en la Corte de Luis IX el Santo y de su madre, Blanca de Castilla, sacando dinero de los territorios de Courtenay en Champaña y del ducado de Namur y pidiendo como siempre ayuda, se vendieron una tras otra las valiosas reliquias de Constantinopla. La corona de espinas y otras reliquias de la pasión llegaron así a la Corte parisiense, y para albergarla hizo construir Luis el Santo la Santa Capilla en la Ile de la Cité. Tan angustiosa era su necesidad de dinero que el Emperador llegó a empeñar a su propio hijo Felipe a comerciantes venecianos y vendió el plomo de los tejados de su palacio. Después que los mismos papas abandonaran la causa latina, el Imperio debió los últimos años de su existencia a la potentes fortificaciones de la ciudad y a la flota de los venecianos. Estos planeaban incluso asentar en Constantinopla un ejército de 1.000 hombres, que serían pagados puntualmente por los estados venecianos y franceses del sur y de las islas griegas. Pero este proyecto ya no se pudo llevar a cabo.

En julio de 1261, cayó Constantinopla en manos de los griegos, después de cincuenta y siete años de dominio latino. Tras la gran victoria de Pelagonia contra las fuerzas unidas de Grecia y Sicilia, el emperador Miguel VIII había intentado inútilmente conseguir la ciudad por traición. Las tropas griegas desplegadas se tuvieron que conformar ocupando los últimos lugares franceses y la capital, excepto Gálata, que resistió el asedio. Ahora había que determinar los preparativos para un asedio organizado. El Emperador aseguró su posición en Europa y Asia sobre todo con tratados, pero le faltaba una flota para mantener a raya al poder marítimo veneciano. La suya propia era insignificante, pero los genoveses estaban dispuestos a ofrecer su ayuda y colaborar en la eliminación del dominio latino en el Bósforo y alcanzar así a sus rivales venecianos. En el trascendente tratado de Ninfea en marzo de 1261 sólo se comprometían los genoveses a poner a disposición del Emperador una escuadrilla de 50 barcos de guerra, cuyas tripulaciones deberían ser pagadas y aprovisionadas por el fisco de Nicea. La república de Génova recibía por

esto todos los privilegios que antes tuvieron los venecianos, es decir, el libre acceso al Imperio, barrios propios en Constantinopla y las ciudades portuarias más importantes, y sobre todo la confirmación del paso al mar Negro y con ello el acceso al provechoso comercio de cereales con Rusia meridional.

El 10 de julio del 1261 fue ratificado este tratado en Génova. Pero la ayuda de la flota genovesa, comprada a tan alto precio, fue innecesaria. Sólo catorce días más tarde Alejo Estrategópulo, un general del Emperador, que iba hacia Tracia para asustar a los latinos ante las murallas de Constantinopla con la sola presencia de sus tropas, se enteró de que casi todos los defensores habían salido con una flota veneciana en una expedición contra Dafnusio, pequeña isla cerca del Bósforo, en el mar Negro. Sin dudarlo aprovechó Alejo la ocasión, y habiendo burlado a los guardianes, entró en la ciudad protegido por la oscuridad. En la mañana del 25 de julio de 1261 caía Constantinopla sin ninguna lucha en manos de los griegos. El emperador Balduino huyó con su séquito al puerto y de allí, en un barco veneciano, a Eubea. Cuando atraída por esta noticia, la flota volvió apresuradamente de Dafnusio, los latinos estaban ya apiñados en el puerto, porque mientras tanto los griegos habían prendido fuego al centro comercial. Los soldados venecianos sólo pudieron subir a bordo a la muchedumbre y por mar llevarla a salvo a la Grecia francesa.

7. La caída de Bizancio (La dinastía de los Paleólogo)

I. *Miguel VIII Paleólogo y la Restauración del Imperio, 1261-1282*

Entre 1231 y 1453, el Imperio fue gobernado por una serie de emperadores que, con una sola excepción, pertenecieron a la dinastía de los Paleólogo. En tiempos anteriores, una estabilidad dinástica tan prolongada sirvió a menudo para asegurar la administración y llevar a cabo una política más coherente; pero en estos años finales, no pudo detener el declive del Imperio. Las causas de este declive fueron muchas: la fragmentación del Imperio como consecuencia de la cuarta Cruzada; la imposibilidad de reconstruir el gobierno centralizado que antes existiera en Constantinopla; el colapso económico y el monopolio del comercio bizantino por los italianos; la pérdida de toda el Asia Menor ante los turcos, y, finalmente, la invasión por los servios y los croatas de las pocas provincias europeas supervivientes. Ninguna de estas causas hubiera bastado aisladamente para terminar con el Imperio. Pero el efecto acumulado de todas ellas produjo en los bizantinos una desconfianza y una inquietud que se manifestaron en forma de una revolución social y política desconocida hasta entonces y en una serie de guerras civiles que dilapidaron los recursos que heredaron del siglo XIV.

El Imperio de los Paleólogo tenía como origen la sólida base creada por los emperadores de la dinastía de Lascaris en Nicea, en el noroeste de Asia Menor, durante los años de dominio latino en Constantinopla, a partir de 1204. Fue en Nicea donde Miguel Paleólogo fue proclamado regente por el presunto heredero, Juan IV Lascaris, cuyo padre, Teodoro II, había muerto en agosto de 1258. La familia Paleólogo pertenecía a la aristocracia latifundista de la que Teodoro II había desconfiado. El acceso al poder de Miguel se debió en parte a la reacción de esta aristocracia. Pero muchos se dieron cuenta que el Imperio de Nicea necesitaba un soldado para dirigirlo y no un emperador niño como Juan Lascaris; de momento, se dispuso a arrebatar Constantinopla a los latinos. Miguel Paleólogo era un soldado de gran experiencia, aunque también un político ambicioso y a veces de pocos escrúpulos. Muy a finales de 1258, fue proclamado Emperador y coronado con el nombre de Miguel VIII.

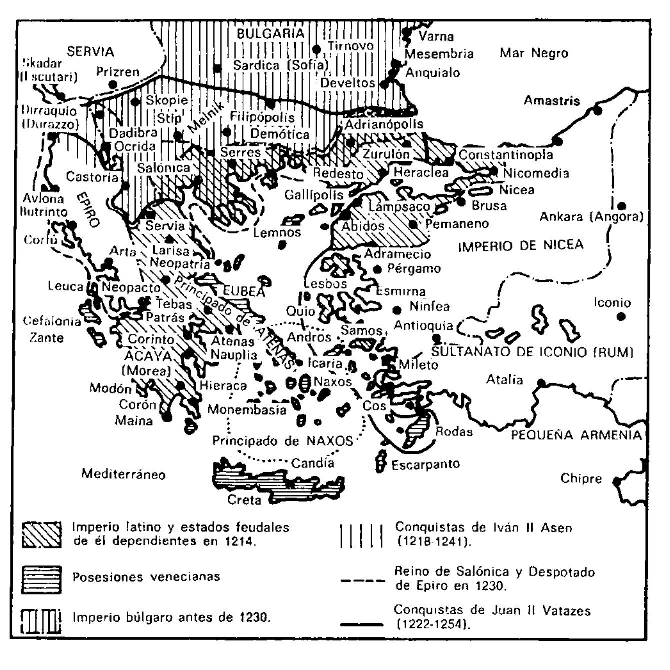


Fig. 10. *El Imperio bizantino en el siglo XIII.*

Durante algún tiempo se mantuvo la ficción de que el joven Juan Lascaris compartía su autoridad.

El gobierno latino de Constantinopla había llegado en este momento a su descomposición casi completa. Pero no era el Imperio de Nicea el único aspirante a su sustitución. El principado bizantino rival de Epiro, en el norte de Grecia, aspiraba a la conquista, primero de Salónica y más tarde de la misma Constantinopla; y su regente, el déspota Miguel II Ducas, había formado una poderosa coalición con este propósito. En ella entraron Manfredo, monarca Hohenstaufen de Sicilia, y Guillermo de Villehardouin, príncipe francés de Morea, en el sur de Grecia. La reconquista de Constantinopla de manos de los latinos tenía que esperar, pues, a que los dos principados bizantinos en el exilio hubiesen solventado sus diferencias en el campo de batalla. Miguel VIII reunió un gran ejército que envió a Macedonia al mando de su hermano Juan Paleólogo. El déspota de Epiro pidió ayuda a sus aliados y, en el verano de 1259, los dos ejércitos se enfrentaron en Pelagonia, al oeste de Salónica. Resultó victorioso Juan Paleólogo, y, por tanto, el Imperio de Nicea. El principado bizantino de Epiro sufrió una momentánea humillación; su coalición quedó deshecha, y Villehardouin fue hecho prisionero por el ejército de Nicea.

La batalla de Pelagonia fue el prólogo de la reconquista de Constantinopla y de la restauración del Imperio bizantino. La conquista se retrasó otros dos años, en los que Miguel VIII llevó a cabo sus preparativos diplomáticos y militares. Los únicos defensores eficaces del Imperio latino en sus últimos días fueron los venecianos, que tanta influencia habían tenido en su establecimiento. Para hacer frente a la potencia de la flota veneciana, Miguel VIII aceptó el apoyo de la República de Génova, la inveterada rival de Venecia. En marzo de 1261, los genoveses firmaron un tratado con el Emperador, en Ninfea, en Asia Menor. En caso de victoria, heredarían legalmente todos los privilegios comerciales de que antes disfrutaban los venecianos en Constantinopla y en las aguas bizantinas.

El tratado de Ninfea iba a tener una gran importancia para el futuro de Génova y del Imperio bizantino; y no necesitó formarse nunca, pues solamente cuatro meses después, en julio de 1261, las tropas bizantinas entraron en Constantinopla sin apoyo y casi por casualidad, mientras la guarnición latina y la flota veneciana se hallaban ausentes. El último de los emperadores latinos, Balduino II, huyó por mar. Los venecianos volvieron precipitadamente y encontraron sus almacenes y muelles incendiados. Miguel VIII se hallaba en Asia Menor, cuando recibió tan inesperadas noticias. Inmediatamente se dispuso a

trasladar la sede de su gobierno de Nicea a Constantinopla, en su condición de «Emperador de los romanos». El 15 de agosto de 1261, entró en solemne comitiva en la capital, no como héroe conquistador sino como agradecido recipiendario del especial favor divino. El patriarca Arsenio llevó a cabo una segunda coronación en Santa Sofía; pero esta vez, Miguel Paleólogo fue coronado solo y su hijo Andrónico, aún niño, fue proclamado presunto heredero. El joven Juan Lascaris había quedado en Nicea. Poco tiempo después fue cegado y encerrado en prisión. Así fue como empezó el gobierno de la dinastía Paleólogo en Constantinopla.

Los ciudadanos de Constantinopla no habían visto un Emperador griego desde hacía cincuenta y siete años. Podían estar predispuestos por tanto a considerar a Miguel VIII como un usurpador. Miguel tuvo gran cuidado de conseguir y conservar su fidelidad. Reparó las defensas de la ciudad y los edificios e iglesias, que los latinos habían dejado convertirse en ruinas. Hizo revivir las instituciones y aumentó la población ofreciendo la posibilidad de volver a los huidos y a reclamar sus propiedades hereditarias e hizo concesiones especiales a los miembros de la aristocracia que le habían apoyado. Animó a los mercaderes genoveses, que habían llegado según lo acordado en el tratado de Ninfea, a reactivar el tráfico y el comercio, y al poco tiempo se les otorgó la autorización para establecerse al otro lado del Cuerno de Oro, en Gálata o Pera, donde sus descendientes permanecerían y prosperarían. También se permitió la permanencia a otros comerciantes italianos, e incluso a los venecianos que habían quedado, con la condición de que el gobernador de cada comunidad se responsabilizara ante el Emperador.

Medidas como éstas contribuyeron a estimular la reconstrucción de la Constantinopla bizantina. Pero el Imperio había sufrido una irreparable fragmentación con la rivalidad entre Epiro y Nicea; además, muchas de las provincias e islas que en un tiempo habían obedecido al gobierno central de Constantinopla estaban ahora en manos de señores franceses o italianos o, como Servia y Bulgaria, eran independientes desde hacía dos generaciones. Los sedicentes emperadores de Trebisonda, en el mar Negro, cuyos antecesores habían reclamado el título imperial en 1204, se negaron lógicamente a reconocer la superioridad de Miguel VIII. El déspota de Epiro, por su parte, cuya situación había mejorado rápidamente después de la derrota de Pelagonia, nunca quiso reconocer a Miguel como legítimo Emperador. Incluso los griegos de Asia Menor, que habían alcanzado una gran prosperidad con los emperadores de Nicea, se dieron cuenta pronto de que el traslado de la capital a Constantinopla les

había perjudicado. Los impuestos que ahora pagaban no revertían en su propia defensa y prosperidad, sino en las de la parte europea del Imperio.

Por tanto, a pesar del regocijo general por la recuperación de Constantinopla como ciudad bizantina y ortodoxa, había también muchos síntomas de descontento y disensión. La propia temeraria acción de Miguel al cegar y deheredar al último miembro de la dinastía de los Lascaris le enemistó con muchos que de otra manera hubieran sido leales partidarios suyos. El patriarca Arsenio le excomulgó, y todos los griegos de Asia Menor, cuyas simpatías estaban del lado de la familia Lascaris, que había gobernado el Imperio en el exilio, empezaron a considerar a Miguel no sólo un usurpador, sino también un criminal. En 1264, Miguel encontró una excusa para deponer al patriarca Arsenio, pero al hacerlo perdió la lealtad de muchos obispos y monjes que honraron al Patriarca como a un mártir. Durante casi medio siglo, la Iglesia y la sociedad bizantinas se vieron turbadas por el cisma de los arsenitas, cuya actividad estuvo a menudo muy directamente conectada con la de los partidarios de los Lascaris.

Por tanto, el pueblo bizantino no respaldaba de una manera unánime, ni mucho menos, al Emperador que les había devuelto su capital. Había enemigos de puertas para adentro, como los arsenitas; y había enemigos, tanto griegos como extranjeros, en lo que era legítimo suelo bizantino en Grecia y en las islas griegas. Guillermo de Villehardouin, que había sido hecho prisionero en Pelagonia, fue liberado y volvió a su principado de Grecia del Sur, con la condición de devolver al gobierno bizantino las estratégicas fortalezas de Mistra y Monembasia, pero olvidó su compromiso tan pronto como volvió a Grecia, y Miguel tuvo que recurrir a una guerra de reconquista en Morea, con escaso éxito. Al mismo tiempo tuvo que emplear la fuerza para someter al déspota de Epiro en el norte de Grecia. El coste de estas campañas, junto con el de reconstruir y conservar la capital, hizo estragos en el capital acumulado por los emperadores de Nicea. Pero incalculablemente mayores fueron las sumas que debió buscar para defender el nuevo Imperio frente a sus enemigos de Europa occidental.

La pérdida de Constantinopla en 1261 fue un duro golpe para Occidente y se acariciaba la idea ferviente apoyada por los papas de organizar una nueva versión de la cuarta Cruzada para recuperarla. El Emperador latino depuesto, Balduino, se había refugiado en Italia y era quien impulsaba este proyecto. El rey Manfredo de Sicilia estaba interesado en el asunto y poseía ya bases en la costa de Albania que podrían servir para una inva-

nos por tierra del Imperio. Pero Manfredo era enemigo del Papa, sin cuyo apoyo no se podía dar a la invasión el calificativo de Cruzada. Astutamente, Miguel VIII intentó ganarse el favor del Papa ofreciéndole la reanudación de las conversaciones sobre el debatido tema de la reunificación de las Iglesias griega y romana. Sin embargo, en 1266, Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia derrotó a Manfredo y recogió su título. En ese momento, la amenaza occidental contra Bizancio se hizo más seria, pues Carlos era el gran campeón de la causa papal y deseaba desencadenar una invasión contra el Imperio bizantino. En mayo de 1267 estableció una serie de alianzas con el Emperador latino Balduino y con Guillermo de Villehardouin. Las negociaciones se desarrollaron en el palacio papal de Viterbo y su objetivo manifiesto era restaurar en Constantinopla un gobierno latino y católico. Se acordó que, como muy tarde, se reuniría un ejército en 1274 y que la ofensiva tendría como base Albania, que Carlos había heredado por conquista de Manfredo.

El Papa era la única autoridad capaz de ejercer un freno moral sobre Carlos de Anjou. Para ello debía estar plenamente seguro de la intención de Bizancio de renunciar al cisma que separaba a su Iglesia de la de Roma. La política de Miguel VIII con respecto a Occidente estaba basada en estas premisas. Era una política que se hacía cada vez más impopular entre sus súbditos, pues debía hacer cada vez mayores concesiones para convencer a los papas de que sus motivaciones eran sinceras. En el interregno entre los pontificados de Clemente IV y Gregorio X, entre 1268 y 1271, solicitó la intercesión de Luis de Francia, y durante algún tiempo Carlos de Anjou se dedicó a ayudar a Luis en su cruzada en el norte de Africa. Pero en 1271 volvió a sus preparativos. Se alió con los gobernantes de Servia y Bulgaria, los albanos le proclamaron rey y los príncipes independientes de Epiro y Tesalia autorizaron el libre paso de sus ejércitos por su territorio a causa de su enemistad hacia el usurpador de Constantinopla, Miguel.

Miguel VIII adoptó cuantas medidas diplomáticas y militares tenía a su alcance en momento tan crucial, pero finalmente no tuvo más remedio que olvidar los prejuicios antilatinos de sus súbditos y continuó buscando el favor del papado. El papa Gregorio X estaba dispuesto a proteger a los bizantinos si su Iglesia reconocía su obediencia a la de Roma. Esperaba que de esta manera podrían participar en una nueva cruzada en Tierra Santa. Anunció la celebración de un concilio en Lyon en 1274 e invitó a Miguel a asistir o enviar legados a él. Los preparativos militares de Carlos de Anjou le permitirían atacar Bizancio en ese mismo año. Por tanto, el Emperador tenía que elegir entre man-

tener una guerra defensiva frente a un enemigo bien equipado y decidido a vencer o aceptar los términos del Papa. Eligió esta última alternativa. Pero le resultó más difícil de lo que había supuesto convencer a su clero y pueblo de que era el mejor camino de salir de la encrucijada.

Hubo que reducir al silencio al patriarca José, que dirigía la oposición de Constantinopla. Los monjes condenaron enérgicamente lo que ellos interpretaban como una traición a su fe ortodoxa, e incluso los arsenitas, que formaban un grupo cismático con respecto a los ortodoxos, se unieron a las críticas contra la política del Emperador. Pero éste tenía algunos partidarios, entre los que destacaba Juan Becco, teólogo y archivero de Santa Sofía, y finalmente pudo reunir una pequeña delegación para asistir al Concilio de Lyon de 1274. Estaba compuesta por el Gran Logoteta, Jorge el Acropolita, por el ex patriarca Germán y por el obispo de Nicea, Teófanes. Llevaban consigo una profesión escrita de la fe cristiana en los términos exigidos por el Papa, firmada por el Emperador y por su hijo Andrónico.

Cuando supo que esta delegación estaba en camino, el Papa ordenó a Carlos de Anjou que retrasara sus preparativos durande otro año. El segundo Concilio de Lyon se inauguró en mayo de 1274. La delegación bizantina se vio retrasada por un naufragio y no llegó a Francia hasta fines de junio. Pero el 6 de julio, tras haber sido leídos a los obispos los documentos y después de que Jorge el Acropolita, en nombre del Emperador, hubo prestado un juramento de obediencia a Roma, se proclamó solemnemente la reunificación de las Iglesias católica y ortodoxa. Parecía que la diplomacia de Miguel VIII había ganado la partida y que la amenaza de una nueva cuarta Cruzada estaba conjurada.

Miguel aprovechó este respiro conseguido para intentar recuperar algunos de los territorios que habían pertenecido a su Imperio. Sus tropas de Macedonia atacaron el reino angevino de Albania. Un ejército y una flota invadieron Tesalia para someter al príncipe griego rebelde, mientras que otra flota al mando de Licario, un pirata italiano renegado, conseguía algunos éxitos para los bizantinos en las islas del Egeo. Pero ninguna de estas acciones tuvo efectos duraderos, y en Constantinopla la oposición a la unión de Lyon creció de tal manera que llegó un momento en que el Emperador ya no podía controlar la situación más que por la fuerza. Al perseguir a los antiunionistas, los convirtió en mártires que se refugiaron, huyendo de su reinado de terror, en las ya desafectas provincias del norte de Grecia, Trebisonda e incluso Bulgaria. Los papas que sucedieron a Gregorio X, que murió en 1276, mostraron aún mayor escepticismo sobre la

realidad de la unión e exigieron con mayor decisión su cumplimiento, blandiendo en todo momento la amenaza de la Cruzada contra Constantinopla dirigida por Carlos de Anjou.

Durante casi veinte años, tras la restauración imperial, los bizantinos tuvieron que dedicar la mayor parte de sus energías y de su atención a conjurar el peligro procedente de Europa occidental. No pudieron ocuparse, más que de manera superficial, de los graves problemas de su frontera oriental. En Asia Menor, el traslado de la sede del gobierno de Nicea a Constantinopla rompió el equilibrio político logrado antes de 1261. Miguel VIII intentó restablecer este equilibrio manteniendo relaciones diplomáticas con todas las potencias orientales: los mamelucos de Egipto, los mongoles de Persia, los tártaros de la Horda de Oro en el sur de Rusia y los turcos selyúcidas (silŷquíes). Pero la invasión de los mongoles en el siglo XIII había alterado completamente la situación en Asia Menor. En 1258, los mongoles habían tomado Bagdad. Los sultanes selyúcidas se hicieron vasallos suyos. Pero numerosos grupos de turcos nómadas de zonas más orientales penetraron en territorio selyúcida en su huida de los mongoles. Los sultanes los desviaron hacia el oeste, hacia la frontera bizantina. La encontraron muy probremente defendida por haber retirado el Emperador gran parte de sus efectivos hacia Europa, para proteger su territorio de los ataques occidentales de Carlos de Anjou.

Los turcos recién llegados, aunque no tenían un objetivo común, se inspiraban todos en el tradicional celo de los *gāzīs* musulmanes, o sea en el espíritu de la Guerra Santa contra los cristianos. Después de 1261, comenzaron a hacer incursiones en diferentes puntos de la frontera, en otro tiempo bien defendida, entre el Imperio de Nicea y el sultanato salyúcida, penetrando en los fértiles valles de la parte occidental de Asia Menor. Una parte de la población griega, olvidada por el gobierno de Constantinopla y sometida a durísimos impuestos, manifestó su odio colaborando con los turcos. Las tropas fronterizas que aún quedaban desertaron a causa del retraso en la percepción de sus soldadas. Las ciudades bizantinas, precariamente defendidas por sus murallas, vieron pronto cortada la posibilidad de comunicarse entre ellas y con Constantinopla a medida que llegaban más guerreros turcos a la zona. El Emperador envió a todas las tropas que pudo retirar de Europa para que detuvieran el avance turco. Su hijo Andrónico obtuvo algunos éxitos momentáneos contra las incursiones turcas en el valle del Meandro. Pero en 1280, los turcos habían invadido ya todo el sudoeste de Anatolia y organizaban sus conquistas en principados. En el noroeste la situación era muy parecida, aunque aquí el Emperador tuvo

gran cuidado en fortificar los puntos cercanos a Constantinopla. Pero no pudo disponer de soldados suficientes para luchar en dos frentes a la vez y, al producirse finalmente la invasión por Occidente, fue allí donde concentró sus ejércitos.

En agosto de 1280 murió el papa Nicolás III, que había manifestado grandes reservas sobre la actitud bizantina con respecto a la unión de Lyon. Carlos de Anjou tuvo entonces las manos libres y ordenó el comienzo de la gran ofensiva para el otoño de ese mismo año. El ejército, concentrado en la costa de Albania, penetró en el interior para sitiar la fortaleza clave de Berat. Miguel VIII envió refuerzos a la zona, y, en la primavera de 1281, el ejército angevino fue derrotado por los bizantinos y su jefe fue hecho prisionero. La victoria de Berat devolvió la confianza a los bizantinos. Pero ello no significaba el final de la lucha, pues en febrero de 1281 Carlos de Anjou consiguió que fuera elegido Papa el francés Martín IV, quien finalmente le nombró jefe de una cruzada dirigida contra Constantinopla. En julio se hicieron los planes de esta segunda y más importante invasión de Bizancio en el palacio papal de Orvieto. Esta vez la expedición se hacía por mar y Venecia suministraría algunos de los barcos. El nuevo Papa hizo patente su simpatía por la causa, excomulgando a Miguel VIII. La unión de Lyon, que nunca había sido aceptada por la mayor parte de los ortodoxos, fue ahora rechazada por los católicos. Carlos de Anjou contaba ya no sólo con el apoyo moral del Papa sino también con la ayuda material de Venecia, Servia y Bulgaria, de los príncipes de Epiro y Tesalia y de los señores franceses de Atenas y de Morea.

Toda la península balcánica parecía estar en contra del emperador Miguel. Pero éste seguía teniendo amigos en otros puntos. El rey de Hungría era su aliado, el sultán mameluco de Egipto le ofreció su flota, y el jan de la Horda de Oro de Rusia estaba dispuesto a proteger a Bizancio contra cualquier ataque de los búlgaros. Tampoco estaba Miguel vencido diplomáticamente. Estaba en buenas relaciones con el rey Pedro III de Aragón, tradicional enemigo de los Anjou, y sus agentes agitaban a los rebeldes sicilianos en el mismo corazón del reino de Carlos. La invasión planeada en Orvieto tenía que comenzar en 1283. Pero en marzo de 1282, cuando los preparativos estaban muy avanzados, estalló en Palermo la revuelta conocida con el nombre de Vísperas Sicilianas. La flota que Carlos estaba equipando para su cruzada fue destruida, y todos sus planes quedaron desbaratados. En agosto llegó a Sicilia Pedro de Aragón y el francés fue expulsado.

La participación de Miguel VIII en las Vísperas Sicilianas es difícilmente demostrable pero fácilmente imaginable. El mismo confesó haber sido el instrumento de la liberación de los sicilianos, cuya rebelión debió ser financiada con oro bizantino, lo mismo que la intervención de Pedro de Aragón. Pero quizá sea el momento en que los hechos se produjeron lo que hace que su afirmación pueda admitirse como cierta, pues la rebelión estalló precisamente en el momento crítico para evitar la nueva caída de Constantinopla en manos de los latinos.

Algunos meses más tarde, el 11 de diciembre de 1282, murió Miguel. En los últimos años de su vida se había visto con gran claridad que los turcos constituían la nueva amenaza para el Imperio. La frontera de la provincia de Bitinia, próxima a Constantinopla, seguía resistiendo. Pero los guerreros turcos se habían apoderado de otras zonas de Asia Menor. Estas pérdidas eran, en parte, el precio de la defensa del Imperio frente a sus enemigos occidentales. Pero no eran solamente pérdidas territoriales. El coste de detener a Carlos de Anjou y financiar a sus enemigos había sido demasiado elevado para las posibilidades del Imperio en aquel momento. Miguel se vio obligado a devaluar la moneda de oro para salir adelante e igualmente a imponer fuertes tributos a sus súbditos. El coste de la consecución del favor del Papa a de medirse en otros términos. Significó el enfrentamiento del Emperador con su pueblo y su clero, lo cual agravó las ya ondas disensiones en el seno de la sociedad bizantina, provocadas por la usurpación del trono.

Miguel VIII pudo ufanarse de haber situado de nuevo a Constantinopla en una posición prominente dentro del marco político general. Pero para la mayor parte de sus súbditos, y no solamente para los de Asia Menor, cuyo futuro era ahora muy incierto, el precio pagado había sido demasiado alto. A pesar de todos sus sacrificios, murió como un hereje y la Iglesia bizantina se negó a otorgarle un entierro cristiano.

II. *Bizancio como potencia de segunda fila: Andrónico II Paleólogo, 1282-1321*

Andrónico II sucedió como Emperador a su padre en diciembre de 1282, a la edad de veinticuatro años. Heredaba un Imperio que mostraba ya muchos síntomas de irreversible decadencia. Pero esperaba ganarse la confianza de sus súbditos modificando la equivocada política de su padre en relación con los latinos. Su primera medida de gobierno fue rechazar la unión de Lyon y proclamarse defensor de la ortodoxia. El pa-

triarca Juan Becco, partidario de la unión, fue detenido y sustituido por su antecesor, el anciano José. Las víctimas del terror de Miguel VIII se convirtieron ahora en héroes o mártires y se convocaron varios concilios en los cuales Becco y sus amigos latinófilos fueron condenados como herejes. La viuda del Emperador tuvo que hacer una profesión pública de fe ortodoxa y jurar que no pediría nunca la celebración de unos funerales oficiales para su esposo.

Estas medidas significaron un importante paso para el restablecimiento de la confianza. Pero las heridas que el gobierno de Miguel VIII había infligido a la sociedad eran demasiado profundas como para que pudieran curarse inmediatamente. Los extremistas o zelotas eclesiásticos se apoyaban en el principio de que la fe estaba por encima de los decretos imperiales. Los arsenitas no quedaron satisfechos con el restablecimiento de la ortodoxia, pues se negaban a aceptar a José como Patriarca de Constantinopla y veían en Andrónico II al hijo del usurpador excomulgado, Miguel VIII coronado por José, que les persiguiera de manera tan encarnizada. Su propaganda, difundida desde uno de los monasterios de la capital, adquirió un tono aún más político. Las cuestiones eclesiásticas que en Bizancio fueron siempre cuestiones de Estado, iban a dominar la política interior del Imperio durante muchos años, y el Emperador Andrónico estaba tan personalmente comprometido con los problemas de la Iglesia que no podía ignorarlos ni resolverlos. La tragedia radicó en que este renacimiento de la fe ortodoxa en su forma más independiente, separó a Bizancio del mundo católico occidental en un momento en que la cooperación entre los cristianos orientales y occidentales hubiera permitido frenar el empuje de los turcos; y las disensiones en el seno de la sociedad bizantina minaron la vitalidad del Imperio y desviaron su atención en el momento preciso en que necesitaba presentar un frente unido ante el mundo musulmán.

La política exterior de Miguel VIII había sido económicamente ruinosa. Andrónico pronto comprendió que era insostenible el mantenimiento de Constantinopla como potencia mundial. Redujo el ejército y licenció toda la marina. Para su defensa por tierra, el Imperio dependía casi completamente de los mercenarios extranjeros. Para la defensa por mar, de los genoveses. Fueron medidas poco previsoras que condujeron de forma inevitable al incremento de la intervención y explotación extranjeras. Pero el Imperio se hallaba en una gravísima situación económica y Andrónico no pudo adoptar sino soluciones drásticas para sus problemas financieros. El mantenimiento de la gran capital que era Constantinopla significaba una constante sangría

para el tesoro. La riqueza seguía siendo grande, tanto en la capital como en las provincias, pero en gran parte estaba concentrada en manos de unas pocas familias aristocráticas. Era frecuente la compra y venta de cargos administrativos, y los propietarios de los grandes latifundios provinciales se oponían a dar cuenta de sus fortunas al gobierno central.

En el reinado de Miguel VIII había llegado a ser un principio de carácter generalmente aceptado el que la tierra poseída en *pronoia*, o sea, por favor imperial, que originariamente volvía a la corona a la muerte del beneficiario pasara por herencia a la familia. Al mismo tiempo, se había extinguido la obligación del terrateniente de prestar servicio militar. Ello no impidió que dichos terratenientes y sus descendientes organizasen ejércitos privados compuestos por sus vasallos, para la defensa de sus propiedades. De esta manera, la estructura de la sociedad en Asia Menor, Tracia, Macedonia y Grecia se fue feudalizando progresivamente y desinteresando de las exigencias y necesidades de la administración central de Constantinopla. La fragmentación del Imperio provocada por la cuarta Cruzada se hizo mayor a causa del creciente separatismo de sus propios habitantes. Andrónico II intentó doblegar el poder de los grandes terratenientes imponiendo nuevos tributos sobre sus latifundios. Pero los beneficios obtenidos fueron insignificantes.

Sus dificultades económicas se agravaron aún más al conceder a los genoveses el monopolio de la navegación en Constantinopla. La manifiesta prosperidad de la colonia mercantil genovesa de Gálata provocó la envidia y la ambición de Venecia. En 1285, los venecianos arrancaron del Emperador la confirmación de sus posesiones en las islas griegas de Negroponte y Creta y la concesión de nuevos privilegios comerciales en Constantinopla y Salónica. Pocos años más tarde, al caer Acre en poder de los mamelucos, Venecia perdió el último de sus, en otro tiempo, lucrativos mercados de Palestina, y sus mercaderes comenzaron a trasladar su campo de operaciones hacia el norte, en aguas bizantinas. El inevitable conflicto entre los intereses venecianos y genoveses estalló en 1296, produciéndose una serie de batallas navales delante de Constantinopla. Los principales perjudicados fueron los bizantinos, pues el Emperador se vio obligado a tomar partido y a pagar una compensación por los daños que los genoveses habían infligido a las propiedades venecianas en la ciudad. La cuestión no se solucionó hasta 1302, en que Andrónico firmó un nuevo tratado con Venecia. Pero los genoveses obtuvieron el derecho de fortificar su asentamiento de Gálata, con lo que en el futuro podrían defender sus intereses tanto frente a los bizantinos como frente a los ve-

necianos. Hubo otros mercaderes aventureros genoveses muy activos en otras zonas del Imperio. En 1304, la familia Zaccaria, a la que Miguel VIII le había concedido la explotación de las minas de alumbre de Focea, cerca de Esmirna, se apoderó de la isla de Quío, cercana a la costa. Según hicieron notar correctamente, no había ninguna flota bizantina para defenderla de los inminentes ataques de los piratas turcos, pero sus herederos conservaron Quío hasta 1329, con lo que Bizancio se vio privada de otra fuente de ingresos.

En 1282 pareció desaparecer el temor ante una invasión procedente de Italia. Pero continuaba el peligro de los príncipes bizantinos separatistas del norte de Grecia que habían apoyado esta posible invasión. El emperador Andrónico estaba emparentado por su matrimonio con el déspota de Epiro y durante algún tiempo pareció que su hijo y heredero Miguel IX se casaría con Tamara, hija del déspota, con lo que Epiro se hubiera unido al Imperio. Pero el proyecto naufragó y poco después Tamara casó con Felipe de Tarento, nieto de Carlos de Anjou, que de esta manera se convirtió en señor de los territorios angevinos de Epiro y Albania. Esta renovación de la alianza entre sus enemigos griegos e italianos produjo, como era lógico, cierta inquietud en el Emperador. Pero la seguridad de las posesiones angevinas en Grecia dependía del control sobre el principado francés de Morea, que también había pasado a ser feudo del reino de Nápoles, y en él, desde la muerte de Guillermo de Villehardouin en 1278, la anarquía reinante había sido aprovechada por los bizantinos. El enclave bizantino del sur de la península, que desde 1262 había sido defendido por gobernadores militares nombrados anualmente, fue ahora colocado bajo el control de los delegados imperiales y comenzó a asumir la condición de provincia y a constituirse en base de operaciones para la reconquista de ulteriores territorios griegos. De todas formas, pronto mostraron su debilidad los lazos entre Epiro e Italia, mientras que la facción pro-bizantina de Epiro comenzaba a ganar terreno. En 1304, Tomás, presunto heredero del despotado, casó con una nieta de Andrónico II. Los príncipes de Tesalia por su parte se mostraron más reacios a llegar a un acuerdo con Constantinopla. Pero a comienzos del siglo XIV se vislumbraba ya la posibilidad de que al menos parte del norte de Grecia se reincorporase al Imperio a base de negociaciones diplomáticas.

La rápida expansión del reino de Servia suponía un problema mucho más acuciante en esta zona. En los últimos años del reinado de Miguel VIII los servios habían comenzado a infiltrarse en la Macedonia bizantina, amenazando la seguridad de

Salónica, la segunda ciudad del Imperio bizantino. Skopie había caído en sus manos en 1282. Andrónico II, siguiendo el consejo de sus generales, contrarios a una confrontación militar, ofreció la mano de su hermana Eudocia al rey servio Esteban Milutin. El ofrecimiento fue aceptado y se iniciaron los preparativos, pero Eudocia negó abiertamente su consentimiento. Andrónico no podía volverse atrás y en medio de su desesperación propuso que su propia hija primogénita, Simónida, que contaba cinco años, fuera prometida a Milutin en sustitución. El matrimonio se celebró en 1300. Fue un gran escándalo, condenado enérgicamente por el Patriarca. La dote que Simónida aportó a su marido comprendía todos los territorios griegos previamente conquistados. Pero este arreglo supuso veinte años de paz entre Bizancio y Servia y colaboró al aumento de la influencia bizantina en el reino servio.

En su política europea, Andrónico tuvo por lo menos poder suficiente para enfrentarse a todas las crisis a medida que se iban produciendo y evitar así un desastre total. Pero en Asia la situación le desbordó completamente. Durante los primeros años de su reinado, autorizó a los recientes invasores turcos a penetrar en la parte occidental de Asia Menor, hasta que hacia 1300 sólo seguían siendo griegas unas cuantas ciudades aisladas de lo que fuera en un tiempo la zona más floreciente y próspera del mundo bizantino. El hundimiento de la resistencia bizantina no se debió enteramente a causas militares. Se hicieron intentos de fortalecer las defensas e incluso de llevar a cabo acciones ofensivas. Desde 1290 a 1293 el mismo Emperador tomó el mando en Bitinia y se esforzó por restablecer la fuerza defensiva fronteriza. Pero sus esfuerzos se estrellaron contra las rebeliones locales y los motines entre los oficiales, a menudo instigados por los arsenitas y por partidarios de la familia Lascaris. Uno de sus más gloriosos generales, Alejo Filantrópeno, que rechazó a los turcos en el valle del Meandro, fue proclamado emperador por los griegos de la región en 1296. La revuelta fue rápidamente sofocada, pero era un síntoma de la inquietud y enemistad de la población griega de Asia Menor, explotada al máximo por los turcos. A medida que iban cayendo en sus manos nuevos territorios, los bizantinos iban perdiendo su potencial demográfico y el número de refugiados despavoridos que llegaban a la costa o a Constantinopla alcanzó proporciones alarmantes y creó nuevos problemas. Algunas de las ciudades griegas mejor fortificadas, como Filadelfia, organizaron su propia defensa frente a los invasores, pero faltaba un ejército con fuerza suficiente para expulsar al enemigo de las zonas próximas.

A comienzos de 1302, varios miles de alanos solicitaron la autorización del Emperador para atravesar el Danubio en su huida de los tártaros. Andrónico los acogió como un refuerzo providencial para su ejército. Se recaudaron nuevos impuestos para equiparles con caballos y armaduras y el hijo del Emperador, Miguel IX, se puso inmediatamente al frente de un contingente que entró en combate contra los turcos en Magnesia. Los alanos no se mostraron leales y desertaron tras los primeros combates. Otro contingente luchó y fue derrotado en Bafea, cerca de Nicomedia, en Bitinia, en julio del mismo 1302. Los turcos remataron su victoria devastando todo el territorio en torno a las ciudades amuralladas de Nicomedia, Nicea y Brusa y arrojando a miles de refugiados hacia el Helesponto y el Bósforo en dirección a Constantinopla.

La conquista turca de la parte occidental de Anatolia comenzaba entonces a consolidarse con la creación de unos principados con sus emires locales al frente. La batalla de Bafea fue ganada por un emir *gazi* llamado Osmán, cuyos guerreros comenzaron pronto a conquistar Bitinia, y que fue el padre del pueblo otomano u osmanlí. Pero todavía a comienzos del siglo XIV los osmanlíes tenían menos fama que los emiratos *gazis* de otras zonas. En el sudoeste, al otro lado del río Meandro, la conquista fue culminada por un emir llamado Mentese. Sus guerreros fueron los primeros de estos nuevos turcos que se dedicaron a la piratería en el mar. En 1300 atacaron la isla de Rodas, aunque ésta fue pronto recuperada por los caballeros de San Juan, que la convirtieron en su cuartel general. Al norte del Meandro los hijos de un tal Aydin, cuyos ataques se dirigían contra Esmirna, crearon otro emirato. Los emires de Aydin, al igual que los de Mentese, se aprovecharon de la ausencia de fuerzas navales bizantinas y se dedicaron a la piratería en el Egeo. Más al norte todavía se instalaron los emiratos de Saruján, en la región de Lidia, y de Karasi, al sur del Helesponto. Había otros, pero nadie hubiera predicho que el emirato de Osmán, relativamente insignificante y sin salida al mar, iba a convertirse en el más duradero y poderoso de todos los principados turcos.

Tras los dos desastres de 1302, en Bafea y Magnesia, cuando la situación del Emperador era casi desesperada, surgió una nueva esperanza. Una banda de mercenarios profesionales, conocida como la Compañía Catalana, le ofreció sus servicios. Había luchado durante algunos años a las órdenes del rey aragonés de Sicilia contra Carlos II de Anjou, pero en 1302 sus hombres fueron licenciados y su jefe, Roger de Flor, vio en Bizancio una nueva posibilidad de empleo. Sus condiciones eran exorbitantes,

pero el Emperador accedió de buen grado a pagarles cuatro meses de soldada por adelantado y a otorgar la mano de su sobrina a su jefe.

La Compañía Catalana aportó dudosos beneficios. En septiembre de 1303 llegaron a Constantinopla unos 6.500 hombres y casi inmediatamente provocaron desórdenes y saqueos. En 1304 descendieron hacia Anatolia y levantaron el sitio de Filadelfia. Pero en adelante, las operaciones contra los turcos fueron llevadas más bien en beneficio propio que de los bizantinos. El Emperador se dio cuenta de que era mucho más manejable una banda de mercenarios al mando de un griego que un grupo de soldados que no obedecían órdenes más que de su propio jefe. Roger de Flor planeó establecer un principado propio en Asia Menor y sólo muy a disgusto hizo volver sus tropas a los cuarteles de invierno de Gallípolis. En esta ciudad recibieron refuerzos procedentes de España. Se negaron a empezar otra nueva campaña hasta que no se pusiese al día el pago de sus soldadas, y el Emperador se vio en dificultades para encontrar el dinero. Su hijo Miguel IX proclamó abiertamente su desconfianza hacia los catalanes, no incluyéndoles en el ejército que formó para hacer frente a los búlgaros. Finalmente, Roger accedió a volver al combate a comienzos de 1305. Antes de partir visitó el campamento de Miguel IX en Adrianópolis, y estando en él fue asesinado por un alano del ejército de Miguel. Junto con él fueron asesinados trescientos hombres de su ejército.

Los restantes catalanes achacaron a los bizantinos el crimen. Eligieron un nuevo jefe y organizaron un pretendido estado hispánico independiente en la península de Gallípolis. Durante más de dos años tuvieron en jaque a la región situada al oeste de Constantinopla y todos los esfuerzos de Miguel IX para desalojarlos por la fuerza y de su padre para llegar a un acuerdo con ellos fueron inútiles. Quisieron ganar a su causa a un gran número de turcos, invitándoles a atravesar el Helesponto. Una vez que hubieron agotado todos los recursos en Tracia, se trasladaron hacia occidente, en dirección a Salónica. En 1308 llegaron a Calcídica y saquearon los monasterios del monte Atos. Pero las murallas de Salónica resistieron y en 1309 descendieron a Tesalia y de allí a Atenas. El duque francés de Atenas, Gualterio de Brienne, les tomó a su servicio, dándose cuenta más tarde que no podía librarse de ellos; en marzo de 1311, el duque y muchos de sus caballeros murieron en una batalla contra los catalanes, a orillas del río Cefiso, en Beocia. El ducado francés de Atenas y Tebas, una de las reminiscencias de la cuarta Cruzada, pasó así a estar durante unos setenta años bajo dominación catalana.

Los catalanes, cuyos servicios habían sido requeridos para salvar al Imperio bizantino, causaron graves perjuicios no sólo a los territorios imperiales de Tracia y Macedonia, sino también a la economía del Imperio. Para hacer frente a los gastos que ocasionaban, el Emperador se vio obligado a devaluar una vez más el numerario en 1304. El contenido de oro del *hyperpyron*, que cien años antes había sido del 90 %, fue reducido al 50 %. Al ser recaudados la mayor parte de los derechos aduaneros genoveses y venecianos, hubo que recurrir a otras formas de impuestos sobre el pueblo bizantino, especialmente en las provincias occidentales. Una tercera parte de todas las tierras poseídas en calidad de *pronoia* fueron confiscadas por el Estádo, y muchos latifundios que hasta el momento habían disfrutado de la exención fiscal, y entre ellos algunos pertenecientes a los grandes monasterios, fueron ahora cargados de impuestos. Además se introdujo un nuevo tipo de impuesto en especie, pagado por los agricultores: el *sitokrithon*, que se recaudaba en trigo y cebada en cantidad proporcional a la extensión de tierra de cada agricultor.

Tales medidas permitieron al menos pagar a los catalanes e incluso proporcionaron cierta prosperidad adicional para el tesoro después de que éstos se hubieron ido. Pero no pudieron paliar la miseria de aquellos a quienes habían despojado los turcos o los catalanes. Desde 1305 Constantinopla estaba llena de refugiados procedentes de Tracia y de Asia Menor. Escaseaban los alimentos y había un próspero mercado negro de trigo. El patriarca Atanasio organizó la ayuda a los pobres y hambrientos y presionó al Emperador para que estrechara el control sobre la compra y venta de trigo y la fabricación de pan. Pero la agricultura de la región en torno a Constantinopla estaba completamente arruinada, al haber estado viviendo de la tierra en Tracia los turcos atraídos por los catalanes. Algunos de ellos se pusieron al servicio de Milutin de Servia, pero unos 2.000 se hicieron fuertes en Gallípolis y hasta 1312, con la ayuda de los servios y los genoveses, no pudieron los bizantinos cercarlos y derrotarlos. Un importante granero era el norte de Tracia, que en su mayor parte no había llamado la atención de catalanes y turcos, y desde cuyos puertos a orillas del mar Negro los barcos genoveses cargaban el trigo con dirección a Constantinopla. Pero incluso allí era la situación poco clara, pues los búlgaron crearon graves problemas al Imperio. Teodoro Svetoslav, que había iniciado en 1300 la liberación de Bulgaria de manos de los tártaros, ocupó los puertos bizantinos del mar Negro y en 1307 obligó al emperador Andrónico a firmar un tratado cediéndolos a Bulgaria.

Los turcos seguían su inexorable conquista de la parte occidental de Asia Menor. Durante algún tiempo el Emperador mantuvo la esperanza de una intervención de los mongoles por el este y llegó a un arreglo con su jan, que envió un ejército a Bitinia en 1307. Consiguió escasos resultados, salvo el de espolear aún más a Osmán, y tras la partida de los catalanes no había una resistencia debidamente organizada ni frente a los osmanlíes ni frente a los otros emiratos *gāzī* del sur. Al final, Andrónico II hizo un tardío intento de revitalizar la marina bizantina. Se impusieron nuevos tributos para construir una flota de veinte navíos de guerra y sostener un contingente de 1.000 jinetes en Bitinia y 2.000 en Europa.

La fuerza material del Imperio fue declinando rápidamente en tiempos de Andrónico, pero los asuntos de la Iglesia nunca dejaron de ocupar su atención. En 1310 tuvo la satisfacción de presidir el acto de reconciliación formal entre los arsenitas y la Iglesia ortodoxa. Su causa, como la de los partidarios de los Lascaris, había perdido gran parte de su fuerza con la ocupación turca del antiguo Imperio de Nicea. En 1312 ordenó que los monasterios del monte Atos, que siempre habían estado bajo el control imperial, en el futuro estuvieran sometidos a la autoridad del Patriarca de Constantinopla. El Emperador elaboró también una nueva lista del orden de prioridad de los obispados. El patriarca Atanasio, que desempeñó el cargo en dos ocasiones durante el reinado de Andrónico, se ganó muchas enemistades debido a su puritanismo y a su rigurosa observancia de los principios cristianos. Pero ejercía una gran influencia sobre el Emperador y colaboró en la reafirmación del *status* de la sede de Constantinopla como cabeza indiscutible de todas las Iglesias ortodoxas dentro y fuera de los límites del Imperio. Entre los mismos bizantinos era evidente que, en tiempos de Andrónico II, la Iglesia consiguió todo el prestigio y autoridad que había perdido el Imperio.

Pero hubo un aspecto en el que el reinado de Andrónico II fue testigo de notable renacimiento: el de las artes y las ciencias. Es una paradoja en la historia bizantina que la decadencia material del Imperio en el siglo XIV fuera acompañada de un renacimiento de la literatura, la cultura y el arte. Este proceso había comenzado durante los años del exilio en Nicea. En el campo de la literatura se manifestó sobre todo en un renovado interés por la erudición e historiografía griegas. Jorge el Acropolita, el historiador del período de Nicea, que llegó a ser Gran Logoteta en tiempos de Miguel VIII, fue un continuador consciente de la tradición de Tucídides. Desde 1261, el Emperador

le puso al frente de la restablecida Universidad de Constantinopla. Jorge Paquimero, que nació en Nicea y murió en Constantinopla en 1310, escribió también la historia de este período, pero se interesó además por la filosofía, las matemáticas y la astronomía. Sus contemporáneos gustaban de comparar a Constantinopla con la Atenas de la antigüedad y a la Corte de Andrónico II con el Liceo y la *Stoa.* Los sabios que la frecuentaban obtenían la mayor parte de sus conocimientos de fuentes antiguas. Sobresalieron en los comentarios eruditos y en las paráfrasis de los clásicos. Pero su cultura carecía de originalidad, exceptuando quizá el campo de las matemáticas. En él, el monje Máximo Planudo abrió nuevos cauces al adoptar los números árabes, aunque Planudo sea más famoso por sus traducciones al griego de algunas obras de San Agustín, Boecio e incluso Ovidio. Estos sabios manifestaron en parte su vanidad en su afán enciclopedista. Quienes estuvieron más cerca de este propósito fueron Teodoro Metoquito, Gran Logoteta de Andrónico II, y su discípulo el historiador Nicéforo Grégoras. Metoquito había leído todas las obras filosóficas y científicas del mundo antiguo. Sus conocimientos enciclopédicos se pueden apreciar leyendo la serie de ensayos que ha llegado hasta nosotros. Pero su gran afición, que transmitió a su discípulo Grégoras, quizá el sabio más importante de su época, era la astronomía. Nicéforo Grégoras, que vivió y escribió la historia de las dos guerras civiles y la de la controversia teológica que agitó a la sociedad de su época, escribió también un tratado acerca de la construcción del astrolabio, observó y predijo eclipses y propuso una reforma del calendario juliano. Fue un gran expositor, aunque no creador, de la filosofía, aunque estuvo más inclinado hacia el platonismo y neoplatonismo que hacia la dialéctica de Aristóteles. Consideraba las matemáticas y la astronomía como la quintaesencia de la sabiduría humana. Pero para Grégoras, lo mismo que para la mayor parte de sus contemporáneos, a pesar de su entusiasmo ante el redescubrimiento de la cultura griega antigua, la teología seguía siendo la reina de las ciencias. Al final de su vida, durante la disputa sobre la doctrina de los hesicastas, Grégoras se ocupó exclusivamente de cuestiones de teología, olvidando sus otras aficiones, y murió en 1360, mártir de sus convicciones religiosas.

Este renacimiento de la cultura en Constantinopla y Salónica fue en parte impulsado por la creciente helenización de los bizantinos y por el orgullo de monopolizar la herencia de la sabiduría helénica. Teodoro Metoquito se enorgullecía de no tener ninguna deuda con la cultura latina ni con ninguna otra

cultura extranjera. Esta identificación de lo bizantino con lo griego era comprensible en un momento en que el Imperio se veía rápidamente reducido a sus provincias específicamente griegas. Pero había quienes consideraban esta actitud como una mera pedantería retórica, y eruditos, como Planudo, admiraban cuanto conocían de la cultura occidental. Entre éstos destacó Demetrio Cidonio, que viajó por el extranjero como estadista a mediados del siglo XIV y que sirvió durante muchos años en calidad de primer ministro a los emperadores Juan Cantacuceno y Juan V. Cidonio fue uno de los pocos bizantinos que admiró a Tomás de Aquino, cuyas obras tradujo al griego y fue el precursor del selecto grupo de bizantinos, sobre todo intelectuales, que abrazaron la fe de la Iglesia de Roma y se volvieron hacia Occidente para intentar salvar a su Imperio de la ruina. Cidonio dejó también escrita una amplia colección de cartas, que, aunque a menudo son solamente meros ejercicios literarios, arrojan mucha luz sobre la historia de la segunda mitad del siglo XIV. Pues, cosa extraña, los acontecimientos de este período no fueron narrados por ningún historiador bizantino contemporáneo. El último de los historiadores griegos del siglo XIV, y uno de los hombres más cultos de su época, fue el emperador Juan VI Cantacuceno, que escribió sus memorias tras su abdicación en 1354. Se trata de una de las obras más literarias y cuidadas de toda la historiografía bizantina. Pero nadie recogió el hilo de los hechos donde Cantacuceno lo había dejado hasta mediados del siglo XV. Hacia 1360 da la impresión de haber perdido la mayor parte de su fuerza el movimiento de renacimiento cultural bizantino.

El renacimiento artístico que acompañó al literario conservó, sin embargo, su fuerza. El ejemplo supremo del arte del siglo XIV está constituido por los mosaicos y pinturas al fresco de la iglesia de Cora (*Kahrie-Djamie*) de Constantinopla, que fue restaurado a expensas de Teodoro Metoquito antes de 1332. Otros ejemplos de mosaicos de esta época se pueden encontrar en la misma Constantinopla, en la *Kilisse Djamie* y en Salónica, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Pero fue en la pintura de frescos más modestos o en la de iconos en las ciudades provinciales, como Mistra, en Morea, en la que se pueden hallar algunas de las más hermosas obras del arte tardío bizantino, o en el Imperio de Trebisonda, donde los artistas bizantinos mejor se expresaron. Y fue mediante la continua vitalidad de la Iglesia en tanto que factor común en los países ortodoxos como las influencias artísticas y culturales bizantinas se extendieron a Servia, Bulgaria, Rumania y Rusia en este período.

III. *La época de las guerras civiles: Andrónico III y Juan VI (1321-1354)*

La vida familiar de Andrónico II estuvo llena de desgracias. Su hijo Miguel IX, nacido de su primera mujer, fue coronado co-emperador en 1294. Su segunda mujer, Irene de Monferrato, le dio otros tres hijos y pretendió que su esposo dividiera el Imperio en una serie de principados. Andrónico se negó, sin embargo, a adoptar una medida tan inusitada e Irene le abandonó refugiándose en Salónica. La sucesión pareció asegurarse aún más al convertirse en co-emperador en 1316 el mayor de los dos hijos de Miguel IX, Andrónico III. El joven Andrónico, que era en principio el favorito de su abuelo, tuvo una disoluta juventud. Como consecuencia de una de sus aventuras amorosas se convirtió en agente involuntario de la muerte de su hermano menor. La impresión fue demasiado fuerte para su padre Miguel IX, que cayó enfermo y murió en 1320. Parecían frustrados todos los planes dinásticos hechos por Andrónico II, que desheredó a su nieto.

Estos fueron los acontecimientos que desencadenaron la primera de las guerras civiles que iban a agitar al Imperio durante el siglo XIV. Pero las causas eran más profundas. En 1320 hacía ya casi cuarenta años que Andrónico II ocupaba el trono. Parte de la joven generación aristócrata se dio cuenta de que carecía de directrices políticas y de que su época había pasado. Este sentimiento debió de ser compartido por los que aún tenían latifundios en Macedonia y en el norte de Tracia, cuyas calamidades hasta el momento se habían reducido al aumento de sus impuestos y a la pérdida de su inmunidad. Al ser desheredado Andrónico III en 1320, su causa fue defendida por varios de sus amigos, que le convencieron para defender sus derechos sucesorios. Entre ellos destacaban Juan Cantacuceno, Sirgiano Paleólogo y Teodoro Sinadeno. Cantacuceno, al igual que Sirgiano, era de la misma edad que el joven Andrónico y provenía de una familia muy bien relacionada, que poseía extensas propiedades en Macedonia, Tracia y Tesalia. Su carrera política y militar, que se inició de manera efectiva con la primera guerra civil, le conduciría finalmente al trono, y gran parte de la historia bizantina del siglo XIV estuvo conformada por su política y fue descrita por su pluma en las memorias que más tarde escribió. Sirgiano estaba emparentado con las familias de los Paleólogo y los Cantacuceno, aunque era de origen extranjero. Sinadeno pertenecía también a la aristocracia terrateniente y ocupaba un cargo militar en Tracia. El cuarto

cómplice era un aventurero sin escrúpulos llamado Alejo Apocauco, que debía su fortuna a Juan Cantacuceno.

Cantacuceno y Sirgiano prepararon el terreno para la rebelión en Tracia, alimentando la enemistad del pueblo, dispuesto ya a enfrentarse a los recaudadores de impuestos del Emperador. El dinero se empleó para reclutar ejércitos. En Pascua de 1321, Andrónico III huyó de Constantinopla y se unió a sus partidarios en Adrianópolis. Los acontecimientos futuros tuvieron tres fases. En junio de 1321 el anciano Emperador tuvo que aceptar que su nieto reinara como Emperador en Adrianópolis. La guerra estalló de nuevo, sin embargo, al cambiar de partido Sirgiano, celoso de la posición de Cantacuceno. Un segundo arreglo se consiguió en 1322. Durante algún tiempo, los dos emperadores acordaron reinar conjuntamente y en 1325 Andrónico III fue solemnemente coronado Emperador en Constantinopla. Pero había una atmósfera de sospechas e intrigas. Sirgiano fue descubierto en un complot para asesinar al anciano Emperador y encerrado en prisión. El gobernador de Salónica, Juan Paleólogo, se proclamó príncipe independiente, con la ayuda del rey servio Esteban Dečanski. Parecía haberse detenido la actividad normal de gobierno, mientras se olvidaban casi completamente las necesidades militares del Imperio. Grupos de piratas turcos saquearon las costas de Tracia, y aunque se hicieron algunos nuevos intentos para expulsar a los turcos de Filadelfia, en abril de 1326 los osmanlíes se apoderaron de la ciudad de Brusa, en Bitinia.

La tercera y última fase de la lucha comenzó en otoño de 1327 y esta vez la guerra alcanzó mayores proporciones, pues intervinieron en bandos opuestos Servia y Bulgaria. Pero en enero de 1328 Salónica se puso de parte de Andrónico III y en mayo del mismo año, ayudado por Cantacuceno y por sus partidarios de dentro de la ciudad, el joven Emperador entró en Constantinopla. Andrónico II se vio obligado a abdicar. Murió en 1332, en un monasterio. Su Gran Logoteta, el sabio Teodoro Metoquito, fue exiliado. El triunfo de Andrónico III fue, en cierto modo, el de nuevos hombres con nuevas ideas. Pero los años de luchas habían arruinado de nuevo la economía y la agricultura y los vecinos y enemigos del Imperio, servios, búlgaros, italianos y turcos se habían aprovechado de la confusión reinante. La mano derecha del nuevo Emperador era Juan Cantacuceno, que se contentó con el cargo de Gran Doméstico, declinando el ofrecimiento de compartir el poder imperial. Gracias a su mediación fue puesto en libertad el traidor Sirgiano. Sinadeno fue nombrado prefecto de Constantinopla y a Alejo le fue confiado el tesoro.

El Imperio bizantino estaba bajo el control de hombres más jóvenes y decididos. Como prueba de ello, el Emperador y su Gran Doméstico iniciaron una campaña en Bitinia a comienzos de 1329. Pero también los osmanlíes contaban con nuevo jefe: Osmán había muerto en 1326 y había sido sucedido por su hijo Orján. En junio de 1329 este primer ejército bizantino fue derrotado por Orján y sus guerreros, primero en Pelecano, cerca de Nicomedia, y más tarde en Filocrene, en la costa. El Emperador fue herido, pero Cantacuceno cubrió su retirada y trajo de vuelta a Constantinopla los restos del ejército. La batalla de Pelecano significó el principio del fin de la dominación bizantina sobre Bitinia. Orján se apoderó de Nicea en marzo de 1331 y de Nicomedia en 1337. No se veía otra alternativa que llegar a un acuerdo con los conquistadores. En 1333 Andrónico III firmó el primer tratado de Bizancio con los osmanlíes y accedió a pagarles un tributo anual.

Una política semejante se adoptó en relación con los otros emiratos turcos de Asia Menor. En otoño de 1329 los habitantes de Quío se rebelaron contra sus dominadores genoveses. El Emperador acudió prestamente en su ayuda y la isla volvió bajo la dominación bizantina, junto con Focea, en el continente. Allí estableció Andrónico su primer contacto directo con Umur, emir de Aydin. La actividad de Umur había ya llegado a oídos del mundo occidental, pues ya en 1332 controlaba el puerto de Esmirna y sus navíos piratas llegaban en sus incursiones hasta la isla de Negroponte, en poder de Venecia, y el litoral griego. Los italianos, y sobre todo los caballeros de Rodas y el rey francés de Chipre, pensaban formar una liga para su defensa común frente a los piratas de Aydin y Mentese. El papa Juan XXII quiso transformar esta liga en una cruzada. Pero la actuación de los miembros de la liga inclinó a Bizancio a fortalecer aún más su alianza con los turcos. En 1335 los genoveses, ayudados por los caballeros de Rodas, ocuparon la isla de Lesbos e intentaron recuperar Quío. Andrónico III, impulsado por Cantacuceno, llamó inmediatamente en su ayuda a los turcos. Umur de Aydin acudió a su encuentro en Kara Burun, frente a Quío, y allí, en 1335, se firmó un nuevo tratado. Umur cedió barcos al Emperador para recuperar Lesbos, recibiendo a cambio una gran suma de dinero. En el tratado se especificaba el reconocimiento por parte de los bizantinos de la independencia del emirato de Aydin. Pero a cambio supuso la paz en este sector durante bastantes años y garantizó al Emperador un constante refuerzo de tropas turcas para apoyar la causa bizantina.

Mientras tanto en los Balcanes había estallado la guerra entre Servia y Bulgaria. En 1330 los servios derrotaron a los búlgaros en Velbuzvd (Kustendil). Se tratába de un conflicto que sólo de manera indirecta afectaba a Bizancio, pero sus consecuencias fueron alarmantes al surgir en él un nuevo rey de Servia, Esteban Uroš, conocido por Dušan, que iba a dominar los acontecimientos en los Balcanes durante muchos años. Dušan unió Servia y Bulgaria al casar con una hermana del zar búlgaro Iván Alejandro y comenzó a planear la conquista de todas las provincias europeas de Bizancio y de la misma Constantinopla. En un principio le animó a ello la defección a su propia Corte de Sirgiano, al que Andrónico había nombrado gobernador de Salónica. Sirgiano fue finalmente asesinado por un sicario del Emperador y el asunto terminó con un nuevo tratado entre Andrónico y Dušan, firmado en 1334. Pero Dušan había visto la posibilidad de que otros bizantinos pudieran servir a sus planes.

Ciertamente, el Imperio en tiempos de Andrónico III inspiró algo más de respeto a sus vecinos. Se había visto obligado a hacer concesiones a los turcos, aunque era mejor tenerlos como aliados que como enemigos, pero los servios, búlgaros e italianos habían comprobado que los bizantinos seguían teniendo cierta capacidad de resistencia. También se llevaron a cabo ciertas reformas internas. La economía estaba en una situación muy mala, aunque se obtuvieron las grandes sumas necesarias para pacificar a los turcos, y hombres como Cantacuceno estaban dispuestos a arriesgar su fortuna personal para apoyar a un gobierno en el que tenían cierta confianza. Andrónico III adoptó también medidas para erradicar la corrupción, nombrando cuatro jueces supremos encargados de supervisar la aplicación de las leyes. Su abuelo había fracasado en su intento de crear, en 1296, un alto tribunal de apelación. La reforma de Andrónico no tuvo mucho más éxito, pues se vio que los propios jueces supremos eran también corruptibles. No es casualidad que en el siglo XIV fuera recayendo en la Iglesia un número creciente de cuestiones judiciales. En todos los casos, los querellantes preferían la imparcialidad de un tribunal patriarcal o episcopal a la venalidad de su tribunal local. Pero la institución de los jueces supremos sobrevivió e incluso fue ampliada más tarde con el nombramiento de jueces en otras ciudades, igualmente con amplios poderes. Ya era algo llevar a cabo un intento de reforzar el aparato legal en un momento tan caótico.

Sin embargo, el mayor logro de este reinado fue, evidentemente, la recuperación para el Imperio de las provincias de Epiro y Tesalia, tanto tiempo separadas de él. En Tesalia, el

último descendiente de la dinastía griega independiente, murió en 1318 sin dejar descendencia. En el país se produjo una fragmentación de tipo feudal o la simple anarquía. Los bizantinos comenzaron la penetración por el norte, desde Salónica y los catalanes por el sur, desde Tebas, mientras que algunas familias albanesas comenzaron a penetrar sin oposición en las llanuras de Tesalia. Pero en 1333, al morir el más importante de los magnates locales, el Emperador, que se hallaba en Macedonia, aprovechó la oportunidad para enviar algunas tropas a reivindicar Tesalia como provincia imperial. Los habitantes, incluso los inmigrantes albaneses, accedieron gustosos y fue nombrado un gobernador imperial.

La reconquista de Epiro se produjo algunos años más tarde. También aquí murió en 1318 el último heredero directo de la dinastía griega independiente, el déspota Tomás. Epiro pasó entonces a manos de la familia italiana de los Orsini, que durante mucho tiempo había gobernado en la cercana isla de Cefalonia. Juan Orsini (1323-1335) recibió de Andrónico III el título bizantino de déspota. Pero en 1335 fue asesinado por su mujer, Ana, griega, que gobernó en calidad de regente de su hijo Nicéforo, y buscó un mayor acercamiento a Bizancio. Dos años más tarde, Andrónico y Juan Cantacuceno, que estaban en una campaña por Albania, visitaron Epiro y aceptaron la sumisión de Ana. Pero no todos los habitantes de Epiro se mostraron de acuerdo con esta medida y su hijo Nicéforo fue llevado secretamente a la Corte de Catalina de Valois, en Italia. Catalina, como heredera del Imperio latino de Constantinopla, vio grandes posibilidades en el apoyo a una rebelión contraria a la imposición del gobierno directo de Bizancio, y volvió a enviar a su patria a Nicéforo, acompañado de una flota italiana. Sin embargo, la revuelta no tuvo gran eco y fue prontamente aplastada al aparecer de nuevo Andrónico III y Cantacuceno con un ejército. A finales de 1340 Nicéforo fue trasladado a Constantinopla, donde más tarde casaría con la hija de Cantacuceno, María. El primo de Cantacuceno, Juan Angel, fue nombrado gobernador de la recién establecida provincia de Epiro, mientras que su amigo Teodoro Sinadeno pasó a ser gobernador de Salónica.

La recuperación de toda la parte norte de Grecia fue un gran triunfo. Pudo haber marcado el resurgimiento de Bizancio como gran potencia europea, tras la pérdida de sus territorios en Asia Menor. Pero sólo algunos años más tarde, tanto Epiro como Tesalia, fueron incorporadas al Imperio en expansión de Esteban Dušan de Servia, que parecía tener toda la vitalidad que Bizancio había perdido. Este triunfo, como la mayor parte

de los éxitos diplomáticos y militares de Andrónico III, fue en gran parte obra de Juan Cantacuceno. Su fuerza y su influencia sobre el Emperador fueron causa de envidia entre sus colegas, y su resentimiento llegó al límite al morir Andrónico III el 15 de junio de 1341 sin haber tomado disposiciones sucesorias. El mayor de sus hijos, Juan Paleólogo, contaba solamente nueve años. Muchos encontraban lógica la regencia de Juan Cantacuceno, el eterno amigo del último Emperador. Pero hubo otros que creyeron llegado el momento de provocar la caída del rival político. La Emperatriz viuda y madre de Juan, el niño Emperador, Ana de Saboya, había odiado siempre a Cantacuceno. Otro oponente declarado era el patriarca Juan Calecas, pues pretendía también la regencia del Imperio. Pero el hombre que más agudizó la crisis fue el advenedizo Alejo Apocauco, que recientemente había añadido a sus lucrativos títulos el de Gran Duque o alto almirante. Fue él quien atizó las llamas del resentimiento contra Cantacuceno e intrigó contra él ante la Emperatriz y el Patriarca.

La incertidumbre sobre la sucesión dio nuevas alas a los enemigos del Imperio. Tanto Dušan de Servia como Iván Alejandro de Bulgaria explotaron la situación y los piratas turcos asolaron de nuevo las costas de Tracia. Pero Cantacuceno les demostró que seguía siendo dueño de la situación. Se llegó a un acuerdo con servios, búlgaros y turcos, lo mismo que con Orján, el emir osmanlí. La fama de Cantacuceno era tan grande que incluso algunos señores franceses de Morea le ofrecieron someter su principado. Esto hubiera significado la vuelta a Bizancio de casi toda Grecia. Era una oportunidad demasiado clara para desaprovecharla. En septiembre de 1341 Cantacuceno marchó de Constantinopla para reclutar un ejército. Pasarían más de cinco años antes de que volviese.

En cuanto hubo marchado, sus rivales, dirigidos por Alejo Apocauco, organizaron un golpe de Estado. El patriarca Juan Calecas fue proclamado regente y Apocauco prefecto de la ciudad. La Emperatriz firmó una orden de deposición contra Cantacuceno. El 26 de octubre de 1341 Cantacuceno aceptó la proclamación como Emperador que hicieron sus partidarios en sus cuarteles generales en Demótica, en Tracia. La decisión, arguyó, le había sido impuesta. Pero insistió en que seguía siendo un simple guardián de los derechos del heredero legítimo, Juan Paleólogo, y nunca se desvió de este principio. La regencia de Constantinopla vio, sin embargo, la cuestión de otra manera y estalló una segunda guerra civil. El Patriarca excomulgó a Cantacuceno y en noviembre de 1341 llevó a cabo la coronación de Juan Paleólogo como el emperador Juan V.

La segunda guerra civil fue incluso más asoladora que la primera. Dio pie para la intervención extranjera hasta unos límites mucho mayores; pero además desencadenó unas tensiones sociales y políticas dentro de la sociedad bizantina que tuvieron consecuencias sin precedentes. Los pobres y desposeídos sabían perfectamente que Cantacuceno representaba los intereses de la rica clase latifundista, que era su principal apoyo. Apocauco explotó su resentimiento en su propio beneficio, ofreciéndose como su defensor e incitando una revuelta en Constantinopla para destruir las propiedades de la aristocracia. Ello pronto degeneró en una revolución. Es significativo que el movimiento afectase más a las ciudades que a los centros rurales. Todas las ciudades del Imperio habían tendido a desarrollar su propio gobierno municipal a medida que se debilitaban sus lazos con la capital. En algunas de las más remotas ciudades del Imperio, como Monembasia y Janina, este proceso había sido favorecido por la propia política imperial, y los emperadores habían concedido a sus ciudadanos cartas de privilegios. La población más pobre de las ciudades de Tracia rechazó la protección imperial tomándose la ley por sus propias manos.

Al poco tiempo de la proclamación de Cantacuceno como Emperador en Demótica, las poblaciones de las proximidades de Adrianópolis se levantaron contra su aristocracia e implantaron un gobierno revolucionario. El ejemplo fue pronto seguido por otras ciudades. Las clases acomodadas fueron condenadas con el estigma de «cantacucenismo» y desposeídas en todo el Imperio. En Salónica, la revolución adquirió una forma peculiar, pues se organizó una especie de partido político con un programa de reformas. Se llamaron a sí mismos zelotas y se hicieron con el poder al saber que Cantacuceno avanzaba contra su ciudad llamado por la aristocracia. El gobernador Sinadeno fue expulsado y durante algunos días hubo un gran tumulto en la ciudad, hasta que los zelotas lograron controlar la situación. Aquí, como en todas partes, la regencia de Constantinopla se apresuró a reconocer al nuevo régimen. Apocauco nombró a su propio hijo Juan delegado en la ciudad, como había hecho antes con su otro hijo, Manuel, en Adrianópolis.

Tales acontecimientos no hicieron a Juan Cantacuceno abandonar la lucha. Pero en los dos años siguientes sus posibilidades de éxito parecían muy escasas. Sin comunicación con Tracia y alejado de Salónica, su primera medida fue refugiarse en la corte de Esteban Dušan de Servia en 1342. Dušan era, sin embargo, un amigo poco fiel, y al proclamarse a favor de Cantacuceno la provincia de Tesalia y algunas ciudades de Macedonia, le abandonó y se pasó al lado contrario. Cantacuceno

solicitó también la ayuda de Umur de Aydin, que en dos ocasiones acudió en su socorro, pero ni siquiera con un ejército de 6.000 hombres pudo conquistar Salónica. Su apoyo le permitió, sin embargo, abrirse camino hasta Demótica, en Tracia, desde donde podía concentrar sus fuerzas para dominar a sus oponentes de Constantinopla. Al hacer esto, abandonó Macedonia a su propia suerte, en manos de los servios. El ejército de Dušan rodeó rápidamente Salónica y en septiembre de 1345 se apoderó de la ciudad clave de Serres. El 16 de abril de 1346, Dušan se autocoronó Emperador de servios y griegos, desbaratando así las pretensiones de los dos pretendientes al trono bizantino.

La regencia de Constantinopla obtuvo muy pocos beneficios de sus alianzas, tanto con los servios como con los búlgaros. La emperatriz Ana intentó interesar al Papa en su causa y en 1343 obtuvo algún dinero empeñando en Venecia las joyas de la corona. Pero a comienzos de 1345 Adrianópolis se rindió a Cantacuceno y pronto fue dueño de la mayor parte de Tracia. Alejo Apocauco, temiendo una reacción en Constantinopla, adoptó medidas aún más represivas, hasta que en junio de 1345 fue asesinado por uno de sus prisioneros políticos. El asesinato de Apocauco, que había sido el principal promotor de la guerra civil, hizo entrever el final de ésta. Su hijo Juan intentó organizar una contrarrevolución en Salónica. Fue derrotado en medio de gran derramamiento de sangre por los zelotas, cuyo régimen en adelante se volvió cada vez más dictatorial y autónomo.

Durante los últimos años de la lucha, Cantacuceno se vio privado de la ayuda de su aliado turco Umur de Aydin, pues en octubre de 1344 la liga de potencias cristianas de Occidente, reorganizada por el papa Clemente VI, se apoderó del puerto de Esmirna. Umur moriría en su intento de recuperarlo en 1348. Pero para entonces Cantacuceno había conseguido el apoyo de los osmanlíes de Bitinia, que estaban cercanos al escenario de los hechos. En 1346 concedió a Orján en matrimonio a su propia hija Teodora y aquél le proporcionó soldados para luchar en Tracia. El 21 de mayo del mismo año, Cantacuceno fue coronado Emperador en Adrianópolis por el Patriarca de Jerusalén. Era ya Emperador tanto de hecho como de derecho. Finalmente, el 2 de febrero de 1347, consiguió penetrar en Constantinopla por la noche, con un pequeño grupo de hombres. En el último momento la emperatriz Ana hizo un gesto conciliatorio forzando a la dimisión al patriarca Juan Calecas. Pero una semana más tarde se vio obligada a negociar. Las condiciones impuestas eran que Cantacuceno, con el nombre de

Juan VI, reinase como Emperador junto con el joven Juan V durante diez años, y que Juan V casase con su hija Elena. No habría juicios ni represalias, se liberaría a todos los prisioneros políticos y el pasado se olvidaría.

Un arreglo tan generoso prometía buenos augurios para el futuro. Pero las heridas de la guerra no podían ser cerradas tan fácilmente. Los efectos sociales y económicos de ésta habían sido desastrosos. Salónica era aún una república independiente y lo siguió siendo durante tres años más. Las tropas turcas de Umur y Orján habían exigido un precio terrible por sus servicios en Tracia. Pero el conflicto tenía también connotaciones religiosas. La teología y la política nunca estuvieron completamente separadas en Bizancio. Hacia 1330 se había producido una controversia acerca de las prácticas místicas de un pequeño pero influyente grupo de monjes del monte Atos. Se les conoció con el nombre de hesicastas y empleaban una técnica de meditación que, según pretendían sus iniciados, les permitía percibir la luz divina con ojos mortales o llegar a estar iluminados con la luz de la Transfiguración. Sus métodos, extrañamente afines a los del yoga, les convirtieron en presa fácil del ridículo. Fueron calificados de charlatanes por un griego italiano llamado Barlaam de Calabria, que había conseguido cierta fama como filósofo en su visita a Constantinopla. Los monjes de Atos salieron en defensa de sus místicos con un manifiesto compuesto por Gregorio Palamas, el principal representante de la doctrina hesicasta. Palamas fue apoyado por Juan Cantacuceno, que, aunque admiraba la inteligencia de Barlaam, consideraba absolutamente ortodoxa la teología de los hesicastas. El 10 de junio de 1341 el Patriarca convocó un concilio de obispos presidido por el emperador Andrónico III. Barlaam de Calabria fue condenado y regresó a Italia.

La cuestión podía haber terminado así de no haber compartido algunos teólogos bizantinos los recelos de Barlaam. En agosto de 1341 tuvo que celebrarse un segundo concilio en el que fue condenado el portavoz de las ideas de Barlaam, Gregorio Acidino, y en el que Palamas y su teología fueron absueltos de nuevo. Este segundo concilio fue presidido por Juan Cantacuceno, pues para entonces había muerto ya Andrónico III. La controversia hesicasta, que era un debate puramente teológico, se convirtió de este modo en parte de la rivalidad política entre Cantacuceno y el patriarca Calecas. A lo largo de la guerra civil, entre 1341 y 1347, la cuestión teológica estuvo siempre presente. Palamas, amigo y protegido de Cantacuceno, fue detenido y excomulgado por el Patriarca. Los antihesicastas se agruparon en torno al Patriarca y a la emperatriz

Ana, destacando entre ellos Acidino y el historiador Nicéforo Grégoras. Pero los monjes de Atos otorgaron a Juan Cantacuceno todo el peso de su autoridad moral y la definitiva victoria de éste significó inevitablemente el triunfo de la doctrina hesicasta. En febrero de 1347 el Patriarca fue depuesto por sus propios obispos. En su lugar fue elegido un monje hesicasta llamado Isidoro, y Calecas y todos los anti-hesicastas fueron condenados por otros dos concilios dentro del mismo año. Palamas fue designado obispo de Salónica. Finalmente, en un concilio presidido por Cantacuceno y celebrado en Constantinopla en 1351, donde se reconoció la ortodoxia de los hesicastas, la doctrina de Palamas fue declarada completamente de acuerdo con la teología mística de anteriores Padres de la Iglesia bizantina. Y tal era su prestigio, que el mismo Palamas, poco tiempo después de su muerte, ocurrida en 1359, fue canonizado y colocado junto a estos Padres. Pero muchos hesicastas abusaron de su triunfo, y algunos de sus oponentes, sobre todo Grégoras, fueron cruelmente perseguidos por negarse a traicionar sus creencias.

El 21 de marzo de 1347 Juan Cantacuceno fue coronado por segunda vez por el nuevo Patriarça, Isidoro, y poco más tarde su hija Elena casó con Juan Paleólogo. La intención de Cantacuceno seguía siendo mantener los derechos de Juan V, por lo que se dio orden a todos los funcionarios de jurar fidelidad a ambos emperadores. Esta decisión fue criticada no sólo por los partidarios de la dinastía Paleólogo, que consideraban a Cantacuceno un usurpador, sino también por el hijo primogénito de éste, Mateo, que deseaba tener preferencia sobre Juan V. Por ello el Imperio seguía dividido políticamente, mientras perduraba la división social entre la clase dirigente y el pueblo.

Es posible, sin embargo, que Juan VI hubiera solucionado algunos de los problemas del Imperio si las circunstancias le hubieran permitido poner en práctica su política. En 1341 había concebido la idea, con la rendición del principado francés de Grecia, de reconstruir el Imperio como una unidad compacta y manejable de territorios europeos. En 1347 el momento había pasado ya. En este mismo año, Constantinopla y otras ciudades sufrieron el azote de la peste negra, traída de Crimea por los barcos genoveses. No conservamos estadísticas fidedignas del número de víctimas. Los historiadores bizantinos, Cantacuceno entre ellos, se refieren a la epidemia simplemente como a una gran catástrofe, pero debió de producir entre los bizantinos aún mayor desesperación y pesimismo. Una víctima ilustre fue el primo de Cantacuceno, Juan Angel, gobernador de Tesalia y Epiro. Su muerte volvió a dejar el norte de Grecia desorganizado, y

en 1348 Esteban Dušan envió dos ejércitos servios a esta zona de nadie. En el plazo de unos pocos meses ambas provincias griegas habían sido incorporadas a su Imperio servio, que ahora se extendía desde el Danubio y el Adriático hasta el golfo de Corinto. En extensión y riqueza, el Imperio servio bajo el dominio de Dušan era muy superior a los restos del Imperio bizantino.

Sin embargo, Dušan no había triunfado completamente, pues en 1350 Cantacuceno arrebató Salónica a los zelotas. Su revolución estaba ya en descomposición y sus jefes enfrentados. Cantacuceno se presentó allí antes que Dušan, aunque difícilmente hubiera podido triunfar de no haber sido por el gran ejército turco enviado por su yerno Orján. Arrebató también a los servios otras varias ciudades. Dušan tuvo que ponerse a la defensiva, aunque sólo fuera por un tiempo. En 1351 Salónica, vuelta ya al Imperio, pasó a ser la capital del segundo Emperador, Juan V. Uno de los aspectos de la política de Cantacuceno fue el intento de coordinar los fragmentos dispersos del territorio imperial concediéndolos de manera feudal a miembros de las familias dirigentes. En 1349 envió a su segundo hijo Manuel a hacerse cargo de la provincia bizantina de Morea con la categoría de déspota. Su hijo primogénito, Mateo, recibió un principado en Tracia. Ahora que Asia Menor se había virtualmente perdido a manos de los turcos y el norte de Grecia a manos de los servios, Tracia y Morea eran las dos provincias más importantes. El sistema, en cierto modo feudal, de convertirlas en concesiones de la corona, que Andrónico II se había negado a adoptar, fue conservado por los sucesores de Cantacuceno, y al menos en Morea funcionó bastante bien, pues la administración de Manuel trajo un nuevo hálito de vida a la Grecia bizantina.

También en otros aspectos consiguió Cantacuceno cierta recuperación. La lucha era muy dura. La misma Constantinopla se estaba derrumbando. La iglesia de Santa Sofía, dañada por un terremoto, no pudo emplearse para su coronación y el dinero generosamente enviado para su reparación por el Gran Duque de Moscú tuvo que ser destinado al pago de los mercenarios turcos. La pobreza se reflejaba en la disminución del boato de la Corte. Las joyas de la corona seguían empeñadas a los venecianos, y en el banquete de bodas de Juan V las vajillas de oro y plata fueron sustituidas por loza. Los venecianos, de manera significativa, solicitaron la fijación de sus deudas no ya en el *hyperpyron,* devaluado ahora hasta el límite, sino en su propio numerario de ducados, que había suplantado al numerario de oro bizantino en el comercio internacional. En un lugar

preferente entre sus objetivos, Cantacuceno situó la reconstrucción de una flota poderosa, no sólo para defender a Constantinopla de los ataques de Esteban Dušan, que intentaba en vano conseguir barcos de Venecia, sino para aminorar la dependencia con respecto a los genoveses, que habían ayudado económicamente a la regencia durante la guerra civil y continuaban apoyando a los enemigos de Cantacuceno. En 1346 se apoderaron nuevamente de Quío, y los ingresos anuales que percibían de su colonia de Gálata se calculaban en siete veces los de la misma Constantinopla.

Para alejar a los barcos mercantes del puerto de Gálata, Cantacuceno rebajó los aranceles de las importaciones a Constantinopla. Pero le resultó más difícil conseguir el dinero para construir una nueva flota, pues aquellos a quienes les quedaba alguna riqueza eran reacios a invertirla en una aventura tan incierta. También a los genoveses les preocupaba la posibilidad de perder, en caso de tener éxito la tentativa, parte de su lucrativo comercio en el Bósforo. En agosto de 1348, estando el Emperador ausente, salieron de Gálata y atacaron Constantinopla. Fueron rechazados, pero su tentativa impulsó a los bizantinos a apoyar el plan del Emperador de construir naves. Se recaudaron impuestos y en la primavera de 1349 se hizo a la mar la flota bizantina, dispuesta a humillar a los genoveses. Fue rápidamente destruida, en parte debido a la inexperiencia de sus jefes, y el Emperador se vio obligado a concluir un nuevo acuerdo con Génova.

Pero no cambió su política. Las exacciones de impuestos fueron aún más duras, algunos de ellos en forma desconocida anteriormente, para mejorar la balanza comercial y conseguir fondos para la construcción de una nueva flota. Los genoveses estaban asustados. Aceptaron reconocer a Cantacuceno como Emperador, e incluso llegaron a un acuerdo sobre Quío, por cuya posesión pagarían a partir de ahora una renta anual. También los venecianos creyeron llegado el momento de reanudar su tratado con Bizancio. El Emperador debió de pensar que de esta manera se protegía de los italianos. No se dio cuenta de que eran ellos los que le estaban mezclando en sus luchas. En 1351 apoyó, contra su voluntad, a Venecia en la guerra contra Génova, que tuvo lugar en aguas bizantinas, fuera del control ya del comercio bizantino. Se alcanzó el punto culminante en febrero de 1352, en que tuvo lugar una batalla naval en el Bósforo. No hubo un resultado claro, pero la flota veneciana levó anclas, obligando al Emperador a firmar con los genoveses un nuevo tratado en mayo de 1352.

Bizancio estaba cada vez más a merced de sus enemigos extranjeros, a quienes resultaba muy fácil provocar y explotar las rivalidades latentes entre las familias imperiales. Salónica, donde tenía su capital el emperador Juan V, se convirtió en el centro de la facción anti-Cantacuceno. Los venecianos se ofrecieron a financiar una rebelión contra él. Esteban Dušan deseaba también participar. Cantacuceno pudo, durante algún tiempo, mantener la paz concediendo a Juan V un señorío en Tracia. Su puesto en Salónica recayó en su madre, Ana de Saboya. Pero a Mateo Cantacuceno le disgustó la vecindad en Tracia de Juan V. En el otoño de 1352 se inició la guerra entre ambos y Mateo fue sitiado en Adrianópolis. Su padre le rescató con ayuda de las tropas enviadas por Orján, que devastó la región. Juan V reanudó la lucha con soldados que le enviaron Servia y Bulgaria, financiados por los venecianos. En este momento la lucha por el trono bizantino tenía como protagonistas a los servios y turcos llegados en ayuda de los pretendientes griegos. Los turcos demostraron ser soldados más avezados y eficientes. A comienzos de 1353 Cantacuceno capturó a Juan V y le deportó a la isla de Tenedos. Mateo fue después proclamado coemperador. El Patriarca protestó y dimitió de su cargo. En febrero de 1354 fue coronado sucesor Mateo.

Parecía que la dinastía Cantacuceno iba a sustituir a la de los Paleólogo. Pero la opinión pública se oponía al cambio. La causa de Cantacuceno había perdido muchos adeptos al llamar a los turcos para luchar por él en Europa, pues estaban siempre dispuestos a convertir sus campañas en guerras santas y cada vez resultaba más difícil hacerles regresar a su patria una vez terminadas sus intervenciones. La relación de parentesco entre Cantacuceno y Orján había sido en cierto modo una garantía, pero el hijo de Orján, Solimán (Sulaymān), parecía menos inclinado a respetar los acuerdos. En 1352 las tropas de Solimán ocuparon la fortaleza de Zimpe, cerca de Gallípolis. Fue el primer asentamiento permanente de los turcos osmanlíes en suelo europeo. Cantacuceno negoció con Orján su retirada. Pero en marzo de 1354, tras la destrucción y despoblamiento de la misma Gallípolis por un terremoto, Solimán ocupó las ruinas y reconstruyó la ciudad. Era un punto clave de control del paso por el Helesponto entre Asia y Europa. Ni siquiera Orján pensó en abandonar este emplazamiento, y muy pronto inmigrantes turcos se instalaron allí en grandes cantidades.

El resentimiento popular contra Cantacuceno llegó en este momento a su punto culminante. En noviembre de 1354 Juan V, que ya había llevado a cabo un intento de marchar sobre Constantinopla, se embarcó en Tenedos y de noche penetró secre-

tamente en Constantinopla. Según una fuente, contó con el apoyo del aventurero genovés Francisco Gattilusio, al que más tarde recompensaría con la mano de su hermana y con la donación de la isla de Lesbos. Juan V recibió una entusiasta acogida por parte de la población de la capital. Durante tres semanas aceptó reinar conjuntamente con su suegro. Pero este acuerdo era inviable. El 10 de diciembre Cantacuceno abdicó y se retiró a un monasterio de Constantinopla. En su calidad de monje Joasaf, y no en la de emperador Juan VI, escribió sus memorias y sus varias obras teológicas, algunas en defensa de los hesicastas. Pero su impacto sobre la administración bizantina había sido demasiado importante para permanecer en condición de prisionero, y su influencia, directa o indirecta, iba a dejarse sentir durante muchos años.

También su familia continuó siendo influyente. Su segundo hijo, Manuel, continuó en su cargo de déspota de Morea. Su hijo primogénito, Mateo, que había ostentado la corona y el título de Emperador, prosiguió la guerra civil tras la abdicación de su padre. Durante más de dos años hubo hostilidades en Tracia entre Juan V y Mateo, entre Paleólogos y Cantacucenos, hasta que Mateo fue derrotado por un ejército servio y entregado a su rival. Enviado a Morea junto con su hermano, a la muerte de Manuel, en 1380, ocupó el despotado durante un corto tiempo. Fue también allí, en Mistra, que los hermanos Cantacuceno habían convertido en la ciudad provincial más próspera del Imperio, donde murió a avanzada edad, en junio de 1383, su padre, el emperador-monje Juan Joasaf.

IV. *Bizancio, Estado vasallo de los turcos: Juan V y Manuel II (1354-1402)*

El año 1354 señala un punto crucial en la historia del Imperio bizantino. En él se produjo la abdicación forzosa del único hombre que podía aportar soluciones constructivas para los problemas internos y externos del Imperio. En él se produjo también el primer asentamiento permanente de los turcos en Europa. Juan V Paleólogo contaba veintidós años al convertirse en único Emperador. Ocupó el trono, con interrupciones, durante treinta y siete años, pero la situación era peor al final de este largo reinado que al principio. En 1354 la potencia más fuerte del este de Europa y la única que en último caso podría haber contenido a los turcos, era el Imperio de Servia. Esteban Dušan llegó a estar bastante cerca de ver colmadas sus ambiciones, pero murió en diciembre de 1355 y su extenso Imperio, como

el de Alejandro el Grande, fue dividido y deshecho entre sus sucesores.

Juan Cantacuceno había intentado mantener lazos de parentesco y de amistad con los jefes turcos. Esta política, aunque pudiera ser viable para cualquier otro Emperador, cayó en descrédito al producirse la ocupación de Gallípolis por los osmanlíes. Juan V pensó que la única esperanza de ayuda era apelar a los sentimientos cristianos de Occidente. Era la persona indicada para hacerlo, pues por su madre, Ana de Saboya, estaba emparentado con varias importantes familias de Europa occidental. Pero decidió apelar al Papa. El 15 de diciembre de 1355 pidió al papa Inocencio VI que enviara una flota de veinte barcos y un ejército de 1.500 hombres a Constantinopla. A cambio, prometía la conversión casi inmediata de los bizantinos a la fe romana y enviar a su hijo Manuel en condición de rehén de la curia romana. Eran promesas exorbitantes y el Papa las encontró comprometedoras.

El papa Inocencio VI, y sobre todo su antecesor Clemente VI, habían tenido algunos contactos con Juan Cantacuceno. Cantacuceno había visto en la liga de naciones cristianas organizada por Clemente, que tomó Esmirna en 1344, una fuerza potencialmente hostil a los intereses bizantinos. Sus negociaciones con el Papa se encaminaron a convertir a la liga en aliada. Inevitablemente en ellas se abordó el problema de la unión de las Iglesias y en este punto Cantacuceno no se mostró dispuesto a hacer otra concesión que proponer la celebración de un Concilio verdaderamente ecuménico, y no como el Segundo Concilio de Lyon, para solucionar la cuestión. Por tanto, Cantacuceno había negociado con los papas, pero en condiciones de igualdad y no de inferioridad. La propuesta hecha en 1355 por Juan V era de naturaleza bastante diferente. Pero Inocencio VI conocía la poca estabilidad de los asuntos bizantinos, por lo que no podía tomar la propuesta muy en serio. Dio instrucciones a su legado, Pedro Tomás, que estaba en Servia, para que se dirigiera a Constantinopla y se entrevistara con Juan V, y así quedó la cuestión.

Juan V continuó, sin embargo, basando sus esperanzas en alianzas con los latinos más que en cualquier forma de acuerdo con los turcos. Había ya cedido Lesbos a su yerno, el genovés Gattilusio. Finalmente entregó también Quío a los genoveses. En 1357 renovó el tratado bizantino con Venecia. Pero los turcos ampliaban constantemente sus conquistas en Europa. No eran solamente osmanlíes. Había bandas de turcos merodeando por Tracia, llegados en incursiones piráticas de los emiratos de Saruján y Aydin. Sus jefes unieron su suerte a la de Soli-

mán, hijo de Orján, una vez que se hubo consolidado la base turca de Gallípolis. En 1359 algunos de ellos llegaron hasta las mismas murallas de Constantinopla. Solimán murió en ese mismo año. Orján, en 1362. Para entonces, Demótica, una de las dos mayores ciudades de Tracia, había ya caído en manos de los turcos, y en 1363 tomaron Filipópolis, en el alto valle del Maritza. Orján fue sucedido como Emir de los osmanlíes por Murad, que durante algunos años tuvo que defender sus territorios asiáticos frente a sus propios hermanos. Los ataques turcos contra Tracia no amainaron, pero carecieron de una dirección unificada, y un contraataque bien organizado hubiera podido producir efectos positivos.

Juan V intentó por todos los medios generalizar el interés por expulsar a los turcos de Europa. En 1363 el Patriarca dirigió una embajada a Servia. Pero de Europa occidental llegó la noticia de que se preparaba una nueva cruzada en defensa del rey francés de Chipre, Pedro de Lusiñán. En 1364, el Emperador se puso en contacto con el papa Urbano V en Aviñón. Sin duda sabía que su primo, Amadeo de Saboya, planeaba intervenir en la cruzada, lo mismo que el rey de Hungría, Luis el Grande. Tales consideraciones empujaron a Juan V a visitar Hungría en 1366. Ningún emperador anterior había rebajado su dignidad hasta el punto de visitar la Corte de un monarca extranjero para pedir auxilio, pero Luis de Hungría era el vecino católico más cercano a Bizancio y podía ser también consciente del peligro de la presencia turca en Europa. Sin embargo, en este momento Luis se hallaba más ocupado en su guerra contra los búlgaros y además, en ningún caso se hubiera planteado ayudar a los bizantinos en tanto permaneciesen en situación de cisma con respecto a la Iglesia romana. Por ello el Emperador volvió a Constantinopla sin haber conseguido nada positivo. En su camino de vuelta fue detenido en la frontera por las autoridades búlgaras, que le negaron autorización para cruzar su territorio.

Sin embargo, durante su ausencia, había llegado inesperadamente a Constantinopla su primo Amadeo de Saboya con un pequeño ejército y una reducida flota. Alcanzó el Helesponto en agosto de 1366 y se apoderó de Gallípolis antes de marchar a Constantinopla. Una vez llegado, se enteró de que su primo se hallaba retenido en la frontera búlgara. Amadeo navegó inmediatamente por el mar Negro y consiguió asustar a los búlgaros, que liberaron al Emperador. Estos fueron todos sus éxitos militares, pues sus escasos recursos se habían ya agotado. Pero tenía otra misión que cumplir. Con él viajaba un legado papal, Pablo, antiguo obispo de Esmirna y ahora Patriarca

latino de Constantinopla. El y Amadeo querían convencer al emperador Juan de las ventajas de la unión con la Iglesia romana, y, en 1367, se celebraron negociaciones acerca del modo y procedimientos a emplear para conseguirla. Juan V fue fácilmente convencido, pero sabía que su Patriarca y el pueblo se opondrían a cualquier idea de sumisión al Papa. Había un problema de prioridades. Al iniciar su aproximación al Papa en 1355, Juan había indicado que la unión se produciría después de que el Papa enviara ayuda militar. Los papas consideraron habitualmente que la unión era un requisito imprescindible para que llegase la ayuda militar. Pero en este momento la acción de Amadeo, al devolver Gallípolis a los griegos, era un claro inicio de la voluntad de negociación de Occidente. Sin embargo, el Emperador hizo salir de su retiro monástico a Juan Cantacuceno para plantear ante el legado papal el punto de vista bizantino, y Cantacuceno volvió a afirmarse en su antigua idea de que la verdadera unidad religiosa no podía ser una cuestión de oportunismo político. Debía de buscarse por medio de un concilio ecuménico. Pablo de Esmirna aceptó plantear esta proposición al Papa. Pero Amadeo fue más realista. Antes de volver a Italia hizo prometer al Emperador que se convertiría y consiguió de él algunas prendas concretas que recuperaría en el caso de que viajara a Roma a ofrecer su sumisión al Papa.

El proyecto de convocar un concilio no tuvo resultado práctico alguno, a pesar de que el Patriarca de Constantinopla lo tomó muy en serio y lo notificó a los otros dirigentes de la Iglesia ortodoxa. Las persuasiones o chantajes de Amadeo de Saboya resultaron más eficaces. En agosto de 1369 Juan V viajó a Roma y en octubre hizo profesión de fe romana, abjurando de sus errores ortodoxos. Pero con él no se hallaba presente ni un solo representante de la Iglesia bizantina. Su conversión fue, pues, un asunto privado y los bizantinos la interpretaron como una cuestión de conciencia de su Emperador, que de ninguna manera afectaba a su Iglesia.

Los resultados fueron decepcionantes. En su viaje de vuelta en 1370 Juan se detuvo en Venecia para intentar conseguir otro empréstito. Los venecianos le recordaron que sus deudas eran ya muy elevadas y le retuvieron hasta conseguir alguna seguridad. En esta grave situación, accedió a venderles la estratégica isla de Tenedos, cuya obtención también perseguían los genoveses. Envió instrucciones a su hijo mayor Andrónico IV, que se había hecho cargo del gobierno en Constantinopla, para arreglar el trato, pero Andrónico, presionado probablemente por los genoveses, se negó a obedecerlas. Finalmente, Juan tuvo que ser rescatado por su segundo hijo, Ma-

nuel, gobernador a la sazón de Salónica, que navegó hasta Venecia con dinero suficiente para pagar el rescate de su padre. El problema de Tenedos permaneció sin solución. Pero Juan V volvió a Constantinopla en octubre de 1371.

La consecuencia más importante de la cruzada de Amadeo fue la conquista a los turcos de Gallípolis en 1366. Permaneció en manos de los bizantinos durante unos diez años, lo que cerró el paso a la llegada de refuerzos y de emigrantes turcos de Asia Menor. Pero los numerosos turcos que se hallaban ya en Europa no cesaron de ampliar sus conquistas. En 1369 cayó en sus manos Adrianópolis, la principal ciudad de Tracia, y desde ella comenzaron a penetrar en Macedonia. Los guerreros turcos luchaban mejor cuando encontraban resistencia. De las ruinas del Imperio servio de Dušan, los dos hermanos Vukasin y Juan Uglés, habían formado un nuevo reino en el este de Macedonia. Fueron ellos y no los bizantinos quienes organizaron la contraofensiva contra los turcos. En septiembre de 1371 tuvo lugar de batalla de Cirnomen, a orillas del Maritza, cerca de Adrianópolis. Ambos jefes servios murieron en ella y su ejército fue destruido. Para los turcos fue una victoria más importante que todas las anteriormente conseguidas en Europa, ya que les abrió el paso de toda Macedonia y les permitió exigir un tributo o servicio militar a los restantes príncipes servios. El zar de Bulgaria sufrió la misma suerte, y, al poco tiempo, se convirtió en vasallo de los turcos.

También los bizantinos sintieron los efectos de la batalla del Maritza. Juan V volvió de Venecia sólo un mes más tarde del suceso. Su hijo Manuel, que había regresado a Salónica, aprovechó la derrota servia apoderándose de Serres, donde había residido Juan Uglés. Pero la situación llegó a ser tan crítica que Juan V recurrió a la confiscación con fines militares de los predios monásticos, hasta entonces intocables. Era consciente de que Constantinopla estaba a punto de quedar aislada por tierra y de que sus esperanzas de recibir ayuda de Europa occidental eran probablemente vanas. De hecho, el Emperador no tenía más opción que llegar a un acuerdo con los turcos. En 1373 se convirtió en vasallo del sultán Murad y se unió a su ejército de Asia Menor. Pudo ser la actitud de su hijo primogénito Andrónico lo que le empujó a esta situación. Andrónico se había mostrado poco partidario de la cooperación, pero mientras su padre estaba ausente de la capital, en 1373, organizó una conspiración con un hijo del sultán Murad, llamado Sauzi Celebi, que también estaba enemistado con su padre. Ambos príncipes unieron sus fuerzas en una extraña rebelión turcobizantina, que fue rápidamente aplastada. Murad mandó detener

y cegar a su hijo y ordenó a Juan V hacer lo mismo con el suyo. Sauzi murió, pero Andrónico, aunque encerrado en prisión, sobrevivió, recuperó la vista y recomenzó la lucha. Sin embargo, fue desposeído del título en favor de su hermano menor Manuel, que fue coronado co-emperador en septiembre de 1373.

Más que en ningún otro momento, la posesión de Constantinopla dependía del apoyo de sus enemigos y de las amenazas y ayudas económicas que éstos pudieran ofrecer a los diferentes pretendientes al trono bizantino. En 1376 Andrónico IV escapó de la prisión y cruzó a Gálata. Desde allí se puso en contacto con Murad y con la ayuda de los genoveses y de los turcos se abrió paso hacia Constantinopla, donde hizo prisioneros a su padre Juan V y a sus hermanos Manuel y Teodoro. Pero no era el típico golpe de estado resultante de un conflicto de familia. Andrónico no hubiera podido escapar sin la ayuda de los genoveses ni entrar en Constantinopla sin la de un ejército turco. Era a un tiempo agente y deudor de ambos partidos. Los genoveses exigían como recompensa la isla de Tenedos, que se había convertido en elemento de discordia entre Génova y Venecia. Perdieron la partida, pues los venecianos ocuparon la isla en octubre de 1376. Andrónico se vengó deteniendo a todos los venecianos residentes en Constantinopla, mezclando otra vez a Bizancio en un nuevo capítulo de la guerra entre las dos repúblicas italianas. Las principales batallas de esta guerra iban a tener como escenario, sin embargo, las aguas italianas, hasta que se firmó la paz en Turín, en 1382. Los turcos, por su parte, exigieron como recompensa no sólo el aumento de los tributos, sino también la devolución de Gallípolis. De esta manera, tras diez años de gobierno bizantino, Gallípolis volvió a manos de los turcos. En 1377 el sultán Murad estaba ya tan seguro de su control sobre los estrechos, que estableció en Adrianópolis su primera capital europea.

Andrónico IV gobernó como Emperador en Constantinopla durante tres años, pero no fue más dueño de la situación que su padre. En junio de 1379 unos agentes venecianos prepararon la huida de la prisión de Juan V y de Manuel, quienes a su vez obtuvieron rápida ayuda de los turcos para poder tomar Constantinopla. Se dice que Murad dio a los ciudadanos la opción entre tener a Juan como Emperador o a él como sultán. Andrónico huyó junto a sus amigos de Gálata, llevando con él como rehenes a su madre y al anciano padre de ésta, Juan Cantacuceno. Durante más de un año hubo una nueva guerra civil, de características diferentes, entre Constantinopla y Gálata, entre Juan V, apoyado por los venecianos y los turcos, y Andrónico IV, apoyado por los genoveses. Terminó solamente

cuando Juan V accedió a reconocer nuevamente a Andrónico y a su hijo Juan VII como herederos al trono y concederles posesiones en Tracia. Manuel tomaría posesión de Salónica en calidad de Emperador, y no ya como heredero presunto. Su hermano Teodoro fue enviado a Morea a sustituir en el despotado a Mateo Cantacuceno.

Por tanto, teóricamente, en 1383 los fragmentos del Imperio bizantino eran una vez más gobernados por miembros de la misma familia: Juan V, en Constantinopla; Andrónico IV, en Tracia; Manuel II, en Salónica, y Teodoro, en Morea. Pero todos, en mayor o menor grado, eran muñecos en manos de italianos o turcos. Solamente Manuel demostraba tener cierta libertad de acción. Durante casi cinco años se esforzó por hacer de Salónica un núcleo de resistencia frente a los turcos y por reafirmar la autoridad bizantina en Macedonia y Tesalia. Era una acción heroica, pero se produjo demasiado tarde, pues con Gallípolis de nuevo en su poder y con Adrianópolis como centro administrativo, Murad podía hacer cruzar a Europa más tropas y consolidar sus conquistas anteriores. Los turcos fueron poco a poco penetrando más profundamente en la Macedonia bizantina y en Servia y Bulgaria. Murad tuvo una gran capacidad administrativa. Fue él quien puso los cimientos del poder otomano en Europa, sobre el que se basarían sus sucesores. La población osmanlí de los Balcanes fue aumentando, en parte debido a los deliberados asentamientos de nobles turcos que se dividían la tierra según moldes feudales, y en parte gracias a la asimilación de los griegos y eslavos nativos. Los guerreros *gāzī* de Murad podían seguir luchando contra los infieles en los puntos extremos de sus dominios europeos. Pero en el centro de ellos iban surgiendo una sólida base de gobierno, una administración y unas instituciones religiosas musulmanas. Lo que distinguió a los osmanlíes de los otros turcos fue esta capacidad para transformar un estado guerrero y nómada en una institución permanente.

En cuanto a Constantinopla, Murad creía que se hallaba ya virtualmente bajo su control. Su conquista podía esperar. Le causaba inquietud el desafío de Manuel en Salónica, pero esta ciudad podía ser aislada. Serres cayó en poder de los turcos en 1383, y el general de Murad, Hairedín Pachá, puso sitio a Salónica durante tres años, hasta que Manuel no tuvo más remedio que entregar la ciudad y escapar por mar. En abril de 1387 la ciudad estaba ya en poder de los turcos. En otras zonas, el avance turco siguió el curso de los ríos. Un ejército remontó el Vardar, al norte de Salónica, hasta Ocrida y Prilepo, y de allí hasta Albania; otro remontó el Maritza más allá de Fi-



Fig. 11. *El avance turco en el siglo XIV.*

lipópolis, primero hasta Sofía, en 1385, y luego hacia Niš, que fue arrebatada a los servios en 1386. Pero en este momento los servios iniciaron su réplica. Su jefe era el príncipe Lázaro, quien ya en 1371 había formado una coalición con los otros príncipes servios y se había aliado con Tvrtko, príncipe de Bosnia. Consiguieron detener la ofensiva turca en 1388, y las noticias de su victoria generalizaron la revuelta. Los albanos, búlgaros y valaquios rechazaron sus tratados con los turcos. El Sultán se enfrentó a ellos aisladamente. En primer lugar, los búlgaros sufrieron la represalia de la toma de Tirnovo y Nicópolis, aunque su zar, Juan Sisman, pudo por el momento permanecer en Bulgaria en calidad de rey vasallo. Más tarde, Murad llegó a Europa y dirigió personalmente su ejército contra Servia, reuniendo a su paso contingentes de sus vasallos cristianos. El 15 de junio de 1389 ambos ejércitos se enfrentaron en la llanura de Kosovo, al norte de Skopie. Murad murió, pero el mando fue asumido rápidamente por su hijo Bayaceto (Bāyazid), que condujo a los turcos a la victoria. Lázaro fue hecho prisionero y ejecutado. La batalla de Kosovo fue el último intento unificado de los pueblos eslavos frente a los turcos. El folklore servio la idealizó enseguida, pero sus consecuencias fueron claras. Servia estaba sometida a los turcos. El hijo de Lázaro, Esteban Lazarević (1389-1427) fue reconocido como príncipe legítimo, pero tuvo que pagar tributo al nuevo sultán Bayaceto y conducir a sus hombres al combate junto a los turcos, como subordinado de aquél.

La derrota de Kosovo dejó a Constantinopla aislada por tierra. Cualquier ayuda que pudiera ahora venir de Occidente tendría primero que abrirse camino. Los osmanlíes habían conseguido quebrar la resistencia de sus enemigos europeos con más éxito que la de los asiáticos. Todas las ciudades y provincias cristianas sometidas al Sultán tenían ahora que pagar el *jarāŷ* o impuesto territorial. Recayó con particular dureza en la Iglesia y en los monasterios del monte Atos, que pasaron a estar bajo jurisdicción turca en 1386.

Para Bayaceto, la conquista de Constantinopla era la conclusión lógica del proceso iniciado por su padre. Era incluso más hábil que Murad en el arte de debilitar la resistencia bizantina enfrentando entre sí a los diferentes pretendientes al trono. Andrónico IV había muerto en 1385. Su hijo Juan VII recogió las pretensiones de su padre contra Juan V y Manuel y se convirtió en ejecutor gustoso de los planes de Bayaceto. En abril de 1390 el Sultán le prestó ayuda para apoderarse de Constantinopla. Los venecianos esperaban de un momento a otro que Bayaceto se presentase en la ciudad y asumiese él mismo

el gobierno de la ciudad, pero en septiembre, Manuel consiguió expulsar a su sobrino y restaurar a Juan V como Emperador. Bayaceto restableció inmediatamente la situación aumentando el tributo que pagaban los bizantinos y ordenó a Juan V demoler las fortificaciones que estaba levantando. Manuel tuvo que presentarse en el compamento de Bayaceto en calidad de rehén y vasallo, y así se dio el caso de que los dos pretendientes rivales al trono, Manuel II y su sobrino Juan VII, tuvieron que ayudar finalmente al sultán Bayaceto en el sitio y captura de la última posesión bizantina en Asia Menor, la ciudad de Filadelfia. Era la humillación final.

El anciano Juan V murió en febrero de 1391. Manuel escapó inmediatamente del campamento del Sultán y corrió hacia Constantinopla, para adelantarse a la acción de su sobrino. Bayaceto se enfureció. Aumentó las restricciones y cargas que pesaban sobre el pueblo bizantino y recordó a su Emperador que, aunque reinase dentro de las puertas de la ciudad, carecía de poder fuera de ellas. En los meses siguientes se hizo más fuerte la presión turca en los Balcanes. Bayaceto se dio cuenta de que podía llegar ayuda de Hungría. En 1393 Sisman de Bulgaria, animado por el rey de Hungría, intentó recuperar su independencia. El intento fue implacablemente aplastado. Sisman fue hecho prisionero y Tirnovo ocupada por los turcos. Bulgaria cesó así de ser un reino vasallo del Sultán. Se convirtió en la primera provincia propiamente dicha del Imperio otomano en Europa.

Para que quedase bien claro quién era el dueño de la situación, Bayaceto convocó a los otros príncipes cristianos a comparecer ante su presencia en Serres en el invierno de 1393-94. Era una forma de guerra psicológica. En la conferencia estuvieron presentes el Emperador de Constantinopla, Manuel; su sobrino Juan VII; su hermano el déspota de Morea, Teodoro; Esteban Lazarević de Servia y el príncipe servio Constantino Dagras, suegro de Manuel. En un momento dado, el Sultán concibió la idea de asesinarlos a todos, pero finalmente los dejó en libertad, excepto a Teodoro, que fue obligado a sumarse a la invasión turca de Grecia. Sin embargo, consiguió escapar y marchó rápidamente para organizar la defensa de Morea.

En 1394 Bayaceto comenzó el primer asedio real de Constantinopla. En la ciudad cundían el hambre y la desesperación. Lo ocurrido en Serres había convencido a Manuel de que los turcos ya no estaban dispuestos a negociar. La única esperanza de liberación parecía estar en Europa occidental. El rey de Hungría, Segismundo, se había dado finalmente cuenta del peligro otomano con la conquista de Bulgaria. En 1395 apoyó al

príncipe de Valaquia, situada al norte del Danubio, en una invasión de Bulgaria. Tuvo lugar una batalla en Rovine, cuya única consecuencia fue convertir a Valaquia en Estado tributario del Sultán. Pero en 1396 Segismundo organizó la mayor contraofensiva contra los turcos que jamás lanzaran los cristianos. El Papa la bendijo como cruzada. Los principales participantes fueron Hungría y Francia. Carlos VI de Francia envió unos 10.000 hombres; también intervinieron los Caballeros Teutónicos y los Caballeros de San Juan. Los genoveses de Lesbos y Quío se unieron a la cruzada, e incluso Venecia, tras ciertas dudas, proporcionó algunos barcos para patrullar por el Helesponto. El principal objetivo de la cruzada era la defensa del reino católico de Hungría y no la liberación de Constantinopla. Fue un tremendo desastre cristiano. El 25 de septiembre de 1396 los turcos, ayudados por Esteban Lazarević y por otros vasallos cristianos, destrozaron el ejército cristiano en Nicópolis, en el bajo Danubio. Segismundo logró escapar, pero la mayor parte de los otros jefes fueron capturados o muertos.

La batalla de Nicópolis fue la primera prueba de fuerza entre las naciones de Europa occidental y el Imperio otomano. Produjo solamente un alivio momentáneo para Constantinopla. Bayaceto reemprendió el asedio de la ciudad en cuanto pudo. Por otra parte, la derrota de los cruzados había servido para mostrar a los occidentales la verdadera fuerza del enemigo, y Manuel II esperaba que sus peticiones de ayuda encontraran ahora una respuesta más favorable y generosa. Envió embajadas al Papa, a Venecia y a los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón, así como al Gran Duque de Moscú.

El rey de Francia tenía ahora un mayor interés por la causa de Constantinopla al haberse convertido en 1396 en Señor de la República de Génova y, por tanto, de las colonias genovesas en Oriente. En 1397 se llegó incluso a rumorear que el emperador Juan VII había ofrecido vender sus derechos al trono bizantino al rey francés. Uno de los más distinguidos prisioneros franceses en la batalla de Nicópolis era el mariscal de Boucicaut. Fue rescatado y a su vuelta a Occidente describió con tintas sombrías la situación de Constantinopla. El rey Carlos VI le autorizó a volver con un contingente de 1.200 hombres, y en 1399 Boucicaut, como en otro tiempo Amadeo de Saboya, rompió el bloqueo turco y llegó a Constantinopla. Hubo un gran regocijo en la ciudad y este pequeño ejército consiguió una serie de victorias menores sobre los turcos. Pero la situación exigía un esfuerzo mucho mayor. Por ello, el mariscal convenció a Manuel de que le acompañara en su viaje de vuelta a Occidente. Manuel llegó a la conclusión de que el contacto

personal con los monarcas occidentales podría producir mejores efectos, y Juan VII, temporalmente reconciliado con su tío, accedió a asumir el mando en Constantinopla. El 10 de diciembre de 1399 Manuel emprendió viaje hacia Italia con el mariscal de Boucicaut. Pasarían más de tres años hasta su vuelta.

El emperador Manuel tenía mejor carácter y presencia que su padre. Incluso los turcos estaban impresionados por su aspecto y su valor. Tenía inclinaciones literarias y artísticas y a veces se lamentaba de que sus obligaciones le impidieran cultivar su talento creador. La suya era la personalidad idónea para despertar simpatías en el ilustrado Occidente, donde se había despertado un nuevo interés por los bizantinos como custodios de la cultura griega. En 1396 su amigo Manuel Crisoloras, como él discípulo de Demetrio Cidonio, fue contratado para enseñar griego en Florencia. El viaje del Emperador a Occidente no podía dejar de estimular este interés. Fue un viaje de características muy diferentes al emprendido por su padre a Hungría y a Roma, pues no había ninguna indignidad en las súplicas de Manuel, ni ofreció como compensación su conversión o la de su pueblo al credo romano.

Su primer objetivo era Venecia. Desde allí, por Padua, Vicenza y Pavía, llegó a París en junio de 1400. El rey Carlos VI, con quien había ya mantenido correspondencia, le acogió con grandes honores, y en diciembre pasó a Inglaterra, donde el rey Enrique IV le recibió con igual cortesía. En todas partes Manuel encontró una acogida respetuosa, y tenía la esperanza de que, si bien sus anfitriones no podrían proporcionarle un ejército, por lo menos volvería a su patria con gran cantidad de dinero. El Papa había ofrecido indulgencias a quienes diesen dinero para la defensa de Constantinopla. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, Manuel se dio cuenta de que incluso en este aspecto había sido excesivamente optimista. Desde Londres volvió a París en febrero de 1401 y se instaló en Francia en condición de huésped de Carlos VI, como si no se atreviera a enfrentarse a la idea de volver a su asediada ciudad.

Mientras tanto, su sobrino Juan VII dirigía la defensa de Constantinopla con la ayuda del contingente francés que había dejado el mariscal de Boucicaut. Pero el año 1400 llegaron noticias de que los mongoles habían irrumpido en Asia Menor por el Este. Hacía tiempo que Bayaceto sabía que el Imperio mongol estaba siendo reconstruido por su más importante jefe desde Gengis Jan. Su nombre era Tamerlán (Timur Lenk). Era medio turco medio tártaro y de religión musulmana. Tamerlán estableció su capital en Samarcanda y desde allí dirigió sus con-

quistas en todas direcciones, contra la Horda de Oro de Rusia y hasta la India. Hacia 1390, Tamerlán, tras conquistar Georgia y Armenia, tuvo su primer contacto con los otomanos. Luego, en 1400, su ejército conquistó Sivas, que estaba defendida por el hijo de Bayaceto. No fue sino un aviso para el Sultán. Los mongoles se dirigieron entonces contra Siria y luego contra Bagdad, que cayó en su poder en julio de 1401.

Los mongoles hubieran dejado probablemente en paz a los turcos de no haber provocado Bayaceto a Tamerlán. Por otra parte, los bizantinos y los occidentales consideraron a Tamerlán un aliado potencial e intercambiaron embajadas con él. En la primavera de 1402, molesto por las burlas de Bayaceto, Tamerlán avanzó hacia Anatolia, pasando de nuevo por Sivas. El Sultán arriesgó todo en una sola batalla a campo abierto, y el 28 de julio de 1402 los ejércitos otomano y mongol se enfrentaron cerca de Ankara (Angora). La lucha fue larga y dura, pero el resultado constituyó una clara victoria de los mongoles. Bayaceto fue hecho prisionero y murió sin ser liberado. Cuatro de sus hijos consiguieron escapar y se disputaron la sucesión entre ellos. Pero el Imperio otomano, por lo menos en Asia, quedó arruinado y desmembrado por los mongoles, que avanzaron hasta la costa e incluso arrebataron Esmirna a los Caballeros de San Juan.

Así se acabaron las operaciones de Tamerlán en Asia Menor. Se retiró tan repentinamente como había llegado, y en 1405, murió. Su presencia había ciertamente desequilibrado a los turcos y dado nuevos ánimos a los cristianos. Hasta la misma Inglaterra llegó la leyenda de que un gran señor oriental se había convertido al cristianismo y destruido a los infieles. Pero tras la batalla de Ankara de 1402, la cuestión era si los bizantinos y sus aliados occidentales podrían aprovechar la desintegración del Imperio otomano.

V. *El último medio siglo y la caída de Constantinopla (1402-1453)*

Las buenas noticias de la batalla de Ankara llegaron al emperador Manuel estando en París en septiembre de 1402, pero tardaría casi un año en volver a Constantinopla. Mientras tanto, su sobrino Juan VII había tomado sus propias medidas para afrontar la situación, tan dramáticamente cambiada. Había terminado el bloqueo de Constantinopla y muerto el sultán Bayaceto. Pero el mayor de sus hijos, Solimán, llegó a Gallípolis en agosto de 1402 para hacerse cargo de las provincias otomanas

en Europa. Fue con Solimán con quien hicieron nuevos tratados Juan VII, los genoveses, los venecianos y demás partes interesadas. Los bizantinos se vieron particularmente favorecidos. Salónica, con el monte Atos, les fueron devueltos, así como una parte importante de la costa del mar Negro; se abolió el tributo y Solimán juró hacerse vasallo del Emperador. A cambio debía ser reconocido dueño de los dominios otomanos en Rumelia, o Europa, con capital en Adrianópolis. Las tornas habían cambiado. Los bizantinos habían pasado de ser súbditos de los turcos a ser sus señores. Este acuerdo fue ratificado por Manuel II en junio de 1403 en todos los puntos, excepto en uno. Juan VII debía de abandonar Constantinopla y reinar en Salónica. Allí permaneció hasta su muerte en 1408.

Solimán fue lo bastante inteligente para ser el primero de los hijos de Bayaceto en reclamar las provincias otomanas en Europa, que habían sido seriamente afectadas por la batalla de Ankara. Pero no fue el único pretendiente al título de Bayaceto. Era inevitable que sus hermanos, una vez que hubieron agrupado algunos de los dispersos fragmentos del sultanato en Asia intentaran unirlos a los territorios europeos y era también inevitable que los bizantinos, llegado el momento, se vieran obligados a tomar partido en la lucha por el poder de los turcos. El primer encuentro tuvo lugar entre Solimán y su hermano Muza (Mūsā). En 1410 Solimán fue derrotado y muerto en Adrianópolis. Muza estaba decidido a castigar a los cristianos que habían ayudado a su rival. Denunció el acuerdo de 1403, atacó Salónica y reanudó el asedio de Constantinopla. Pero la ciudad se hallaba ahora bien preparada para un sitio y podía defenderse por mar; además Manuel llamó a Mohamed, hermano de Muza, que estaba en Asia Menor, proporcionándole transporte y hospitalidad. En julio de 1413, sirviéndose de Constantinopla como base, Mohamed derrotó a Muza cerca de Sofía, y de esta manera, por eliminación, Mohamed se convirtió en sultán del Imperio otomano reunido de nuevo. Ello había sido posible gracias a los bizantinos y él les estaba sinceramente agradecido. Todos los privilegios otorgados por Solimán les fueron de nuevo reconocidos, y durante el tiempo que Mohamed I fue sultán, desde 1413 a 1421, fueron respetados. Mohamed empleó la mayor parte de sus energías en restablecer la situación en Asia, lo que dejó libres a los bizantinos para disfrutar y explotar su último respiro.

Manuel II no se hizo nunca ninguna ilusión de que este respiro fuera a durar ni de que la derrota de Ankara hubiera quebrado para siempre la fuerza de los turcos. Mantuvo estrechas relaciones con el mundo occidental, especialmente con

Francia, y Manuel Crisoloras fue un activo embajador encargado de que Occidente no olvidase a Constantinopla. Manuel se esforzó también por centralizar el control de las regiones que había conservado o recuperado por el tratado con Mohamed. Desde 1408, su hijo Andrónico fue déspota de Salónica. Otro de sus hijos, Teodoro II, fue nombrado déspota de Morea en 1407. Sucedió al hermano de Manuel, Teodoro I, que en sus veinticinco años de administración había conseguido mantener unida esta última provincia bizantina. Atenas había pasado de manos de los catalanes a otra banda de aventureros, la Compañía Navarra, y luego a la familia florentina de los Acciajuoli. Pero en 1394 recayó en Carlos Tocco de Cefalonia, que había sucedido a la familia Orsini en la posesión de Epiro y las islas jónicas. Fue Tocco quien provocó o ayudó a la primera invasión turca del centro y sur de Grecia. Pero no permanecieron en ella, y, a finales del siglo XIV, el despotado bizantino de Morea parecía más próspero y seguro que ninguna otra región del Imperio.

En 1414 Manuel se sintió lo suficientemente seguro para dejar Constantinopla una vez más e inspeccionar en persona la situación y las defensas de sus pocas provincias. Marchó primero a Salónica y de allí a Morea. Nadie sabía cuanto tiempo tardarían los turcos en invadir Grecia de nuevo. Manuel ordenó la construcción de una muralla, llamada el Hexamilión, a lo largo del istmo de Corinto. Su visita sirvió también para recordar a los terratenientes locales y al príncipe navarro de Acaya que la palabra del Emperador seguía teniendo fuerza de ley en Morea. Tras su vuelta a Constantinopla en 1416 envió a su hijo primogénito Juan a reunirse con su hermano Teodoro en Grecia, y Morea disfrutó de una precaria prosperidad durante algunos años más.

Su capital, Mistra, fue una especie de versión reducida de Constantinopla y el centro del último renacimiento cultural y artístico de Bizancio. La Corte de sus déspotas, como lo había sido la de Andrónico II cien años antes, se convirtió en un refugio de intelectuales. El hecho de que estuviese en suelo griego y cerca de la antigua Esparta dio alas a la ilusión de que podía ser la base de un nuevo helenismo, de un renacimiento de la filosofía e ideales griegos, capaz de infundir nueva vida al cadáver de Bizancio. El principal protagonista de esta idea romántica fue el sabio platónico Jorge Gemisto Pletón, que se había instalado en Mistra. Pletón consideraba a Grecia no como una provincia del Imperio bizantino, sino como el lugar de aparición de la antigua filosofía griega y la cuna del idioma en que dicha filosofía estaba escrita. Por ello propuso una serie

de detalladas medidas y reformas para convertir al Peloponeso en un principado autónomo en el que pudiera florecer de nuevo el helenismo. Sus ideas políticas no eran del todo impracticables. Pero sus opiniones acerca de la religión cristiana resultaban casi inaceptables, pues Pletón pretendía que los bizantinos rechazasen su fe y volviesen a la creencia en los antiguos dioses griegos. Su tratado sobre esta cuestión fue quemado por el patriarca de Constantinopla, y por lo menos en este aspecto, el profeta Pletón fue claramente rechazado en su propio país. El número de iglesias y monasterios dentro del límite de las murallas de Mistra aumentó en vez de disminuir, dando testimonio de la inquebrantable fe de los bizantinos en su cristianismo ortodoxo.

La paz firmada entre Manuel y Mohamed sufrió algunos quebrantamientos. En 1415, un pretendiente al sultanato, llamado Mustafá, que se decía hijo de Bayaceto, mezcló a los bizantinos en sus aventuras. Los venecianos y los servios también le apoyaron, y cuando Mohamed le acorraló, Mustafá recibió asilo del Emperador. Paradójicamente, el incidente tuvo escasas consecuencias sobre las relaciones del Emperador con Mohamed. Pero Constantinopla no podía esperar sobrevivir siempre con tan escasas garantías, pues Mohamed, como sabía perfectamente Manuel, estaba llevando a cabo una constante labor de reconstrucción del Imperio otomano en Asia, sobre unas bases aún más firmes que antes.

En enero de 1421, Manuel, que contaba ya setenta y un años y cuya salud era escasa, confió la mayor parte de sus poderes a su hijo primogénito Juan VIII, al que hizo venir de Grecia. Al poco tiempo murió Mohamed. Su hijo Murad II le sucedió como sultán y en un principio fue reconocido como tal por Manuel. Pero en Bizancio había un partido, encabezado por el joven Juan VIII, que creía conveniente promover disensiones entre los turcos reconociendo como sultán al pretendiente Mustafá. Este no duró mucho tiempo, y tan pronto como Murad le hubo vencido se vengó de los bizantinos, que habían respaldado el complot. En junio de 1422 puso sitio a Constantinopla. Los emperadores veían ya de manera terroríficamente clara que había terminado su entendimiento con los turcos, pues Murad, sultán ya de Europa y Asia, consideraba Constantinopla como el último eslabón que le faltaba para completar la cadena de su Imperio. Por ello emprendió el sitio de 1422 con todos los medios a su alcance. Pero la defensa fue tenaz y en septiembre Murad tuvo que retirarse para ocuparse de otro usurpador aparecido en Asia. En febrero de 1424 firmó otro tratado con Bizancio, que significó la paz para el Imperio, pero

los emperadores tuvieron de nuevo que pagar tributo al Sultán y su autoridad estaba casi limitada a los suburbios de su capital.

El levantamiento del sitio de Constantinopla no significó tampoco que la paz se extendiese a otras partes del Imperio. En 1423 los ejércitos de Murad invadieron Albania, pusieron sitio a Salónica y penetraron en Grecia. El muro Hexamilión de Corinto resultó ineficaz y los turcos se lanzaron sobre Morea y devastaron la región. Juan VIII, convertido ya en Emperador virtual, decidió hacer un nuevo llamamiento personal al mundo occidental. En noviembre de 1423 dejó Constantinopla para visitar Venecia, Milán y Hungría. Volvió un año más tarde con pocos resultados positivos. Sólo los venecianos, alarmados ante la amenaza que representaban los turcos frente a sus intereses en Albania y Morea, se mostraron activamente interesados. A comienzos del mismo 1423, al poner los turcos sitio a Salónica, Andrónico, hijo de Manuel, había ofrecido entregar la ciudad a Venecia. Se trataba de una cesión más que de una venta, y en septiembre, los venecianos enviaron gobernadores para administrar Salónica. Tenían la esperanza de convertirla en una segunda Venecia. Pero el Sultán frustró sus intenciones. Exigió un tributo aún mayor y sus tropas continuaron sitiando la ciudad. Su posesión llegó a ser más un riesgo que una ventaja, y sus habitantes griegos, hambrientos y empobrecidos, se volvieron contra sus dueños italianos. En marzo de 1430 Murad en persona dirigió el asalto final que quebró sus defensas. Los venecianos se alejaron y la segunda ciudad del Imperio bizantino cayó en manos de los turcos por segunda y definitiva vez.

El 21 de julio de 1425 murió Manuel, quedando Juan VIII como Emperador único. Poco tiempo antes de su muerte, Manuel había aconsejado a su hijo que no prometiera la unión de las Iglesias como acicate para inclinar a las potencias occidentales a preparar una nueva cruzada. Manuel se había mostrado siempre escéptico sobre los beneficios que ello reportaría, pues cualquier acercamiento entre los cristianos orientales y occidentales enojaría aún más a los turcos, y la mayoría de los bizantinos, aun en una situación extrema, seguirían rechazando la idea de someterse a la autoridad papal y al credo romano. Pero Juan VIII no veía otra alternativa. Lo mejor que se le ocurrió para suavizar la oposición de su pueblo fue insistir en que, si bien la unión de las Iglesias era un requisito previo a cualquier cruzada que acudiera en su ayuda, debía hacerse según un procedimiento aprobado por los teólogos bizantinos y no ser impuesta como en el caso de la unión de Lyon. Se celebraría un concilio ecuménico. Las circunstancias favorecían sus planes, pues en esta

época estaba extendida en la Iglesia occidental la creencia en la superioridad del concilio sobre el Papa. Durante algún tiempo pareció que los bizantinos se podrían entender mejor con los partidarios de la teoría conciliar, en Basilea, que con el Papa en Italia.

Finalmente, sin embargo, el papa Eugenio IV accedió a convocar un concilio en Italia e invitó al Emperador a asistir junto con sus obispos. Juan hizo venir de Morea a su hermano Constantino para que se hiciera cargo del gobierno durante su ausencia, y en noviembre de 1437 emprendió viaje hacia Ferrara donde debía celebrarse el concilio. Con él marcharon el patriarca José y los obispos Besarión de Nicea, Isidoro de Kiev y Marco Eugénico de Efeso, delegados de los otros patriarcas orientales y numerosos dignatarios. Fue un asunto muy diferente al concilio de Lyon de 1274 y a la sumisión de Juan V a Roma en 1369. En los últimos años, el grupo unionista había ganado terreno en Bizancio. Intelectuales, como Besarión e Isidoro, tenían un alto concepto de la cultura latina y de la teología católica. Pero seguían siendo una minoría. Las discusiones y enfrentamientos de Ferrara, y luego de Florencia, adonde se trasladó el concilio en 1439, fueron largas y a veces violentas. Pero el 6 de julio de 1439 se llevó finalmente a cabo la proclamación de la unión de las Iglesias por Besarión y el cardenal Cesarini. Los delegados bizantinos habían defendido su dignidad y sus posiciones teológicas hasta el límite de sus fuerzas. El Emperador regresó a Constantinopla confiando en que la recompensa sería la organización de una cruzada.

La reacción en Constantinopla fue inmediata y violenta. Fue encabezada por el obispo Marco Eugénico de Efeso, que se había negado a firmar el decreto de unión de Florencia. Otros que lo habían firmado cambiaron de opinión. Uno de ellos fue el filósofo Jorge Escolario, que sería más tarde el primer Patriarca de Constantinopla bajo gobierno otomano. Se quedaron en Italia algunos unionistas como Besarión, al que luego seguiría Isidoro de Kiev, acusado por los rusos de traidor a la ortodoxia. También el sultán Murad estaba enojado y desconfiaba de este entendimiento entre Oriente y Occidente. Por tanto, el Concilio de Florencia dividió a la sociedad bizantina en el momento en que la unidad era más necesaria, y, aunque tuvo ciertas consecuencias sobre la historia de la Iglesia, sus efectos políticos fueron el alejamiento de los rusos ortodoxos y el enojo de los turcos.

Murad se dio cuenta de que la contraofensiva podía venir de Hungría. Jorge Branković, que había sucedido a su tío Esteban Lazarević en el cargo de déspota de Servia en 1427, había

concedido a su hija en matrimonio al Sultán. Pero era conocida su alianza de aquel momento con Hungría y había erigido una gran fortaleza en Smederevo, a orillas del Danubio. En 1440, al predicar el papa Eugenio su prometida cruzada, fueron estas regiones las que respondieron a la convocatoria. Fue organizada por Ladislao III de Hungría, al que se unieron Jorge Branković y Juan Hunyadi, voivoda de Transilvania, que se había distinguido anteriormente en sus luchas contra los turcos. Era un momento propicio por haber tenido que marchar el Sultán a Asia Menor, y el espíritu de revuelta era contagioso. En Albania se produjo una rebelión, instigada por un renegado musulmán, llamado Jorge Castrioto, al que el mismo Murad había dado el nombre de Alejandro o Skanderberg. Incluso en la Morea bizantina, el hermano del Emperador, Constantino, hizo con gran optimismo reconstruir el Hexamilión y obligó al señor italiano de Atenas a pagarle tributo.

En medio de circunstancias tan prometedoras, la cruzada húngara avanzó desde Smederevo por el Danubio, penetrando en Bulgaria. Allí se le unieron refuerzos al mando del legado papal, cardenal Cesarini. Era un ejército impresionante y Murad prefirió esperar. En 1444 volvió precipitadamente a Europa y en junio recibió en Adrianópolis emisarios de Ladislao, Branković y Hunyadi. Se firmó una tregua de diez años, que fue ratificada por Ladislao en Szegedin, en el mes de julio. Branković se inclinaba a respetar la tregua, pero los otros jefes no estaban de acuerdo y el cardenal insistía en que la cruzada debía proseguir. Absolvió a Ladislao del juramento prestado al Sultán y en septiembre el ejército continuó su marcha a través de Bulgaria en dirección al mar Negro, donde esperaban hallar una flota veneciana de apoyo. Murad, que había vuelto a Anatolia, quedó impresionado por la perfidia de los cristianos. Condujo rápidamente su ejército al norte del Danubio. El 10 de noviembre de 1444, la cruzada sufrió una aplastante derrota en Varna. Ladislao de Hungría y el cardenal Cesarini murieron. Solamente Juan Hunyadi consiguió escapar.

La cruzada de Varna fue el último esfuerzo conjunto de la Cristiandad occidental para liberar Constantinopla. Pero no llegó a la ciudad. El Emperador bizantino no había participado en ella y gran parte de sus súbditos no sintieron en absoluto que acabase en un desastre, pues no estaban dispuestos a renunciar a su fe para ser salvados. Además, muchos cristianos que habían vivido bajo gobierno musulmán durante una o más generaciones preferían la justicia y tolerancia de los turcos a la incertidumbre de una liberación. Es cierto que Murad había reorganizado su fuerza de choque de jenízaros obligando a las

familias cristianas a entregar a sus hijos varones. Pero estas exigencias ya no eran muy grandes, y a pesar de éstas y otras cargas, muchos griegos pensaban y afirmaban que les resultaba preferible el sometimiento a los turcos que la dependencia con respecto a los latinos.

Murad se tomó rápida venganza sobre los que habían acudido a la cruzada o elegido ese momento para la rebelión. En 1446 sus tropas invadieron Grecia, destruyeron la muralla del istmo y por segunda vez penetraron en Morea, si bien no se llevó a cabo la ocupación turca y el déspota Constantino pudo seguir gobernando en calidad de vasallo. Después, los turcos ajustaron cuentas con Hunyadi y Skanderberg. Hunyadi fue derrotado en Kosovo en octubre de 1448. La resistencia en los Balcanes estaba casi llegando a su fin. Entre los jefes originarios de la cruzada, solamente sobrevivió Jorge Branković como vasallo de los turcos, hasta su muerte en 1456. Pero Skanderberg pudo escapar a los turcos y resistió en las montañas de Albania hasta 1467.

En octubre de 1448 moría el emperador Juan VII, sin heredero y sin esperanzas. Vino de Morea su hermano Constantino para hacerse cargo de la *damnosa hereditas* de Constantinopla. El sultán Murad se lo permitió de buen grado. Había ya delegado su autoridad en su hijo Mohamed, quien, una vez conjurada la amenaza de la última cruzada, podía esperar heredar un tranquilo y floreciente Imperio otomano, al que sólo restaba para estar completo la ciudad de Constantinopla. En febrero heredó el Imperio a la muerte de su padre, y desde el mismo momento de su acceso manifestó claramente que su principal objetivo era la conquista de Constantinopla. Los bizantinos creían que estaban a punto de cumplirse todas las teorías acerca del Anticristo. Vieron cómo a lo largo del Bósforo, en el lado europeo, se construía una gran fortaleza, llamada Rumeli Hissar, desde la que podrían lanzar el ataque. Cerraron el Cuerno de Oro con una cadena. Apenas podían hacer otra cosa que permanecer vigilantes y confiar en que los muros de su ciudad, que habían desafiado a tantos agresores, podrían resistir ante este último enemigo.

Aún había alguna débil esperanza en la llegada de ayuda desde Occidente. El emperador Constantino recordó al Papa que el Concilio de Florencia no había sido inútil, y en diciembre de 1452 Isidoro de Kiev, convertido en cardenal de la Iglesia romana, proclamó solemnemente en Santa Sofía la unión de las Iglesias. La mayor parte de los bizantinos lo consideraron la última indignidad. Pero tampoco tuvo una respuesta significativa por parte del mundo católico. El único monarca occidental que demostró algún interés por Bizancio fue Alfonso V de

Aragón y Nápoles, cuya ambición era restablecer el Imperio latino. Este proyecto carecía de todo realismo y los sueños del rey español carecían de relevancia para los ciudadanos de Constantinopla. Sin embargo, al llegar el último momento, los venecianos de la ciudad se sumaron con todas sus fuerzas a la defensa, y el soldado genovés Juan Giustiniani, con setecientos hombres, se hizo cargo de la defensa de las murallas de tierra. Era una tardía recompensa por todos los perjuicios que los italianos habían causado a Bizancio en tiempos pasados.

El sultán Mohamed II inició el asedio de la ciudad el 7 de abril de 1453. Los barcos turcos, que intentaron forzar la entrada a pesar de la cadena del Cuerno de Oro, fueron rechazados en medio del regocijo de los defensores. Pero el Sultán ordenó entonces transportar por tierra los barcos desde el Bósforo al Cuerno de Oro, operación que los genoveses de Gálata, que se habían proclamado neutrales, hicieron muy poco por dificultar. La ciudad quedó así sitiada por tierra y por mar y sus viejas murallas tuvieron que sufrir el continuo bombardeo de la artillería pesada que Mohamed había hecho fabricar. El 29 de mayo se extendió la noticia de que iban a ser asaltadas las murallas de tierra. El Emperador y su pueblo, tanto griego como latino, rezaron juntos por última vez en Santa Sofía y ocuparon sus posiciones. El ataque comenzó bastante antes del amanecer. Los defensores resistieron durante algún tiempo, hasta que algunos jenízaros se abrieron paso por una pequeña puerta en las murallas. En las escaramuzas que siguieron, Giustiniani cayó mortalmente herido y las noticias hicieron cundir la confusión y el pánico. El emperador Constantino fue visto por última vez luchando a pie firme en una de las puertas de la ciudad. Su cadáver no pudo ser identificado con seguridad. Los turcos penetraron en la ciudad.

Después de tres días y tres noches de saqueo por parte de sus tropas, Mohamed II entró en la ciudad e hizo su paseo triunfal hasta la catedral de Santa Sofía para dar gracias, no a la Sagrada Sabiduría de Cristo, sino a Allah. El Imperio bizantino había por fin sucumbido ante el Imperio otomano. El Sultán-*Basileus* reinó como jefe supremo en la ciudad de Constantino. Fuera de la ciudad quedaban aún algunos focos de resistencia, pero una vez dueño de la capital, Mohamed pensó que podía esperar. Atenas fue tomada por sus tropas en 1456. Cuatro años más tarde, los dos déspotas de Morea, hermanos del último Emperador, fueron obligados a abandonar la provincia por cuya posesión habían luchado entre sí. Tomás Paleólogo huyó a Italia y Demetrio a la Corte del Sultán. En 1461 el Imperio de Trebisonda, que había mantenido su precaria exis-

tencia a orillas del mar Negro plegándose tanto a los turcos como a los mongoles, cedió en la lucha; y con el final sometimiento de los últimos focos de resistencia en Servia, Bosnia y Albania, se completó finalmente la transformación del mundo bizantino en el otomano, que había durado más de un siglo.

LISTAS DE EMPERADORES

I. Emperadores tardorromanos y bizantinos

324-337. Constantino I.
337-361. Constancio.
361-363. Juliano.
363-364. Joviano.
364-378. Valente
379-395. Teodosio I.
395-408. Arcadio.
408-450. Teodosio II.
450-457. Marciano.
457-474. León I.
474. León II.
474-475. Zenón.
475-476. Basilisco.
476-491. Zenón (2.ª vez).
491-518. Anastasio I.
518-527. Justino I.
527-565. Justiniano I.
565-578. Justino II.
578-582. Tiberio I Constantino.
582-602. Mauricio.
602-610. Focas.
610-641. Heraclio.
641. Constantino III y Heracleonas.
641. Heracleonas.
641-668. Constante II.
668-685. Constantino IV.
685-695. Justiniano II.
695-698. Leoncio.
698-705. Tiberio II.
705-711. Justiniano II (2.ª vez).
711-713. Filípico.
713-715. Anastasio II.
715-717. Teodosio III.
717-741. León III.
741-775. Constantino V.
775-780. León IV.
780-797. Constantino VI.
797-802. Irene.
802-811. Nicéforo I.
811. Estauracio.
811-813. Miguel I Rangabe.
813-820. León V.
820-829. Miguel II.
829-842. Teófilo.
842-867. Miguel III.
867-886. Basilio I.
886-912. León VI.
912-913. Alejandro.
913-959. Constantino VII.
920-944. Romano I Lecapeno.
959-963. Romano II.
963-969. Nicéfono II Focas.
969-976. Juan I Zimisces.
976-1025. Basilio II.
1025-1028. Constantino VIII.
1028-1034. Romano III Argiro.
1034-1041. Miguel IV.
1041-1042. Miguel V.
1042. Zoe y Teodora.
1042-1055 Constantino IX Monómaco.
1055-1056. Teodora (2.ª vez).
1056-1057. Miguel VI.
1057-1059. Isaac I Comneno.
1059-1067. Constantino X Ducas.
1068-1071. Romano IV Diógenes.
1071-1078. Miguel VII Ducas.
1078-1081. Nicéforo III Botaniates.
1081-1118. Alejo I Comneno.
1118-1143. Juan II Comneno.
1143-1180. Manuel I Comneno.
1180-1183. Alejo II Comneno.
1183-1185. Andrónico I Comneno.
1185-1195. Isaac II Angel.
1195-1203. Alejo III Angel.
1203-1204. Isaac II (2.ª vez) y Alejo IV Angel.
1204. Alejo V Murzuflo.
1204. Constantino Lascaris.
1204-1222. Teodoro I Lascaris
1222-1254. Juan III Ducas Vatazes.
1254-1258. Teodoro II Lascaris.
1258-1261. Juan IV Lascaris.
1259-1282. Miguel VIII Paleólogo.
1282-1328. Andrónico II Paleólogo.
1328-1341. Andrónico III Paleólogo.
1341-1391. Juan V Paleólogo.
1347-1354. Juan VI Cantacuceno.
1376-1379. Andrónico IV Paleólogo.
1390. Juan VII Paleólogo.
1391-1425. Manuel II Paleólogo.
1425-1448. Juan VIII Paleólogo.
1449-1453. Constantino XI Paleólogo.

II. Déspotas de Epiro

1204-1215. Miguel I.
1215-1230. Teodoro.
1237-1271. Miguel II.
1271-1296. Nicéforo I.
1296-1318. Tomás.
1318-1323. Nicolás Orsini.
1323-1335. Juan Orsini.
1335-1340. Nicéforo II.

III. Salónica

1224-1230. Teodoro.
1230-1237. Manuel.
1237-1244. Juan.
1244-1246. Demetrio.

IV. Imperio latino

1204-1205. Balduino I de Flandes.
1206-1216. Enrique de Flandes.
1217. Pedro de Courtenay.
1217-1219. Yolanda.
1221-1228. Roberto de Courtenay.
1231-1237. Juan de Brienne.
1228-1261. Balduino II de Courtenay.

V. Obispos y patriarcas de Constantinopla

315-327. Metrófanes.
327-340. Alejandro.
340-341. Paulo I.
341-342. Eusebio.
342-344. Paulo I (2.ª vez).
342-346. Macedonio I.
346-350. Paulo I (3.ª vez).
350-360. Macedonio (2.ª vez).
360-369. Eudocio.
369-379. Demófilo.
369-370. Evagrio.
379-381. Gregorio I Nacianceno.
381. Máximo I.
381-397. Nectario.
398-404. Juan I Crisóstomo.
404-405. Arsacio.
406-425. Atico.
426-427. Sisinio I.
428-431. Nestorio.
431-434. Maximiano.
434-446. Proclo.
446-449. Flaviano.
449-458. Anatolio.
458-471. Genadio I.
472-488. Acacio.
488-489. Fravitas.
489-495. Eufemio.
495-511. Macedonio II.
511-518. Timoteo I.
518-520. Juan II de Capadocia.
520-535. Epifanio.
535-536. Antimo I.
536-553. Menas.
552-565. Eutiquio.
565-577. Juan III Escolástico.
577-582. Eutiquio (2.ª vez).
582-595. Juan IV Nesteutes.
596-606. Ciriaco.
607-610. Tomás I.
610-638. Sergio I.
638-641. Pirro.
641-653. Paulo II.
654. Pirro (2.ª vez).
654-666. Pedro.
667-669. Tomás II.
669-675. Juan V.
675-677. Constantino I.
677-679. Teodoro I.
679-686. Jorge I.
686-687. Teodoro I (2.ª vez).
688-694. Paulo III.
694-706. Calínico.
706-712. Ciro.
712-715. Juan VI.
715-730. Germán I.
730-754. Anastasio.
754-766. Constantino II.
766-780. Nicetas I.
780-784. Paulo IV.
784-806. Tarasio.
806-815. Nicéforo I.
815-821. Teodoto I Meliseno.
821-837. Antonio I Casimates.
837-843. Juan VII el Gramático.
843-847. Metodio I.
847-858. Ignacio.
858-867. Focio.
867-877. Ignacio (2.ª vez).
877-886. Focio (2.ª vez).
886-893. Esteban I.
893-901. Antonio II Cauleas.
901-907. Nicolás I el Místico.
907-912. Eutimio.
912-925. Nicolás I el Místico (2.ª vez).
925-927. Esteban II.
927-931. Trifón.
933-956. Teofilacto.
956-970. Polieucto.
970-973. Basilio I el Escamandriano.
973-976. Antonio III el Estudita.
980-992. Nicolás II Crisoberges.
996-998. Sisinio II.
1001-1019. Sergio II.
1019-1025. Eustacio.
1025-1043. Alejo el Estudita.
1043-1058. Miguel I Cerulario.
1059-1063. Constantino III Leicudes.
1064-1075. Juan VIII Jifilino.
1075-1081. Cosmas I Hierosolimites.
1081-1084. Eustacio Garidas.
1084-1111. Nicolás III el Gramático.
1111-1134. Juan IX Agapito.
1134-1143. León Estipes.
1143-1146. Miguel II Curcuas Ojeites.
1146-1147. Cosmas II el Atico.
1147-1151. Nicolás IV Muzalón.
1151-1153/4. Teodoto II.
1153/4-1154. Neófito.

1154-1157. Constantino IV Cliareno.
1157-1170. Lucas Crisoberges.
1170-1178. Miguel III Anquialo.
1178-1179. Cariton Eugeniotes.
1179-1183. Teodosio I Boradiotes.
1183-1186. Basilio II Camatero.
1186-1189. Nicetas II Muntanes.
1189. Dositeo de Jerusalén.
1189. Leoncio Teotoquites.
1189-1191. Dositeo de Jerusalén (2.ª vez).
1191-1198. Jorge II Jifilino.
1198-1206. Juan X Camatero.
1208-1214. Miguel IV Autoreiano.
1214-1216. Teodoro II Eirénico.
1240. Metodio II.
1217-1222. Manuel I Saranteno.
1222-1240. Germán II.
1240. Metodio II.
1244-1255. Manuel II.
1255-1259. Arsenio Autoreiano.
1260-1261. Nicéforo II.
1261-1264. Arsenio Autoreiano (2.ª vez).
1265-1267 Germán III.
1267-1275 José I.
1275-1282. Juan XI Becco.
1282-1283. José I (2.ª vez).
1283-1289. Gregorio II de Chipre.
1289-1293. Atanasio I.
1294-1303. Juan XII Cosmas.
1303-1310. Atanasio I (2.ª vez).
1310-1314. Nefón.
1315-1319. Juan XIII Gliquis.
1320-1321. Gerásimo I.
1323-1334. Isaías.
1334-1347. Juan XIV Calecas.
1347-1350. Isidoro.
1350-1353. Calisto I.
1353-1354. Filoteo Coquino.
1355-1363. Calisto I (2.ª vez).
1364 1376. Filoteo Coquino.
1376-1379. Macario.
1379-1388. Neilo.
1389-1390. Antonio IV.
1390-1391. Macario (2.ª vez).
1391-1397. Antonio IV (2.ª vez).
1397. Calisto II Jantópulo.
1397-1410. Mateo.
1410-1416. Eutimio II.
1416-1439. José II.
1440-1443. Metrófanes II.
1443-1451. Gregorio III Meliseno Estrategópulo.
1450. Atanasio II.
1453-1456. Genadio II Escolario.

VI. Califas (hasta 1075)

Los sucesores inmediatos del Profeta

623-634. Abu Bakr (Abū Bakr).
634-644. Omar I ('Umar).
644-656. Utmán ('Utman).
656-661. Alí ('Alī).

Omeyas

661-680. Muhawiya I (Mu'āwiya).
680-683. Yazid (Yazīd).
683-684(?) Muhawiya II.
684-685. Marwán (Marwān).
685-705. Abd al-Malik ('Abad al-Malik).
705-715. Walid I.
715-717. Solimán (Sulaymān).
715-720. Omar II.
720-724. Yazid II.
724-743. Hisám (Hišām).
743-744. Wabd II.
744. Yazid III.
744-750. Marwán II.
744. Ibrahim.

Abásidas ('Abbāsíes) (hasta 1075)

750-754. al-Safar (al-Saffār).
754-775. Almanzor (al-Mansūr).
775-785. al-Mahdi (al-Mahdī).
785-786. al-Hadi (al-Hadī).
786-809. Harun al-Rasid (Hārūn al-Rašīd).
809-813. al-Amin (al-Amīn).
813-833. al-Mamun (al-Ma'mūn).
833-842. al-Mutasim (al-Mutasim).
842-847. al-Watik (al-Wātik).
847-861. al-Mutawakil (al-Mutawakkil).
861-862. al-Mustansir (al-Mustansir).
862-866. al-Mu'tazz.
866-869. al-Muštadī.
869-892. al-Mu'tamid.
892-902. al-Mu'tadid.
902-908. al-Muqtafī.
912-932. al-Muqtadir.
932-934. al-Qāhir.
934-940. al-Rādī.
940-943. al-Muttaqī.
943-946. al-Mustaqfī.
946-974. al-Muti.
974-991. al-Ta'i.
991-1031. al-Qādir.
1031-1075. al-Qā'im.

VII. Los sultanes selyúcidas (silyuqíes) de Iconio

1077/8-1086. Solimán (Sulaymān) I.
1092-1107. Kilidš Arslan I.
1107-1116. Malik Šah.
1116-1156. Mas'ūd I.
1156-1192. Kilidš Arslan II.
1192-1196. Kaikosru I.

1196-1204. Solimán II.
1204. Kilidš Arslan II.
1204-1210. Kaikosru I (2.ª vez).
1210-1220. Kaikaus I.
1220-1237. Kaikubad I.
1237-1245. Kaikosru II.
1246-1257. Kaikaus II.
1248-1265. Kilidš Arslan IV.
1249-1257. Kaikubad II.
1265-1282. Kaikosru III.
1282-1304. Mas'ūd II.
1284-1307. Kaikubad III.
1307-1308. Mas'ūd III.

VIII. Sultanes osmanlíes (hasta 1481)

1288-1326. Osmán.
1326-1362. Orján.
1362-1389. Murad I.
1389-1402. Bayaceto (Bāyazid) I.
1402-1421. Mehmed I (monarca desde 1413).
1402-1410. Solimán (Sulaymān).
1411-1413. Musa.
1421-1451. Murad II.
1451-1481. Mehmed II el Conquistador.

IX. Emperadores búlgaros

Primer Imperio búlgaro

680-701. Asparuch.
701-718. Tervel.
718-724. Desconocido.
724-739. Sevar.
739-756. Kormisoš.
756-762. Vinech.
762-764. Teletz.
764-766. Sabin.
766. Omar, Oktu.
767-770. Pagan.
770-777. Telerig.
777-803. Kardam.
803-814. Krum.
814. Dokum, Dicevg.
814-831. Omurtag.
831-836. Malomir.
836-853. Presiam (quizá identificable con el anterior).
852-889. Boris I Miguel.
889-893. Vladimiro.
893-927. Simeón.
927-969. Pedro.
969-972. Boris II.

Imperio macedonio

976-1014. Samuel.
1014-1015. Gabriel Radomir.
1015-1018. Juan Ladislao.

Segundo Imperio búlgaro

1187-1196. Asen I.
1196-1197. Pedro.
1197-1207. Caloyán.
1207-1218. Boril.
1218-1241. Iván Asen II.
1241-1246. Calimán Asen.
1246-1257. Miguel Asen.
1257-1277. Constantino Tich.
1277-1281. Ivailo.
1279-1280. Iván Asén III.
1280-1292. Jorge I Terter.
1292-1298. Smiletz Interregno.
1299. Čaka.
1300-1322. Teodoro Svetoslav.
1322-1323. Jorge II Terter.
1323-1330. Miguel Šišman.
1330-1331. Iván Esteban.
1331-1371. Iván Alejandro.
1371-1393. Iván Šišman.
(1365-1396 en Vidin: Iván Stracimir).

X. Principado servio

Mediados del siglo IX Vlastimir.
Hasta 891 Mutimir.
891-892. Prvoslav.
892-917. Pedro Gojniković.
912-920. Pablo Branović.
920-924. Zacarías Prvoslavljević.
927-950. Časlav Klonimirović.

Zeta

Finales del siglo X-1016 Juan Vladimiro.
1040-1052. Esteban Voislav.
1052-1081. Miguel, rey desde 1077.
1081-1101. Constantino Bodin.

Rascia

1083-1114. Vukán.
1167-1196. Esteban Nemania.
1196-1228. Esteban Nemanjić, rey desde 1217.
1228-1234. Esteban Radoslao.
1234-1243. Esteban Ladislao.
1243-1276. Esteban Uroš I.
1276-1282. Esteban Dragutin.
1282-1321. Esteban Uroš II Milutin.
1321-1331. Esteban Uroš III Dečanski.

1331-1355. Esteban Dusan, zar desde 1435.
1355-1371. zar Esteban Uroš.
(1366-1371 rey Vukašin).
1371-1389. Príncipe Lázaro.
1389-1427. Esteban Lazarević, déspota desde 1402.
1427-1456. Jorge Brancović.
1456-1458. Lázaro Brancović.

XI. Principado húngaro

Dinastía de los Arpad

972-997. Príncipe Geza.
997-1038. Esteban I el Santo.
1038-1041. Pedro.
1041-1044. Aba.
1044-1046. Pedro (2.ª vez).
1046-1060. Andrés I.
1060-1063. Bela I.
1063-1074. Salomón.
1074-1077. Geza I.
1077-1095. Ladislao I el Santo.
1095-1115. Colomán el Sabio.
1116-1131. Esteban II.
1131-1141. Bela II.
1141-1162. Geza II.
1162. Esteban III.
1162-1163. Ladislao II.
1163-1165. Esteban IV.
1165-1172. Esteban III (2.ª vez).
1172-1196. Bela III.
1196-1205. Emmerich.
1205. Ladislao III.
1205-1235. Andrés II.
1235-1270. Bela IV.
1270-1272. Esteban V.
1272-1290. Ladislao IV.
1290-1301. Andrés III.

Casa de Anjou

1308-1342. Carlos Roberto.
1342-1382. Luis el Grande.
1382-1385. María.
1385-1386. Carlos III de Nápoles.

Casas de Luxemburgo, Habsburgo y otras

1387-1437. Segismundo.
1437-1439. Alberto II.
1440-1457. Ladislao V el Póstumo.
1458-1490. Mateo I Corvino.

XII. Príncipes normandos de Sicilia

1061-1101. (Conde) Roger I.
1101-1154. Roger II.
1154-1166. Guillermo I.
1166-1189. Guillermo II.
1189-1194. Tancredo de Lecco.
1194. Guillermo III.

Notas

PROLOGO

[1] La obra de S. N. Eisenstadt, *Los sistemas políticos de los Imperios*, Madrid, Revista de Occidente, 1966, constituye un buen análisis comparativo, en el que se incluye Bizancio.
[2] N. H. Baynes, *Byzantine studies and other essays*, 1960.
[3] *Historia Universal Siglo XXI*, vol. 9, p. 2. El autor, que es el mismo que el del volumen 9 de la *Historia Universal Siglo XXI*, ha resumido en el capítulo 1.º del presente volumen todo lo relativo a cuestiones y problemas occidentales, tratados de manera más extensa en el citado volumen 9

INTRODUCCION

[1] E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. de J. B. Bury, tomo I, 1900.
[2] W. E. H. Lecky, *History of European Morals from Augustus to Charlemagne*, tomo 2, 1869, p. 13 ss.
[3] Acerca de los avances de la investigación respecto a la historia bizantina en los primeros tiempos, los estudios sobre la cuestión publicados por F. Dölger y A. M. Schneider, *Byzanz*, 1952, así como el fascículo 3 de los *Historische Zeitschrift* de P. Wirth, 1969, páginas 575-640.
[4] Las más modernas investigaciones acerca de la demografía son las de J. C. Russell, «Late Ancient and Medieval Population», en *Transactions of the American Philosophical Society*, 48, parte 3.ª, 1958. Sus cálculos, que no difieren en mucho de los de von Beloch, son: 15-16 millones para la parte occidental, 23,9 para la oriental; de ellos, 5 en Grecia y los Balcanes, 3 en Egipto, 4,3 en Siria y 11,6 en Asia Menor.
[5] Ibn Jaldún I 292 *(The Muqaddimah*, traducido por F. Rosenthal, tomo 1, 1958, p. 329)
[6] P. Noailles y A. Dain, *Les Nouvelles de Léon le Sage*, 1944, Novela 47.
[7] Constantino VII Porfirogéneta, *De caeremoniis aulae byzantinae*, I, 3.
[8] D. Talbot Rice, *The Byzantines*, 1962, pág. 128.
[9] H. G. Beck, *Kirche und theologische Literatur im Byzantinischen Reich*, 1954, p. 1; Saeculum 5, 1944, p. 94 y ss.
[10] F. Dölger, *Byzanz und die europäische Staatenwelt*, 2.ª ed., 1964, pág. 77.
[11] Agathias, II, 15.
[12] J. B. Bury, *Cambridge Ancient History*, IV, 2, 1967, pág. XIII (prólogo original para la edición de 1923).

CAP. 1. FUNDAMENTOS Y COMIENZOS DE LA HISTORIA BIZANTINA: LA EPOCA DE JUSTINIANO Y HERACLIO (518-717)

[1] La estructura y evolución de la época tardorromana están más extensamente tratadas en el volumen 9 de la *Historia Universal Siglo XXI*, pp. 16-174.

[2] Procopio, *De Aedif*, I, 5, 10.

[3] H. G. Beck, "Konstantinopel. Zur Sozialgeschichte einer frühmittelalterlichen Hauptstadt», en *Vorträge und Forschungen*, XI, 1966, pp. 321-356, ha señalado determinados momentos atípicos en la estructura social de Constantinopla como capital del Imperio. A partir de la p. 364, siguen sus nuevas investigaciones acerca de la cuestión de los *Demos*.

[4] Esteban de Novgorod (siglo XIV), en T. Sajarov, *Récits du peuple russe*, II, 1849, p. 52.

[5] Procopio, *Anekdota*, VII, 8-13.

[6] Procopio, *Bell. Pers.*, I, 24, 33 y ss.

[7] Constitutio Deo auctore (Corpus Iuris Civilis, I, ed. Mommsen-Krüger, 1928, p. 8).

[8] *Novela* 111 (541).

[9] *Cod. de Just.*, 1, 14, 12.

[10] *Novela* 28 (31) 5.

[11] *Novela* 8 (16) 8.

[12] P. Labe y G. V Cossart, *Sacrosanta concilia*, tomo 5, 1672, p. 61 (El Patriarca Menas en el sínodo de 536).

[13] Sócrates, *Hist. Eccl.*, III, 16.

[14] *Novela* 24, 1.

[15] P. Charanis, «Economic Factors in the Decline of the Byzantine Empire», en *Journal of Economic History*, 13, 1953, p. 414.

[16] Es inseguro el momento en que se pone en marcha la reforma de los *themata*. Mientras que para Stein, Brehier, Ostrogorsky y, más recientemente, Barker se había iniciado ya con Heraclio, para Diehl, Vryonis, Pertusi, Charanis, Lemerle, y Karayannopoulos lo sería a finales del siglo VII. Cf. por ejemplo, el reciente artículo de J. Karayannopoulos, «Über die vermeintliche Reformtätigkeit des Kaisers Herakleios", en *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinischen Gesellschaft*, 10, 1961, pp. 53-72.

CAP. 6. LA CUARTA CRUZADA Y SUS CONSECUENCIAS

[1] Villehardouin, *La Conquête de Constantinople*, ed. E. Faral, tomo I, 2.ª ed., París, 1961, p. 4.

[2] A. Wallensköld, *Les Chansons de Conon de Béthune*, 2.ª ed., París, 1921, p. 6. Este IV Poema se ocupa sobre todo de la tercera Cruzada.

[3] P. Riant, *Exuviae sacrae Constantinopolitanae*, tomo I, Ginebra, 1877, p. 12.

[4] Robert de Clari, "La Conquête de Constantinople", en A. Pauphilot y E. Bognon, *Historiens et Chroniqueurs du Moyen Age*, París, 1952, p. 28.

[5] P. Riant, *Exuviae...*, tomo I, p. 14.

[6] E. H. McNeal y R. L. Wolff, «The Fourth Crusade», en la obra de K. M. Setton, *A History of the Crusades*, tomo 2, 2.ª ed., Madison, 1969, p. 172.

[7] Gunther de Pairis, *Die Geschichte der Eroberung von Konstantinopel*, publicada por E. Assmann, Colonia, 1956, pág. 85 (Colección «Die Geschichtsschreiber der deutschen Vorzeit», tomo 101).

[8] *Ibidem*, pp. 85 y ss.

[9] G. F. L. Tafel y G. M. Thomas, *Urkunden zur älteren Handels- und Stadtgeschichte von Venedig*, tomo 1, Viena, 1856, p. 507 (Colección «Fontes Rerum Austriacarum», Parte 2.ª, vol. XII).

[10] Migne, *Patrologia Latina*, tomo 215, col. 712.

[11] *Michaelis Acominati Opera*, ed. de S. P. Lampros, tomo 2, Atenas, 1880, p. 354.

[12] *Ibidem*, p. 355.

[13] H. Jaeschke, *Der Troubador Elias Cairel*, Berlín, 1921, p. 150 (Col. «Romanische Studien», núm. 20).

[14] *Ibidem*, p. 150.

[15] *Georgii Acropolitae Opera*, ed. de A. Heisenberg, tomo 1, Leipzig, 1903, p. 28.

[16] Migne, *Patrologia Latina*, tomo 215, col. 637.
[17] *Michaelis Acominati Opera*, tomo 2, p. 295 y ss.
[18] *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, vol. 23, p. 910.
[19] "Le Lettere greche di Friderigo II", ed. de N. Festa, en *Archivio Storico Italiano*, serie 5, 13, 1894, p. 22.
[20] A. Meliarakes, *Istoria tou basilikou tes Nikaias kai tou despotatou tes Epeirou (1204-1261)*, Atenas-Leipzig, 1898, p. 278. Cf. Grumel en *Echos d'Orient*, 29, 1930, pp. 450-458; se puede encontrar ahí también el texto latino de la carta de Gregorio a Vatazes y, en traducción francesa, la del Emperador al Papa.
[21] *Nicephori Gregorae Byzantina Historia*, ed. de L. Schopen tomo I, Bonn, 1829, p. 43.
[22] Pachymeres, I, p. 37, ed. I. Bekker, CSHB

Bibliografía

OBRAS DE CONJUNTO

1. CUESTIONES GENERALES

AMANTOS, K., *Geschichte des Byzantinischen Reiches*. Vol. I (1953), Vol. II. Atenas, 1947.

BAYNES, N. H. — H. ST. L. B. MOSS, *Byzantium*. Oxford, 1948.

BRÉHIER, L., *Le monde byzantin*. 3 vols. París, 1947-1950. Hay traducción española: *El mundo bizantino*. México, U.T.E.H.A., 1955, 3 vols. 1.º, *Vida y muerte de Bizancio;* 2.º, *Las instituciones bizantinas;* 3.º, *La civilización bizantina).*

CAMBRIDGE MEDIEVAL HISTORY. Vol. I (1924), vol. II (1926), vol. IV 1966-1967) (compilado por J. M. Hussey).

DIEHL, C. — G. MARÇAIS, *Le monde oriental de 395 á 1081*. París 1944.

DIEHL, C., R. GUILLAND, L. OIKONOMOS, R. GROUSSET, *L'Europe orientale de 1081 à 1453*. París, 1945.

DIEHL, C., *Byzance: Grandeur et Décadence*. París, 1919. Hay traducción española: *Grandeza y servidumbre de Bizancio*. Madrid, Espasa-Calpe, 1963, 263 pp., vol. 1.324. Col. Austral.

DVORNIK, F., *The Making of Central and Eastern Europe*. Londres, 1949.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. Londres, 1776-1788 (nueva edición de J. B. Bury, Londres, 1896-1900).

HILL, G., *History of Cyprus*. Vols. I-III. Cambridge, 1940-1948.

HUSSEY, J. M., *Die byzantinische Welt*. Stuttgart, 1958.

ISTORIA VIZANTII (Historia de Bizancio), S. D. Skazkin, V. N. Lazarev, N. V. Pigulevskaja. 3 vols. Moscú, 1967.

JORGA, N., *Histoire de la vie byzantine. Empire et civilisation*. 3 vols. Bucarest, 1934.

LEMERLE, P., *Histoire de Byzance*. París, 1956.

OSTROGORSKY, G., *Geschichte des Byzantinischen Staates*. Munich, 1963.

RUNCIMAN, S., *History of the Crusades*. 3 vols. Cambridge, 1951-1955. Hay trad. española: "Historia de las Cruzadas". Madrid, *Revista de Occidente*, 1957, 3 vols. (Reimpresión Alianza Universidad.)

SETTON, K. M. (comp), *A History of the Crusades*. Vols. 1 y 2, 1955-1962.

TALBOT RICE, D., *The Byzantines*. Londres, 1962.

VASILIEV, A. A., *History of the Byzantine Empire, 324-1453*. 2 vols. Madison, 1958. Hay trad. española: *Historia del Imperio bizantino*. Barcelona, Ed. Iberia-Gil, 1946, 2 vols.

BAYNES, N. H., *Byzantine Studies and Other Essays*. Londres, 1955.

BECK, H. G., *Ideen und Realitäten in Byzanz*. Londres, 1922.

DIEHL, C., *Les grands problèmes de l'histoire byzantine*. París, 1947.

DÖLGER, F., *Byzanz und die europäische Staatenwelt*. Ettal, 1953 (Reimpresión: Darmstadt, 1964).

GEANAKOPLOS, D. J., *Byzantine East und Latin West*. Oxford, 1966.

LOT, F., *L'art militaire et les armées au moyen âge en Europe et dans le Proche Orient*. 2 vols. París, 1946.

NERSESSIAN, S. DER, *Armenia and the Byzantine Empire*. Cambridge (Mass.), 1945.

OBOLENSKY, D., *The Byzantine Commonwealth*. Londres, 1971.

OHNSORGE, W., *Konstantinopel und der Okzident*. Darmstadt, 1966.
—, *Abendland und Byzanz*. Darmstadt, 1958.
VRYONIS, S., *Byzantium and Europe*. Londres, 1967.
—, *Byzantium: its Internal History and Relations with the Muslim World*. Londres, 1972.

HONIGMANN, E., *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071*. Bruselas, 1935.
PHILIPPSON, A., *Das byzantinische Reich als geographische Erscheinung*. Leiden, 1939.
RAMSAY, W. M., *The Historical Geography of Asia Minor*. Londres 1890.

II. HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL

AHRWEILER, H., *Études sur les structures administratives et sociales de Byzance*. Londres, 1971.
BARKER, E., *Social and Political Thought in Byzantium*. Oxford, 1957.
BRATIANU, G. I., *Études byzantines d'histoire économique et sociale*. París, 1938.
THE CAMBRIDGE ECONOMIC HISTORY OF EUROPE. Vol. I (2.ª ed. 1966); vol. II, 1952; vol. III (2.ª ed. 1963). Hay trad. española: *Historia Económica de Europa* (Universidad de Cambridge). Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, s/a., 3 vols.
CHARANIS, P., "The Monastic Properties and the State in the Byzantine Empire", en *Dumbarton Oaks Papers* 4 (1948), pp. 51-119.
—, "Economic Factors in the Decline of the Byzantine Empire", en *Journal of Economic History* 13 (1953), pp. 412-425.
—, *Studies on the Demography of the Byzantine Empire*. Londres, 1972.
DANSTRUP, G., "The State and Landed Property in Byzantium to 1250", en *Classica et Mediaevalia* 8 (1946), pp. 221-267.
GRIERSON, P., "Coinage and Money in the Byzantine Empire 498-c. 1090", en *Settimania di Studi del Centro di Studi sull'Alto Medioevo VIII* (1961), pp. 411-453.
HADJNICOLAOU - MARAVA, A., *Recherches sur la vie des esclaves dans le Monde Byzantin*. Atenas, 1950.
HEYD, W., *Histoire du Commerce du Levant au Moyen Age*. 2 vols. Leipzig, 1923.
KOUKOULES, P., *Das Privatleben der Byzantiner*. 6 vols. Atenas, 1948-1957 (reimpresión).
LEMERLE, P., "Esquisse pour une histoire agraire de Byzance: les sources et les problèmes", en *Revue historique* 219 (1958), pp. 32-74, 254-284, 220 (1958), pp. 42-94.
LEWIS, A. R., *Naval Power and Trade in the Mediterranean A. D. 500-1100*. Princeton, 1951.
ROUILLARD, G., *La Vie rurale dans l'Empire byzantin*. París, 1953.
SETTON, K. M., "On the Importance of Land Tenure and Agrarian Taxation in the Byzantine Empire, from the Fourth Century to the Fourth Crusade", en *American Journal of Philology* 74 (1953), pp. 225-259.
ZACHARIA VON LINGENTHAL, K. E., *Geschichte des Griechisch-römischen Rechtes*, 3.ª ed. Berlín, 1892.

III. IGLESIA Y TEOLOGIA

ATTWATER, D., *The Christian Churches of the East*. 3 vols. Nueva edición. Londres, 1961.
BECK, H. G., *Kirche und theologische Literatur im byzantinischen Reich*. Munich, 1959.
DVORNIK, F., *Early Christian and Byzantine Political Philosophy*. 2 vols. Washington, 1966.
ENSSLIN, W., *Gottkaiser und Kaiser von Gottes Gnaden. Sitz. berichte Bayer.* Akad. Wiss., Phil.-Hist. Abt., Heft 6, 1943.

EVERY, G., *The Byzantine Patriarchate (451-1204)*. 2.ª ed. Londres, 1962.
FESTUGIERE, A.-J., *Les Moines d'Orient*. 4 vols. París, 1961-1965.
FORTESCUE, A. K., *The Orthodox Eastern Church*. Londres, 1927.
GRABAR, A., *L'empereur dans l'art byzantin*. París, 1936.
HUSSEY, J. M., *Church and Learning in the Byzantine Empire*. Londres, 1937.
IVANKA, E. VON, *Rhomäerreich und Gottesvolk*. Friburgo, 1968.
JUGIE, M., *Theologia dogmatica Christianorum orientalium ab ecclesia catholica dissidentium*. 5 vols. París, 1926-1935.
LOSSKY, V., *Essai sur la théologie mystique de l'église d'orient*. París, 1944.
MICHEL, A., *Die Kaisermacht in der Ostkirche (843-1204)*. Darmstadt, 1959.
PEETERS, P., *Le tréfonds oriental de l'hagiographie byzantine*. Bruselas, 1950.
TREITINGER, O., *Die Oströmische Kaiser- und Reichsidee nach ihrer Gestaltung im höfischen Zeremoniell*. Jena, 1938.

IV. CULTURA Y ARTE

HAUSSIG, H.-W., *Kulturgeschichte von Byzanz*. Stuttgart, 1959.
HUNGER, H., *Reich der neuen Mitte. Der christliche Geist der byzantinischen Kultur*. Graz-Colonia, 1965.
RUNCIMAN, S., *Byzantine Civilization*. Londres, 1953. Hay trad. española: *La civilización bizantina*. Madrid, Pegaso, 1942, 285 pp.

BECK, H. G., *Geschichte der byzantinischen Volksliteratur*. Munich, 1971.
COLONNA, M. E., *Gli storici bizantini dal IV al XV secolo*. Vol. I, Nápoles, 1956.
KRUMBACHER, K., *Geschichte der byzantinischen Literatur von Justinian bis zum Ende des Oströmischen Reiches (527-1453)*. 2.ª ed. Munich, 1897.
SOYTER, G. (comp.), *Byzantinische Dichtung*. Atenas, 1938.
TATAKIS, B., *La philosophie byzantine*. París, 1949. Hay trad. española: *Filosofía bizantina*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1952, 301 pp.
WELLESZ, E., *A History of Byzantine Music and Hymnography*. 2.ª ed. Oxford, 1961.

BECKWITH, J., *Early Christian and Byzantine Art*. Harmondsworth, 1970.
BRÉHIER, L., *La sculpture et les arts mineurs byzantines*. París, 1936.
CHATZIDAKIS, M. - A. GRABAR, *Byzantine and Early Medieval Painting*. Londres, 1965.
DALTON, O. M., *Byzantine Art and Archaeology*. Oxford, 1911.
DEMUS, O., *Byzantine Mosaic Decoration. Aspects of Monumental Art in Byzantium*. Londres, 1948.
DIEHL, C., *Manuel d'art byzantin*. 2 vols., 2.ª ed. París, 1925-1926.
EBERSOLT, J., *Les arts somptuaires de Byzance. Étude sur l'art impérial de Constantinople*. París, 1923.
—, *Orient et Occident*. 2.ª ed. París, 1954.
GOODACRE, H., *A Handbook of the Coinage of the Byzantine Empire*. 3 vols. Londres, 1928-1933.
GRABAR, A., *Bizantine Painting*. Genf, 1953.
—, *L'art byzantin chez les Slaves*. 2 vols. París, 1930.
HAMILTON, J. A., *Byzantine Architecture and Decoration*. 2.ª ed. Londres, 1956.
KRAUTHEIMER, K., *Early Christian and Byzantine Architecture*. Harmondsworth, 1965.
LEMERLE, P., *Le Style byzantin*. París, 1943.
PEIRCE, H. - R. TYLER, *L'Art byzantin*. 2 vols. París, 1932-1934.
SCHWEINFURTH, P., *Die byzantinische Form*. 2.ª ed. Mainz, 1954.
TALBOT RICE, D. - M. HIRMER, *Kunst aus Byzanz*. Munich, 1959.

TALBOT RICE, D., *Art of the Byzantine Era*. Londres, 1963.
—, *Byzantine Art*. 3.ª ed. Harmondsworth, 1968.
WEITZMANN, K., *Illustration in Roll and Codex*. Princeton, 1947.
—, *Greek Mythology in Byzantine Art*. Princeton, 1951.
WULFF, O., *Altchristliche und byzantinische Kunst*. 2 vols. Berlín, 1916-1918.

1. FUNDAMENTOS Y COMIENZOS DE LA HISTORIA BIZANTINA: LA EPOCA DE JUSTINIANO Y HERACLIO (518-717)

Cuestiones generales

BROWN, P., *The World of Late Antiquity*. Londres, 1971.
BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian*. 2 vols. Londres, 1923.
GOUBERT, P., *Byzance avant l'Islam*. 2 vols. París, 1951-1956.
JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire*. 3 vols. Oxford, 1964.
MOSS, H. ST. L. B., *The Birth of the Middle Ages, 395-814*. Oxford, 1935.
STEIN, E., *Histoire du Bas-Empire*. Vol. I, 2.ª ed., 1959; vol. II, Bruselas, 1949.

Constantinopla: centro del mundo y espejo del Imperio

BECK, H. G., "Konstantinopel. Zur Sozialgeschichte einer frühmittelalterlichen Hauptstadt", en *Vorträge u. Forschungen* 11 (1966), pp. 321-356.
BECKWITH, J., *The Art of Constantinople*. Londres, 1968.
DOWNEY, G., *Constantinople in the Age of Justinian*. Oklahoma, 1968.
JANIN, R., *Constantinople byzantine. Développement urbain et répertoire topographique*. 2.ª ed. París, 1964.
SCHNEIDER, A. M., *Byzanz. Vorarbeiten zur Topographie und Archäologie der Stadt*. Berlín, 1936.
SWIFT, E. H., *Hagia Sophia*. Nueva York, 1940.
TALBOT RICE, D., *Constantinople: Byzantium-Istanbul*. Londres, 1965.
WHITTEMORE, T., *The Mosaics of St. Sophia at Istanbul*. 4 vols. Londres, 1933 hasta 1952.
WULZINGER, K., *Byzantinische Baudenkmäler zu Konstantinopel*. Hannover, 1925.

Justiniano y su época: el papel del soberano

BARKER, J. W., *Justinian and the Later Roman Empire*. Madison-Londres, 1966.
BROWNING, R., *Justinian and Theodora*. Londres, 1971.
CHASSIN, L. M., *Bélisaire, généralissime byzantin (504-565)*. París, 1957.
DIEHL, C., *Justinien et la civilisation byzantine au VIe siècle*. 2 vols. París, 1901.
RUBIN, B., *Das Zeitalter Justinians*. Vol. 1. Berlín, 1960.
SCHUBART, W., *Justinian und Theodora*. Munich, 1943.
URE, P. N., *Justinian and his Age*. Harmondsworth, 1951.
VASILIEV, A. A., *Justin the First: An Introduction to the Epoch of Justinian the Great*. Cambridge (Mass.), 1950.

Tradición y reforma de la sociedad en el siglo VI

BECK, H. G., *Senat und Volk von Konstantinopel*. Bayer. Akad. der Wiss., 1966, pp. 1-75.
BOULNOIS, L., *La Route de la soie*. París, 1963.
CHARANIS, P., "On the Social Structure of the Later Roman Empire", en *Byzantion* 17 (1944-45), pp. 39-57.

CLAUDE, D., *Die byzantinische Stadt im 6. Jahrhundert.* Munich, 1968.
COLLINET, P., *Études historiques sur le droit de Justinien.* 3 vols. París, 1912-1925.
DIEHL, C., *Études sur l'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne (568-751).* París, 1888.
GRIERSON, P., "Commerce in the Dark Ages: A Critique of Evidence", en *Transactions Royal Historical Society.* 5.ª serie, vol. 9 (1959), pp. 123-158.
GROSSE, R., *Römische Militärgeschichte von Gallienus bis zum Beginn der byzantinischen Themenverfassung.* Berlín, 1920.
HARDY, E. R., *The Large Estates of Byzantine Egypt.* Nueva York, 1931.
JOHNSON, A. C. - L. C. WEST, *Byzantine Egypt. Economic Studies.* Princeton, 1949.
KARAYANNOPOULOS, J., *Das Finanzwesen des frühbyzantinischen Staates.* Munich, 1958.
OSTROGORSKY, G., "Byzantine Cities in the Early Middle Ages", en *Dumbarton Oaks Papers* 13 (1959), pp. 47-66.
ROUILLARD, G., *L'administration civile de l'Égypte byzantine.* 2.ª ed. París, 1928.
STÖCKLE, A., *Spätrömische und byzantinische Zünfte.* Leipzig, 1911.
TCHALENKO, G., *Villages antiques de la Syrie du Nord.* 3 vols. París, 1953-1958.
TEALL, J. L., "The Grain Supply of the Empire, 330-1025", en *Dumbarton Oaks Papers* 13 (1959), pp. 87-139.
WOLSKA, W., *La topographie chrétienne de Cosmas Indikopleustès: théologie et science au VIe siècle.* París, 1962.

Emperador e Iglesia: problemas de la política eclesiástica

ALIVISATOS, H. S., *Die kirchliche Gesetzgebung Justinians.* Leipzig, 1913.
CHARANIS, P., *Church and State in the Later Roman Empire. The Religious Policy of Anastasius the First, 491-518.* Madison, 1939.
COLEMAN-NORTON, P. R., *Roman State and Christian Church. A Collection of legal documents to A. D. 535.* 3 vols. Londres, 1966.
DUCHESNE, L., *L'Église au VIe siècle.* París, 1925.
FLICHE, A. - V. MARTIN (comp.), *Historie de l'Église.* Vol. 4: *De la mort de Théodose à l'élection de Grégoire le Grand.* París, 1937. Vol. 5: *Grégoire le Grand, les états barbares et la conquête arabe 590-737.* París, 1938.
HARDY, E. R., *Christian Egypt: Chrurch and People. Christianity and Nationalism in the Patriarchate of Alexandria.* Nueva York, 1952.
KADEN, E., "L'Église et l'état sous Justinien", en *Mémoires publiés par la Faculté de Droit de Genève* 9 (1952), pp. 109-144.
PARGOIRE, J., *L'Église byzantine de 527 à 847.* París, 1905.

Síntomas de renovación: Cultura y Arte

BOVINI, G., *Die Mosaiken von Ravenna.* 3.ª ed. Würzburg, 1956.
CAMERON, A., *Agathias.* Oxford, 1970.
DAGRON, G., "Aux origines de la civilisation byzantine: langue de culture et langue d'État", en *Revue Historique* 241 (1969), pp. 23-56.
DEICHMANN, F. W., *Frühchristliche Bauten und Mosaiken in Ravenna.* Baden-Baden, 1958.
DOWNEY, G., "Coptic Culture in the Byzantine World: Nationalism and Religious Independence", en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 1 (1958), pp. 119-135.
GRABAR, A., *Die Kunst im Zeitalter Justinians.* Munich, 1967.
—, *Byzantium. From Theodosius to Islam.* Londres, 1966.
HUXLEY, G. L., *Anthemius of Tralles: a Study in Later Greek Geometry.* Cambridge (Mass.), 1959.
IVANKA, E. VON, *Hellenisches und Christliches im frühbyzantinischen Geistesleben.* Viena, 1948.

MOREY, C. R., *Early Christian Art*. Princeton, 1953.
RUBIN, B., *Prokopios von Kaisarea*. Stuttgart, 1956.
VOLBACH, F. W. - M. HIRMER, *Frühchristliche Kunst*. Munich, 1958.

"Renovatio Imperii": Ideología y realidad

CHRISTENSEN, A., *L'Iran sous les Sassanides*. 2.ª ed. Copenhague-París, 1944.
DIEHL, C., L'Afrique *byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709)*. París, 1896.
GIRSHMAN, R., *Iran. Parther und Sassaniden*. Munich, 1962.
LLEWELLYN, P., *Rome in the Dark Ages*. Londres, 1971.
THOMPSON, E. A., *The Goths in Spain*. Oxford, 1969. Hay trad. española: *Los godos en España*. Madrid, Alianza Editorial, 1971.
WALLACE-HADRILL, J. M., *The Barbarian West: Early Middle Ages. A. D. 400-1000*. Londres, 1952.

La desintegración del sistema justinianeo

CHARANIS, P., "The Transfer of Population as a Policy in the Byzantine Empire", en *Comparat. Stud. in Society and History* 3 (1961), pp. 140-154.
HEAD, C., *Justinian II of Byzantium*. Wisconsin, 1972.
HIGGINS, M. J., *The Persian War of the Emperor Maurice*. Washington, 1939.
—, "International Relations at the Close of the Sixth Century", en *Catholic Historical Review* 27 (1941), pp. 279-315.
STEIN, E., *Studien zur Geschichte des byzantinischen Reiches, vornehmlich unter dem Kaiser Justinus II. und Tiberius Constantinus*. Stuttgart, 1919.

El siglo de la crisis: Bizancio y la expansión del Islam

BARIŠIĆ, F., "Le siège de Constantinople par les Avares et les Slaves en 626", en *Byzantion* 24 (1954), pp. 371-395.
EICKHOFF, E., *Seekrieg und Seepolitik zwischen Islam und Abendland*. Berlín, 1966.
OSTROGORSKY, G., "The Byzantine Empire in the World of the Seventh Century", en *Dumbarton Oaks Papers* 13 (1959), pp. 1-21.
PARTINGTON, J. R., *History of Greek Fire and Gunpowder*. Cambridge, 1960.
BROCKELMAN, C., *Geschichte der islamischen Völker und Staaten*. 2.ª ed. Munich, 1943.
CAETANI, L. C., *Annali dell'Islam*. 10 vols. Milán, 1905-1926.
CAHEN, C., *Der Islam I. Vom Ursprung bis zu den Anfängen des Osmanen-Reiches*. Frankfurt, 1968. Hay trad. española: *Historia Universal siglo XXI*. Vol. 14. El Islam I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano. Siglo XXI. Editores, S. A. 2.ª ed. 1972. Madrid, 1972.
HITTI, PH. K., *History of the Arabs*. 7.ª ed. Londres, 1961. Hay traducción española: *Historia de los árabes*. Madrid, Razón y Fe, 1950, 628 pp.
LAMMENS, H., *Études sur le siècle des Ommayades*. Beirut, 1930.
LEWIS, B., *The Arabs in History*. 5.ª ed. Londres, 1960. Hay trad. española: *Los árabes en la Historia*. Madrid, Espasa-Calpe, 1956, 235 pp.
MONNERET DE VILLARD, V., *Introduzione allo studio dell'archeologia islamica*. Venecia, 1966.
SPULER, B., *Geschichte der islamischen Länder. Die Chalifenzeit*. Leiden, 1952-53.

Desafío y réplica: consolidación del Imperio mediante reformas

GELZER, H., *Die Genesis der byzantinischen Themenverfassung*. Leipzig, 1899.

GUILLOU, A., *Régionalisme et indépendence dans l'empire byzantin au VIIe siècle.* Roma, 1969.
KARAYANNOPOULOS, J., *Die Entstehung der byzantinischen Themenordnung.* Munich. 1959.
—, "Contribution au problème des 'Thèmes' byzantins", en *L'Hellénisme Contemporain,* Ser. 2, 10 (1956), pp. 455-502.
—, "Über die vermeintliche Reformtätigkeit des Kaisers Heraklios", en *Jahrb. der österr. byzant. Gesellschaft* 10 (1961), pp. 53-72.
LEMERLE, P., "Quelques remarques sur le règne d'Heraclius", en *Studi Medievali Ser. III,* 1 (1960), pp. 347-361.
LÓPEZ, R. S., "The Rôle of Trade in the Economic Readjustment of Byzantium in the Seventh Century", en *Dumbarton Oaks Papers* 13 (1959), pp. 67-85.
OSTROGORSKY, G., "Die Chronologie des Theophanes im 7. und 8. Jahrhundert", en *Byzantinisch-Neugriechische Jahrbücher* 7 (1930), pp. 1-56.
PERNICE, A., *L'imperatore Eraclio.* Florencia, 1905.
PERTUSI, A., *Constantino Porfirogenito, De Thematibus.* Roma, 1952.
—, "La formation des thèmes byzantins", en *Berichte zum XI. Internat. Byz-Kongress.* Munich, 1958, pp. 1-40.

La cultura del siglo VII: identidad de Imperio y ortodoxia

KITZINGER, E., "The Cult of Images in the Age before Iconoclasm", en *Dumbarton Oaks Papers* 8 (1954), pp. 83-150.
—, "Byzantine Art in the Period between Justinian and Iconoclasm", en *Berichte zum XI. Internat. Byz-Kongress, IV* 1. Munich, 1958.

2. LA CRISIS DE LA ICONOCLASTIA

Obras de conjunto

ANASTOS, M., "The Ethical Theory of Images formulated by the Iconoclasts in 754 and 815", en *Dumbarton Oaks Papers* 8 (1954(, páginas 151-160.
AHRWEILER, H., *Byzance et la Mer. La Marine de guerre, la politique et les institutions maritimes de Byzance aux VII-XV siècles.* París, 1966.
BRÉHIER, L., *La Quérelle des Images (VIII-IXe siècles).* París, 1904.
BURY, J. B., *History of the Eastern Roman Empire from the Fall of Irene to the Accession of Basil I. (802-867).* Londres, 1912.
CANARD, M., "Les Expéditions des Arabes contre Constantinople dans l'histoire et dans la légende", en *Journal Asiatique CCVIII* (1926), pp. 61-121.
GRABAR, A., *L'iconoclasme byzantin. Le dossier archéologique.* París,1957.
GRUNEBAUM, G. v., *Byzantine Iconoclasm and the Influence of the Islamic Environment.* History of Religions 2, 1962, pp. 1-10.
KAEGI, W., "The Byzantine armies and Iconoclasm", en *Byzantinoslavica 27* (1966), pp. 48-70.
LADNER, G. B., "Origin and Significance of the Byzantine Iconoclastic Controversy", en *Medieval Studies II* (1940), pp. 127-149.
—, "The Concept of the Image in the Greek Fathers and the Byzantine Iconoclast Controversy", *Dumbarton Oaks Papers 7* (1953), pp. 1-34.
LEMERLE, P., *Le premier humanisme byzantin.* París, 1971.
MARTIN, E. J., *History of the Iconoclastic Controversy.* Londres, 1930.
OSTROGORSKY, G., *Studien zur Geschichte des byzantinischen Bilderstreites.* Breslau, 1929.

El primer período iconoclasta:717-775

ASHBURNER, W., "The Farmers' Law", en *Journal of Hellenic Studies XXX* (1910), pp. 85-108, e *ibid. XXXII* (1912), pp. 68-95.

Baynes, N. H., "The Icons before Iconoclasm", en *Byzantine Studies and Other Essays*. Londres, 1955, pp. 226-239.
der Nersessian, S., "Image Worship in Armenia and its Opponents", en *Armenian Quarterly I* (1946), pp. 67-81.
Diehl, C., "Le Sénat et le Peuple byzantin aux VIIe et VIIIe siècles", en *Byzantion* I (1924), pp. 201-213.
Gouillard, J., "Aux origines de l'iconoclasme: le témoignage de Grégoire II", en *Travaux et Mémoires 3* (1968), pp. 243-307.
Grierson, P., "Monetary Reforms of Abd al-Malik", en *Journal of Economic and Social History of the Orient III* (1960), pp. 241-263.
Grumel, V., "L'annexation de l'Illyricum oriental et de la Sicile et de la Calabre au Patriarchat de Constantinople", en *Recherches de sciences religieuses XL* (1952), pp. 191-200.
Guilland, R., "L'expédition de Maslama contre Constantinople (717-718)", en *Études Byzantines*. París, 1959, pp. 109-133.
Lombard, A., *Constantin V., empereur des Romains* (740-775). París, 1902.
Masai, F., "La politique des empereurs Isauriens et la naissance d'Europe", en *Byzantion 33* (1963), pp. 191-221.
Ostrogorsky, G., "Les débuts de la quérelle des images", en *Mélanges C. Diehl I*. París, 1930, pp. 235-255.
—, "Über die vermeintliche Reformtätigkeit der Isaurier", en *Byz Zeitschr. 30* (1929-1930), pp. 394-400.

Consecuencias de la reanudación del culto a las imágenes:775-802

Diehl, C., "Irène", en *Figures Byzantines*. París, 1906-08, pp. 77-110.
—, "Une bourgeoise de Byzance au 8e siècle", en *ibid*, pp. 111-132.
Dölger, F., "Europas Gestaltung im Spiegel der fränkisch-byzantinischen Auseinandersetzung des 9. Jahrhunderts", en *Byzanz und die Europäische Staatenwelt*. Ettal, 1953, pp. 282-369.
Dvornik, F., "La lutte entre Byzance et Rome à propos de l'Illyricum au IXe siècle", en *Mélanges C. Diehl I*. París, 1930, pp. 61-80.
Maslev, S., "Die staatsrechtliche Stellung der byzantinischen Kaiserinnen", en *Byzantinoslavica 27* (1966), pp. 308-343.
Ohnsorge, W., *Das Zweikaiserproblem im früheren Mittelalter*. Hildesheim 1947.
—, "Das Kaisertum der Eirene und die Kaiserkrönung Karls des Grossen", en *Saeculum 14* (1963), pp. 221-247.

Consecuencias de la supremacía búlgara en los Balcanes: 802-813

Alexander, P. J., *The Patriarch Nicephorus of Constantinople. Ecclesiastical Policy and Image Worship in the Byzantine Empire*. Oxford, 1958.
Bratianu, G., "La politique fiscale de Nicéphore Ier (802-811) ou Ubu roi à Byzance", en *Études byzantines d'histoire économique et sociale*. París, 1938, pp. 183-216.
Dujcev, I., "La Chronique byzantine de l'an 811", en *Travaux et Mémoires 1* (1965), pp. 205-254.

El segundo período iconoclasta: 813-842

Alexander, P. J., "The Iconoclastic Council of St. Sophia (815) and its Definition (Horos)", en *Dumbarton Oaks Papers 7* (1953), pp 35-66.
Dvornik, F., *La Vie de S. Grégoire le Décapolite et les slaves macédoniens au IXe siècle*. París, 1926.
Falkenhausen, V. v., *Untersuchungen über die byzantinische Herrschaft in Süd-italien vom 9. bis ins 11. Jh.* Wiesbaden, 1967.
Gouillard, J., "Le Synodikon d'Orthodoxie: édition et commentaire", en *Travaux et Mémoires 2* (1967), pp. 1-316.
Grégoire, H., "Un nouveau fragment du «Scriptor incertus de Leone Armenio»", en *Byzantion XI* (1936), pp. 417-427.

LEMERLE, P., "Thomas le Slav", *Travaux et Mémoires 1* (1965), pp. 255-297.
LEROY, I., *Studitisches Mönchstum. Spiritualität und Lebensform.* Graz-Viena-Colonia, 1969.
VASILIEV, A. A., *Byzance et les Arabes.* I., *La dynastie d'Amorion.* Bruselas, 1935.

3. BIZANCIO Y LOS ESLAVOS

Obras de conjunto

ANGELOV, D., *Podbrani izvori za istorijata na Vizantija.* Sofía, 1963.
DUJČEV, I., *Medioevo Bizantino-slavico.* 2 vols. Roma, 1965-1968 (=Storia e letteratura 102, 103).
—, *Les slaves et Byzance. Études historiques à l'occasion du XIe Congrès des sciences historiques.* Sofia, 1960.
DVORNIK, F., *The Slavs in European History and Civilization.* New Brunswick, 1962.
—, *Les Slaves. Histoire et civilisation de l'Antiquité aux débuts de l'époque contemporaine.* París, 1970.
FERJANČIĆ, B., "Bizantski izvori o Slovenima", en *Enciklopedija Jugoslavije I.* Zagreb, 1955, pp. 599-602.
KAŠANIN, M., "Bizantska umjetnots i Južni Sloveni", en *Enciklopedija Jugoslavije I.* Zagreb, 1955, pp. 602-603.
LEVČENKO, M. V. (comp.), *Vizantijskij sbornik.* Moscú-Leningrado, 1945.
OSTROGORSKY, G., "Politički odnosi", en *Enciklopedija Jugoslavije I.* Zagreb, 1955, pp. 591-599.
SOLOVIEV, A. V., "L'influence du droit byzantin dans les pays orthodoxes", en *X Congreso Internazionale di Scienze Storiche. Relazioni VI.* Florencia, 1955.
SNEGAROV, I., *Kratka istorija na săvremennite pravoslavni cărkvi (Bălgarska, ruska i srăbska).* Sofía, 1946.
STADTMÜLLER, G., *Geschichte Südosteuropas.* Munich, 1950.
STÖKL, G., *Geschichte der Slavenmission. Die Kirche in ihrer Geschichte.* Vol. 2, Göttingen, 1961.
UDAL'COVA, Z. V., *Sovetskoe vizantinovedenie za 50 let.* Moscú, 1969.

Asentamiento eslavo

BRAUN, M., *Die Slawen auf dem Balkan.* Leipzig (s. d.).
BULÍN, H., "A propos des formations politiques des Slaves à la périphérie méridionale du bassin du Moyen Danube au cours du IXe siècle", en *Byzantino-slavica 29* (1968), pp. 360-378.
DERŽAVIN, N. S., *Slavjane v drevnosti.* Moscú, 1946.
DVORNIK, FR., *Les Slaves, Byzance et Rome au IXe siècle.* París, 1926.
FALLMERAYER, J. PH., *Geschichte der Halbinsel Morea.* 2 vols. Stuttgart, 1830-1836.
—, *Fragmente aus dem Orient.* Stuttgart, 1845.
FERJANČIĆ, B., *Vizantiia i južni Sloveni.* Belgrado, 1966.
KAŽDAN, A. P. u. G. G. LITAVRIN, *Očerki istorii Vizantii i južnych Slavjan.* Moscú, 1958.
LEMERLE, P., "Immigrations et migrations dans les Balkans", en *Revue historique 211* (1954), pp. 265-308.
LIPŠIC, E., *Byzanz und die Slaven. Beiträge zur byzantinischen Geschichte des 6.-9. Jahrhunderts.* Weimar, 1951.
NIEDERLE, L., *Manuel de l'antiquité slave.* París, 1923.
STANOJEVIĆ, ST., *Vizantiia i Srbi.* 2 vols. Novi Sad, 1903-1906.
TRET'JAKOV, P. N., *Vostočnoslavjanskie plemena.* 2.ª ed. Moscú, 1953.
VASMER, M., *Die Slaven und Griechenland.* Berlín, 1941.

El reino de Gran Moravia

GRIVEC, FR. *Konstantin und Method. Lehrer der Slaven.* Wiesbaden, 1960.

ONASCH, K., "Der Cyrillo-methodianische Gedanke in der Kirchengeschichte des Mittelalters", en *Wiss. Ztschr. der Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg 6* (1956), pp. 27-40.
PAULOVÁ, M., "L'Empire byzantin et les Tchèques avant la chute de Constantinople", en *Byzantinoslavica 14* (1953), pp. 158-225.
—, "Die tschechisch-byzantinischen Beziehungen und ihr Einfluss", en *Byzantinoslavica 19* (1958), pp. 195-205.
SALAČ, A. (comp.), *Konstantin - Kyrill aus Thessalonike*. Würzburg, 1969.
—, "Prag u. Konstantinopel im Jahre 1452 (Verhandlungen über eine Kirchenunion)", en *Aus der byzantinist. Arbeit d. Tschechoslowakischen Republik*, comp. por Von Joh. Irmscher y A. Salač. Berlín, 1957.
SYDORUK, J. P., *Ideology or Cyrillo-Methodians and its Origin*. Winnipeg, 1954 (=Slavistica 19).

Bulgaria

ANGELOV, D., B. PRIMA, G. *Bata*KLIEV, *Bogomilstovoto y Bălgarija, Vizantija i zapadna Evropa v izvori*. Sofía, 1967.
ANGELOV, D., *Bogomilstvoto v Bălgarija*. Sofía, 1961.
DERŽAVIN, N. S., *Istorija Bolgarii*. V. 2: *Bolgarija v vremeni pervogo i vtorogo carstv (679-1393)*. Moscú-Leningrado, 1946.
ELDAROV, G., "Der hl. Kliment von Ochrida in gesamteuropäischer Sicht", en *Bulg. Jahrbücher*. Vol 1 (1968), pp. 13-26.
FILOV, B., *Geschichte der altbulgarischen Kunst bis zur Eroberung des bulgarischen Reiches durch die Türken*. Berlín, 1932.
GJUZELEV, V., *Knaz Boris părvi. Bălgarija prez vtorata polovina na IX vek*. Sofía, 1969.
JIREČEK, C. J., *Geschichte der Bulgaren*. Praga, 1876.
KALUŽMACKI, E., *Werke des Patriarchen von Bulgarien Euthymias*. Viena, 1901.
KLIMENT OHRIDSKI, *Săbrani săčinenija*. Vol. I, comp. por B. St. Angelov, K. M. Kuev, Chr. Kodov. Sofía, 1970.
KOSEV, G., CH., CHRISTOV, D. ANGELOV, *Kratka istorija na Bălgarija*. Sofía, 1966.
KUEV, K. M., *Cernorizec Chrabăr*. Sofía, 1967.
LITAVRIN, G. G., *Bolgarija i Vizantija v XI-XII vv*. Moscú, 1960.
MUSTAFČIEV, P., *Istorija na bălgarskija narod*. 2 vols. Sofía, 1943.
—, "Der Byzantinismus im mittelalterlichen Bulgarien", en *Byz. Zeitschr. 30* (1929-30), pp. 387-394.
PASTUCHOV, I., *Bălgarska istorija*. 2 vols. Sofía, 1943.
RUNCIMAN, S., *History of the First Bulgarian Empire*. Londres, 1930.
SCHMAUS, A., "Der Neumanichäismus auf dem Balkan", en *Saeculum 2* (1951).
SCHWEINFURTH, PH., *Die Fresken von Bojana*. Mainz, 1966.
STATKOV, D., "Zeit der Entzweiung. Die altbulgarische Literatur", en *Bulg. Jahrbücher 1* (1968), pp. 27-67.
STOIKOV, G., *Die Kirche von Bojana*. Sofía, 1954.
ZLATARSKI, V. N., *Geschichte des Bulgarenstaates im Mittelalter*. Sofía, 1934.
—, *Istorija na Bălgarskata dăržava prez srednite vekove*. 3 vols. Sofía, 1918-40.

Servia

BRAUN, M. (comp.), *Lebensbeschreibung des Despoten Stefan Lazarević von Konstantin dem Philosophen*. Wiesbaden, 1956.
CLISSOLD, ST., *A Short History of Yugoslavia from Early Times to 1966*. Cambridge, 1968.
HAFFNER, ST. (comp.), *Serbisches Mittelalter. Altserbische Herrscherbiographien*. Vol. I, Graz-Viena-Colonia, 1962.
HODINOTT, F. R., *Early Byzantine Churches in Macedonia and Southern Serbia*. Londres, 1963.

JIRIČEK, C., *Geschichte der Serben*. Gotha, 1911.
RADOJČIĆ, S., *Geschichte der serbischen Kunst. Von den Anfängen bis zum Ende des Mittelalters*. Berlín, 1969.
SCHMAUS, A., "Zur Frage der Kulturorientierung der Serben im Mittelalter", en *Südostforschungen*. Vol. 15 (1956), pp. 179-201.
SLIJEPČEVIĆ, D., *Istorija srbske pravoslavne crkve*. Vol. 1. Munich. 1962.
SOLOVIEV, A. V., "Grečeskie archonty v serbskom carstve XIV veka", en *Byzantinoslavica 9* (1930), pp. 275-287.
—, *Zakonodavstvo Stefana Dušana cara Srba i Grka*. Belgrado, 1928.

Base bizantina de la cultura rusa

ALPATOV, M. y N. BRUNOV, *Geschichte der altrussischen Kunst*. Augsburgo, 1932.
AMMANN, A. M., *Ostslawische Kirchengeschichte*. Viena, 1950.
BARSOV, E. V., *Drevne-russkie pamjatniki svjaščennogo venčanija carej na carstvo*. Moscú, 1883 (reimpresión, 1969).
BARSOV, T., *Konstantinopel'skij patriarch i ego vlast' nad russkoju cerkoviju*. 1878.
DAVIDS, A. J. M. "Nil Sorskij und der Hesychasmus in Russland", en *Jhb. d. österr. Byzantinistik 18* (1969).
D'JAKONOV, M., *Vlast' Moskovskich gosudarej. Očerki iz istorii političeskich idej drevnej Rusi do konca XVI veka*. 1889 (reimpresión, 1966).
DÖPMANN, H.-D., *Der Einfluss der Kirche auf die moskowitische Staatsidee. Staats- u. Gesellschaftslehre bei Josif Volockij, Nil Sorskij und Vassian Patrikeev*. Berlín, 1967.
EREMIN, J. P., *Literatura drevnej Rusi (Etjudy i charakteristiki)*. Moscú, 1966.
FLOROVSKIJ, A., "K izučeniju istorii russko-vizantijskich otnošenij", en *Byzantinoslavica 13* (1952-53), pp. 30-311.
GÖTZ, L. K., *Das Kiever Höhlenkloster als Kulturzentrum des vormongolischen Russlands*. Passau, 1904.
GREKOV, B. D. y M. L., ARTAMONOV, *Geschichte der Kultur des alten Rus'*. 2 vols. Berlín, 1959.
GREY, J., *Ivan III. and the Unification of Russia*. Nueva York, 1967.
LETTENBAUER, W., *Moskau, das Dritte Rom. Zur Geschichte einer politischen Idee*. Munich, 1961.
LEVČENKO, M. V., *Očerki po istorii russko-vizantijskich otnošenij*. Moscú, 1956.
LILIENFELD, F. VON, *Nil Sorskij und seine Schriften. Die Krise der Tradition im Russland Ivans III*. Berlín, 1963.
MOŠIN, V., "Russkie na Afone i russko-vizantijskie otnošenija v XI-XII vv", en *Byzantinoslavica 9* (1947-48), pp. 55-85.
—, "Russkie na Afone i russko-vizantijskie otnošenija", en *Byzantinoslavica 11* (1950), pp. 32-60.
OBOLENSKY, D., "Russia's Byzantine Heritage", *Oxford Slavonic Papers 1* (1950), pp. 37-63.
ONASCH, K., *Grundzüge der russischen Kirchengeschichte*. Göttingen, 1967.
PHILIPP, W., *Ansätze zum geschichtlichen und politischen Denken im Kiever Russland*. Breslau, 1940 (reimpresión: Darmstadt, 1967).
RÖHLING, H., "Die Bedeutung des Athos in der russischen Kirchengeschichte", en *Hellenica 1970*, I-II, pp. 36-52.
SAVVA, C., *Moskovskie cari i vizantijskie vasilevsy. K voprosu o vlijanii Vizantii na obrazovanie idei carskoj vlasti Moskovskich gosudarej*. Char'koy, 1901 (reimpresión: Slavistic Printings and Reprintings 127, 1969).
SCHAEDER, H., *Moskau, das Dritte Rom. Studien zur Geschichte der politischen Theorien in der slawischen Welt*. Bad Homburg, 1963.
SCHULTZE, B., *Maksim Grek als Theologe*. Roma, 1963 (=Orientalia Christiana Analecta 116).
ŠEVČENKO, I., "A Byzantine Source of Muscovite Ideology", en *Harvard Slavic Studies II* (1954).

SOLOVIEV, A., *Le nom byzantin de la Russie*. S'Gravenhage, 1957
STREMOUKHOFF, D., "Moscow the Third Rome. Sources of a Doctrine", en *Speculum 28* (1953), pp. 84-101.
STUPPERICH, R., "Kiev - das zweite Jerusalem", en *Zeitschr. für slavische Philologie 12* (1935), pp. 332-354.
SZEFTEL, M., "Joseph Volotzky's Political Ideas in a New Historical Perspective", en *Jahrbücher f. Gesch. Osteuropas*, N. F. 13 (1965), pp. 19-29.
TICHOMIROV, M. N., *Istoričeskie svjazi Rossii so slavjanskimi stranami i Vizantiej*. Moscú, 1969.
VAL'DENBERG, V., *Drevnerusskie učenija o predelach carskoj vlasti*. Petrogrado, 1916 (reimpresión, 1966).
VERNADSKY, G. V., "Die kirchlich-politische Lehre der Epanagoge und ihr Einfluss auf das russische Leben in XVII. Jahrhundert", en *Byzantinisch-Neugriechische Jahrbücher 6* (1928), pp. 119-142.
ZUŽEK, I., *Kormčaja kniga. Studies on the Chief Code of Russian Canon Law*. Roma, 1964 (=Orientalia Christiana Analecta 168).
ZYZYKIN, M., *Patriarch Nikon, ego gosudarstvennyja i kanoničeskija idei*. Warschau, 1934.

DUJČEV, I., "Centry vizantijsko-slavjanskogo obščenija i sotrudničestva", en *Trudy Otdela drevnerusskoj literatury 19* (1963), pp. 107-129.
PROCHOROV, G. M., "Isichazm i obščestvennaja mysl' v Vostočnoj Evrope v XIV v", en *Trudy Otdela drevnerusskoj literatury 23* (1968),pp. 86-108.

4. EL RENACIMIENTO MACEDONICO

Los comienzos del Imperio bizantino medio

ADONTZ, N., "L'âge et l'origine de l'empereur Basile I", en *Byzantion 8* (1933), pp. 475-550 y *B. 9* (1934), pp. 223-260.
AHRWEILER, H., "Sur la carrière de Photius avant son patriarcat", en *Byz. Zeitschr. 58* (1965), pp. 348-363.
DVORNIK, F., "Patriarch Photius, Scholar and Statesman", en *Classical Folia 13* (1959), pp. 3-18 y *14* (1960), pp. 3-22.
—, "The Patriarch Phoitus and Iconoclasm", en *Dumbarton Oaks Papers 7* (1953), pp. 67-97.
—, *The Photian Schism. History and Legend*. Cambridge, 1948.
FERLUGA, J., *Vizantiska uprava un Dalmaciji*. Belgrado, 1958.
GRÉGOIRE, H., "Etudes sur le neuvième siècle", *Byzantion* 8 (1933), pp. 515-550.
HERGENRÖTHER, I., *Photius, Patriarch von Konstantinopel*. 3 vols., Regensburg, 1864-69 (reimpresión, Darmstadt, 1966).
JUGIE, M., "Photius et la primauté de saint Pierre et du pape", en *Bessarione 23* (1919), pp. 121-130; *24* (1920), pp. 16-76.
LAURENT, J., *L'Arménie entre Byzance et l'Islam depuis la conquête arabe jusqu'en 886*. París, 1919.
LIPŠIC, E. E., *Očerki istorii vizantijskogo obščestva i kultury, VIII-pervaja polovina IX veka*. Moscú-Leningrado, 1961.
LOOS, M., "Deux contributions à l'histoire des Pauliciens", en *Byzantinoslavica 17* (1956), pp. 19-57.
RADOJIČIĆ, G. S., "La date de la conversion des Serbes", en *Byzantion 22* (1952), pp. 253-256.
SCHARF, J., "Photios und die Epanagoge", en *Byzantion 49* (1956), pp. 384-400.
SCHEIDWEILER, F., "Paulikianerprobleme", en *Byz. Zeitschr. 43* (1950), pp. 10-39 y pp. 366-384.
VASILIEV, A., *The Russian Attack on Constantinople*. Cambridge (Mass.), 1946.
VOGT, A., *Basile I, empereur de Byzance, et la civilisation byzantine à la fin du IXe siècle*. París, 1908.
WEITZMANN, K., *Die byzantinische Buchmalerei des 9. und. 10. Jahrhunderts*. Berlín, 1935.

Los emperadores macedónicos. Consolidación interna y apogeo cultural

BRAND, CW. M., "Two Byzantine Treatises on Taxation", en *Traditio 25* (1969), pp. 35-60.
CANARD, M., *Les relations politiques de Byzance et des Arabes à l'époque de la dynastie macédonienne de 867 à 959*. Bruselas, 1969 (=A. Vasiliev, Byzance et les Arabes II, 1).
GRANIĆ, B., "Das Klosterwesen in der Novellengesetzgebung Kaiser Leons des Weisen", en *Byz. Ztschr. 31* (1931), pp. 61-69.
IMPELLIZZERI, S., "L'umanèsimo bizantino del IX secolo et la genesi della 'Biblioteca' di Fozio", en *Studi storici in onore di Gabriele Pepe*. Bari, 1969, pp. 1-56.
JENKINS, R. J. H., "The peace with Bulgaria (927) celebrated by Theodore Daphnopates", en *Polychronion. Festschrift F. Dölger*. Heidelberg, 1966, pp. 287-303.
KARLIN-HAYTER, P., "Arethas Choirosphactes and the Saracen Vizir", en *Byzantion 35* (1965), pp. 455-481.
—, "Le synode à Constantinople de 886 à 912 et le rôle de Nicolas de Mystique dans l'affaire de la tétragamie", en *Jahrb. der Österreich. Byzant. Gesellschaft 19* (1970), pp. 59-101.
—, "The Homily on the Peace with Bulgaria of 927 and the 'Coronation' of 913", en *Jahrb. der Österreich. Byzant. Gesellschaft 17* (1968), pp. 29-39.
—, "When military affairs were in Leo's hands. A note on byzantine foreign policy (886-912)", en *Traditio 23* (1967), pp. 15-40.
OIKONOMIDES, N. A., "Constantin VII Porphyrogénète et les thèmes de Céphalonie et de Langobardie", en *Revue des études byzantines XXIII* (1965), pp. 118-123.
RUNCIMAN, S., *The emperor Romanos Lecapenus and his reign. A study of Xth-century Byzantium*. Londres, 1964.
SEVČENKO, I., "Poems on the deaths of Leo VI and Constantine VII in the Madrid manuscript of Scylitzes", en *Dumbarton Oaks Papers* 23-24 (1969-1970), pp. 185-228.
VASILIEV, A., "The life of Peter of Argos and its historical significance", en *Traditio 5* (1947), pp. 163-190.
VOJNOV, M., "Promjana v bulgaro-vizantijskite otnošenija pri car Simeon", en *Izvestija Instituta Istorii 18* (1967), pp. 147-202.
WEITZMANN, K.,*Geistige Grundlagen und Wesen der Makedonischen Renaissance*. Colonia, 1963.
—, *The Joshua Roll. A work of the Macedonian renaissance. Studies in Manuscript Illumination 3*. Princeton N. J. 1948.

El Imperio bizantino medio en la época de máximo poderío exterior

ADONTZ, N., "Samuel l'Arménien, roi des Bulgares", en *Mémoires de l'Académie Royale de Belgique, Classe des Lettres 38* (1938), pp. 1-63.
ANTOLJAK, S., *Samuilovata država*. Skopje, 1969.
BANESCU, N., *Les Duchés byzantins de Paristrion (Paradounavon) et de Bulgarie*. Bucarest, 1946.
BLAGOEVA, B., "Za proizchoda na zar Samuil", en *Istoričeski pregled XXII* (1966), pp. 79-96.
CANARD, M., "La destruction de l'église de la Résurrection par le calife Hākim et l'histoire de la descente du feu sacré", en *Byzantion XXXV* (1965), pp. 16-43.
—, "La date des expéditions mésopotamiennes de Jean Tzimiscès", en *Mélanges H. Grégoire II*. Bruselas, 1950, pp. 99-108.
DÖLGER, F., "Die Chronologie des grossen Feldzuges des Kaisers Johannes Tzimiskes gegen die Russen", en *Byz. Zeitschr. 32* (1932), pp. 275-292.
—, "Wer war Theophano?", en *Historisches Jahrb. 62-9* (1949), pp. 646-658.
HIESTAND, R., *Byzanz und das regnum italicum im 10. Jahrhundert*. Zürich, 1964.

HOFFMANN, H., "Die Anfänge der Normannen in Süditalien", en *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken 49* (1969), pp. 95-144.
—, *Le Millénaire du Mont-Athos 963-1963. Études et Mélanges I, II.* Chevetogne-Venecia, 1963-1964.
LEROY-MOLINGHEN, A., "Les «Cométopoules et l'État de Samuel»", en *Byzantion 39* (1969), pp. 497-500.
LÓPEZ, R. S., "La crise du bésant au Xe siècle et la date du livre du Préfet", en *Mélanges H. Grégoire Bd. II*, Bruselas, 1950, pp. 403-418.
MILES, G. C., "Byzantium and the Arabs: Relations in Crete and the Aegean Area", en *Dumbarton Oaks Papers 18* (1964), pp. 1-32.
OHNSORGE, W., "Die Legation des Kaisers Basileios II. an Heinrich II", en *Histor. Jahrb. der Görresgesellschaft 73* (1954), pp. 61-73.
—, "Otto I. und Byzanz", en *Mitteilungen des Instituts für Osterreichische Geschichtsforschung* (1962), pp. 107-121.
SCHLUMBERGER, G., *L'épopée byzantine à la fin du Xe siècle.* Vols. II, III. París, 1900-1905 (reimpresión, 1925).
—, *L'épopée byzantine à la fin du Xe siècle.* Vol. I. 1896.
—, *Un empereur byzantin au Xe siècle: Nicéphore Phocas.* París, 1890 (reimpresión, 1923).
SCHRAMM, P. E., "Kaiser, Basileus und Papst im Zeitalter der Ottonen", en *Historische Zeitschr. 129* (1924), pp. 424-475.
TAPKOVA-ZAIMOVA, V., "Autour de la pénétration de Samuel dans les régions de la Grèce proprement dite", en *Byzantinobulgarica II* (1966), pp. 237-241.
TIVČEV, P., "Nouvelles donneés sur les guerres des Bulgares contre Byzance au temps du tsar Samuel", en *Byzantinobulgarica 3* (1969), pp. 37-48.
VOULGARAKIS, U., "Nikon Metanoeite und die Rechristianisierung der Kreter vom Islam", en *Zeitschr. für Missionswissenschaft und Religionswissenschaft 47* (1963), pp. 192-204 y pp. 258-269.

5. LA EPOCA DE LOS COMNENO

Desde los emperadores macedónicos hasta los Comneno

ANTONIADIS-BIBICOU, H., "Démographie, salaires et prix à Byzance au XIe siècle", en *Annales 27* (1972), pp. 215-246.
BRATIANU, G. I., "Une expérience d'économie dirigée: le monopole de blé à Byzance au XIe siècle", en *Byzantion 9* (1934), pp. 643-662.
BURY, J. B., "Roman Emperors from Basil II to Isaac Komnenos", en *English Historical Review 4* (1889), pp. 41-64 y 251-285.
CAHEN, C., "La campagne de Mantzikert d'après les sources musulmanes", en *Byzantion 9* (1934), pp. 613-642.
—, "La première pénétration turque en Asie Mineure", en *Byzantion 18* (1948), pp. 5-67.
CANARD, M., "La campagne arménienne du sultan salguqide Alp Arslan et la prise d'Ani en 1064", en *Revue des études arméniennes*, N. S. 2 (1965), pp. 239-259.
DENZLER, G., "Das sog. morgenländische Schisma im Jahre 1054", en *Münchener Theologische Zeitschrift 17* (1966), pp. 24-46.
FUCHS, F., *Die höheren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter.* Leipzig-Berlín, 1926.
KAEGI JR., W. E., "The contribution of archery to the Turkish conquest of Anatolia", en *Speculum 39* (1946), pp. 96-108.
MICHEL, A., *Humbert und Kerullarios.* Paderborn, 1925-1930.
NEUMANN, C., *Die Weltstellung des byzantinischen Reiches vor den Kreuzzügen.* Leipzig, 1894.
OIKONOMIDES, N., "Le serment de l'impératrice Eudocie (1067). Une épisode de l'histoire dynastique de Byzance", en *Revue des études byzantines 21* (1963), pp. 101-128.
POLEMIS, D. I., "Notes on eleventh-century chronology (1059-1081)", en *Byz. Zeitschr. 58* (1965), pp. 60-76.

RUNCIMAN, S., *The Eastern Schism. A Study of the Papacy and the Eastern Churches during the XIth and XIIth Centuries.* Oxford, 1955.
STANESCU, E., "La crise du Bas-Danube byzantin au cours de la seconde moitié du XIe siècle", en *Zbornik radova Vizantološkog instituta Beograd 9* (1966), pp. 49-73.
—, "Les réformes d'Isaac Comnène", en *Ét. Sud-Est-Europ. 4* (1966), pp. 35-69.
SVORONOS, N., "Société et organisation intérieure dans l'empire byzantin au XIe siècle: les principaux problèmes", en *XIIIth Intern. Congress of Byzantine Studies. Main Papers XII.* Oxford, 1966.
VRYONIS, S., "Byzantium: The Social Basis of Decline in the Eleventh Century", en *Greek, Roman and Byzantine Studies 2* (1959), pp. 157-175.
WERNER, E., "Akritai und Ghâzi", en *Studia Byzantina. Beiträge aus der byzant. Forschung der Deutschen Demokratischen Republik.* Halle-Wittenberg, 1966, pp. 22-47.
WITTEK, R., "Deux chapitres de l'histoire des Turcs de Roum", en *Byzantion 11* (1936), pp. 285-319.

Los éxitos del Imperio de los Comneno

BROWNING, R., "The death of John II Comnenus", en *Byzantion 31* (1961), pp. 229-235.
BUCKLER, G., *Anna Comnena.* Londres, 1929.
CHALANDON, F., *Essai sur le règne d'Alexis Ier Comnène.* París, 1900.
FERLUGA, I., "La ligesse dans l'Empire byzantin", en *Zbornik radova Vizantološkog instituta Beograd 7* (1961), pp. 97-123.
GANSHOF, F.-L., "Robert le Frison et Alexis Comnène", en *Byzantion 31* (1961), pp. 57-74.
GAUTIER, P., "Jean V l'Oxite, patriarche d'Antioche. Notice biographique", en *Revue des études byzantines 22* (1964), pp. 128-157.
GRUMEL, V., "L'affaire de Léon de Chalcédoine. Le chrysobulle d'Alexis Ier sur les objets sacrés", en *Revue des études byzantines 2* (1944), pp. 126-133.
HERGES, A., "Le monastère du Pantocrator", en *Échos d'Orient 2* (1898-1899), pp. 70-88.
HOLTZMANN, W., "Die Unionsverhandlungen zwischen Kaiser Alexios I. und Papst Urban II. im Jahre 1089", en *Byz. Zeitschr. 28* (1928), pp. 38-67.
JOANNOU, R., *Christliche Metaphysik in Byzanz I. Die Illuminationslehre des Michael Psellos und Joannes Italos.* Ettal, 1956.
KURTZ, I., "Unedierte Texte aus der Zeit des Kaisers Johannes Komnenos", en *Byz. Ztschr. 16* (1907), pp. 69-119.
LAMMA, P., "La spedizione di Giovanni Comneno in Cilicia ed in Siria in un panegirico inedito di Michele Italico", en *Memorie dell'Accademia delle scienze di Bologna. Classe di science morali. ser. V, vol. IV* (1952), pp. 1-28.
—, "Manuele Comneno nel panegirico di Michele Italico (Codice 2412 della Biblioteca Universitaria di Bologna)", en *Atti dell' VIII congresso di Studi Bizantini a Palermo,* vol. I. Roma, 1952, pp. 397-408.
LEIB, B., *Rome, Kiev et Byzance à la fin du XIe siècle.* París, 1924.
LITAVRIN, G., "A propos de Tmutorakan", en *Byzantion 35* (1965), pp. 221-234.
VASILJEVSKIJ, D., "Vizantija i Pečenegi", *Trudy I* (1908), pp. 1-175.
XANALATOS, D., *Beiträge zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte Makedoniens im Mittelalter. Diss. phil.* Munich, 1937.
YEWDALE, R. B., *Bohemond I. prince of Antioch.* Princeton, 1925.

El Imperio de los Comneno, en la cumbre de su poder

BROWNING, R., "A new source on byzantine-hungarian relations in the twelfth century", en *Balkan Studies 2* (1961), pp. 173-214.

—, "The Patriarchal School at Constantinople in the twelfth century", en *Byzantion 32* (1962), pp. 167-202 y *33* (1963), pp. 11-40.
CHALANDON, F., *Histoire de la domination normande en Italie et en Sicilie H.* París, 1907.
—, *Les Comnènes II.* París, 1912.
FRANCES, E., "La disparition des corporations byzantines", en *Actes du XIIe congrès intern. d'ét. byzant.* 1961, II. Belgrado, 1964, pp. 93-101.
HEILIG, K. J., *Ostrom und das deutsche Reich um die Mitte des 12. Jahrhunderts. Kaisertum und Herzogsgewalt im Zeitalter Friedrichs I.* Leipzig, 1944, pp. 1-271 (=Schriften der Monum. Germ. histor. 9).
HEYNEN, R., *Zur Entstehung des Kapitalismus in Venedig.* Stuttgart, 1905.
HOHLWEG, A., *Beiträge zur Verwaltungsgeschichte des oströmischen Reiches unter den Komnenen.* Munich, 1965 (=Miscellanea Byzantina Monacensia 1).
—, "Zur Frage der Pronoia in Byzanz", en *Byz. Zeitschr. 60* (1967), pp. 288-308.
HUNGER, H., "Die byzantinische Literatur der Komnenenzeit. Versuch einer Neubewertung", en *Anz. d. Österr. Akad. d. Wiss. Phil.-hist. Kl. 105* (1968), pp. 59-76.
LAMMA, P., *Comneni e Staufer. Ricerche sui rapporti fra Bisanzio e l'Occidente nel secolo XII.* 2 vols. Roma, 1955-1957.
LEMERLE, R., "Recherches sur le régime agraire à Byzance. La terre militaire à l'époque des Comnènes", en *Cahiers de civilisation médiévale N.º 7* (1959), pp. 265-283.
OECONOMOS, L., *La vie religieuse dans l'empire byzantin au temps des Comnènes et des Anges.* París, 1918.
OHNSORGE, W., "Ein Beitrag zur Geschichte Manuels I. von Byzanz", en *Festschrift Albert Brackmann.* Weimar, 1931, pp. 371-393.
—, "Die Byzanzpolitk Friedrich Barbarossas und der 'Landesverrat' Heinrichs des Löven", en *Deutsches Archiv für Geschichte des Mittelalters,* Heft 1. 1943, pp. 118-149.
SVORONOS, N., "Les privilèges de l'église à l'époque des Comnènes: un rescrit inédit de Manuel Ier Comnène", en *Travaux et Mémoires 1* (1965), pp. 325-391.
—, "L'épibolè à l'époque des Comnènes", en *Travaux et Mémoires 3* (1968), pp. 375-395.
TALBOT RICE, D., *The twelfth century renaissance in Byzantine art.* Hull, 1965.
—, *Byzantine Painting and Developments in the West before A. D. 1200.* Londres, 1965.
TIFTIXOGLU, V., "Gruppenbildungen innerhalb des konstantinopolitanischen Klerus während der Komnenenzeit", en *Byz. Zeitschr. 62* (1969), pp. 25-72.
WIDERA, B., "Byzanz und die Beziehungen zwischen Grossfürsten der Rus', Staufern und den Päpsten 1157-1207", en *Studia Byzantina. Wissenschaftliche Beiträge der Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg.* Halle, 1966, pp. 13-26.

De Mariocéfalo a la cuarta Cruzada (1176-1204)

BRAND, CH. M., "A Byzantine plan for Fourth Crusade", en *Speculum 43* (1968), pp. 462-475.
—, "Byzantium confronts the west (1180-1204). Cambridge (Mass.), 1968.
—, "The Byzantines and Saladin, 1185-1192: Opponents of the Third Crusade", en *Speculum 37* (1962), pp. 167-181.
COGNASSO, F., "Partiti politici e lotte dinastiche a Bisanzio alla morte di Manuele Comnèno", en *Memorie della Reale Accademia delle Scienze di Torino.* Serie seconda, t. LXII. Turín, 1912, pp. 213-317.
—, "Un imperatore Bizantino della decadenza: Isacco I Angelo", en *Bessarione,* vol. XXXI (1915), pp. 29-60 y pp. 247-289.
DIETEN, J. L. VAN, *Niketas Choniates.* Berlín-Nueva York, 1971.

FOLDA, J., "The *Fourth Crusade*, 1201-1203. Some Reconsiderations", en *Byzantinoslavica 26* (1965), pp. 277-290.
GUILLAND, R., Byzance et les Balkans sous le règne d'Isaak II Ange (1185-1195)", en *Actes du XIIe congrès intern. d'ét. byz. II*. Belgrado, 1964, pp. 125-137.
HECHT, W., *Die byzantinische Aussenpolitik zur Zeit der letzten Komnenenkaiser (1180-1185)*. Neustadt-Aisch, 1967.
—, "Zur Geschichte der 'Kaiserin' von Montpellier, Eudoxia Kemnena", en *Revue des études byzantines 26* (1968), pp. 161-169.
HERRIN, J., "The Collapse of the Byzantine Empire in the Twelfth Century: a Study of a Medieval Economy", en *Historical Journal of the University of Birmingham*. Vol. XII (1970), pp. 188-203.
LAURENT, V., "Rome et Byzance sous le pontificat de Célestin III (1191-1198)", en *Échos d'Orient 39* (1940), pp. 26-58.
—, "La Serbie entre Byzance et la Hongrie à la veille de la quatrième croisade", en *Revue hist. du Sud-Est européen 18* (1941), pp. 109-130.
MORAVCSIK, G., "Pour une alliance byzantino-hongroise", en *Byzantion 8* (1933), pp. 555-576.
RADOJČIĆ, N., *Dva posljednja Komnena na carigradskon prijestolu*. Zagreb, 1907.
STADTMÜLLER, G., "Michael Choniates, Metropolit von Athen", en *Orientalia Christiana XXXIII*, 2, Nr. 91 (1934).
VASILIEV, A., "Manuel Comnenus and Henry Plantagenet", en *Byz. Zeitschr. 29* (1930), pp. 233-244.
WIRTH, P., "Kaiser Manuel I. Komnenos und die Ostgrenze. Rückeroberung und Wiederaufbau der Festung Dorylaion", en *Byz. Zeitschr. 55* (1962), pp. 21-29.
—, "Die Chronologie der Schlacht von Claudiopolis im Lichte bisher unbeachteter Quellen", en *Byzantinische Zeitschrift 50* (1957), pp. 68-73.
—, *Untersuchungen zur byzantinischen Rhetorik des 12. Jahrhunderts mit besonderer Berücksichtigung der Schriften des Erzbischofs Eusthatios von Thessalonike*. Munich, 1960.

6. LA CUARTA CRUZADA Y SUS CONSECUENCIAS

AHRWEILER, H., "La Politique agraire des empereurs de Nicée", en *Byzantion 28* (1958), pp. 51-56 y 135-136.
—, "L'Histoire et la géographie de la région de Smyrne entre deux occupations turques (1081-1317)", en *Travaux et Mémoires 1* (1965), pp. 1-204.
CARILE, A., "Patritio terrarum imperii Romaniae", en *Studi Veneziani 7* (1965), pp. 125-305.
CHARANIS, P., "The Aristocracy of Byzantium in the Thirteenth Century", en *Studies in Honor of A. C. Johnson*. Princeton, 1951, pp. 336-355.
FROLOW, A., *Recherches sur la déviation de la IVe croisade vers Constantinople*. París, 1955.
GARDNER, A., *The Lascarids of Nicaea*. Londres, 1912.
GERLAND, E., *Geschichte des lateinischen Kaiserreiches von Konstantinopel*. Vol. I., 1905.
GROUSSET, R., *L'Empire du Levant*. París, 1949.
GUILLAND, R., *La Politique intérieure de l'empire de Byzance de 1204 à 1341*. París [1959].
—, *La Politique religieuse de l'empire byzantin de 1204 à 1341*. París [1959].
HENDY, M. F., *Coinage and Money in the Byzantine Empire 1081-1261*. Washington, 1969.
KINDLEMANN, S., *Die Eroberung von Konstantinopel als politische Forderung des Westens im Hochmittelalter*. Zürich, 1969.
LONGNON, J., *L'Empire latin de Constantinople et la principauté de Morée*. París, 1949.
LUCHAIRE, A., *Innocent III. La Question d'Orient*. París, 1907.
MAYER, H. E., *Geschichte der Kreuzzüge*. Stuttgart, 1965.

MILLER, W., *The Latins in the Levant. A History of Frankish Greece, 1204-1566*. Londres, 1908.
NORDEN, W., *Das Papsttum und Byzanz*. Berlín, 1903.
QUELLER, D. E. (comp.), *The Latin Conquest of Constantinople*. Nueva York, 1971.
ROSCHER, H., *Innozenz III. und die Kreuzzüge*. Göttingen, 1969.
SCHRAMM, P. E., "Das Lateinische Kaisertum von Konstantinopel (1204-1261) im Lichte der Staatssymbolik", en *Herrschaftszeichen und Staatssymbolik*. Vol. III. Stuttgart, 1956, pp. 837-868.
SINOGOWITZ, B., *Die abendländische Politik der griechischen Staatenwelt zur Zeit des Lateinischen Kaiserreiches (1204-1261)*. Maschinenschr. Diss. Munich, 1944.
—, "Über das byzantinische Kaisertum nach dem vierten Kreuzzuge (1204-1205)", en *Byz. Zeitschr. 45* (1952), pp. 345-356.
STIERNON, L., "Les origines du Despotat d'Epire", en *Revue des études byzantines 17* (1959), pp. 90-126.
—, "Les origines du Despotat d'Epire (suite)", en *Actes du XIIe Congrès International d'Études Byzantines*. Vol. II. Belgrado, 1964, pp. 197-202.
THIRIET, F., *La Romaine vénitienne au moyen âge*. París, 1959.
WOLFF, R. L. y H. W. HAZARD (comp.), *The Crusades. 1189-1311*. Vol. II de: *A History of the Crusades*, comp. por: v. K. M. Setton. 2.ª ed. Madison, 1969.
WOLFF, R. L., "The Organization of the Latin Patriarchate of Constantinople", en *Trad. VI* (1948), pp. 33-60.
—, "A New Document from the Period of the Latin Empire of Constantinople: The Oath of the Venetian Podestà", en *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Slaves 12* (1952), pp. 539-573.
—, "Mortgage and Redemption of an Emperor's Son. Castile and the Latin Empire of Constantinople", en *Speculum 29* (1954), pp. 45-84.
—, "Politics in the Latin Patriarchate of Constantinople", en *Dumbarton Oaks Papers 8* (1954), pp. 227-303.

7. LA CAIDA DE BIZANCIO (LA DINASTIA DE LOS PALEOLOGO)

Miguel VIII Paleólogo, y la Restauración del Imperio, 1261-1282

CHAPMAN, C., *Michael Paléologue, restaurateur de l'empire byzantin*. París, 1926.
DADE, E., *Versuche zur Wiedererrichtung der lateinischen Herrschaft in Konstantinopel im Rahmen der abendländischen Politik, 1261 bis etwa 1310*. Jena, 1938.
FALLMERAYER, J. P., *Geschichte des Kaiserthums von Trapezunt*. Munich, 1827.
GRANAKOPLOS, D. J., *Emperor Michael Palaeologus and the West 1258-1282: A study in Byzantine-Latin relations*. Cambridge (Mass.), 1959.
MILLER, W., *Essays on the Latin Orient*. Cambridge, 1921.
—, Trebizond. *The Last Greek Empire*. Londres, 1926.
NICOL, D. M., *The Despotate of Epiros*. Oxford, 1957.
—, *The Last Centuries of Byzantium*. Londres, 1972.
PAPADOPOULOS, A. TH., *Versuch einer Genealogie der Palaiologen 1259-1453*. Munich, 1938.
RAYBAUD, L.-P., *Le Gouvernement et l'administration centrale de l'Empire byzantin sous les premiers Paléologues (1258-1354)*. París, 1968.
ROBERG, B., *Die Union zwischen der griechischen und der lateinischen Kirche auf dem II. Konzil von Lyon* (1274). Bonn, 1964.
RUNCIMAN, S., *The Sicilian Vespers. A History of the Mediterranean World in the Later Thirteenth Century*. Cambridge, 1958. Hay traducción española: *Las Vísperas Sicilianas. Un estudio del mundo mediterráneo a fines del siglo XIII*. Madrid, Revista de Occidente, 1961, 325 pp.

STEIN, E., "Untersuchungen zur spätbyzantinischen Verfassungs- und Wirtschaftsgeschichte", en *Mitteilungen zur osmanischen Geschichte 2* (1923-1925), pp. 1-62 (reimpresión), Amsterdam, 1962.

Bizancio como potencia de segunda fila: Andrónico II Paleólogo, 1282-1321

BECK, H.-G., *Theodoros Metochites. Die Krise des byzantinischen Weltbildes im 14. Jahrhundert.* Munich, 1952.
GIBBONS, H. A., *The Foundation of the Ottoman Empire. A History of the Osmanlis up to the Death of Bayezid I, 1300-1403.* Oxford, 1916.
GUILLARD, R., *Essai sur Nicéphore Grégoras: l'homme et l'oeuvre.* París, 1926.
JORGA, N., *Geschichte des osmanischen Reiches.* Gotha, 1908.
LAIDU, A. E., *Constantinople and the Latins. The Foreign Policy of Andronicus II, 1282-1328.* Cambridge (Mass.), 1972.
LAURENT, V., "Les grandes crises religieuses à Byzance. La fin du schisme arsénite", en *Académie Roumaine, Bulletin de la section historique 26* (1945), pp. 225-313.
LEMERLE, P., *L'Emirat d'Aydin, Byzance et l'Occident. Recherches zur "La geste d'Umur Pacha".* París, 1957.
NICOL, D. M., "The Byzantine Church and Hellenic Learning in the Fourteenth Century", en *Studies in Church History 5,* ed. G. J. Cuming. Leiden, 1969.
OSTROGORSKY, G., *Pour l'histoire de la féodalité byzantine.* Bruselas, 1954.
RUBIÓ Y LLUCH, A., *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente.* Barcelona, 1883.
SCHLUMBERGER, G., *Expéditions des "Amulgavares" ou routiers catalans en Orient.* París, 1902.
SETTON, K. M., *Catalan Domination of Athens, 1311-1388.* Cambridge (Mass.), 1948.
TALBOT RICE, D., *Byzantine Painting: The Last Phase.* Londres, 1968.
UNDERWOOD, P. A., *The Kariye Djami.* 3 vols. Nueva York, 1966.
VERPEAUX, J., *Nicéphore Choumnos, homme d'état et humaniste byzantin (c. 1250/1255-1327).* París, 1959.
WITTEK, P., *Das Fürstentum Mentesche. Studie zur Geschichte Westkleinasiens im 13.-15. Jh.* Estambul, 1934.
—, *The Rise of the Ottoman Empire.* Londres, 1938 (=Royal Asiatic Society Monographs 23).
ZAKYTHENOS, D. A., *Crise monétaire et crise économique à Byzance du XIIIe au XVe siècle.* Atenas, 1948.

La época de las guerras civiles: Andrónico III y Juan VI (1321-1354)

BOSCH, U. V., *Kaiser Andronikos III. Palaiologos. Versuch einer Darstellung der byzantinischen Geschichte in den Jahren 1321-1341.* Amsterdam, 1965.
CHARANIS, P., "Internal strife in Byzantium during the fourteenth century", en *Byzantion 15* (1940-1941), pp. 208-230.
GAY, J., *Le Pape Clément VI en les affaires d'Orient (1342-1352).* París, 1904.
MEYENDORFF, J., *Introduction à l'étude de Grégoire Palamas.* París, 1959 (=Patristica Sorbonensia 3).
NICOL, D. M., *The Byzantine Family of Kantakouzenos (Cantacuzenus), circa 1100-1460.* Washington D.C., 1968 (=Dumbarton Oaks Studies 11).
—, *Meteora. The Rock Monasteries of Thessaly.* Londres, 1963.
ŠEVČENKO, I., "Nicolas Cabasilas' 'Anti-Zealot' Discourse: a reinterpretation", en *Dumbarton Oaks Papers 11* (1957), pp. 81-171.
TAFRALI, O., *Thessalonique au quatorzième siècle.* París, 1913.
ZAKYTHENOS, D. A., *Le Despotat grec de Morée.* 2 vols. París, 1932-1953.

Bizancio, estado vasallo de los turcos: Juan V y Manuel II (1354-1402)

ATIYA, A. S., *The Crusade in the Later Middle Ages*. Londres, 1938.
BABINGER, F., *Beiträge zur Frühgeschichte der Türkenherrschaft in Rumelien (14-15 Jahrhundert)*. Munich, 1944.
BARKER, J. W., *Manuel II Palaeologus (1391-1425). A Study in Late Byzantine Statesmanship*. New Brunswick (N.J.) 1969 (=Rutgers Byzantine Series).
CHARANIS, P., "Tre strife among the Palaeologi and the Ottoman Turks, 1370 bis 1402", en *Byzantion 16* (1942/1943), pp. 286-314.
DENNIS, G. T., *The Reign of Manuel II Palaeologus in Thessalonica 1382-1387*. Roma, 1960.
HALECKI, O., *Un Empereur de Byzance à Rome. Vingt ans de travail pour l'union des églises et pour la défense de l'Empire d'Orient: 1355-1375*. Warschau, 1930.
JORGA, N., "Latins et Grecs d'Orient et l'établissement des Turcs en Europe", en *Byz. Zeitschr. 15* (1906), pp. 179-222.
MEYENDORFF, J., "Projets de concile oecuménique en 1367: Un dialogue inédit entre Jean Cantacuzène et le légat Paul", en *Dumbarton Oaks Papers 14* (1960), pp. 147-177.
SCHLUMBERGER, G., *Un Empereur de Byżance à Paris et à Londres*. París, 1916.
WEISS, G., *Johannes Kantakuzenos - Aristokrat, Staatsmann, Kaiser und Mönch - in der Gesellschaftsentwicklung von Byzanz im 14. Jahrhundert*. Wiesbaden, 1969.

El último medio siglo y la caida de Constantinopla (1402-1453)

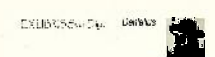
ATIYA, A. S., *The Crusade of Nicopolis*. Londres, 1934.
BABINGER, F., *Mehmend der Eroberer und seine Zeit*. Munich, 1963.
GEGAJ, A., *L'Albanie et l'invasion turque au XVe siècle*. París, 1937.
GILL, J., *The Council of Florence*. Cambridge, 1959.
—, *Personalities of the Council of Florence*. Oxford, 1965.
HALECKI, O., *The Crusade of Varna*. Nueva York, 1943.
MASAI, F., *Plethon et le Platonisme de Mistra*. París, 1956.
RUNCIMAN, S., *The Fall of Constantinople 1453*. Cambridge, 1965.
—, *The Great Church in Captivity. A Study of the Patriarchate of Constantinople from the eve of the Turkish conquest to the Greek War of Independence*. Cambridge, 1968.
SETTON, K. M., "The Byzantine background to the Italian Renaissance", en *Proceedings of the American Philosophical Socitty 100* (1956), pp. 1-76.
ŠEVČENKO, I., "The Decline of Byzantium seen through the eyes of its intellectuals", en *Dumbarton Oaks Papers 15* (1961), pp. 169-186.

Indice alfabético

Indice de ilustraciones

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

1. **Prehistoria**
2. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
   I. Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio
3. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
   II. El fin del segundo milenio
4. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
   III. La primera mitad del primer milenio
5. **Griegos y persas**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, I
6. **El helenismo y el auge de Roma**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, II
7. **La formación del Imperio romano**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III
8. **El Imperio romano y sus pueblos limítrofes**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, IV
9. **Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII**
10. **La Alta Edad Media**
11. **La Baja Edad Media**
12. **Los fundamentos del mundo moderno**
    Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma
13. **Bizancio**
14. **El Islam**
    I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano
15. **El Islam**
    II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días
16. **Asia Central**
17. **India**
    Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés
18. **Asia Sudoriental**
    Antes de la época colonial
19. **El Imperio chino**
20. **El Imperio japonés**
21. **América Latina**
    I. Antiguas culturas precolombinas
22. **América Latina**
    II. La época colonial
23. **América Latina**
    III. De la independencia a la crisis del presente
24. **El período de las guerras de religión, 1550-1648**
25. **La época de la ilustración y el Absolutismo, 1648-1770**
26. **La época de las revoluciones europeas, 1780-1848**
27. **La época de la burguesía**
28. **La época del Imperialismo**
    Europa, 1885-1913
29. **Los imperios coloniales desde el siglo XVIII**
30. **Los Estados Unidos de América**
31. **Rusia**
32. **Africa**
    Desde la prehistoria hasta los Estados actuales
33. **Asia contemporánea**
34. **El siglo veinte, I. 1918-1945**





The Doctor



impreso en editorial romont, s.a.
presidentes 142 - col. portales
del. benito juárez - 08300 méxico, d.f.
dos mil ejemplares y sobrantes
15 de noviembre de 1983

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), la publican simultáneamente Weidenfeld and Nicolson (Gran Bretaña), Feltrinelli (Italia), Bordas Editeur (Francia), Dell Publishing Co. (EE. UU.). Sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, Africa y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia.

Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.

En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo.

Consta de 34 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI